


PQ

6639

.N3

Z58

1949



Digitized by the Internet Archive  
in 2014





John A. Mackay







EL DRAMA RELIGIOSO  
DE  
MIGUEL DE UNAMUNO  
Y  
CARTAS A J. ILUNDAIN





HERNÁN BENÍTEZ

EL DRAMA RELIGIOSO  
DE  
UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
INSTITUTO DE PUBLICACIONES  
1949

EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO  
PREVISTO POR LAS LEYES.  
PROHIBIDA TODA REPRODUCCIÓN.

*PALABRAS LIMINARES*







LÁMINA 1

DON MIGUEL, sentado en el que fuera en otro tiempo el florido retiro donde escribió Fray Luis Los Nombres de Cristo. Hoy es, con sus tintas más puras, la tierra de Castilla, vecina a Salamanca. "Tierra que no es sino tierra —como dijera Ortega y Gasset—; pura gleba desnuda que subrayan de cuando en cuando hileras de altos chopos. Ondula como en tormento la llanada, y a veces se revuelve sobre sí misma formando barrancadas y torrenteras. chatos cabezos y serrezuelas broncas..."

Lám. 1. -Don Miguel en *La Flecha*.

## PALABRAS LIMINARES

*"Una grave angustia nace con cada hombre y un pesado yugo aplasta a cada hijo de Adán, desde el día en que sale del vientre de su madre hasta el día en que entra en el seno común de la madre tierra". ECCLI. XL, 1.*

*"¿Acaso necesita Dios vuestras mentiras y que le defendáis con sofismas? ¿De verdad, es Dios y su gloria lo que os mueve a perseguir a vuestros prójimos? ¿Vuestra conducta agrada a Dios, a quien nada le es oculto?"*

*"Mirad que El mismo os condenará, porque no habéis defendido su causa con pureza de intención sino buscándoos a vosotros mismos solapadamente". JOB, XIII, 7-10.*

### LOS DOS ODIOS

Cuando comencé el estudio de Unamuno creí que me las iba a ver con un masón redomado, con un sofista de peligro, con un nihilista solapado, con un calamburero tal y como le pintan tantos libros y artículos escritos en los últimos años. Pero a medida que avanzaba en el estudio, me fuí persuadiendo de que la verdad es todo lo contrario. El temible Tarzán, el superhombre nietzscheniano, el energúmeno español, pese a sus bramidos y pataleos, en el fondo es un niño, sólo un niño, cuyo corazón muere de miedo de morir y cuya des-

pabilada inteligencia arde en ganas locas de verle las tripas a Dios, como otros niños se las quieren ver al osito de raso <sup>1</sup>.

Hombre de una pieza y honrado como el que más, por amor a la verdad, peregrinó por todos los caminos de la sabiduría, se tragó montañas de papeles, llamó a todas las puertas del saber mendigando luz, más luz, como Goethe moribundo. Y porque mucho trajinó mucho tropezó; pues no da tumbos tan sólo quien se queda la vida entera orondamente arrellanado en las cuatro ideas en que lo instalaron cuando muchacho. Unamuno se tomó el trabajo de repensar todas las frases hechas y de sacarles el polvo a todos los tópicos, donde hace nidos la polilla del “sentido común” y de la cachaza mental de los mediocres. ¡Y hay que ver cómo se encalabrinan éstos cuando se atreve alguien a moverles por no decir a patearles el nido!

Miguel de Unamuno y Jugo soltó su primer vagido a las siete y cuarto de la mañana del 27 de septiembre de 1864, en la calle de la Ronda, número 16, “en la Villa de Bilbao, Señorío de Vizcaya, Diócesis de Victoria”, como reza pomposamente la partida bautismal asentada aquel mismo día.

El sonoro apellido paterno *de Unamuno* (con *de* de verdad) lo heredó de una familia de Vergara. El materno es oriundo de Ceberio, poblados ambos llenos de rumores y de soledades montañosas. Los primeros pinitos del gran agonista, cuando cobró conciencia de hombre, fueron sepultados por los estampidos de las bombas carlistas, durante el cerco de Bilbao, dibujado por él mismo con audaces escorzos en *Paz en la guerra*. Y el 31 de diciembre de 1936 se murió, en Salamanca, de vergüenza, de vergüenza de España. Sus últimos carraspeos de viejo los ahogó también el fragor de nuevas cargas de dinamita, aquellas con que consumió España el más encarnizado fratricidio de cuantos se tiene memoria.

<sup>1</sup> Los capítulos principales de este libro y las cartas de Unamuno aparecieron en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, que dirijo, en los números 7 al 10, correspondientes a los dos últimos trimestres del año pasado y a los dos primeros del presente. Algunas repeticiones y machaqueos se deben a eso, a haber dosificado mi escrito para servirlo por entregas a los lectores.

Entre los hitos del nacer y del morir, alumbrados por bélicos fogonazos, corre un azaroso itinerario vital de setenta y dos años. A todo lo largo de ese *via crucis* le brota del fondo del alma, ya consciente ya inconscientemente, un solo quejido, un quejido de hambre insaciable de Dios. Vida, su vida: en lo civil, de peleas, destierros y éxitos bullangueros; en lo intelectual, de sobresaturación de lecturas *de omni re scibili*, en todas las lenguas, alimentando una floración prodigiosa de artículos, libros, cartas, poemas en todas las tonalidades literarias; en lo espiritual —¡pobre hombre!, ¿pobre?— en lo espiritual, esta sola y terrible congoja clavada en el tuétano vivo de su yo: “¿Y si nada hay más allá de mi muerte?”

El ventarrón existencialista contemporáneo que se cuele por las hendidias de lo social, de lo político, de lo filosófico, de lo teológico, de lo literario, sacudiendo la vida en todos sus flancos, ese torbellino cargado de tanto polvo de ateísmo, de materialismo, de pecados contra la luz (encanallamiento en el error) y contra el Espíritu Santo (desesperación de salvarse), esa maldita galerna que asuela el alma naturalmente cristiana de los jóvenes, sumiéndolos, no ya en pecados de hombres sanos, sino en corrupción de hombres degenerados —irredimible pecado en el habla de los teólogos, porque vicia la naturaleza en sus posibilidades regeneradoras—, acaso, acaso, encauzada y acanalada pudiera convertirse, ¡no lo veo claro!, en una central generadora de energías espirituales, que nos permitieran augurar un mundo un poco menos estúpido, un poco menos egoísta y un poco menos calumniador<sup>2</sup>.

El peor mal no lo hacen a la Iglesia de Dios los que la combaten

<sup>2</sup> El giro pesimista con que me expreso sobre el existencialismo no obedece a que descrea en un existencialismo espiritualista, cediéndole el juego al ateo. Sostuve todo lo contrario en el Congreso Filosófico de Mendoza, en consonancia con la mayoría muy mayor de los filósofos de fuera y de dentro del país allí congregados; por ejemplo: Luigi Pareyson, Karl Löwith, Charles de Koninck, Wilhelm Szilasi, C. Fabro. etc.

La mala impresión y la desconfianza me vienen de hallar más renunciamiento y más voluntad de sacrificio en el comunismo ateo, poniendo por caso, que en cierto catolicismo “pastelero”, ahora en boga, muy creído en que con dólares va a propagar el Reino de Jesucristo, el cual, —lo enseñó Él mismo— no se hace sino con sangre de mártires. El enemigo nos ha robado la *abnegación*, y si no la reconquistamos nos irá muy mal.



abiertamente a latigazos, como Nerón, o a sarcasmos, como Voltaire. El peor mal lo hacen quienes desnaturalizan primero su doctrina para luego aplaudir esa hibridación y cacarear que casa muy bien con su filosofía, como el hegelianismo, o con su política, como el individualismo, o con su *joie de vivre*, como el culturalismo. Todo el asco de Kierkegaard contra Hegel y de Unamuno contra Le Dantec, contra Nietzsche, contra Max Nordau, contra Anatole France y contra los europeizantes ateo-vitalistas, arranca de pretender éstos beneficiarse con los dones de Dios, pero negando a Dios, y con los frutos de la Iglesia, pero negando a la Iglesia, como podría el parásito negar el sol, el aire y la luz, de que vive el hombre a quien parasita, porque allá dentro, en las tripas donde muere, le rodean tinieblas, sólo tinieblas.

El existencialismo ateo de hoy, último avatar del viejo materialismo pirrónico y del superviejo escepticismo sofisticado, no sólo está cometiendo el crimen de adulterar la filosofía y la teología cristiana, sino también el de vestir con máscara de ateos y nihilistas a los dos hombres a quienes les debe mucho de lo bueno que adentro lleva: Kierkegaard y Unamuno<sup>3</sup>.

Se ha pretendido por todos los medios, tanto en las universidades estatales cuanto en las direcciones de las revistas culturalistas de Europa y América, presentarnos un Kierkegaard espurio y un Unamuno espurio, para justificar el anticristianismo en que muere y de que se nutre el nunca extinguido *odium theologicum*. Y a esta falsificación, realizada por los enemigos de la Iglesia, han servido y sirven, sin percatarse —claro está— de ello, no pocos hombres de la Iglesia, los que, movidos por un no menos pernicioso *odium antitheologicum*, se han dado a acumular epítetos hirientes: “hereje formal, apóstata,

<sup>3</sup> Mi buen amigo el laborioso escritor Miguel Federico Sciacca, profesor de la Universidad de Génova, señala con toda razón en su *La filosofía oggi* a Kierkegaard y a Unamuno como los conductores del existencialismo. Al danés se le han reconocido sus méritos; no así al español. Y los aullidos de dolor de éste son mucho más agudos y lacerantes que los de ningún otro agonista. ¡Oh, el pecado original de ser español y hablar como don Quijote!

sofista, calumniador, envenenador, nihilista, etc.” contra Kierkegaard y sobre todo contra Unamuno, cuya limpia memoria no se puede sin pecado denostar.

Han sofisticado a Unamuno los del *odium theologicum*, los extremistas de izquierda, los que recogen en *Del sentimiento trágico de la vida* las objeciones a las pruebas escolásticas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del hombre, sin la dignidad de llevar la lectura hasta el fondo, hasta allí donde el pensador proclama a gritos que necesita —¡necesita!— la inmortalidad y un Dios personal, como los pulmones oxígeno y el corazón amor para no asfixiarse. Y digo de un Dios, no panteístico ni desvaído en el universo, sino personal, el Dios de la Iglesia Católica, el Dios de los Santos Padres y de los místicos españoles, a quien Unamuno, como se va a ver, hizo centro de su vida y fundamento de su limpia conducta moral<sup>4</sup>.

Han adulterado asimismo a Unamuno los del *odium anti-theologicum*, los extremistas de derecha, los que ventilan uno a uno sus errores *in fide*, los que los carean *tête à tête* con definiciones conciliares, dislocándolos del pensamiento total y del amor total de Unamuno, y de sus dudas y vacilaciones constantes, y de su vida, sobre todo de su vida, de su pura y limpia vida moral, la que fué la protestación más firme e irrevocable de su fe católica.

Con satisfacción muy honda he visto que mi colega y amigo Cornelio Fabro, profesor de la Universidad de Roma, quien se conquistó las simpatías del Congreso Filosófico de Mendoza, se ha entregado a la ardua empresa de hacer justicia a Sören Kierkegaard, bañándolo, tanto en la versión italiana del *Diario* como en numerosos estudios, de las falsificaciones y deformaciones que se le han hecho. Pareja tarea me ha tocado a mí con el agonista salmantino, a quien unos le colocan careta de nihilista y ateo, para traerlo a su partido y apoyar en él sus acometidas a la filosofía trascendental y espiritualista (¡monstruosa sofisticación de la esencia misma de Unamuno!); en tanto que otros le ponen cabeza de hereje y de apóstata formal para

<sup>4</sup> Carta XI de Miguel de Unamuno, pág. 364.

darse el gusto de escarnecerlo y quemarlo muerto, ya que no vivo (¡no menos monstruosa adulteración de sus sentimientos más entrañables!).

Y no son, no, aquéllos, los detractores de izquierda, los del *odium theologicum*, los que peores males acarrear a la Iglesia de Dios y a las almas, sino éstos, sin duda éstos, los del *odium antitheologicum*, porque la detracción era menos de esperar de ellos, y sobre todo porque la Iglesia de Dios, para superar los embates de sus enemigos, nunca ha precisado de la mentira de sus amigos, ni de las injusticias ni de los atropellos.

Gravísimo daño hacen a los espíritus creyentes, a muchos de los cuales ha confirmado en la fe el trágico dolor del agonista y sus bramidos de amor a Dios, bramidos que ahogan todos sus errores, todos sus malhumores, todos sus desplantes, gravísimo daño hacen —digo— al henchir sus alegatos antiunamunistas con epítetos hirientes, cuando resuenan aún los aullidos de aquel peregrino del Absoluto y sus estremecimientos frente al misterio del más allá, bramidos y estremecimientos dignísimos de todo respeto, y cuando está fresca todavía la memoria de su vida ejemplar. Porque —machaco y machacaré a tiempo y destiempo— la vida de Unamuno fué la de un asceta, a la manera tradicional de la moral católica, y, encima, a su manera peculiar, la de un místico.

Para el estudio de la *angustia religiosa de Unamuno* no me han bastado sus libros, que no cuentan gran cosa tratándose de un agonista, sino que he hurgado en su vida, sobre todo en su vida, palpitante en la tradición y en los documentos íntimos, sus cartas, particularmente las enviadas durante veinticinco años a Jiménez Ilundain, las que doy ahora sin demorarme a ponderarlas, pues no necesitan de ponderaciones.

No me hago ilusiones. No espero que mi trabajo aplaque ni a unos ni a otros extremistas. Los anticatólicos dirán —¡me parece oírlos!— que tomo de Unamuno esto y dejo aquello, para hacerle decir lo que me da la gana. Para tergiversar el intergiversable testimonio de espiritualidad y de fe en Dios que son estas cartas, si no se atreven a

propalar que me las he inventado, ya dirán que he entrado por ellas con tijeras haciéndoles podas y pegotes.

Por su parte, los pescadores de perlas teológicas, los que precisan quemar herejes para adorar a Dios y le hacen a la Iglesia el magro favor de defenderla a cristazos dirán —¡como si los oyera!—: “Exalta al hereje, aplaude al blasfemo, defiende al impío, con daño de las almas incautas.” Cuando de verdad no hago sino sobreavisar a esas almas incautas del peligro que entraña la lectura de Unamuno sin antes haberle conocido el corazón. Y es de elemental justicia, ¡vive Dios!, no quemarle la cabeza herética al pobre hombre sin antes haberle canonizado el corazón católico.

### MIS CONCLUSIONES

Las conclusiones escuetas a que he llegado al término de mi estudio son las siguientes:

1. Hasta sus veinte años fué Unamuno católico práctico. Desde entonces, por carecer de sólida preparación filosófica y teológica, difícil en aquel tiempo, si no imposible de adquirir, su condición de filósofo le arrojó a la lectura del racionalismo, protestantismo y modernismo, desatándole una terrible lucha entre la cabeza, luteranizada cada vez más, y el corazón, férreamente anclado en el catolicismo de su España, de su Vasconia, de su madre, de su esposa y de sus hijos.

2. Desde 1884 hasta 1911, esto es, desde los veinte hasta los cuarenta y siete años, sube sin declinar la gráfica de su deslumbramiento protestante, de su empeño por protestantizar a España y de su enemiga anticlerical. Pero en la última de las fechas mencionadas despierta, casi súbitamente, de su hechizamiento heterodoxo y se lanza a atacar al protestantismo con mucho más furor que al clericalismo, confesándose católico y asentando la grandeza de España en un acrisolamiento y robustecimiento de la fe católica, oreada de fanatismos, de politiquerías y de ignorancias.

3. Y si no volvió entonces a las prácticas sacramentales, no abandonadas definitivamente hasta cerca de los cuarenta años, fué

en gran parte por haberle arrebatado la turbionada política que lo arrojó a combatir sin descanso al Monarca y al Dictador, por haber sido luego confinado al destierro y, tras éste, por haberle envuelto la guerra civil. Añádase encima las acometidas nada mansas llevadas contra él desde ciertos púlpitos y cierta prensa católica, las cuales, claro está, no le invitaban a frecuentar los sacramentos. Y no se piense en que acaso tuvo miedo a los *¿qué dirán?*, pues era capaz de presentarse a comulgar en la misa mayor, aunque más no fuera por darle una espantada al cura que se le acercara con la Hostia santa.

4. Jamás en toda su vida, cualquiera fueran las vacilaciones de su cabeza, y ni siquiera cuando anduvo a las trastadas entre el protestantismo y el catolicismo, se le calmó en las entrañas el dolor del misterio. Jamás dejó de buscar a Dios, a quien llevaba en cada uno de los resuellos de su corazón, como su santísima mujer lo llevaba en cada uno de los suspiros que le caían de la boca <sup>5</sup>.

Antes de acometer el tema de fondo he trazado, en el primer capítulo, un daguerrotipo o etopeya del *hombre de carne y hueso*, porque en un agonista de verdad la vida y la obra van soldadas, y ésta cobra un sentido distinto según haya sido aquélla.

En el capítulo cuarto no me salgo del asunto por peteneras, como a alguno le podría parecer. El hueco dejado por Dios en el corazón de cada hombre, como decía Pascal, ese vacío abismal que unos, los más, los innumerables que pueblan el mundo tratan de tapar con basuras mundanas, y en el que Nietzsche quiso poner su yo, usurpándole el puesto a Dios, Unamuno lo llenó con dolor, con dolor de hombre; y ésta, no hay duda, dentro de lo humano, es la manera más noble de llenarlo. Los vacíos de los seres queridos guadañados por la muerte en nuestro hogar los cubrimos así, con lágrimas, o cuando menos tratamos de cubrirlos.

Pero el hombre sobrenatural en el vacío interior de Dios echa carretadas de fe, de esperanza y de amor. Y es ésta la manera sobre-

<sup>5</sup> En la *Introducción* al epistolario, pág. 235 y siguientes, vuelvo a sintetizar, aunque no tan escuetamente, los puntos indispensables (al menos los que tales me parecen) para la intelección cabal de Unamuno.



humana y supernoble de curarnos en este mundo de la divina desgarradura, la del fondo del alma. Esto digo allí, asentando la paradoja de que sólo visto desde el infinito tiene sentido el hombre finito; y, por tanto, toda filosofía no abierta a la trascendencia desembocará, una de dos: o en la autoidolatría nietzscheniana o en la desesperación unamuniana, para no mencionar las groserías materialistas.

El epistolario Unamuno-Ilundain va precedido de un prólogo. Cuelo en él algunos puntos de meditación para mis compañeros de armas argentinos. Luego doy las cartas, lastradas de notas, acaso en demasía; y, a la postre, un epílogo para españoles, en el que no sé si me meto en camisa de once varas, pecando encima de pretencioso. Ellos dirán. Eso sí, soy del todo culpable porque lo he escrito, como quien dice, con el fondo del alma.

H. B.

Buenos Aires, 5 de junio de 1949.



*PRIMERA PARTE*

*EL DRAMA RELIGIOSO*

- I. EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO*
- II. CORAZÓN CATÓLICO*
- III. MENTE PROTESTANTE*
- IV. LA EXISTENCIA AUTÉNTICA*



*EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO*

I



## EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

*“Sí, ya lo sé, soy antipático a muchos de mis lectores. Y una de las cosas que más antipático me hacen es mi agresividad, mi agresividad tal vez morbosa, no lo niego. Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, que cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima. ¿Que me imagino que me interpretan mal? ¡Claro está! ¡Como que yo mismo no acierto a interpretarme siempre! Las ideas que de todas partes me vienen están riñendo batallas en mi mente y no logro ponerlas en paz. Y no lo logro ni lo intento siquiera. Necesito de esas batallas.*

*“No, no, amigo; yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar a los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en ellos gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación —¿por qué no?— ¡Sí, hasta de desesperación! Y si de este modo pierden eso que llaman felicidad y que realmente no lo es, nada se ha perdido.” — M. DE UNAMUNO.*

### TRAS LAS HUELLAS DE SU CORAZÓN

No sé si por mi bien o por mi mal, casi desde mi primera muchachez vengo leyendo con creciente interés los escritos de Unamuno. Durante los años de 1947 y 1948 visité Europa. Una providencia de Dios —quien escribe recto con líneas torcidas— me llevó a Salamanca, en la que residí largos y dramáticos meses, casi en agonía, la mejor tesitura de espíritu para entender al gran agonista.

Seguí una a una las pisadas de éste. Escudriñé las callejas por las que se paseara en perpetuo diálogo consigo mismo. Contemplé los panoramas en los que se gastaron sus ojos: el camino de Zamora, tierras enjutas “en rijo rojo y gris”; y, junto al Tormes, el camino de Madrid, bordeado de árboles centenarios.

Todavía Salamanca está llena de Unamuno. Todavía es dado contemplar en todas partes las huellas no tanto de sus pies cuanto de su corazón. Conteniendo el huelgo, y como con temor de profanarlos, se acerca uno a los libros del inmenso polígrafo: cinco mil volúmenes, muchos de ellos acotados al margen, formando una biblioteca especializada dentro de la vieja biblioteca de la supervieja Universidad. Por fortuna, un culto y dignísimo sacerdote, amigo muy íntimo de Don Miguel, pone todo su corazón en el cuidado de ese tesoro<sup>1</sup>.

Más allá, al término de la calle "La Compañía", hállase desman-

<sup>1</sup> No mucho antes de su muerte Unamuno donó su biblioteca entera a la Universidad salmantina. Pueden allí rastrearse sus lecturas destacándose de inmediato la diversidad de libros que el pensador manejaba. Como hemos de decirlo después, desde sus primeros años de escritor conquistó merecida reputación de sabio. Además de dominar todas las lenguas europeas, calaba muy hondo en las ciencias físicas y naturales. Produce pasmo que hubiera podido alcanzar información tan honda y a la vez tan vasta en materias dispares.

En su aspecto filosófico-teológico la biblioteca de Unamuno reúne lo principal de la heterodoxia de su tiempo. Es rica sobre todo en obras de teólogos franceses, ingleses y alemanes pertenecientes al protestantismo liberal. No faltan tampoco obras de Santos Padres y de teólogos católicos, aunque es preciso reconocer deficiencias fundamentales de bibliografía en lo relativo a la teología católica.

Recientemente se ha afirmado que Unamuno no poseía sino en escasa proporción un conocimiento directo de los escritos de los Santos Padres y de los apologistas de los primeros siglos. Lo mucho que escribió a este respecto —se afirma— es reflejo de sus lecturas en Harnack, en Loisy y en otros investigadores protestantes y modernistas (N. GONZÁLEZ CAMINERO: *Unamuno — Trayectoria de su pensamiento y de su crisis religiosa*. Madrid, 1948). La crítica apriorística suele abundar en afirmaciones de éstas. Para documentar hasta qué punto son ellas infundadas quedan, en la mencionada biblioteca, no pocas obras de los Santos Padres anotadas de mano de Unamuno en el texto griego.

Por poco que se ande en ese arsenal de libros, hollados por el gran maestro, de inmediato se advierten dedicatorias calurosas, enviadas desde todos los horizontes de la tierra, por escritores, muchos de los cuales hacían sus primeras armas y acudían al Rector de Salamanca en reclamo de una mención de sus trabajos que les diera el espaldarazo literario.

Los familiares de Unamuno poseen, sin embargo, el tesoro más envidiable. Unamuno con todo cuidado guardaba la correspondencia que le enviaban sus amigos. Coleccionaba además sus innumerables escritos publicados en revistas y diarios de Europa y América. La muerte le sorprendió cuando su diario íntimo, escrito en pequeños poemas, entraba por el duodécimo año, alcanzando a más de un millar y medio de composiciones. Toda esta riqueza la guardan sus hijos. Es lo único de algún precio material que su padre les legara. Para las obras completas del pensador español será imprescindible acudir a esa fuente de primera agua, la única que puede orientar a los escritores en la selva magna de la producción unamuniana.



telada la vivienda otrora de Don Miguel, junto a la “Casa de las muertés”, a pocos pasos del monumental templo de las Agustinas, que guarda el tesoro de “La Concepción Inmaculada” de Rivera.

Pero, el tema de Salamanca, el de la agonía de Unamuno, y el de mi propia agonía, en aquel dramático recuadro de piedras sanguinolentas, queda ahora intacto, a la espera de ocasión propicia que me permita releer con un poco de descanso los apuntes tomados allí mismo, en estado febricitante, y, dicho con más propiedad, “agónico”.

Pero a lo que iba. Quería decir que mis lecturas en Unamuno han cobrado ahora nueva vida. La sugestión de sus libros se ahondó en presencia del escenario donde el hombre de carne y hueso fué poco a poco agonizando; tanto más cuanto que, como he de decirlo muchas veces, la persona y la obra constituyen en el pensador vasco una identidad indisoluble.

Creo que la etopeya unamuniana, que trazo en este primer capítulo, evoca con bastante fidelidad el carácter señero del héroe. ¿Pueden pedírsele mayores aproximaciones a un argentino que dibuja una estampa moral, a once mil kilómetros de distancia del modelo, calcando más bien sus propias emociones que los rasgos lejanos y desvaídos?

Aquí van, pues, estas páginas, empapadas en lenguaje unamunescas, como que nacieron al calor de su prosa bellamente salvaje. Era imprescindible evocar primero al hombre de carne y hueso antes de acometer la difícil tarea de bajar a hurgar en los estratos más profundos de su alma oceánica, en las raíces de la peor de las angustias, la angustia religiosa, de la que el epistolario a Ilundain es una espectroscopía reveladora como la que más.

## UNAMUNÓFILOS Y UNAMUNÓFOBOS

Él dijo: “Yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única”<sup>2</sup>. Acaso hubiera

<sup>2</sup> *Mi religión y otros ensayos — Mi religión*. “El caso de Unamuno es un caso difícil de precisar. Sólo el que haya asistido a la vida literaria, desde hace muchos años, con

andado más acertado si hubiera dicho que era “caso único”. Porque Don Miguel es un caso, y caso no repetido en la historia. Su empeño por remodelarse, por unamunizarse, le traía perpetuamente amargado y disconforme con todo. Fué, en efecto, hombre que no estaba conforme con nada y de quien nadie estaba conforme, empezando por él mismo, que vivía descontentísimo de sí y en continua interior pelea entre la cabeza y el corazón.

Unamuno tuvo enemigos decididos y feroces, casi desde que arrojó sus primeros pinitos literarios. Y los tuvo algunos de fuste, como Ortega, y dignos de él; otros, los más, absolutamente indignos e incapaces de entenderle.

Era tan desenfadado, tan vehemente y violador de todos los cánones prestigiosos del pasado que no podía menos de ofender. El talento se paga caro. La personalidad fuerte, hecha de dentro a fuera, aun cuando nada dice y nada hace, azota a los mediocres, los exaspera, los enciende en colerina y en envidia.

Alguien, no me acuerdo quién, dijo que es de diez años la mentalidad que impera en el mundo. A quien tiene asentado el seso, a quien piensa con cabeza madura le resulta dantesco suplicio eso de vivir espantando continuamente el enjambre de moscas de los tontos, de los de mentalidad diezañera, que obseden con su tontería pegajosa.

Antonio Machado acertó —no de balde tenía afilada la intuición poética— a señalar, en su famoso poema a Unamuno, cuál fué el más cruel de sus suplicios: vivir entre gentes mezquinas de espíritu, lerdas de entendederas, incapaces de seguirle en sus vuelos y archi-incapaces de comprenderle en sus congojas. ¡Pobre gente y pobre él!

atención y con asistencia a los actos y evoluciones que se iban sucediendo en la vida española podría atisbar algo del conjunto del esfinograma de esa vida... Unamuno encendía de vez en cuando la rebelión española y después desaparecía en el fondo de una provincia... Una agresividad de cascarrabias impera en lo que dice, pero su razón, su deseo de justicia, su preocupación de que las cosas sean concienzudas y equitativas, lo hace dignificar esa agresividad de cascarrabias y elevarla y sobrepasarla. Sus ojos desconfían de alrededor; se escapan por las rendijas laterales de sus gafas. Siempre ha estado provocando y desmintiendo sus provocaciones, avanzando y retrocediendo; creyendo que en España no iban a prender alguna vez sus paradojas.” RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: *Retratos contemporáneos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1941.

¡Las pasó negras! Vivió con alma de desterrado entre sus paisanos. Y no digo esto por los salmantinos, no, acaso esos pobres castellanos, que se pasan la vida luchando contra la impecunidad, sean los más inquietos espiritualmente de los españoles; lo digo por sus connacionales todos, sin excepción. Y, como lo digo yo ahora, lo dijo, antes que yo, el espíritu fino, el gran poeta que ahora recordé, y lo dijo sin tapujos:

*Este donquijotesco  
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,  
lleva el arnés grotesco  
y el irrisorio casco  
del buen manchego. Don Miguel camina,  
jinete de quimérica montura,  
metiendo espuela de oro a su locura,  
sin miedo de la lengua que malsina.*

*A un pueblo de arrieros,  
lechuzos y tahures y logreros  
dicta lecciones de Caballería.  
Y el alma desalmada de su raza,  
que bajo el golpe de su férrea maza  
aún duerme, puede que despierte un día...*

Y pienso ahora —y no por congraciarme con los españoles, ni porque ande apuntando a alguna “Cruz de Alfonso X” o a cualquiera otra de las muchas insignias con que los iberos largamente suelen galardonar a quien los alaba o los toma en cuenta— pienso ahora que no las hubiera pasado mejor Don Miguel en ningún otro sitio de la tierra; ciertísimamente no mejor acá, en la Argentina, en este Paraíso de Mahoma, donde al que se le ocurra mencionar la palabra “muerte” o “eternidad” o “más allá” se lo para en seco con un “no me hable de cosas tristes”. Porque aquí es “cosa triste”, y tan triste, todo lo que no sea ganar la plata y pasarla bien.

En este oasis de la rechonchería, en este emporio del “sentido común”, a Don Miguel, por poco que se hubiera soltado a predicar sus ultratumberías, lo meten en un manicomio; porque acá los qui-jotes del espíritu no andan sueltos; porque acá, donde se dictan tantos decálogos, del trabajador, de la mujer, de la ancianidad, de la niñez, y no sé yo cuál sea el último, no se escribirá jamás —¡ya lo verán!— el decálogo del qui-jotista, esto es: del que predica la muerte, el juicio, el infierno y la gloria, y se arroja a la empresa de traer a sus conciudadanos al pensamiento de las postrimerías para que salven su alma.

Esto explica el disgusto que despertó Don Miguel en torno suyo. Le reventaban las fórmulas, los *slogans*, las frases hechas y los gestos hechos, en suma, todo lo confeccional, todo lo vacío de vida. ¡Rebasaba él demasiado genio como para que pudiera transar ni por un momento con la tilinguez ambiental!

Ofendió, pues, por lo pronto, a los gramáticos, estilistas, filósofos, teólogos y culturalistas profesionales. Luego, a sus propios amigos, a sus parciales, a sus más devotos. Porque tampoco a éstos les disimulaba su tontería. Y ¿cómo había de disimularse si aun en sí mismo la perseguía furibundamente?

El que consigo no hacía paces nada extraño que no las hiciera con los demás, particularmente con los cómodamente asentados en su mediocridad o en su superioridad. Porque le ofendía el amodorramiento en una postura, cualquiera que fuese. Ardía en ansias de vida. Destilaba vida por todos sus poros; de día y de noche, vida; despierto y soñando, vida, así como otros destilan a toda hora y el año entero boberías, al parecer alérgicas.

¡Qué magnífico esto que escribió cierta vez en confidencia a un amigo! “Lo más de lo que combato en otros lo combato en mí; y de ahí la acritud en el ataque. Cuanto más agriamente regaño para refutar a otros es que me estoy refutando. Somos, como Job, hijos de contradicción”<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> DÍAZ PLAJA: *La poesía y el pensamiento de R. de Basterra*.

Y en uno de sus Ensayos la emprende contra los tontos que se pasan la vida entera muy orondos porque jamás, según dicen, se han contradecido, jamás se han rectificado:

“Entre todos los derechos íntimos que tenemos que conquistar, no tanto de las leyes cuanto de las costumbres, no es el menos precioso el derecho inalienable a contradecirnos, a ser cada día nuevos, sin dejar por ello de ser siempre los mismos, a afirmar nuestros distintos aspectos trabajando para que nuestra vida los integre.

”Suelo encontrar más compactos, más iguales y más coherentes en su complejidad a los escritores paradójicos y contradictorios que a los que se pasan la vida haciendo de inmovibles apóstoles de una sola doctrina y de esclavos de una idea. Celébrase la consecuencia de éstos como si no cupiese ser consecuente en la versatilidad y no fuera ésta la manifestación de una fecundísima virtud del espíritu.

”Dejemos que los ideócratas rindan culto a esos estilitas —¡pobrecitos!— encaramados en su columna doctrinal. ¿Por qué he de ser pedrusco sujeto a tierra y no nube que se bañe en aire y luz?”<sup>4</sup>

No era tonto como para no prever que sus paradojas, chascarrillos, baladronadas, “remejimientos” y “zahondamientos” en las conciencias habían de aparejarle disgustos sin cuento y más de una vez ponerle en ridículo. Sí, era ineludible se burlaran de él y le despreciaran esos solemnísimos señores que se arrogan el oficio, en el mundo de la filosofía como en el de las letras, de clasificar a los candidatos con fallo inapelable. Previó Unamuno lo que había de suceder y les ganó de mano. Se les anticipó proclamando sin reticencias que era él el primero en sentirse ridículo a sí mismo; pero que sabía afrontar ese ridículo.

“Hay un terrible ridículo y es el ridículo de uno ante sí mismo y para consigo. Es mi razón que se burla de mi fe y la desprecia. Y aquí es donde tengo que acogerme a mi señor Don Quijote para aprender

<sup>4</sup> *Ensayos*, tomo II, *La ideocracia*.

a afrontar el ridículo y vencerlo, y un ridículo que acaso —¿quién sabe?— él no conoció”<sup>5</sup>.

Rasgaron, pues, sus vestiduras ante el “paradojero” los cursis de la literatura confeccional, los pontífices, no precisamente de la filosofía escolástica, sino de la filosofía esclerótica, fuera ésta el krausismo de las universidades o el tomismo de los seminarios. Pusieron el grito en el cielo los *habitués* de la *sophrosine*, del *prepon*, del *ne quid nimis*, vale decir, de la medida y del equilibrio profesional.

Este gran bárbaro en los versos filosofaba, en las filosofías poetizaba, en las novelas *nivolaba*. La cuestión era salirse del pentagrama; ir él cuando los demás venían y venir cuando iban; hacerla fuera del tiesto en toda ocasión posible, desacordando, paradojando y dando trancazos a diestro y siniestro.

Hace pocos años Don Miguel de Azaola dijo esto, así más o menos y con todo acierto: Como en tiempos de troyanos lidió una *Ilíada* entera en torno al cadáver de Patroclo, así en derredor de Unamuno se ha debatido y se debate occidente literario. En una frontera, los unamunófilos cuelgan el estandarte de su santón en los cuernos de la luna. En la otra, los unamunófobos lo ponen al pobre hombre como no digan dueñas, y motejan de hereje y excomulgado a quien tienen la osadía de no haber leído jamás.

Y nota atinadamente Azaola: ¡Y qué gracia no le hará al bueno de Don Miguel contemplar la gresca levantada en torno de sus manes

<sup>5</sup> *Del sentimiento trágico de la vida; Conclusión — Don Quijote en la tragicomedia contemporánea.* Esta valentía de afrontar el ridículo la exigía también para España. proponiéndole de modelo a Don Quijote. “Hay que saber ponerse en ridículo, y no sólo ante los demás, sino ante nosotros mismos. Y más ahora, en que tanto se charla de la ciencia, de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora, en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia —la cual se está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno a ella— dicen que no hemos tenido ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento (éste acaso nos sobrara), ni nada.” Toda su mística del quijotismo, predicada en sus Comentarios a la *Vida de Don Quijote* y en no pocos ensayos, reside en esto, en saber afrontar la “cachada”, en saber calar, por toda celada, el yelmo de Mambrino y en ponerse en ridículo, que es la mejor manera de immortalizarse.



inmanes, si por una rendija de la eternidad le dejan asomarse a atisbar el mayúsculo alboroto que siguen metiendo sus libros en la tierra!<sup>6</sup>

#### AMIGO DE DAR TRANCAZOS

Era Unamuno un pedazo de vida echada a vivir con pasiones y pretensiones enormes, con bronquedades de genio y humor cambiante, que lo tornaban a veces inaguantable. Pero varón de una pieza y verídico como nadie, lo que le volvía secreto amigo hasta de sus más declarados enemigos, y público enemigo aun de sus secretos amigos.

Cuando de un libro decía “esto es bueno”, podían todos estar seguros que el bilbaíno no trataba de quedar bien con el autor ni andaba con el elogio pagando meriendas o retribuyendo incensadas. Cuando a otro le sacudía un garrotazo, no había allí prejuicios ni antojeras ni ojerizas. El garrotazo era preciso y tente tieso.

Veán ustedes, a modo de ejemplo, cómo le cayó a Le Dantec, nada menos que a Le Dantec, el santón científicista de la Universidad de París ante quien yacía genuflexa Europa. Y esto lo escribió Don Miguel cuando el santón estaba en su apogeo:

“Por debajo de ese científicismo nada científico, por debajo de toda esa gárrula y ramplona pedantería asoma bien claro el *odium anti-theologicum* no menos dañino que el *odium theologicum*, y en realidad la misma cosa que él. Con estas patochadas con disfraz de ciencias se está envenenando a los pobres espíritus ansiosos de saber y halagando malas pasiones.

”Y todos esos biólogos horizontales, ya sea Le Dantec, ya sea Haeckel —que, aunque algo más serio, tampoco lo es mucho, ni menos ignorante que los que trata de combatir, como puede verse por su archisuperficial libro sobre *Los enigmas del universo*—, forman una especie de asociación o de masonería internacional, con aduanas en

<sup>6</sup> MIGUEL DE AZAOLA: *El español*, 29 de diciembre de 1945, *Unamunofilia y Unamunofobia*. No le he citado a la letra, pero sí al espíritu.

las fronteras. Se traducen y celebran los unos a los otros, y pretenden cerrar el paso al conocimiento de los pensadores serios y bien intencionados, libres de sectarismos y de rabias —sea la rabia teológica o la antiteológica—, a los filósofos que se adhieren a la filosofía perenne . . .”<sup>7</sup>

Y contra Nietzsche Don Miguel se despachó así: “Entre el desgraciado Nietzsche, mal leído y peor comprendido, y el farsante D’Annunzio con sus paganerías de similor han ensuciado a no poca de nuestra juventud, que ha buscado apoyos en el primero para sus desaprensiones y en el segundo para sus vicios . . .”<sup>8</sup>

“Lo del “hombre-teoría” es otra calumnia de Nietzsche, que era maestro en ellas, pues se pasó la vida calumniando. Calumnió a Sócrates, calumnió a Cristo, él que quiso ser un Sócrates y un Cristo...”<sup>9</sup>

“Sus calumnias gratuitas contra el Cristo y el Cristianismo no han podido hallar acogida y asenso más que entre personas profundamente ignorantes de lo que es y significa el Cristo, y que jamás se han tomado la molestia de leer con detención los Evangelios.

”El desdichado soñador, el calumniador Nietzsche llamó ladrón de energías al Cristo, que es quien más energías ha despertado; cuando él, Nietzsche, por su parte ha contribuido más que nadie a que se crean genios no pocos majaderos, y que se figuren tener alma de leones por haber aprendido sus aforismos, cuando no son más que borregos, borregos que por espíritu rebañego se han apartado del grueso del rebaño . . .”<sup>10</sup>

<sup>7</sup> *Contra esto y aquello; La vertical de Le Dantec*. En la Carta XXV del epistolario a Ilundain, que ahora damos a luz, pedíale a su amigo de París le enviara el libro de Félix Le Dantec *L’Athéisme*. “Éste le quiero —añadía— para irritarme; porque Le Dantec me irrita, y no por lo que niega, sino porque afirma quedarse tan tranquilo después de sus negaciones. Y yo comprendo —¡no he de comprenderlo!— que uno sostenga que ni hay Dios ni otra vida; pero que, sin Dios ni otra vida, pueda uno hallar consuelo y fin a esta vida, me parece es padecer de estupidez afectiva, por mucha inteligencia que se tenga.” (Carta XXV de M. de Unamuno, pág. 427.)

<sup>8</sup> *Mi religión y otros ensayos breves; Sobre la pornografía*.

<sup>9</sup> *Contra esto y aquello; La Grecia de Carrillo*.

<sup>10</sup> *Ibidem; Rousseau, Voltaire y Nietzsche*. De seguido, en este mismo ensayo, cita la sustanciosa frase de Papini, dedicada a Nietzsche, en *Il crepuscolo dei filosofi*: “Pero su odio al Cristianismo —el de Nietzsche— deriva, en parte, de una especie de rivalidad





LÁMINA 2



Unamuno se acercaba a los liberales, a los izquierdizantes, a los republicanos. Éstos, creyéndolo de los suyos, le vitoreaban. Entonces el vasco tomaba la ocasión por las orejas para cantarles las cuarenta, armando una pelotera. Cuando un español se alzaba sobre el pavés, queriendo pasar por vivo, lo escudriñaba de arriba abajo, y con un calificativo lo descalificaba para siempre. Así hizo con Primo de Rivera, a quien le dedicó unos epigramitas que le valieron al viejo enfurruñado la deportación a Fuerteventura. Así hizo con

o de miedo, que se puede sorprender en ciertos de sus pensamientos. Los combatía por una especie de rencor contra aquella tentativa de sustituir nuevos vencedores a los antiguos. Por una extraña y anacrónica solidaridad, Nietzsche gustaba de los fuertes de tipo pagano, y me atrevo a insinuar que sus críticas contra el Cristianismo brotan del mismo motivo que atribuye al Cristianismo, a saber, el miedo." Y añade Unamuno: "Siempre he creído que fué Nietzsche un hombre dominado por el miedo, por el miedo de morir del todo, miedo que le hizo inventar lo de la vuelta eterna y miedo que le hizo arremeter contra el Cristianismo, ya que no lograba ser cristiano. Él fué quien dijo que en el fondo sólo ha habido un cristiano, y éste murió en la Cruz. Y antes que él, otro hombre que se le parecía en ciertas cosas, pero que en conjunto le era muy superior, Kierkegaard, el gran teólogo y soñador danés, alma atormentada y heroica, había escrito que la cristiandad está jugando al cristianismo."

Porque para Kierkegaard cristiano es sólo aquel, tan identificado con Cristo, que desea pasar por loco y ser crucificado como Él; cristiano es quien de tanta fe vive que, por puro amor a Jesucristo y no por galardón alguno, ni en esta vida ni en la otra, se abraza al sufrimiento y lo acepta como un presente que le regala el Dios-Amor. Y quien de esto no es capaz —decía Kierkegaard— "juega al cristianismo", pero no es cristiano verdadero.

No pocos autores católicos pareciera que jamás han leído el *Diario* de Kierkegaard ni sus escritos, pues aceptan la pintura que los acatólicos y anticatólicos han hecho del gran danés. Éstos, Dios sabe por qué, acaso por traer al gran teólogo y místico a su manera de ser, parecen empeñados en exhibirlo como un descreído, si ya no como un nietzschiano. De Waelens, por ejemplo, el notable comentarista de Heidegger, tergi-versa a Kierkegaard. Puede verse su grave error de apreciación en el libro: *La filosofía de Martín Heidegger*, Madrid, 1945, páginas 338 y siguientes.

Igual error comete J. de Tonquédec, quien se permite afirmar que Kierkegaard ha escrito "la apología o, diciéndolo mejor, el panegírico del absurdo" (*L'existence d'après Karl Jaspers*, París, 1945, página 136). Y para no abundar en más citas, Muñoz Vega, en *El estudio del hombre como introducción al problema de lo sobrenatural (Gregorianum)*, vol. XXIX, 3-4, 1948, página 558 y siguientes) mancomuna a Kierkegaard con Nietzsche, colocándolos en un mismo plano de existencialismo antropocentrista. No puede cometerse injusticia mayor contra ese gran teocentrista que echó las bases, junto con Unamuno, del existencialismo teológico, aunque su postura religiosa no le dejó conocer el misterio de la gracia, en el cual hace pie el cristiano auténtico, para salvar los abismos de su finitud y trascender al Infinito. Pero de esto trataré de largo en el capítulo cuarto de este trabajo.

Ortega y Gasset, y con los del 98, cuando se arrojaron éstos a “europeizar a España”. En resumidas cuentas, Unamuno les dijo a la cara que eran unos “papanatas” ni más ni menos.

En las asambleas de los rojos españoles, de los moscovitas, de los judaizantes y de los comecuras, llegaba Unamuno y, como las chicas del colegio de las Hermanas, saludaba a toda la solemnísima anfictiónía con una soberana santiguada y un “Alabado sea Jesucristo”. Cuando, empero, almorzaba al lado de un señor obispo (que no le faltaron obispos amigos, pese a la mayúscula gresca que tuvo durante su vida entera con el de Salamanca), o cuando visitaba a sus amigos los Padres de Santo Domingo, de la Iglesia de San Esteban, aseguraba solemnemente de sobremesa que los curas españoles andarían mejor si tuvieran queridas, o cuando menos mujeres que los quisieran. Y elogiaba a Sabatier, a Loisy, al Padre Jacinto, o a cualquier otro apóstata de moda por el gesto *existencialista* de engendrar hijos o de “perpetuarse en carne”<sup>11</sup>. Porque le gustaba escandalizar y armar tremolinas.

Allí mismo, en San Esteban, reunida gran parte de la venerable comunidad, de alguno de cuyos miembros era íntimo amigo y asiduo visitante, dijo una vez:

<sup>11</sup> “¡El Padre Jacinto! ¡Padre! En esto de su paternidad está el fondo y la esencia de su tragedia, de la agonía del Cristianismo en él. Se salió de la Iglesia para casarse, se casó para tener hijos, para perpetuarse en carne, para asegurar la resurrección de la carne...” *La agonía del Cristianismo*; X, *El Padre Jacinto*. No precisa que lo diga: la exégesis unamuniana del doloroso drama del Padre Jacinto Loyson es de lo más peregrina que puede darse. No fué, no, el deseo de inmortalizarse en carne lo que llevó a aquel pobre sacerdote a hacer caso omiso de su celibato; no fué, no, un ansia furiosa de paternidad ni el deseo de asegurar la resurrección de la carne, sino sencillamente falta de fe y de amor a Jesucristo. Los místicos —decía el mismo Unamuno— han andado siempre en pareja: Francisco de Asís y Santa Clara, Francisco de Sales y Juana de Chantal, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. En primer lugar, no es cierto lo de *siempre*. Y, luego, era tal hermandad, cuando la había, conspiración de ambos para más desasirse de sí mismos por amor de Dios, y para más negarse toda satisfacción sexual, sensual y sentimental. Madame Meriman, convertida del Padre Loyson, primero, y después su mujer, que no su esposa, no se unió a él en comandita de renunciamiento sino de pasión, y fué éste el comienzo de todos los descalabros de aquel hombre, egregiamente dotado, pero débil al cabo y deleznable, por quien oró durante toda su vida Teresa de Lisieux, la feroz renunciadora de sí misma, la que nunca quiso saber de hermanazgos espirituales ni de paparruchas con el confesor.

—“Yo debí entrar en el seminario. ¡Ay de mí, que he errado mi vocación!

—¿En el seminario usted, don Miguel?

—Sí. Debiera haber sido cura.

—Y ¿para qué quiere usted ser cura?

—Pues, para ser obispo.

—¿Obispo? ¿Y para qué quiere usted ser obispo?

—Pues, vea, para decir herejías; que las digo ahora y nadie me lleva el apunte; que si fuera obispo...” Y se relamía paladeando las asonadas que levantaría con su mitra y sus herejías.

“En los bailes de los pueblos castizos no suele faltar un mozo que cerca de la medianoche se siente impulsado sin remedio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza. Entonces comienzan los golpes a ciegas y una bárbara baraúnda. El señor Unamuno acostumbra a representar este papel en nuestra república intelectual”<sup>12</sup>. Así escribía Ortega y Gasset en 1909, distanciándose para siempre intelectualmente, luego de un interesante intercambio epistolar sobre el problema de la europeización de España, de aquel a quien clasificó de “energúmeno español” y “morabito máximo”.

## REMEJEDOR DE CONCIENCIAS

Están perdidos quienes caen a sus escritos esperando hallar exposiciones filosóficas y estudios sistemáticos. Lo silogístico, lo soritesco le daba dentera<sup>13</sup>. Tiene ensayos —¡fué ensayista insigne!— muy

<sup>12</sup> ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, tomo I, página 128.

<sup>13</sup> “Doy por una metáfora todos los silogismos con sus ergos correspondientes que le puedan garrapiñar en la garrafa escolástica. La metáfora, la metáfora me enseña más, me alumbrá más, y sobre todo encuentro calor debajo de ella, pues la imaginación sólo a fuego trabaja.” Esta confesión explica por qué, con ser hombre que calaba tan hondo en las ciencias materiales, y con penetrar tan profundamente en las venas de las ciencias del espíritu, prefería la poesía metafísica y la especulación religiosa a todos los otros menesteres intelectuales.

Por eso, también, despiertan sus escritos un renovado interés y ejercen tanto atrac

simétricos y arquitectónicos y cuyas vértebras son una sorites perfecta, que no le va a la zaga en hilván ni a la misma *Analítica trascendental* de Kant; pero no anda cómodo en ellos, no se halla en su ambiente ni suena a órgano lleno. Marcha como engalorado y con levitones; y él sentíase a sus anchas sólo cuando calaba la boina y se arrebujaba dentro del juboncillo engolado hasta el pescuezo, que ha inmortalizado en sus fotos.

Como a los chicos chapalea en los charcos, así a él le encantaba chapalea en las conciencias removiendo todas las borras que en ellas deja caer la vida. Y este menester de chapaleador o chapuceador en las charcas del espíritu ¡qué bien lo hace y cómo sabe dejar a los críticos profesionales que osan acercársele, de enlodados y empellados, cuando no de bruces estrellados en su obra!

Todo lo que ellos, los críticos, devanándose los sesos quieran objetarle, previamente se lo ha objetado él a sí mismo. No hay por donde tomarlo. Quien no sabe nadar contra corriente se ahoga en la marejada unamunesca.

Unamuno dice, con harta frecuencia, exactamente al revés de lo que quiere decir. Y eso que quiere decir sólo lo pesca quien tiene el sentido de la “vida” —que es mezcla de humor y malhumor, de burlas y veras, de tragedias y bufonadas, de definiciones e indefiniciones—. El que carece de ese sentido leyéndole se vuelve loco o se enfurece, o lo que es peor, entiende las cosas al derecho que es entenderlas exactamente al revés<sup>14</sup>.

tivo. “Yo he puesto en mis libros calor y vida, y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión. Pasión de odios, de desdén, pasión de desprecio muchas veces, no lo niego: ¿pero es que el calor no viene sino de eso que llaman amor y que de cada cien veces las noventa no es sino babosidad y blandenguería o debilidad de espíritu? Y he puesto también en ellos amores, mis amores, esos amores que son los que me hacen indignarme, que son los que me hacen a menudo áspero, desabrido, desdeñoso. Sí, por amor me hago antipático, por un amor más grande y más puro que el de esa engañosa simpatía que algunos me aconsejan busque.” (*Soliloquios y conversaciones, A mis lectores.*)

<sup>14</sup> Críticos ha habido de Unamuno —sirva esto de ejemplo— enfurecidos contra él por haber afirmado solemnemente, en su *Vida de Don Quijote*, la existencia real y no de mentirijillas del caballero de la triste figura. Y es de ver con qué seriedad y con qué furor la emprenden, seguros de su éxito, contra tamaño despropósito. Le han entendido

“Dicen —dijo— que lo helénico es distinguir, definir, separar. Pues lo mío es indefinir y confundir. . . Hay que confundir, confundir sobre todo, confundirlo todo. Confundir el sueño con la vela, la ficción con la realidad, lo verdadero con lo falso; confundirlo todo en una sola niebla. La broma que no es corrosiva y confundente no sirve para nada. El niño se ríe en la tragedia; el viejo llora en la comedia. . . que todo es uno y lo mismo. Hay que confundir porque el que no confunde se confunde. Esto es lo mío, charlar, sutilizar, juzgar con las palabras y los vocablos”<sup>15</sup>.

Por suerte, Unamunos que yo conozca hay uno solo y ése nos basta. Pues con que media docena de paradojeros y confundidores, no más que media, se hubieran lanzado a escribir como él, sería el mundo un loquero o, lo que es peor, un merendero de negros.

Pero, eso sí, debe haber en el mundo de las letras y en el de la filosofía un ser así, a lo Unamuno; como en toda república bien ordenada debe existir un pasquín de derechas y un pasquín de izquierdas, que es sencillamente darle a la república un gritadero, como se le dan lavaderos y respiraderos. Creo, asimismo, que todo ministro, rector de universidad, miembro de suprema corte o eminencia similar, debe tener una nietilla que, cuando vuelva el prohombre a su casa,

al derecho, en esta como en tantas otras ocasiones, que es la mejor manera de entenderle al revés y de que Unamuno se desternille de risa de sus censores. “A nadie —dice por allí, remachando la broma y tomándose el pelo a sus críticos— se le ocurrirá sostener en serio, *no siendo acaso a mí*, que Don Quijote existió real y verdaderamente e hizo todo lo que de él nos cuenta Cervantes, como la casi totalidad de los cristianos creen que el Cristo existió e hizo y dijo lo que de Él nos cuentan los Evangelios. Pero puede y debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vivió y sigue viviendo con una existencia y una vida acaso más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente.” La mayoría de las afirmaciones desconcertantes de Unamuno, que exasperaban a sus críticos, cobran un sentido normal, y estoy por decir un sentido común, no bien se descubre en ellas la metáfora que las sustenta. Jamás habla tan seriamente que no cuele en sus escritos audaces tropos y sentidos traslaticios. Para penetrar su pensamiento no basta muchas veces considerar ni el texto ni la pericope aislados, es preciso engastar su afirmación en todo su pensamiento. Jamás escribe tan en serio que no le dé derechos al poeta que lleva dentro de colar poetizaciones y metáforas, sin pedir antes permiso ni dar llamadas de advertencia. Añádase a esto lo que notaré más adelante sobre el agonismo de sus ideas y de sus metáforas (pág. 146).

<sup>15</sup> *Niebla*; Prólogo y cap. XXX.



le haga cosquillas, si algunas le quedan, con que se apee el prohombre de su proteica perinclitez.

El menester de Unamuno fué, pues, hurgarle las cosquillas a la literatura, a la filosofía, a la sociología, en síntesis, a la vida. ¡Lo cual no es cosa fácil! Y hacerlo con gracia es nada menos que todo un don celestial. Unamuno, como nadie en su siglo, se entregó con pasión a sus funciones de cosquillero, pero de cosquillero chino que martiriza al acosquillado haciéndole reír; y se jactó de la nobleza de su vocación. Óiganle:

“Si quieres, lector, leer cosas coherentes y transparentes y claras y enlazadas lógicamente y que tengan principio, medio y fin y que tiren a enseñarte algo, búscalas en donde quieras, menos aquí, que sobran sabios y eruditos en esta nuestra ramplonería ambiente, sobran hasta apestar. Libros, revistas y periódicos tendrás en que se te dará cuenta de lo que se hace, se dice y se piensa por el mundo. A mí no me interesa sino lo que hagas, digas o pienses tú por ti mismo, valga ello lo que valiere, que siempre valdrá mucho más que lo que tú mismo te figuras . . .

”Si puedo te clavaré un aguijón ardiente para oír tu quejido, para recibir tu llanto. Si sé que acaba de morirsete un hijo de veinte años al terminar su carrera y cuando en él te mirabas, te hablaré de ello y hurgaré en tu pena para que me acongojes con tu congoja y en un pesar común comulguemos los dos.

”Me interesas tú, tú mismo como persona. Me interesarían, si las conociese, tus penas y tus alegrías, tus inquietudes, tu desaliento; pero las ideas que almacenas en tu mollera guárdatelas, si es que te sirven de algo, que a mí ni poco ni mucho se me da de ellas ni tengo malditas las ganas de conocerlas”<sup>16</sup>.

No se crea, por favor, que esto lo dijo una sola vez en algún desplante, y que se lo olvidó luego para siempre. Era ésta su misión. La llevaba en el alma como puede un misionero llevar su ideal proselitista y como puede un político llevar el suyo de engatusar las masas.

<sup>16</sup> *Ensayos*; tomo VI, *Ramplonería*.



Ésta era la santa vocación que se atribuyó a sí toda su vida: remejer las escurrajas y el poso de rutinas asentadas en los entresijos de la médula de los huesos de las conciencias.

“Mira, lector: aunque no te conozco, te quiero tanto que si pudiese tenerte entre mis manos te abriría el pecho, y en el cogollo del corazón te rasgaría una llaga y te pondría allí vinagre y sal, para que no pudieses descansar nunca y vivieras en perpetua zozobra y en anhelo inacabable”<sup>17</sup>.

#### CATÓLICO POR ESPAÑOL, ANTI- ESPAÑOL POR ANTICATÓLICO

Era una mezcla imposible de fraguar. Quería ser gran español y no quería ser católico, no tanto por el catolicismo cuanto por una honda enemiga al Vaticano y a los clérigos españoles. Cuando españolizaba, sin pecatarse, catolizaba. Al pronto se daba cuenta de que estaba portándose tan cristiano como un benedictino de Silos. Entonces soltaba una herejía contra Jesucristo y echaba una andanada contra el clero patrio, sólo por despistar.

De inmediato se sorprendía a sí mismo: “Pero esto que dices, Miguel, ¿atenta contra España?” Parábase entonces sin saber qué hacerse, en medio del catolicismo y de España como el asno de Buridano. Y allí, refractario de su propio corazón, maldecíase a sí mismo.

Con razón escribió Machado: “Unamuno quiere ser fundador y dice: Creo, Dios y adelante el ánima española . . . Y es tan bueno y mejor que fué Loyola. Sabe a Jesús y escupe al fariseo”<sup>18</sup>.

“Si la vida del hombre —escribió— es trasunto y resumen de la vida del linaje humano, no puede tenerse por verdaderamente hombre quien no haya por lo menos pasado por un período sinceramente religioso, que aun cuando pierda su perfume, su oculta savia le vivifi-

<sup>17</sup> *Vida de Don Quijote y Sancho*; cap. LXXII y LXXIII.

<sup>18</sup> ANTONIO MACHADO: *Poesías completas*, CLI, *A Don Miguel de Unamuno* (Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*).

cará”<sup>19</sup>. Con estas frases justificó sus fervores de mocedad, de una mocedad digno coronamiento de un hogar racialmente católico. A lo largo de su vida, como lo patentizan las cartas que a continuación publicamos, profesó siempre religiosidad, una religiosidad *sui generis* que parecía rebrotar de la negación y del ateísmo.

Como lo dejó entender en su *San Manuel Bueno, mártir* —y me parece muy atinado Marañón cuando asegura que esta novelita, un poco nebulosa, es de lo más hondo y sentido de Unamuno—, ansió siempre creer con la fe de sus padres<sup>20</sup>. Y, acaso, acaso, si no desesperó en sus crisis de creencias fué por haberse hecho la ilusión de que más abajo de los estratos del alma, de los que brotaban sus rebeldías e incredulidades, había, ahogadas en cenizas, vivas brasas de fe, las cuales, sin darse él cuenta, mantenían el calor de su corazón en un anhelo insaciable de Dios y en un sentido respeto a Jesucristo.

San Manuel Bueno es el doble más curioso de Unamuno. Púsose un día a cavilar qué habría sido de él en el caso peregrino de haberse ordenado de sacerdote, de vivir entre sus parroquianos, en un poético pueblo de provincias, pero... sin poseer pizca de fe. ¿Escandalizaría a sus pobres feligreses con una asonante apostasía? Jamás. Su misión habría sido ésta, y nada más que ésta: “Consolarme en consolar a los demás dándoles el consuelo de una fe que no es mi consuelo”<sup>21</sup>. ¿Despertaría a sus pobrecitas gentes del dulce ensueño de su fe? ¡Ah, eso no! Hubiera vivido toda su vida rumiando a solas su dramática congoja sin remover jamás la fe de sus hijos. “¡Que vivan ellos, que se sueñen inmortales, que sigan creyendo por hábito, por tradición, que vivan en su pobreza de sentimientos para que no adquieran torturas de lujo! ¡Bienaventurados los pobres de espíritu! Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales, y no para matarles. Aquí

<sup>19</sup> *Recuerdos de niñez y de mocedad*; Segunda Parte, cap. VI.

<sup>20</sup> *San Manuel Bueno, Mártir*. En el prólogo de esta obra, escrito en Madrid, en marzo de 1933, el mismo Unamuno recogió la apreciación de Gregorio Marañón quien la estampó, primero en *La Nación* de Buenos Aires, y algo más tarde en *El Sol* de Madrid, el 3 de diciembre de 1931.

<sup>21</sup> *San Manuel Bueno, Mártir*.

estoy, ¿para engañarles? No, sino para corroborarles en su fe. ¿Y la verdad? La verdad es acaso algo terrible, algo intolerable; la gente sencilla no podría vivir quizá con ella. Y toda mi congoja sería no poder engañarme para engañarles con todo el corazón”<sup>22</sup>.

¿Dióse maña para dejar con su conciencia en paz a los pobres de espíritu, y a la vez para zahondar en las conciencias de los ricos de espíritu, removiéndoles de sus socordias y acidias mentales? Acaso no, acaso consiguió sin quererlo todo lo contrario: cristalizar a unos en sus empaques y perturbar la serena conciencia de los otros arrojando en sus corrientes puras pellas de barro y tintas de calamar. Ni Nietzsche, a quien supera, a mi entender, en profundidad metafísica, supo expresarse con tanta fuerza como Don Miguel. Pero ha confundido tanto y más que Nietzsche las conciencias honradas y ha logrado, sin pretenderlo sin duda, se encanallen en sus disparates los disparatadores.

Para hablar poseía la libertad de un fraile que no está comprometido con nadie, ni con mujer, ni con puesto público, ni con patrono político, ni con amigos; a quien no le interesa jabonar al príncipe ni tiene miedo le reproche nadie sus tapujos. Deja el fraile al mundo para poderle decir al mundo las cosas que el maldito se merece, con la santa libertad y bronquedad de los hijos de Dios. . .

Pues bien: el bilbaíno parecía en esto (y por desgracia nada más que en esto) un fraile capaz de cantarle las cuarenta al lucero del alba. En muchas otras cosas tenía Unamuno visos de cura, pero de cura apóstata, de esos eternamente masacrados por su conciencia, y precisados a decir cada vez más y mayores dislates para llamar la atención y ganar la vida temporal, como si dieran la eterna por perdida para siempre.

Pone frío en el alma oírle confesar en sus cartas: “En medio de mis trabajos y de mis preocupaciones siento cierta sensación extraña de soledad y de abandono. Hay momentos en que me parece estar solo y que los demás no son más que sombras, espectros que se mueven

<sup>22</sup> *Ibidem.*

y hablan. Estoy convencido de estar pasando la verdadera crisis de mi vida . . . ”<sup>23</sup>

Nadie vaya a creer, por Dios, que eran remordimientos por inconducta moral lo que le traía a maltraer. Su crisis fué crisis de fe, quiebra de creencias, desmoronamiento del templo interior que el cristianísimo hogar bilbaíno de sus predecesores fué alzando insensiblemente en las largas horas del despertar de su conciencia. Unamuno vivió vida de extremada honradez, de absoluta pureza, así me lo aseguraron en Salamanca y así lo creo yo. “Y si no pagó un café a nadie en su vida, me añadían con resentimiento los salmantinos, no demoró tampoco ni una hora las cuentas de la lavandera.”

Cuando hablaba contra el raquitismo mental de los clérigos españoles pretendía únicamente removerlos de la acidia, socordia y holgazanería en que muchos de ellos vivían; y esto lo pretendía por purísimo amor a España. Añoraba los teólogos y también los inquisidores de otros tiempos. Habría hecho buenas migas con Torquemada, Tirso de Molina, Melchor Cano, Juan de Mariana, Baltasar Gracián.

“ME DUELE ESPAÑA COMO  
ME DUELE EL CORAZÓN”

En los días de la revolución franquista todo el mundo se asomó a España a mirar por quién iba a pronunciarse Don Miguel, si por Franco o por Azaña. Se citaban frases suyas, unas para probar la solidaridad que prestaba a los nacionalistas, y otras para documentar su simpatía por los rojos. Pasquines insidiosos, como *L'Humanité* de París y *La Vanguardia* de Buenos Aires, aseguraban que Unamuno vivía horrorizado de los crímenes perpetrados por los franquistas contra los republicanos.

Lo cierto es que ni acaso él mismo sabía por quiénes estaba. Andaba avergonzado de España, de esa su España por la que había bregado la vida entera. Aquélla era para él el fracaso de su vida, el

<sup>23</sup> Carta III de M. de Unamuno, pág. 278.

fracaso de sus escritos, el fracaso de su apostolado. Si en Salamanca no se podía hacer entrar en razón a los militarotes, enardecidos por las proclamas del manco Millán-Astray, y al pobre rector destronado teníanlo con policía a la puerta; allá en Madrid, los angelitos de Azaña no las gastaban chiquitas, pues jugaban a violar monjas y comer ojitos de niños.

No quería pensar en la guerra. ¡Y aquella guerra era precisa para que despertara España de su secular marasmo! “Nunca estaré con el vencedor, sea quien sea”, solía decir<sup>24</sup>. Porque la guerra, toda guerra, es cosa injusta y encima imbécil. Llevaba sus recuerdos de niñez salpicados de cascos de granadas carlistas. Desde la niñez, pues, aprendió a asquear la guerra, y a detestar a quienes bajo el grito de “guerra santa” creen justificar las matanzas. Veía claro que la guerra es juego de pocos a costa del dolor de muchos. Tenía en esto bastante sentido común.

Amaba a España con más autenticidad que los otros heterodoxos, sus paisanos de la generación del 98. Todo lo español le parecía noble y heroico, con tal que fuera de la España quijotesca, y no de la que le rodeaba. Decía con mucha seriedad que los españoles de la conquista americana, los quijotescos, sólo a precio de enormes sacrificios (¡pobrecitos!) pudieron arrojar a la empresa abnegada y heroica de engendrar hombres *libres* en indias *esclavas*. (¡Qué vencimiento, eh, y qué sacrificios y qué mortificación no les sería precisa...!)

<sup>24</sup> Recojo estas palabras del libro de GUILLERMO DE TORRE *Tríptico del sacrificio*, en el párrafo *¡Hombre de guerra civil!* Lo mejor de este libro está dedicado a Unamuno, quien sale triunfador en el largo y agudo cotejo con Ortega y Gasset a que lo somete el autor. Y en esto coinciden casi todos los escritores de alguna nota. Recordaré tan sólo a uno de ellos, a Miguel Federico Sciacca, quien en *La filosofía hoy* dedica un capítulo entero a Unamuno y tan sólo unas líneas a Ortega, lo que ciertamente no me parece justo. El libro de de Torre, ahora mencionado, fué escrito al terminar la guerra civil española y pretende enrolar a Unamuno en el partido en que militaba el autor. Es esto, por supuesto, harto discutible. Nacionales y rojos podrán acumular los argumentos que quieran probando que Unamuno estaba con ellos. El genial vasco, harto curado a sus setenta y dos años de veleidades revolucionarias, estaba consigo mismo y con la España inmortal, y de ninguna manera con los caudillejos que altercaron en aquella sangrienta liza.

En *Niebla*, su fantasmagórica *novela* en la que los personajes se encarnan, llaman a las puertas de Unamuno y le discuten cara a cara si debe éste matarlos, o perdonarles la vida, o si deben suicidarse ellos, introduce al protagonista, Augusto Pérez, increpándole:

—“¡No sea usted tan español, Don Miguel...!

—¡Y eso más, mentecato! Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo; y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna; y mi Dios un Dios español, el de nuestro señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡Sea la luz!, y su verbo fué verbo español...”<sup>25</sup>

No era muy devoto, por cierto, ni de Santa Teresita ni de Santa Teresa, ni le preocupaba mucho el purgatorio. Pero era capaz de pertenecer a cuatro cofradías sólo por mantener la tradición española quijotesca. Con sorna, que no con espíritu ignaciano, alababa candelas, escapularios y procesiones, sobre todo procesiones; porque éstas —decía— sirven a maravillas para concertar casorios. Y, lo que es como procesiones, las tenía cada día en las callejas enrojecidas de su miserabilísima Salamanca.

De ordinario se despachaba un poco impiamente negando la divinidad de Nuestro Señor. Pero, como toda la cultura española está requeteamasada de catolicismo, para justificar y defender la fe de España concertó sus magníficos y famosísimos versos *Al Cristo de Velázquez*, el poema de mayor lirismo metafísico escrito en lengua castellana. Confesó haberlo escrito en desagravio de las irreverencias vertidas en su otro poema —¡literariamente maravilloso y no menos afamado!— *El Cristo yacente de Santa Clara*<sup>26</sup>.

Puede que así sea, puede que tratara de reparar a Jesucristo de

<sup>25</sup> *Niebla*, cap. XXXI.

<sup>26</sup> Este portentoso poema, escrito en dos días, hallándose en Palencia, en uno de sus tantos viajes, va inserto al término del libro *Andanzas y visiones españolas*. Como he escrito en mi estudio *Ivanoff “cosa seria”*, Benito Prieto Coussent pareciera haberse inspirado en él para pintar su prodigioso *Cristo Crucificado*. (Cfr. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, N° 10, abril-junio de 1949.)



las barbaridades que dijo en ese poema hecho más en loa de la tierra española que del Cristo español; pero en lo hondo de ambos estuendos escritos lo que se canta es a España, a la España fraguada en Jesucristo, hecha de un catolicismo, si se quiere, un poco brutote, por lo áspero, intransigente, inquisitorial, torquemadesco; pero, como muy bien lo sabía Unamuno, incuestionablemente aptísimo para salvar las almas y escapar al fuego del infierno, por lo menos cuando de almas de españoles se trata <sup>27</sup>.

MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL,  
COMO PERFECTO NIETZSCHENIANO

Era hombre, de ordinario, encantador; pero si se enfurecía parecía una estantigua de esas que cuando las ven venir gritan a coro los muchachos de la calle: “el oso, el oso”, disparando a la desbandada. Si Unamuno veía a su lado un muchacho calladito, era capaz de increparle: “¿Y tú no me insultas?, pues eres tonto”. Porque sentía placer en que insultasen al “demonio” que llevaba dentro, y le gustaba aparecer como primitivo, como Tarzán salvaje y un poco como energúmeno al insulto de la canalla de la calle y de la canalla intelectual que discurre por las universidades, por los ministerios, por los Jockey Clubs y por los círculos del gran mundo.

—“¿A ti te divierte que te hagan trampas y te fallen las cuarenta, y te ríes como si te hicieran cosquillas de que te las fallen? ¿Y te dejas engañar? ¿Te dejas que te la peguen?”

—Pues ésta es toda mi filosofía del sentimiento cómico de la vida: gozar en sentirme ridículo. Pues es divino placer reírme yo de los que de mí se ríen” <sup>28</sup>.

Andaba siempre platicando con “su demonio de la guarda”, o con

<sup>27</sup> Vuelvo a esto más abajo en la nota 4 a la Carta VIII de Miguel de Unamuno, en pág. 332 y siguientes.

<sup>28</sup> *San Manuel Bueno, Mártir — Un pobre hombre rico o del sentimiento cómico de la vida.*

“su ángel tentador”, que para él eran casi lo mismo. Satanás no podía tentarle de soberbia porque, como él mismo lo decía, iba muy más allá de cuando podía sugerirle el diablo. Y su buen ángel tampoco podía inspirarle humildad, porque lo que es en materia de humildad no podía pedirse más profunda que aquella en que ser y sentirse hombre le hundía. Satanás veíase así forzado a decirle: “Miguel, no seas tan soberbio”. Y el ángel: “No te humilles tanto, buen alma.”

Cuando suelen otros ufanarse de lo que llaman sus triunfos, él se acongojaba; y, de revés, triunfaba de sus fracasos. Qué bien ha encarnado esa su tristeza del triunfo y alegría del fracaso en este trozo de su *Vida de Don Quijote y Sancho*:

“Es ya de noche. He hablado esta tarde en público, y aún se me revuelven en el oído tristemente los aplausos. Y oigo también los reproches. Y me digo: ¡tienen razón!, ¡tienen razón!; fué un número de feria. ¡Tienen razón: me estoy convirtiendo en un cómico, en un histrión, en un profesional de la palabra!

”Y ya hasta mi sinceridad, esta sinceridad de que he alardeado tanto, se me va convirtiendo en tópico de retórica. ¿No sería mejor que me recogiese en casa una temporada y callase y esperara? ¿Pero es esto hacadero? ¿Podré resistir mañana? ¿No es acaso una cobardía desertar? ¿No hago algún bien a alguien con mi palabra, aunque ella me desaliente y apesadumbre? Esta voz que me dice: ¡calla, histrión! ¿es voz de un ángel de Dios o es la voz del demonio tentador?

”¡Oh Dios mío! Tú sabes que te ofrezco los aplausos lo mismo que las censuras. Tú sabes que no sé por dónde ni adónde me llevas. Tú sabes que, si hay quienes me juzgan mal, me juzgo yo peor que ellos. Tú, Señor, sabes la verdad; Tú sólo; mejórame la ventura y adóbame el juicio, a ver si enderezo mis pasos por mejor camino del que llevo”<sup>29</sup>.

Había alcanzado, a su manera, claro está, y dentro de su peregrina mística, lo que los ascetas clasifican de tercero y más perfecto grado

<sup>29</sup> *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. LVIII.



de humildad, que es desear pasar por loco sin, por supuesto, dar lugar a ello; es decir, que le tengan a uno por loco sin hacerse el tal. (Lo cual es exactamente lo contrario del tercero y más perfecto grado de soberbia, a saber, que le tengan a uno por cuerdo no haciendo más que desatinos.)

Voy a citar en prueba de esto, y un poco a la larga porque vale la pena, un célebre pasaje que le pinta de cuerpo entero. Lo recojo de su comentario al *Quijote*. Estábase Don Quijote haciendo zapatas al cielo en Sierra Morena, esto es, haciendo locuras para pasar por cuerdo. En tanto Sancho iba ya a medio camino del Toboso cuando se topó por su mal con el cura y el barbero. Procuraron éstos enterarse del paradero de Don Quijote. Quiso celárselo Sancho de primera intención, no fuera a ocurrírseles ir a Sierra Morena y hallaran a su amo en el lamentable estado en que él le había dejado. Pero, más ladinos que el infeliz, el cura y el barbero le hicieron contar todo, desternillándose de risa a cada paso. Ambos, viendo la buena fe del escudero, contagiado según ellos de la locura del caballero, no quisieron cansarse ni sacarlo del error en que estaba, que, pues no le dañaba en nada la conciencia, era mejor dejarle en él, y a ellos les resultaría divertido oír sus boberías. Esta actitud del cura y del barbero sugiérole a Unamuno el siguiente comentario:

“Ved cómo toman estos dos mundanos, cura y barbero, las cosas de Sancho; le dejan en lo que creen su error y era su fe en el heroísmo, para sacar gusto de oír las que reputan sus necesidades. ¡Haced luego nada heroico o decid nada sutil o nuevo para dar gusto a los que os lo tomarán como meras ingeniosidades! Presumo que leerán estos mis comentarios no pocos curas y barberos manchegos, o que merecerían serlo, y hasta llego a sospechar que los más de los que me lean andarán más cerca que de otra cosa de aquellos cura y barbero, y creerán bueno dejarme en los que juzguen mis errores, para sacar gusto de mis necesidades.

”Dirán, como si lo oyera, que sólo busco y rebusco ingeniosas paradojas para hacerme pasar por original. Pero yo sólo les digo que, si no ven ni sienten todo lo que de pasión y encendimiento de ánimo

y hondas inquietudes y ardorosos anhelos pongo en estos comentarios a la vida de mi señor Don Quijote y de su escudero Sancho, y he puesto en otras de mis obras, si no ven ni sienten eso, los compadezco con toda la fuerza de mi corazón y los tengo por unos miserables esclavos del sentido común, y por unos espíritus aparenciales que se pasean entre sombras recitando de coro las viejas coplas de calaínos. Y me encomiendo a nuestra señora Dulcinea, que dará al cabo cuenta de ellos y de mí.

”En acabando de leer esto se sonreirán también murmurando: “¡Paradojas! ¡Nuevas paradojas! ¡Siempre paradojas!” Pero, venid acá, espíritus alcornoqueños, hombres de dura cerviz, venid y decidme: ¿Qué entendéis por paradoja y queréis decir con eso? Sospecho que os queda otra dentro, desgraciados rutineros del sentido común. Lo que no queréis es remejer el poso de vuestro espíritu ni que os lo remejan; lo que rehusáis es zahondar en los hondones del alma. Buscáis la estéril tranquilidad de quien descansa en instintos externos, depositarios de dogmas; os divertís con las necedades de Sancho; y llamáis paradoja a lo que os cosquillea el ánimo. ¡Estáis perdidos, irremisiblemente perdidos; la haraganería espiritual es vuestra perdición!”<sup>30</sup>

### CHORREANDO HOMBRE

El *Quijote*, se ha dicho, posee valores eternos, no tanto por la delicia de lengua en que está volcado, cuanto por ser tan humano que pone en inmediata conmoción el poco de Quijote y el mucho de Sancho que llevamos los hombres en los entresijos del alma. Lo cual, se ha dicho también, dió la mano al éxito rotundo y a la supervivencia de la novela genial. No estoy muy de acuerdo, lo confieso, con este común sentir de los críticos por parecerme necesarias más que vulgares entendederas y más que medianas dimensiones de espíritu para comprender con algo de profundidad la recóndita filosofía de ese par inmortal de

<sup>30</sup> *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. XXVI.



LÁMINA 3



inmortales mentecatos, el sanchezco Don Quijote y el donquijotesco Sancho, como decía Unamuno. La mayoría muy mayor de las gentes van al *Quijote* a reír, como van al circo.

Y eso de que en las hendeduras del alma tenemos todos pasta quijotesca, lo creo, como asimismo creo que tenemos pasta de inteligencia. Pero una buena porción de la grey humana esa forma substancial se la vuelve materia prima, y, mejor dicho, lastre y cosa absolutamente inútil. Y ¡qué no darían por arrojar lejos de sí, de una vez por todas, el fardo de inteligencia que les oprime para retozar desnudos, campando libremente a merced de la común estupidez!

Una cosa empero es cierta, a saber: que todo ser que no sea orate perfecto halla en la novela cervantina una alegoría cabal del duelo que es la vida de todo hombre que viene a este mundo. Duelo entre el ángel y el antropoide; entre la ley del espíritu y la ley de los miembros, como San Pablo decía; entre el corcel blanco y el negro, en la visión platónica; entre Ariel y Calibán, en la dramaturgia shakespeariana; entre el *Dasein* de la existencia auténtica y el *man* de la existencia inauténtica, en la jerga heideggeriana.

Pues bien. A mi entender, el éxito inmenso logrado entre los hombres de seso por don Miguel de Unamuno radica en que un poco de Unamuno llevamos todos metido en la médula de los huesos del alma, como a él le gustaba decir. En cien años, y acaso en cuatrocientos, Europa no ha tenido un hombre igual a este “energúmeno español”.

Pocas veces un ser ha sentido tan fuertemente el dualismo humano. Pocos hombres han vivido con tanta hondura el misterio del hombre. Si Dios, al término de este mundo, quisiera mostrarles a los ángeles un espécimen acabado del bípedo perínclito que señoreó la tierra, y se propusiera hacerles entender la lucha de antitéticas aporías, el misterio de contradicciones, y el vendaval de paradojas que es el corazón humano, con sus filias y sus fobias, sus ansias de alzarse sobre las seráficas estrellas y su gusto grotesco de chapucear en los detritos de la podredumbre más podrida, les echaría ante los ojos a Don Miguel, mezcla peregrina de serafín y de demonio, de ateo y de creyente, de trágico y de cazurro, paradoja de carne y de hueso que dió en qué

entender a Europa entera, cuando vivo; y de quien se escriben ahora, luego de muerto y bien muerto, libros y bibliotecas enteras.

Sus escritos se babelizan en todas las lenguas. Sus anécdotas se susurran con siempre vivo interés en todos los corrillos literarios de España. Un vendaval de libros le hacen pervivir entre los hombres —¡lo que él rabiosamente ansió!—. La bibliografía unamuniana abulta como la de cualquiera ciencia<sup>31</sup>. En habla castellana escribense cada año más libros y artículos sobre don Miguel que sobre criteriología y estética. . . ¡por suerte!

Tan portentoso movimiento no lo provoca, estén ustedes seguros, el estilo literario del autor, ni la originalidad del pensador, ni la profundidad del filósofo, ni la inventiva del novelista, ni el lirismo del poeta, ni el apasionamiento del patriota, ni el volterianismo del libelista, sino única y exclusivamente el jadeo del hombre. Porque Unamuno chorrea hombre por todos sus poros. El hechizo lo ejerce él, don Miguel, como él es, con su testarudez, su pasión, sus desperezos, y, por sobre todo, con su alma torturada. Como en la *Suma* de Santo Tomás desborda inteligencia, y en *Las Confesiones* de San Agustín corazón, y en los dramas de Shakespeare pasión, en Unamuno desborda a chorros hombre, hombre de carne y hueso.

Como lírico metafísico Don Miguel hubiera sido excelente; como pensador, muy bueno; como filósofo, escasamente bueno; como cuentista, pasable; como dramaturgo, malo; como sumulista, inaguantable; pero como hombre, entendiendo por tal no al animal racional de los lógicos, ni al animal político de los peripatéticos, ni al económico de los manchesterianos, ni al religioso de los cuvieranos, ni al estético de los postkantianos; sino definiendo al hombre animal misterioso, paradójico, enigmático, Unamuno es “nada menos que todo un hombre”.

En sus obras nadie se pone a leer *el sentimiento trágico de la vida*.

<sup>31</sup> Miguel Oromí en su libro *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943, inserta una abultada bibliografía unamuniana, la cual llena quince densas páginas de letra prieta. La ha reeditado, completándola un poco, N. González Caminero, en su libro anteriormente citado. De los escritos posteriores a la muerte del polígrafo da cumplida cuenta M. G. Blanco en los *Cuadernos* citados en la nota siguiente.

ni la agonía del Cristianismo, ni la historia de Don Sandalio, ni nada. En sus obras sólo cabe leerle a él, y únicamente a él, acurrucado en cada uno de sus personajes, en cada uno de sus versos, y en cada uno de sus pensamientos.

Jacques Chevalier, en un bello escrito reproducido recientemente en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, ha trazado una de las mejores semblanzas, que yo conozca, de don Miguel. Vale la pena tenerla presente <sup>32</sup>.

Asienta tajantemente que es la primera figura del retablo literario español y que hace honor, no sólo a su país, sino al mundo entero. Su éxito surte de haber sido hombre a todo lo largo y a todo lo ancho del concepto de hombre. Y hombre no de un pueblo ni de una época, sino típica y universalmente hombre, sin verse precisado por ello a dejar de ser español. Al contrario, su autenticidad y universalidad humana nace precisamente de haber echado hondas raíces en su raza y en su pueblo.

Mientras los demás escritores, casi sin excepción, buscan enriquecer sus giros literarios y su vocabulario en libros y lexicones, Unamuno espuma giros y palabras de las bocas de los charros y de los destripaterrones que trabajan la tierra enjuta y rijosa del camino a Zamora. Mientras los filósofos buscan sabiduría en los gruesos mamotretos de sus predecesores, Unamuno saca filosofías, o filosofúculas, del hondón de su propia alma. Si no fuera demasiado gongorismo diríamos que Unamuno se unamuniza unamunizando, vale decir, desentrañándose a sí mismo, remodelándose constantemente. ¡Y qué a tono está esto con la moda existencialista!

### ¿FILÓSOFO O PENSADOR?

Ahora en España ciertas gentes se han lanzado con furia y en equipo a desprestigiar a Unamuno. “Insincero, mistificador, sectario, calumniador, apóstata, etc.”, son los piropos que le sueltan. Dan ade-

<sup>32</sup> *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* — Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Salamanca, 1948, *Hommage à Unamuno*.



más en decir que era ignorante supino de la escolástica, de la historia de la Iglesia, de la teología, del derecho canónico. Y no diré yo que Don Miguel se haya mostrado especialista en todo esto ni mucho menos; pero ¿ignorante supino? Acaso sabía más teología y filosofía de la escuela que cuantos, una vez muerto, le combaten.

Añaden que de filósofo no tiene lo que se llama nada, ni de filólogo, ni de novelista, ni de español. (¿Poeta? Concédense lo de poeta, que es una manera solapada de aguarle el vino al pobre bilbaíno. “Poeta, sí, y de los buenos, ¿lo oyes? Por eso, ¡quién lo va a tomar en serio!”) “Porque se trata —explica esta gente, ardiendo en ganas de desagraviar a Dios de los pecados de Don Miguel—, se trata de contrarrestar el pernicioso influjo del descreído en la juventud católica de España.”

Por fortuna no han creído que calumniarlo y negarle lo innegable fuera el mejor modo de neutralizar su heterodoxia hombres de verdadero talento, como Julián Marías, Giménez Caballero, Laín Entralgo, Ferrater Mora, Miguel Oromí, para no citar nada más que a los nietos del 98. Miguel Oromí, sacerdote franciscano, ha escrito el mejor estudio, que yo conozca, sobre la filosofía de Unamuno, con un respetó, una delicadeza, una profundidad y una caridad —¡esto sobre todo!—, una caridad cristiana que prestigia grandemente a él y a la orden religiosa a que pertenece<sup>33</sup>. Dios no necesita de nuestras mentiras; y es diciendo la verdad y reconociendo lo bueno donde se hallare cómo, en forma digna y gloriosa a Dios y a su Iglesia, débese contrarrestar el mal que los libros de Unamuno, mal leídos, peor entendidos, aceptados en sus errores y desconocidos en sus aciertos, puedan hacer a las inteligencias juveniles.

Esas gentes que vengo diciendo, y a las que no he de nombrar, creen pegarle a Unamuno el tiro de gracia con machacar que no es

<sup>33</sup> Unas páginas antes cité este libro, el que incuestionablemente ha calado con mayor hondura el pensamiento filosófico unamuniano, tratando en lo posible de vertebrarlo y de reducirlo a esquema. Igual tarea había emprendido, unos años antes, José Ferrater Mora, en su libro *Unamuno — Bosquejo de una filosofía*. Pero ni el trabajo de éste, con ser muy bueno, ni el de Julián Marías, el primero en lanzarse a nadar por el piélago unamuniano, padecen cotejo con el de Miguel Oromí.



filósofo, porque nada ha escrito sistemático, nada orgánico, nada coherente. Le conceden geniales desperezos, humoradas, cubileteos, energumenas, ornotorringuadas. Pero, lo que es como filósofo. Don Miguel —dicen— no tiene por dónde comenzar.

Y, cierto, Unamuno no es Urráburu, desde luego, ni cosa que se le acerque<sup>34</sup>. Si fuera tal no andarían sus libros traducidos a todas las lenguas, ni se sucederían las ediciones año tras año, ni hubiera conseguido la popularidad en Alemania, Italia, Francia e Inglaterra, con ser español, que no consiguieron ni Kierkegaard, ni Nietzsche, a pesar de sus bramidos. (Y no le tengo yo inquina a Urráburu, ¡qué he de tenérsela!, varón mansueto y celador de la regla de la orden religiosa a que pertenecía, que se murió, dicen, de habérsele atragantado un silogismo, un *frisesomorum* casi seguro.)

De verdad, no les tenía mucho aprecio a los filósofos esquematizadores. Como cierta vez le apuraran a publicar su *Summa philosophiae unamunianae*, acaso para cargar en ella un premio Nóbel, contestó él: “En cuanto a lo de mi filosofía, que la escriba otro cualquier menguado unamunista, que yo no lo soy. Seré yo ego, pero no soy egoísta. ¿Mi filosofía? ¡Bah! Antes tendrán que levantar el andamiaje bibliográfico y quedarse en él, que es labor de eruditos”<sup>35</sup>. Y esto que acabo de citar a la letra lo cantó paladinamente tres años antes de su muerte.

¡Pero vamos a cuentas! ¿Unamuno no es filósofo porque no quiso catalogar sus ideas en un solemne mamotreto ni le plugo entregarlas a la humanidad en collar enhebrado silogísticamente? ¡Sea.

<sup>34</sup> No tengo yo en menos a Urráburu —así como lo digo—; pues no soy, o cuando menos no me tengo, por tan pedante y presuntuoso. Cuando estudiante de filosofía con hartito provecho me tragué uno a uno los ocho volúmenes de sus *Institutiones Philosophicae*, exposición vastísima de la filosofía escolástica suareciana, no del todo ayuna de conocimientos científicos y filosóficos contemporáneos, redactada en un pasable latín españolista que la vuelve hartito leedera. Y si le he recordado, ahora aquí, es únicamente en atención a las referencias que, como se verá, de él hace Don Pedro Jiménez Ilandain en sus primeras cartas a Unamuno. El navarro, afincado en París, masticando penosamente el latín, debió en su mocedad revolver el *Compendium Philosophiae Scholasticae*, reducción a cinco volúmenes de la obra grande, que hoy casi ninguno tiene la paciencia de leer de cabo a rabo.

<sup>35</sup> *Ahora*, 21 de abril de 1934.

pero es pensador! Para enhebrar y catalogar sus pensamientos vienen en pos de él los filósofos, los organizadores, los catalogadores y silogizadores. Reprocharle a todo un pensador que no es filósofo es como censurar a Hernán Cortés y a Francisco Pizarro de no haber escrito historias. ¡Y la falta que les hacía escribirlas a ellos que las creaban! Pues el pensador es al filósofo como el héroe al historiador. Y si Unamuno no hizo filosofía es porque no se la dejó hacer el tumulto de sus pensamientos, que le borbotaban a chorros del inagotable manadero de su corazón. ¡No, no fué filósofo; le vedó serlo el exceso de originalidad!

Por otra parte, habría de dilucidarse si un sentimentalista de verdad (poeta y dramaturgo y novelista a la vez, como es lógico) puede ser filósofo, al menos lo que por filósofo entienden los urraburistas.

No fué filósofo ni les dió el gusto a los que se tienen por tales de que, ni vivo ni muerto, pudieran etiquetarlo con el rótulo de esta o de aquella escuela. Los filósofos, o los que se tienen por tales, no suelen descansar hasta que logran etiquetar al colega. Es una manera de matarlo, o de creerse que lo han vencido. ¡Oh, la envidia quintaesenciada que guardan los libros de historia de la filosofía, de historia de la literatura y en general de historia de los hombres!

Regurgitaba y se encalabrínaba Don Miguel cuando veía que le andaban buscando etiqueta y clasificación. “¿Yo con mote, como si fuese un insecto seco y hueco y clavado en una caja de entomología y con una etiqueta que diga: género tal, especie cual...?”<sup>36</sup>

Por desgracia no conoció, ni pudo conocerlos acaso, a los grandes pensadores católicos. A fines del pasado siglo, cuando comenzó a tambalearle la fe religiosa (1880-1900), no había en España ni un filósofo ni un teólogo cuya lectura pudiera contrarrestar la impresión que dejaban en su alma los libros de Harnack, Loisy, Sabatier, Kierkegaard, Revielle, Tyrrell, Kaftan, Troeltsch, Ritschl, la flor y gala del racionalismo protestante y del modernismo católico.

La postración del catolicismo español la documenta con testimonio de toda excepción Menéndez y Pelayo en su *Historia de los hetero-*

<sup>36</sup> Paz en la guerra, cap. I.

*doxos españoles*: "No se imitaba ni se remedaba; se traducían servilmente, diciéndolo o sin decirlo, y ni siquiera se traducían las obras maestras, sino los más flacos y desacreditados manuales. Como único resto de lo antiguo vegetaba en algunos seminarios la escolástica; pero sólo por excepción daba de sí alguna que otra obra profunda y notable, como el *Curso de filosofía tomista*, de Puigserver"<sup>37</sup>. No

<sup>37</sup> *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. VII, pág. 344, Madrid, 1947. Subrayando la frase lapidaria de Menéndez y Pelayo, Miguel Oromí añade estos párrafos harto expresivos: "Todas las ideas y doctrinas filosóficas procedían de Inglaterra o de Francia y eran imitadas sin alteración notable por los llamados filósofos de la época. Así se explica la aparición en España, aunque por breve tiempo, del sentimentalismo de La Romiguière, cuyos principales fautores florecieron en el Colegio de San Felipe de Cádiz; del eclecticismo de Royer Collard y Victor Cousin, de quien se imitaron incluso los programas de estudio, y su influjo fué más profundo por cuanto se difundieron sus ideas entre los mismos políticos y periodistas que escribieron sobre asuntos morales y políticos, entre los cuales sobresale Donoso Cortés, quien más tarde llegó a ser un insigne apologeta católico. El influjo inglés se manifestó principalmente en Cataluña, y la filosofía escocesa, en particular la doctrina de W. Hamilton, tuvo allí un éxito feliz, contribuyendo en gran parte a la formación filosófica de Balmes, el cual aparece, sin que intentemos preferir juicio alguno sobre el valor de su filosofía, como un oasis en el desierto filosófico de este tiempo.

"También el idealismo germánico consiguió penetrar en España, aunque no directamente, sino mediante versiones y comentarios franceses. El kantismo tuvo tan pocos adictos, y es tan escasa su literatura, que no vale la pena citar nombre alguno, si no es a José del Perojo, cubano, traductor en parte de la *Crítica de la razón pura*, en 1883. El hegelianismo, en cambio, consiguió mejor suceso, gracias al paciente esfuerzo de Contero Ramírez, quien, a pesar de no haber dejado escrito alguno, desde el año 1851 procuró formar en la escuela de Sevilla a no pocos discípulos, quienes introdujeron el hegelianismo en la Universidad Central. Entre ellos podemos citar a Benítez de Lugo, Fabié, Pi y Margall y Castelar. Hegel ha tenido casi siempre expositores, más o menos felices, en la Universidad Central, incluso durante el período krausista.

"Si a todo esto añadimos algunas doctrinas materialistas y frenológicas, de carácter esporádico, y varios manuales de filosofía escolástica, con mucho lastre cartesiano algunos, como el de Ceferino González, tendremos el cuadro reducido pero completo del paisaje filosófico español durante el siglo XIX y primeras décadas del XX."

De intento he cedido la palabra a un español, buen filósofo y buen teólogo escolástico, para que nos exponga el estado filosófico de España, nada halagüeño, cuando despertó a la conciencia Unamuno. Nadie achacará al autor de este juicio hispanofobias ni otros alifafes. Quien no sea ciego, si se toma la incomodidad de hojear los manuales de uso en seminarios y universidades, no podrá dejar de ver la postración de la filosofía escolástica. Dichos manuales no son solamente esquematizaciones frías, ayunas de toda erudición que no entre dentro de las cercas de la escuela, sino que sientan plaza de muy lógicos, huyendo, como del pecado, de despertar en el espíritu del joven el menor interés ni la menor pasión. Son esquemas fríos con la verdad, ineducados con el adver-

puede expresarse con términos más tajantes, en un hombre de la medida del polígrafo montañés, la decadencia del catolicismo español en el XIX. Y, da pena decirlo, España recién ahora, a mitad del XX, empieza a salir del XIX. Recién ahora abren sus puertas las camarillas herméticas, tanto de los seminarios clericales como de las universidades laicas, y se mutúan rigor de método y permeabilidad intelectual, con harto provecho de todos.

sario. fanáticos en la defensa de puntillos intrascendentes, y como labrados con un corazón que no amara la verdad que defiende.

El buen suceso obtenido en España por el hegelianismo y el krausismo se debió más a su contenido retórico que a su valía. Ni Unamuno ni la mayoría de los jóvenes españoles, que cursaron filosofía en las postrimerías del XIX, pudieron resistir la frialdad y los excesos de racionalismo de que hacía alarde la escolástica. Y si hurgaron en el krausismo y en el hegelianismo y en el kantismo, fué buscando un poco de emoción con que alimentar su fuego interior. La escolástica de entonces, demasiado atenta a dar la primacía a la inteligencia, había ahogado al hombre, en quien se asienta la inteligencia. Buscaba, no hay duda, la verdad del hombre; respondía al ¿por qué?, ¿para qué?, ¿de dónde?, ¿a dónde?. las graves preocupaciones que aquejan a todo espíritu ansioso de conocer las reconditeces humanas. Pero estas cuestiones de fondo, estos gravísimos interrogantes sofocábalos con cuestioncillas accidentales. Bajo catafalcos de erudición, bajo citas adocenadas ("*aientibus nostratibus, negantibus tomistis*"), bajo ristra de silogismos farragosos e inútiles, enhilados por puro prurito sumulístico y coqueteo dialéctico, el verdadero problema de la filosofía apenas dejaba sentir sus latidos.

Sentía Unamuno la poca cosa miserable y desvalida a que se reduce el hombre cuando se acuesta a morir, después que se ha ido desnudando uno a uno de todos los trapos que la farsa de la vida le obligó a vestir. Sentía que se muere en hombre, y no en filósofo ni en político ni en catedrático. Y se muere en hombre cuando se muere como se debe morir (aunque sea harto divulgado tomar a chacota hasta la muerte y morir en payaso). Sentía que nacemos en hombre, o que se nos nace en hombre. (¿Acaso por eso acompañan lágrimas al nacer y al morir! Porque somos animales trágicos, animales descontentos de nacer y de morir. Nacer en hombre y morir en hombre y vivir en hombre es humillante, con ser infinitamente más excelso que nacer, vivir y morir en emperador.) Pues esto es lo que aquel atormentado corazón buscaba: una filosofía que le enseñara a nacer y a vivir y a morir en hombre y no en sofista ni en sumulista ni en dialéctico ni en ninguna otra payasada de éstas. Por esto abominó de la escolástica (¿de la escolástica de los manualillos, se entiende!) y buscó otra filosofía cualquiera que le enseñara los problemas del hombre. El día en que a sus manos cayó Kierkegaard se tiró de bruces a beberlo, a habitarse y opilarse de Kierkegaard. Ahí estaba por fin uno que le enseñaba a nacer y a vivir y a morir en hombre, en hombre cristiano, doblemente hombre, y a morir *agonizando*, no hipando silogismos.

Más abajo (cap. III, pág. 113 y siguientes) diré el mal que a su fe católica hizo el no haberse chapuzado cuando muchacho en una filosofía católica enjundiosa, humana y viva, como la de M. Blondel, por ejemplo, a pesar de su estilo amazacotado, y como la de Marechal, o la de Maritain, aunque ésta alguna vez flojea.

## SU ATALAJE FILOSÓFICO

Un poco de Pascal, otro poco de Harnack, algo de Kierkegaard y un mucho de corazón español forman el atalaje filosófico de Unamuno. Desde joven sintióse sobrecogido por la trágica estampa del sentimentalista protestante. Y, sin conseguir jamás acallar los gritos de su corazón, empapado en la fe católica que bebiera a chorros en su catoliquísima familia bilbaína, se lanzó a la escena de la vida a desempeñar el difícil papel de sentimentalista trágico de la existencia.

Como pocos hombres en el mundo padeció hambre de inmortalidad o, lo que es lo mismo, de Dios inmortalizador. Su filosofía es, pues, la de los hambrientos de Dios, como la de Agustín, como la de Pascal, como la de León Bloy, a quien se parece tanto.

Como de filósofo hambriento o agónico es su discurso nervioso y eléctrico. No se demora en distinguir y en ponderar conceptos; las distinciones le enervan. Busca soluciones relámpago. Nada de rodeos, nada de largos cálculos. Siente hambre de pervivir; y a un hambriento no se le satisface con sutilezas sino con pan de inmortalidad.

Y he aquí que nada, absolutamente nada, ni la historia ni la filosofía ni la ciencia ni la fe ni su inteligencia ni su mismo corazón le daban garantías omnímodas de su supervivencia. ¡Oh, y lo que hubiera dado por descubrir con certeza matemática que llevaba dentro del pecho, en el cogollo del alma, un germen de inmortalidad! De aquí su trágico pavor. Vivir fué para él caminar como sonámbulo al borde de los abismos de la nada insondable. ¿Será posible que la vida del hombre, la vida mía, la de Miguel de Unamuno, no sea nada más que un relámpago de luz en medio de dos noches eternas? ¿Podrá apagárseme un día la llama de la conciencia y habré de sumirme para siempre en un abismo sin fondo?

“Recógete en ti mismo. Figúrate un lento deshacerte de ti, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio, se te derritan de entre las manos los objetos asideros, se te escurra debajo los pies el piso, se te desvanezcan como



en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera, como fantástico agarradero de una sombra.

“Si al morirme el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirlo de mí mismo, que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconsciencia de que brotara, y como a la mía les acaece a las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajado linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y es el humanitarismo lo más inhumano que se conoce”<sup>38</sup>.

Este pensamiento sobre la inanidad de esta nuestra vida terrena, si no ha de perpetuarse más allá de los hitos de la muerte, resuena como una música de fondo a todo lo largo y lo ancho de la obra unamuniana. Era su gran preocupación. Temblaba de miedo de perder un día su conciencia y de sumirse en una nada igual a aquella de que había salido. Sus predilecciones por Kierkegaard, por Pascal y un poco también por San Agustín derivan de haber sentido éstos, con no menor vehemencia, el miedo a morir alguna vez del todo.

“Cuando considero —confesaba Pascal— lo poco que dura esta vida mía, preludiada por una eternidad de sombras que la ha precedido, y por otra que va a seguirla, cuando cobro conciencia de la cordedad de estos días que me toca vivir, perdidos en la inmensidad de los tiempos, que ignoro y que me ignoran, me estremezco, porque no sé cómo explicarme por qué vivo hoy, y no antes ni después, por qué aquí, en este pequeño espacio en que me revuelvo, y no allí ni en el otro lugar ni en el de más allá. ¿Quién, Dios mío, me ha traído aquí? ¿Quién ha dispuesto mi ubicación en este sitio y en este momento de la historia del universo? ¡Yo no veo por todas partes nada más que el silencio eterno de la historia y de los espacios infinitos que me envuelven!”<sup>39</sup>.

“Aquel pobre matemático —comentaba Unamuno—, aquella *caña pensante* que era Pascal, Blas Pascal, por quien Jesús hubo derramado

<sup>38</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. III, *El hambre de inmortalidad*.

<sup>39</sup> PASCAL: *Oeuvres complètes*, tomo III, pág. 14.

tal gota de su sangre, pensando en él, en su agonía, el pobre Pascal buscaba una creencia útil que le salvara de su razón. Y quería creer contra su razón; y fué ésta su tragedia íntima, el no conseguir jamás llevar su inteligencia a creer lo que ella no veía: «Creo, ayuda mi incredulidad.» (San Marcos, IX, 24) <sup>40</sup>.

Tampoco Unamuno hallaba en parte alguna pruebas perentorias de que ese su anhelo vital por pervivir no fuera una añagaza del corazón. Por eso sólo le restó hambrear, hambrear toda su vida, y brahear para que no se lo tragara el abismo. Su vivir fué un manotear de continuo en la cresta de las olas, o dicho mejor, un agonizar de continuo con el corazón envuelto en pesadillas.

“Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios no pude encontrarle, porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea. Y fué entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por eso me consolara.

”Pero, al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte, y en la desesperación sentimental de otra, se me encendió el hambre de Dios; y el ahogo de espíritu me hizo sentir, con su falta, su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino que más bien sobreexiste y está sustentando nuestra existencia y existiéndonos” <sup>41</sup>.

<sup>40</sup> *La agonía del Cristianismo*; IX, *La fe pascaliana*. Unamuno se forjó un Pascal *ad usum proprium*, claro está. Su interpretación del pensador francés es harto antojadiza. Le ha hecho decir a Pascal lo que quería él que el otro dijera, lo fagocitó, lo unamunizó. Voy a decirlo con más detención después en la *Introducción al Epistolario* (pág. 199 y siguientes); pero anticipo ya que a Don Miguel le sublevaban las pruebas escolásticas de la existencia de Dios y quería parapetarse en Pascal, para justificar su repulsa. Y lo que digo de las pruebas de la existencia de Dios cabe decirlo también de las de la inmortalidad del alma. Sentía ansias de perennidad con el corazón y con todas las entrañas, pero negaba esa inmortalidad con su inteligencia; y ésta dijo ser su angustia: *credo quia absurdum*. Contra las protestas de la cabeza, contra lo que ésta le presentaba como absurdo, arbolaba la exigencia de su corazón: “¡Credo, credo!”, o cuando menos: “Quiero creer que creo aun cuando creo que no creo.” En el capítulo V de *Del sentimiento trágico de la vida* socavó las pruebas tradicionales de la inmortalidad, habiendo asentado en el capítulo III la existencia de un hambre insaciable de no morirse. (Véase la *Carta XVI*, pág. 400. Ítem la nota 2 de pág. 412.)

<sup>41</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. VIII, *De Dios a Dios*.

en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera, como fantástico agarradero de una sombra.

“Si al morir-se el cuerpo que me sustenta, y al que llamo mío para distinguirlo de mí mismo, que soy yo, vuelve mi conciencia a la absoluta inconsciencia de que brotara, y como a la mía les acaece a las de mis hermanos todos en humanidad, entonces no es nuestro trabajado linaje humano más que una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada, y es el humanitarismo lo más inhumano que se conoce”<sup>38</sup>.

Este pensamiento sobre la inanidad de esta nuestra vida terrena, si no ha de perpetuarse más allá de los hitos de la muerte, resuena como una música de fondo a todo lo largo y lo ancho de la obra unamuniana. Era su gran preocupación. Temblaba de miedo de perder un día su conciencia y de sumirse en una nada igual a aquella de que había salido. Sus predilecciones por Kierkegaard, por Pascal y un poco también por San Agustín derivan de haber sentido éstos, con no menor vehemencia, el miedo a morir-se alguna vez del todo.

“Cuando considero —confesaba Pascal— lo poco que dura esta vida mía, preludiada por una eternidad de sombras que la ha precedido, y por otra que va a seguirla, cuando cobro conciencia de la cotidianidad de estos días que me toca vivir, perdidos en la inmensidad de los tiempos, que ignoro y que me ignoran, me estremezco, porque no sé cómo explicarme por qué vivo hoy, y no antes ni después, por qué aquí, en este pequeño espacio en que me revuelvo, y no allí ni en el otro lugar ni en el de más allá. ¿Quién, Dios mío, me ha traído aquí? ¿Quién ha dispuesto mi ubicación en este sitio y en este momento de la historia del universo? ¡Yo no veo por todas partes nada más que el silencio eterno de la historia y de los espacios infinitos que me envuelven!”<sup>39</sup>.

“Aquel pobre matemático —comentaba Unamuno—, aquella *caña pensante* que era Pascal, Blas Pascal, por quien Jesús hubo derramado

<sup>38</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. III, *El hambre de inmortalidad*.

<sup>39</sup> PASCAL: *Oeuvres complètes*, tomo III, pág. 14.



tal gota de su sangre, pensando en él, en su agonía, el pobre Pascal buscaba una creencia útil que le salvara de su razón. Y quería creer contra su razón; y fué ésta su tragedia íntima, el no conseguir jamás llevar su inteligencia a creer lo que ella no veía: «Creo, ayuda mi incredulidad.» (San Marcos, IX, 24) <sup>40</sup>.

Tampoco Unamuno hallaba en parte alguna pruebas perentorias de que ese su anhelo vital por pervivir no fuera una añagaza del corazón. Por eso sólo le restó hambrear, hambrear toda su vida, y bra-ear para que no se lo tragara el abismo. Su vivir fué un manotear de continuo en la cresta de las olas, o dicho mejor, un agonizar de continuo con el corazón envuelto en pesadillas.

“Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios no pude encontrarle, porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea. Y fué entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por eso me consolara.

”Pero, al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte, y en la desesperación sentimental de otra, se me encendió el hambre de Dios; y el ahogo de espíritu me hizo sentir, con su falta, su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino que más bien sobreexiste y está sustentando nuestra existencia y existiéndonos” <sup>41</sup>.

<sup>40</sup> *La agonía del Cristianismo*; IX, *La fe pascaliana*. Unamuno se forjó un Pascal *ad usum proprium*, claro está. Su interpretación del pensador francés es harto antojadiza. Le ha hecho decir a Pascal lo que quería él que el otro dijera, lo fagocitó, lo unamunizó. Voy a decirlo con más detención después en la *Introducción al Epistolario* (pág. 199 y siguientes); pero anticipo ya que a Don Miguel le sublevaban las pruebas escolásticas de la existencia de Dios y quería parapetarse en Pascal, para justificar su repulsa. Y lo que digo de las pruebas de la existencia de Dios cabe decirlo también de las de la inmortalidad del alma. Sentía ansias de perennidad con el corazón y con todas las entrañas, pero negaba esa inmortalidad con su inteligencia; y ésta dijo ser su angustia: *credo quia absurdum*. Contra las protestas de la cabeza, contra lo que ésta le presentaba como absurdo, arbolaba la exigencia de su corazón: “¡Credo, credo!”, o cuando menos: “Quiero creer que creo aun cuando creo que no creo.” En el capítulo V de *Del sentimiento trágico de la vida* socavó las pruebas tradicionales de la inmortalidad, habiendo asentado en el capítulo III la existencia de un hambre insaciable de no morirse. (Véase la *Carta XVI*, pág. 400. Ítem la nota 2 de pág. 412.)

<sup>41</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. VIII, *De Dios a Dios*.

”Nos movemos por un mundo de misterio —dice Robertson— y la más profunda cuestión es cuál es el ser que nos está cerca siempre, a las veces sentido, jamás visto; qué es lo que nos ha obsesionado desde la niñez, con un sueño de algo soberanamente hermoso y que jamás se nos aclara; qué es lo que a las veces pasa por el alma como una desolación, como el soplo de las alas del Ángel de la Muerte, dejándonos aterrados y silenciosos en nuestra soledad —lo que nos ha tocado en lo más vivo, y la carne se ha estremecido de agonía, y nuestros afectos mortales se han contraído de dolor—; qué es lo que nos viene en aspiraciones de nobleza y concepciones de sobrehumana excelencia. ¿Hemos de llamarle Ello a Él? ¿Qué es Ello? y ¿quién es Él? Estos presentimientos de inmortalidad y de Dios ¿qué son? ¿Son meras ansias de mi propio corazón, no tomadas por algo vivo fuera de mí? ¿Son el sonido de mis propios anhelos que resuenan por el vasto vacío de la nada? ¿O he de llamarlas Dios, Padre, Espíritu, Amor? ¿Un ser vivo dentro o fuera de mí? ¡Dime tu nombre Tú, terrible misterio del Amor!”

Sobre estas palabras de Robertson reflexiona Unamuno: “He de hacer notar que “dime tu nombre” no es en el fondo otra cosa que ¡salva mi alma! Le pedimos su nombre para que salve nuestra alma, para que salve el alma humana, para que salve la finalidad del Universo. Y si nos dicen que se llama: El que es, o *Ens realissimum*, o Ser supremo, o cualquier otro nombre metafísico, no nos conformamos, pues sabemos que todo nombre metafísico es X; y seguimos pidiéndole su nombre. ¡Y sólo hay un nombre que satisfaga nuestro anhelo, y este nombre es Salvador, Jesús!”<sup>42</sup>

#### ACÓSMICO EN EL CO- RAZÓN DEL COSMOS

Hay una manera ficticia de pensar, hablar y escribir; es la de usurpar párrafos y giros al escritor favorito, a quien por supuesto jamás se nombra para no poner al lector sobre la pista de los pla-

<sup>42</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. VIII, *De Dios a Dios*.

gios. Esto es muy feo. Esto desautentica y vuelve inflados a los escritores. Pero existe un pecado peor: el de vivir vida ficticia, a tenor de los imperativos del botarate que da la tónica de superficialidad en la ciudad. A ese botarate ha llamado Heidegger el *man* de la existencia inauténtica.

Como diremos luego, exige enorme esfuerzo evadirse de tutorías y arrojarse uno a decir su alma en forma propia, que por propia es siempre nueva; porque el hombre, como los manantiales de la sierra, posee la dote, cuando lleva las venas soterrañas de su espíritu llenas de ideas y no enjutas y taponadas con glóbulos embólicos, que desfiguran su rostro espiritual, el hombre, digo, tiene la virtud de re-crear (volver a crear) el universo entero, incluso a Dios mismo, por vía de conocimiento y de amor, asentando en toda su excelsitud el privilegio de ser acósmico en el corazón del cosmos.

Si disociarse de las fórmulas y de los *slogans* de moda, para pensar y decir con autonomía y libertad, exige esfuerzo, no les digo el que reclama vivir con libertad, mandando a todos los diablos los convencionalismos, los formulismos, las poses, los compromisos, los artificios, los *qué dirán*.

La más excelsa conquista que puede lograr una persona es la de su independencia en el ser. La tan cacareada libertad, en tiempo de la borrachera democrática de postguerra, es el artículo más inflacionado en los mostradores del mercado internacional y nacional. ¡Pero me estoy yendo muy lejos! ¡A lo que iba!

Si un hombre ha cruzado la vida de punta a punta, libre, genialmente libre, reventando, como el buey a la boa, los coseletes de todas las fórmulas hechas y de todos los *qué dirán*, es Don Miguel. Sintió asco del artificio, de los rendimientos de salón, de los combamientos áulicos. Ni separatista ni antiseparatista, ni tradicionalista ni liberal, ni europeizante ni españolizante, ni krausista ni culturalista, ni rojo ni franquista.

Jamás estuvo con nadie más que consigo mismo, solitario, trasumando por las zonas minadas de egoísmo de las facciones políticas, hervideros de larvas tumulares. “¡No me harán hombre de partido,

“Nos movemos por un mundo de misterio —dice Robertson— y la más profunda cuestión es cuál es el ser que nos está cerca siempre, a las veces sentido, jamás visto; qué es lo que nos ha obsesionado desde la niñez, con un sueño de algo soberanamente hermoso y que jamás se nos aclara; qué es lo que a las veces pasa por el alma como una desolación, como el soplo de las alas del Ángel de la Muerte, dejándonos aterrados y silenciosos en nuestra soledad —lo que nos ha tocado en lo más vivo, y la carne se ha estremecido de agonía, y nuestros afectos mortales se han contraído de dolor—; qué es lo que nos viene en aspiraciones de nobleza y concepciones de sobrehumana excelencia. ¿Hemos de llamarle Ello a Él? ¿Qué es Ello? y ¿quién es Él? Estos presentimientos de inmortalidad y de Dios ¿qué son? ¿Son meras ansias de mi propio corazón, no tomadas por algo vivo fuera de mí? ¿Son el sonido de mis propios anhelos que resuenan por el vasto vacío de la nada? ¿O he de llamarlas Dios, Padre, Espíritu, Amor? ¿Un ser vivo dentro o fuera de mí? ¡Dime tu nombre Tú, terrible misterio del Amor!”

Sobre estas palabras de Robertson reflexiona Unamuno: “He de hacer notar que “dime tu nombre” no es en el fondo otra cosa que ¡salva mi alma! Le pedimos su nombre para que salve nuestra alma, para que salve el alma humana, para que salve la finalidad del Universo. Y si nos dicen que se llama: El que es, o *Ens realissimum*, o Ser supremo, o cualquier otro nombre metafísico, no nos conformamos, pues sabemos que todo nombre metafísico es X; y seguimos pidiéndole su nombre. ¡Y sólo hay un nombre que satisfaga nuestro anhelo, y este nombre es Salvador, Jesús!”<sup>42</sup>

#### ACÓSMICO EN EL CO- RAZÓN DEL COSMOS

Hay una manera ficticia de pensar, hablar y escribir; es la de usurpar párrafos y giros al escritor favorito, a quien por supuesto jamás se nombra para no poner al lector sobre la pista de los pla-

<sup>42</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*; cap. VIII, *De Dios a Dios*.

gios. Esto es muy feo. Esto desautentica y vuelve inflados a los escritores. Pero existe un pecado peor: el de vivir vida ficticia, a tenor de los imperativos del botarate que da la tónica de superficialidad en la ciudad. A ese botarate ha llamado Heidegger el *man* de la existencia inauténtica.

Como diremos luego, exige enorme esfuerzo evadirse de tutorías y arrojarse uno a decir su alma en forma propia, que por propia es siempre nueva; porque el hombre, como los manantiales de la sierra, posee la dote, cuando lleva las venas soterrañas de su espíritu llenas de ideas y no enjutas y taponadas con glóbulos embólicos, que desfiguran su rostro espiritual, el hombre, digo, tiene la virtud de re-crear (volver a crear) el universo entero, incluso a Dios mismo, por vía de conocimiento y de amor, asentando en toda su excelsitud el privilegio de ser acósmico en el corazón del cosmos.

Si disociarse de las fórmulas y de los *slogans* de moda, para pensar y decir con autonomía y libertad, exige esfuerzo, no les digo el que reclama vivir con libertad, mandando a todos los diablos los convencionalismos, los formulismos, las poses, los compromisos, los artificios, los *qué dirán*.

La más excelsa conquista que puede lograr una persona es la de su independencia en el ser. La tan cacareada libertad, en tiempo de la borrachera democrática de postguerra, es el artículo más inflacionado en los mostradores del mercado internacional y nacional. ¡Pero me estoy yendo muy lejos! ¡A lo que iba!

Si un hombre ha cruzado la vida de punta a punta, libre, genialmente libre, reventando, como el buey a la boa, los coseletes de todas las fórmulas hechas y de todos los *qué dirán*, es Don Miguel. Sintió asco del artificio, de los rendimientos de salón, de los combamientos áulicos. Ni separatista ni antiseparatista, ni tradicionalista ni liberal, ni europeizante ni españolizante, ni krausista ni culturalista, ni rojo ni franquista.

Jamás estuvo con nadie más que consigo mismo, solitario, trahumando por las zonas minadas de egoísmo de las facciones políticas, hervideros de larvas tumulares. “¡No me harán hombre de partido,

quiero ser entero, absolutamente entero!”, gritaba furibundo, pateando el suelo con los tacones.

Quien se resuelve a ser dueño de sí mismo, quien se resuelve a no repetir las adulonerías hechas a los unos, por un lado, y los insultos hechos contra los otros, por otro lado (adulonerías e insultos que se venden en los mercados de abastos de la prensa cotidiana), quien se resuelve a decir lo que piensa y a pensar lo que vive y a vivir lo que quiere y a querer lo que se le da la real gana, ese real ganero se hallará muy luego emperador de su dramática soledad.

El anecdotario unamuniano es riquísimo en desplantes. Esperaba lo mejor de la fiesta, el momento en que las damas hermosísimas alcanzan su punto de caramelo, para entrar él en acción armando la batahola. En 1901, Unamuno, conocido ya en Europa y entronizado en el sillón rectoral de la Universidad de Salamanca, fué invitado a pronunciar el discurso protocolar de los juegos florales de Bilbao. Bilbao era, y es, la ciudad industrial, enriquecida en los años de guerra, que apoyándose en su esplendor económico agitó fervorosamente la bandera del separatismo.

En el escenario del teatro Arriaga —recuerda el episodio María de Maetzu— la reina de la fiesta, que va a entregar la flor natural, rosa romántica de los viejos trovadores de Provenza, al poeta premiado, aparece lujosamente vestida en medio de las damas de su corte. En los palcos y plateas luce sus mejores galas la plutocracia bilbaína. En los anfiteatros, galerías y tertulias se aprieta la juventud que acaba de dar su nombre al nuevo partido bizcaitarra, fundado por Sabino de Arana. El teatro en pleno y Bilbao entera esperan que Don Miguel, sumo pontífice de aquella raza milenaria, pronuncie un alegato ardiente en defensa del separatismo vasco.

Unamuno, vasco cien por cien, entra en el escenario y avanza lentamente hacia las candilejas. Alto, ancho, fuerte, vestido con levita y chaleco cerrado hasta el cuello, lleva en las manos las cuartillas de su discurso, que va a lanzar como una bomba atómica. El gesto y el traje son los de un pastor protestante. Empieza su discurso con



voz pausada y grave. Es catedrático de griego y por tanto su fuerte es la filología. Por aquí comienza. Los primeros proyectiles que arroja van disparados contra el idioma vasco que el bizcaitarrismo pretende convertir en lengua oficial. Los separatistas, que llenan el teatro, comienzan a encrespase. Nada importa; Don Miguel se lamenta de que Menéndez Pelayo, refiriéndose a Trueba, haya hablado de la poesía vasca calificándola de honrada, y ataca las costumbres tan ponderadas por ese poeta.

Prosigue su discurso, cada vez en tono más vehemente, increpando al capitalista por los bajos salarios, y al obrero por lo imperfecto de su trabajo. Prepara ahora su andanada final: "El *maketo* (que es el castellano ridiculizado por los vascos, porque es pobre y porque viene de Castilla a ganarse la vida), el *maketo*, dice Unamuno, es más inteligente que vosotros; y porque sabe hablar se infiltra en vuestra vida: y un buen día vuestras mujeres, como las sabinas, se dejarán robar por los *maketos*..." Estas palabras producen un escándalo formidable. Los bizcaitarras quieren asesinar a Don Miguel; y de un brinco saltan al escenario. Los padres, esposos y hermanos de las damas de honor acuden a salvarlas. Tras un duelo lleno de turbulencia y no exento de comicidad, el escenario queda vacío; pero Don Miguel solo, señero, imperturbable, continúa de pie pronunciando calmamente el epílogo de su discurso.

Al día siguiente la prensa de Madrid comenta con regocijo el suceso; y Valladolid, el corazón de Castilla, invita a Unamuno para que pronuncie una conferencia en el teatro principal. Allá va Don Miguel. Y, con el mismo traje y el mismo ademán, se presenta en el escenario del Calderón de la Barca. Le espera anhelante un gentío inmenso. El discurso comienza con estas palabras de Machado:

*"Castilla miserable,  
ayer dominadora,  
envuelta en sus harapos  
desprecia cuanto ignora..."*

Se repite el escándalo de parejas dimensiones al de Bilbao; pero crece en España y en Europa el nombre de Don Miguel y el coraje inaudito con que se arroja a los escenarios del mundo a defender su autenticidad<sup>43</sup>.

#### EL CRISTO DE UNAMUNO

Salamanca, contemplada desde el puente romano tendido sobre el Tormes, parece un enorme castillo medieval. Toda ella está labrada de piedra, de esa piedra que al nacer en la húmeda cantera es tan blanda que puede modelársela como la arcilla. Luego el sol al oxidarla la endurece dándole un color ardiente como de hierro en la fragua.

La Universidad, San Esteban, ambas catedrales y los más antiguos palacios están orientados hacia el ocaso. Sus pórticos primorosamente filigranados se encienden al resplandor de los soles occidentes en una fulguración de oro vivo, cual no luce igual otra ninguna ciudad de Europa.

La blandura de la piedra al nacer ha permitido a los artífices esos excesos de ornamentación rococó que convierten las fachadas en colosales arcas de Noé, cargadas con toda la fauna y la flora de la historia natural. Es ésta la cuna del plateresco. Los frontispicios arquitectónicos de San Esteban, la Catedral, la Universidad parecen inmensos retablos milimétricamente tallados.

A la caída de la tarde otoñal, entre el colosal ramo de piedras de la urbe, emerge la Catedral del XVI, con su torre, como un apretado chorro de oro líquido, que horada los cielos impolutos de Castilla y se derrama luego, abriéndose en abanico de voluptuosas cataratas, por los contrafuertes y arbotantes.

A la derecha de la Catedral destácase el pórtico, con cuatro grandes columnas corintias y clásico frontón, del Instituto Anaya, el cual

<sup>43</sup> MARÍA DE MAEZTU: *Visión e interpretación de España — Vida y romance, Don Miguel de Unamuno, el hombre.* La Prensa, Buenos Aires, 25 de febrero de 1940.





LÁMINA 4

Lám. 4. "Salamanca contemplada desde el Puente Romano  
tendido sobre el Tormes..."

encierra uno de los más clásicos patios de España, patio rectangular, enmarcado por doble galería cuyo arquitrabe inferior ornamentan columnas dóricas, a las que corresponden hileras de columnas jónicas en el piso superior. Así como entra al patio, torciendo a la izquierda, encuentra el visitante una pomposa escalera de piedra, y en el primer rellano, sobre macizo pilar, un enorme busto, en el que se resume la historia contemporánea de Salamanca. ¡Unamuno! Está él tan al vivo y con tan penetrantes ojos que las muchachas del Instituto, a la hora del crepúsculo, no se atreven a pasar por allí. Este bronce, celebrado por los artistas contemporáneos como uno de los más nobles de Europa, tiene también su historia que quiero recordar ahora.

Los amigos salmantinos de Don Miguel, advirtiendo en su rostro indisimulables señales de mortal cansancio, quisieron que no se lo arrancara la muerte sin haberlo antes perpetuado en un busto que lo reprodujera al vivo. La difícil empresa fué confiada al escultor palentino Victorio Macho; quien se trasladó más tarde a Lima, donde reside al presente. Éste se entregó con pasión a encarnar en el modelado no ya el rostro exterior sino el interior, el genio del maestro.

Fué penoso el trabajo. Hubo de hacerse y rehacerse muchas veces. Hasta estuvo a punto el artista de abandonar la tarea vencido por las dificultades. Por otra parte, Don Miguel se resistía a posar, como se resistió siempre sistemáticamente a grabar su voz en discos. Y aun dicen que con violencia se asomaba al espejo a contemplar su rostro. Creía que se le desdoblaba su yo, y le entraban ganas de gritar: “¡Mi yo, que me roban mi yo!”

Al término del trabajo el artista llamó a Don Miguel, para recoger sus impresiones, antes de dar al bronce los últimos toques. Fué, por fin, una tarde, y con un poco de temblor presentóse a ese su otro yo bronceíneo. Viéronse faz a faz un instante. El bronce irradiaba patéticas fluencias. Don Miguel, el de carne y hueso, tenía fijos los ojos en el pecho de su doble.

Luego el de carne y hueso respiró hondamente, hinchó el pecho, y, volviéndose al artista, mostróle el relieve de un gran Crucifijo de hierro, que llevaba siempre bajo el jubón amparándole el corazón.

¡Faltaba en la talla aquel relieve y sin él Don Miguel no se hallaba Don Miguel! Fué preciso remodelar de nuevo el bronce. Fué preciso *reunamunizarlo*. Y entonces se quedó conforme, cuando en el pecho de la estatua apareció, bien patente bajo el saco ajustado, la silueta de su Crucifijo, el compañero de toda la vida . . .

—“Y esa cruz, la cruz que sobre el corazón llevaba Don Miguel, ¿dónde está ahora?” —pregunté a la hija de Unamuno, de quien oí este relato.

—“La llevó él consigo . . . ¡Nos lo había pedido tanto . . . !”

¡Oh, sí! Muy bien está —pensé— que Cristo cubra ese cansado corazón de gran guerrero, ese corazón que descansa ahora de la atroz congoja de la muerte. Bien está Cristo sobre el manadero de densos goterones de sudor, destilados sin tregua a lo largo de 72 años de agonía . . .

Aquella tarde volví con más curiosidad que nunca a visitar el bronce que, acaso también él, como los “dobles” de Don Miguel —esos personajes sonambúlicos recogidos de sus ensueños y echados a vivir en el mundo de los libros, vidas quizás más reales y ciertamente más duraderas que la de su autor—, sigue agonizando, temeroso él también de perder un día su perennidad.

La Catedral, bajo los últimos reflejos solares, era un místico incendio. Adentro del Instituto Anaya, en el rellano de la escalera, en el pecho inmóvil, la cruz me parecía abultar más, bajo el recio atuendo. Y creí que los labios de bronce musitaban algo así como una plegaria al Dios de España, al Dios de Unamuno, al Dios que juzga al hombre que quisimos ser y no precisamente a aquel que fuimos, que la vida nos dejó ser. Y me pareció que, cuando cesa el vocerío estudiantil y quedan las aulas mudas, el clásico patio resuena con sonoridades de bronce:

*“Avanzamos, Señor, menesterosos,  
las almas en guiñapos harapientos,  
cual bálago en las eras —remolino  
cuando sopla sobre él la ventolera—,*

*apiñados por tromba tempestuosa  
de arrecidas negruras. ¡Haz que brille  
tu blancura, jalbegue de la bóveda  
de la infinita casa de tu Padre  
—hogar de eternidad—, sobre el sendero  
de nuestra marcha y esperanza sólida  
sobre nosotros mientras haya Dios!  
De pie con los brazos bien abiertos  
y extendida la diestra a no secarse,  
haznos cruzar la vida pedregosa  
—repecho de Calvario—, sostenidos  
del deber por los clavos; y muramos  
de pie, cual Tú, y abiertos bien los brazos.  
Y, como Tú, subamos a la gloria  
de pie, para que Dios de pie nos hable  
y con los brazos extendidos. ¡Dame,  
Señor, que cuando al fin vaya perdido  
a salir de esta noche tenebrosa,  
en que soñando el corazón se acorcha,  
me entre en el claro día que no acaba,  
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,  
Hijo del Hombre, Humanidad completa,  
en la increada luz que nunca muere;  
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,  
mi mirada anegada en Ti, Señor!”<sup>44</sup>*

<sup>44</sup> Últimas palabras del poema: *El Cristo de Velázquez*.



*CORAZÓN CATÓLICO*

II





## CORAZÓN CATÓLICO

- Madre, llévame a la cama que no me tengo de pie.*  
—*Ven, hijo, Dios te bendiga y no te deje caer.*  
—*No te vayas de mi lado, cántame el cantar aquel.*  
—*Me lo cantaba mi madre, de mocita lo olvidé;*  
*cuando te apreté a mis pechos contigo lo recordé.*  
—*¿Qué dice el cantar, mi madre, qué dice el cantar aquel?*  
—*No dice, hijo mío, reza, reza palabras de miel;*  
*reza palabras de ensueño que nada dicen sin él.*  
—*¿Estáis aquí, madre mía?, ¿por qué no te logro ver?*  
—*Estoy en tí, con tu sueño; duerme, hijo mío, con fe.*

M. DE UNAMUNO.

### LOS UNAMUNOS Y LOS JUGOS CATÓLICOS A MACHA MARTILLO

**D**ON Miguel de Unamuno y Jugo había nacido católico por los cuatro costados: por español, por vizcaíno, por los Unamunos y los Jugos, y por su misma índole sentimental. ¡Católico por donde lo busquen! Su casa, como todas las casas de pura cepa bilbaína, más que un hogar parecía un convento, en el que a los hijos se los educaba como a novicios de Santo Domingo. Dije por su índole sentimental, pero no quiero con eso decir que sea la fe un sentimiento. Más bien es un convencimiento, aunque convencimiento al que uno de cada cien llega por vía de razón arribando los otros noventa y nueve por purísimo sentimiento. Y esto le pasa a la religión con los que a

ella vienen, a pesar de ser la más razonada entre todas las ciencias del espíritu.

Desde que Unamuno despertó a la conciencia vivió una fe ardiente, con misa diaria y comunión mensual. Y podría repetirse aquí la musiquilla de las vidas de los santos: y comulgar entonces mensualmente era como hacerlo ahora a diario. En su casa se acostumbraba rezar en familia novenas continuadas, ante los cuadros de los santos que vestían las paredes. Las jóvenes lucían hábitos de la Virgen, cumpliendo promesas; y los jóvenes pertenecían a los luises, a los estanislaos, o a los dominguitos, distinguiéndose por las medallas y escapularios que colgaban en pecho y espaldas. Rezábase a más y mejor. Los pequeños llevaban cuenta de las jaculatorias, de las indulgencias y de las mortificaciones en rosarios *ad hoc*, escondidos bajo la casaca para no aspamantar. Ayunos y abstinencias estaban a la orden del día.

Por lo común eran los muchachos inocentones, y las muchachas inocentonas y además ignorantonas hasta que se casaban, y en algunos casos aún bastante después. En la calle se guardaba la santa modestia de la vista; y chistes verdes, lo que se llama de verdad verdes (no los amarillos tan de uso entre los frailes), no los soltaban otros que los carreteros y los quintos, más por tradición que por maldad. El *Santoral* y la *Imitación de Cristo* eran libros de a diario. Cuando hostezaban hacíanse las mujeres tres cruces en la boca. Colgaban pilas de agua bendita al lado de casi todas las puertas. Los niños se llamaban Francisco o Domingo, según la predilección de sus padres por los frailes descalzos o por los predicadores; y las niñas denominábanse: Socorro, Soledad, Consuelo, Concepción, etc., según la advocación de la Virgen patrona del pueblo.

La fe lo llenaba todo. Todavía hoy, en los pueblos castizos de mil y tantas almas, quien tenga el coraje de pasarse los domingos sin misa lo pasa muy mal. El pueblo entero lo señala con el dedo y lo cree causante de las pestes, los granizos o los gorgojos que asuelen la región. A la larga "el impío" vese precisado a poner los pies en polvorosa y a tomar las de Villadiego, si no se resigna a vivir como un hongo.

VA A MADRID Y QUIE-  
BRA “LA SEGUIDA DE  
SUS MISAS REGULARES”

Tal fué el ambiente, abocetado en cuatro trazos, en el que Unamuno nació (1864) y creció hasta los dieciséis de su edad (1880). Muy joven partió a Madrid, la villa cortesana, llevando bastante asentadas sus creencias y enteramente sano el corazón<sup>1</sup>. Cuatro años vivió en Madrid (1880-1884). En su libro *Recuerdos de niñez y de mocedad* y en varios otros escritos se encargó de narrar, con todos los pelos y señales, cómo fué en Madrid nublándosele la fe y cómo un día abandonó las misas y comuniones, no ciertamente por perversión, como acaece a la mayoría, sino por habersele desorientado la inteligencia y por no resignarse a ser animal de costumbre en sus prácticas religiosas.

“Llegué por primera vez a Madrid, mozo morriñoso, al Madrid

<sup>1</sup> En el prólogo de *De mi país*, escrito en Salamanca en 1902, ha expresado sus sentimientos al alejarse por primera vez de Bilbao: “Me acuerdo bastante bien de la primera vez que me alejé de Bilbao, en septiembre de 1880, cuando fui, teniendo dieciséis años, a estudiar mi carrera a Madrid. Al trasponer la peña de Orduña, sentí verdadera congoja, al darme cuenta de que me alejaba de mi patria más chica, la sentimental, y aun más que sentimental, imaginativa; aquella Euscalerria o Vasconia que me habían enseñado a amar mis lecturas en los escritores de la tierra. Y digo amar, subrayándolo, porque a ese país vasco lo amaba entonces, mientras que a Bilbao le quería; y si hoy quiero en parte a aquél es por haberlo recorrido también en parte, haberlo visto y tocado, y hecho sensitivo lo que era sentimental.”

Párrafos después describe la impresión de Bilbao y sus contornos: “Mirando desde lo alto de Artagán, encima de Begoña, el valle de Echébarri y en el fondo enhiestas y encentas las peñas de Mañaria, envuelto todo ello en azulado tono, sentía subir del campo, en aura de paz severa, un vaho de calma, un silencio de apaciguamiento dulce. Y al otro lado se tendía Bilbao, entre montañas de azul desteñido; y allí dentro, en aquel cuajarón de viviendas, donde surcan el rojo sucio de los tejados los surcos negros de las calles, se incuban —como en toda ciudad algo populosa y más si es rica— pasiones violentas o tristes, codicias roedoras, lujurias fúnebres y consunciones alcohólicas. Y pensando en los delirios bursátiles, en las luchas aunque solapadas implacables, y en tantas otras miserias de ese mi pueblo que, agotándolas, camina a su grandeza, bendecía aquel azul severo, aquel azul piadoso, aquel azul frío y tranquilo que abraza y envuelve a la villa del Nervión. En ella empieza a brotar, del cogüelmo de riqueza, vida artística, y empieza por la música y la pintura, que suelen preceder a la literatura...”

de la España, tan madrileña entonces, de Alfonso XII y el duque de Sexto, de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico, de Pereda y Pérez Galdós. Fuí a dar en una bohardilla de la casa de Astrarena, toda fachada, se decía, en la red de San Luis, entre las entradas de las calles de Fuencarral y Hortaleza, casi donde hoy se alza el babélico edificio de la Telefónica, ese rascacielos contra el cielo que menos rasquera tiene, que es el de Madrid.

"Delante de la casa, la calle de la Montera, llevando a la ya legendaria Puerta del Sol, la de la bola simbólica de Gobernación. En esa calle, la iglesia de San Luis, donde quebré la seguida de mis misas regulares, y enfrente de la iglesia, el que mi profesor —que no maestro— de metafísica, Ortí y Lara, llamó el blasfemadero de la calle de la Montera, el antiguo Ateneo, el de Moreno Nieto, del que hizo Cánovas del Castillo un asilo para todas las rebeldías verbales.

"Y viví en aquel Madrid lugareño, manchego, a las veces quijotesco, de las sórdidas calles de Jacometrezo, Tudescos, Abada. Y lo viví enfrascándome en libros de caballerías filosóficas, de los caballeros andantes del krausismo y de sus escuderos. Me puse a aprender alemán, traduciendo entre otras cosas la *Lógica* de Hegel. ¡Qué años aquéllos!"<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Mi buen amigo e insigne unamunista Don Manuel García Blanco reunió, titulándolas *Paisajes del alma*, no pocas postales literarias, enviadas a los periódicos por Don Miguel, en épocas varias de su vida, pero con la intención de reunir las un día en volumen. Son una delicia de habla y un alarde de riqueza idiomática. Los párrafos ahora citados los he transcritos en estilo directo para más claridad. Están en el original en tercera persona. (*Paisajes del alma. Los delfines de Santa Brígida*; Madrid, 1944; pág. 141.)

El castellano fué la lengua madre de Unamuno. El vasco lo aprendió cuando mayor —lo afirma él mismo—, como aprendió el inglés y el alemán, por pura erudición, ansia de leer en sus originales a los grandes escritores y manía lingüística. "Fué un gran escritor —afirma Ortega y Gasset (*Obras completas*, tomo V, pág. 263)—; pero conviene decir que era vasco y que su castellano era aprendido. Él lo reconocía y lo declaraba con orgullo, mas acaso no se daba cuenta de lo que esto traía consigo. Aun siendo espléndido su castellano, tiene siempre ese carácter de aprendido, el carácter de lengua muerta. De aquí muchas particularidades de su estilo. Cuando escribimos o hablamos en nuestra lengua, nuestra atención atraviesa los vocablos sin reparar en ellos, como nuestra vista el vidrio de la ventana para fijarse en el parque. Con la lengua aprendida no pasa lo mismo. El vocablo se interpone entre nosotros y nuestro pensamiento, hace constar su presencia y nos obliga a atenderlo. En suma, nuestra mente tropieza con la palabra en cuanto tal. De aquí la frecuencia con que Unamuno

Pero si quebró en Madrid “la seguida de sus misas regulares” --hay que decir esto a voz en cuello— no fué ciertamente a causa de habersele corrompido el corazón ni por hallarse enredado en tratos deshonestos con ninguna moza madrileña, sino pura y simplemente por haber pretendido racionalizar su fe. “Creía llevar a Dios en la médula del alma, y creía por eso mismo que no necesitaba creer en acto reflejo”, escribirá después a *Clarín* sincerando su crisis.

A los veinte años obtuvo el doctorado en Filosofía y Letras, mereciendo, con su tesis *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*, la nota de sobresaliente. El original autógrafo de este trabajo de filología, aún inédito y afortunadamente conser-

da espantadas ante los vocablos y ve en ellos más de lo que en su uso corriente —en que desaparecen transparentes— suelen significar.”

¡Divino Ortega! *Optima pace tua dicam*, ¡no es así! Unamuno reconoció y declaró, no diré con orgullo pero sí con nitidez, haber mamado castellano en la inconsciencia, allá en su hogar bilbaíno. Y no sé explicarme cómo, a pesar de ello, se ha propagado la afirmación de Ortega. Acaso las hormonas de su raza y la adustez, ceñudez y ceji-juntez de su espíritu hacíanle escribir en castellano bronco, rechinante a veces, y deliciosamente incorrecto en otras. Pero pensaba y escribía en castellano con el automatismo con que respiraba el mediterráneo aire salmantino, saturado de esencias hispánicas, sin echar de menos la salobre brisa cantábrica de su Vasconia. Sentíase en su elemento hablando lengua salmantina, sin espantarse ni de sus resuellos ni de sus vocablos.

Si recoge a cada rato su mirada al vidrio de la ventana, desatendiendo por un momento el paisaje, es, como Gracián y Quevedo, por purísima manía lingüística y por sorberles el caracú a las voces, vértebras óscas por las que corre la esencia de España. Y ese caracú intrahispánico, misteriosamente añejado con solera de siglos, gustábase paladearlo, haciéndolo crocar entre sus dientes, como el pan nuestro de cada día.

*Ávila, Málaga, Cáceres,  
Játiva, Mérida, Córdoba,  
Ciudad Rodrigo, Sepúlveda,  
Úbeda, Arévalo, Frómista,  
Zumárraga, Salamanca,  
Turégano, Zaragoza,  
Lérida, Zamarramala,  
Arramendiaga, Zamora,  
sois nombres de cuerpo entero,  
libres, propios, los de nómina,  
el tuétano intraductible  
de nuestra lengua española.*

Y ¡cómo lo entiendo! ¡Si me pasó a mí mismo, cuando recorría España, a pesar de que por argentino no podía yo tener el paladar del alma hecho al gusto de ese

vado entre los papeles del polígrafo, será muy en breve editado por don Manuel García Blanco. Siempre le interesó la filología, tanto que, hasta más acá de 1900, esto es, durante quince largos años, mantuvo el propósito de escribir una *Vida del romance castellano* —ensayo de biología lingüista—. Pero los innumerables apuntes que para eso tomó no llegaron jamás a cuajar en libro alguno, desparramándose en notas lexicológicas, lingüísticas, semánticas, etimológicas aquí y allí en todos sus escritos. En las primeras cartas a Leopoldo Alas deja al descubierto todo su entusiasmo lingüístico, entusiasmo que ciertamente ni en su edad avanzada declinó en su espíritu, como lo prueban no pocos poemas del *Cancionero* en los que, como dije, gústale paladear, con profundísimo lirismo, palabras espumadas de la toponimia castellana o de la boca de los charros.

#### RENACE UN AMOR JUVENIL

Vuelto al terruño, doctor ya por Madrid, se dedicó a ganarse el pan dando clases particulares, por cierto bastante mal y morosamente retribuidas; a preparar las oposiciones, primero a psicología y después

tuétano; si me pasó que visitando Segovia, la famosa ciudad del famosísimo acueducto y cuna de San Alonso Rodríguez, y recorriendo los vericuetos de aquel frasco de esencias líricas españolas, no me salía otra palabra, frente a cuanto miraba sino ¡Segovia! ¡Segovia! ¡Segovia! Lo que llamó la atención del Conde de Marsal, mi compañero en aquella excursión inolvidable, quien no me dejará mentir. Durante muchas semanas, cuando me venía al recuerdo la imagen del acueducto, gigantesco ciempiés fosilizado, o la del enhiesto y coquetón alcázar, o las callejuelas diseñadas —pareciera— según versos de Lope de Vega, o las navas y los rojos cabezos que se contemplan del alto mirador de la reina —¡tan lleno de leyendas!—, o aquel “Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando” de la Sala de las Audiencias, o finalmente El pinar del Rey, por el que atravesamos de vuelta a Madrid, obsesivamente y como una musiquilla enredada al oído, veníame a la boca, una y otra e infinitas veces, ¡Segovia!, ¡Segovia!; y no sé aún qué embrujo tiene la deliciosa voz... ¡Y no vaya a ocurrírsele pensar a algún mal pensado que así se llamaba acaso alguna buena moza, que por allí se me atravesó, pues no es Segovia nombre ni de mujer ni de mazapán, que yo me sepa!

Por poeta, por español, por conocedor eximio de las reconditeces de su tierra, cifradas en las palabras, se paraba Unamuno a mirarlas en sus escritos, a hendecharlas y a gozarlas también con maternal virginidad. Sentíalas salir, como el balde sale desbordando gracia, del pozo profundo de la hispanidad; y se tiraba de bruces, sediento, a beberlas.



a metafísica, en las que fracasó hasta cuatro veces; a engullir libros de filosofía; a fantasear filosofías y filosofículas; a tomar apuntes y datos para su primera novela *Paz en la guerra*, novela en la que vertió todas las impresiones de su niñez y juventud.

“La he pensado durante siete años. He recogido datos, observaciones, reflexiones y meditaciones. La redacción definitiva la hice este verano, en una aldea de mi Vizcaya. He puesto en ella mucho de mi alma y he procurado poner la de mi casta vascongada. Con los andamios que he levantado para construirla podría hacer lo menos veinte tomos de la misma extensión. Hay frases perdidas en el relato que son el precipitado de lecturas nada breves. . . Allí he echado mi alma. En vivir a mi Pedro Antonio puse mi espíritu todo. . .” Con estos trazos sintetiza a *Clarín* su labor, en carta enviada desde Salamanca el 31 de diciembre de 1896. Como es sabido, Panchito Zabalbide, uno de los personajes centrales, representa con toda la posible autenticidad al propio Unamuno muchacho. En el carácter del personaje novelesco volcó todo su espíritu y describió con un verismo que estremece sus crisis religiosas. Acaso en ninguna otra página autobiográfica se halle el autor pintado tan al vivo.

Pero, en este período de su vida en Bilbao, que corre de 1884 a 1891, al tiempo que devoraba libros y almacenaba estremecimientos del corazón, produjéronse dos sucesos de muy mayor cuantía que los recién mencionados. Fué el primero su casamiento con Concepción Lizárraga, “su Concha”, “su costumbre”, como la llama en un soneto famoso; y el segundo su vuelta a las prácticas católicas, prácticas retomadas y requebradas muchas veces, según los vaivenes de su espíritu. Fueron éstos la cruz, la pesadísima cruz de su vida. Ya trataremos luego de ellos con toda prolijidad. Antes hablemos de la dulce cirinea que le ayudó a llevarla.

Conchita Lizárraga era una rubia de Guernica; el único ser en quien puso Unamuno su corazón, su fenomenal y energumenal corazón, a lo largo de toda la existencia. ¡Y ya pueden los Romain Rolland y los Emil Ludwig del mañana hurgar la cosa y darle vueltas a la vida de este hombre, buscando amoríos y escandaletes con que adobar el plato y ganarse lectores!

*Sur*, revista de Buenos Aires, publicó diez deliciosas cartas de Unamuno a Arzadun, escritas entre los años 1890 a 1920. El propio amigo de Don Miguel, todavía supérstite, las acotó con un comentario breve pero jugoso y lleno de anécdotas<sup>3</sup>. El comentario y la primera de dichas cartas (¡una joya literaria!) nos dan preciosos datos sobre la joven de Guernica.

“Él tenía novia —cuenta Arzadun—; novia desde los catorce años, y sólo esperaba para casarse ganar unas oposiciones o alguna cátedra, la que fuere. ¡Estaba preparado para tantas! Necesitaba un sueldo que le permitiera sostener un hogar. La ocasión se le presentó no una sino varias veces, siempre en la misma trágica forma. Al comparecer ante el tribunal respetable, sacaba sin turbarse la papeleta de la suerte. Y rompía a hablar: «Sobre esto, fulano dice... y mentano añade...» y hablaba, hablaba entre el asombro de aquellos maestros encanecidos ante tanta y tan selecta erudición. Cuando el éxito era indudable, cuando le bastaba callar para haber vencido, agotado ya el tema, añadía imperturbable: «Y yo digo...» ¡Lo que

<sup>3</sup> Literariamente las más bellas cartas de Unamuno, de cuantas conozco, son las escritas a Juan Arzadun. (*Sur*, nos. 119 y 120, septiembre y octubre de 1944.) Eran Unamuno y Arzadun de una misma edad, vascos ambos y literatos. Todo les unía. Confiáronse sus secretos juveniles, los amores que paladeaban en lo hondo del alma. Si en las cartas a *Clarín* Unamuno deja al descubierto sus ambiciones literarias y en las a *Ilundain* sus torturas religiosas, en las escritas a Arzadun revela sus amores. Son cartas de intimidad; de sumo valor, por tanto, para la caracterización del enamorado, del esposo, del padre, del amigo, esto es, del hombre de puertas adentro.

La primera, fechada el 18 de diciembre de 1890, es toda una filigrana de antología. ¡Un ilusionado ensoñando los futuros hijos de su amor y revolviendo amorosamente en su fantasía las delicias hogareñas que le aguardan! Exquisita pintura de las costumbres de aquel tiempo, severas costumbres de las que por desgracia estamos quedando tan lejos. No existen ahora novios como aquéllos. ¡En vísperas del matrimonio y aún no se han dado un beso! Sueña todavía él con el beso que va a darle ella, en su frente, en la noche nupcial. Eran usos un poco exagerados, no cabe duda, y en ocasiones hasta podían resultar perjudiciales. Pero tampoco cabe duda que es archiexagerado el besuqueo de hoy, el cual, no en ocasiones sino siempre, trae el enorme perjuicio de darnos una raza de hombres amerengados, incapaces de sacrificios heroicos.

Unamuno era ya entonces, en las vísperas de su matrimonio, todo un pensador, lleno de filosofías y de misterios, y empeñado en deslumbrarla a ella con sus escritos fulgurantes. Y era ella una moza llana, tan de pocas letras como de mucho espíritu, que a los coqueteos literarios de él contestaba invariablemente no entender de “esas cosas, cosas arrevesadas de hombre”. Se industriaba él por intelectualizar a su pobre rubia

decía él! ¡Aquel cerebro en ebullición que parecía haber estudiado todas las cosas para contradecirlas y contrastarlas, aquel Juan Niega lo rebatía y trastornaba todo!

”Los sabios profesores se decían confidencialmente: «¡Sabe más que nosotros! Pero ¿cómo entregamos la juventud a esta fiera?» El resultado, de antemano conocido, era siempre el mismo: una calificación que proclamaba su sabiduría; pero lo excluía de la cátedra. Varias veces, no sé cuántas, se repitió el episodio. Y el pobre Miguel, enamorado de la que fué luego compañera de su vida, no pensaba más que en nuevas oposiciones.”

El mismo Unamuno ha confesado varias veces en sus escritos las cuatro oposiciones fracasadas, que precedieron a la obtención de su cátedra de griego en Salamanca. ¡Es sugerente que el pensador más original acaso de occidente, en la primera mitad de este siglo, hasta cuatro veces seguidas, a lo largo de siete años, sus mejores años juveniles, haya sido reprobado por exceso de originalidad, por independencia de criterio y por excesiva personalidad!<sup>4</sup>

tan sin letras, que sólo sabía de bordados, de fajines, y de sacarles a las pesetas hasta el último jugo. Y se afanaba ella por domesticar a su “cuáquero”, a su “oso casero”, quien, andando el tiempo, había de convertirse nada menos que en “Miguel II de España”, como él mismo se llamó cierta vez; digno sucesor de “Miguel I”, el autor del Quijote.

Y así la materia y la forma, la potencia y el acto se disponían a la unión sustancial, y al *bonum illud*, que por sí solos no alcanzan jamás los componentes. ¡Qué simpático oírle asegurar: “He sondeado el sentimiento estético de Concha, su gusto literario, y he visto con gozo cómo le gusta lo vivo, lo fresco, lo sanote, aunque sea rudo, inculto y tosco! Da asco oír decir que ciertos géneros son para señoritas, considerando a una señorita como un monigote, compuesto de pasta-flora, almíbar barato, pachulí y polvos de arroz, con lagrimitas a la luna, suspiros al alba y ternezas a cualquier cosilla. Las señoritas debían protestar de que se crea por muchos que su ideal es el oficial de peluquero o el tenorino de ópera, con sus adorables brutalidades bien estudiadas.”

<sup>4</sup> En *La erudición y la crítica*, inserto en el volumen sexto de sus *Ensayos*, recuerda: “Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios. Y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y a la poesía, hermanas gemelas, me preparé a hacer oposiciones, y las hice; primero, a una cátedra de psicología, lógica y ética; y luego a una de metafísica.

”Pero, dado mi criterio de entonces en la materia y dada sobre todo la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas

Sacaba Unamuno nuevas fuerzas de sus fracasos y, en vez de desesperar y de echarse a la bartola, se contraía al estudio, impertérrito enemigo de bailes y saraos, con el alma siempre puesta en la joven de Guernica, la ingenua muchachita que era para él todo un mundo de aspiraciones. De los catorce a los veintiséis años debieron esperar él y ella: él, pelándose las pestañas, combado día y noche sobre sus libretos y papeles; y ella, rezando novena tras novena a todos los santos porque al fin el cielo se apiadara de su "cuáquero", y le hicieran justicia la próxima vez.

#### LA DOMESTICA- DORA DEL OSO

Gracias a Dios, un buen día, anunciáronle unas oposiciones de griego. ¡Sabía griego como para dar y vender! Los examinadores diéronle por fin la cátedra pensando, tal vez, como nota Arzadun: "Las atrocidades que diga en griego a los alumnos no las han de entender." Y fué destinado a la Universidad de Salamanca. Y vió a la postre acercársele el día en que sus ilusiones iban a ser realidad.

En la primera carta a Arzadun escribe Unamuno, mozo entonces de veintiséis años en víspera de contraer matrimonio: "Ha estado aquí Conchita desde el viernes, y se fué ayer de noche. La cosa (el casamiento) será el 25 o el 31 de enero (1891). He entrado en el período de las cosquillas y del prurito; y hasta que la tenga en mi poder no pasará esto." Dice luego su terror por los vestidos de monigote, las ceremonias, las fiestas, las felicitaciones, los brindis y la sarta de comedias que le aguardan. Refiriéndose a las ceremonias

cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones a las lenguas, opositar a latín y griego.

"Después de dos infructuosas oposiciones a cátedras de latín, logré al cabo ganar una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro Don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado, Don Juan Valera."



LÁMINA 5

LÁMINA 6





Lám. 5.—Puente del Arenal (Bilbao).

Lám. 6.—Un rincón (Guernica).

matrimoniales, por las que tendrá que pasar, sin remedio, estampa esta frase, expresión neta de su religiosidad:

“Me repugnan las arras, eso que no es para la mayoría nada más que un rito sin sentido, y a mí me recuerda su origen y significado: la época en que el hombre compraba la mujer a sus padres. No puedo con toda esa escoria de paganismo que ha venido a parar a fórmulas nuevas. Todo ello debiera ser: una bendición pública, un juramento público ante el altar del Dios del pueblo, dos firmas en el registro civil, y se acabó.”

No le gustaba el barullo ni las comilonas y mucho menos los rituales sin sentido ni razón de ser. Su novia hacía lo indecible por domesticarle; y él por mantenerse firme en su ideal de “cuáquero”, despreciador de las etiquetas.

“No sabes tú —escribe— lo que goza cuando le dicen que me ha pulido; que antes andaba hecho una facha; que ahora me remilgo un tantico más. Cuando oye eso se esponja, como quien dice: «Ya ven ustedes, he domesticado al oso. Muy pronto saltará el aro y bailará sobre el tonel; gruñendo, eso sí, siempre gruñendo; pero saltará y bailará. ¿Ustedes creen que se come los niños crudos? ¡Quiá! Le cojo de una oreja y va tan manso. Si le riño me lame la mano. Al pobre se le podría llevar con una baba de buey.» Nunca olvido un día en que me puse a bailar. Se desternillaba de risa; se gozaba en mi torpeza. Que me ha civilizado es indudable. Pero aunque el oso es susceptible de cultura, queda siempre oso y yo siempre cuáquero.

“Quiero pasar por bien educado; no por *gentleman*, ni *clubman*... Mira que ni sé bailar, ni tocar nada, ni cantar, ni hacer juegos de manos, ni dar conversación a personas indiferentes sobre motivos aéreos y pasajeros. ¡Cuántas veces me ha reñido por lo que llama mis torpezas! Y ¡cuántas me reñirá aún! Y después de todo ha de ver, y pronto, que no soy torpe, nada de torpe. Pero, ¡ya ves!, ¡ni una, ni una sola habilidad de salón! ¡Uf! ¡Un hombre que siempre ha vivido entre hombres, que habla por los codos de cosas de hombres, necedades pesadas e indigestas! Sin embargo voy civilizándome. Ella me ha enseñado a saludar, a hablar con señoritas. ¡Me ha ense-



ñado muchas cosas muy útiles y muy agradables, y las que aún me enseñará!”

Habla luego, en la misma carta a Arzadun, de su arte cocotológica, o de fabricar pajaritas de papel, arte de la que andando los años escribiría un jocosos tratado, añadido a la novela *Amor y Pedagogía*. Dice el éxito que dicho arte le traía entre los niños, y no tiene reparos en confesar sus ansias de tener hijos y de educarlos sin gerundios ni pluscuamperfectos ni novísimos ni Jeroboanes ni Amsterdames ni otra alguna de las infinitas torturas con que se los enloquece. Y ¿si Dios no le daba hijos?

“¡Si Dios no me los da, no importa, los tendré ideales! Y después de todo ¿no es ella un niño? ¡Un niño, un verdadero niño, hasta la cara; por eso me gusta! Tiene el carácter fresco de un chiquillo. Esto, injertado en un alma y cuerpo de mujer, es todo lo que deseo y lo he de tener.

”Por lo demás, en eso que llaman las novelas románticas felicidad conyugal, fundada en el amor, no creo. Tengo el matrimonio por cosa seria, y mi espíritu de cuáquero lo acepta como el mal menor de este mundo, dispuesto a toda su prosa. Ella es una planta casera y yo un oso casero. Todo irá bien. Acabará de civilizarme, y tendré en quien refugiarme para huir las necedades del mundo.”

Sigue diciendo que todas las enormidades pedagógicas cometidas contra los niños, cuando se los educa, no logran matar sus espíritus sanos, serenos, calientes. La moral rutinaria que se les endilga, chorreando egoísmo e imbecilidad, no consigue ahogar, por suerte, la sana moral instintiva del corazón. Éste se abre paso, como un manantial, a través de prejuicios y de fariseísmos, cantando el eterno cantar de los ideales juveniles.

“Para mis aficiones y trabajos me ha de convenir casarme. Recuerdo haberte oído que necesito válvula de seguridad, y creo sea así: podrá salir con menos ímpetu y erupción la idea, pero saldrá más pura entre beso y beso. Me parece imposible que mis ideas, mis imaginaciones no se refresquen y purifiquen en mi cabeza, cuando descansa, domada por la dicha, junto a su cabecita rubia. Me parece

que un solo beso suyo en mi frente ha de separar el hierro de la escoria. ¡Y, luego, es un freno que obliga a ir despacito y con buena letra...!

”Durante mucho tiempo un egoísmo estúpido me hacía temer este caso. Me decía yo: ¡Adiós si me caso! Toda la energía de espíritu que consume en ella, será perdida para mis obras. Me he curado de esto. Es más, solía pensar todo lo que piensan los monstruos de ambición y egoísmo: Fulano, Zutano, Mengano, Perencejo, etc., etc. (una sarta de hombres dignos de envidia) fueron célibes. Esto parece una confesión. Es más: más de una vez me ha pasado por la cabeza esta barbaridad y es que, si tengo hijos, los cuidados que les debo, el cariño que les tenga, me distraerán del cuidado que debo a mis ideas.

”Si hoy tuviera un hijo y prendiera fuego la casa, ¿a quién acudiría primero? ¿A salvarle a él o a salvar mis notas, mis apuntes, los hijos de mi mente, hijos de una labor tan larga, tan entusiasta, tan caliente? Pero todo esto no son más que orgías bestiales de una imaginación envenenada de orgullo y ambición. El corazón, que, a Dios gracias, le conservo puro, ha hecho callar a fuerza de golpes a la loca. Todo aquello son brutalidades, de que nunca me he de arrepentir lo bastante. Ahora creo que hacer un hombre es la obra de arte más delicada y gloriosa; porque no se trata de engendrarle y dejarle así, entregado en manos de maestros imbéciles y en un mundo que no conoce.”

“MI MAYOR SOSTÉN Y EL  
ALBA PERFECTA DE MI VIDA”

En enero de 1891, no bien obtuvo su cátedra de griego, contrajo matrimonio religioso en Guernica, donde residía la familia de su novia. Y así comenzó un hogar, verdadero modelo de hogares cristianos; más de cuarenta años convivieron en perfecta armonía, como si Dios los hubiera hecho —¡los hizo!— el uno para el otro.

Unamuno no amó a nadie más que a su mujer y ésta a nadie más

que a su marido. Y el amor, como manda el pudor castellano, se lo profesaron a alcoba cerrada, que ni los hijos se dieran cuenta, a la española castizamente católica. Asqueó el besuqueo francés, ese artículo que Madrid —y no digamos nada de Barcelona— está importando por toneladas de París y haciendo de él, al atardecer, un escandaloso consumo en plazas y callejas. ¡Cómo habría tronado el vizcaíno contra semejante desespañolización de las grandes ciudades españolas, él que ponía la hispanidad —¡la tan cacareada hispanidad!— en la adustez y severidad de las costumbres, y no en retoriquillas de juegos florales, ni en palabrerío y macaneo, que se disipa no bien andan de por medio unos pesos o unas pesetas! ¡Y de esto no digo más por ahora!

En sus libros, incluso en los de destierro, sólo de tarde en tarde y de paso, nunca de quedo, recuerda Unamuno a su esposa y a sus hijos. Pero, como escribió cierta vez, si puso a su Concha, a la madre de sus hijos, símbolo vivo de su España y de sus ensueños, expresamente tan sólo en algunos pocos poemas y en contados párrafos de su vasta obra, tácitamente, empero, la tuvo presente en todas partes. Allá, donde él iba, llevaba a su amor; o era más bien ella la que le llevaba a él, arremolinado torbellino de pasiones, haciéndole practicar un cristianismo tan de ley cual sólo lo practican contados cristianos de los innumerables que adhieren a la teoría.

Un acontecimiento de hondas repercusiones en la vida intelectual, política y sobre todo espiritual de Unamuno fué su destierro (1924-1930). Seis años de confinamiento, lejos de su patria, domaron su coraje y le desencantaron definitivamente de los sucedáneos, con los que —como voy a decirlo luego— se empeñó por llenar el hueco que el catolicismo le dejó en el alma, cuando dejó él el catolicismo de la doctrina. Conspiró también el destierro a que pusiera de manifiesto el amor a los suyos, amor que hubiera quedado oculto, como quedan tantos amores, bajo la cotidianeidad y la costumbre. Vale la pena refrescar el hecho.

Desde 1891, en que contrajo matrimonio, hasta 1924, en que marchó al destierro, corrieron treinta y tres años de convivencia, sin una sola nube, poniendo el amor ingenioso de la esposa bálsamo a

todas las mataduras del alma que al hogar traía de sus correteos por la vida. La historia interna de esos años de amor queda admirablemente sintetizada en estas frases de Unamuno a Ilundain en la *Carta XIII*: “Luego está mi mujer, que por nada se acongoja, que guarda su niñez perdurable, que me alegra la casa y el corazón con su inalterable alegría, que es mi mayor sostén y el alba perfecta de mi vida. ¡Un alba, sí, que es lo más hermoso; no sale el sol que agosta y quema, pero nunca es noche! ¡Bendito el día en que me casé!”<sup>5</sup>

En 1914 fué depuesto de Rector de la Universidad. Desde entonces aumentó cada día en el fervor y en la pasión puestos al servicio de sus ideas políticas. Militó ardientemente contra Alfonso XIII, contra el monarca, no contra la monarquía, a pesar de algunas entrevistas tenidas con el Rey<sup>6</sup>. A fines de 1920, obsesionado por una especie de monomanía antidinástica, llegó a unirse con los republicanos, quie-

<sup>5</sup> Carta XIII, pág. 387.

<sup>6</sup> A principios de 1914 afanóse Unamuno en dar término a *El Cristo de Velázquez*, portentoso poema, sin duda el de más aliento teológico en lengua castellana, aunque no exento de lunares heterodoxos. Dábase maña para unir a las campañas políticas correteos de “predicación” por los pueblos de España, como clasificaban sus amigos los discursos de Don Miguel. ¡Y todavía hallaba tiempo para concertar poemas místicos! Dió a conocer sus versos en el Ateneo de Madrid, no recitando sino “rezando durante horas a Cristo” —como se lo contaba Arelliza a Ilundain—, con el escándalo que es de imaginar por parte de los pontífices y sacerdotes de aquel santuario de liberalismo y emporio de tópicos anticlericales.

Aquel mismo año fué Unamuno a Silos, a pasar la Semana Santa en santo retiro espiritual haciendo compañía a los monjes. Llevó consigo su poema. Y, en coro de benedictinos, fué leyendo y comentando con mucha unción y hartas lágrimas, predicándoles retiro espiritual él a ellos, más que ellos a él, con gran medro espiritual sin duda de los santos recoletos. Tomó muy en cuenta las observaciones y reparos hechos a su poema, por los monjes, pues estaba “muy puesto en hacer de su trabajo un *monumentum aere perennius*”. ¡Y lo hizo, vive Dios!

Sentía verdadera curiosidad por hurgar lo que pasa dentro de los conventos y monasterios. No vaya a creerse que su visita a Silos fué algo esporádico y veleidoso. A los dominicos de San Esteban, en Salamanca, visitábalos con harta frecuencia. Y él mismo escribe en *La agonía del Cristianismo*, en el párrafo segundo, la gran impresión que experimentó un día en la Trapa, cerca de Palencia, a donde se retiraba periódicamente, por vivir allí uno de sus hijos:

“En mi vida olvidaré el espectáculo de que fuí testigo el día de San Bernardo de 1922, en la Trapa de Dueñas. Cantaban los trapenses una salve solemne a Nuestra Señora en su templo, todo iluminado de cera de abejas neutras. En lo alto del altar

nes, en las elecciones municipales, le presentaron como candidato por Madrid y por Bilbao. Atrevióse entonces a luchar contra los socialistas y comunistas, los cuales le derrotaron ampliamente. Areilza le anuncia esta derrota a Jiménez Ilundain, en carta de 6 de enero de 1921:

“Aquí le traicionaron todos los amigos del café, que ahora están en monárquicos antivizcaitarras furibundos y que marchaban de acuerdo con el socialista Prieto.

”Para consolarse Don Miguel nos espetó una carta diciéndonos que estaba muy satisfecho de haber quedado en ridículo en las elecciones; porque sus deseos, como los de los santos y los genios, son encontrarse en ridículo ante sus contemporáneos. A Don Miguel le vi en Madrid, hace días, en tertulia y compañía de esos republicanos nuevos ricos, como Lerroux; y me causó cierta lástima. Ellos orondos, con magníficos trajes y joyas, moviéndose en automóvil. En tanto el pobre Una-

mayor se erguía una imagen, sin gran valor artístico, de la Virgen Madre, vestida de azul y blanco. Parecía estar representada después de su visita a su prima Santa Isabel y antes del nacimiento del Mesías. Con sus brazos extendidos hacia el cielo, parecía querer volar a él con su dulce y trágica carga, con el Verbo Inconsciente.

”Los trapenses, jóvenes y viejos, apenas en edad de padres unos, y otros pasados de ella, llenaban el templo con el canto de la letanía. *Janua caeli!* —gemían—, *Ora pro nobis!* Era un canto de cuna, una brizadora para la muerte o mejor para el desnacimiento. Parecía que soñaban en ir volviendo a vivir, pero del revés, su vida; en ir desviéndola, en retornar a la infancia, a la dulce infancia, en sentir en los labios el gusto celestial de la leche materna y en volver a entrar en el abrigado y tranquilo claustro materno para dormir en ensueño prenatal por los siglos de los siglos, *per omnia saecula saeculorum*... Alguno acaso de aquellos pobres trapenses rogaba entonces por mi conversión. ¡Y era que rogaba, aunque sin saberlo, por su propia conversión! Así agoniza el cristianismo.”

A tales huroneos por conventos y monasterios y a las constantes actividades místicas, que escandalizaban en gran manera a sus amigos literatos: Ilundain, Arzadún, Barco, Salaverría, Zuloaga, Areilza, etc., unía unas prédicas feroces contra monárquicos, separatistas, liberales, europeizantes y demás *eiusdem furfuris*. Granjeóse enemigos, como era lógico, los cuales diéronse maña para deponerle de su puesto de Rector, puesto que detentaba desde 1901. La causa se la explica Areilza a Ilundain, en carta de 15 de octubre de 1914:

“Ya se habrá enterado del descomunal escándalo que nuestro Ayuntamiento (el de Bilbao) dió ayer por el asunto de Don Miguel. ¡Claro que no conseguiremos la reposición, pero le hacemos al menos unos funerales ruidosos! ¿La causa de su destitución? Estaba decretada desde hace mucho por los caciques políticos de Salamanca y por sus compañeros de claustro. Buscaron ahora un pretexto insulso (el de los títulos) y aprovecharon la ocasión de la guerra, que todo lo domina, para darle el empujón. El Minis-



muno con su chaquetilla de cuartel y aquella su pobreza cada vez más profunda y sentida. Presumo que, luego que termine su furia contra el monarca, volverá a sus manías sobre ultratumberías y cosas de la otra vida, donde ha de ser seguramente mejor recompensado que en ésta.”

Cuando el golpe de estado de 1923 entronizó en España a Primo de Rivera, Don Miguel se exasperó. Perdió los estribos; despotricó en todos los tonos contra el Rey y el Dictador, y los desafió paladinamente. Cargando siempre la tinta, como acostumbra, Areilza cuenta el destierro de Unamuno a su amigo Ilundain, en carta de 12 de diciembre de aquel año:

“La odisea de Don Miguel comenzó en una conferencia de Bilbao. Aunque le pronostiqué lo que había de sucederle, no quiso hacerme caso y despotricó contra el gobierno. Tenía tal confianza en que con

tro de Instrucción Pública es un antiguo lugarteniente de Romero Robledo, muy jaca-randoso y fresco.

”Después de la destitución Don Miguel ha despotricado mucho, en privado y en público, con gran algazara y contento de sus enemigos. Creo que no ocupará en esta situación la plaza de Rector, pero si continúa majadero se le cerrará la puerta con toda clase de gobiernos. ¡Don Miguel tira al zorro!”

Unos meses después el mismo Areilza (quien no sentía muchas simpatías por Don Miguel, ni a los comienzos creyó en su talento de escritor, y no se perdía oportunidad para censurarle acerbamente) estampa esta frase, en carta al mismo Ilundain de 4 de febrero de 1916:

“La guerra ha llevado a Don Miguel a las mayores imbecilidades, dedicándose ahora a escribir insultos del peor gusto y contra sus mejores amigos del Lion d’Or. Se olvida siempre de los favores y consideraciones que con él se tiene. ¡En fin, ya le conoce usted! ¡Le pagamos en la misma moneda y ni por casualidad leemos nada de lo que escribe!”

A 3 de enero del año siguiente volvía Areilza a escribir: “Don Miguel pasó un día con nosotros y, deponiendo antiguas murrias, se presentó en el Lion d’Or. Su filípica fué contra el Rey y Romanones, a quien llama sin cesar *presidiable*. Verá usted, por el recorte de un periódico, su conversación con nosotros, que parece le sirvió para su artículo. Al Rey lo tacha de envidioso e inconsciente. Y creo se figura que hasta él mismo le tiene envidia.”

¡No las gastaban chiquitas aquellos hombres, en aquellos tiempos! Y si Don Miguel las hacía también las pagaba. No lo trataban a él con más cortesía que trataba él a sus enemigos políticos. Las citadas frases de Areilza y el tono que adopta en las suyas Ilundain revelan a las claras la fiereza con que perseguían sus ideales y se combatían unos a otros. “Terrible predicador” llamábanle sus amigos, tomándole un poco al titeo, por el afán de Don Miguel de predicar truculentos sermones, llenos de ultratumberías, por todos los pueblos de España.

él no se atrevía ni el Rey ni el Directorio que su asombro y rabia no tuvo límites cuando fué desterrado a Fuerteventura.

”Perdió por completo la serenidad y la dignidad del hombre prisionero de su enemigo; y no ha hecho más que escribir cosas sucias, groseras, chabacanas e impropias de su talento. Yo le escribí a Fuerteventura ofreciéndole mis servicios. Más tarde, en una conferencia que pronuncié en Bilbao y han publicado íntegra los periódicos, le cité recomendando con calor sus obras. Está ahora Don Miguel en París, viviendo casi miserablemente. Tiene una peña de amigos en el café de la Rotonda donde vierte sus hieles. Trata de organizar la revolución con Blasco Ibáñez y compañía. Pero hay en España demasiado terror al comunismo como para que no sigamos haciendo de mansos corderos.”

A fines de febrero de 1924 fué Don Miguel, por orden del Dictador, arrancado a su casa y a los suyos; y, después de diecisiete días pasados en Cádiz, le internaron en la mencionada isla canaria, el 10 de marzo de ese mismo año.

¡No cejó en sus luchas! Desde el destierro siguió despachándose todavía con más furor contra sus enemigos, con artículos volanderos y sonetos, los cuales corrían en Madrid y en las demás ciudades españolas de corrillo en corrillo, dándole inmensa celebridad.

#### SONETOS DE AMOR

#### SONETOS DE ODIO

“Cuenta Luis Veuillot —dice Unamuno— la historia de aquel soldado español a quien le rompieron una mano de un arcabuzazo, que fué llevado cautivo entre ciertos berberiscos, que no quiso mendigar ni hacerse musulmán, y provisto de una guitarra cantaba con áspera voz canciones de su cosecha. Y cuando algún berberisco, sobre todo los alguaciles, le decía: “¿No te da vergüenza, viejo soldado, de rascar una guitarra?”, respondía: —Dejadme libre la mano que me



queda y me veréis hacer otra cosa—. Y yo añado que cabe pelear a guitarrazo limpio, o a sonetazos”<sup>7</sup>.

Llégame un día a su “bendita isla rocosa de Fuerteventura”, donde cara al mar se consolaba de sus morriñas y trágicas flaquezas, un retrato de su esposa, enviado de Salamanca. Mirándolo, evoca Unamuno toda una vida hasta entonces ininterrumpida de amor, y prorrumpe con exaltación en esta delicia poética, que entraña el mayor elogio de una esposa:

*Ahora que voy tocando ya la cumbre  
de la carrera que mi Dios me impuso  
—hila su última vuelta al fin el huso—  
me dan tus ojos su más pura lumbre.*

*Siento de la misión la pesadumbre,  
grave carga deber decir: “¡Acuso!”;  
y en esta lucha contra el mal intruso  
eres tú, Concha mía, mi costumbre.*

*En la brega se pierde hojas y brotes  
y alguna rama de vigor se troncha,  
que no en vano dió en vástagos azotes.*

*Pero al alma del alma ni una roncha  
tan sólo me rozó, que con tus dotes  
eres de ella la concha tú, mi Concha.*

Mientras seguía Don Miguel peleando desde lejos, “a sonetazo limpio”, y cuando llevaba ya unos cuantos meses de destierro, varios franceses, capitaneados por el director de *Le Quotidien*, del que Unamuno era corresponsal, concertaron su liberación y traslado a París, equipando para ello un pequeño barco. Pero le fué preciso

<sup>7</sup> De *Fuerteventura a París*, Carta-prólogo a Juan Cassou, firmada en París, e<sup>1</sup> 1º de enero de 1925.

esperar durante meses el arribo de la nave. En *De Fuerteventura a París* cuenta su decepcionada espera de varias noches, a orillas del mar, atisbando si llegaba señal alguna del barco francés.

El 1º de julio su hijo mayor y la mujer de éste llegaron a Las Palmas. Conversaron con la tripulación de *L'Aiglon*, que había de sacarle del confinamiento. Y permanecieron allí a la espera de su padre con el propósito de acompañarle en el éxodo.

“El día 9 —escribe Don Miguel— nos evadimos. Y el 11 llegamos a Las Palmas, donde me reuní con mis hijos. El 21 embarcamos en el *Zeelandia*, con rumbo a Cherburgo. Todo lo cual contaré cuando haga el relato de la aventura”<sup>8</sup>. No contó el prometido relato, haciendo, con no contarle, honor a las promesas de los escritores. A bordo del *Zeelandia*, frente a la costa de Francia, el 26 de julio, pónese a contemplar otra vez la fotografía de su mujer. Cobra conciencia de toda la grandeza de su momento histórico. ¡Abandona España y se acoge a Francia! ¿Y los suyos? ¿Y su esposa? ¿Cómo resignarse a pasar mucho tiempo lejos de ella? Mirando la fotografía exclama:

*Sed de tus ojos en la mar me gana;  
hay en ellos también olas de espuma,  
rayo de cielo que se anega en bruma  
al rompersele el sueño, de mañana.*

*Dulce contento de la vida mana  
del lago de tus ojos; si me abrume  
mi sino de luchar, de ellos rezuma  
lumbre que al cielo con la tierra hermana.*

*Voy al destierro del desierto oscuro,  
lejos de tu mirada redentora  
que es hogar de mi hogar sereno y puro.*

<sup>8</sup> *Obra citada*, comentario al soneto XXVI.

*Voy a esperar de mi destino la hora;  
voy acaso a morir al pie del muro  
que ciñe al campo que mi patria implora*<sup>9</sup>.

Unamuno padeció terriblemente en París. Su espíritu se rompía las alas contra los barrotes de su jaula de oro. Con nada podía distraer los recuerdos y la nostalgia de Gredos. Amigos, tertulias, paseos, visitas a monumentos históricos, colaboraciones en los periódicos, todo eso, lejos de distraerle, dejábale el corazón cada vez más enjuto y más disconforme.

#### PARÉNTESIS SO- BRE EL DESTIERRO

Quien no ha sufrido un destierro no puede imaginar el bárbaro suplicio que es, particularmente para un pensador. Al extrovertido, al barullero, a quien vive de puertas afuera quizá le sea más fácil aquerenciarse a la nueva vida, y acaso convertírsela en “feliz condena”. Pero el pensador, a quien todo eso le asquea, ansía la muerte como una liberación. Entre los griegos condenados al ostracismo era frecuente el suicidio; ¡y se daban la muerte para escapar a la demencia! ¿No es acaso la demencia peor que la muerte? Unamuno, hambriento de eternidad, no hallaba gusto ni siquiera en paladear la esperanza de una muerte próxima, como un lenitivo, sin duda el único que consuela las hambres del desterrado.

¿Distraerse haciendo amigos, libros, versos, ya que no franquichelas? Tampoco es posible. La falta de sus libros, de sus papeles y de su medio ambiente prácticamente condenan a inacción aun al más original de los escritores.

Luego, ¡cómo hiera todo lo extraño!, ¡y la incertidumbre del término! La inteligencia muy pronto empieza a embotarse. Redúcense las actividades vitales. Es inútil todo esfuerzo por entregarse a un

<sup>9</sup> *Obra citada*, soneto LXVI.

trabajo distractivo. Como adentro le da vueltas día y noche la injusticia de que es víctima, no logra el desterrado fijar la atención en nada ni poner interés en nada. ¡Y cómo pesa en el alma el pensamiento siempre fijo de esa injusticia! ¿Distraerse visitando monumentos, consultando bibliotecas, frecuentando círculos literarios? ¡Imposible! Acaso intente caminar, pero como nada consigue mirar con otros ojos que sus ojos ausentes ni nada logra sentir con otro corazón que su corazón extenuado, va por calles y por plazas como un espectro. Por eso rehuye todo trato con gentes; y, si pudiera, huiría de sí mismo, se escondería de sí mismo tanto como de los demás.

¡Terrible es asistir a una larga agonía del propio yo! ¡Terrible mirarse la cara al espejo, y contemplar cómo va haciendo, día tras día, su obra de destrucción la iniquidad! Todo cuanto puede ofrecer al turista de curioso y de interesante una antigua e histórica ciudad desaparece automáticamente para el desterrado, forzado a convertirse en propio lo extraño. La calle histórica y la catedral medieval truécansese en materializaciones del atropello que padece. Por eso acaso entre los romanos el destierro era tenido por más cruel que la muerte. Y, como notó muy bien no me acuerdo quién, no es la nostalgia de la patria lo atormentador, sino la inactividad intelectual. Nada enloquece tanto ni arroja a tan perniciosas neurosis como sentir que va anemiándose la vida, congelándose poco a poco el sentimiento y estupidizándose la inteligencia. *Exsul, umbra*, decían los latinos. Pero no consiste tanto el martirio en ser el desterrado sombra cuanto en sentirse sombra.

Poco a poco piensa con menor vigor y pierde el apetito de vivir. Porque, como llevamos el alma metida en carne, precisamos constantemente renovar nuestras ideas, sentimientos, afectos, pasiones, frotándonos con cosas y personas de carne; y se precisa le quieran a uno con amor de mucho tiempo, y le conozcan, le conozcan aquilatándole. Vivir del recuerdo es imposible. El corazón gasta muy pronto la reserva de sus afectos almacenados. Las cosas y personas con que se topa el proscripto cada día son también instrumentos de suplicio, por inmejorables que sean.

“Me paso horas enteras solo, tendido sobre el lecho solitario, contemplando el techo de mi cuarto, y no el cielo, y soñando en el porvenir de mi patria y en el mío, o deshaciéndolos. Como no sé si este destierro durará todavía tres días, tres semanas, tres meses, tres años —iba a añadir tres siglos— no emprendo nada que pueda durar...”<sup>10</sup>. Enloquecedor es hundirse en congojosa inacción de expectativa y sentir que la vida queda en suspenso; y no poder poner ya la pluma en el papel, porque la mano se hincha, silban las sienas, y adentro el corazón se ahoga. Corta uno el hilo de lo que pensaba, para recobrarlo con penoso esfuerzo y volver luego a perderlo, hasta sentirse ganado totalmente por la congoja. Entonces siente transpirar helada la frente, como le transpira al histérico cuando le aqueja su obsesión.

Todo esto es grave, pero no es lo peor. Lo peor es que el desterrado pierde poco a poco la conciencia de su rectitud moral, al paso que van minando su salud terrores, neurastenias, manías persecutorias y angustia, angustia sobre todo, esa angustia brotada de orígenes ocultos que deja sentir al vivo una dramática derelicción. En fuerza de sufrir, llega a creer que acaso sus verdugos están en lo cierto y es justo el castigo.

Tal fué, según la Sagrada Escritura, el crimen cometido contra Job, aquel santazo gentil, por sus embusteros amigos: Elifaz, Baldar y Sofar, el temanita, el suhaíta y el naamatita, tres sofistas lateros y perversos, quienes hicieron lo indecible por convencer al pacientísimo varón de que era culpable de los castigos enviados por el Señor para probarle. ¡Y ya es crimen calumniar a uno ante los demás; pero, ni con mucho, es tan canallesco como calumniarle ante él mismo, pretendiendo sofisticarle la conciencia y convencerle, mediante la extenuación y la fatiga, de un pecado o de un error no cometidos...!

Le extrañará seguramente al lector esta delectación morosa mía

<sup>10</sup> *Cómo se hace una novela*, pág. 63. Profundamente conmueve en este pequeño libro no tanto la amargura casi infinita con que está escrito, cuanto una patente atonía mental y desequilibrio psíquico. Claros reflejos de la neurosis, de la que es el destierro caldo de cultivo.

en describir las torturas del destierro; y no sabrá por qué; no sabrá por qué me pongo a pintar el sufrimiento horrible tan al vivo. Pues, sí, lector, ni más ni menos, porque me traiciona el corazón, porque *ex abundantia cordis os loquitur*, porque resuello por la herida. Nadie entiende el sufrimiento causado por la muerte de un ser querido en tanto no ha padecido él mismo la pérdida de uno de los suyos. Quien no sufrió un destierro tampoco alcanzará a comprender el dolor del destierro. Sólo habiéndolo experimentado en carne propia podrá entender la filigrana de martirio, o el martirio filigranado, que es ir perdiendo el desterrado, adarme por adarme, la razón, la sensibilidad, hasta los recuerdos, ¡e irse sumiendo en demencia!

#### EN EL FILO DE LA LOCURA

¡Sólo el desterrado sabe la envidia que causan los muertos, los que están bien muertos bajo montoncitos de tierra abovedada en un cementerio lugareño, por miserable y desolado que sea! ¡Sólo él sabe de la desesperación con que se encuentra cada mañana condenado a vivir, o mejor dicho a morir, un día más! Y cuando las campanas tañen a muerto sobre la villa gris, sucia, envuelta acaso en tristísima tarde invernal, parecele al infeliz que están doblando por él, y que desde la otra vida oye esos sonos. Y esto ¿por qué, Dios mío, por qué?

El ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? sustituye a los latidos del corazón y amantilla incesantemente a la razón, desorganizando los pensamientos, machacando los afectos, aniquilando los recuerdos y convirtiendo a la postre al pobre diablo en otro ser, otro ser que las piltrafas del pasado ser no aceptan, trabándose ambos yos en lucha implacable.

El desterrado posee el extraño privilegio de poder percibir como nadie la invasión lenta pero tenaz de la locura, con su comitiva de insomnios, desvanecimientos, terrores, desolación, espasmos nerviosos, crisis de lágrimas, arcadas, estomagamientos, fobias, manías persecu-



torias y todo lo demás. Interesante debe ser para el psiquiatra —porque el desterrado es siempre carne de psiquiatra— constatar cómo el mal invade, primero, el sistema afectivo; luego, el nervioso; y, más tarde, el muscular, hasta lograr que pierda el paciente la sensibilidad. Llega un momento en que hasta el tictac, no del reloj, sino de la sangre en los pulsos, se vuelve inaguantable. Nada digamos de los gritos intempestivos de vendedores callejeros, del acento o de la lengua extraña, de la sordidez, atraso e incultura por la que tiene que pasar y que ha de asimilar, quiéralo o no, hasta convertirla en propia.

Una visión sobrenatural de la cosa, ¡misteriosamente permitida por Dios!, un trato íntimo con Jesucristo son poderosísimo sostén, son los refugios del sin refugio. ¡Cierto! Y mientras la neurosis no progresa en su obra de demolición, en medio de sus padecimientos el confinado experimenta el amor de Dios (de Dios a él, más que de él a Dios) con una fuerza incomparable. Si fuera posible mantener a la larga el equilibrio psicológico, si fuera posible tener a raya la psicosis que irrumpe insofrenable, la dulcedumbre sobrenatural sería más que suficiente para tornar, si no apetecible, al menos llevadero el destierro, compensando con creces de todas sus privaciones y crueldades.

Pero tan pronto como asoma en el espíritu el terror demencial ni la vida sobrenatural ni siquiera la natural se hacen posibles. . . Y acá me doy cuenta de que el tema me está llevando muy lejos. Corto, pues, *ex abrupto*. Vuelvo grupas. Y ¡a lo que iba!

Parecióme indispensable exponer, siquiera en pocos trazos, los sufrimientos de Unamuno, su amor y devoción a la santa mujer que Dios le diera, su consagración afectiva únicamente a ella, su respeto —pese a las torturas ideológicas— por la fe y las prácticas religiosas cotidianas de sus familiares, prácticas y devociones jamás contrariadas, jamás burladas, antes bien fomentadas y presididas muchas veces por él mismo. ¡Ésta es su vera efigie! Con más claridad que dicen sus libros lo que pensó, su vida canta lo que fué. Y en un existencialista, o dicho mejor, en un humanista, y todavía dicho mucho mejor, en un hombre de cuerpo y alma interesa más cuanto hace que cuanto dice.

Es injusto —como lo machacaré luego— clasificar de hereje y de



anticatólico, por los errores de la pluma, a quien con hechos ha empedrado su vida de verdad y de ortodoxia. Me impresionan a mí menos, mucho menos, los infinitos errores teológicos y filosóficos esparcidos en los libros de Unamuno que la rectitud moral con que informó su vida, rectitud que no lograron hacer claudicar todos los sufrimientos del destierro, de un destierro de cuya crueldad son medida los sentimientos del desterrado. ¡Y Don Miguel llevaba adentro un corazón casi morbosamente sensible! La menor crítica a sus escritos o la más leve desatención le dejaban de cama <sup>11</sup>.

Muy vasta y profunda es la obra escrita de Unamuno. Pero, como lo ha notado M. Legendre, la persona es superior y domina la obra. Escribe entintando la pluma (o ensangrentándola) en el corazón, con una franqueza estremecedora, realizada por un estilo antipontifical. Pero sus escritos, con ser tan relevantes, destacan un aspecto tan sólo

<sup>11</sup> *Cómo se hace una novela*, revela, por una parte, la honestidad del hombre; y, por otra, su religiosidad, aunque no ha disimulado (ni lo ha querido ni acaso hubiera podido) el estado de derrumbamiento psicológico, como noté hace un momento. Voy a transcribir a la larga un episodio de este libro, harto sugerente, el cual, mejor que todo un volumen, descubre al hombre entrañablemente encariñado de su mujer:

“¡Hipócrita! Porque yo que soy, de profesión, un ganapán helenista —es una cátedra de griego la que el Directorio hizo la comedia de quitarme reservándomela— sé que hipócrita significa actor. ¿Hipócrita? ¡No! ¡Mi papel es mi verdad y debo vivir mi verdad, que es mi vida!

“Ahora hago el papel de proscrito. Hasta el descuidado desaliño de mi persona, hasta mi terquedad en no cambiar de traje, en no hacérmelo nuevo, dependen en parte —con ayuda de cierta inclinación a la avaricia, que me ha acompañado siempre y que cuando estoy solo, lejos de mi familia, no halla contrapeso— dependen del papel que represento.

“Cuando mi mujer vino a verme, con mis tres hijas, en febrero de 1925, se ocupó en mi ropa blanca, renovó mis vestidos, me proveyó de calcetines nuevos. Ahora están ya todos agujereados, deshechos, acaso para que pueda decirme lo que se dijo Don Quijote, mi Don Quijote, cuando vió que las mallas de sus medias se le habían roto, y fué: ¡Oh pobreza!, ¡pobreza!, con lo que sigue y comenté tan apasionadamente en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*.

“¿Es que represento una comedia hasta para los míos? Pero, ¡no! ¡Es que mi vida y mi verdad son mi papel! Cuando se me desterró, sin que se hubiera dicho —y sigo ignorándolo— la causa o siquiera el pretexto de mi destierro, pedí a los míos, a mi familia, que ninguno de ellos me acompañara, que me dejasen partir solo. Tenía necesidad de soledad y además sabía que el verdadero castigo que aquellos tiranuelos cuarteleros me querían infligir era obligarme a gastar mi dinero, castigarme en mis modestos bienes y de mis hijos; sabía que aquel destierro era una manera de confiscación y decidí

de su personalidad. Ésta resplandece entera únicamente en su vida. En ella Unamuno no era el heterodoxo de *Del sentimiento trágico de la vida*, sino el honestísimo padre de familia, el esposo e “hijo” de su mujer, sí, “hijo”, a quien como a tal ella traía y llevaba no sólo dentro de casa —¡lo que ya no es poco!— sino a distancia, a cientos de kilómetros, haciéndole cumplir con sus oraciones de cristiano y —¡lo que es más difícil!— con sus obligaciones de cristiano.

Y de esto concluirán, bien me lo sé, cuantos están puestos en difamarle y en presentarle como el más truculento hereje de los tiempos modernos, dando desmesurada importancia a los desplantes y malhumoradas del escritor, concluirán —digo— que era ambidiestro y que jugaba a dos caras, y aun cosas peores. ¡Allá ellos!

A mi ver quien se arroje a propalar los errores *in fide* de Don Miguel, si no quiere sentar plaza de calumniador y de adular y

restringir lo más posible mis gastos y hasta no pagarlos, que es lo que hice. Porque se podía confinar me en una isla desértica, pero no a mis expensas.

“Pedí que se me dejara solo; y, comprendiéndome y queriéndome de veras —¡eran los míos al fin y yo de ellos!—, dejáronme solo. Y entonces, al final de mi confinamiento en la isla, después que mi hijo mayor hubo venido, con su mujer, a juntárase, presentóseme una dama —a la que acompañaba, para guardarla acaso, su hija— que me había puesto casi fuera de mí con su persecución epistolar. Acaso quería darme a entender que llegaba a hacer conmigo lo que los míos, mi mujer y mis hijos, no habían hecho.

“Esa dama es mujer de letras, y mi mujer, aunque escriba bien, no lo es. Pero ¿es que esa pobre mujer de letras, preocupada de su nombre y queriendo acaso unirlo al mío, me quiere más que mi Concha, la madre de mis ocho hijos y mi verdadera madre? ¡Mi verdadera madre, sí! En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vió en las garras del Ángel de la Nada, llorar con un llanto sobrehumano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternas, sobrehumanas, divinas, arrojándose en mis brazos: ¡Hijo mío! Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela, ella, mi espejo de santa inconsciencia divina, de eternidad. Es por lo que me dejó solo en mi isla. Mientras que la otra, la mujer de letras, la de su novela y no la mía, fué a buscar a mi lado emociones y hasta películas de cine. Pero la pobre mujer de letras buscaba lo que yo busco, lo que busca todo escritor, todo historiador, todo novelista, todo político, todo poeta: vivir en la duradera y permanente historia, no morir.”

Quien desconozca a Unamuno podrá interpretar groseramente este pasaje, leyendo entre líneas no sé qué afectos desordenados y estados pasionales deshonrosos. Nada de ello. Trátase de una mujer a la que atrajo a la isla únicamente la nombradía ecuménica del gran desterrado, sin otro propósito que el noble de hacerle viable, si acaso de ella precisaba, la huida de Fuerteventura, merced a su condición de extranjera. Antes de

sofisticar su vera efigie, el calor que pone en perseguir los disparates y cazarrierías del escritor debe ponerlo también en sacar a relucir las severas virtudes, ranciamente cristianas, del hombre. Pero ya volveré luego sobre esto.

#### POST NUBILA PHÆBUS

M. Legendre, católico francés y escritor comprensivo, más puesto en dar relieve al hombre Unamuno, destacando su conducta ejemplarmente católica y católicamente ejemplar, que al escritor heterodoxamente anticatólico y lo demás, el católico francés —digo— recuerda un episodio que, para terminar esta parte, quiero reproducir aquí, pues es altamente significativo <sup>12</sup>.

Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera (la cual no acabó, como suelen acabar las dictaduras, ni en la picota ni en el muro, sino en la cama de un hospital, anémica y gastada), y en medio de una exaltación nacional, el 9 de febrero de 1930, pasó Unamuno a pie firme el puente internacional entre Hendaya e Irún. El paso aquel fué un poco paso de comedia, no hay duda. Pero ¿es que no hay mucho de comedia en todo movimiento revolucionario? Y si Unamuno no se percata a tiempo le envuelve uno cualquiera de los extremismos, incluso el anarquista o el moscovita, pululantes entonces

partir de la isla esta misma mujer llevóle a Unamuno la noticia del indulto, concedido momentos antes de la huida por el mismo Dictador que le desterrara. Afectóle profundamente a Unamuno tal actitud del gobierno español. Leyó el decreto con lágrimas en los ojos. Era impresionante verle llorar. Brotábanle las lágrimas, sin contorsión ninguna del rostro, como si manaran de los ojos de una estatua, sacudida por fríos estertores.

En la Carta I (pág. 260), en párrafos de intensísimo patetismo, trasluce su impresión, cuando, en medio de una desesperante crisis religiosa, acogiése bañado en lágrimas de hombre, a los brazos maternos de su esposa, y ésta le llamó: "¡Hijo!, ¡hijo mío!" ¡Todo un cuadro! Ante él huelga cuanto se pretenda decir para expresar lo que era su mujer para Unamuno, y él para su mujer.

<sup>12</sup> En *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, (Facultad de Filosofía y Letras. Cuaderno 1º, Salamanca, 1948), M. Legendre escribe un interesantísimo artículo titulado *M. de Unamuno, hombre de carne y hueso*. Tengo presentes las páginas del escritor al redactar estos renglones.

en la Península, obligándole a aplaudir la sustitución de una cosa mala: la monarquía desmonarquizada de Don Alfonso XIII, por otra cosa peor: la republiqueta anarquista de Don Niceto Alcalá Zamora. ¡Pero era suficientemente ducho el vasco, y hartó lo habían escarmentado seis años de destierro, como para dejarse envolver!

Toda suerte de bienvenidas, randebuses y homenajes se le brindaron al deportado glorioso, a su retorno a la patria. Pero ninguno fué tan resonante y cordial como el que le dispensó Salamanca, el 11 de febrero de aquel año. Me parece acertado Ferrater Mora al decir: “Una biografía de Unamuno deberá detenerse más en el regreso a Salamanca que en el paso de la frontera o en cualquiera de las manifestaciones políticas, celebradas en Madrid en el mes de mayo de aquel año”<sup>13</sup>. Disputáronselo los partidos e hicieron lo imposible por anéxarselo. Pero en vano. “Si se funda en España el partido unamunista —dijo cierta vez— yo seré el primer antiunamunista.” Porque le repugnaba todo partido, y mucho más aquellos seudopartidos o alianzas de caudillos de pueblo para asaltar la cosa pública.

Al año siguiente, cuando se proclamó la república, confirmóse Unamuno en que, bajo aquella algarada y parodia de normalización republicana, se escondían ambiciones tremendas, las cuales no tardarían en desatar la guerra civil. Su amargura y su desencanto proclamólos a voz en cuello en los artículos entregados a *El Sol* y *Ahora*. En 1935 se le consagró ciudadano de honor de la república, habiéndosele nombrado poco antes Rector vitalicio de la universidad salmantina. ¡Todo ello le llegaba bastante tardíamente! ¡Un amargo desencanto enlutaba ya su corazón!

Un año antes, en septiembre de 1934, don Miguel había cumplido los setenta. Sus amigos, al jubilarse él en su cátedra universitaria, dispusieron echar a Salamanca por la ventana, con unos festejos como no hubiera recuerdo de cosa igual. Pero ¡ay!, un desgarramiento insanable dilaceraba el corazón del anciano. Pocas semanas antes su esposa, “su madre, su costumbre” había muerto. “Pero ¿eres tú,

<sup>13</sup> José Ferrater Mora, *Unamuno — Bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, 1941, pág. 38.

Concha mía, la que ha muerto? Más bien ¿no soy yo? ¡Sí, soy yo; soy yo quien sin ti no vive...!

”En aquel homenaje, tributado por Salamanca y España entera, sólo yo pude apercibirme —recuerda M. Legendre—, a pesar de que para la apoteosis de don Miguel habíanse reunido miles de personas de algo muy sugestivo acaecido entonces.

”Dispúsose una recepción en el Ayuntamiento. Asistía el Presidente de la República y el Ministro de Instrucción Pública. La famosa Plaza Mayor estaba literalmente atestada de público. Se esperaba de un momento a otro la aparición en los balcones del Ayuntamiento del venerable anciano, aureolado por la fama.

”Tras una larga espera, que sólo la paciencia de los españoles pudo aguantar, apareció Unamuno, siendo saludado por una aclamación inmensa. Volvióse entonces casualmente hacia mí y nuestras miradas se cruzaron. Pude ver sus ojos llenos de lágrimas. Salvando la distancia que nos separaba, se me acercó y me dijo: «Usted sabe muy bien que nada ya puede hacerme feliz.» El recuerdo de su admirable esposa, fallecida unos meses antes, le había quitado todo gusto de vivir. ¡Su duelo había de ser para siempre!”

#### UNA HORA DE FIRME PASO

Y no quiero cerrar este capítulo, dedicado a poner al descubierto el *corazón católico* del gran agonista y sus costumbres estrictamente cristianas, sin prevenir una objeción: ¿Y, Teresa? ¿Quién es la famosa Teresa a la que dedicó don Miguel todo un libro de versos apasionados, saliéndose poeta erótico a sus sesenta años?

No coinciden los exégetas, ni coincidirán, claro está, en señalar lo que esconde, o la que esconde, ese castizo nombre. Ni faltarán quienes presuman encontrar embozada con él a ésta o a aquélla fémica entrometida en las vecordias del poeta. Pero, quede dicho de una vez para siempre, es un disparate, todo un formidable disparate buscarle

amores adúlteros a Unamuno. Todo lo más que de *Teresa* puede decirse lo dijo el poeta Luis Felipe Vivanco prologando la *Antología Poética*:

“En cuanto a *Teresa*, no es, sencillamente, un libro de versos como los demás, sino que en él, Unamuno, en vez de darnos, a los sesenta años, una colección de poemas amorosos suyos, se inventa una novela tópica (con el noviazgo pueblerino y la novia muerta prematuramente de tisis galopante y el novio que la sobrevive), para escribirse unos cuantos poemas anacrónicos, becquerianos y hasta campoamorinos, con esa *latria*, tan típicamente española, de la mujer, que le presta al conjunto un dejo ambiguamente religioso.

“Queda así construido un poema novelesco, con su argumento y sus personajes, su prólogo, su colección de rimas y sus inevitables comentarios últimos del gran hablador por escrito que fué don Miguel. Y en este poema lo puramente lírico se nos ofrece separado de lo narrativo, aunque referido a esto último y con su explicación literaria en ella. Hay que tener en cuenta que la fecha de publicación de *Teresa* es algo posterior a la de creación de casi todos los cuentos y novelas unamunianos más característicos. En toda esta época no le van a faltar, ciertamente, a don Miguel criaturas de su espíritu con quienes dialogar sobre todo lo humano y lo divino, aunque siempre en perpetuo monólogo consigo mismo”.

“*Teresa* —decíame días pasados don Ramón Gómez de la Serna, quien prepara ahora una biografía de don Miguel, todo una filigrana de ingenio, como es de esperar—, *Teresa* es un hilo de oro ideado por el poeta para ensartar un collar de perlas líricas. *Teresa* es la Dulcinea ideal que da unidad a una novela de amor escrita en odas. *Teresa* es, en suma, la ensoñación romántica de una mujer arquetípica, novia y esposa ideal, a la manera española, espejo de toda mujer y de todo amor”.

No descarto yo estos pareceres y aplaudo, desde luego, la exégesis de ambos inspirados escritores. Pero, menos lírico que ellos, me atrevo a asegurar —y pongo sobre la pista a algún erudito unamuniano— que *Teresa* sustituye en el libro epónimo a los nombres de doña Salomé



Jugo de Unamuno, la madre, y de Concha, la esposa de don Miguel. A mi entender *Teresa*, aunque publicado en 1924, reúne poemas escritos muchos años antes, algunos quizá cuando su autor era aún novio, otros con ocasión de fastos familiares felices o luctuosos, como la muerte de su madre.

Esos versos acusan todas las características estéticas de la primera manera unamuniana, y es visible en ellos la impresión de Campoamor y de Bécquer, de Menéndez Pelayo y Querol (como nota acertadamente José María de Cossío), de Rubén Darío y de Zorrilla de San Martín. Sí, de don Juan Zorrilla de San Martín, el catolicísimo poeta uruguayo; y esto, no dicho aún, lo proclamo a voz en cuello, y para ponerlo en evidencia me bastaría con transcribir en un *tête-à-tête* los poemas de entrambos. No de balde don Miguel leyó *Tabaré* más de cuatro veces y en alta voz; no por nada distinguió al gran poeta latinoamericano con los más calurosos elogios.

No se echa de ver en los poemas a *Teresa* la frase desnuda, el pensamiento puro, la idea todo sustancia, características del poeta cuando logró desnudarse de influencias extrañas al escribir su *Rosario de sonetos líricos* (1912). El autor de *Teresa* no es todavía el artista que escaló las cimas de la poesía metafísica en *El Cristo de Velázquez* (1920); no es el que, desde entonces hasta el día de su muerte, sin dar resuello a su lirismo trascendente, acuñó día a día, en poemas epigramáticos, hondos pensamientos religiosos y filosóficos componiendo su exquisito *Cancionero*, su diario espiritual.

Los poemas de *Teresa*, de publicación tardía, sin lugar a duda, fueron naciendo en los largos años de depuración emocional, que corren de 1884 hasta 1912. Y si afectan las características de novela tópica es porque, como todas las obras de su autor, espejan su vida sin tapujos ni paliativos ningunos. Y esto que digo, apoyándome en una elemental crítica interna, si le resta méritos poéticos al libro, aquilata su importancia para la exégesis del alma del poeta, particularmente de sus flancos religiosos, pues dicho libro adquiere entonces el valor de un soliloquio íntimo descarnado de ficción.

Como observó Dámaso Alonso, los versos unamunianos dejan una



impresión general de fuerza, de genialidad lírica, de énfasis épico; pero apenas nunca logra pegársenos al oído una estrofa especial, y nada resulta tan difícil como seleccionar un poema para presentarlo de modelo o para aprendérselo de memoria. Algo, no se sabe qué, parece faltarle, algo hay inacabado, algo queda ansiando nuestro espíritu.

No es Unamuno un miniaturista, a pesar de haber trabajado tanto con sonetos, hasta lograr un sobredominio técnico. La razón de ello acaso sea que sus poemas, aun cuando toman por tema un escorzo cualquiera de la vida, en el fondo traducen la insanable congoja, la eterna angustia del poeta, su insatisfacción y su hambre de inmortalidad.

Sin embargo, voy a transcribir acá unas estrofas de *Teresa*, escritas sin duda en la muerte de un ser querido, quizá la madre, estrofas en las que la angustia de fondo, la de todos los días, halla acentos de exquisita emotividad, que se aquerencian fácilmente en todo corazón; y cito estos versos para dejar de manifiesto asimismo que ninguna mujer extraña entrometióse jamás por la poterna en el cuarto trastero del corazón del poeta, a ocultas de su madre y de su esposa.

Medite el lector —le ruego— esta sentidísima invocación a la Santísima Virgen, en la muerte de su madre, su madre que tantas veces por él orara abogando con lágrimas, en la misa de prima, al alba, porque Ella, la Virgen, le diera a él una hora cuando menos de luz y *de firme paso* —¡qué bien dicho!—, una hora, aunque fuera la hora postrera:

*Tú, Señora, que a Dios hiciste niño,  
hazme niño al morirme  
y cúbreme con el manto de armiño  
de tu alma al oírme  
con tu sonrisa.*

*El alba es tu sonrisa y es la brisa  
del alba tu respiro.*

*Acuérdate cuando iba al alba a misa  
por ti y, en el retiro,  
por mí rogaba.*

*Te rogaba por mí, por mí abogaba  
para que Tú, Señora,  
por aquella que fué tu humilde esclava,  
me dieras una hora  
de firme paso.*

*¡Haz por ella que, en la hora del ocaso,  
en el último trance,  
cuando de mi alma al fin se rompa el vaso,  
de nuestro Padre alcance  
eterna vida,  
mi tierra con su tierra confundida.*

*MENTE PROTESTANTE*

III



## MENTE PROTESTANTE

*“El hombre superior es el único capaz de responder a los enigmas que los demás hombres llevamos dentro, sin atrevernos a responderlos. Desciende él hasta lo profundo del espíritu humano. Y cuando da expresiones a los pensamientos y sentimientos que no sabríamos nosotros decir, muestra que nos conoce mucho más de cuanto nos conocemos nosotros mismos.*

*“¡Nos fastidia tantas veces! Pero nos da siempre satisfacciones muy hondas; como el que nos arranca de la cama, a la madrugada, para llevarnos a contemplar un amanecer de sol en la montaña. A veces nos estremece. Ello ocurre cuando se le antoja sacarnos de nuestra psicológica rutina y vulgaridad para meternos en las cavernas de su espíritu torturado, por las que desfilan sombras espectrales. Pero salimos de allí, no deprimidos, sino llenos de vida, experimentando toda la grandeza de nuestra dignidad de hombres.*

*“Como nadie el hombre superior siente en sí mismo la paradoja torturante que es ansiar un ideal y encenagarnos en una realidad miserable. Sacudiéndonos con la duda nos asienta en nuestras creencias. Haciéndonos ver al vivo la realidad de la vida nos enciende en ansias de ser mejores.” — ERNESTO HELLO.*

### HACIA LA CRISIS DE SUS IDEAS RELIGIOSAS

Tal era *el hombre Unamuno*. Y estoy muy lejos, pero muy lejos, de haber agotado los hechos de su vida, que podría aducir, para probar su entereza cristiana y la austeridad de sus costumbres. Apenas si me he contentado con recordar esto o aquello, lo suficiente como para dar al lector una somera idea. Esto supuesto, y perfectamente asentado, voy a considerar ahora las causas de su angustia religiosa y de la crisis de sus ideas católicas. Es el tema cardinal de mi escrito.

Fué en Madrid, lo dije páginas más arriba, durante sus estudios de filosofía, cuando un mal día “cortó la seguida de sus misas regulares”. Y fué en Bilbao, a su regreso de la villa cortesana, donde todo, especialmente su futura esposa, conspiró a hacerle reverdecir la fe,

y a anudar el hilo de sus interrumpidas prácticas sacramentales. ¿Cómo se produjo su conversión o sus conversiones?, ¿qué las motivó?, ¿cuánto tiempo duraron?, ¿por qué no perseveró en ellas? Trataremos de dar respuesta a todo esto.

Abandonó, como decíamos, “la seguida de sus misas regulares y de sus comuniones mensuales” porque, en la gresca perpetua que le llevaban en su interior la cabeza y el corazón, pudo en Madrid más aquélla que éste. Tres factores favorecieron tal predominio: primero la muchachez; segundo el hecho probado de que nada aleja tanto de Dios como el poco saber, sobre todo cuando este poco saber cae en el campo abonado de la pedantería y el coqueteo universitario; finalmente el haber pretendido racionalizar su fe, reduciéndola a geometría analítica y a puro teorema, cosas las más contrarias a la fe, la cual es rendimiento obsequioso y libre de la inteligencia. Donde entra el álgebra, metiendo evidencias, adiós obsequiosidad de la razón. No se puede poner fe, sino asentimiento forzado por la evidencia, en que dos más dos son cuatro. Lo que no quiere decir, ni de lejos, que fe sea ceguera, obstinación y fanatismo.

Fe es educada e inteligente aceptación de lo que Dios ha dicho. Y, que Dios al hombre le haya dicho algo alguna vez, jamás podrá quedar tan claro como dos y dos son cuatro. Todo el espinoso proceso de revelarse Dios en el Verbo humanado, fundar una Iglesia, hacerla depósito vivo de una doctrina y de una moral, todo este engorrosísimo acontecimiento histórico tiene sus bemoles —¡vaya si los tiene!—, y no es de extrañar que antes de aceptarlo la razón se encalabrine, se encocore, pida pruebas, y se aquiete sólo con una buena dosis de buena voluntad y otra mayor dosis de gracia divina. Al abrazo de la fe en Cristo se ha de ir con cabeza y corazón, alma y vida, carne y huesos. El álgebra no casa ciertamente con la fe; pero tampoco casa la estupidez del carbonero.

En forma que es una maravilla de providencialismo divino, Dios ha armonizado los planos del conocimiento humano o los grados del saber, como dice Maritain (sensible y experimental en las ciencias, imaginativo en las matemáticas, intelectual puro en la filosofía), de

suerte que la religión, que chorrea filosofía por todos los bordes, no tenga la evidencia, ni por tanto origine la certeza, de las ciencias de la experimentación ni de las matemáticas, pues tal certeza haría imposible la fe, por exceso precisamente de luz.

A Dios debe llegar el hombre un poco con la cabeza en penumbra, como el Nicodemo del Evangelio, brindándole racionalmente su razón, inteligentemente su inteligencia, cordialmente su corazón, que todo esto es lo mejor que tiene y lo único menos indigno de ofrecérselo a Dios. La racionalización supercrítica de la fe, que buscaba Unamuno y buscan tantos, caso de darse mataría la obsequiosidad y la libertad; y llevaría al hombre a Dios, sí, le llevaría, pero esclavizado y vencido. Y debe el hombre llegar a Dios libremente, para que le invoque como a Padre; que sólo el que es libre puede pronunciar esta palabra celestial: *Padre*; y como a Padre (sí, Dios es Padre y el hombre su hijo), le ame gozándose y le goce amándole.

QUE PONE EN PELIGRO POR  
PRETENDER ALGEBRAIZARLAS

“El puro anhelo de racionalizar la fe”, vale decir, de algebraizarla, de arribar a conclusiones teológicas mediante factoreos y ecuaciones, llevó a Unamuno a abandonar en Madrid (ya veremos luego qué clase de abandono fué el suyo) sus prácticas católicas, sus misas y confesiones regulares. ¡No es lo común! No se deja de ordinario el trato amigo con Dios por motivos en cierta manera honestos. Cuélanse en el proceso psicológico del indiferentismo y del abandono religioso otros factores harto menos nobles. Casi siempre anda de por medio el pecado, la corrupción del corazón, y, con más frecuencia aún, la soberbia. La soberbia posee infinitas coloraciones y acaso la peor es el “¡Qué van a decir mis amigos cuando lo sepan! ¡Que me he torcido, que caí al fin...! ¡Caíste, sí, caíste! ¿Y qué me hago con todo lo que hasta ahora hice y dije? ¿Qué me hago?”

Ya veremos cómo, en una de las cartas que ahora damos a luz,



Jiménez Ilundain, temiendo nuevas recaídas de Unamuno en la misa y la comunión, apela a esta variación del *qué dirán*. Pero a Unamuno —hay que decirlo muy alto— importósele siempre un ardite de todos los *qué dirán*, cualquiera fuera el color que vistieran, y siguió su interior sentir. Por eso es tan digno de respeto, no digo de que se lo imite, en medio de sus constantes flujos y reflujos. Y pongo término a la digresión pegando la hebra donde se me cortó.

En Madrid, como dije, habíale hecho zancadillas la cabeza al corazón, la cabeza algebraica al corazón lírico, y dejó éste de soñar y señoreó aquélla con maléfico señorío. Pero volvió a Bilbao. De las capas más profundas del alma subieronle a la superficie los recuerdos de infancia y mocedad. Sintió infinitas emociones. Y el corazón, aprovechándose de ellas, tomóse represalias de la cabeza y le ganó la partida. Unamuno abrazó nuevamente la fe, y con ella las prácticas católicas. Como a otros una primera comunión de un hijito o la muerte repentina de un amigo les compunge y despierta del sueño de indiferentismo, sacudiéndoles hasta los cimientos del alma, a Unamuno, Bilbao, su Bilbao, le traspasó hasta el cogollo del corazón, como lo dice él mismo, y cayó vencida la cabeza, y el flamante doctor en Filosofía y Letras por Madrid retomó el hilo y siguió “la seguida de sus misas regulares y de sus comuniones mensuales”, como en los años de su entero fervor y viva fe religiosa. Quedan narradas sus conversiones, con lujo de detalles, en *Paz en la guerra* y en las cartas a *Clarín*.

Si en Madrid “un puro anhelo de racionalizar su fe” le alejó por primera vez del catolicismo, vale decir, si la falta de álgebra y supercrítica en los fundamentos racionales de su religión le escandalizaron (era entonces muy joven y la muchachez suele pagar su tributo al criticismo racionalista), los alejamientos posteriores, en Bilbao y Salamanca, se producirán precisamente por encontrar demasiado algebraica, demasiado “intelectualista, seca, sin corazón y de razón racionante” a la teología católica. Ya los teólogos protestantes se encargarán de pintarle el protestantismo como un “cordialismo”, como una sabiduría esfumada, evanescente, que goza con el misterio, comprensiva —tanto que tiende a justificarlo todo—, saturada de espíritu

vital, histórico e intrahistórico, indulgente en materia moral, evolutiva y sometida a un constante devenir. En contraposición, ¡qué repudiable va a parecerle el catolicismo cristalizado en fórmulas fijas, con su depósito de la revelación cerrado definitivamente, como el sepulcro del Cid!

Como lo haré notar luego más detenidamente, si anduvo vacilando hasta los cuarenta años en su fe de cuna, y si el protestantismo le ilusionó más que el catolicismo, fué por habersele presentado éste como un *logicismo* y aquél como un *cordialismo*. Pero tal se le exhibía en la cabeza, en tanto que en el corazón, en el que pesaban mucho España, Vasconia, su casa, sus hijos, el catolicismo mostrósele siempre lleno de cordialidad. Por eso aseguré en otra ocasión que fué Unamuno católico por español, y antiespañol por anticatólico. Es ésta la expresión más clara de su drama religioso interior.

#### MENTE PROTESTANTE Y CORAZÓN CATÓLICO

¿Qué inclinaba al catolicismo al sentimentalista trágico? ¿Qué le impelía una vez y otra, en constante flujo y reflujo, a volver a la fe, siempre que las sutilezas de la cabeza, ayuna desgraciadamente de sólida teología, y la heterodoxia de sus libros de predilección le arrancaban de ella? Su pueblo, su casa, su corazón.

Todo en Bilbao se aliaba para dar a su espíritu, que insatisfecho buscaba a Dios, el tiro de gracia a las cavilaciones y caborias supercríticas de la inteligencia. ¡Oh, aquel Bilbao de la plaza de la República, de Abando y de la plaza de Albia, y de cuando eran estradas festoneadas de zarzales las hoy calles del Ensanche! ¡Y el perfume del azahar de los naranjos, que crecían en la huerta de su abuela en Deusto, donde había pasado algunos veranos; y la ría, la maravillosa ría; y los pinares del Archanda; y cada colina, cada casa, cada piedra, cada ola cantarina del Nervión! ¡Qué tempestades de emociones le vantaban en el alma soñadora del joven de veinte años!

“Entré un día en una iglesia a oír misa —se lo cuenta a Leopoldo Alas—, y el recinto, las luces, los niños, la muchedumbre que asiste silenciosa a la ceremonia y el ambiente todo me transportó a los años de la sencillez, sacó de las honduras de mi alma estados de conciencia enterrados en la subconsciencia, me volvió a una edad pasada, me evocó un mundo de pureza adolescente y cobré una nueva fe y oí misa, sin ser creyente oficial, y me tomé baños de pureza juvenil.”

Otras veces, más que el recuadro salpicado de emociones, donde habían retozado sus ojos de niño, trabajaba en su corazón, favoreciendo el retorno a la fe, la memoria de su santa madre fallecida. “De tal manera mi tío supo hablarme de mi pobre madre que me dejó lloroso y conmovido. Volvió una y otra vez a la carga, instándome a que me confesara y consultara mis dudas con el confesor. Yo le respondía: ¡Pero, si no son dudas! Con lágrimas en los ojos llegó a rogármelo mi tío, dejándome a solas en el cuartuco de mi casa donde tantas veces había soñado yo a solas sobre las páginas de los apologistas católicos. Y después de una noche de insomnio y de tormenta mental, medio atontado, fuí con mi tío, a la siguiente mañana, aniversario de la muerte de mi madre, y me confesé.

”Me limité a exponer escuetamente al confesor, sin detalle alguno, que abrigaba mis dudas, sin indicarle cuáles. Dióme el sacerdote consejos de prudencia humana. Me habló contra la lectura en general y me recomendó vida de distracción y campo, y las *Confesiones* de San Agustín, añadiendo: «*Los Soliloquios* . . . ¡no! Eso es demasiado fuerte todavía.» Y al separarme del confesonario, desilusionado del ensayo, me decía: «¡Se creará el pobre que no he leído *Los Soliloquios* y que soy un niño de teta. . . »

”Vivía vida interior, acurrucado en mi espíritu, empollando ensueños. Era el estado de mi espíritu el de aquellos que, sobre la base de la fe antigua, dormida y no muerta, han cobrado otra nueva, con vagos anhelos a una fe inconsciente que una a las dos”<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> *Paz en la guerra.*

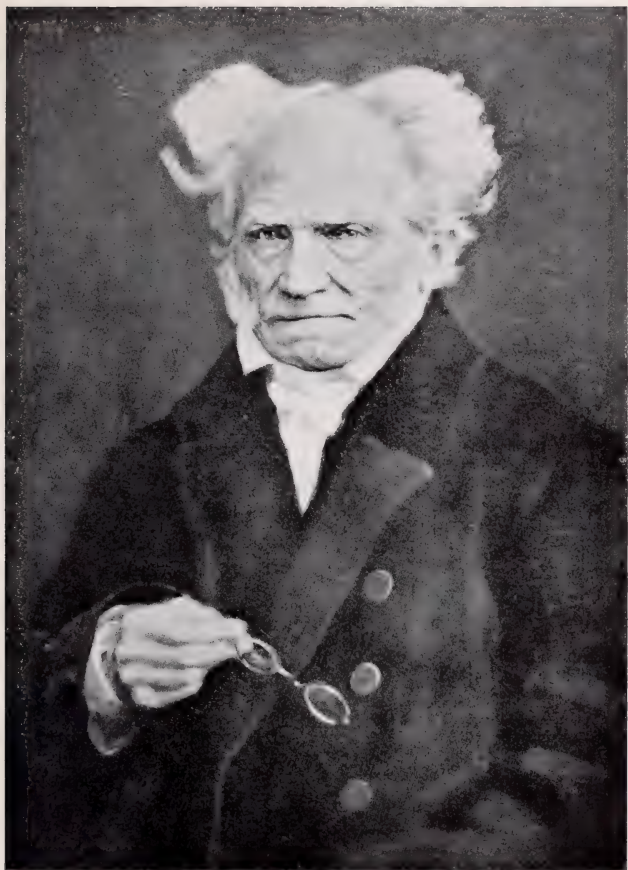


LÁMINA 7



## LÓGICA VERSUS CARDÍACA

Pero la cabeza no cejaba así como así en la gresca que le traía al corazón. Las misas y comuniones no lograban anestesiarle la imaginación ni cortaban el vuelo de la fantasía. Con patetismo describió a *Clarín*, algún tiempo después, la terrible lucha de estos años:

“En tanto yo, el intelectual, intelectual ante todo y sobre todo, sintiéndome víctima del intelectualismo, emprendía campañas contra él, y mi antiintelectualismo resultaba lo más intelectual posible. ¡Y sufría, sufría mucho! Después de una crisis en que lloré más de una vez, y hubiera sido un infierno mi vida a no tener mujer e hijos, creí en realidad haber vuelto a la fe de mi infancia y, aunque sin creer en realidad, empecé a practicar, hundiéndome hasta en las devociones más rutinarias para revivir la propia infancia.

”Fué una fiesta en casa. Vi gozar a mi madre (que es el único freno que me contiene de escribir muchas cosas). Mi hermana, recién salida del convento por dolencia, fué a vivir conmigo, hasta que, ya repuesta, tornó a profesar. Pero me percaté de que todo aquello era falso, y volví a encontrarme desorientado, preso otra vez de la sed de gloria y del ansia de sobrevivir en la historia”<sup>15</sup>.

Desde poco más allá de los dieciséis, lo he dicho ya, hasta cerca de los cuarenta, Unamuno vivió en perpetuo vaivén y en perpetua oscilación en lo que respecta a sus prácticas religiosas. Mil prejuicios le arrancaban un día de su fe tradicional, y llegaba a convencerse a sí mismo de que su rompimiento con la Iglesia católica sería definitivo. Pero pasaba la crisis de protestantismo o de racionalismo y volvía otra vez a “la seguida de sus misas y comuniones”.

Y no podía sucederle de otro modo, como quiera que se gastaba la vida engullendo con voracidad filosofía idealista en Kant, Spinoza, Hegel, James. Encima se tragaba toneladas de teología protestante en Lutero, Harnack, Ritschl, Herrmann. Y el indigesto banquete solía ro-

<sup>15</sup> *Epistolario a Clarín*, pág. 89.



ciarlo con sus buenos tragos de romanticismo en Kierkegaard, Senancour y Quental. De vez en vez se permitía un desarreglo (llamémosle así, pues para él venía a ser en efecto *fuera de regla*) y engullía unas cuantas páginas de San Agustín o de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz. Muy de raro en raro cita en sus escritos a Santo Tomás, a Scoto y a Suárez. Los leyó apenas y no los meditó jamás con la debida detención. Inhibíale de entender a Santo Tomás su falta casi absoluta de la debida preparación filosófica. Es cierto que cuando bachiller en Bilbao tomó unos cuantos baños de filosofía semiescolástica; pero de filosofía para uso de delfines o, lo que es peor, para uso de bachilleres. Tenía dieciséis años y no le cabía más entonces que filosofía delfinesca. En el cuatrienio madrileño se kantizó y hegelianizó, gastando cuanto le sobraba de su tiempo en deglutir krausismo, lo único que por toda filosofía se propinaba entonces a los estudiantes en la Facultad epónima y en el “blasfemadero de la calle de la Montera”.

Posteriormente, y de regreso ya a Bilbao, aunque lo hubiera buscado a moco de candil, no hallaba en toda Vizcaya, no diré un bueno, pero ni siquiera un pasable filósofo tomista, que hubiera sido capaz de dirigirle en sus lecturas. Andaba el tomismo de capa caída aun dentro de los seminarios; nada digamos de las universidades laicas. No puso, pues, ni pudo poner cimiento firme en su cabeza a la filosofía escolástica. Cuando, vuelto ya todo un hombre, para mantener sus creencias necesitó contrapesar el idealismo alemán con realismo tomista, y la teología racionalista protestante con teología escolástica, halló a ésta, como no podía menos de hallarla, seca, fría, razonadora, gris, monocorde e incluso inhumana por demasiado silogística; y, por tanto, enemiga del hombre, del hombre de carne y hueso. Y ¡por Dios! que no le tocaran a él el hombre de carne y hueso. Cuando la filosofía o la teología no lograban hacerle escalofriar la carne y helar el tuétano de los huesos no eran para él otra cosa que “cochina lógica”, y entonces ¡duro con ellas! Ya explicaré luego de dónde le nacieron sus predilecciones por el luteranismo y el racionalismo protestante, predilecciones que por cierto le jugaron muy mala partida,



pues le robaron el calor emocional que le daba la fe católica, dejándole a la postre frío e insatisfecho el corazón.

No leyó, pues, a Santo Tomás ni a Scoto, aunque alguna vez los cite en sus obras. Ni mucho menos conoció a ninguno de los grandes comentaristas del Angélico de la talla de Juan de Santo Tomás o de Cayetano. En la balanza de su espíritu pesaron más los contras de su fe católica que los pros. Logró deslumbrarle la heterodoxia protestante, sobre todo en sus años de Bilbao y en los primeros decenios después de afincarse en Salamanca. Frente a Harnack y Ritschl los apologistas católicos, Balmes y Ceferino González, verbigracia, parecíanle insignificantes; y eran éstos los más serios autores católicos de cuantos había manoseado cuando bachiller.

Vuelto hombre maduro, las veces que recordó a los autores de las apologéticas estudiadas en el bachillerato, fué para ponerlos de oro y azul, cargándolos con todo el peso de su batería de epítetos. Vaya un ejemplo. En el ensayo *¿Qué es verdad?* escribe: “¿Qué es la verdad? Tomo el tratado de filosofía que encuentro más a mano, el que llevábamos de texto en la Universidad cuando seguí mis dos cursos de metafísica, y que tiene la inapreciable ventaja, para este caso, de ser un libro larga, ancha y profundamente ramplón, falto de toda originalidad, fidelísimo espejo del abismo de vulgaridad, de ñoñez, de tontería a que ha venido a caer entre nosotros eso que llaman el tomismo. Es la *Filosofía Elemental*, ‘escrita por el Excelentísimo señor Don Fray Zeferino González, Obispo de Córdoba’ —así reza la portada de la segunda edición—, uno de los hombres que más tonterías ha escrito en España. Abro este libro detestable con que me entelarañaron la inteligencia a mis dieciséis años, y en el artículo primero, del capítulo segundo, de la sección segunda de su libro primero, leo que la verdad se divide en *metafísica*, *lógica* y *moral*. Ya nos están dividiendo a la verdad, es decir enturbiándonosla . . .”<sup>16</sup> No usa una prosa más amable cuando recuerda a Balmes, y a los demás filósofos y teólogos escolásticos cuyos textos estaban en uso en las escuelas.

<sup>16</sup> *Ensayos*, tomo VI, *¿Qué es verdad?*

De no poseer un enorme corazón hubiera sido definitivo su alejamiento del catolicismo no bien se agostó en su espíritu el veranillo de fe que le trajo su regreso a Bilbao, a precio de tanto dolor, como dije anteriormente. Pero, por suerte, era un gran sentidor, tan grande como Pascal si no mayor. Y los quintales de protestantismo que se tragaba en sus lecturas un buen día podían menos que uno solo de los sentimientos provocados por el recuerdo de su madre, o por la primera comunión de uno de sus hijos, o por la entrada en religión de su hermana Susana, a quien amaba entrañablemente. Entonces escondía bajo el ala la cabeza luterana, y, a la tardecita, se enderezaba a un templo, caía otra vez de rodillas en un confesonario con todo el fardo de sus cavilaciones y heterodoxias, y comulgaba entre el júbilo de los suyos. Duraba el nuevo remozamiento de fervor mientras no arreciaba una nueva revolución racionalista derrocando otra vez de su imperio al lírico corazón.

El que anatematizó a la lógica y exaltó la cardíaca, el que se definió siempre como un sentidor y regurgitaba cuando le aplicaba alguien el mote de sabio, el que estampó este nobilísimo anhelo: "Al morir quisiera, ya que tengo alguna ambición, que dijese de mí: ¡fué todo un poeta!" (*Epistolario a Clarín* pág. 83), queriendo significar que estimaba en más las intuiciones del corazón que los discursos tantas veces extraviados de la inteligencia; el que llevado de sus tendencias místicas confesó sin rebozo, aunque con evidente exageración: "He estado oyendo misa al día y comulgando al mes con verdadero fervor y no por fórmula hasta los veintidós años", el gran sentimentalista ¿cómo no supo seguir constante las razones del corazón que tantas veces la razón no alcanza?, ¿cómo descaecía tan pronto en las prácticas religiosas y tambaleaba en su fe?, ¿cómo dió tumbos y más tumbos viviendo en perpetuo flujo y reflujo místico, a despecho de que le juzgaran de inconstante, ligero y veleidoso? Porque si por religiosidad unas veces comulgaba, "por pura religiosidad dejaba otras veces de hacerlo", siendo sus prácticas exteriores acabado reflejo de la guerra que en el interior le llevaban la cabeza y el corazón. Porque el protestantismo que en la prédica de los pastores y

pastoras, con sus ejércitos de salvación, le parecía cosa repudiable y mercachiflería pura, resultábale todo cordialidad, vitalidad y poesía en las páginas de los teólogos protestantes. Y así la cabeza protestante se le volvía corazón. En tanto el catolicismo que llenaba su corazón con recuerdos de infancia, con vida de hogar, y con España entera archicatólica, presentábasele frío, vitrificado, logístico, en la teología y en el derecho. Y así el corazón católico se le volvía cabeza. ¡Y era hombre de corazón, de enorme corazón!

#### BUSCA SUCEDÁNEOS DE LA RELIGIÓN CATÓLICA

Para satisfacer sus ansias místicas y llenar el hueco interior que el catolicismo dejaba en su alma, las veces que dejaba él primero al catolicismo, apeló —en los comienzos— al socialismo, pero a un socialismo *sui generis*, especie de fe religiosa en la humanidad y en el devenir, socialismo que nada tiene que ver con la chuchería insustancial, horra de ideas y ahora en franca crisis, la cual en todo lo que va de este siglo nutrió de palabras más que de conceptos a unos cuantos inadaptados de los partidos políticos tradicionales.

En los últimos veinte años del XIX, Vasconia y Cataluña sacaban cabeza entre todas las provincias españolas, así por su riqueza nativa como por su pujanza emporial. Eran, y siguen siéndolo, las más ricas zonas españolas y las más industrializadas. Envalentonábanse frente a la tan ancha cuanto miserable Castilla y al tan cerril cuanto hambriento Aragón. Comenzaban a dar sus primeros gritos separatistas, con bastante buen resultado. Bilbao, con sus altos hornos siderúrgicos y su alta ría pescadora, congregaba nutridos núcleos obreros, dispuestos a tumultuar y encrespase en interminables conflictos con patronos.

A Unamuno le enardecía, no precisamente el burgués rico, porque jamás le dió en rostro la riqueza, sino la rutina tan española de los ricos que se acostaban a un requeterrutinario catolicismo, bien avenido

con la dramática miseria de los infinitos miserables de la miserabilísima península. Y le enardecía, primero por ser demasiado mozo, y luego por andar un poco impecune con su título de doctor que para nada le servía. Unióse, pues, con algunos amigos aquejados de sendos males, esto es, de juventud enardecida y de impecunidad, y fundó un semanario *La lucha de clases*, que fué el primer órgano socialista bilbaíno enderezado a crear partido revolucionario.

Las soflamas, las convocatorias, los editoriales ideológicos los escribió él casi siempre, y sin firmar para despacharse más a su gusto. Muchos años dedicóse a esta prédica escrita. Pero jamás se entregó con alma y vida a la empresa de socializar a Vasconia, y si tal cosa hubiera intentado no hubiera podido lograrla. Primero, porque el socialismo de ideas, el religioso, el unamunesco, era contraproducente si se pretendía agitar con él a las masas obreras. Segundo, porque el catolicismo de la Lizárraga, su mujer, a quien desde niño tenía metida en el corazón, complotado con el catolicismo de los Unamunos y los Jugos no le hubiera dejado, en caso de pretenderlo, deslizarse a un socialismo materialista y ateo. Tercero, porque andaba enfrascado en lecturas, en tomar notas para *Paz en la guerra* y en dar lecciones a domicilio *pro pane lucrando*. Y el socialismo no prende sino en climas de holganza y desocupación. Cuarto, porque, desde los comienzos, el socialismo de sus connilitones vizcaínos, como el socialismo desparramado por todos los países de Europa y de América, se presentó como una doctrina para gozar de la vida con prescindencia de la muerte. Y ¡alto aquí! ¡Que nadie le tocara en su manía (¿manía?) del *más allá*, de la allendidad de la muerte!

“Lo malo del socialismo corriente —escribía a Juan Arzadun el 30 de octubre de 1897— es que se da como doctrina única y olvida que, tras el problema de la vida, viene el de la muerte. ¿Qué hay más allá de ésta? Porque si al morir muero del todo, y como yo los demás hombres, el hacer la vida más fácil, más pasajera, más grata y amable, es, aumentando la pena de tener que perderla un día, llevar a los hombres a la infelicidad de la felicidad, a la tremenda *noia* del pobre Leopardi, al *spleen* devorador, a la sombría desesperación que

entenebreció la decadencia romana, esa edad del estoicismo y del suicidio. Si al morir vuelve nuestra conciencia a la nada de que brotó, no queda más salvación que predicar el suicidio colectivo de Schopenhauer y Herrmann. Del seno mismo del problema social resuelto (¿se resolverá alguna vez?) surgirá el religioso: ¿La vida merece la pena de ser vivida?

”El socialismo tiene fuerza porque ha sustituido a vaguedades, tangibilidades; pero su debilidad está en hacer del factor económico el únicamente primordial, en desconocer que hay dos goznes de la historia humana: lo económico y lo religioso”<sup>17</sup>.

En la polémica con Ganivet carga la mano contra el socialismo y marxismo (a los que de ordinario confundió en una sola y misma cosa) trayendo a cuentas la historia de España, incluso su teología mística del siglo XVI y su política carlista no menos mística del XIX, para probar la existencia de una conciencia socialista católica, apostólica y romana en la *intrahistoria* española. El socialismo de Unamuno tiene, por consiguiente, tanto que ver con el socialismo de Alfredo Palacios (para poner un ejemplo doméstico) como el amor de San Juan de la Cruz con el amor de Don Juan Tenorio.

#### UNAMUNO Y LA TERCERA POSICIÓN

En las revistas madrileñas *Vida nueva*, nacida el 12 de junio de 1898 (en cuyo tercer número Don Miguel cometió el pecado de estampar el grito: ¡*Muera Don Quijote!*!, pecado que con tantas lágrimas de arrepentimiento lloró después en su *Vida de Don Quijote*), y en *Revista nueva*, iniciada el 15 de febrero de 1899, Unamuno siguió propugnando su socialismo quijotesco, su socialismo que casaba perfectamente con el *Reinado social de Jesucristo*, estudio que le ocupó mucho tiempo y que cambiado de nombre apareció después, su so-

<sup>17</sup> *Sur*, n° 119, septiembre de 1944, pág. 53 y siguientes.

cialismo que era el antípoda del que por entonces proliferaba en el puerto de Cataluña, en la ría de Bilbao y en Ventas de Madrid.

¿Eran socialistas o, dicho mejor, marxistas, las ideas sociales de Unamuno? Es preciso aclarar primero que el socialismo no encierra ideas ningunas ni de sociología ni de política ni de economía, y en esto se parece a sus cofrades: el conservadorismo y el radicalismo, partidos políticos que, con estos o con otros nombres, agruparon las masas votantes (o votadoras) en los pueblos trasatlánticos y cisatlánticos, quiero decir, de allende y de aqueude el océano.

Dardo Cúneo dice: "Unamuno adhiere resueltamente a las tesis económicas de Marx." Pero se encarga de notar muy bien que el comunismo y el socialismo, según mil veces lo dijo Unamuno, han cometido la barbaridad de no ver en el hombre nada más que el animal económico de los manchesterianos, olvidando que antes que nada es el hombre animal religioso. Si el comunismo no hubiese caído en la majadería de presentarse ateo, no tendría hoy rivales de peso en el mundo. Unamuno hubiera dado su vida militando por una tercera posición, un comunismo cristiano, vale decir, una auténtica justicia social informada por el espíritu del Evangelio. Parecíale condenado a muerte todo movimiento social no fundado sobre fe, esperanza, y en caridad por sobre todo <sup>18</sup>.

Hombre machucho ya, asentado de juicio y curado de veleidades, escribió en los diarios de Madrid, en las vísperas de la guerra civil, incitando a los españoles, vueltos republicanos por la inesperada deserción de Alfonso XIII, y convertidos luego, por arte de birlibirloque, en incendiarios y comecuras, escribió —digo— aconsejando a sus paisanos a andar con tiento, y no coquetearle a lo nuevo por nuevo, en materia de política y sociología, pero tampoco a apoltronarse en lo tradicional por tradicional:

"Todo, menos la posición fatalista materialista, en el sentido de Marx, de que el hombre se deje llevar de las cosas, de que la personalidad se sojuzgue a la llamada realidad. Hay una necesidad espi-

<sup>18</sup> *Cuadernos americanos*, nº 3, mayo-junio de 1948, *Unamuno y el socialismo*, por Dardo Cúneo.



ritual, aquella de que hablaba el Apóstol Pablo cuando decía que él evangelizaba movido por necesidad.”

Recojo este texto del trabajo de Cúneo, quien, muy al caso, recuerda estas otras palabras de Don Miguel, escritas en 1935, en las que, sin dejar lugar a dudas, declara que de un marxismo bautizado podría esperarse algo, porque lleva dentro de sí un ideario concreto; pero del socialismo nada puede esperarse, porque en su seno alimenta tan sólo ambiciones personales. “Marxismo es algo; socialismo, casi nada.”

Con estos tonos confesaba su desencanto del socialismo en 1935 Unamuno, el mismo que a principios de siglo había escrito a *Clarín*: “Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa, cuando se marchite el dogmatismo marxiano y se vea algo más que lo puramente económico. ¡Qué tristeza ver lo que se llama socialismo! ¡Qué falta de fe en el progreso y qué falta de fe en la humanidad!” Y en otra parte: “Para mí el socialismo es la aurora de lo que Spencer llama sociedades industriales, fundadas en la cooperación y la justicia, la cual se identifica con la caridad, no en la concurrencia y la ley”.

“Lo que redima de su pobreza al pobre redimirá de su riqueza al rico. Hay que acallar el hambre del cuerpo para despertar el del espíritu. Tronaré contra la barbarie de querer hacer materialista al socialismo. El problema económico nos lleva al problema religioso”<sup>19</sup>.

Fué, pues, el socialismo, acariciado algún tiempo por Unamuno, antípoda del socialismo de los socialistas. Éstos con el socialismo hacían ateísmo; aquél, religión. Éstos cometían la enormidad de reclamar en nombre del materialismo la redención proletaria; aquél tronaba contra la barbarie de hacer materialista al socialismo. Podría formarse un florilegio de pensamientos sociales unamunescos (a despecho de haber sacado de sus andanzas por el socialismo *sui generis* un feroz hastío por toda clase de sociología) con frases tomadas

<sup>19</sup> *Carta IX* de Unamuno a Ilundain, de 4 de diciembre de 1901. En este mismo volumen, en pág. 347. Las citas anteriores hállanse en el mencionado estudio de D. Cúneo.



de sus libros, y en todas ellas veríase que vuelve sobre estas mismas ideas.

En resumen, es preciso concluir que, de sus buceos en las tendencias seudosociales entonces nacientes, logró tan sólo, a la postre, un franco y confesado desencanto del marxismo, y un supremo desprecio por el socialismo, ese ahora cementerio de ñoñez demagógica que, a principios de siglo, cuando simuló bastante pasablemente llevar dentro de sí alguna preocupación social, consiguió su poco de prestigio, que ha perdido luego del todo, como quiera que, desde la llegada del colectivismo marxista, el socialismo se ha encargado de probar que lo menos que le interesa es lo social, y sin lo social no es nada más que un *ismo*, y por cierto un *ismo* sin sentido ni pizca de originalidad.

#### ENCULLE TEOLOGÍA PROTESTANTE

Decepcionado de inmediato Unamuno de la bufonada socialista y avergonzado hasta de la palabra socialismo, que no se le oyó la volviera a pronunciar con el menor interés, se entregó cada vez más a la teología protestante y chapuceó en Harnack y Schleiermacher, en Renan y Sabatier, más por curiosidad e insatisfacción que por veleidat. Pero tampoco el baño de pies que de los veinte a los cincuenta se dió en la teología novadora logró curarle la incurable jaqueca que padecía su cabeza, aunque desgraciadamente el chapaleo salpicó con pellas de heterodoxia protestante, jansenista y modernista todos sus trabajos, sin que escapara uno solo a la trágica chafarrinonada.

De sus hojeos u ojeos, como él prefería decir, por la teología luterana quedan resabios en casi toda su prosa, desde *Paz en la guerra* hasta *La agonía del cristianismo*, y en no pocos de sus versos, muy principalmente en *El Cristo de Velázquez*. En su correspondencia, no sólo en la epistolar a los amigos, sino también en la pública a los diarios, puede seguirse, mes a mes y semana a semana, el rastro de

los libros en los que fué apacentando su insaciable apetito, llevando amplia ventaja los protestantes a los católicos.

En carta a *Clarín* de 3 de abril de 1900 escribía: “Ahora me preocupan mucho los estudios religiosos; la gran *Dogmengeschichte* de Harnack me abrió grandes horizontes; ahora estudio las últimas evoluciones de la teología luterana con Ritschl a la cabeza. Es difícil que aquí sintamos a Kant, aunque lleguemos a comprenderle, porque no hemos pasado de Lutero. La evolución filosófica alemana no era más que una fase de la íntima evolución del espíritu germano, que en su teología, mejor que en otra parte, se revela. Sin Schleiermacher no se concibe a Kant.

”Aquí, fuera de Canalejas el viejo, la teología protestante no ha interesado. Gracias que se conozca a Renan. Tal vez ahora Sabatier (no el del San Francisco, sino el otro), Ménégos, los dos Révilles, etc., empiecen a aficionar a alguno. Y los que menos saben de eso son los curas. Da pena leer a los que pasan por mejores, al Padre Ceferino, v. gr., un comentarista escolástico en el peor sentido, sin visión.

”Hablé yo aquí a un curita que ha estudiado en Roma y pasa por ser de lo más ilustrado, del libro de Herrmann acerca de la comunión del cristiano con Dios, libro que pasa por la flor del luteranismo liberal, y no me entendió. Se agarraba a aquello de que según Lutero sólo la fe salva, sin saber qué entendía por fe Lutero. ¡Hay en la teología unos tesoros...! Ahora que traduzco ya del dano-noruego o norso-danés voy a chapuzarme en el teólogo y pensador Kierkegaard, fuente capital de Ibsen, quien decía de joven que aspiraba a ser el poeta de Kierkegaard, según he leído en el libro de Brandes sobre Ibsen, que es donde empecé a aprender danés (tarea facilísima sabiendo alemán e inglés).

”Muchas de mis meditaciones en este orden van condensadas en el tercero de mis *Tres ensayos*, titulado *La fe*. Este librito saldrá de un día a otro y lo recibirá usted en seguida. No es más que avance a lo que muy más por extenso he de desarrollar en mis *Diálogos filosóficos*. Entre tanto Dios me conserve mi fe en Él, en mí mismo y en el omnipotente tiempo.”

El 9 de mayo del mismo año volvía a confiarle al crítico de Oviedo: “¡Si le tuviese a usted aquí, frente a mí! Hablaríamos de largo de usted mismo, de Unamuno, de nuestra literatura, de nuestro público, de sus admiraciones y las mías, de las sinceras (de Renan, v. gr., de Bergson, de Tolstoi, de Zola mismo), y de Galdós y Pereda y Echeagaray y Menéndez Pelayo y tantos otros.”

Al día siguiente, tomando ocasión de haberle llegado un recorte de *El Imparcial* con cuatro letras de *Clarín*, continúa la larguísima carta de la víspera. En esta especie de postdata hállase el siguiente párrafo: “Aunque lo tengo anotado hace tiempo en mi *Adquirenda*, no conozco a Recejac, ni a Gowd, ni a Gibson, ni a Marillier, ni al abate Mercier (a James, el progenitor intelectual de Bergson, sí). Leo poco, porque leí mucho; sólo Hegel me ha alimentado para largo rato. El núcleo de mi estudio *La fe* es de obras de teología luterana, de Herrmann, de Harnack, de Ritschl. Pero, como acostumbro, leo los libros sin tomar notas, y luego los repienso y los dejo reposar, y al cabo del tiempo escribo lo que me brota, sin recordarlo en la forma en que lo leí.”

Un año más tarde, a fines de diciembre de 1901, escribe a Ilundain: “Leo la *Leben Jesu* (Vida de Jesús) de Höltzmann. He vuelto a mis estudios religiosos. Sin pasar por la inquietud religiosa creo que no puede llegarse a calma alguna fecunda ni aun a la religiosa”<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> En su correspondencia complaciase en contar a los amigos sus libros y autores favoritos. En los cinco lustros que corren de 1890 a 1914 cita casi exclusivamente protestantes alemanes, moralistas ingleses, modernistas franceses. El 25 de mayo de 1904 escribía a Nin Frías, el uruguayo tocado de protestantismo: “Espero con verdadera ansiedad trabajos suyos, porque usted tiene para mí, en la literatura americana, el atractivo de un mirlo blanco; es usted un caso casi único, por su sentido religioso y cierta orientación espiritual que ahí falta de ordinario. Y como yo según voy haciéndome viejo —en septiembre cumpliré los cuarenta— voy corroborándome en mi manía por los estudios religiosos, de aquí lo que su obra de usted me interesa. Ahora, por ejemplo, leo a Kierkegaard, en su lengua, el danés, la *Religionsphilosophie* de Pflleiderer, obras de Ritschl (el teólogo alemán), sermones del norteamericano Brooks, etc.”

El 15 de agosto del mismo año decía al mismo Frías: “Conozco bien a Harnack, cuya *Dogmengeschichte* he leído con atención y cuidado. Ahora acabo de leer, entre otras cosas, los sermones de Philips Brooks y la *Religionsphilosophie* de Pflleiderer. Conozco bien al profesor James, cuyas obras *The will to believe and other essays* y *The varieties of the religious experience* poseo. Tengo también los *Ensayos* de Emerson. A Chalmes y Parker sólo de referencias los conozco. Ahora me preocupa el buscar

EXCURSUS SOBRE  
UNAMUNO ORADOR

Y voy a permitirme aquí una digresión para recordar que por este tiempo Unamuno se había empeñado en convertirse en orador, venciendo a fuerza de ejercicio ciertas dificultades de expresión y particularmente una exagerada pusilanimidad ante el público. Fué su oratoria, aun cuando consiguió ya verdadero dominio del auditorio, antes fría y razonada que patética y fogosa. En sus escritos ponía todo el lirismo y pasión posibles reservando la mesura para sus discursos. Si a éstos no los leía (y era frecuente que los leyera, sobre todo cuando andaba en juego algún compromiso o tenía el tema sus bemoles) tomaba el tono de una conversación<sup>21</sup>.

el hondo pensamiento español, el que apuntó en los místicos y ahogó la Inquisición, el que circula por debajo de nuestros mezquinos comentadores escolásticos. Quiero que mi obra resulte obra nacional."

El 19 de julio de 1907 escribe al mismo Frías una importante carta muy unamunesca, dándole cuenta de ciertas predilecciones literarias por algunos autores franceses, a pesar de que todavía le duraba su fobia antifrancesa, de la que no se curó hasta el destierro padecido en 1924: "En casi todo estoy de acuerdo con usted, en la admiración por Taine, por Goethe, por Gladstone. Sólo nos apartamos en que yo padezco de misogalismo o franco-fobia, y digo padezco porque no sé razonar esa manía. Admito cuanto en loor y elogio de Francia se dice, pero no me gana el corazón. No tengo alma latina. De Francia sólo me gusta esa animosa minoría de hugonotes, los Sabatier, Réville, etc. Rousseau y Amiel no son franceses en ningún sentido. El espíritu de Voltaire, Montaigne, Racine, Zola, etc. me repele aunque reconozco su grandeza. Logran claridad cerrando los ojos al misterio."

No carecen de interés las *Trece cartas inéditas del muy vascongado Don Miguel de Unamuno*, dadas a luz y glosadas con inteligencia por Pedro Badanelli (Santa Fe, 1944). Pertenecen a los años 1900-1910. Fueron enviadas al escritor uruguayo Nin Frías. Tienen especial importancia para la comprensión de la crisis religiosa de Unamuno por ser Nin Frías un *sentidor* del problema religioso, como lo manifestó en todas sus obras. Militó el uruguayo en el protestantismo durante bastante tiempo, hasta que abjuró públicamente de sus errores convirtiéndose al catolicismo. Como nota Badanelli, quien trató muy de cerca a Nin Frías, de hecho no fué éste ni protestante ni católico. Sentía el problema religioso, como lo sintió D'Annunzio, acaso más en lo que dicho problema tiene de poético que en lo que tiene de religioso, es decir, de *religante* del hombre con la Deidad. (Honrosamente recordó Unamuno a Frías en su estudio *Rousseau, Voltaire y Nietzsche*; en *Contra esto y aquello*).

<sup>21</sup> El sermonear, un poco al estilo de los frailes misioneros, predicando a veces humanismo culturalista, y otras veces moralina protestante, era cosa corriente, a prin-

Era su flaco conversar. Desde muchacho se habituó a ello y lo hacía con extraordinaria gracia y vivacidad. Pero también en esto tenía su peculiaridad. Muy frecuentemente tomaba al amigo con quien salía a platicar de puro pretexto y acicate para ir soltando el rollo de su diálogo íntimo. A su lado quedaban mudos los interlocutores, pues jamás a nadie cedía el turno ni le permitía meter baza. Sus pensamientos, los originalísimos pensamientos que bien tundidos pasaban a sus escritos, los forjaba conversando con sus amigos.

Más de una vez sus colegas, los profesores de la Universidad, dijéronle a Don Miguel, al verle pasear constante y pacientemente con uno de esos zotes en cuyas cabezas no entra nada: "Pero ¿cómo aguanta la conversación de fulano, usted, Don Miguel?" A lo que respondía: "¡Oh, me viene muy bien! Tiene la cabeza tan dura que me sirve de yunque. Allí doy vueltas a mis ideas y las tundo duro y parejo hasta que quedan pulidas." Y así bien pulidas y templadas las almacenaba después en sus libros.

Recordando esta costumbre de Unamuno escribió Ortega y Gasset con su pizca de socarronería: "No he conocido un yo más compacto

cipios de siglo, entre los hombres que sentaban plaza de intelectuales. Se tomaba muy en cuenta la oratoria. En los corrillos, los estudiantes y los literatos festejaban esta o aquella feliz expresión de un Castelar, un Maura, un Martos, un Cánovas del Castillo, un Sagasta, un Canalejas, un Melquiades Álvarez. Quien abrigaba aspiraciones de llegar a algo en el foro o en las letras tenía su orador favorito y lo seguía, como se sigue hoy a un futbolista de renombre o a un torero.

Antes de llegar a las Cortes los pretendientes a orador debían hacer su escuela y aprendizaje en ateneos de pueblos y en peñas provincianas. No les quedaba otro remedio so peligro de quedarse luego mudos en el Parlamento; y la mudez, en tan solemnísima anficción, era entonces cosa oprobiosa. Cuando un diputado iba a pronunciar un discurso se tomaba su tiempo y a puerta cerrada preparaba con todo empeño la pieza oratoria para en su día estar a la altura de las Cortes. Los escritos engrandecen la personalidad sólo muy a la larga. El éxito encuentra al escritor, cuando lo encuentra, viejo de sesenta años desengañado y desdenoso. En cambio la oratoria es un atajo; en un santiamén se llega por ella a la nombradía y a la reputación. Hablar bien agiganta la personalidad. Y, luego, ¡cómo se respeta al orador y cómo deslumbraba cuando tiene garra, no sólo a las mujeres, las cuales fácilmente se deslumbran con nada, sino también a los hombres, aun a los que sientan plaza de indiferentes!

Desde su asiento en Salamanca Don Miguel nunca descuidó la predicación, por pueblos, villas, clubes, casinos, ateneos, etc. ¡Con cuánta jactancia refiere en sus cartas los muchos sermones predicados, y cuán solicitado era para sermonear, llamándosele de



y sólido que el de Unamuno. Cuando entraba en un sitio instalaba desde luego en el centro su yo; como un señor feudal hincaba en el medio del campo su pendón. Tomaba la palabra definitivamente. No cabía el diálogo con él."

Y me acuerdo acá de cierto chisme oído en Salamanca, el cual prueba que a las veces Don Miguel también sabía callar. Unamuno y Ortega, como es sabido, no hicieron muy buenas migas, a pesar de que cambiaron entre sí varias cartas, a principios de siglo, cuando se inició Ortega en el periodismo y en la cátedra universitaria, tirando de espaldas enceguecidos a todos los grandes de España, los grandes entiendo del periodismo y de la universidad.

Allá por el año 1909, solía contar la anécdota el propio Don Miguel a sus más íntimos, llegó a Salamanca Ortega con el propósito de iniciar un movimiento de regeneración nacional, poniendo a su frente a Unamuno. Entrevistáronse ambas eminencias. Tomó la palabra Ortega. Oíale Don Miguel en silencio, silencio no raro en él cuando se proponía callar. Propuso el proyectista su amplio plan de regeneración española. Reiteró una y otra vez lo dicho; hasta que por fin lo paró Don Miguel, con un gesto muy suyo y muy expresivo, y le dijo

todas partes! "Me llaman a Vigo —escribe a Arzadun, el 12 de diciembre de 1900—, y en vez de soltar seis conferencias de economía política o de lingüística, haré una seisena, seis sermones laicos, con su tinte protestante. Y les hablaré también del culto de la vida, en este pobre país que ha vivido con el culto a la muerte, y de lo grande del *pro patria vivere*, y que no es tanto morir como seguir viviendo el dar la vida por la patria; y del valor moral, de la necesidad de arrancarnos nuestros más caros sentimientos, cuando nos impiden marchar con el progreso (como lo del vascuence) y mirar a la Esfinge cara a cara. Te digo que ello resonará, porque hace tiempo que la Providencia pone resonador a las palabras que me salen del alma. ¡Y adelante! Tengo una misión que cumplir y la cumpliré. Y quiero supeditar a algo mayor que yo, servir a un ideal, para tener derecho de supeditar a mí otras cosas, y a no detenerme en mi camino por piedra más o menos. Te hablo de mí mismo con entero abandono, con absoluta franqueza. Creo ser hoy uno de los hombres más representativos de nuestra raza vasca —con perdón de esos desdichados que ahora me llaman traidor, mal hijo y renegado—, y si ellos se obstinan en su ceguera y en seguir apegados a sus mezquindades, quédense cantando el *Guernicaco* y hablando de los fueros, que nuestra raza irá conmigo a otros destinos y a otros rumbos." El temple de estos párrafos, tan unamunianos, se lo explicará el lector si tiene presente el aire de misionero, un poco a lo fraile, otro poco a lo protestante, que daba a sus conferencias. (Véase *Carta VIII*, pág. 339, nota 7.)

por toda réplica: "Lo he entendido bien, Don José. Quiere usted que yo sea el padre del movimiento y usted el espíritu, ¿no es así? Bueno: sépase que yo soy la trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo." Así comenzó un distanciamiento de treinta años.

Y cuentan, acaso sean sólo chismes, que en las vísperas de la República Española de 1931, cuando Unamuno se hallaba desterrado en Hendaya, cierta tarde se le apersonó un grupo de republicanos, los que por entonces andaban preparando en conciliábulos secretos la tercera (creo que es tercera; no llevo bien la cuenta) República Española. Dios sabe por qué nunca se mostró Unamuno aficionado ni a la nueva República ni a los hombres que la hicieron. No miró la cosa con buenos ojos, acaso porque los republicanos, que entonces pululaban arrojando "tacos" y dicerios contra la Monarquía y exaltando la nueva República, no habían tenido agallas para enfrentarse a la Dictadura en los comienzos de ella, en 1923, ni para resistirla los siete años que duró; y salían a gallar ahora, cuando la pobre Dictadura moría de melancolía sin pena ni gloria; habiéndole tocado a él, sólo a él, pagar el pato, como se dice, con siete años de destierro, de cuyas morriñas no le compensaban ni la orla de mártir ni siquiera el que Max Scheler hubiera señalado su destierro como uno de los síntomas del ocaso de Occidente.

El pobre Don Miguel las había pasado negras, siete años arreo lejos de los suyos, de su Salamanca y de sus libros; y eso no lo iban a dorar ahora con todos los ministerios ni con todas las jefaturas de partido que vinieran a ofrecerle. Y ¿quién no le decía que lo que se pretendía fuera acaso explotar su nombre? Porque cuando la limosna es grande hasta el santo desconfía. Pero, por otra parte, Unamuno debía atenciones a algunos de los republicanos quienes le habían proclamado poco menos que líder del movimiento, mártir de la Dictadura y santón de la nueva República. No era por tanto cuestión de que los defraudara y les aguara la fiesta. ¡Y venían ellos, según se anticipaba, a ofrecerle nada menos que la conducción del movimiento republicano!

A Unamuno olíale a cuerno quemado el tal movimiento y deses-





Lám. 8. SAN AGUSTÍN (354-430). Detalle del cuadro *El entierro del Conde de Orgaz*. (El Greco.)

timaba por ambiciosos a casi todos sus gestores, previendo que éstos con la alharaca revolucionaria lo que pretendían era sustituir una Monarquía mala por una República peor, con el único fin de distribuirse las carteras y hacer de la hacienda pública secreta repartija. No le convenía meterse en otro lío. No estaba para comprometerse otra vez y salir de testaferro o de cabeza de turco si la cosa remataba mal. ¡Había escarmentado!

¿Qué hacerse con los republicanos? Muy sencillo. Llegaron los prohombres. Los hizo sentar en rueda como para escucharlos despaciosamente. Ubicóse él en medio. Saliéndose de su costumbre les repartió cigarros y hasta les hizo servir café. Pero comenzó a hablar y a relatar cosas y casos, sin resuello, y sin dejarles ni una sola hendedura por la que pudiesen ellos colarse. Volcóles el anecdotario entero, que lo tenía renovado con tanto trotar mundos, hasta que se hizo noche, viéndose precisados los visitantes a despedirse a la disparada para no perder el tren internacional que les restituyera a Madrid. “¿A mí con ésas? Si se atreven a volver les doy la lata un día entero”, decía Don Miguel lleno todavía de ánimos aquella noche.

#### EL CATOLICISMO VUÉLVESELE INTELECTUALISMO SIN CORAZÓN

Volviendo a lo que decía, entre los veinticinco y los cuarenta años se entregó con pasión a leer teología protestante, particularmente en la *Dogmengeschichte* de Harnack, en la *Geschichte des Pietismus* de Ristchl y en la *Der Verkehr des Christen mit Gott* de Herrmann. Los protestantes le enardecieron hasta el encono contra el catolicismo, pues le hicieron creer que este “híbrido monstruoso” había sofisticado lo más sagrado de la religión, convirtiendo el Cristo histórico en Cristo dogmático y el Evangelio en casuística.

En la *Carta II* de este epistolario había escrito, a 25 de marzo de 1898: “La Iglesia Católica no es en gran parte más que un monstruoso compromiso entre dos cosas que se destruyen, el Derecho Ro-

mano y el Evangelio, la ley de las Doce Tablas y el Sermón de la Montaña”<sup>22</sup>.

La *Carta IX*, documento importantísimo al que he de referirme luego más detenidamente, deja al descubierto, no sólo por qué alentaba tan ardientemente en aquellos años el propósito de descatolizar a España, protestantizándola, sino también por qué, a pesar de desbordar la fe en el hogar de sus padres y en el que él mismo había formado, con una mujer católica como la que más y unos hijos educados en rigurosas prácticas religiosas (todo lo cual debía llenarle el corazón de emociones tirándole a la religión), el gran cordialista sintió profunda antipatía al Vaticano, y a los obispos y sacerdotes. Y la causa no es otra que sus lecturas en los protestantes, quienes le pintaron a éstos como los causantes de la esclerosis de la teología católica.

Herrmann, Ristchl, Harnack, etc., lograron persuadirle además que la Iglesia Católica había convertido el Evangelio en “intelectualismo seco, sin corazón, que pretende confinarnos a esta tierra y en el fondo odia el ideal”. Para que en Unamuno la cabeza pudiera vencer al corazón, la cabeza artificialmente protestante al corazón naturalmente católico, fué preciso que aquélla se vistiera de corazón, e hiciera al corazón pasar por cabeza. Los teólogos del protestantismo alemán lograron convencerle de que la teología católica se reduce en última instancia a mecánica, a casuística y matemática. Por eso se estomagaba también contra el matemático espíritu francés con el cual, según él, casaba admirablemente el catolicismo componendero, el del “compromiso monstruoso entre el Derecho Romano y el Evangelio”<sup>22</sup>.

Interesóle asimismo, amén del protestantismo luterano y del calvinista, el modernismo, y particularmente el drama íntimo de la media docena de sacerdotes apóstatas, del tipo de Tyrrell y Loisy, quienes, en páginas hinchadas de despecho más que de teología, desparramaron antivaticanismo y anticlericalismo, bastante mal camuflado so capa de purismo religioso con sus vetas de poeticismo panteísta. Le gustaba cavilar morosamente sobre la vida de ciertos hom-

<sup>22</sup> Pág. 265. Téngase presente también la nota 4 de pág. 332.

bres dramáticamente torturados por sus remordimientos de conciencia, como el pobre Padre Jacinto Loyson. En las tardes salmantinas, mirando desvaídamente las sórdidas callejas, sentía subirle a la superficie del alma las sombras espectrales de los hombres ensoñados en sus largas lecturas de Madrid, Bilbao y Salamanca. Y entonces le entraban ganas de superarlos a todos, arbolando su estandarte de sentimentalista trágico y marchando al frente de aquella macabra procesión de sombras.

La *Carta XI* de J. Ilundain revela que Unamuno, en Salamanca, no sólo cuando llegó a ella, mozo de veintisiete, con mujer y un hijo, bártulos y petates, sino bastantes años después, cuando se avecinaba a los cuarenta de su edad, (ungido ya Rector de la Universidad y consagrado en España por su genio y sus desplantes), se hallaba todavía en flujo y reflujo religioso, volviendo a ratos a sus misas y comuniones y a ratos abandonándolas. Porque lo que es sus oraciones de buen cristiano, de la mañana y de la noche, no las dejó jamás en toda su vida. Lo mismo me certificaron en Salamanca no pocos viejos amigos supérstites todavía del genial atormentado.

**ES EXACERBADO POR IN-  
VECTIVAS INCONSULTAS**

En 1902, cuando Jiménez Ilundain escribía: “Repito que cayó usted una vez y que pronto caerá la segunda. Lo sé y lo veo, como supe, vi y le anuncié su famosa conversión, que sorprendió a muchos y a mí me pareció la cosa más lógica y natural del mundo”, Unamuno había publicado ya algunos ensayos empapados en teología luterana, amontonaba materiales para su *Vida de Don Quijote y Sancho*, la que transpira heterodoxia por todos sus poros, y no existía libro de racionalista novador de algún calibre del que no estuviera al corriente.

Muy santo y sabio confesor precisaba semejante penitente para salir sano y salvo del tembladeral de ideas anticatólicas en que se



había encenagado. ¿Faltóle a Don Miguel un sacerdote amigo suficientemente poeta, suficientemente comprensivo y suficientemente paciente —tres suficiencias harto difíciles de hallar reunidas—? Los lógicos, los razonadores en vano hubieran pretendido doblegar las energúmenales corazonadas del irreductible sicambro. ¿Faltóle —vuelvo a preguntar— el *cardíaco*, quien con las razones o, mejor dicho, con las sinrazones del corazón piloteara su angustiado espíritu en lucha eterna contra los huracanes desatados por una terrible inteligencia en la alta mar de su conciencia?

“A Don Miguel no lo piloteaba nadie. Tenía una soberbia rayana en lo patológico. . .”, me responderán ciertas gentes. Me parece oír-las. Y no es así. A Unamuno, es cierto, no le faltó el *cardíaco* —¡cómo había de faltarle!—, porque le ligó estrecha amistad con sacerdotes bien dotados, quienes a la triple suficiencia mencionada añadían, lo que acaso vale más, un grande y sincero amor al paciente, brotado de reconocimiento y veneración por su capacidad y hombría de bien. Pero la benéfica acción de esos pocos quedó neutralizada por la guerra sin cuartel que le llevaron ciertos otros predicadores, carentes de tacto y acostumbrados a suplir con invectivas contra herejes y pecadores la falta de preparación con que suben al púlpito. Y no caigo en la bobería de forjarme un Don Miguel blanducho y meloso frente a unos savonarolas jupiterinos. Nada de eso. Éstos le exacerbaron a él con sus acometidas inconsultas desde el púlpito, y él los exacerbó a ellos con su genio a ratos de mil demonios, sus chascarrillos volterianos (¡y odiaba el volterianismo!), sus acometidas desde los periódicos y sus demoleadoras anécdotas. ¡Tal para cuales! Cierta vez (y sirva el caso de ejemplo para probar las malas pulgas del hombre), hallándose de visita en Bilbao, en un discurso vino a decir bien clarito, entre perífrasis y circunloquios, que la mayoría de los nacidos allí aquel año eran hijos de curas, y que él lo sabía de muy buena fuente. ¡Es de imaginar lo que le devolverían los interesados y los auténticos padres de los críos, a los que no podía halagarles mucho la revelación!

Era muy difícil —es preciso reconocerlo— no tomar a veces en

serio las humoradas y enormidades del hombre genial. Pero el genio tiene su ley aparte y resulta de lo más injusto pretender que cuanto hace y dice pase por el cedazo del sentido común o del común proceder. Un hombre de genio tiene desperezos de genio, sin previo aviso. Y los primeros en pagarlos son los más íntimos y cordiales amigos. Gentes que le querían bien y le admiraban precisaban ponerse a la debida distancia de Don Miguel, porque su proximidad costaba a veces demasiado caro, con ser hombre de ordinario harto cordial y buen amigo. Los mediocres, que pretendían medir por su vara al gigantón, lógicamente le hallaban desaforado y desorbitado. Entonces daban duro contra el energúmeno, y él ¡duro contra los microbios! Para llevarse bien con Don Miguel, para no exacerbarle, era preciso medirse uno por las medidas de él, comprender su genio y sus desplantes, prever la ecumenicidad que había de alcanzar su obra escrita en un futuro inmediato, poseer el exquisito tino de elegir el mal menor (que de ordinario no se tiene por menor el que está a la vista sino el que se esfuma en el futuro) en razón de evitar el mayor; y todos estos dones, claro está, no los tienen los mediocres ni los vulgares, que son los que vulgarizan y mediocrizan la vida.

El mal que hace ahora a España y a Occidente entero la heterodoxia unamuniana, las apostasías —¡demasiado frecuentes!— provocadas entre los jóvenes universitarios por las páginas sangrientas de *Del sentimiento trágico de la vida*, acaso, acaso se las demande Dios en la eternidad (si se castiga allí el pecado de estupidez) a quienes exasperaron el espíritu del escritor con acometidas inconsultas, bien intencionadas, desde luego, pero contraproducentes. Una gota de miel puede más que un barril de hiel. Pero por ciegos y por tontos le mezquinaron la gota y le propinaron los barriles.

Quienes le atacaban desde los púlpitos —repito que con el más sano propósito del mundo— de ordinario tronaban de oídas sin tomarse la molestia de leer sus escritos, y sin haber procurado primero, como enseña el Evangelio, llamarle aparte, antes de condenarle *in facie Ecclesiae*. Debe haber anatemas, debe haber censuras, y fuera quizá conveniente que en toda ciudad bien constituída no faltaran



sambenitos y zurriagazos inquisitoriales. Pero, como ordenaba una providencia de tiempos de la Santa Inquisición, el apóstol primero debe haberse sangrado las propias nalgas, para con los cardenales en carne propia mover a compunción al hereje, antes de verse precisado a flagelar la carne pecadora del contumaz.

Cuando en 1931 apareció por primera vez en castellano el librito *La agonía del Cristianismo*, (incluido ahora con toda justicia en el *Índice de libros prohibidos*, como lo está también su hermano mayor *Del sentimiento trágico de la vida*), librito publicado seis años antes en francés, una prestigiosa revista católica madrileña arremetió furibundamente contra Unamuno. La arremetida suscribía la cierto reconocido Reverendo Padre, no falto de luces pero precipitado y amigo de polémicas. “Es una mentira —escribía— que el Cristianismo esté en agonía. ¿Qué hacemos con este Don Miguel que se atreve a mentir tan descaradamente? ¡El Cristianismo florece más que nunca! Ahí están las estadísticas de las congregaciones marianas y los socorros recabados para las misiones entre los infieles que desmienten a Don Miguel, probando la existencia en España de una floreciente fe católica y misionera...” Y remataba el comentario con un furibundo apóstrofe contra los masones y liberales. “Ésos sí que están en agonía, en fracaso, en bancarrota, en muerte y putrefacción.” El buen Padre no había abierto el librito de Unamuno. Leyó *agonía* en la tapa, y esto le bastó para arremangarse y salir a pelear. Si se toma la molestia de leer los primeros renglones, aprende que “agonía” significa allí lucha, como en el griego. Arremetió, pues, contra lo único ortodoxo, acertado y sano de todo el escrito de Don Miguel.

#### ¿ABANDONÓ DEFINITIVAMENTE EL CATOLICISMO?

Como anteriormente decía, Unamuno no abandonó definitivamente sus prácticas católicas hasta los treinta y ocho años, más o menos, aunque desde los dieciocho su fe padeció fuertes remezones,

tan fuertes que se pasó a veces años enteros sin pisar un templo. En *Paz en la guerra* y en su correspondencia a *Clarín* agrupó en una sola evocación, para darle más nitidez y por puro recurso literario, varios de sus retornos a la fe. De aquí ciertas contradicciones que saltan a la vista, por poco que se cotejen los diversos relatos. Pongo un ejemplo: en *Paz en la guerra*, redactada definitivamente —recuérdese— a mediados de 1896, refiere cómo su tío le arrastró a la confesión, en una mañana aniversario del fallecimiento de su madre, después de haberle ablandado el ánimo en los días anteriores “hablándole de la pobre madre, hasta dejarle lloroso y conmovido”. Y en carta a *Clarín*, de 9 de mayo de 1900, asegura: “El día en que empecé de nuevo en Bilbao a practicar fué una fiesta en casa. Vi gozar a mi madre (que es el único freno que me contiene de escribir muchas cosas que pienso).”

Es, por tanto, desacertado afirmar que en la etapa bilbaína, de los veinte a los veintisiete años, se produjo “la consumación definitiva de su apostasía” y “el derrumbamiento definitivo del edificio de sus creencias católicas”, como asegura, aunque con algún titubeo, N. González Caminero en un libro recientemente publicado<sup>23</sup>. No puede, a mi entender, hablarse de “rompimiento definitivo” de Unamuno con su fe católica. Creo más, creo que jamás le ganó *irrevocablemente* la heterodoxia, aunque difícilmente se hallará una herejía en el catálogo de las proposiciones condenadas por la Iglesia que Don Miguel no haya sacado a relucir en alguno de sus escritos.

En materia teológica jamás dijo nada irrevocable, nada definitivo. Lo único definitivo en él era ser indefinitivo, lo único irrevocable era ser revocable. Temblaba ante lo definitivo y lo irrevocable como ante la muerte, que es la muerte la definición irrevocable. Ni aun en sus épocas de máximo descreimiento y correteo anticlerical (1914-1925) la fe católica, mamada en la infancia, cedió del todo e irrevocablemente. Pese al sinnúmero de luteranadas desparramadas en todos sus escritos, en el caracú de los huesos del alma (si se me permite acriollar

<sup>23</sup> Unamuno. —*Trayectoria de su pensamiento y de su crisis religiosa*—. Madrid. 1948.

su frase predilecta) seguía católico, vizcaínamente católico. No se hable, pues, de “rompimientos definitivos” ni de “derrumbamientos definitivos”, si no se quiere malinterpretar el alma de Don Miguel.

Por la mañana estampaba una soberana herejía en el ensayo que tenía en telar; y por la tarde, estremecido de emoción, encerraba en un delicioso poema el dogma católico opuesto. A la noche se acostaba católico el que a la mañana se había levantado hereje. Y no hacía del hereje por hacerlo, ni discrepaba por discrepar, sino porque le nacía de lo hondo, como una vocación, ser el alcaloide de la cultura occidental. Cuando se convenció —un poco tarde— de que el protestantismo, todo vida, evolución, devenir, *fieri* y pantarreísmo (πάντα ρεΐ) en la teología de Harnack y de los cofrades de éste, era en la realidad purísimo macaneo, se revolvió contra el protestantismo como se había revuelto contra el clericalismo, configurando su talante espiritual con una exótica hibridación de protestantismo y catolicismo.

“Siempre que Unamuno combate el protestantismo, lo que combate es el protestantismo “edulcorado”, moralizado y racionalizado, nunca el auténticamente luterano, calvinista, puritano, jansenista”, advierte José L. Aranguren<sup>24</sup>. Tiene razón, y le felicito por su trabajo, realizado *sine ira et studio* y con bastante acierto. Adviértase sin embargo que Unamuno ha combatido también al luteranismo, no en el luteranismo sino en sí mismo, cuando confesó a gritos su desencanto por toda confesión cristiana.

“En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga yo racionalmente resuelta. Y como no la tengo, no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al Cristianismo, sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana.

”Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes —éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos— que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos.

<sup>24</sup> Revista *Arbor*, diciembre de 1948, Madrid.

"Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten, ¡paradoja!, los mentecatos y los superficiales.

"No concibo a un hombre culto sin esta preocupación; y espero muy poca cosa en el orden de la cultura —y cultura no es lo mismo que civilización— de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón"<sup>25</sup>.

Hasta la aparición de su *Vida de Don Quijote* (1905), esto es, hasta los cuarenta años, sonrióle indiscutiblemente el protestantismo. Y no podía menos de sonreírle, pues se había sobresaturado de lectura novadora, principalmente racionalista-luterana. Con posterioridad a esa fecha, su correspondencia íntima trasluce una decepción, cada vez mayor y menos disimulada, por el protestantismo, cualquiera que fuese. Desde 1905 a 1925 impresionáronle en lo vivo algunos modernistas, como el abate Loisy, no tanto por sus ideas cuanto por el drama personal que padecían. Podría documentar esta apreciación mía con no pocas citas de sus escritos y de sus cartas. Por brevedad voy a aducir tan sólo unas palabras escritas a Nin Frías el 13 de diciembre de 1906:

"Con usted querría departir —a ver si llevo a ir por esas tierras, que lo deseo— muy en especial del cristianismo en esa América. Yo no sé por qué el Protestantismo histórico no acaba de satisfacerme y me parece poco adecuado para los pueblos que llamamos latinos. Tiene cierta estrechez de criterio y por mucho que quieran sacudirse de

<sup>25</sup> *Mi religión, y otros ensayos breves*. El primer artículo lleva fecha 6 de noviembre de 1907. Por este tiempo Unamuno empezaba a salir del protestantismo, esto es, del luteranismo puro; lo expresa sin reticencias a sus amigos en algunas cartas. Doy de seguido una prueba.

ello siempre conservan un supersticioso culto a la letra. Tal vez en el fondo sea el católico más racionalista, por ser más pagano, que el protestante, que es más fideísta. Los cristianos educados en el catolicismo cuando dejan éste, siguiendo cristianos, están más prontos a aceptar los resultados de la exégesis libre.

”Lo que creo que se prepara es un cristianismo a secas, un cristianismo amplio y universal, igualmente elevado sobre catolicismo y protestantismo, sin dogma católico ni protesta protestante, algo a que confluyen la tendencia del abate Loisy —cuyos dos preciosos libros *L'Évangile et l'Église* y *Autour d'un petit livre* conocerá usted— y de Harnack de otra parte, por ejemplo. En todas partes se camina a algo que es a modo de síntesis, o una depuración de las distintas confesiones cristianas en aquello en que se asemejan. Y si el catolicismo tiene que dejar algo de lo que le es específico, suyo, también el protestantismo tiene que dejar de lo suyo aunque sólo sea un veinte por ciento. Tiene que dejar el liberalismo y la doctrina de la inspiración verbal de las Escrituras. Hay que ir al cristianismo pero dejando todo lo que no sea Jesús mismo”<sup>26</sup>.

En 1906 expresábase así, a los cuarenta y tres de su edad, después

<sup>26</sup> Anteriormente (pág. 125, n. 20) recordé el epistolario de Unamuno al escritor protestante uruguayo Nin Frías, a quien destacó Unamuno clasificándolo de mirlo blanco, por sus aficiones a los problemas religiosos. Cuando Frías se convirtió al catolicismo, abjurando públicamente de sus errores, Unamuno, no bien supo el hecho, le escribió en los siguientes términos, con fecha 11 de noviembre de 1910: “Yo estoy atravesando un período de intensísimo patriotismo. Cada vez me siento más español. (Si quiere usted saber lo que es el genio peninsular lea la *Historia de la Civilización Ibérica*, de Oliveira Martins.) El monoteísmo vino de la monolatría judaica; nuestro Dios, el Dios cristiano, es el Dios del Sinaí, el que se reveló en Patria. El Dios de Cristo fué el Dios de Israel. La universalidad, el verdadero catolicismo, el de Pablo de Tarso, se hace a través de patrias, por ellas, no cosmopolíticamente.

”Era de esperar que saliese usted del protestantismo histórico. Todo lo histórico pasa, es decir, se transforma. Y ese protestantismo no es para nosotros los que pensamos en lengua latina. ¡La esencia eterna del catolicismo romano está aún por dar sus últimos frutos!” (Obra citada, pág. 63.) Y esto escribía —repito— a 11 de noviembre de 1910, quien, en marzo de 1909, había estampado esta frase: “Podremos dejar de ser católicos, dejaremos de serlo, en el sentido ortodoxo de la Iglesia Romana —tal es mi fe y mi más ardiente deseo y esperanza—, pero, con cualquier otra creencia, mostraremos el mismo espíritu que, como campeones de la contrarreforma, mostraron nuestros abuelos” (*Por tierras de Portugal y de España, “La gloria de Don Ramiro”*).



de haberle coqueteado al protestantismo desde los veinticinco, y luego de haberse propuesto por programa de acción protestantizar a España, para redimirla de su catolicismo. Y de párrafos semejantes a éstos, en los que no disimula su insatisfacción y desencanto por el protestantismo auténticamente luterano, calvinista, puritano, jansenista, y de la confesión que se quiera, podríamos hacer todo un florilegio. Como he de decirlo después, su talante, es decir, su fisonomía espiritual, tuvo siempre un fuerte aire de protestante; pero no creo que fuera más protestante que católico, si nos ponemos a hacer cotejo de los talentos.

Juzgarle, pues, irrevocable y definitivamente ganado para el anticatolicismo es no conocerle, es tomar en serio lo que Don Miguel escribía por la mañana, es entender sus malhumoradas al derecho, lo cual —como ya he dicho— equivale a entenderlas perfectamente al revés.

Hizo campañas y propagandas anticlericales por ateneos, clubes y universidades —¡vaya si las hizo, y con qué fiereza a ratos!— Pero era ése entonces el camino trillado por donde andaban cuantos presumían llegar a algo en la política y ganarse el aplauso de las masas perdidas para el cristianismo. Hace cincuenta años era de buen tono atacar a la Iglesia, en nombre de la democracia y de la libertad, como lo es hoy defenderla en virtud de esos mismos “sacrosantos nombres”, con la única diferencia de que, salvo muy honrosas excepciones, estaban más lastrados de religión hogareña los clerófobos de antaño que los clerófilos de hogaño.

Soltaba Unamuno “tacos” a Alfonso XIII por lo alto; y por lo bajo herejías contra el clero, y mientras más sonantes más a gusto; pero a éstas las largaba por sobre todo para acallar la fe católica, vizcaínamente prendida a la médula de sus huesos, la cual tercamente le protestaba desde dentro. Así lo creo yo, aunque comprendo muy bien que opinen otro exactamente al revés. El período de política exasperación va de los cincuenta a los sesenta años. Comienza en 1914, con la destitución de Rector, y se prolonga hasta 1925, más o menos, cuando la soledad, los años y el destierro lograron domar su coraje y hacerle

desdeñar —por fin— la política y las politiquerías para consagrarse con todas sus fuerzas a mirar los misterios de su alma o, como le gustaba a él decir, los ojos de la Esfinge.

Fué toda una tragedia para Unamuno haber distraído los mejores años de su vida (1914-1924) con politiquerías intrascendentes. Al dar término a su libro *Del sentimiento trágico de la vida* había cumplido cincuenta años y, con perfecto conocimiento de causa, estaba de vuelta del protestantismo. ¡Un desencanto total era el coronamiento de las apasionadas lecturas, durante un cuarto de siglo, en los teólogos novadores! No fué el protestantismo, con los abalorios del Cristo histórico, de las verdades vitales, de la fe (creadora de cuanto no vemos más que creadora de cuanto no vimos), de Dios, conciencia del universo, quien en nosotros se va haciendo (“Hagamos a Dios”), al tiempo que soñándonos Él nos hace (“Soñemos al hombre”); no, no fué todo esto suficiente para saciar su hambre de eternidad. Porque era hambre y sed de eternidad lo que atormentó a aquella alma toda su vida.

Volvió, pues, un poco cabizbajo, un poco envuelto en penumbras de Nicodemo, otra vez al catolicismo, a su catolicismo de cuna, a la fe de su mujer y de sus hijos, a las esencias eternas del catolicismo romano, “el cual está aún por dar sus últimos frutos”, cuando le envolvió el torbellino político escamoteándole diez magníficos años de su vida, diez años que los hubiera precisado para calar a fondo esas esencias eternas de su fe.

Quien a principios de 1909 no disimulaba su deseo, su ardiente deseo y esperanza de descatolizar a España, tres años después estampaba la frase terminante: “Cuanto más estudio las últimas derivaciones protestantes más me convengo de que riñen con las más entrañadas aspiraciones del alma de mi pueblo”<sup>27</sup>.

Le envolvió, pues, la vorágine política, causa de todos sus desastres, cuando volvía bridas a la Iglesia Católica retomando, al parecer, definitivamente la fe de su infancia, curado ya de veleidades y despabilado del sueño protestante. Y le envolvió dejándole, por una parte, teológicamente informe, con ideas a medio madurar, católico de

<sup>27</sup> Carta a Nin Frías; epistolario citado, pág. 72.



corazón pero resabiado de protestatismo en la cabeza, hibridación monstruosa —como había dicho él mismo del catolicismo— de luterano alemán y de católico vizcaíno; y, por otra, escamoteándole más de una decena de años de madurez, al cabo de los cuales no gozaría ya de la fuerza intelectual ni de la pasión con que se entregara, en épocas mejores, a los estudios teológicos.

A la vuelta del destierro ¿tendría todavía los suficientes arrestos intelectuales para seguir, tenaz e incansablemente buscando luz, más luz en la teología católica?, ¿o le restaría tan sólo dejarle rienda suelta al corazón, a los “pálpitos”, al decir criollo, de su palpitante corazón, dejando para siempre envuelta su cabeza en las nieblas germanas?

EL GRAN PECADO  
DE DON MIGUEL

La década aquella (1914-1924) fué, dijimos, para Unamuno no de apasionamiento tan sólo sino de paroxismo. Impidióle la política seguir hurgando en los misterios de la teología, cuando se había encaminado ya hacia los santos Padres y los teólogos católicos. Pero la política, con trastornar tanto a los hombres como los trastorna y malogra, no consiguió, sin embargo, ni malograr ni trastornar del todo a Unamuno. Digo del todo porque en ninguna época de su vida, ni siquiera en ésta, la más agitada, se acallaron los clamores religiosos de su espíritu. En *De Fuerteventura a París*, diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos, muestra a las claras cómo, más abajo de la pasión política, sonábanle con eterno sonar las aguas soterrañas del misterio.

La política fué el gran pecado de Unamuno. Pero esa lepra de la inteligencia hubiera podido arruinar a otro, que no a él, forzándole a liquidar a precios infames, en correteos proselitistas y miserables cotilleos de partido, los restos de su patrimonio espiritual. ¡No, él no! Supo él defenderse de la tentación y no malgastó la fortuna de su genio

y de su tiempo en politiquerías que se lleva el viento. ¡Qué terribles luchas libraron en su espíritu política y poesía en aquellos años de vendaval revolucionario! El 17 de mayo de 1924, día de San Pascual Bailón y aniversario del natalicio de Alfonso XIII, le sugiere este soneto ígneo:

*Te llega ya tu San Pascual Bailón,  
baila, baila, que el baile ha de dar fin  
y ha de volverse al cabo el calcetín,  
que aún no ha muerto en el reino la nación.*

*También te ha de bailar el corazón  
y con sus sacudidas el serrín  
te ha de salir a chorro del bacín,  
a pesar de las pellas de algodón.*

*En esta pobre España de astracán,  
donde se dice a todo siempre "amén!",  
has podido reírte con desdén*

*de los que te anunciaban huracán.  
Pero déjate ya de ese va y ven,  
que las toman allí donde las dan.*

Mas al siguiente día baja Don Miguel a la ribera de la isla canaria de Fuerteventura, su cárcel, y siente esponjarse el alma —arriba el cielo, abajo el mar— entre dos azules impolutos. Su corazón se exalta. Y con potente lirismo existencialista da expresión poética a la dulzura de sentirse y ser poso, que cae a la tierra y en ella queda, del pensamiento eterno de Dios:

*Este cielo una palma es de tu mano,  
Señor, que me protege de la muerte  
del alma, y la otra palma es este Fuerte-  
ventura, sosegado y fiel oceano.*

*Porque es aquí, Señor, donde me gano  
contigo, y logro la más alta suerte  
que es, no ya conocerte, sino serte,  
ser por ti de mi vida soberano.*

*Pues ¿qué es sino lo que se llama historia,  
Señor, tu creativo pensamiento  
aquí, en este planeta, vil escoria?*

*La carne, polvo, se la lleva el viento;  
y luchando mi lucha por tu gloria  
quedarme en ésta, que se queda, siento.*

¿QUÉ NOS HACEMOS  
CON UNAMUNO?

Luego de unos años, cuando se hayan allegado los suficientes materiales y documentos para la biografía unamuniana, podrán escribirse semblanzas antagónicas, según las prevenciones y partiprismos abrigados por los biografistas. Pero eso sí, será siempre injusto enjuiciarle en mérito sólo a sus escritos, en los cuales piensa en voz alta, o, dicho mejor, duda a gritos —¡con cabeza alemana!— y arroja, envueltas en rotundas afirmaciones, las más resonantes herejías; al tiempo que en voz baja —¡con corazón español!— se aferra a la fe eterna de su raza. Un agónico, un existencialista de cuerpo entero, si se posee una pizca al menos de honradez al valorizarlo, debe ser analizado en su vida tanto como en sus escritos. Vida y doctrina forman indestructible unidad.

—Pero defender a un hereje —lo que usted hace con tanto calor— es escandalizar, en el más grave sentido de la palabra, a los incautos, principalmente a los jóvenes universitarios, incitándolos a beber heterodoxia en los libros de Unamuno, de los que maternalmente les ha apartado la Santa Iglesia al incluirlos en el *Index*. ¡Mejor fuera no

mencionar siquiera a quien tanto mal hizo, hace y hará a las almas, si usted, sacerdote de Cristo, tiene un adarme de amor a las almas!

—A los incautos, a los jóvenes universitarios, a cuantos ha llenado de encono contra la Iglesia y de errores contra el dogma católico el Unamuno de los libros, yo, mis queridos censores, les propongo el Unamuno de la vida, el que en sus cartas, en sus poemas, en el secreto de su corazón, se desdice y retracta de lo que su cabeza pensó a gritos en sus libros. Porque el único que puede eficazmente refutar a Unamuno es Unamuno. Y nada más.

Deben refutarse uno a uno sus errores. Ello es absolutamente necesario. Pero es injusto condimentar la refutación con denuestos del calibre de los siguientes: “atrabiliario, pornográfico, furioso, irresponsable, diabólico, ridículo, hipócrita, impuro, mentiroso...”, los que recojo de un libro, recientemente publicado en España, escrito por un sacerdote y religioso, libro encima laureado, pues es tesis doctoral, y se presenta con todos los recaudos de las censuras eclesiásticas. Y pregunto a mi vez: semejantes calificativos ¿los dicta el amor?, ¿los excusa el bien común?

Quienes procuran lo que creen bien común mediante atropellos e injusticias contra un individuo, arbolando un principio sano, a saber: “Puede tolerarse un mal menor para evitar uno mayor”, no hacen otra cosa sino practicar el principio inicuo: “El fin justifica los medios”. El *bonum Societatis* jamás puede legitimar una crueldad ni una injusticia ni un atropello ni siquiera la más mínima falta de amor y de respeto debidos al prójimo. Yo, sacerdote de Jesucristo, he aprendido de Aquél que dió su vida por las almas que la verdad de Dios no necesita de nuestras mentiras. El juez inicuo que hizo matar a Cristo diciendo: “Oportet unum mori pro populo”, pretendió justificar el crimen en nombre del *bonum societatis*.

“Para las grandes damas el criado no tiene sexo y para los frailes el prójimo no tiene fama”, dice el decir. Es falso, claro está, *ex utraque parte*. Pero a no pocas gentes, “muy espirituales” por lo visto, el no pecar contra la carne pareciera concederles derechos de pecar contra el espíritu. La guarda del sexto precepto les da, se dijera, “piedra libre” para todos los demás.



Lám. 9.—Alcázar y Catedral (Segovia).



CLIMA DE LOBOS

Sobre la filosofía de Unamuno, sobre sus fuentes de inspiración, sobre su crisis religiosa viénense publicando una serie de libros, particularmente en estos últimos años posteriores a su muerte. Excepto muy pocos, dichos libros son un zurcido de impresiones marginales suscitadas por la lectura del propio Unamuno. Según el prejuicio del lector o su propósito apriorístico conclúyese esto o aquello. En el océano unamuniano se llega a donde se quiere: a probar con sus mismísimas palabras que fué religioso e irreligioso, católico y hereje, teísta y ateo, luterano y modernista, español y antiespañol, santo y demonio, que en este momento goza de las delicias de Dios en el cielo y que en este mismo momento se cocina en las calderas de Pedro Botero.

¿Herejías? Están en él todas las de la Inquisición. Por infinitamente menos se han encendido hogueras. ¿Poesías? Todas las del Parnaso. ¿Ascéticas? A ratos se las halla tan subidas como en el casticísimo *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* del Venerable Padre Alonso Rodríguez. ¿Místicas? Tan profundas como en los hondos de Taulero.

“Unamuno me ha confirmado en mi fe católica”, oí decir a Don Antonio Tovar, el inteligente lingüista salmantino, profesor ahora de la Universidad de Buenos Aires y nieto precoz de la generación del 98, como dice Laín Entralgo, otro precoz y simpatiquísimo nieto. Y no me extraña nada la confesión de Tovar. Pueden hacérsela propia, me consta, gran parte de los intelectuales católicos a quienes ha despertado el apetito el epistolario dado ahora a luz.

Gravísimos peligros espirituales, decía, entraña la lectura de Unamuno. Quien a él llega sin la cabeza bien asentada y la fe católica a medio madurar pierde ambas. Antes de la aparición del *Ulises* de Joyce, ese bazar de chucherías acortinado con tafetán de espejuelos líricos, que hizo exclamar a Claudel: “Quien lee esto pierde el alma”, antes del *Ulises*, digo, y de la literatura psicoanalista, un escritor estampaba en sus libros tan sólo el fruto maduro y estable de sus medita-



ciones. El pensamiento escrito era el precipitado de muchos titubeos, dudas, flujos y reflujos. Pero procuraba el escritor con todas sus veras que esto último quedara bien oculto en la trastienda, y llevaba al libro tan sólo lo seguro y definitivo. No así Unamuno. Él se complace en presentar al lector sus pensamientos en plena fermentación, a medio digerir e inmaturos, gozándose de abortarlos en presencia y paciencia del lector. Y más de una vez se le ve reír mefistofélicamente contemplando al lector con el rostro descompuesto a la vista del engendro sanguinolento, palpitante y cárdeno.

Unamuno, lo dije hace un momento, piensa, repiensa, titubea, se contradice, fluye y refluye en alta voz, mostrando lo que los otros occultan: sus dudas; y callando lo que los demás dicen: sus certezas. Sádicamente goza en dar por ciertas sus dudas y por dudosa su certeza. Sus pensamientos, sus hijos del alma, han de agonizar en sus libros. Y, por supuesto, sólo cabezas muy claras, sólo corazones muy fuertes pueden asistir sin estomagamientos ni vómitos al espectáculo de esta parición de creaturas inmaturas. En él no sólo la cabeza y el corazón agonizan, sino también los pensamientos y sentimientos. De la agonía de éstos síguese —como justamente notó Julián Marías— “que salte sin cesar de un pensamiento a otro, cual si hiciera girar pedrerías a las que hiere un instante la luz quedando otra vez en sombras y sucediéndose un brillo a otro distinto”. Andan por eso sus pensamientos aislados, incoherentes, retorciéndose, agonizando.

Quien llega a su lectura con cabeza bien sentada en sana filosofía y teología asiste a un espectáculo wagneriano. Créese en presencia de uno de aquellos hombres del Nibelungen, o del Génesis, no aquerenciados todavía al destierro del Walhalla o del Edén. Y los ve temblar de terror ante sí mismos, de terror al misterio. Y los ve huir de su corazón como huía Caín perseguido por el espectro ubicuo de su hermano asesinado.

Este violento espectáculo antropológico, estos retortijones de un hombre energumenal, cuando se los contempla con la debida preparación teológica, robustecen la fe del hombre sano y le hacen estimar y amar la Gracia divina, la cual nos permite llevar sin congojas nuestro

misterio como lleva el niño en el alma dormida todas sus insatisfacciones eternas. Pero ese mismo dramático espectáculo mata la fe religiosa del enfermo, del temblequeante, algo así como el clima de lobos de la meseta de Ávila, parecido a nuestra Pampa de Achala en las sierras cordobesas, fortifica a los fuertes y acaba con los enfermos. Por eso Unamuno no es clima propicio para estudiantes a medio madurar, ni para señoritas de ateneo, ni para dilettantes y gentes atropelladas. Asuela la fe religiosa de éstos con la misma eficacia que aviva la del pensador: la del hombre maduro.

#### Y HECHIZO DE AMARTELADOS

Al grave peligro de orden espiritual ahora sugerido conviene añadir otro de orden intelectual. Los libros del energumenal español parecen escritos como de encargo para que los jóvenes de los últimos cursos de filosofía, así de las universidades laicas como de los seminarios católicos, labren sobre ellos sus tesis doctorales. Don Miguel va a sacar muchas hornadas de doctores. Son sus escritos magníficos trampolines para saltar a las *láureas*. Y lo son, en primer lugar, por lo mucho de poesía que llevan dentro, soborno irresistible para muchachos en edad romántica, amartelados erótica o místicamente. En segundo lugar, por el delicioso estilo, la diafanidad del pensamiento, la riqueza de nimbos y tonos idiomáticos y la erudición de primera agua. En tercer lugar, por la heterodoxia misma; pues, como es sabido, un español se siente más católico encendiéndole hogueras a un hereje que velas a un santo.

A alguien, un humorista sin duda, ocurriósele proclamar a Don Miguel como "máximo español", proponiéndolo de modelo de la juventud estudiosa. ¡Qué has dicho! La broma tuvo por consecuencia inmediata un mayúsculo alboroto en seminarios, facultades, redacciones de revistas, etc. Arremangáronse los más bravos, tomaron los dos tomos de ensayos coleccionados por Editorial Aguilar, los miraron al trasluz, y se arrojaron a componer alegatos antiunamunescos, tan parciales y

acaloradamente epitetados que suscitaron de inmediato unamunófilos igualmente fanáticos y unilaterales.

Las *Cartas a J. Hurdain* deberán considerarlas quienes, en tesis doctorales bien lastradas de epítetos, nos pintan un Unamuno apóstata y hereje formal a los veintidós años, quienes nos hablan de “rompimientos irrevocables y derrumbamientos definitivos” de la fe católica del salmantino; y se atreven a llegar a tales conclusiones sin otro documento que los libros del escritor, en los cuales camufla éste su catolicismo de fondo bajo un manto de luteranismo y modernismo. Y lo camufla por pose, por exasperación, por política, por agonismo de verdad, y no de mentirijillas, y a ratos por maleducación literaria. No se han tomado los candidatos a doctores la molestia de consultar la tradición oral, que la tienen todavía fresca y de primera fuente en Salamanca. Viejos amigos de Don Miguel me certificaron a mí, en los largos y dramáticos meses vividos en 1947 en esa ciudad, haber visto a Don Miguel practicar su fe católica, con misas, confesiones y comuniones, en la misma ciudad del Tormes, durante los primeros años de su arribo a ella.

Cuarenta y cinco años vivió en Salamanca (1891-1936), interrumpidos varias veces, una de ellas por el mencionado destierro (1924-1930), a que le condenó Primo de Rivera durante su jefatura de la monarquía española. A ojo de buen cubero podría dividirse ese largo período en dos porciones. Alcanzaría la primera hasta 1911, abrazando los años en que escribe: *Vida de Don Quijote*, *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del Cristianismo*, y los pequeños inmensos poemas agrupados en *El Cristo de Velázquez*.

Estos veinte largos años están marcados por un decisivo predominio, en sus lecturas, gustos y predilecciones, de los teólogos protestantes sobre los católicos. Sus últimos veinticinco, por cierto los menos fértiles en ensayos filosóficos, han quedado descriptos día tras día en poemas, en gran parte inéditos. Fueron por tanto los más aprovechados para la poesía. Sus diarios poéticos dejan entrever, cada vez con más claridad, cómo de los fondos de su espíritu iban reflatando a la superficie los sentimientos cristianos de la infancia. En sus lecturas fué

concediendo lugar cada vez más espacioso a los Santos Padres, particularmente a San Agustín y Clemente Alejandrino. Pero éstos hallaron ya su espíritu un poco cansado y agotado. Las vibraciones más potentes, las de la juventud y madurez, habíaselas arrancado del alma a fuertes golpes de arco la heterodoxia protestante. La ortodoxia católica halló sólo un corazón cansado, al que ponía sordina el escepticismo, el descorazonamiento, el fatalismo que las luchas y los años van destilando en el seno de los espíritus aun de los más resistentes.

#### UNAMUNIDAD Y UNANIMIDAD

¿Practicaba a ratos la fe que creía? o, planteando mejor la cuestión, ¿creía a ratos en el catolicismo que a ratos practicaba? ¡Y tanto! Otra conducta en nadie menos que en él hubiera podido haber. Las ideas, aun las filosóficas, le interesaban única y exclusivamente cuando repercutían en la vida. Una vez gastadas cambiaba de ideas como de zapatos. Un pensamiento lo alojaba en el alma, y lo dejaba rebullirle dentro, en tanto le diera jugo vital, en tanto fuera práctico-práctico, o, como él lo llamaba, intrahistórico, vale decir, imperante en la conducta del hombre frente a lo eterno. Las filosofías sin problema maldito lo que le interesaban. Y en esto llevaba toda la razón del mundo.

Hay gentes incapaces de escribir un renglón sin amontonar notas eruditas y citas que no añaden ni quitan nada. Resultan inaguantables por su pesadez y pedantería los libros y artículos lastrados al pie de página con pedazos de Aristóteles, de Kant, de Hegel, etc. No me carga Santo Tomás —¡qué ha de cargarme!—, pero me cargan no pocos tomistas por la manía que tienen de ir espolvoreando con textos de Santo Tomás las patochadas y vulgaridades más vulgares que estampan, anhelando mostrarse eruditos. Y no es esto lo peor, ni con mucho. Lo peor es que estudian con erudición pero no con pasión los problemas de la filosofía y los misterios de la teología. Tenía razón Unamuno cuando enfurruñado decía: Esas gentes, en vez de mirar cara a cara el misterio, en vez de mirar los ojos de la Esfinge,

gastan todo el tiempo en contarle los pelos de la cola. Los dogmas más terribles de la filosofía y de la religión: el pecado, el infierno, la eternidad, la libertad, la gracia, los estudian con la frialdad con que el paleontólogo da vueltas a las vértebras petrificadas. No les amedrentan los bramidos de amor o de dolor del mastodonte vivo. Y desprecian, sí, desprecian epitetándolo de poeta y de lírico a quien tiene el coraje de mirar la Esfinge cara a cara y la sinceridad de expresar luego la turbación que dentro del alma le produce el misterio.

Es lo más lastimoso eso de pasarse la vida discutiendo textillos de Santo Tomás, para traerlo a la distinción real o a la distinción de razón, a esta o aquella triquiñuela, sin que durante la vida entera logre sacudirles el alma un solo estremecimiento del corazón de Santo Tomás. Y aquí vendría a pelo lo de la recóndita poesía de la Suma, y otras cosas de moda. Pero les hago gracias a ustedes de ellas para ir al grano.

Con ser tan mudable Unamuno en sus ideas, gozándose de insistir hoy en un contrario para machacar mañana el otro, a fin de chuparle todo el jugo de verdad y de vida, era inexorable e irrevocable en hacer, cueste lo que cueste, de su pensar su obrar. Camaleón en las ideas y en las obras que se siguen de ellas, pero indomable en el propósito de obrar cual pensaba y de pensar cual obraba. Por donde no pasa de calambur y trabalengua eso tan manoseado de que la unanimidad es el antípoda de la unanimidad. Difícilmente va a hallarse hombre más unánime en vivir como pensaba. Y acaso esta constancia valga más que esa otra, tan común en las gentes, de no apearse en toda la vida de las cuatro ideas en que se instalaron o les instalaron.

Si frivolidad es pasar de una idea a otra, porque se las repiensa y gasta, mucha mayor frivolidad me parece no poseer idea propia ninguna y girar rutinariamente con los ojos vendados por la huella en que al nacer los echaron, dando vueltas a la noria de una práctica religiosa o social con la misma rutina que el animal de la alquería.

Cuando Unamuno confesaba y comulgaba las veces que lograba el corazón domar los respingos de la cabeza, pensaba y creía católicamente. Pero cuando Ristchl, Harnack y Herrmann se la caldeaban



con lo del Cristo dogmático que, dicen, es camouflage católico-vaticanista del Cristo histórico, y con que la vida degenera al hacerse letra o Biblia, y con que la Iglesia perece por cristalizarse en antiguallas, y con que el catolicismo es compromiso monstruoso entre el Derecho Romano y el Evangelio, y con numerosas otras sofistiquerías y garrambainas semejantes a éstas, al pobre hombre, que estudios serios de teología no tenía lo que se llama ninguno, cabeza y corazón volvíansele un guirigay, y bramaba, bramaba como un mastodonte en celo. El corazón católico arrebuja mohino las alas, amedrentado por los bramidos de la cabeza luterana. ¡Y, adiós misas y comuniones! ¡Y vengan, en su substitución, ensayos en donde gritar herejías para persuadirse a sí mismo, más que a los demás, de las barbaridades pensadas, tratando de aquietar los latidos del soterraño corazón, el primer escandalizado de la cabeza luterana!

Pero luego náciale un hijo hidrocefalo, se le moría un amigo del alma, se le enfermaba Concha, “su costumbre”, “la bendita entre todas las mujeres”, le llegaba una carta de Susana, la hermana monjita, la cual era su debilidad, y ya se le estaba despertando adentro el amedrentado corazón y ya comenzaba a sacar cabeza contra la cabeza, y adiós teologías luteranas. ¡Otra vez a confesarse y otra vez a comulgar, con indecible contento de su mujer e hijos! Eran mujer e hijos tan cristianos que jamás leyeron ni supieron siquiera, como suele acaecer, lo que su padre revolvía día y noche en el magín e iba estampando en los rimeros de cuartillas, siempre a punto sobre su mesa. Y para no leer los escritos de su padre no precisaron acudir al *Index*. El mismo Don Miguel era el primero en poner a sus hijos a resguardo de las herejías estampadas en sus libros. Era el primero en incluir sus libros en el *Index*, ya antes de que le nacieran, y en colocarlos fuera del alcance de sus más íntimos.

¿Por qué en los tiempos de fervor no escribió en católico? Porque del catolicismo estaba más seguro, porque lo tenía como fondo de sus dudas. Y sobre todo porque llevar la contra era una necesidad vital en él, como roer en el carpincho. Odiaba al vulgo profano. Detestaba al sentido común. Sentía terror a ser aplomado por la medio-



cridad. De vivir entre luteranos hubiera sentido en luterano y escrito en católico. Porque había nacido para ser siempre *el otro*, y para hacerlos *otros* a los otros. Quien ha leído el ingeniosísimo drama *El otro* me entiende. Otro que no fuera él, se las habría arreglado a las mil maravillas, sobre todo si andaban de por medio conveniencias sociales o económicas, para armonizar herejías con comuniones. ¡Unamuno no!

En sus libros descreía en el purgatorio, vaya esto como ejemplo; pero, tres años antes de su muerte, cuando falleció en Logroño Sor Susana de Unamuno, su hermana monja, su “ángel custodio”, se apresuró a hacer celebrar por el eterno descanso del alma un trentenario de misas gregorianas. En las horas graves de la vida le tranquilizaba más seguir los dictámenes del corazón que las cavilaciones de la cabeza.

#### SU CAÑAMAZO TEOLÓGICO

Inútil empeño es el de reducir a esquema lógico la filosofía unamuniana, melliza de la kierkegaardiana. Inútil pretender poner articulación en su teología tan estrechamente emparentada con la protestante. Ni cuando redactaba los ensayos reunidos en *Del sentimiento trágico de la vida*, el mayor esfuerzo por vertebrar sus ideas, ni aún entonces éstas lograron alinearse unas con otras, ni enhebrarse siguiendo un hilo conductor. Las llevaba en tropel y atropelladamente suscitadas por sus lecturas de acá y allá. Marchaban unas en una dirección y otras en otra. Jamás se orientarán por tanto quienes le busquen sistema y presuman meter orden en la selva magna de sus pensamientos.

Los conatos hechos hasta ahora por reducir a esquema la dialéctica filosófica o teológica de Don Miguel no son acordes, ni podrán serlo jamás. Esa dialéctica no existe. No era él tonto como para no hallarla —y lo pretendió afanosamente—, caso de haber existido. Por

otra parte un cordialista no padece se lo descoyunte para clasificarle los sentimientos con claves y corchetes.

Hay en Unamuno pensamientos filosóficos y afirmaciones religiosas en aluvión, y ese aluvión no padece diques ni represas. Eso sí, puédesse rastrear, con harta probabilidad de acierto, la forma cómo irrumpieron en su cabeza los pensamientos luteranos, arrasando al corazón católico.

La *Carta IX* de este epistolario es documento de importancia excepcional para seguir la corriente invasora de protestantismo en el ideario o, mejor, en el sentimentario católico de Unamuno. Quedan en ella claramente expuestas cuáles fueron las falacias protestantes que abrieron la primera brecha e hicieron irrupción en su espíritu, forzando a capitular a las ideas y sentimientos católicos.

“*Por primera vez* manifestaré todo mi pensamiento” —dice como prólogo a la conferencia que preparaba y de la que vierte la síntesis a su amigo Ilundain—. Habla luego de la enormidad cometida por el catolicismo al paganizar el cristianismo primitivo. Anota las fuentes de su información teológica. Y propone el siguiente parangón entre el catolicismo y el protestantismo.

El catolicismo es “*intelectualismo seco, sin corazón, de razón racionante. Rechaza lo que no se explica. Quiere confinarnos a esta tierra y odia en el fondo el ideal. Está saturado de espíritu matemático. Para él no hay más que operaciones matemáticas, reduciéndolo todo, en última instancia, a mecánica*”. Hacen muy buenas migas con semejante racionalismo materialista (el catolicismo) el volterianismo y el materialismo francés. ¿La escolástica? Es la digna filosofía de una religión intelectualista, con sus combinaciones silogísticas, su Dios relojero y las cinco vías para probar la existencia del *Ens a se*. Voltaire es un ultracatólico.

El protestantismo (al que llama racionalismo pensando en el racionalismo de los teólogos protestantes; pero cuidándose de aclarar de inmediato entre paréntesis que es *cordialismo*), depurada la escoria pagana, vive en otro mundo, busca argumentos y motivos para darnos vida y no dialéctica. Sabe ignorar y respetar. Tiende a comprenderlo

y justificarlo todo. Está saturado de espíritu histórico. Su Cristo es histórico, no dogmático. Su Evangelio, espíritu que vivifica, no letra que mata. Comprende y siente el gran principio de la evolución y puede hacer paces con el panteísmo dinámico de los filósofos alemanes. Es radicalmente religioso. Todo se da en él en proceso y flujo continuo y en unidad profunda, como la vida. Busca a Dios dentro del hombre, un Dios inmanente, no trascendente. Sólo el racionalismo alemán ha comprendido y sentido el cristianismo.

Sobre este canevá, trazado para la última conferencia de un cursillo, en 1901, ha ido bordando a lo largo de su vida heterodoxias y más heterodoxias tanto en los ensayos cortos —por ejemplo, en *¿Qué es la verdad?*, escrito cuatro años después, en 1905— como en su obra de más aliento, *Del sentimiento trágico de la vida*, publicada en 1911.

#### Y FUÉ ÉSTA SU ANGUSTIA

¿Qué se halla en el trasfondo religioso de Unamuno? Un racionalismo luterano condimentado con romanticismo de Kierkegaard. ¿Qué filosofía sirve de base a ese armatoste teológico? Un idealismo cordialista, vivaracha poetización de Spinoza, Kant y Hegel. ¿Por dónde le ganaron los teólogos protestantes? Por el corazón. Pintáronle materialista la Iglesia y algebraica la escolástica, en contraposición con el evangelismo intrahistórico protestante que en esta tierra es vida, devenir y ensueño. ¿Por qué no logró salir airoso del engaño? Porque desgraciadamente estaba ayuno de historia de los dogmas, terreno en el que el protestantismo racionalista planteó la controversia con los católicos, en la segunda mitad del pasado siglo. Aunque, a decir verdad, si el protestantismo le presentaba batalla a Unamuno en el campo teológico, no lo hallaba mejor armado.

¿Duróle toda la vida el matute protestante? ¿Cuánto tiempo miró sin pestañear los ojos de la Esfinge, temblando de angustia existencialista? ¿Llevóse a la tumba sus dudas y sus herejías? En aquella

helada tarde salmantina del 31 de diciembre de 1936, ¿en dónde estaba su corazón en el instante mismo en que hizo presa de él la muerte y rindió su espíritu atormentado al Creador? ¡Sábelo sólo Dios a punto fijo! No abjuró jamás, es verdad, de sus errores, de los errores de su cabeza luterana. Pero su honestísima vida labróla según las reglas del corazón, del ortodoxo corazón, el cual, como el tenor solista, sobre un océano de polifonía cantó siempre su canto católico sobreponiéndose a la gritería y la rechifla de la cabeza herética.

Y fué ésta su angustia, su inenarrable angustia. En el corazón de Unamuno clavó el catolicismo su fe y en la cabeza clavó el protestantismo su negación. Unamuno es el cruce de las dos corrientes antagónicas europeas que, desde el gran cisco del XVI, están en el trasfondo de todas las guerras y de todas las marejadas políticas. Los teólogos protestantes precisaron volverle el corazón cabeza y la cabeza corazón, esto es, el catolicismo racionalismo frío y el protestantismo cordialismo, para ganarle la partida y hacerlo, si no un protestante, al menos un ser centauresco, una mezcla imposible de ideas y sentimientos contradictorios.

La conciencia del hombre más simple es un abismo de complejidades y de misterio. La de Unamuno, un abismo de abismos. Sólo Dios puede penetrar en ella. Sólo Dios puede juzgar la sinceridad de quien con el corazón en la mano confesó en el cenit de su vida intelectual: "Y bien, se me dirá, ¿cuál es tu religión? Y yo responderé: mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob."

A todo lo largo y lo ancho de la historia humana difícilmente se hallará un hombre a quien le haya dolido más el misterio de Dios. Me cuesta creer que el que ha padecido tanta hambre de Dios en este mundo sea condenado en el otro a seguir padeciendo un hambre eterna.



*LA EXISTENCIA AUTÉNTICA*

IV





## LA EXISTENCIA AUTÉNTICA

*“Tú sabes que todos llevamos el misterio en el alma, y que te llevamos como un terrible y precioso tumor, de donde brota nuestra vida y del cual brotará también nuestra muerte. Por él vivimos y sin él nunca habríamos vivido. Es nuestra pena y nuestro consuelo.*

*“El misterio parece estar en nosotros a las veces como dormido o entumecido; no lo sentimos. Pero, de pronto y sin que siempre podamos determinar por qué, se nos despierta, parece que se irrita y nos duele, y hasta nos enfebrecer y espolea al galope a nuestro pobre corazón.*

*“El misterio es para cada uno de nosotros un secreto. Dios planta ese secreto en el alma de cada uno de los hombres, y tanto más hondamente cuanto más quiere a cada hombre; es decir, cuanto más hombre le haga. Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada laya de la tribulación. Los poco atribulados tienen el secreto de su vida muy a flor de tierra, y corre el riesgo de no prender bien en ella y no echar raíces, y por no haber echado raíces no dar ni flores ni frutos.”*

M. DE UNAMUNO.

### UNA NOCHE EN EL EMPÍREO

**C**UERTA vez —la cosa pasó en los cielos— comenzaron los ángeles a andar tristes y a pegarse unos a otros el aburrimiento. Estaban pasando un verano de fuego, como hacía mucho tiempo que no registraban otro igual las meteorologías celestiales, y las siestas al Padre Eterno iban volviéndosele un poco santiagueñas, con fastidio de los angelitos, obligados la tarde entera a andar de puntillas y secreteándose a la oreja.

¡Y esto no fuera nada! Lo peor era que los más diablillos de los espíritus celestes comenzaron a hacer de las suyas, a escaparse a la tierra, donde se entretenían chapuceando en los charcos, hondeando

gorriones y aprendiendo también algunas palabritas *non sanctas*. El mal ejemplo cundía; y no se podían excusar las picardías con decir que eran cosas de chicos, pues hasta los más grandecitos, arcángeles los llaman arriba, iban tomándoles gusto a las escapadas.

Pronto lo supo todo Jehová, a quien nada escapa; y en vez de malhumorarse los disculpó, hallándoles razón, y hasta se compadeció de ellos.

—“¡Pobres hijos míos! —se dijo—. Un poco la culpa la tengo yo. ¡También con semejante calor...! ¿O será que me estoy volviendo viejo? Pero, la verdad, las siestas se me alargan más de la cuenta y los pobrecillos ¡qué van a hacer sino procurarse un respiro!”

A la tardecita, cuando los tuvo juntos para el Ángelus, les dijo muy mansamente: “No es cosa que la pasen aburridos, mis hijos, no queremos acá gente descontenta, sépanse. Y para que no bochinchen a la siesta ya les he dicho a los de la Asistencia Social que les repartan bicicletas y triciclos con banderitas. ¡Pero que a ninguno de ustedes vuelva a ocurrírsele eso de escaparse a la tierra a aprender zafadurías, que andan allá unos mamutes que se comen a los angelitos malos...!”

—“A mí no me comen nada los mamutes, Tatita” — soltó un angelito haciendo reír a toda la corte celestial.

—“¡Ah, pícaro! ¿Conque también usted se me andaba escapando?” —dijo Dios con unas ganas bárbaras de comerlo a besos, pues era el chico uno de los más deliciosos del cielo.

Fué entonces cuando, para cortar las escapadas de las siestas metiéndoles a los ángeles un poco de miedo, se puso el gran Padre Celestial a contarles esta historia:

—“Claro está, m’hijitos, que los mamutes no se comen a los ángeles. Yo les decía no más. Porque, claro está, un animal, puro barro, no puede nada contra un ángel, pura luz. Pero hay en la tierra un bicho, mitad bruto, mitad ángel, bruto como los mamutes y ángel como ustedes, y ése sí que se come a los angelitos malos...”

—“¿El cuco, Tata Dios, el cuco?” —preguntaron a coro los ángeles.

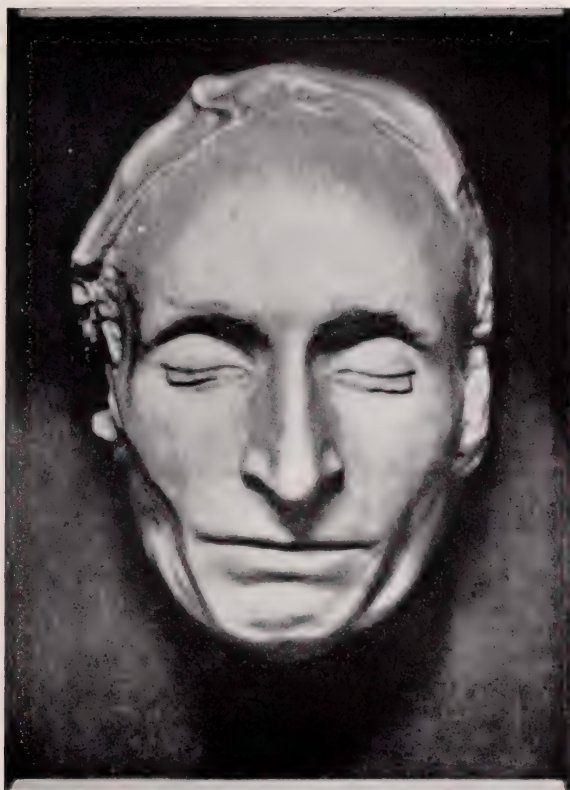


LÁMINA 10

Lám. 10.—BLAS PASCAL (1623-1662), mascarilla.

—“¡No, m'hijitos, el hombre!”—. Y, porque todo lo que Dios piensa, como dijo no sé qué poeta, así como lo va pensando lo va haciendo de veras, en aquel día hizo Dios al hombre sobre la tierra, mitad bruto, mitad ángel, para amedrentar a los ángeles, los cuales, según cuentan, ni por pienso se animaron desde entonces a descolgarse a la siesta.

Pero en aquella noche del Edén —mientan a renglón seguido las crónicas celestiales— un serafín, el ángel más inteligente, acercóse a Dios y, luego de ofrecer sus respetos, entró de sopetón de esta manera:

—“Pero ¿es posible, Señor, eso que hoy nos dijo, el hombre, es posible? ¿Puede su Omnipotencia fraguar semejante mezcla de espíritu y materia, de barro y luz?” —preguntó el ángel, visiblemente intrigado por el asunto del hombre, y sin acabar de entender la cosa. Y añadió: —“Yo diría, Señor, que eso del hombre es propiamente una barbaridad...”

—“¡Je, je, je! —rió Jehová mansamente—. ¿Conque yo hago barbaridades, m'hijito?”

—“No quería, Señor, decir eso; sino que nosotros los ángeles lo hemos conversado, y vemos que la cosa no puede ser. El hombre es un monstruo, un monstruo metafísico, con perdón de la palabra, y hasta nos parecía que de hacerlo su Omnipotencia cometería poco menos que una crueldad...”

—“El hombre —más que responderle al ángel pensó para sus adentros Dios— es cosa que no hay que pensarla mucho. Y no me anden con congresos de filosofía sobre el hombre, que no van a entenderse ni sacar cosa en limpio. El hombre es un problema de fe para el hombre, y no le den vueltas. Ahora, si quieren ustedes darse un paseíto...”

—“Porque su Omnipotencia no se discute —interrumpió el serafín—. Probada la tenemos los ángeles. Pero cuesta entender que pueda desgajarse un pedazo de eternidad para anudarlo al tiempo, que no otra cosa, por lo que se nos alcanza, vendría a ser el hombre. Además, mirándolo bien, díganos su Deidad, si quiere, que el hom-



bre es ángel vuelto bestia o bestia vuelta ángel; eso se comprende. Pero la mixtura, la mixtura: ángel y a la vez bruto, bruto y a la vez ángel, eso es un contrasentido por donde lo busquen.”

Quedóse en silencio Dios. Y sabido es que un silencio de Dios precede a las cosas sublimes. Miró con ternura al ángel, orgulloso del empaque del celestial muchacho. Se enderezó luego un poquito en su trono empíreo. Y, recogiendo el manto real que caía en cascata de pedrería sobre las gradas de nimbos, hundió sus ojos de viejo lapidario en la lejana tierra, y se quedó mirando...

Abajo, por los caminos del mundo todavía por explorar, trotaba lentamente una manada de plesiosauros, perdiéndose a ratos bajo el negro follaje de las florestas juráceas. Una melancolía de nieblas se alzaba de las montañas arropadas en crepúsculos, y la luna, una luna pálida como una mujer raptada, cabalgaba desnuda sobre el dorso helado de los icebergs, que navegaban en lenta caravana por océanos inmóviles. Sobre el pequeño mundo redondo y gozoso dejaban caer los astros su primer temblor.

Entonces, a la boca de una de las cuevas cantábricas se asomó medrosa una pequeña bestia, un mamífero vertical casi enano entre los otros brutos sus hermanos, mamíferos horizontales. Y erigiéndose sobre las extremidades traseras, la bestia enana se cercioró de que no le acechaban sus hermanos, caínes más fuertes que él. Respiró profundamente la salobre brisa atlántica. Alzó los ojos a los cielos. Y se puso a descifrar los misteriosos jeroglíficos que escriben las estrellas en la noche insondable, sin imaginar siquiera que, desde más allá de los más lejanos astros, le contemplaban a él, pobre animal enfermo y solitario, los ángeles del cielo, tensos de curiosidad también ellos por descifrar el jeroglífico que es el hombre sobre la haz de la tierra...

En aquel tiempo tendió Dios su índice omnipotente al bruto enano de las grutas de Altamira y dijo, como quien no dice nada: “He aquí al hombre.”

## SUB SPECIE MONSTRUOSITATIS

Esta verídica historia no la inventé yo, la inventó San Agustín, o por lo menos me la sugirió el dramático africano cuando aseguró que antes de la creación del hombre nadie, ni la cabeza más clarividente, puesta a pensar la cosa, la habría creído hacedera<sup>1</sup>.

Se ha manoseado mucho eso de que es el hombre un desconocido. Alexis Carrel estuvo acertado al titular así su libro, pero se quedó corto. Porque el hombre no es sólo un ser desconocido e incognoscible, esto fuera lo de menos, sino misterioso, enigmático y pura paradoja. Y si debe hablarse lisa y llanamente, el hombre es un monstruo mondo y lirondo. Y vivir una existencia auténtica es vivir, no precisamente *sub specie mortis*, como quería Heidegger y como vivió Unamuno, sino *sub specie monstruositatis*, como quiso y vivió San Pablo. El tema es amplio, pero vale la pena tratarlo alguna vez con desahogo. A ello voy.

Lo llama así, monstruo, sin tapujos ni suavizamientos, el mismo San Agustín, autoridad máxima en la materia, por ser el verdadero padre de la antropología natural y de la sobrenatural, es decir, de la

<sup>1</sup> "Natura humana, in qua spiritus et materia in unitatem substantialem conflantur: est ens satis mirum, quod a priori fortasse diceremus repugnare; talem igitur naturam mira quoque sequentur." (HERMANN LANGE: *Tractatus historicus-dogmaticus de Gratia*, n. 162). Así resueltamente confiesan los teólogos el enigma humano.

San Agustín cargó la mano contra el optimismo pelagiano, exagerando sin duda la miserable condición moral del hombre desguarnecido de la divina gracia. (Como ejemplo puede verse *De spiritu et littera*, 27, 48. Migne; tomos 44 y 45). Pero, como él, radicaló tan a lo hondo la cosa humana. No distrajeron su atención los fríos esquemas psicológicos de Aristóteles sino que cortó derecho al hombre singular, al de carne y hueso; y se zambulló en sí mismo, en el hombre que tenía más a mano y conocía mejor, contra lo que suele suceder. Es el mérito de las *Confesiones*; de ellas nació la antropología, y ni con mucho se han apurado todos los jugos de esa ubre turgente y henchida. ¿Erostratismo en San Agustín? ¿Manía enfermiza de darle vueltas a su yo? No lo sé. Desde luego la introspección en un descubridor auténtico es arma de dos filos, como el dinero en manos del sacerdote, y difícilmente no se la hace servir al egoísmo y filautía. Pero un amor apasionado por Jesucristo es capaz de realizar el doble milagro de redimir al sacerdote platudo de sus dineros y al filósofo de su yoísmo. Sin ese amor toda autobiografía se convierte en narcisismo hermafrodita y apestoso.

teología de la gracia. Y esto es preciso decirlo con absoluta claridad y debiera figurar a la cabeza de cuantos tratados de psicología se impriman: el hombre es un monstruo, mitad bestia mitad ángel, mitad eternidad mitad tiempo. Y así como nosotros los hombres, los monstruos, alzamos nuestros ojos a los jeroglíficos de la noche estrellada buscándoles sentido, como si cifraran el misterio del universo y del hombre, así los ángeles bajan los suyos al enigma del hombre; y los vuelven luego a Dios, acaso calladamente pidiéndole explicación de esa falla divina, la única falla a todo lo largo, lo ancho y lo profundo de la creación.

“Pecado de Dios” llamó al hombre el bárbaro de León Bloy. Fuera blasfemia si la Escritura misma no hubiera dicho: *Pœnituit Deum fecisse hominem*, se arrepintió Dios de haber hecho al hombre. Terrible expresión que dice en forma sugestiva el enigma, la objeción apologética que viene a ser el hombre con sólo presentarse en medio de la creación, exhibiendo su marrada hechura.

El único destinado a lo eterno, en medio de seres sin finalidad eternal. El único incapaz de alcanzar por sí mismo sus teleologías acósmicas, en medio de seres que arriban gozosos a sus destinos temporales, sin la menor presión, con sólo abandonarse al juego libre de sus mecanismos instintivos. El único cuyo espíritu reclama intemporalidad, aunque se encuentre temporalmente anegado en el espacio, en medio de seres temporales, horros de eternidad. Espíritu el del hombre inespacializado, aunque apresado ahora al espacio precisamente por hallarse encadenado al tiempo, en medio de seres que se acuestan voluptuosos en los brazos del tiempo y del espacio.

Y porque es el espíritu del hombre intemporal temporalizado e inespacial espacializado, por eso es también histórico. No bien lo intemporal se liga al tiempo, no bien lo inespacial cae en el espacio, nace la historia. Es la historia hija sacrílega de la eternidad y el tiempo. No padecen historia ni Dios ni los brutos. Y si no es disparatado hablar de historia de la naturaleza y de historia de los animales, es porque dicha naturaleza y dichos animales son acólitos del hombre. En el fondo es éste, y sólo éste, quien se historia en la his-

toria de los astros, de los animales y de las plantas. Porque por ser el hombre bestia histórica un poco tiñe de historia todo cuanto toca, como contagia asimismo el ambiente en que vive, de sabiduría o de estupidez, de hermosura o de fealdad, de santidad o de pecado.

¡Caro paga su excelsitud el pobre hombre veteado de ansiedades metafísicas! Conviene dejar esto claramente asentado *a limine*, no vaya a parecerle a alguno que, llevado por la fogosidad oratoria, me he puesto a decir tonterías o —lo que sería más inexcusable— a hablar de lo que no entiendo<sup>2</sup>.

### CONCIENCIA DE LA MONSTRUOSIDAD HUMANA EN EL HOMBRE PRIMITIVO

Es hoy cosa de buen tono, y de la que se pagan hartos los intelectuales, ir a buscar argumentos en favor de una tesis cualquiera a las

<sup>2</sup> Todo conato de filosofía del hombre encerrada en sí misma, a la manera de *Sein und Zeit* o de *L'Être et le Néant*, está condenado al fracaso. Las antropologías ateas se encierran en sus dialécticas immanentistas o fenomenologistas. Es necesario, de un modo o de otro, hacer pie en el Infinito, en Dios, para buscarle soluciones al ser finito, al hombre, cuyas entrañas sufren ansias de infinito.

Toda antropología de finitud debe ser descartada *a priori* como una falsificación del hombre; porque nada hay más humano, sí, ¡*más humano!*, que mirar al hombre desde lo divino. Su natura finita sólo cobra sentido desde la naturaleza infinita. Cuantos hoy se encierran en fenomenologismos de botica o en valorismos (¡oh, los valores!) de abalorio o en lo que quieran, por más que admitan el “espíritu” scheleriano o la *voûs* platónica o los ringorringos plotinianos, habrán superado —no lo niego— el pirronismo y el materialismo, pero están encanallados en un antropologismo de finitud que los vuelve contrabandistas y matuteros del hombre. Y no sé yo qué sea peor para sofisticar al hombre: si el monismo materialista de Moleschott o la finitud antropocentrista de Heidegger. Como al valle sólo se lo abarca desde la montaña, al hombre, en toda la majestad de su misterio, no se lo ve bien sino desde la teología.

Pascal, contemplando el grano de arena que es el hombre en el cosmos, dijo con patetismo: “¿Qué es el hombre? *Nada*, si se lo mira desde el insondable firmamento o desde el silencio de la noche miriastral, como Homero decía. Pero también lo es *todo*, si se lo compara con el otro infrauniverso, no menos abismal, con sus vías lácteas de electrones y sus tormentadas de actividad infinitamente pequeña, universo que rebulle en el bacilo prendido al pulmón de una rata enferma.

”Implantado entre el macrocosmos y el microcosmos, el hombre es absolutamente incapaz de ver la lejanía de los extremos. ¿De dónde vienen y a dónde van los seres que le rodean? El mismo ¿de dónde ha salido? y ¿a dónde se endereza? Es esto tan

cuevas de Altamira, a las gargantas del Ganges, a las gélidas estepas de Alaska o al patagónico confín austral, asientos, según dicen, de razas humanas primitivas. ¿Quedará en quién sabe qué oscuro recoveco del alma del pigmeo alguna huella de la noticia que tuvo acerca del monstruo que es el hombre? ¿Logró el inquilino de las cavernas cobrar conciencia de su monstruosidad, de la monstruosidad que es el hombre, todo hombre? ¿O acaso le encubrió Dios esa falla misteriosa, no fuera que despechado suicidándose suicidara la especie, con lo que el mundo perdería el encanto de su misterio? Καλός γὰρ ὁ κίνδυνος, decía Píndaro, hermoso es peligrar, y más hermoso es saber que uno peligra, y aún lo es más rodar cantando a los abismos. ¿Tenían nuestros parientes de la selva conciencia clara de que vivir era un metafísico esquiar barranca abajo hacia lo profundo del misterio del hombre, donde se acurruca adormecido el monstruo?

El mincopí de las islas Adamanas, el bosquimán, el esquimal, el

imposible de responder como es imposible medir los extremos donde terminan el macrocosmos y el microcosmos. Cuando se contempla a sí mismo no puede darse ni siquiera una idea somera de la nada de que fué sacado ni del infinito a que aspira." (*Oeuvres completes*, t. III, pág. 138.)

Como en su ser así en su conocer emparedan a la pobre bestia humana horizontes estrechísimos. Sus sentidos están acondicionados para ciertas cantidades, harto limitadas, de estímulos externos, quedando por encima y por debajo vastísimos horizontes energéticos del todo inasequibles. Su inteligencia, con conocimiento menos impropio y menos borroso (dianoético), sólo capta las esencias inteligibles encarnadas en lo sensible. Y no todas, sino las que están en su dimensión jerárquica. Filosofía, lo que se dice filosofía, si alguna existe, es sólo del hombre, gracias a que la conciencia le enciende algunas bengalas en el misterio del yo. De lo demás, Dios y el mundo, la filosofía más que filosofía es una adivinanza bonanza sin tripa ni panza, como decíamos cuando chicos.

A Dios, por exceso de elevación, sólo logramos rastrearlo con conceptos metafóricos y ananoéticos, es decir, con larguísimos rodeos poemáticos que no pueden menos de deformar, antropomorfizándola, su augusta realidad. Las cosas materiales y menudas que nos rodean, por su desnivel inteligible, nos ocultan sus esencias, no alcanzándolas a conocer sino con vagas perinoesis que nos revelan más bien lo que no son que lo que son. De la esencia del guijarro en que hemos tropezado sabemos que sirve para hacernos la zancadilla si andamos distraídos; por eso su nombre es *lapis* (*laedens pedem*, que hiere el pie). ¿Y ese nombre pretende revelar todo una esencia? (MARITAIN: *Los grados del saber*, cap. V.)

Lo que menos mal conoce o siente el hombre son sus vacíos interiores, los vacíos dejados por la ausencia de algo o de alguien o de *Alguien*, el único que puede llenar su derelicción, redimiéndole de su estado miserable. Pascal lo dijo agudamente: "La grandeza del hombre reside precisamente en conocer su lamentable condición. Un ser



fueguino, representantes de la raza pigmea, en la que descubre la moderna etnología las características de mayor antigüedad y de menor degradación del paradigma humano primigenio, nos permiten reconstruir las ideas religiosas y mitológicas de los hombres que encabezaron el linaje humano, sobre el misterio del mismo hombre.

Sin excepción todas las mitologías coinciden con el Génesis, del que acaso derivaron, en recordar una gran catástrofe moral, padecida por el hombre, antes sin duda de nacer la historia, catástrofe que al degradar su naturaleza física y moral le convirtió de señor del Edén en pobre esclavo envuelto en perennes nieblas de tristeza, en perpetua añoranza de un perdido imperio de grandezas, en perpetua lucha consigo mismo más que con los animales y los ídolos.

Los yámanas, los pieles rojas, los mayas indochinos y los primitivos isleños de rostros aceitunados y ojos gatunos que cultivaron el archipiélago japonés, presuponen en sus más antiguas mitologías una

miserable lleva dentro; pero ser grande, por sobre todo lo visible, precisamente porque es el único capaz de conocer que es miserable." (*Oeuvres complètes*, t. III, pág. 62.) La grandeza, por tanto, del hombre consiste en que puede alcanzar a entender que le falta, allá dentro, en el gran hueco de sus ansias, el *Alguien*, el Infinito.

A gritos le dice la conciencia que es un átomo, sólo un átomo arrojado a vivir durante pocos instantes, en tal coyuntura del tiempo y del espacio; pero átomo azulado por ambiciones insaciables de evadirse del tiempo y del espacio para perennizarse en la eternidad. Todo cuanto le rodea clama su finitud. Pero su espíritu, sobrepasando el alboroto de las cosas finitas, grita más alto reclamando infinitud. Nada siente más claramente, si no quiere acallar las voces de la conciencia, que la grandeza inconmensurable de su interior imperio de sombras. Y he aquí que, con sus solas fuerzas intelectuales, es del todo incapaz de explorar ese imperio y de descifrar los enigmas que rumorean por todos los rincones. "El hombre es infinitamente más grande que el hombre", concluyó Pascal, queriendo significar que la inteligencia es demasiado pobre para iluminar el hueco que le ha dejado adentro el Infinito. Y, no le demos vueltas, ese hueco sólo lo ilumina la Fe; y me guardo decir acá cómo lo ilumina, cosa interesantísima, para no alargarme.

Filosofar es, pues, calar a lo hondo la esencia de la *Nada* aspirante al *Todo* que es el hombre. Filosofar es compaginar el *Todo* de nuestro anhelo con la *Nada* de nuestra miseria. Filosofar es revivir y resentir el viejo tópico de Dios, de la eternidad, del destino humano. Filosofar es desnudar al hombre de ficciones para que desnudo, en el instante de su muerte, ponga su nada en presencia de la eternidad. Porque, como diré en otra parte, se muere en hombre, y no en filósofo, ni en político, ni en perro, cuando se muere como se debe morir. Y se muere como se debe morir cuando se vive como se debe vivir, en hombre. Y paro, para que no huelga esto a sermón.

serie de implacables avatares o purificaciones del hombre, antes de alcanzar la plenitud que le permitirá gozar de la amistad de los dioses. La mitología japonesa hace del hombre un fruto monstruoso, un hijo giboso *a nativitate*, babeante y memo, con el que castigó el padre de los dioses a la semidiosa Yzanani por la antifemineidad de haber arrastrado a su esposo Yzanayi, en vez de éste a ella, al abrazo nupcial en el día del desposorio. Porque también entre los semidioses, de data muy antigua, corresponden al varón las insinuaciones y la conquista amorosa, que desdice siempre en la mujer; aunque, a decir verdad, sea ella a la postre quien, con sus esguinces, quites y saques, acaba por conquistar al conquistador<sup>3</sup>.

Está, pues, en la conciencia del primitivo no sólo la existencia de un cataclismo o de una culpa moral que enemistó al hombre con los dioses, sino —lo que es más interesante y apenas nunca se ha tomado en cuenta— de una degradación primigenia, esto es, anterior a la aparición del hombre en el mundo, que le convirtió en algo desajustado, incompleto, monstruoso. Bastábale al primitivo auscultar dentro del pecho su taciturno y tonitruoso corazón, siempre nostálgico, para comprender, sin difíciles raciocinios, que su ser real de fuera era la falsificación del ser ideal de dentro. Muy luego su fantasía pululante inventaría símbolos y mitos, esto es, filosofías, para dar expresión concreta al metafísico matute.

La historia humana, esa serpentina cinematográfica nacida en las brumas que preludiaron las catástrofes del Génesis, esa tristísima cinta que empieza arrullada con la “amorosa” cantilena de los truenos bíblicos y termina en el *allegro vivace* de los estampidos atómicos, es una mole gigantesca de ilusiones y fracasos, de proyectos y desastres, de genialidades y desatinos, de sacrificios y egoísmos, de destrezas y torpezas, de abrazos y bofetadas, de esfuerzos y desperos, de exaltaciones y depresiones, de cantos y aullidos, de piropos e insultos, de amores y de odios, de pinitos infantiles y de broncos carraspeos seniles; en suma, la historia del hombre es la que debe

<sup>3</sup> TACCHI VENTURI, *Enciclopedia histórica de las religiones*.



ser, la única que puede ser: pues no le cabe al hombre ocupar el mundo al estilo del animal o del ángel, sino al estilo purísimo del monstruo. Hace la historia del hombre honor al monstruo. Y el día en que se cierre el libro de esta macabra novela, el ángel que acaso a hurtadillas la lea, no sé en qué escondite de su imperio de luz, como cosa pornográfica —¡y tan pornográfica!— la arrojará asqueado lejos de sí. “¿Para qué se escriben, Dios mío, cosas tan inmundas? ¿No es esto un escándalo?” Y he aquí que, en gran parte, ese libro miserable ha sido escrito por el mismo Dios. ¿No es, en efecto, Él quien hizo al hombre, mitad bruto mitad ángel, y le ordenó engendrar y dominar la tierra?

### *A B<sup>s</sup>*

¿En qué consiste la monstruosidad del hombre, la falla en su textura física y óptica, no ya el moral desequilibrio de que adolece su voluntad postlapsaria?

De todos los contrasentidos y torpezas humanas es costumbre echarle la culpa al pecado, a la manzana tentadora del huertecillo bíblico. No vamos a negar ahora que así es. La alergia moral incurable que padece nuestra voluntad, sus estornudos estrepitosos no bien ante los ojos se alza un polvillo de tentación, y la perpetua inflamación concupiscente de nuestra pituitaria moral son efectos del pecado edénico. Esto en el orden histórico. Pero —lo dicen tajantemente los teólogos— si hubiera apagado Dios las luces preternaturales y sobrenaturales que iluminaron los pasos del hombre prelapario en la luna de miel de su existencia, se hubiera hallado en pareja condición física, moral e intelectual a la que le sobrevino, como un cataclismo, tras la trágica picardía del Paraíso.

No se sale, pues, del paso con echarle al pobre Adán todo el fardo de nuestras desgracias. A éstas les abrió las compuertas el pecado, y se derramaron en torrentada empapando al linaje humano; pero viene la riada de más arriba. No es la causa ocasional la que ahora

interesa descubrir, sino el principio primero, el manantial originario de las dolencias. Abrámosle, pues, al monstruo las entrañas.

Desde el punto de vista de la mecánica antropológica, apenas puede darse una idea de la formidable descarga eléctrica o, si se quiere, creadora que habrán precisado los elementos espíritu y materia, constitutivos físicos del hombre, para unirse formando su mezcla peregrina. Ni se figura uno la fuerza electrolítica requerida para fraguar la peregrina molécula  $AB^3$ , ángel y bestia al cubo. Y digo al cubo, y me quedo corto, pues es enorme el predominio de la materia sobre el espíritu, reducido en el compuesto a condición carnal.

Y no se sale del paso, ni mucho menos, con eso de la unión substancial, manto de piedad tendido por los escolásticos con el que tratan de cubrir la morganática alquimia. La tal unión substancial es el misterio de los misterios; pues para que el elemento materia pueda fundirse con el elemento espíritu es preciso concebir a éste dimensional y cuanto, es preciso fingirle caras y lados; lo cual equivale sencillamente a falsear su esencia. Y si medita uno la cosa con un poco de seriedad acaba por persuadirse de que la unión substancial exige un holocausto de inteligencia no muy menor que el que nos exigiría entender que pudiera unirse al tiempo un cachito de la eternidad.

—¿Pero qué le ha pasado a éste —exclamará aquí más de uno— que se ha soltado a decir herejías, a agredir la escolástica, en la que se crió, y a escandalizar a . . .

—¡A los filisteos, sí, señor!—. Y aquí está para mí lo grave, lo gravísimo, de callar la verdad o de no arrojarla a los vientos con todo el peso de corazón que se merece, por temor de escandalizar a quienes su ignorancia, petulancia o estolidez les hace ver escándalo en todo aquello que va a remover la borra de rutina, depositada en sus espíritus, por un catecismo o una teología espolvoreada en la superficie más superficial de sus molleras; catecismo o teología jamás digeridos, jamás sentidos, ni mucho menos vividos con pasión.

Cuanto acabo de decir sobre lo misterioso del maridaje substan-

tivo entre alma y cuerpo lo ha dicho, si no con las mismas palabras, ciertamente en su contenido, San Agustín, nada menos que el Doctor de la Gracia. ¡Y lo ha dicho con sobra de verdad y de viveza! Porque de ponderar lo misterioso y monstruoso de la factura física del hombre colige que han de seguirse al monstruo efectos despistadores en su conducta moral.

Efecto despistador es, y vaya como un ejemplo, eso que le ocurre en su proceder moral: que si Dios no interviene medicando la voluntad enferma, está ésta necesariamente condenada a pecar y a fracasar en sus destinos eternos. Lo cual cuesta pensar que libre a Dios de crueldad, o cuando menos de una quiebra o hendedura en las teleologías del universo. Que esta quiebra teleológica la padezcan las catangas de los muladares o las algas de las charcas, vaya y pase; pero que la aguante el hombre, el soberano ante el Altísimo y rey de la creación, es cosa como para quedarse uno pensando. . .

Habría caído San Agustín en tembloroso pesimismo, extremo no menos vicioso que el soberbio optimismo de los pelagianos contra los cuales lidiaba, si no hubiera echado mano de la *Gracia paulina*, que Dios otorga paternal y graciosamente a todo hombre no empecatado ni encanallado en el vicio. A su creatura predilecta, que le nació a Dios gibosa, a su creatura enferma de enfermedad nativa, enfermedad entrañada en lo más recóndito de la molécula humana, *AB*<sup>3</sup>, a su monstruosa hechura, labrada empero a imagen y semejanza de Dios, acaso la soñó y le hizo esencialmente infeliz, porque sólo sintiéndose ella enferma y monstruosa y necesitada de continuos socorros morales escaparía a la tentación de engallarse y alzarse, independizada de Dios, a campar a sus autonomismos. Sólo, quizá, encontrándose ónticamente deforme —que no es lo mismo que deformada en su substancia, como dijo Lutero que dejó el pecado al alma—, sólo así escaparía al orgullo, a que es tan propensa no bien cobra conciencia de su libertad, bifida espada que, como la hermosura de la mujer, hace del hombre un santo o un demonio.

Pero, como la madre al hijo que le nace baldado, ama Dios con más amor al hombre desde que le ve enfermo de nacimiento. Y aquí

los teólogos hacen notar que la gracia, mimo divino al pobrecito enfermo, no sólo oficia de remedio y medicamento sino de simiente divina; de suerte que vivificada por ella la molécula  $AB^3$  no se convierte sólo en  $A^3B$ , sino en  $(A^3B)^D$ ; fórmula con la cual se expresa que la mezcla, en la que ahora la carne se halla reducida a condición espiritual, ha sido sublimada a par de la divinidad.

(Y quede esto dicho para que se apeen de su tontez los que al leerme den en creer que por mi soberbia he caído en luteranismo o en jansenismo, en bayanismo o en kierkegaardismo —que, por cierto, el existencialismo teológico de este honrado protestante es al protestantismo luterano lo que la crítica kantiana de la razón pura al realismo platónico, esto es, exactamente lo mismo, pero al revés—, soberbia secreta y manifiesta la mía, que Dios no permita remate ni en manifiesta ni en secreta lujuria; aunque los que me la profetizaron deban desconfiarle un poco a su profetismo.)

Físicamente considerado, decíamos, el hombre es monstruosa aleación de espíritu y materia, tan monstruosa, dijimos también, como la que resultaría de hipostasiar la eternidad y el tiempo. La unión substancial, añadimos, es un manto de piedad, no menos misterioso y monstruoso que la vergüenza que quiere cubrir.

*Eppur si muove!* ¡Pero el hecho es que está aquí el hombre! ¡Aquí estás tú, y yo, y el de más allá, todos sin excepción hombres y por tanto monstruos! ¡Aquí estamos tú, y yo, y el de más allá, nudos substanciales misteriosos, empeñados en desanudarnos para, como los niños, verle las tripas al juguete! Refugiarnos en uno de esos monismos, ya espiritualistas, ya materialistas, imaginados por los filósofos de cocina para esquivar el misterio, sería clamorosa estupidez. La unión substancial es un hecho no menos real que misterioso.

#### EL HOMBRE ES: MENOS HOMBRE

Asentábamos que es misterio, y de los buenos, el de la unión que anuda en ti, y en mí, y en el de más allá un “cuerpo” simple (el “cuerpo” alma, la entelequia, el espíritu, o como se lo quiera llamar)

con otro compuesto (el “cuerpo” cuerpo, craso y licuescente, que chorrea espacio y tiempo). Y ya es empresa la de casar lo inextenso con lo extenso, lo incuanto con lo cuanto, lo imponderable con lo ponderable, lo ingrávido con lo grávido... Y podríamos continuar la letanía discurriendo por todas las propiedades del espíritu, absolutamente opuestas a las de la materia. Sin embargo, aquí estamos los hombres, tú y yo, y el de más allá, seres centaurescos nacidos, se dijera, por escotillón, Dios sabe de qué entrevero y nefanda mezcolanza entre demonios y bestias.

Y la paradoja humana sube de grado si, dejando de lado la química, con el análisis de los elementos físicos: materia y espíritu, nos remontamos a la metafísica. La metafísica del hombre eleva a potencias el misterio de la física humana. Ésta es el humus en que aquélla florece. La onticidad, ya se la adivina, es flor de misterio y magnífico humilladero donde aprende uno que es de sí no sólo nada (“nihilidad ontológica radical”, como dice Zubiri) sino, lo que es peor, monstruosidad ontológica radical. El *monstrum* añade o, diciéndolo más propiamente, quita al *nihil* lo que en el álgebra el signo *menos* (—) antepuesto a un número. ¡El hombre es —H; esto es, menos hombre, menos “nihilidad ontológica radical”!

Esta expresión resulta oscura por demasiado negativa. A primera vista parecería que con ella confinamos la cosa humana al inimaginable imperio del *ens impossibile*, haciendo del hombre poco menos que un *non ens*. Se hace, pues, preciso disipar el escándalo.

No puede el hombre cumplir la ley moral, vale decir, las obligaciones para con Dios, con los prójimos y consigo mismo, derivadas, no ya de imposiciones religiosas, sino de la ley natural, a menos de ser apuntalada su lábil voluntad por auxilios divinos. Lo dice tajantemente la revelación cristiana. Esto, a mi ver, deja al descubierto cierta debilidad moral, y, diciéndolo con toda propiedad, cierta deformidad o monstruosidad.

La imposibilidad moral no vaya alguien a suponerla tan sólo de “futurición” o histórica, derivada por tanto de haber resuelto los hombres, todos los hombres, y sólo porque les dió la realísima gana,

agredir la moral y violarla, en uso de su libertad y abuso de su salud moral radical. No se trata de eso. No se trata de predecir el resultado que le daría a Dios la libertad concedida a los hombres en el caso de dejarlos librados a sus solas fuerzas morales de resistencia al pecado. Caso —conviene advertirlo siempre— por demás hipotético y de pura suposición, pues no peca Dios de “amarretismo” en la dispensación de sus gracias medicinales, antes es largo y generoso hasta por demás en distribuirlas a troche y moche. Modelo inigualado de asistencia social es la del buen Dios quien, bien que a ocultas, derrocha dádivas en presencia y paciencia de los infinitos que de ellas abusan.

Adolecemos, por tanto, los hombres de insolvencia ética radical, nacida de anemia de nuestra voluntad libre, para comportarnos honestamente. San Pablo lo dijo en términos contundentes: “Yacemos bajo la ley del pecado”. La ley del pecado acollara la ley del fracaso en nuestros destinos eternos. Tal es nuestra dramática condición. Por eso vengo diciendo, sin miedo ni de ponerme en ridículo ni de levantar polvaredas, que el hombre es ser monstruoso, moralmente monstruoso. ¡Y desentrañen los lingüístas el sentido exacto de la palabra!

Ahora bien. La deformidad ética —me pregunto, más con corazón que con cabeza existencialista— ¿no arrancará de una deformidad óptica, si queremos armonizar los planos del ser? Una deficiencia en una zona humana ¿no desbarajusta al ser hasta en sus últimos estratos? ¿La insolvencia ética no está arguyendo cierta insolvencia estructural? ¿No será, pues, el hombre: menos hombre?

Como Moisés en la roca del Horeb, Dios, en el último día de la creación, debió golpear dos veces a las puertas que encierran el infinito mundo de los seres posibles, llamando una y otra vez al hombre. Porque éste, como Goethe diría, llevado de su instinto aventurero, se había escabuido del reino de los seres posibles, para ir a curiosear qué pasa en el tenebroso transreino donde yerran mostrando sus atormentadas esencias los seres imposibles, los *non ens*.

Por eso el hombre, todavía acá, en el mundo real de lo creado,



lleva en su rostro metafísico cicatrices, mal cerradas cicatrices, de sus andadas preexistenciales por los aquelarres extramundanos donde prostituyen su espectral esencia las quimeras.

Y, sin embargo, nuestra vida, la de cada hombre, es más vida cuanto más ahondamos en nuestro propio misterio. El misterio es más trágico en la medida que vamos tomando conciencia de la paradoja que llevamos anudada a las entrañas. La paradoja se nos vuelve más paradójica al tiempo que vamos descubriendo nuestra interna detonancia, y, para no rehuir la palabra propia, nuestra interna monstruosidad. La interna monstruosidad tanto más se nos revela cuanto más ahondamos en la doctrina trágica y consoladora de la gracia.

Cuando el hombre ha tocado los fondos del monstruo que lleva bajo los huesos creeríase que había de caer en desesperación. ¡Nada de eso! En los fondos del monstruo (¡otra terrible paradoja!) descubre su grandeza, su insospechable grandeza, que no voy a considerar ahora, pues ya la dice elocuentemente la revelación cristiana al hablar de la deificación del hombre por la gracia. Deificación real, no de mentirijillas, y tan poderosa que hace del monstruo hijo jurídico de Dios, sin metáforas ni juegos retóricos, y Dios mayúsculamente él mismo, por hallarse alzado inefablemente (¡nuevo misterio y nueva paradoja!) a consorte de la divina naturaleza. Lo cual se repite tan fácilmente como es difícil hacerse uno ni aun somera idea de la augusta y abismal merced.

PERO SU VIDA ES MÁS DENSA  
CUANTO ES MÁS TRÁGICA

Volviendo a lo que decíamos, la vida del hombre es más densa cuanto es más trágica. Creatura dolorida en medio de un recuadro de seres sin dolor, protagonista de una existencia trágica en medio de un teatro de espectadores sin tragedia, ser autónomo y señor de sí mismo en medio de seres esclavos, regidos por el automatismo ciego de sus instintos, ser inmortal entre caducos, responsable entre irres-



ponsables, desde que nace hasta que muere lleva prendida a sus redaños la angustia de la vida y de la muerte, en medio de una naturaleza efímera, que se acuesta hoy a la vida con la misma indiferencia con que se dejará caer mañana, sin lágrimas ni risas, sin temores ni esperanzas, sin fe ni desesperación, sin odios ni amores, en los senos insondables de la muerte.

Toda esta naturaleza que rodea al hombre, lo mismo la estrella que titila aterida de helor en la lejanía de la noche austral, y el grano de arena perdido en el Sahara, y la almeja del Cantábrico, y la bella que pasa a mi lado, la bella flor prendida al pecho de la mujer, y acaso esta misma cuando —cosa nada infrecuente— es tonta de remate, toda esta naturaleza, viva o muerta no hace propósitos, no se contradice, no se equivoca, no persigue fines ningunos bajo la incertidumbre y la responsabilidad. “Atelésteya” la llamaban los griegos. El hombre, en tanto, el “telésteyo”, formula hoy propósitos para no cumplirlos mañana o acaso para arrepentirse de haberlos formulado. Dice para desdecirse. Y la pepita de verdad que logra pescar con su razón va perdida entre médanos de equívocos, de imprecisiones y de errores.

Esos seres que le rodean, y en cuyo amor quema tanto corazón, son todo intrascendencia, todo fugacidad, y no pueden menos de contrastar con él, hambriento siempre de trascendencia y de perennidad.

Ellos son indoloros, él dolorido. Ellos inconscientes, él consciente. Ellos desangran sus venas unos en otros, se derraman, se funden y, como riachos de montaña, corren ciegos al océano de la entropía, huesa común de nihilidad y de ataraxia metafísica, él permanece solitario, encerrado en sí mismo, como emperador de sus soledades ontológicas, o de sus desnudos silencios, como decía Leopardi.

Esos seres viven entregándose unos a otros, en trasiego inacabable de esencias y en palingenesias perpetuas. Jamás se le ocurre a ninguno de ellos hacer pie, replegarse en sí mismo, escapar al universal cautiverio, rebelarse, gritar, patear, adueñarse de sí propio, zafar los grillos, bretes y coseletes que le llevan encepado hacia sus miserables destinos sin destino. Para el hombre, empero, vivir es replegarse de

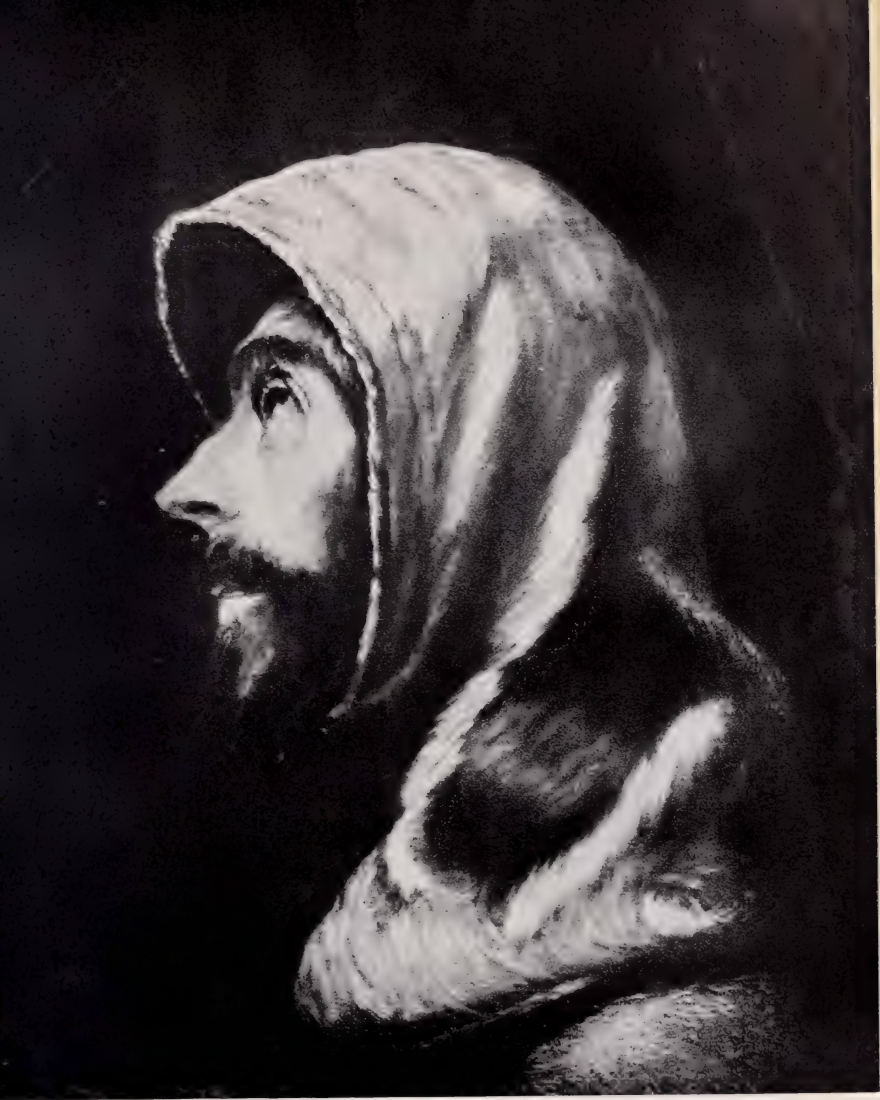


LÁMINA 11

Lám. 11.—SAN FRANCISCO DE ASÍS (1182-1226). (El Greco).

continuo en la pendiente de la existencia, y hacer pie, y forcejear como el cautivo, tratando con todas las fuerzas posibles de evadirse a la ley común, a esa espantosa ley de nacer, engendrar y morir. Por eso el corazón del hombre anda siempre airado contra todo lo que le rodea, cosas y personas, aun sus hijos, los hijos de su carne y de su espíritu, que éstos, hasta éstos, son para él poco más que cosas, que entes, que fantasmas atelésteyos.

¿No son estos hijos los más íntimos, los más nuestros, los que pegan el oído al corazón del yo para escuchar su diástole y su sístole y sus sollozos, no son los que nos despojan de nuestra autenticidad? ¿No son ellos, mis pensamientos, mis pasiones, mis querereres, los que malgastan mi vida íntima, mi *yoeidad* o mi *mismidad* (no sé cómo se diga mejor), derramando mi yo en cosas que son mías (*mis* amores, *mis* colerinas, *mis* ilusiones), pero que no son mi yo, como no son mi pulmón los resuellos que pasan silbando por sus hendeduras?

¿Es poco misterioso que toda la vida se nos derrame en la epidermis del yo, de ese misterioso secreto que apuña la substancia del hombre, de ti, de mí, del de más allá, donde ha ido a enquistársenos nuestro destino? “¡Y no hay otro yo en el mundo, no lo hay! Los habrá mayores y menores, mejores y peores, pero no hay otro yo. Yo soy algo enteramente nuevo. En mí se resume una eternidad de pasado y de mí arranca una eternidad de porvenir. ¡No hay otro yo, como ni tampoco otro tú que tú, ni otro él que él!”<sup>4</sup> No sé qué llevo dentro de mi yo, no sé qué soy; y, en horas de congoja, paréceme que ni sé si soy. El hombre es misterio de fe para el hombre; y me agarro a mi fe en mi misterio y al misterio de mi fe, para no enloquecer.

#### PARÉNTESIS PARA EPIDÉRMICOS

De seguro que los detentores profesionales del sentido común, de la medida y del *ne quid nimis* están diciendo, desde hace rato:

<sup>4</sup> *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. LXIX.

“¡Éste delira. ¡Vaya un desatino!” Tienen derecho a decir tal cosa. Tienen derecho a tirarme la primera piedra. Ellos jamás han dicho un desatino. . . Aunque, pienso, que la mayor estupidez acaso sea la de haber pasado la vida sin decir una sola estupidez.

Otros innumerables seres me dirán que no sufren angustia ninguna de la laya de éstas que ahora digo. Para ellos dolor, lo que se llama dolor, es el que les viene de un empacho, o de pudrírseles los dientes, o de escapárseles la mujer con el chófer, o de metérseles de monja la pobre hija. Y lo que no es como esto lo llaman chifladura, chifladura a secas o a húmedas. Yo digo de una vez por todas que estos mamíferos hacen honor a su especie y que el día que mueran los almacenarán en los nichos del cementerio con las pompas de estilo, pero estos seres (muy dignos, por otra parte, de nuestra consideración y compasión) no son personas humanas. Porque persona humana es quien tiene conciencia de su peso y de su pesadumbre. Persona humana es quien tiene realidad íntima y esta realidad le acongoja. Persona es ese a quien le preocupa más morir bien que comer bien, y a quien tener limpia el alma le lleva más cuenta que tener limpia la camisa.

Quien no sienta el misterio del hombre, que no me lea. Lo dicho no va para él. Que salga a ver los últimos modelos de los coches paquetes que atestan la ciudad, o las mujeres emperifolladas, o los perros que éstas llevan de la cadenita. ¡Que se divierta con ese corso de sombras sin substancia, sin interior, sin misterio!

Estas ideas no las entenderán jamás los individuos epidérmicos, todo exterioridad, todo fachada, que pasan por la vida sin que la vida pase por ellos. Sé que a veces les muerde en las entrañas el hambre, o la enfermedad, o la tristeza, la misma tristeza animal que hace lagrimear a las bestias. Lo sé. Pero no es ése el dolor propio de la persona humana, ni de lejos, no lo es.

No son, ni deben tenerse por personas humanas. Conténtense con ser: éste un faraón de la política, el otro un taita de tahoneros, aquél un emperador de peles, y el de más allá lo que le venga en gana: un vivillo o un macaneador, un millonario o un pobre gato, un pica-

pleitos o un picapiedras; pero si no sienten hormiguarles el alma cuando les asalta el pensamiento de la eternidad, de Dios y de la muerte, si no les aqueja el sentimiento trágico de la vida, si no les duele el misterio que llevan dentro ni saben caer de rodillas cuando el corazón (sí, el corazón más que la razón) se pone a preguntarles: ¿para qué te afanas?, ¿para qué vives?, ¿a dónde vas con eso que sueñas conquistar, a dónde?; si todo esto —digo— les parece música vieja, ridícula congoja, monserga y debilidad de espíritu, métanse, se lo suplico, la mano en el pecho que la sacarán luego oliendo a monstruo.

Lo que a mí más me convence del misterio del hombre es que haya hombres que no se convenzan de su misterio. Y todo cuanto vengo diciendo, todo este sermón, que parece nuevo de puro viejo, me veo forzado a matizarlo ora con erudición de libros, ora con poesía de versos, salpicada de detonantes palabrotas. ¿Para qué? Para que el hombre fino, que tiene las tragaderas del alma hechas a la prosa melosa de los suplementos de los grandes diarios —su plato hebdomadario— logre tragarlo. Y ¿para qué más? Para cubrir el pavoroso ridículo en que se pone el audaz que todo esto se lanza a decir.

¡Y qué fácil me resultaría hilvanar frases vistosas, echando mano de esos tópicos a que se acoge la pedantería especializada! ¡Qué fácil tomar bocaditos de Klages y de Max Scheller, empaparlos en salsa de Plotino y darlos a gustar al refinado lector! ¡Qué de buen tono es distraer al público con eso de la *νοῦς*, la *ψυχή* y la mística neoplotiniana! ¡Y qué impudicia la de desnudar al hombre dejando a la vista de todos sus entrañas!

#### LA RAÍZ DE LA INSATISFACCIÓN

Para señalar la raíz última de la insatisfacción, o como ahora se dice, de la inquietud (y hemos vuelto al cabo de quince siglos al lenguaje de San Agustín, el superexistencialista, quien analizando la vida, su vida, la halló *multimoda et ubique inquieta*, camaleónica



y llena de cosquillas, y a su corazón *irrequietum*, hormigueante y en continuo escozor); para explicar las cosquillas y escozores del espíritu, maridado con el cuerpo —¡ya notamos lo disparatado de este maridaje!—, los filósofos han inventado muchas teorías y tonterías.

Unos la causa del irrequietismo y cosquilleo la atribuyen precisamente a la mezcla detonante de esos dos elementos opuestos. Pero no me convence a mí que el espíritu, aun cuando se hallara libre de la angustia del cuerpo, no habría de sufrir ahogos, ni vivir insatisfecho ni despechado. Si el espíritu de Nietzsche vive en algún recodo del universo, sospecho que andará platicando, en rebelde comandita, con el alma atormentada de Stepanovich, el dostoiowskiano, resentidos ambos porque no son dioses: “Si existe Dios, ¿por qué, vamos a ver, por qué no es Él Nietzsche?, y ¿por qué Nietzsche no es Dios?”

Dolíale a Nietzsche no ser Dios; y, acaso, acaso, en el fondo de la humildad del humildísimo Francisco de Asís un análisis espectral hallase que también allí trepida un tenue poso de resentimiento, de no ser Francisco Dios y Dios Francisco. Y un poco la carencia de *aseidad* ¿no roerá los cimientos de todo corazón? En la médula de los serafines, si la gracia milagrosamente no ha extirpado la dolencia insanable, ¿no se hallarán invisibles cicatrices de un lejano resentimiento? <sup>5</sup>

<sup>5</sup> No vaya esto a entenderse como una insolencia contra San Francisco, a quien quiero de veras, y por su humildad precisamente. No sé si dijo lo que se le atribuye: “Veréisme un día ser venerado por el mundo entero”. ¡Ojalá lo hubiera dicho! Sería una prueba clarísima de su humildad. Cosa parecida aseguró Teresita de Lisieux, otra alma verdaderamente humilde, a quien también quiero de veras, y sobre cuya vida de martirio escribí un libro, cuando me hallaba en Salamanca, plagiando *La petite Sainte Thérèse* de Van der Meersch. “Todo el mundo me amará”, aseguró la carmelita, y esto no destempla su humildad antes, a mi entender, la realza. Otros menos santos que el fraile y la monjita, sintiéndolo o dándose lo Dios a sentir, lo hubieran callado por *humildad*. Y aquí está lo malo, en tapar la verdad a título de humildad. ¡A ver si me explico y salgo del atolladero!

La vida de oración frecuente, el alejamiento de todo pecado, el despegue de cosas mundanas, la tranquilidad ante la muerte, la castidad del cuerpo y del alma, y el dar a la vida orientación trascendente infiltran en el espíritu del hombre, consagrado pura y únicamente a Dios, si no anda muy sobreavisado, la soberbia de la perfección. Es sutilísima y se cuela arrebozada con los capisayos de todas las perfecciones, incluso de la humildad. Porque existe la soberbia de la humildad —¡nada de paradojas!—, un poco

Otros, que pasan por más profundos, toman las aguas más arriba, y hablan de una tensión entre la nihilidad existencial, que somos por esencia, y la realidad existensiva, que somos por gracia. Aquélla, dicen, tira hacia la nihilidad o inexistencialidad; ésta, por lo contrario, tira a la existencialidad. Inexistencialidad y existencialidad,

parecida al error de la verdad y a la ignorancia del sabio, tan distintos del error y la ignorancia del zopenco.

El novicio del convento suele batir records de observancia regular, de modestia de los ojos, de horas y más horas hincado ante el Santísimo y de cilicios y disciplinas. ¿Pensando en Dios? Algunas veces sí; pero las más pensando en que se escribirá un día todo ello en el Menologio de su Orden y en que será leído en el refectorio ante la comunidad. Lucha el santo contra la soberbia de la santidad; lucha por sentir bajo de sí mismo, sobre todo cuando sus largas sentadas en los confesonarios le dejan ver vidas empedradas de pecado. Y no puede menos el pobre confesor, aunque no lo quiera, de compararlas con la suya, empedrada de vencimientos. Y para purificarse de la soberbia, de la soberbia de la santidad, se entrega a ingeniosas humillaciones; pero —ya lo he dicho—, también la humildad tiene su soberbia, polvo sutil como el de los venenos más activos.

Porque la humildad cuando es de veras y no de garabato, como la salud, menos se la siente cuanto más se la goza. Exige la humildad carretadas de fe, como que está perdido el humilde si llega a darse cuenta que es humilde. Cuando os diga alguno que por humildad aguanta este o aquel desprecio, esa o la otra burla, aconsejadle que no lo haga por humildad (que es hacerlo por finísima soberbia), sino porque es, en verdad, poca cosa, se lo merece y le cae muy justamente la befa (y entonces lo hará por humildad); decidle así, y veréis qué pronto el hombre se encocora y pierde los estribos, dejando traslucir a las claras que su humildad era de purísimo garabato.

La humildad es la verdad, dijo Santa Teresa. Y, a pesar de lo mucho escrito en torno a esta definición preñadísima, ¡cuánto jugo le queda aún por escurrir! Debo buscar eficazmente, y no de comedia, me tengan mis hermanos en poco o en nada, y debo aceptar gozoso (*¡go-zo-so!*: se dice tan fácilmente como difícilmente se practica) las desatenciones, los desprecios y acaso las injurias; y no por humilde (lo que es accidente de mi ser) sino porque soy vil, como dice San Bernardo, porque estoy amasado de vileza o de monstruosidad, porque la vileza es la esencia de mi ser. La humildad verdadera brota de la esencia. Por eso la definió *verdad* la santa de Ávila.

Cuando la atormentada monjita de Lisieux soltó aquello: "Todo el mundo me amará" y San Francisco lo suyo: "Veréisme un día adorado por el mundo entero", dijeron, al fin de cuentas, la verdad, con lo que probaron ser humildes. Dios se lo dió a entender así; y si no les mandó que lo callaran, hicieron bien en decirlo, para ponerse a salvo precisamente de sentir sobre ello humildemente, que habría sido sentir soberbiamente, es decir, mentirosamente.

Y el *poso de resentimiento* de no ser Dios Francisco y Francisco Dios, de que dije no estaba libre el santo, es un poso metafísico, y las escurrajas metafísicas ya pueden alborotarse, y ya podemos nosotros cobrar conciencia de su alboroto, que con eso no hacen ni más ni menos santo a nadie, haciéndole ciertamente menos memo.

por lo visto, juegan al juego de tirar la soga en los entresijos metafísicos del hombre. La inquietud humana, concluyen estos profundos pensadores, es reflejo de ese recóndito forcejeo.

Desparejo juego, si bien se mira; pues la inexistencialidad radical o esencial, entrañada en el *ens ab alio*, es pura nada, *pura putaque potentia*. ¡Y lleva las de perder la nada pura y reputada si se mete en competencia con su antagonista la realidad hecha y derecha!

El existencialismo ha traducido esta metafisiquería a un plano más real y a un lenguaje más doméstico, atribuyendo a la condición del hombre, constitutivamente mortal, la causa de la angustia y del tedio de vivir. Y como vivir es ir muriendo, y como la vida se alimenta de la muerte, en última instancia el continuo agonizar que es nuestro vivir viene a ser el fundamento último de la angustia y de la dicha, de la miseria y de la grandeza, de la finitud e infinitud y, en suma, del misterio, la paradoja y la monstruosidad humana.

Podría parecer lo dicho solución demasiado simple a un problema demasiado complejo. No tengo dificultad, si les parece, en llevar la cosa al plano metafísico, tratando de adivinar, por mi cuenta y riesgo, la ontología que afanosamente desde hace veintidós años viene meditando Heidegger.

El Dasein existe —*ex-sistit*—, esto es, se halla derramado *en las cosas* como en un término de llegada, habiendo partido de un metafísico y desconocido ente. Pero, además, el Dasein ecsiste —*ec-sistit*—, se halla derramado *en sus cosas* (amores, odios, angustias, temores, esperanzas), como un puerto al que ha llegado tras penoso itinerario, habiendo partido de un metafísico y archiincógnito *sí mismo*, de una desconocida y acaso incognoscible *yoiedad*, quizá la esencia del Dasein; esencia de la que Dios (Marcel), o el destino (Heidegger), o la nada (Sartre) le sacaron inconsciente y dormido como a un niño.

La problemática heideggeriana se ha lanzado ahora a buscar la metafísica que dé cuenta del yo, del yo atemporal, aespacial, descarnado y limpio de las cosas *de las cosas* y de las cosas *del yo*. ¿Logrará llegar a tal *endóstasis* óptica, tan inalcanzable como el éxtasis

místico? ¿Una metafísica de existencias no será tan imposible como una física de esencias? ¿O es la existencia existencialista una categoría metafísica que implica en sí la esencia, disolviendo para siempre el milenarismo binomio esencia-existencia, en cuyos pivotes acto y potencia giró hasta ahora la metafísica clásica?

Como los naldjorpas del Tibet lamaísta brincan al éxtasis atáxico a fuerza de mirarse el ombligo de hito en hito, así el existencialista pretende hallar la perfecta *endóstasis* o *enautóstasis* (ἐν αὐτῷ στάσις) contemplando el ombligo del yo. Vale la pena tener muy presente la observación de San Juan de la Cruz, varón ducho en achaques místicos, según el cual sólo en la perfecta *enzeóstasis* (ἐν Θεῷ στάσις) encuentra el hombre su *enautóstasis* (ἐν αὐτῷ στάσις). Porque sólo cuando sale de sí por la fe, la esperanza y el amor, se halla a sí mismo. Y en la medida en que más se obstina por adentrarse en su sí mismo, mediante el egoísmo, la desesperación o, lo que es peor, el pecado contra la luz, más sale de sí derivando por sendas de extravío.

En la metafísica existencial (y creo interpretar con lo que voy a decir el pensamiento de Heidegger) las raíces más profundas de la angustia, de la desazón vital y del irrequietismo ontológico del hombre clavan en la imposibilidad de la *enautóstasis* perfecta. Al no lograrla el existencialista se siente andar por la vida con las raíces al viento, como las plantas aladas, sin poder anclar jamás su propia esencia ignota en el fondo del ser. Por eso siente que su yo más íntimo deambula envuelto con mortaja metafísica padeciendo la peor derelicción, la derelicción de la esencia. El existencialista, pues, como el sediento del desierto, corre tras el espejismo de una metafísica esencial.

En tanto el místico creyente en las simas del éxtasis, en esa alta mar en que quedan muy lejos las costas del yo, al sentirse divinizado cree escuchar en lo íntimo de su ser el murmullo de la interna y divina acción creadora, conservadora y sobrenaturalizadora. Y es como si los latidos del corazón de Dios golpearan en el silencio del corazón del hombre. Porque en las alturas del éxtasis el supremo

enajenamiento, ese disolverse el extático en Dios, se convierte en ensimismamiento, en hallazgo del más recóndito yo.

### EL AUTÉNTICO VIVIR EXISTENCIALISTA

Al analizar el problema no encubro en mi alma el propósito de hostigar al existencialismo desde el baluarte de la filosofía escolástica. Semejante comportamiento me parece tan repudiable como el de aquel que, desde la ventana de su casa, insulta al hombre que pasa por la calle combado bajo el peso de sus congostas.

Yo trato de acercarme a ese hombre y no para pelear sino para abrazarle, abranzando en él lo mucho que lleva de verdad en sus afanes y de sinceridad en su corazón. Esto lo hago con tanta mayor honradez, y no por pose ni por cumplimiento ni por táctica para atraerle a mi parecer, por cuanto comprendo cada vez más que todos los discursos de los hombres a lo largo de la historia no son más que penosos descensos de buzos al fondo pelágico del misterio del ser, y que esos descensos, antes que conquistar la luz, logran tan sólo constatar la existencia de un imperio de tinieblas.

Flaco servicio hacen al aristotelismo y a la escolástica quienes creen que los problemas humanos suscitados cada día poseen ya su fórmula fija, su solución y clasificación intocable. Si así fuera, que por suerte no lo es, sería la escolástica un cementerio de momias de rostros vitrificados en milenaria inmovilidad.

¿Qué es vivir vida auténtica? Está ya dicho: para el existencialista lo es agonizar agonía auténtica, no agonía de zarzuela, ni de novela romántica, ni de sermón cuaresmal. Es vivir la paradoja de vida y muerte en que se resuelve, en última instancia, cada instante del existir. Es vivir sintiendo y sentir viviendo nuestra existencia inexistente y nuestra inexistencia existente, o, si se prefiere, el inexistente existencial y el existente inexistencial que es cada instante de la existencia nuestra. (Y tome el lector, se lo ruego, un papelito; haga un gráfico con todo esto, factoree los términos a su guisa, y



gócela jugando al juego de desentrañar el jeroglífico, con lo que acaso logrará desentrañar también el misterio entrañado en su vivir.)

En la frente del joven puede escribirse, con lenguaje de tómulos: "Aquí yace un niño." En el rostro del hombre el tiempo cifra, en arrugas no menos elocuentes que las palabras, esto otro: "Yace aquí un joven." Toda esta verdad, propia antaño de sermones de misión, con la que los predicadores bombardeaban el duro corazón del pecador hasta ablandarlo al arrepentimiento, ha saltado del lenguaje de los predicadores (los cuales hallan acaso más moderno y acomodado a los tiempos discutir sobre la cuestión social y la felicidad del matrimonio) a los filósofos existencialistas, aunque profesen declarado ateísmo, como Sartre, o, lo que es peor, traten de pasar en silencio cuando bordean el problema de Dios, como Heidegger y como Ortega.

La célula si vive hoy su vida efímera es a precio de la muerte de su madre, de la cual nació. Esta célula de hoy morirá a su vez muy luego, para dar vida a otra célula, en sucesión perpetua de muerte y de vida. Así este instante de mi magra existencia que ahora vivo, brota funambulesco de la muerte de mi instante anterior. Por eso por mi rostro, aun en las horas de más intensa dicha, paréceme que pasa errante la sombra de Caín.

La vida del hombre es, pues, por su constitución misma, muerte, sin paradojas, muerte, y el existir inexistir. Porque vida plena, vida siempre viva —vida Vida— vive sólo Dios, cuya plenitud de plenitudes y todo plenitud no depotencia muerte. Cuando el existencialista engruesa patéticamente el gáznate, se pone crepitante, y, como el tenor solista el do de pecho, suelta su plañido existencial invocando a la muerte, en el fondo no invoca nada más que a la Vida, esto es, a Dios. Hasta el existencialista ateo, las veces que grita despechado su dramática condición mortal, está revelando que le duele no ser Dios, está revelando que envidia la suerte de Dios. Todo lo cual es una forma de reconocerle y a la postre de hambrearle. El que tiene hambre de Dios, aunque a regañadientes y mal que le pese y mugiendo como las vacas bíblicas de Bethseme, va camino de Dios. Y, más



tarde o más temprano, si la muerte como un asaltante no le corta el paso, caerá en brazos de Dios. Por eso menos bárbaro me parece el existencialismo, esta poética aventura del pensamiento humano, que da vueltas de calesita iluminando con bengalas el drama del hombre, menos bárbaro, digo, que el culturalismo y la filosofía neovitalista, de cuyo adulterio el existencialismo nació, con algo de esa pureza de que a veces hace gala la hija de la concubina.

La trágica grandeza y la gran tragedia del hombre de carne y hueso no radica —acaso redunde repetirlo otra vez más— en la muerte y en la agonía vital, su preludio, pues también los animales mueren, sino en la conciencia de la muerte y la agonía. Klages advirtió con acierto que la conciencia es intemporal, y que la condición carnal del espíritu en esta vida, al temporalizar la conciencia, la sumerge en angustias mortales<sup>6</sup>. La autenticidad existencialista en el vivir es connotación de la toma de conciencia de nuestra temporalidad.

<sup>6</sup> Se ha llamado al hombre *Deus occasionatus*. Egregia definición que pertenece, según se dice, al cardenal Cusano (Ortega y Gasset: *Obras completas*, V, pág. 21). El hombre es Dios; pero *occasionatus*, esto es, encadenado a la ocasión, a la momentaneidad; Dios relámpago, si no ya relámpago de Dios. Y su tortura metafísica brota de ser un fogonazo, un guiño de luz de conciencia en la noche de la inconsciencia eterna. No andaba del todo mal Unamuno cuando llamaba a Dios *Conciencia del Universo*, pese al saborcillo panteísta de la frase.

Klages, a quien recuerdo ahora, afirma la intemporalidad de la conciencia asentando que la angustia humana es el jadeo de la conciencia intemporal al sentirse temporalizada. Lo mismo cabría decir de cualquiera de las propiedades esenciales del espíritu. El que piensa con un poco de rigor el asunto de la libertad humana se da luego cuenta de que si el hombre es libre es en cierto modo creador, sí, *creador*, en toda la majestad de la voz. Y la querrela de cuatrocientos años entre los escolásticos por armonizar el acto libre humano con el concurso divino (premotivación física dominicana *versus* concurso indiferente, empapado en ciencia media, molinista) es en el fondo un debate entre antropocentristas y teocentristas, como agudamente lo notó Maritain en su *Humanismo integral*. Quien presuma darles a los hombres libertad, lo que por libertad entienden los hombres, será a precio de entregarles algo del don divino creativo, o, en otros términos, un cachito de autonomía operativa.

La acción de crear, embebida en el acto electivo, tiene su complacencia particular, la de toda actividad, y es la fruición suprema del espíritu. La felicidad de Dios —actualidad eterna de amor— es crear o, dicho mejor, crearse eternamente y *serse*; pues no podemos pensar con más acierto de Dios, desde nuestro rincón, que concibiéndole *el que se es*.

Pero la fruición suprema de Dios (en la antropomorfización que de Él nos vemos forzados a hacer) no debemos fijarla en *serse* Él mecánica y fieramente, sino consciente

La conciencia de nuestra temporalidad es la jaula del corazón ansioso de inmortalidad. La eternidad, *proprium* de la existencia esencial, acaso porque carecemos de ella, es lo único que conocemos a punto fijo acerca de Dios. Sabemos que Él es, pero no sabemos cómo es. Este loco anhelo mío de inmortalidad es un larvado anhelo de Dios. De aquí, según colijo, el existencialismo, al llevar al hombre a tête-à-tête con Dios, toca los bordes: o del satanismo nietzscheano (“¿Por qué Nietzsche no es Dios? y ¿Dios por qué no es Nietzsche?”), o del agonismo unamunesco (“¡O todo o nada! Quiero yo ser todas las cosas y serlo para siempre jamás”), o de la fe cristiana (“El hombre es un misterio para el hombre”), que nutre las raíces del espíritu con jugos de humildad, de esperanza y de amor.

Pero esta fe humilde no vaya a creérsela una panacea para vivir sin inquietudes, o un refugio de la ignorancia. Anda el cristiano más inquieto y acongojado con su fe que el ateo con sus zozobras, materiales casi todas y por ende despreciables. Y nada me sulfura tanto

y libremente; como quiera que debemos proyectar, en nuestros atisbos al infinito, nuestra lumbre más excelsa. No está mal, pues, definir a Dios: *Elección eternal de sí mismo*. Y su felicidad le brota del juego inefable de ese su divino poderío electivo.

También el hombre, porque es libre, crea y creando goza. Pero, ¡ay!, que crea (estrechado en tiempo y espacio y limitado en sus esencias y posibilidades) hijos circunstanciales, esclavos del tiempo y del espacio. Y estos sus hijos son él mismo. Se crea, pues, a sí mismo circunstancial, ocasional y limitado. Hambreado *serse* señor *se es* esclavo. Ansiando *serse* Dios *se es* cosa, pequeña cosa roma y cerrada en su minusvalía. Es por tanto dios, porque crea; pero dios de farándula, por *cómo crea*. ¿Y su dolor? Su dolor se parece al del payaso vestido de rey, quien, tomando en serio sus mandatos, los presumiera extender a toda la comedia del mundo.

Bien dijo, pues, el que del hombre dijo *Deus occasionatus*, Dios de la farándula mundanal, con pujos de convertirse en Dios del Universo, dios histriónico, ganoso de salirse a mandar más allá del escenario.

Cada acto de elección, como cada acto de conocimiento o de amor, en el hombre, si apareja un gozo también trae un dolor, un dolor de insatisfacción. Porque el hombre está abierto al infinito y no se sacia con menos que con una apropiación de la libertad, del conocimiento y del amor, que es Dios en su esencia. ¿Cómo se apropia el dios ocasionado al Dios ocasionante? Lo dice la teología de la Gracia y su decir es inefable.

No se le alcanza a Klages, claro está, ni poco ni mucho de estas teologías; y a afirmar la intemporalidad de la conciencia le impeic únicamente el desvaído panteísmo, que lleva en el fondo, un poco ahogado por carretadas de materialismo freudista y de neovitalismo culturalista.

como cuando oigo que me dice el descreído: “¡Si yo tuviera su fe...!”; como si quisiera hacerme entender que su ateísmo le trae a él inquieto; en tanto que mi fe me sumerge a mí en una beata estupidez. ¡Oh idiota! ¡No se te figura lo que a mí me duele Dios, mi Dios! ¿O crees, pobre hombre, que mis creencias son opio y adormidera, y que la fe tiene la virtud de anestesiar me el corazón?

“El universo visible —escribe Unamuno en el capítulo III de su *Del sentimiento trágico de la vida*—, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más y cada vez más, quiero ser yo y, sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. De no serlo todo y por siempre, es como si no fuera. Y por lo menos ser todo yo, y serlo para siempre jamás. Y ser yo es ser todos los demás. ¡O todo o nada!

”¡O todo o nada! Y ¿qué otro sentido puede tener el ser o no ser, *To be or not to be* shakesperiano, el de aquel mismo poeta que hizo decir a Marcio en su *Coriolano*, que sólo necesitaba la eternidad para ser dios: *he wants nothing of a god but eternity*? ¡Eternidad, eternidad! Éste es el anhelo; la sed de eternidad es lo que se llama amor entre los hombres; y quien a otro ama es que quiere eternizarse en él. Lo que no es eterno tampoco es real.

”¡Todo pasa! ¡Tal es el estribillo de los que han bebido de la fuente de la vida, boca al chorro, de los que han gustado del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal! ¡Ser, siempre, ser sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más! ¡Hambre de Dios!; ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios! “¡Seréis como dioses!”, cuenta el Génesis que dijo la serpiente a la primera pareja de enamorados. “Si en esta vida tan sólo hemos de esperar en Cristo, somos los más lastimosos de los hombres”, escribía el Apóstol (I Cor., XV, 19), y toda religión arranca históricamente del culto a los muertos, es decir, a la inmortalidad.”

## EL HOMBRE ES OBJETO DE FE PARA EL HOMBRE

No ha disimulado Unamuno, ni ha pretendido disimular, que también a él, como a Nietzsche, en la médula del alma le dolía Dios. ¿Qué otra cosa sino hambre de Dios entrañan esas sus alocadas ganas de adentrarse la totalidad de las cosas visibles e invisibles? Ser él mismo el que era y a la vez serlo todo y extenderse a lo ilimitado del espacio y prolongarse en lo inacabable del tiempo ¿no es anhelo de engullirse a Dios, panteísticamente disuelto en el universo? Porque eran píldoras de Dios, o Dios en píldoras, lo que buscaba aquel gran corazón para calmar sus ardores insanables.

Ésta es la trágica disyuntiva a que arriba quien se arroja a caminar o a reptar por las cavernas misteriosas del hombre, iluminadas por una temblorosa luz de paradojas: o inmortalidad o monstruoso aniquilamiento; o desesperación nietzscheana o fe cristiana. La cual —conviene repetirlo una vez más— es desesperada esperanza de Dios, no menos patética ni menos sangrienta que la desesperada esperanza unamuniana de adentrarse en su yo el universo entero sin perder su yo.

El hombre es objeto de fe para el hombre, no me cansaré de repetirlo, y de esta suerte su grandeza arranca del fondo de su miseria. Dios le ha alzado al orden sobrenatural en el ser, en el conocer y en el conocer su ser, el sobrenatural y el natural, o dicho mejor, en el desconocerlo. Porque no puede penetrar en el misterio de su corazón camina entrañas adentro iluminado por la fe y ensombrecido por la fe; que es la fe sombra luminosa y luz ensombrecida. Y toco acá un tema delicioso al que volveré otra vez dedicándole un artículo entero.

No, no sé señalar yo la causa recóndita de la insatisfacción humana. En el fondo del abismo del hombre ando a ciegas. No es la fusión de espíritu y materia, ni la puja entre inexistencialidad esencial y existencialidad gratuita, ni un resentimiento nietzscheano

contra Dios, ni el hambre inmortal de inmortalidad, ni mucho menos la riña maritainiana entre individuo y persona, lo que a ti y a mí y al de más allá nos trae desazonados. De nada de eso arranca el sentimiento trágico de la vida y el resentimiento cómico de la muerte que nos corroe. Para mí, y piense cada cual lo que quiera, la dolencia radical del hombre brota del misterio del hombre; y cobrar conciencia del misterio no cierra mis puños para la blasfemia sino que dobla las rodillas de mi espíritu en temblorosa oración.

Voy a citar una vez más a Unamuno, el hombre que vivió auténtico vivir existencialista, *sub specie mortis*, precisamente porque no logró vivir auténtico vivir superexistencialista, *sub specie mysterii*, bajo las sombras del misterio:

“Como Pascal, no comprendo al que asegura no dársele un ardite de este asunto, y ese abandono en cosa en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me entenece, me asombra y me espanta, y el que así siente es para mí, como para Pascal, cuyas son las palabras señaladas, *un monstruo*.”

¡AGRANDA LA PUERTA, PADRE!

Si en el camino a Zamora, que tantas tardes caminó Unamuno, dejando a sus espaldas a Salamanca anegada en el oro de sus piedras, si le hubiera salido al paso Ignacio de Loyola, su paisano, habrían hablado, acaso, ambos vascos recios y sinceros, de esta suerte:

—¡Cesa, Miguel, de platicar contigo y óyeme, por favor, óyeme! Yo sé que tratas de discurrir con los pies, por este soledoso camino regado de historia, para dar un descanso a los discursos de tu cabeza. ¡Pero no, no lograrás jamás darte descanso! Anda y andará siempre tu razón errando más, mucho más, que tus errabundos pasos.

Créeme, Miguel, que generoso es Dios en galardonar a sus creaturas cuando éstas le rinden el obsequio de su inteligencia por medio de la fe. Las veces que el hombre ofrece a Dios el holocausto de su razón le da lo único propio, que misteriosamente posee, su libertad.



Tú lo sabes mejor que yo. Tú eres sabio. Pero acaso no sabes que sólo ama a Dios quien su santísima voluntad acata; y a mayor acatamiento, mayor amor. Por donde morir es amar, y es amar vivir, cuando vida y muerte con todo lo que ellas llevan se deja en las manos de Dios.

Ese ensimismamiento tuyo, Miguel, es idolatría. Le quitas a Dios lo que de Él es; tu yo, tu intimísimo yo. ¡Y anda con tiento, porque el pecado del ángel fué ensimismarse, cerrarse en su yo! Quieres tú adentrarte la totalidad de las cosas visibles e invisibles, quieres serlo todo y para siempre, sin perder la conciencia de tu yo, quieres egocentrificar tu yo en medio del universo. Eso es satanismo, Miguel, purísimo satanismo. . .

—Yo soy el centro de mi universo, el centro del universo; y en mis supremas angustias siento que me arrebatan mi yo, y grito desesperado: “¡Mi yo, que me roban mi yo. . . !”

—Pero, Miguel, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

—¡De nada, de nada! Porque esa su alma vale por todo un universo; que nada hay más universal que lo individual. Vale cada hombre más que la humanidad entera, ni sirve sacrificarse cada uno a todos, sino en cuanto todos se sacrificuen a cada uno. Eso que tú, Ignacio, llamas egoísmo, y que en mí censuras, es el principio de la gravedad psíquica, el postulado necesario. “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, se nos ha dicho. Pero ¿es que cada cual se ama a sí mismo? ¿Es que alguna vez se me ha dicho: ¡ámate!? ¿Y puedo amar al prójimo si no me amo a mí mismo?

—Miguel, Miguel, no sé qué más te diga. Sólo sé que desde que salí de mí mismo y puse mi vida en las manos de Dios me hallé a mí mismo; y amándole a Él aprendí a amarme. Si no quieres salir de ti, al menos, Miguel, quiere quererlo. . .

—¡No, no quiero salir de mí, ni quiero quererlo, ni quiero querer quererlo; no quiero, no, en sincategoremática cadena de nones. Quiero vivir siempre, siempre; y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí. Y amo al prójimo y a la totalidad de las



cosas porque vive él y viven ellas en mí. ¡Oh, quién pudiera prolongar este dulce momento y dormirse en él y en él eternizarse! ¡Ahora y aquí, a esta luz discreta y difusa, en este remanso de quietud, cuando está aplacada la tormenta del corazón y no me llegan los ecos del mundo! Duerme el deseo insaciable y ni aun sueña; el hábito, el santo hábito reina en mi eternidad. Han muerto con los recuerdos los desengaños y con las esperanzas los temores. ¿Y vienes tú, Íñigo, queriendo engañarme con un engaño de engaño? ¿Orgullo es querer ser inmortal? ¿Que sueño...? ¡Déjame soñar! Si ese sueño es mi vida no me despiertes de él. ¡Creo en el inmortal origen de mi anhelo de inmortalidad, que es la sustancia misma de mi alma!

—Y ¿para qué quieres ser inmortal?

—¿Para qué No entiendo la pregunta, francamente, porque es preguntar la razón de la razón, el fin del fin, el principio del principio. No, yo no me someto a la razón ni a las razones y me rebelo contra ellas. Tiro a crear en fuerza de fe a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los astros; porque si tuviéramos fe como un grano de mostaza diríamos a ese monte: pásate de ahí, y se pasaría; y nada nos sería imposible<sup>7</sup>.

—¡Miguel, Miguel, que fracasa en ti no un poeta, de lo que andas siempre dolorido, ni un filósofo, que poco monta, sino un santo, un santo de primer orden, que tiene para serlo todo el carácter y toda la austeridad de los santos...!

Aquella noche, la del 29 de octubre de 1936, Unamuno se acomodaba a su mesa de trabajo, en el pequeño cuarto del primer piso cuya ventana abre a la calle de La Compañía, y escribía:

AL CUMPLIR MIS SETENTA Y DOS AÑOS

*Un ángel, mensajero de la vida,  
escoló mi carrera torturada;  
y desde el seno mismo de la nada  
me hiló el hilillo de una fe escondida.*

<sup>7</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. III, *El hambre de inmortalidad*.



LÁMINA 12

Lám. 12. IGNACIO DE LOYOLA (1491-1556).  
(Eliás Salaverría).

*Volvióse a su morada recogida,  
y aquí, al dejarme en mi niñez pasada,  
para adormirme canta la tonada  
que de mi cuna viene suspendida.*

*Me lleva, sueño, al soñador divino,  
me lleva, voz, al siempre eterno coro,  
me lleva, suerte, al último destino,*

*me lleva, ochavo, el celestial tesoro,  
y ángel de luz de amor en mi camino  
de mi deuda natal lleva el aforo.*

Dos meses después, el 31 de diciembre de 1936, rendía su espíritu al Creador el sentimentalista trágico de la vida y de la muerte. Poco antes, presintiendo acaso su inminente fin, había escrito este pequeño poema, que, como el anterior, doy ahora a publicidad por la primera vez:

*Agranda la puerta, Padre,  
porque no puedo pasar;  
la hiciste para los niños,  
yo he crecido a mi pesar.*

*Si no me agrandas la puerta  
achícame, por piedad,  
vuélveme a la edad bendita  
en que vivir es soñar.*

*Gracias, Padre, que ya siento  
que se va mi pubertad,  
vuelvo a los días rosados  
en que era hijo no más.*

*De mis hijos hijo ahora  
y sin masculinidad,  
siento nacer en mi seno  
maternal virginidad.*

*SEGUNDA PARTE*

*CARTAS A J. ILUNDAIN*

*I. INTRODUCCIÓN*

*II. EPISTOLARIO*

*III. EPILOGO*





*INTRODUCCIÓN*

I



## INTRODUCCIÓN

*“Oh, hermano León, ovejuela del buen Dios! Aunque uno de nuestros hermanos hablare todas las lenguas de los ángeles y de los hombres y aunque resucitase a un muerto de cuatro días, escribe que no hallará en ello perfecta alegría.*

*“Y aunque conociere todos los secretos que hay bajo la tierra y los que sepulta el mar, y aunque entendiere lo que dicen los rumores del viento en la selva y descifrare el lenguaje de las aves y de las cataratas, escribe que no alcanzará la perfecta alegría.*

*“Y aunque llegare a descubrir todos los enigmas que se esconden más allá de las estrellas y penetrare en los misterios de Dios, escribe que no hallará la perfecta alegría.*

*“Y aunque Dios mismo le regalare con su sabiduría y le inflamare el corazón con su amor, escribe que, si es el hombre el que conoce y el que ama, todavía no llegará a la perfecta alegría.”*

A la manera de  
SAN FRANCISCO

### I

## HAMBRIENTO DE DIOS

### JUNTO A LA MÉ- DULA DEL ALMA

Este duelo epistolar entre un creyente y un incrédulo, que doy ahora a publicidad, deja al descubierto el espíritu de Unamuno en toda su trágica desnudez e intergiversable autenticidad. Sería gravísimo error clasificarle de demoledor, de nihilista, de calamburero, que quemó lo mejor de su ingenio en retruécanos y paradojas sin sustancia, y no reconocer su espíritu esencialmente religioso; como que para él vivir fué gemir sin descanso buscando el más allá. Y esto no lo digo por decir ni por ponerle cadencias al período con frases de relleno.

En el medio hostil de sus amigos escépticos y descreídos luchó, desde la más temprana juventud, por mantener incólume la estima de

los valores eternos. Bregó incansablemente por despreocuparse del *más acá*, en que estaban ellos anegados, para vivir, con sangriento patetismo, el *más allá*, cuyos enigmas torturaron, setenta y dos años arreo, su alma medularmente religiosa.

Desde la primera a la última, estas treinta y seis cartas revelan una inquietud religiosa, como apenas podrían expresarla las cartas de un San Agustín, un San Ignacio de Loyola, un Pascal, un Kierkegaard.

El meollo del alma de Unamuno lo envuelven dos zonas concéntricas. En la más exterior libra batallas la heterodoxia de su cabeza protestante con la ortodoxia de su corazón católico, como lo dije a la larga en capítulos anteriores. En la zona más próxima a la médula de su espíritu bulle una sola preocupación, la que ni por un momento deja de batir su alma, y esa preocupación es Dios y la inmortalidad. Le agitó excesivamente el problema de Dios. Fué enfermo de Dios. Dios le dolía como podía dolerle el corazón. La frase es suya.

Sin Dios, sin el más allá, esta vida no sólo se le volvía miserable sino todo una crueldad. Las cinco vías tomistas, con las que desde siglos se viene probando la existencia de la Causa primera, no a toda inteligencia conducen a Dios. Ciertamente a Unamuno no lograron persuadirle; y por eso las combatió, con más sinceridad que inteligencia, en muchos de sus escritos y principalmente en el capítulo VIII de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Como buen sentimentalista se había pronunciado por la *cardíaca* contra “la cochina *lógica*” en sus Comentarios a la *Vida de Don Quijote*. Era, pues, muy *lógico* consigo mismo y muy *cardíaco* al amparar su fe en Dios con las sinrazones del corazón que la razón no alcanza. después de haber combatido las pruebas de la razón.

Y midiendo a los demás por sí mismo y creyendo que lo que le pasaba a él en sus adentros ocurría igual en los adentros de los demás, no sólo rechazó sino que hizo ludibrio de cuantos razonamientos se han hecho en orden a cimentar racionalmente la realidad de Dios.

Como le bastaba a él y le sobraba con su *cardíaca* para aferrarse a Dios, “para, no sólo creer en Dios, sino para querer que haya y crearle —¡crear a Dios, sí, crearle!—, porque creer en Él es en

cierto modo crearle, aunque Él nos cree antes” (como dice, con no poco arrebató lírico, jugando con los planos del *ser* y del *conocer*; dado que quien conoce —como San Agustín decía— en cierta manera crea), como le bastaba —digo— a él con su corazón para justificar racionalmente, o cordialmente, su creencia en Dios, así creyó que a todos los otros hombres debía también bastarle. Y en esto marró.

Rechazó los soportes racionales de la fe en la existencia de Dios —como nota muy bien Julián Marías— asentando que nada prueban a ninguna inteligencia. Y este error *in fide*, solemnemente condenado por el Concilio Vaticano, lo estampó en sus libros sin sustituir las pruebas que deshacía por otras más sólidas y eficaces, que no se puede ciertamente tener por tales a las sinrazones de la *cardíaca*...

Me replicaría Unamuno, caso de oírme —lo sé—, que las razones del corazón son sinrazones, y por ende in formulables. Me diría que a Dios, como a la belleza y al amor, se lo siente, y que es inútil pretender hacérselo sentir a cuantos carecen del sentido de Dios. Y esto último no lo niego yo —¡qué he de negarlo!—. Pero no le regaño por esto. Le regaño por haber demolido las pruebas racionales teniéndose él por *arracional* (no quiero decir por *irracional*, aunque es la palabra propia). Le regaño por haber dejado sin resguardos lógicos a cuantos no piensan con el corazón ni les conmueven sus sinrazones. No le peleo por lo que afirma sino por lo que niega.

Aunque de verdad, ninguno que haya entendido, con un *mínimum* al menos de solidez, los argumentos tradicionales sentirá tambalear su fe por las acometidas unamunianas. Son éstas de tal endeblez que nada socavan ni pueden socavar. Son “intelectualmente deleznales —dijo J. Marías— y no representan ningún esfuerzo sustantivo por esclarecer racionalmente el problema.

”Partiendo del supuesto de que la razón es impotente, y, por tanto, huelga todo intento de alcanzar la verdad por medio de ella, quédale por única vía para llegar a Dios el corazón, en el doble sentido de sentimiento y de voluntad. Y en esta lucha, en este anhelo sentimental de Dios, movido por su afán de inmortalidad, se detiene morosamente Unamuno, sin ser capaz nunca de poner en marcha sus facultades.



tades para intentar de verdad conocer. Por esto acepta sin dificultad la doctrina de Schleiermacher, quien pone la esencia de la religión en el *sentimiento de dependencia*"<sup>1</sup>.

#### KANTISMO TRASNOCHADO

En páginas más arriba dejé dicho que las ideas religiosas de Unamuno, ideas a la postre de un sentimentalista o de un cardíaco, no tienen por debajo ninguna compacta urdimbre filosófica que las sustente. Es sencillísima la filosofía improvisada en *Del sentimiento trágico de la vida*, la que muy bien puso en solfa Miguel Oromí. Como el andaluz del cuento metió el puño en la boca del tigre, le cogió el rabo por dentro, tiró luego y lo volvió de revés, así hace Unamuno con Kant: cógele el rabo por dentro, tira de él y saca un Unamuno al derecho o un Kant al revés. Con la diferencia —¡y vaya una diferencia!— de que al tudesco le apasionaba su idealismo trascendental, en tanto que al vasco le importaba una higa de su cordialismo trascendental. Lo que no era ultratumberías no le inquietaba ni poco ni mucho.

De aquí que por toda filosofía quedóse con algunos recuerdos kantistas de sus estudios en Madrid, cuando muy mozo, casi un niño, de los que no pasó. En presencia, pues, de un problema filosófico, como el de la existencia de Dios, desenvainó las ideas melladas del viejo Kant y, entendiéndolas a tuertas o a derechas, las esgrimió, untándolas, eso sí, con un poco de poesía y un mucho de audacia, y presto las metió en vaina.

Como gato por brasas pasa por los temas filosóficos, sabiendo él mejor que nadie que allí no pisa fuerte. Invariablemente, cuando saca a relucir un tema de éstos, suelta un preciosismo poético o una ingeniosidad literaria, cuando no una paradoja o una barbaridad para remejer al burgués, y se sale luego por peteneras, cortando derecho

<sup>1</sup> JULIÁN MARÍAS: *Miguel de Unamuno*, cap. VII *La religión en la obra de Unamuno*, Madrid, 1943.

a sus teorías teológicas o sentimentales, las que trata bien de quedo y con mayor firmeza y copia de erudición.

Contra las pruebas tradicionales de la existencia de Dios —como iba diciendo— sacó a relucir su Kant, su Kant entendido a medias en la Facultad de Filosofía de Madrid, su Kant leído a los dieciocho años; y lo sacó de su memoria como en ella lo dejó entonces, sin dársele un ardite de los avances de la filosofía en los últimos cien años, después de muerto Kant, y sin preocuparse ni mucho ni poco de las corrientes filosóficas actuales, las cuales están de vuelta del tudesco y bien curadas de su idealismo trascendental.

Y es de ver la frescura con que, después de soltar las cuatro frescas apuradas y destrabadas, que arroja contra las cinco vías tomistas, va a lo suyo y se pone a gritar que si no hay Dios es preciso fabricarle para no asfixiarnos en este mundo, para no vernos precisados a pegarnos un tiro en presencia de la *Nada* sartreana, (a éste, claro está, no lo nombra ni lo hubiera podido sufrir, como no sufrió a Le Dantec ni a Voltaire ni a ningún descreído francés) y para no ser unos miserables, los más miserables de los hombres, *miserabiliores omnibus hominibus*.

Veán cómo respiran idealismo kantiano (de un Kant fresquito, bebido en su misma fuente, y no en las conservas ni en las acomodaciones que de él hacen los modernos) estos párrafos de *Del sentimiento trágico de la vida*: “El Dios lógico, racional, el *Ens summum*, el *Primum movens*, el Ser Supremo de la filosofía teológica, aquel a que se llega por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, *via negationis*, *eminentiae*, *causalitatis*, no es más que una idea de Dios, algo muerto. Las tradicionales y tantas veces debatidas pruebas de su existencia no son, en el fondo, sino un intento vano de determinar su esencia; porque, como hacía muy bien notar Vinet, la existencia se saca de la esencia, y decir que Dios existe, sin decir qué es Dios y cómo es, equivale a no decir nada.

”Y este Dios, por eminencia y negación o remoción de cualidades finitas, acaba por ser un Dios impensable, una pura idea, un Dios de quien, a causa de su excelencia misma ideal, podemos decir que no

es nada, como ya lo definió Escoto Erígena: *Deus propter excellentiam non immerito nihil vocatur*; o con frase del falso Dionisio Areopagita, en su *Epístola V*: «La divina tiniebla es la luz inaccesible en la que se dice habita Dios». El Dios antropomórfico y sentido, al ir purificándose de atributos humanos, y como tales finitos y relativos y temporales, se evapora en el Dios del deísmo o del panteísmo.

”Las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios refiérense todas a este Dios-Idea, a este Dios lógico, al Dios por remoción; y de aquí que en rigor no prueben nada, es decir, no prueban más que la existencia de esa idea de Dios.

”Era yo un mozo que empezaba a inquietarme de estos eternos problemas, cuando en cierto libro, de cuyo autor no quiero acordarme, leí esto: «Dios es una gran equis sobre la barrera última de los conocimientos humanos; a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira.» Y escribí al margen: «De la barrera acá, todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él; Dios, por lo tanto sobra.» Y respecto al Dios-Idea, al de las pruebas, sigo en la misma sentencia. Atribúyese a Laplace la frase de que no había necesitado de la hipótesis de Dios para construir su sistema del origen del Universo, y así es muy cierto. La idea de Dios en nada nos ayuda para comprender mejor la existencia, la esencia y la finalidad del Universo. . .

”Y si del modo de ser del Universo pasamos a lo que se llama el orden y que se supone necesita de un ordenador, cabe decir: que orden es lo que hay y no concebimos otro. La prueba ésa del orden del Universo implica un paso del orden ideal al real, un proyectar nuestra mente afuera, un suponer que la explicación racional de una cosa produce la cosa misma. . .”<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Del sentimiento trágico de la vida, VIII De Dios a Dios.* Hay una diferencia fundamental, y no de forma sino de fondo, entre los ataques al cristianismo de Voltaire, por ejemplo, y los de Hegel. Aquél conoce el cristianismo, el genuino que le enseñaron cuando muchacho, y a ese auténtico cristianismo lo vuelve blanco de sus sarcasmos y de sus befas. Azuza Voltaire la chusma humana para que siga eligiendo a Barrabás en vez de Cristo. Es Voltaire un enemigo envenenado y perjudicial, porque recama sus insultos no sólo de belleza literaria sino de ingenio y de gracia, lo cual, como es

Y con lo citado baste para dejar suficientemente demostrada la endeblez de la argumentación de Unamuno. Vuelvo a decirlo: sus objeciones contra las pruebas clásicas son tan soberanamente ingenuas que parecen escritas como de encargo para seminaristas, para que hagan en ellas sus distingos y ringorranos en los ejercicios dialécticos de los *círculos* y disputaciones. Por supuesto, Unamuno sabía muy bien, archi lo sabía, que con sus objeciones no haría tambalear el dogma ni temblar el misterio. No se tomó el trabajo de leer las

sabido, deslumbra a los hombres. Sus ataques a Cristo y al cristianismo son enconados, pero tiene al menos la honradez de no sofisticar a Cristo ni adular la esencia de la fe cristiana.

¡Hegel, no! Hegel, con toda seriedad, le pone a Cristo las barbas de Barrabás. Adultera a Cristo y al cristianismo, que es la manera más eficaz de desterrarle de la tierra. Las turbas no tienen ahora remedio, porque no pueden saber dónde está Cristo, ni si quiera para odiarle, cuánto menos para arrepentirse de su odio y para amarle. Entre un mundo que insulta a Jesucristo y otro mundo que lo arroja de sí, adulterándole, no puede haber elección. Se ha dicho mil veces, y con razón, que el desprecio es peor que el odio. Pues bien, Hegel adulteró los dogmas esenciales del cristianismo: el de la naturaleza caída, el de la redención, el de la gracia. Y así adulterados los hizo encajar dentro de la órbita de su filosofía. Con toda razón Kierkegaard se indignó contra él (*Diario*; Papirer, 1850, X2, A426), denunciando sus métodos sofisticadores y condenando su deshonestidad dialéctica.

Tras la huella de Hegel ha seguido toda la filosofía heterodoxa moderna, consumando el crimen, no de perseguir a Dios sino de sofisticar la idea que de Él hace la filosofía católica. Esta sofisticación es la manera más eficaz de neutralizar su interna acción en las almas y de ahogar su mensaje al mundo con chicaneos dialécticos.

Unamuno, pese a su sinceridad, deja entrever a las claras en los párrafos ahora citados no haberse librado de la común epidemia hegeliana. Le ha hecho decir a la escolástica lo que ésta jamás ha dicho. Y no por maldad, sino por haberse quedado con nociones de catecismo a medio entender, sin alcanzársele jamás la esencia del dogma. "Las tradicionales —dice— y tantas veces rebatidas pruebas de la existencia de Dios no son, en el fondo, sino un intento vano de determinar su esencia; porque, como hacía notar Vinet, la existencia se saca de la esencia. Y decir que Dios existe es decir qué es y cómo es." Este párrafo, con el que comienza su exposición filosófica sobre el Ser Supremo, es más que suficiente para documentar que su autor no ha leído desgraciadamente (y si las ha leído no las ha entendido) las tradicionales pruebas tomistas. Porque no sólo no acepta Santo Tomás demostración ninguna *a priori*, pero ni siquiera *a simultaneo*. Jamás la filosofía de la escuela ha pretendido *definir* a Dios. "Si lo defines ya no es Dios", decía San Agustín. Ella deduce la existencia del Ser Supremo de la existencia de este mundo, y nada más.

El problema de Dios, en última instancia, es el problema del hombre y del mundo. Sin Dios, éstos, por carecer de razón suficiente, se resolverían en un torbellino de nadas. No se trata, pues, de determinar la esencia divina ni se ha pretendido jamás definir a Dios. La filosofía católica afirma que Él existe, sin saber cómo existe. Y, cierta-

objecciones contra la existencia de Dios propuestas por Santo Tomás, según la costumbre del Santo, antes de asentar las pruebas tradicionales. No imaginó siquiera el honrado vasco que el propio Santo Tomás había apurado dichas objeciones con tanta fuerza y valentía como, en cinco siglos, nadie lo hizo igual, ni siquiera el mismo Kant.

“No ha sido preciso esperar a Kant —escribe Sertillanges— ni al criticismo moderno para someter a crítica verdadera las célebres demostraciones. Los reparos amontonados ahora contra dichas demostraciones sólo tendrían cierto valor si se hubiera probado primero

mente, no es necesario penetrar en su esencia ni en su existencia para saber que existe. Dios no existe como existe el hombre. Nada posee Dios ni puede poseer en comandita con el hombre. Cuando, pues, de la existencia del mundo y del hombre deducimos, *via negationis, eminentiae, causalitatis*, la existencia de Dios, en resumidas cuentas, se concluye sólo la insuficiencia del mundo y del hombre. Para que el universo no quede en el aire nos vemos precisados a admitir un pilar que clava en la bruma del misterio de Dios. Ese pilar son las cinco vías. El supremo conocimiento que de Él podemos tener es saber que está por encima de todos nuestros pensamientos.

Establece, por tanto, Unamuno, como primer paso, una hipótesis falsa, hipótesis que no trepida en atribuir al cristianismo; y a renglón seguido se da el gusto de rebatirla. Las pruebas de la existencia del Ser Supremo nunca han pretendido *determinar la esencia divina*, como Unamuno asegura. Conoció, sin duda, la crítica llevada contra dichas pruebas por Eduardo Le Roy, y la aceptó sin advertir que éste, como Hegel y como Kant, adolecía de una perniciosa *ignoratio elenchi*. Faltóle gramática, como se dice. Contra lo que creyó Le Roy, Santo Tomás nunca pretendió demostrar que si existe un hombre, éste es una anilla de una cadena en cuyo término hay un gran papá, abuelo de una serie unívoca, y parecido al hombre aunque bastante mejorado. ¡No, Dios no es un eslabón unívoco! Dios permanece soledoso en su trascendencia infinita, separado de los hombres y de los ángeles por abismos insalvables. Sería blasfemo concebirle de nuestra hechura. La noción de ente, que le empareja con nosotros, es una noción análoga, ananoéticamente captada en el analogante hombre y proyectada luego al infinito, como puente tendido desde el ser-hombre al misterio insondable del ser-Dios.

Dios se oculta tras una nube de misterios, decía lindamente Dionisio Areopagita. Y Él está allí para que este mundo no se derrumbe ni se nos convierta en caótico montón de sombras sin sustancia. Y ante el misterio de Dios, velado a nuestra inteligencia por exceso de luz, caemos de rodillas, porque la razón del hombre cuando llega, a través de lejanísimos atisbos, a captar, *via negationis, eminentiae, causalitatis*, el Infinito, ya está adorándole. *In finem nostrae cognitionis Deum tanquam ignotum cognoscimus*, conocemos a Dios como incognoscible al término de todos nuestros estudios.

Quien sepa leer el alma de Unamuno reconocerá que en el fondo su cabeza ataca al Dios leibniziano, nacido de optimismos cosmológicos, y al Dios-idea del panteísmo hegeliano, recalentado por el inmanentismo moderno. Pero su corazón, el corazón de Unamuno, está postrado de rodillas ante el Padre de Jesucristo, ante el Dios de la revelación cristiana, del cual el Dios de la escolástica prepara los caminos.



la filosofía que los sustenta. Pero es esta filosofía precisamente, es el idealismo de Kant lo que está en tela de juicio. Las objeciones reales las adelantó Santo Tomás. Y cuantos presumieron hasta ahora discutir a fondo la cuestión no hicieron otra cosa que repetir al Angélico, aunque no siempre han tenido la honestidad de estampar en sus escritos las soluciones del Angélico”<sup>3</sup>.

No voy yo en estas páginas a tomar a pecho los reparos de Unamuno. Daría prueba con ello de haber tomado en serio lo que el escritor, por puro artificio literario, anticipó, como un prenotando y engaste, para que resaltaran mejor los ardientes reclamos de su cardíaca. Quien quiera leer, expuestas con toda transparencia, las respuestas a Unamuno y no se sienta con ánimo de revolver la *Summa* de Santo Tomás, consulte a los neotomistas, que aderezan los bledos con salsa de modernidad, haciendo más apetitosa y leedera la añeja cuestión<sup>4</sup>.

#### CORDIALISMO APASIONADO

Dije recién que Unamuno sabía perfectamente bien que sus ataques contra las cinco vías no removerían las creencias de ninguno. ¡Vaya si lo sabía! Hasta el tono de su escrito deja entrever a las claras que ni él mismo daba importancia a los desafueros que soltaba. Le era preciso anticipar la negación *racional* de Dios para imprimir patetismo literario a sus gritos de hambre divina, y aventuró aquello, que es de lo más enclenque que decir se puede. Y de seguido, tras la negación lógica estampó este apasionado reclamo cardíaco:

<sup>3</sup> A. D. SERTILLANGES, O. P.: *Les grandes thèses de la philosophie thomiste*, cap. III. Editorial Desclée de Buenos Aires ha puesto en circulación, en este mismo año, una discreta versión de este libro. En el capítulo III, ahora citado, pregunta el autor: “Dios ¿es demostrable?” En respuesta resume las objeciones de Santo Tomás y con solidez y tranquilidad va respondiéndolas una a una, sin disimular las dificultades y teniendo muy en cuenta los problemas de metafísica suscitados.

<sup>4</sup> Entre los principales trabajos cabe destacar: GARRIGOU-LAGRANGE: *Dieu, son existence et sa nature*; SERTILLANGES: *Les sources de la croyance en Dieu*; *Les grandes thèses de la philosophie thomiste* y *Santo Tomás de Aquino*. Y si tanto coraje tiene el estudioso y pretende apurar la cosa, vea el artículo de MANGENOT: *Agnosticisme*, en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*.



“Los atributos del Dios vivo, del Padre de Cristo, hay que deducirlos de su revelación histórica en el Evangelio y en la conciencia de cada uno de los creyentes cristianos, y no de racionamientos metafísicos. . . Y es que al Dios vivo, al Dios humanado, no se llega por caminos de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento. No es posible conocerle para luego amarle; hay que amarle y anhelarle, para tener hambre de Él, antes de conocerle. El conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de razonable, porque Dios es indefinible. . . Dios mismo puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida; tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo espiritual. Y este sentimiento es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios”<sup>5</sup>.

Y tras esto la deliciosa confesión que se sigue: “Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios no pude encontrarle, porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea. Y fué entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por eso me consolara. Pero al ir hundiéndome en el escepticismo racional, de una parte, y en la desesperación sentimental, de otra, se me encendió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo sentir, con su falta, su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino

<sup>5</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, en el lugar anteriormente citado. Cuanto más aguda le parecía a Unamuno la incapacidad racional del hombre para alcanzar a Dios tanto mayor y más rabiosa —es ésta la expresión exacta— era el hambre de su corazón y de todo su ser por un Dios personal, por un Dios preocupado del destino propio inmortal de Miguel de Unamuno.

Este rabioso apetito de Dios no le acometía de tiempo en tiempo, en el cambio de las estaciones, o en la muerte de un ser querido, sino que le acompañaba de día y de noche, pegajosamente, obsesivamente, enloquecedoramente. Nos lo van a demostrar estas cartas, desde la primera a la última.

Al antiguo escolástico, según los hábitos de su metafísica, le preocupaba el “¿de dónde he venido?” (*terminus a quo*). Aun a San Agustín y también a Pascal les acongojaba demasiado el “¿de dónde?”. A Unamuno, en vez, apenas nunca se le oye gemir por el “¿de dónde?” Su problema, su único problema es el “¿a dónde?” (*terminus ad quem*). De sus lecturas en Kierkegaard sacó ese finalismo obsesivo e implacable.

que más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos”<sup>6</sup>.

Y no quiero terminar esta parte sin recordar —me lo pediría él a grandes voces, desde la eternidad, si pudiera pedírmelo— estos otros magníficos párrafos, o más bien gritos del alma, con los que termina ese su capítulo VIII de *Del sentimiento trágico*, capítulo todo él ardentísimo en cuanto afirma, aunque errado y muy errado en cuanto niega:

“Es, pues, angustia vital lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer salvar la finalidad humana del Universo. . . Dijo el malvado en su corazón: «¡No hay Dios!» Y así es en verdad. Porque un justo puede decirse en su cabeza: «Dios no existe». Pero en el corazón sólo puede decirlo el malvado. No creer que haya Dios o creer que no le haya es una cosa; resignarse a que no le haya es otra, aunque inhumana y horrible; pero no querer que le haya excede a toda otra monstruosidad moral. Aunque de hecho los que reniegan de Dios es por desesperación de no encontrarlo. . .

”Creer en Dios es anhelar que Él haya, y es además conducirse como si le hubiera. Es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta, la fe; y de la fe y la esperanza, la caridad; de ese anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad”<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

<sup>7</sup> *Ibidem*. Colección Austral, la cual ha divulgado en América Latina más de treinta obras de Unamuno, va ya por la octava edición de *Del sentimiento trágico de la vida*. Desgraciadamente no puedo alabar dichas ediciones. Y no por el hecho de presentarla sin prólogo ni notación ni comentario alguno, lo que sería lo de menos, sino por abundar en tantos errores que tornan dificultosa, cuando no ininteligible, la lectura. Por descontento, las citas griegas y latinas van tan salpicadas de disparates que difícilmente se halla una sola cita limpia de polvo y paja. Errores vertidos en la primera edición los heredan las siguientes, aumentando el caudal, de suerte que se impone un retorno a la fuente primitiva para no volver el texto sin sentido.

## II

## UNA INCÓGNITA MORAL

Pero ¿puede de verdad un *justo* llegar a decirse en su cabeza: «¡Dios no existe!», cuando ha creído con su cabeza, durante muchos años, que Dios existe? Unamuno, el íntegro, el hambriento de Dios, el de costumbres reciamente ascéticas, el que —según común sentir de sus más próximos— llegó virgen al matrimonio y no conoció en él otra mujer que la propia, el que oraba todas las noches, el que amparaba su corazón con un crucifijo, plantea al teólogo católico el viejo problema, al que la casuística todavía no ha dado solución definitiva ni acaso logre darla jamás: ¿Puede una inteligencia alejarse de la fe católica sin culpabilidad moral? ¿Es siempre un pecado formal el punto de partida del heterodoxo? He aquí el grave y urgente problema moral suscitado por la vida y los escritos de Unamuno, que ahora renuevan estas cartas.

Desde siempre el dogma católico reconoció inobjetable buena fe en no pocos de los que militan en el protestantismo y en las religiones orientales. Estos seres, dignos de todo respeto, han sido contemplados con amor y veneración por los assembleístas de los grandes Concilios de la Iglesia, algunas de cuyas decisiones dogmáticas, al reconocer validez en los sacramentos administrados en las iglesias disidentes, dan testimonio de la santidad y honradez de los creyentes que a ellas adhieren con sinceridad y buena fe.

La Iglesia Católica, si se escuchan sus representantes precipuos —que no son precisamente ciertos beatos de inteligencias eriales, en los que corren parejas la ignorancia y el fanatismo—, jamás ha tenido por enemigos ni ha condenado en masa a cuantos viven bajo las sombras invencibles de la infidelidad, ni a todos los que satisfacen su honrada conciencia en los cultos protestantes, ni a aquellos a quienes la ignorancia irresponsable disculpa de su despreocupación religiosa, ni a esos seres innumerables cuya atención absorbe del todo

el afán cotidiano *pro pane lucrando*, ni finalmente a los que se les pasa la vida sin que apenas nunca asalte sus espíritus la preocupación del más allá ni adviertan el deber que tienen de constatar cuál es la religión verdadera, la cual (por inescrutables designios divinos no exentos de misterio para nuestro menguado entender) vive un poco opacada por las nieblas del error que arrojan innumerables cultos, sectas y religiones<sup>8</sup>.

DE OCCULTIS NON  
IUDICAT ECCLESIA

Pero es muy otro el problema recién suscitado. Don Miguel de Unamuno, el magnífico solitario salmantino, sincerísimamente llevado, según parece, por un huracán de lecturas teológicas, hechas sin duda de buena fe en los principales teólogos protestantes de Francia y Alemania: Schleiermacher, Ritschl, Harnack, Sabatier, lecturas cuya heterodoxia su espíritu no pudo neutralizar por encontrarse exhausto de antidotos teológicos, produciéndose a la postre en su alma la crisis religiosa que le llevó intelectualmente fuera de la Iglesia, sembró sus obras de afirmaciones no pocas de las cuales habían sido censuradas como heréticas por el Concilio Vaticano, y otras condenadas, en términos idénticos a los suyos, por el *Syllabus* de Pío IX.

Y aquí surge la cuestión: ¿El católico puede de buena fe, sin culpabilidad moral, verse precisado a abandonar las creencias que brezaron su infancia y juventud?

—*Deus non deserit nisi deseratur*, Dios sólo abandona a quien le abandonó primero — me dice el moralista, queriéndome significar

<sup>8</sup> En documento reciente, emanado de las Congregaciones Vaticanas, del que se hizo eco la prensa norteamericana, ha sido condenada la doctrina del R. P. Leonard Feeney, S. J. según la cual debía desesperarse de la salvación eterna de cuantos militan "fuera de la Iglesia", fórmula a la que el mencionado religioso daba un sentido harto restringido. La doctrina tradicional de la Iglesia la he sostenido en mi ensayo *El hermano desconocido*. Idéntica doctrina encontrará el lector en el meduloso libro de KARL ADAM *La esencia del Cristianismo*.

con la terminante frase tridentina que el abandono de las creencias es, sin excepción, lógica secuela del abandono de la moral.

—Pero —pregunto a mi vez— ¿Dios abandona de verdad al heterodoxo material, quiero decir, al que sin culpa y por sinceridad intelectual pasa a las ovejas que no son del redil católico, ovejas apacentadas por el mismo Jesucristo más allá de las cercas de la Iglesia verdadera?

—Sin fe es imposible agradar a Dios, pues es la fe fundamento y raíz de toda justificación —rearguye el casuista, haciendo sonar las espuelas. Y añade—: Un hombre acunado en hogar cristiano, y para colmo español y bilbaíno, hijo de padres y abuelos cristianos a macha martillo, con una hermana monja, una mujer santa; un hombre que siente la perplejidad y la duda y se topa en cada calle de su ciudad salmantina con teólogos de la santa Iglesia, a los que desprecia o cuando menos mira indiferentemente; un hombre que lee griego y latín con la transparencia de su lengua vernácula; y llevando adentro su inteligencia y corazón en perpetua lucha, en perpetuo aullido de dolor, para procurarse alivio se pasa las horas leyendo los Santos Padres (ahí están, en el stock unamuniano de la biblioteca de la universidad salmantina, las obras de Clemente Alejandrino, para poner un solo ejemplo, minuciosamente anotadas de su mano en el original griego); un hombre así, que vive en el corazón de la antiheterodoxa España, y en la ciudad más levítica y más teológica, ¿puede sin culpable obstinación haber permitido se destruyeran en su espíritu las creencias católicas, creencias que proclama España a gritos arrancados de las entrañas mismas de su historia?

Su razón, la de Unamuno, en interrogación perpetua, ¿por qué buscó respuestas en Harnack, en Sabatier, en Ritschl y en Loisy, y no las buscó en los escolásticos salmantinos, sus hermanos en el genio de la raza, cuyos infolios, gruesos, venerables y en buen número inéditos, tenía todo el día ante los ojos en la biblioteca de su universidad? ¿No le perdió, quizá, una soberbia oculta...?

—*De occultis non iudicat Ecclesia!* —corto yo—. Sólo Dios es juez de lo que ocurre en el hondón de cada alma. En la sinceridad



ante Dios y los hombres, según entiendo, puede anidar la fe (fe virtual la llaman los teólogos); y acaso esa fe sobrenaturalizada por la gracia ("trágica escapatoria" la llama Unamuno) sea suficiente fundamento y raíz de justificación. ¡Y alzo la pluma sobre estos abismos de espesos misterios que sólo escrutan los ojos del Dios de las misericordias!

### HOMBRE DE UN SENTIMIENTO

Los problemas del hombre, del cosmos y de Dios, que cada día Unamuno revolvió en su espíritu, han pasado a sus obras filosóficas, a sus novelas y a sus versos. En loa de San Ignacio de Loyola escribió el P. Pedro de Rivadeneira que era hombre de pocas ideas, esto es, de unos cuantos principios ascéticos a los que convirtió en pivotes de su existencia.

Don Miguel pivotó toda su vida sobre una idea escueta: la de la muerte. Al sol de la muerte extendió la vida. "¡Qué cosa más terrible —dice en una de las cartas que ahora publicamos— es atravesar la estepa del intelectualismo y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y del total acabamiento! ¡Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual! Lo terrible en las úlceras del estómago es que empieza éste a digerirse a sí mismo destruyéndose. Así en la úlcera del intelectualismo la conciencia se devora a sí propia en puro análisis. Aconsejan distraerse, lo cual quiere decir disiparse, enfangarse en la obsesión de la vida. ¡Es inútil! Cuando nos llaman, debemos responder. Y cuando la imagen del morir nos sobrecoge, pensar en ella sin descanso, hasta verlo todo a su través, como quien lleva gafas de color"<sup>9</sup>.

No precisó, por supuesto, que vinieran a decirle sus críticos que se pasaba la vida entera dándole vueltas y más vueltas al mismo ritornello. Les ganó de mano a sus vivísimos críticos criticándose él primero. En un famoso soliloquio, dialogando con su alma se dice:

<sup>9</sup> *Carta I* de Miguel de Unamuno, pág. 260.



“Todo autor que escribe mucho se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse a contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus de unas pocas y sencillas ideas expuestas con más vigor y eficacia, con más uniformidad y constancia que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, idea encarnada. En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarecerte esto, porque sé bien cómo admiras a San Atanasio porque fué el hombre de una idea.

”Sí, tus obras mismas, a pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otra comentario, otra ensayos sueltos, otra poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el transmitir ese tu pensamiento central lo vas ciñendo cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa. Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó a dar a ésta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que en esta labor de busca, este escribir escritos voladeros y fragmentarios no es tan útil como otro escudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando”<sup>10</sup>.

#### VIVIÓ VIDA TRASCENDENTE

Quien haya delectado el abecé de la filosofía existencial descubrirá de inmediato en Unamuno al cabal arquetipo de esa existencia auténtica que lo es cuando la imagen del morir nos sobrecoge —para decirlo con palabras unamunescas—, y esta imagen montada sobre los

<sup>10</sup> *Soliloquios y conversaciones; Soliloquio.*

ojos nos hace ver la vida con una coloración de muerte, *sub specie mortis*.

Contra Spinoza, a quien de ordinario no mezquina elogios, reaccionó terminantemente, al comienzo del tercer capítulo de su *Del sentimiento trágico de la vida*. “Escribía —escribe él— el trágico judío portugués de Amsterdam que el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte; pero ese hombre libre es un hombre muerto. Libre del resorte de la vida, falto de amor, esclavo de su libertad. Ese pensamiento de que me tengo que morir y el enigma de lo que habrá después, es el latir mismo de mi conciencia.

”Contemplando el sereno campo verde o contemplando unos ojos claros, a que se asome un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en vida ambiente, y creo en mi porvenir. Pero al punto la voz del misterio me susurra ¡dejarás de ser!, me roza con el ala el Ángel de la muerte, y la sístole del alma me inunda las entrañas espirituales en sangre de divinidad”<sup>11</sup>.

Si Heidegger se hubiera propuesto escribir la vida perpleja y paradójal de Don Miguel, esa biografía se llamaría *Sein und Zeit*; y no padecería otro retoque el famoso libro que el de haber sustituido por la voz *Miguel de Unamuno* esa otra mil veces repetida: *Dasein de la existencia auténtica*.

La metafísica heideggeriana es demasiado enclenque y, por tanto, será fugaz su paso por el mundo. Pero hay algo definitivamente logrado en ella, y ese algo es la caracterización del hombre moderno. La *Analítica Existencial* cargará acaso en la historia de la filosofía el calificativo de “Antropología fracasada”, o de “Metafísica hipertrofica”. Pero quien posea cuando menos una pizca de sinceridad deberá reconocer que nadie como Heidegger ha logrado auscultar los senos recónditos del hombre contemporáneo. Y ese diagnóstico compensa abundantemente de los preconceptos, contradicciones, endeblesces y, si se quiere, desequilibrios mentales de que pueda motejarse al

<sup>11</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*, III *El hambre de inmortalidad*.

filósofo de Messkirel. El existencialismo heideggeriano es el más profundo descenso realizado hasta ahora al fondo pelágico del espíritu humano. En ninguna época de la historia, según se me alcanza, se ha logrado un buceo tan sagaz en los meandros profundos del psiquismo del hombre.

El *Dasein* —para decirlo a brochazos gordos— es un ser minado de radical nihilidad ontológica. Pero he aquí que esa radical nihilidad, desde que comienza la peripecia de la existencia es asaltada por un vendaval de preocupaciones y cuidados externos: amigos, intereses materiales, compromisos, hábitos sociales, en el recuadro exterior; y en el interior: anhelos, pasiones, amores, odios, recuerdos. . . , todo eso que complica la inextricable madeja de la vivencia psíquica. Como la hoja otoñal en medio del ciclón, va el hombre sin saber a dónde, ni por qué, ni para qué, llevando el fardo de una existencia llena de imperativos exteriores, y de un programa vital que no traza él desde sus comandos internos atrofiados, sino que le trazan desde fuera, desde los comandos externos del medio ambiente tiranizador<sup>12</sup>.

Ortega y Gasset, en *Ensimismamiento y alteración*, ha expresado con toda nitidez el drama que vive el hombre al no poder entrar en diálogo consigo mismo, con su yo intimísimo, asaltado de continuo por cuanto le rodea. Como en el hogar cuando ha muerto el hijo los próximos con piadosa crueldad asaltan a la madre, de día y de noche, para que no se quede a solas con su íntima tragedia, de idéntica manera la vida exterior asalta al hombre y le entontece para que no recuerde que está muriendo en él su yo más auténtico.

Pero un día visítale la hermana angustia, gran reveladora de la autenticidad del hombre y de la inautenticidad de la vida que hasta

<sup>12</sup> Estoy muy lejos, pero muy lejos, de interpretar el análisis que hace Heidegger del *man* en su *Análisis existencial* de *Sein und Zeit* en forma sólo parenética, o de sermoneador. No se me esconde que el filósofo lleva mucho más a lo hondo el análisis. Pero mi propósito en estos párrafos es recordar la forma personal, libre de rutinarismos y de *qué dirán*, que Unamuno imprimió a su vida. De esta independencia y de esa libertad son pruebas de excepción las cartas aquí publicadas. A. DE WAHLENS en *La filosofía de Martín Heidegger*, cap. VI y siguientes, ha reducido a fácil lectura, pero provechosísima, la caracterización heideggeriana de la modalidad inauténtica en la existencia del hombre.

entonces le forzaron a vivir. Y en ese día, grande entre los grandes, en los senos más profundos del espíritu se produce una dramática anagnórisis: el descubrimiento que hace el hombre de su *sí mismo*, de eso recóndito que él es, o, dicho más propiamente, que no es; porque el hombre es de sí nada, rematadamente nada.

#### SUB SPECIE MORTIS

Unamuno ha expresado este hallazgo de la propia inanidad en forma insuperable. Vale la pena citarle con descanso: "No sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos, digo con Don Quijote. Y Don Quijote tuvo que decirlo en uno de esos momentos en que sacude al alma el soplo del aletazo del ángel del misterio, en un momento de angustia. Porque hay veces que, sin saber cómo y de dónde, nos sobrecoge de pronto y al menos esperarlo, atrapándonos desprevenidos y en descuido, el sentimiento de nuestra mortalidad.

"Cuando más entonado me encuentro en el tráfago de los cuidados y menesteres de la vida, estando distraído o en fiesta o en agradable charla, de repente parece como si la muerte aleteara sobre mí. No la muerte, sino algo peor, una sensación de anonadamiento, una suprema angustia. Y esta angustia, arrancándonos del conocimiento aparential, nos lleva de golpe y porrazo al conocimiento sustancial de las cosas. . .

"La creación toda es algo que hemos de perder un día o que un día ha de perdernos. Pues ¿qué otra cosa es desvanecernos del mundo sin desvanecerse el mundo de nosotros? ¿Te puedes concebir como no existiendo? ¡Inténtalo! ¡Concentra tu imaginación en ello! Figúrate a ti mismo sin ver, ni oír, ni tocar, ni recordar nada. Inténtalo, y acaso llares y traigas a ti esa angustia que nos visita cuando menos la esperamos, y sientas el nudo que te aprieta el gáznate del alma, por donde resuella tu espíritu. Como el arrendajo al roble, así la cuita imperecedera nos labra a picotazos el corazón para ahoyar en él su nido.

”Y en esa angustia, en esa suprema congoja del ahogo espiritual, cuando se te escurran las ideas, te alzarás de un vuelo congojoso, para recobrarlas, al conocimiento sustancial. Y verás que el mundo es tu creación, no tu representación, como decía el tudesco. A fuerza de ese supremo trabajo de congoja conquistarás la verdad, que no es, no, el reflejo del Universo en la mente sino su asiento en el corazón. La congoja del espíritu es la puerta de la verdad sustancial. ¡Sufrir para que creas y creyendo vivas! Aunque tu cabeza diga que se ha de derretir la conciencia un día, tu corazón, despertado y alumbrado por la congoja infinita, te enseñará que hay un mundo en que la razón no es guía. ¡La verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar!”<sup>13</sup>

Esto era precisamente lo que desesperaba a Unamuno, lo que le hacía andar siempre insatisfecho y en desacuerdo con el mundo y consigo mismo. Veía que el mundo, ese mundo ambiente que lo rodeaba, el que clasificó el tudesco de representación, era creación de su espíritu; pero creación forzada desde fuera, creatura de connubio morganático, engendro de un corazón raptado y violado. No hijo del amor, no, sino del crimen.

La más honda angustia unamunesca residía, pues, en verse forzado a crear un mundo que no quería crear y cuya génesis le imponía desde fuera un brutal asaltante, el *man* inautenticador de existencias. El día de la angustia, “lámpara a los pies”, como el Salmista diría, iluminadora de los pasos que llevan al hombre a conocerse a sí mismo en su inanidad y vacuidad —en su *tojú vabojú* metafísico— el pobre hombre descubre que se halla arrojado en medio de un torbellino, en el que no le queda más remedio que bracear como náufrago, para reflotar sobre los abismos de su nada. Descubre entonces que él es el cruce de innumerables rumbos, por los que pasan raudos seres innumerables, fosforescentes y huidizos, dejando su alma en eterno abandono —*derelictus!*—

Unamuno ha sentido como nadie la angustia de la derelicción heideggeriana. Sus desplantes, su mal humor, su disconformidad cons-

<sup>13</sup> *Vida de Don Quijote y Sancho*, cap. LVIII.



tante, son efecto inmediato, a mi ver, de sentirse derelicto, miserable piltrafa que abandonan cuantos le rodean, luego de haberla babeado y decentado. ¡Y no era hombre de dejarse manosear ni menos babear!

#### SENTIMIENTO TRÁGICO EN EBULLICIÓN CONSTANTE

Es demasiado temático, precisamente por ser hombre que piensa con el corazón. Tiene el corazón menos afectos que la cabeza ideas. Bien que esos afectos, cuando el corazón es grande, son más fecundos e hinchen más que muchas ideas. Unamuno es un sentidor (no sólo un pensador) con un solo sentimiento trágico en ebullición constante, sentimiento que se oye resonar en sus obras frías, quiero decir, filosóficas, y en sus libros apasionados, novelas, dramas, poemas; aunque de verdad todo en él, hasta las cartas, arden.

Ese sentimiento se colorea unas veces con formas de apetito rabioso de inmortalidad; otras, como tremebundo miedo a la muerte o, lo que es peor, al anonadamiento, al *non ens*. El *no ser* fué la pesadilla de su vida. En unas ocasiones su trágico pavor se encrespa contra los burgueses orondamente arrellanados en la vida, a los que les importa un bledo la musiquilla del *más allá*; y arremete quijotesco “contra bachilleres, curas y barberos” de rechoncho vivir. En otras, se apasiona hasta el delirio, y da cauce a su corazón en sonetos, de versificación jadeante, pero de denso contenido poético metafísico, sonetos que son como el poso estético que dejan en su alma las largas cavilaciones sobre el *sentimiento trágico de la vida*.

Voy a darme el lujo de matizar estas páginas bastante áridas con un soneto de estos metafísicos que digo, cristalización de largas meditaciones. Lo escribió Don Miguel el 5 de diciembre de 1936, veinticinco días antes de su muerte y lleva el número 1579 en el *Cancionero* inédito. Me lo obsequió Don Fernando de Unamuno, hijo de Don Miguel, y ha permanecido inédito hasta hoy. Le sirven de epí-



grafe dos versos bellísimos de Díaz Mirón, citados ya en alguna otra ocasión por Unamuno.

*Y es como el silencio de una estrella  
por encima del ruido de una ola.*

S. DÍAZ MIRÓN

*Momento, movimiento, monumento...  
el instante hace siglos de reposo;  
inmensidad el punto; deja poso  
la casi nada de infinito asiento.*

*La bóveda mentida, el firmamento  
mira con muda sorna al presuroso  
mortal que hace del mundo coso  
y corre sin guardar aire de aliento.*

*Una vida vivida es contrapunto,  
es camino que para en la posada  
y está en camino y fuera todo junto  
si por dentro disperso, y todo nada.  
Ni el arranque ni el cabo es nuestro asunto.  
Envés, revés, son partida y llegada.*

### III

#### ESCRIBE CLARO PORQUE PIENSA CLARO

##### CAUSEUR SIN PAR

Pareciera que el existencialismo halla su clima propicio en la obra literaria (novela, drama o comedia), con preferencia el tratado frío y sistemático. Jean-Paul Sartre es prueba fehaciente. Unamuno, precursor máximo de la filosofía tragicista, fué acaso el primer fi-

lósofo que, por imperiosa necesidad de su espíritu, halló en el drama y en la novela los atadores más adecuados para dar libre cauce a sus ideas y sentimientos.

En 1900 alcanzaba los treinta y seis años de su edad. Escribía afanosamente ensayo tras ensayo, en diarios de España y de la Argentina. En su corazón iban tomando formas nítidas sus pensamientos. Su estilo había logrado toda la perfección posible. Hablaba al gran público soltando libremente su corazón sin preocuparle un adarme la atención el *cómo lo digo*, atento sólo a *qué digo*. “¡Yo no me agoto —escribía exultante—, y me siento cambiar aún! Y, así como yo cambio, quiero que en mí cambie el ideal que de mí mismo me formo. No quiero encadenar mi fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a los fugitivos reflejos del tiempo. Mi vida es una continua auto-revelación. . .”<sup>14</sup>

Le atraía sobremanera el diálogo. Recuérdese que, según juicio unánime de cuantos le trataron, fué un *causer* sin par en Europa. Su chispa era inextinguible. Su humor inagotable. Nadie osaba medirse con él en contrapunto, pues su agudeza relampagueante dominaba a la perfección la técnica del retruécano, de la ironía bífida y escindidora, de la frase epigramática, del calificativo lapidario.

Era lógico, pues, que al gran conversador le tentara el drama, cuyos diálogos le deparaban oportunidad de hacer malabarismos de ingenio, de ese ingenio coloquialero que alcanzó cimas inigualadas en *El otro* y sobre todo en *El hermano Juan*, variación teatral originalísima del tema del Tenorio.

Se arrojó, por tanto, al drama; menos a probar fortuna y conquistar nombre literario, que a tentar formas nuevas y más dúctiles por las que corrieran ligeras sus ideas, como las aguas por el tobogán del caz. “Más que hacer dramas para el público, quiero hacer público para los dramas. La representación servirá de anuncio para el libro”, escribe a Ilundain<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Carta VI de Miguel de Unamuno, pág. 314.

<sup>15</sup> Carta IV de Miguel de Unamuno, pág. 292.

En 1898, al tiempo que le salían del alma artículo tras artículo, bregando por afinarles el sentido estético a sus compatriotas, “crustáceos espirituales, de almas gruesas, incapaces de percibir y valorar primores de espíritu, perezosos y chismorreros, que ni hacían ni dejaban hacer con sus chismorrerías de dueñas, seres romos de entendimiento y negados a la degustación estética de las filigranas, nimbos y matices de pensamiento”, probó, quizá por primera vez, el drama, escribiendo *La muerte es paz*.

En su redacción primera este trabajo no se ha conservado, como ni tantos otros. Probablemente su autor aprovechó sus piedras principales en la construcción de otras obras. A juicio de Ilundain el trabajo adolecía de errores fundamentales y constituiría un fracaso de taquilla, y, lo que a su autor iba a dolerle más en lo vivo, un fracaso literario.

La carta V de Ilundain sugiere a rasgos gordos el tema de la obra, y entraña una crítica despiadada. (¡Lindos tiempos aquellos en que la amistad obligaba a decirle sin tapujos al escritor amigo la verdad, sólo la verdad, no infatuándolo con desmesurados ditirambos ni con vendavales wagnerianos de alabanzas, las cuales no logran otra cosa que hincharle de vanidad y encanallarle en sus disparates!) Unamuno agradece las observaciones y las toma en cuenta. En *Amor y pedagogía*, obra escrita por entonces, Marina, la mujer del pedagogo y protagonista, don Avito Carrascal, viste las características sugeridas por Ilundain. Y observo de paso que esta ingeniosísima novela trágico-cómica, de la que da cuenta su autor en la carta VII que ahora publicamos, había de titularse, según lo anticipa él mismo: *Todo un hombre*. Pero, como es sabido, reservó ese título para un pequeño drama, publicado años más tarde, al que el cine ha popularizado en todo el mundo.

Observará el lector que lo que comienza carteo sobre temas literarios, va poco a poco tornándose diálogo existencial, o, dicho mejor, duelo religioso. ¡Cuán cierto es que en el fondo de todas las grandes preocupaciones humanas late el problema de Dios!

## MODELO DE LENGUAJE FILOSÓFICO

Para terminar este preludio, ya un poco largo, quiero hacer una reflexión sobre su estilo literario. Día a día se editan, en estos tiempos de invasiones libreriles, libros y más libros sobre filosofía, y principalmente sobre existencialismo. Se traduce y se comenta a los jefes del movimiento. Y, sin excepción alguna, que yo sepa, dichos comentarios y traducciones vienen escritos en lenguaje hermético, contorsionado, cosmopolita, pedantesco y mechado de germanismos. ¡Como si en castellano no pudieran expresarse ideas sutiles; como si no hubiera volcadas en nuestra lengua verdaderas filigranas de ingenio; como si el habla diaria lisa y llana no casara con la filosofía!

Los traductores y comentaristas parecen verse necesitados a echar mano constantemente de palabrejas alemanas para dar prestigio, se me figura, o acaso para dar sentido a las equivalentes castellanas. Debieran esos traductores y comentaristas, si pretenden darse a entender, dedicar unas horas a la lectura de Ortega y de Unamuno, dos idiomas totalmente distintos y opuestos, pero ambos esencialmente castizos, expresivos, brillantes y muy más decidores que esos otros salpicados de verbachos foráneos.

Unamuno ha expresado, con frases tomadas de la calle, de la plaza y de la chacra, todas las abstrusidades, todos los matices, todos los nimbos, que puedan espumarse en los originales de Heidegger y de Jaspers, de Kierkegaard y de Nietzsche, de Goethe y de Ibsen. Y algún día quienes pretendan escribir filosofía leedera e inteligible tendrán que acudir a los libros del gran vasco, a aprender idioma, transparencia, contundencia, casticidad. En Unamuno tienen su expresión castellana justa y jugosa la *Alltäglichkeit*, *in-der-Welt-sein*, *Zeughaftigkeit*, *Zuhandenheit*, *Durchschnittlichkeit*, *Befindlichkeit*, *Geworfenheit*, *Selbständigkeit*, *Unselbständigkeit* y todas las trapaladas de que echan mano los pedantes, no se sabe para qué, acaso para hacer misterio, para que nadie les entienda, para pasar por sabihondos.

¡Y es de ver la necesidad que simulan tener de barbotar verbachos alemanes! Mientras no los han dicho andan impacientes, insatisfechos, congojosos y como parturientos de quintillizos.

Para sentar plaza de profundo y de buen escritor no sé yo que sea menester andar a caza de vocablos abstractos y de fraseos que parecen traducidos, acaso, de un inglés comercial para uso de millonarios del saber.

Unamuno es bienhechor insigne de la filosofía ya por el solo título de haber escrito filosofía en castellano de ley, encarnado, palpitante, sabroso. Y si algo puede presagiarle larga vida al existencialismo es haber nacido en idiomas ardientes y sanguinolentos, idiomas de escritores de raza.

Unamuno, y antes de él Kierkegaard, su hermano, son por sobre todo dos estilistas y poetas insignes. Heidegger el existencialista, y Jaspers el existencista, por un lado; Sartre el ateo, y Marcel el católico, por otro, se distancian en todo, pero se emparentan en esto de llevar las ideas asentadas en cabezas y corazones de hombres, de hombres de carne y hueso. Por eso sus pensamientos palpitan, se retuercen, se desperezan, como cosas de hombre, de hombre con tuétano en los huesos y coraje en los redaños. No se puede decir lo mismo de las otras filosofías, por desgracia (y esto las vuelve antipáticas y desabridas), excepto las de San Agustín y de Pascal, hombres de corazón si los ha habido.

#### EXCURSUS PARA ARGENTINOS

Los argentinos cada día nos volvemos más polilingües; pero ¡con qué polilingüez! En el coloquial cotidiano del café o de la oficina echamos mano de un idioma informe, descolorido, babélico. Pero en los discursos, conversaciones protocolares y escritos, que pretendemos pasar por serios, usamos otro lenguaje, desgraciadamente no tan sólo oficial, sino oficinesco, oficioso, artificioso, antinatural, huero y desgraciado todo lo más que puede ser.

En este idioma de plutócratas apátridas, se escriben nuestras publicaciones solemnes o tenidas por tales. En este idioma, veteados de frases vagas, como prédica de bonzos, se redactan los discursos en su gran mayoría. En esta jerga insulsa se escriben hasta las cartas, al menos las que se trata de redactar con formalidad.

Esta lengua deshuesada tiene sus peritos, sus maestros, sus virtuosos. Y —lo que a mi entender es síntoma fatal— se desestima y moteja de innoble, y acaso de inculto, cuanto no viene vestido con semejante ropaje, ropaje que recuerda ese otro, lleno de perendengues y espejuelos, que suelen vestir en el circo los reyes de utilería. Esta lengua está hecha como de encargo para no decir nada recio, nada definido, nada terminante. Muy buena, por tanto, para celebrar aniversarios patrios, cantarle al “héroe máximo”, y predicar sermones ensalzando “la virtud”, sin necesidad de remover a nadie de sus vicios. Porque si tiene alguno la audacia de arrojarse a eso, a evitar pecados y predicar a otros que los eviten, en el acto le aplican el mote de “orador morbosos”, o —lo que es más grave— de hablar en español. Tienen por muy literarios los artículos cargados con todo el follaje de metáforas y palabrerías de los *gradus ad Parnasum*, manaderos de floripondios.

¿Cultura literaria propia? Los argentinos, mal que nos pese —y reconocer la falta de cultura propia es el primer paso para allegarla—, estamos perdiendo la buena que teníamos. ¡Y nuestra holgura económica nos permite, vive Dios, beberla a chorros! Queremos formar nuestra personalidad nacional. Queremos poseer estilo propio. Queremos no vivir de prestado. Pero, de verdad, la producción literaria nacional es pobre de solemnidad, y nace anegada en un mar de traducciones, del inglés, del francés, del ruso y hasta del indio —¡y qué traducciones, y hechas en qué estilo, y con qué conciencia!—

El río jamás extinto de la invasión cultural extranjera, francesa en la literatura, inglesa en la economía, alemana en la filosofía y yankee en el confort —me dan ganas de decir plagiando a Unamuno—, aumenta de día en día su caudal y su curso. Y al presente,



cuando más galleamos de independientes y de autónomos, está la invasión cultural de crecida y fuera de madre, con dolor de los molineros, a quienes sobrepasa las presas y moja la harina.

Se lee lo extranjero, no por bueno, sino por extranjero. Todo lo foráneo cobra prestigio, y desprestigio lo casero. Manoséase, por ejemplo, el existencialismo más acá que en Francia y que, por supuesto, en Alemania, su cuna. Para cambiarle de mano a una moda basta y sobra con que un argentino escriba un libro hondo sobre ella, pensando la cosa en idioma propio. Es decir, basta con que nazca la quisicosa en casa, y se acabó el entusiasmo. Porque nos deslumbra lo de fuera por ser de fuera.

### ¡QUE NOS CONQUISTEN!

Y no suscribo yo, ni mucho menos, el disparate ese soltado a volar en uno de los delirios de patriotismo tan frecuentes en los sudamericanos; no abogo por una *independencia cultural*. La tienen todavía los hotentotes en el corazón del África. La tenían los comechingones en la Comechingonia, nuestra Córdoba de ahora. ¡Y no es cosa de andar ufanándonos de semejante autoctonía! ¡No, de ninguna manera cultura independiente, como ni religión independiente, ni educación independiente! Semejantes independencias nos condenarían al cimarronismo o nos obligarían a colgar nuestra República en los cuernos de la luna. Bien satisfechos estamos con nuestras independencias geográfica, política y económica. ¡Que nos las conserve Dios y nos hagamos dignos de ellas!

Bebamos boca al chorro toda la cultura exterior posible, venga de donde viniere, sin despreciar la propia por propia. Leamos todo lo extranjero que nos venga en gana, aun a precio de abreviar las siestas; pero no nos pasemos la vida sin conocer nuestros escritores, los de la guardia vieja y los de la moza, que los tenemos excelentes; Sarmiento, por ejemplo, "el gran Sarmiento", como le llamaba Una-

munio, sobre quien prometió escribir un libro. "Que nos conquisten culturalmente, que nos conquisten", gritémosles, como Michelet, a todos los pueblos; que conquistarnos es conquistarles.

Y discúlpe seme me haya dejado llevar por la corriente a donde no quería.

#### IV

### ORIGEN E IMPORTANCIA DE ESTE EPISTOLARIO

Pocos escritos de Unamuno quedan todavía inéditos. Con verdadero furor persiguen los bibliógrafos esas piezas de incalculable valor, las cuales acaso puedan iluminar la exégesis de la filosofía y de la moral unamuniana. Según informaciones que de los hijos de Don Miguel recogí en Salamanca, prepárase actualmente en Norteamérica, donde reside una de sus hijas, la edición más completa de las obras del inagotable polígrafo.

Entre las novedades que esa publicación promete, hállanse los últimos poemas inéditos de Unamuno. Porque, como es sabido, cada día, o casi cada día, escribía él un pequeño poema o cuando menos un soneto, acongojándole el alma el día en que podía censurarse: *Hodie nullam lineam duxi*.

Mas que de versos los bibliógrafos han corrido a la búsqueda de cartas inéditas; pues son éstas las que arrojan más luz en la trastienda unamunesca.

#### UNAMUNO EPISTOLÓGRAFO

En el primero de los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, recientemente publicados, Manuel García Blanco escribe una erudita crónica en la que recensiona los principales escritos aparecidos en estos últimos doce años, posteriores a la muerte del maestro.

Para encarecer el valor de estas cartas nada más adecuado que reproducir los párrafos de Manuel García Blanco, referentes al epistolario de Unamuno.

En vida de Unamuno fueron publicadas algunas cartas suyas, como prólogo de algún libro o como "carta abierta", inserta en las páginas de alguna juvenil revista, que trataba de honrarse mostrando una colaboración especial y mayor de toda excepción. Puntualizar las cartas publicadas hasta ahora constituirá una futura y ardua labor de los bibliógrafos.

Desde la muerte de Don Miguel hasta ahora son numerosos los epistolarios publicados, y estamos muy lejos de creer que se haya agotado el material inédito. Desde su juventud dedicó cada día un buen rato a escribir cartas, con toda profusión, y a todos los vientos, como bien lo advirtió Baroja. Él mismo, más de una vez, dijo que nada le era tan grato como este menester de predicador epistolar.

El conocimiento cabal de sus cartas constituirá uno de los pilares más sólidos en que habrá de asentarse su biografía definitiva. El mérito incuestionable de las cartas reside en que alienta en ellas el Unamuno de carne y hueso, categoría biológica que tanto ponderó siempre cuando se trataba de juzgar a los hombres. Las que han visto la luz en los últimos diez años, tras su muerte, son las siguientes:

1. En *Repertorio Americano*, de San José, en Costa Rica, revista que reprodujo muchos escritos de Don Miguel, publicáronse, el 26 de marzo de 1938, dos cartas inéditas dirigidas al Director de la revista, el señor García Monje.

2. En *Romance*, de Méjico, publicáronse, en 1940, varias cartas cambiadas entre Unamuno y Ganivet, en las que discuten sobre el porvenir de España. Acaso este intercambio epistolar no era del todo inédito, pues presumiblemente apareció por primera vez en el libro *El porvenir de España*.

3. En *Epistolario a "Clarín"*, obra prologada y anotada por Adolfo Alas, diéronse a luz diez cartas de Unamuno, fechadas en los años 1895 a 1900. Dirigiólas al famoso escritor y crítico asturiano, en una época en la que comenzaba a agitarse el problema de la euro-

peización de España entre los pensadores de la generación del 98. Estas cartas a "Clarín" fueron comentadas por Guillermo de Torre en su estudio *Unamuno y "Clarín"*, aparecido primeramente en *La Nación* de Buenos Aires, el 27 de diciembre de 1942, e incluido más tarde en el libro *La aventura y el orden*.

4. En el segundo de los dos volúmenes de *Ensayos*, recogidos por la Editorial Aguilar de Madrid, reproducense muchos fragmentos de cartas, que son comentados por el colector Bernardo G. de Candamo, en un ensayo preliminar, al que titula: *Unamuno en sus cartas. Antología epistolar*. Las cartas fragmentadas en esta obra corresponden a los años 1900 a 1905.

5. *El Español* de Madrid, publicó diversas cartas. Primero dió a luz ocho de gran interés, dirigidas a Luis Contreras, en 1899 y 1900; luego, en 1943, hizo pública la que Unamuno dirigiera a Ángel de Gubernatis, en 1902, respondiendo a la iniciativa de fundar en Madrid una sociedad helénico-latina; finalmente, en 1945, editó la carta escrita a José Enrique Rodó, el conocido pensador uruguayo.

6. *Trece cartas inéditas del muy vascongado Don Miguel de Unamuno*, escritas al uruguayo Alberto Nin Frías, entre los años 1900 y 1913, fueron recopiladas y glosadas por Pedro Badanelli (Santa Fe —Argentina—, 1944). Las he tomado muy en cuenta en capítulos anteriores.

7. *Estafeta literaria* de Madrid, en su número de 25 de julio de 1944, exhuma cinco cartas de Unamuno a Azorín, escritas en los años 1904 y 1912. Un año más tarde, en diciembre de 1945, publicó tres cartas más, dirigidas a Miguel Trillo, en 1903 y 1907.

8. *Sur* de Buenos Aires, en sus números 119 y 120, editó diez cartas de excepcional valor, enviadas a Juan Arzadun entre 1892 y 1920; de las que hice larga mención en el capítulo II de este libro.

Bernardo G. de Candamo, comentador de los fragmentos epistolares de Unamuno, publicados como prólogo al tomo II de los *Ensayos*, advierte que, entre los años 1900 y 1905, Unamuno unió prodigiosamente a su labor de publicista infatigable la de epistológrafo,

pues escribía sin descanso, tratando de vincularse con los pensadores de Europa.

En 1891, después de haber pasado largos y penosos años en Bilbao preparando oposiciones a cátedras, en las que fracasó hasta cinco veces seguidas, se trasladó a Salamanca, nombrado catedrático de griego. "Tiene ya seguro —dice Candamo— el pan de cada día y le es permitido entregarse a una labor libre y desinteresada. Lee, medita, habla y escribe, y escribe cartas, muchas cartas. Siente un prurito de comunicarse, de extender la acción de su influencia, de contar sus inquietudes y anhelos, de derramarse, de obedecer al mandado de su enorme afectividad.

"Poco a poco el tiempo le falta. Colaboraciones, compromisos editoriales, intensificación de sus tareas pedagógicas, y sobre todo la tribuna, los discursos, la "predicación", le arrebatan la posibilidad de contestar a los que le escriben"<sup>16</sup>.

Las cartas que ahora publicamos reflejan el alma de Unamuno en los años en que su nombre comenzaba a correr de boca en boca entre sus compatriotas, y a extenderse más allá de las vertientes del Pirineo. Había escrito *En torno al casticismo*, aparecido por primera vez en 1895 en la *España moderna* de Madrid; colaboraba en numerosas revistas, y acababa de publicar *Paz en la guerra*, su primer libro.

#### ORIGEN DE ESTAS NUEVAS CARTAS

Estas cartas, a mí entender, son las más interesantes de cuantas hasta el presente se conocen. Fueron cambiadas entre Don Miguel de Unamuno y Don Pedro Jiménez Ilundain, en los años 1897 y 1922. Abarcan, pues, entero un cuarto de siglo.

Unamuno nació en Bilbao, el 29 de diciembre de 1864. Falleció en Salamanca, en la tarde del 31 de diciembre de 1936. Al día siguiente, 1º de enero de 1937, fué inhumado en el modesto cemente-

<sup>16</sup> *Ensayos*, tomo II, pág. 11 y 12, Editorial Aguilar, Madrid.

rio de la vieja ciudad. El tenor Miguel Fleta, el periodista Víctor de la Serna, hijo de Concha Espina, y unos cuantos falangistas —jera aquella época de guerra y de vivac!— llevaron en vilo el féretro hasta el humilde lóculo, que comparte con su hija Salomé, junto al nicho de su santa esposa, fallecida dos años antes.

Jiménez Ilundain nació en Pamplona, el 26 de noviembre de 1865. Tras una larga vida, llena de los afanes propios del hombre de negocios, falleció en Buenos Aires en 1943.

Una circunstancia pintoresca unió a estos dos coetáneos en honda amistad epistolar, de la que, por fortuna, queda más de un centenar de cartas. En los últimos años del siglo pasado Jiménez Ilundain residía en Gallarta, poblado vecino a Bilbao. El hombre de negocios tenía el alma veteada de aficiones humanísticas y de gusto bastante depurado por la literatura. Para dar un respiro a su corazón y un desahogo a sus aficiones, fundó una peña literaria, cuyos contertulios no tenían otra obligación que la de reunirse hebdomadariamente para comentar por turno alguno de los libros de actualidad. Dicho comentario era puro pretexto para divagaciones literarias y discusiones estético-filosóficas.

En un día de 1897 a los contertulios de la peña de Gallarta llegó la flamante novela titulada *Paz en la guerra*, de Miguel de Unamuno. Este nombre no despertaba en aquel entonces las resonancias de ahora. Era uno de tantos escritores bisoños que hacían sus primeras armas en el campo de las letras arrojándose, sin saber con qué fortuna, a la crítica de sus coetáneos, crítica que por ser de españoles y, lo que es peor, de vascos, era sencillamente implacable.

Los contertulios, de alma porosa a las irradiaciones de la belleza literaria, cuya degustación estética tornaba más apetitoso el recuadro cantábrico, discutieron la nueva obra, dispuestos a despanzurrarla con furia de podencos. En efecto, *Paz en la guerra* es la novela de la contienda carlista en Bilbao; y más que novela historia. “Apenas hay en ella detalle que haya inventado yo —escribió años más tarde el propio Don Miguel—. Podría documentar sus más menudos episodios”. Era el reflejo perfecto de cuanto se pensaba, se sentía,



se soñaba, se sufría y se vivía en Bilbao, cuando el estallido de las bombas carlistas —1874— brezaba los ensueños infantiles de Unamuno, Areilza, Zuloaga, Ilundain..., todos ellos coetáneos, vascos, artistas, unidos por una común amistad.

*Paz en la guerra* fué apasionadamente discutida. Areilza, integrante de la peña, tuvo el acierto de enviar al autor, residente por entonces en Salamanca, los diversos juicios. A Unamuno llamáronle poderosamente la atención las observaciones críticas de Jiménez Ilundain, como se lo expresó en su respuesta a Areilza. Este episodio dió lugar al largo diálogo epistolar que luego publico.

En 1898 Jiménez Ilundain se trasladó a París, en donde residió por más de treinta años. Su casa congregó a poetas, escritores y artistas. Agradábale el mecenazgo; y lo ejercía con munificencia, en pro de numerosos escritores bohemios, permitiéndole excesos de esplendidez el pingüe beneficio que le reportaban sus negocios.

Desde 1929 hasta su muerte, en 1943, residió en Buenos Aires. Fué hombre de vasta cultura. Interesábale profundamente todo lo perteneciente a religión, filosofía y arte. Sus meditaciones no han quedado escritas en obra alguna, pese al éxito rotundo que coronó sus primeras colaboraciones en los periódicos de Bilbao.

Acaso hubiera sido más formal y más “erudito” entregar las piezas de este epistolario sin prólogos ni glosas. Y no faltarían quienes se sientan ofendidos por el pebre en que he empapado el diálogo unamuniano para adobarlo mejor.

Los veinticinco años de “duelo entre un ateo y un creyente”, historiados en estas cartas, abren el apetito porque están escritos en lenguaje de hombres y no en lenguaje de papel. Porque se escucha jaderar a dos espíritus desnudos, a los que no disfraza ese estúpido pudor que a los mediocres no les deja pronunciar en voz alta ni siquiera el nombre de Dios ni el de la muerte.

Para terminar dejo constancia que por brevedad me he permitido podar algunas repeticiones en los escritos de Jiménez Ilundain. Las cartas de Unamuno van intactas. Es personalidad mundial; y

de las personalidades mundiales los pormenores son pormayores, y deben interesar a todos los hombres. Por eso, no podríamos, sin cometer una torpeza y un vandalismo, permitirnos la menor litura, raspadura o poda. Jamás imaginó su autor que estas cartas serían conservadas y publicadas un buen día. ¡Mejor así! Las escribió de su mano, con letra nerviosa y de un tirón. Describen al vivo no sólo los entretelones de sus libros, lo cual es ya interesante, sino, lo que importa más, los entretelones de su corazón.

Debo a los familiares de Jiménez Ilundain, poseedores de todos los originales autógrafos de las cartas ahora publicadas, la satisfacción de entregar a los estudiosos este largo diálogo epistolar, el cual conspirará, sin duda ninguna, a iluminar meandros todavía por explorar del alma oceánica de Don Miguel de Unamuno.

## V

## DESDE EL MÁS ALLÁ

De los no pocos epistolarios unamunianos, hasta ahora publicados, de los que recién hice recuento, ninguno reviste la importancia del nuestro, si se trata de esclarecer la agonía teológica o el drama religioso en que se resolvió la vida de Unamuno.

La circunstancia de haber sido el pamplonense Jiménez Ilundain un ejemplar típico de hombre de fin de siglo, esto es, de ateo impertérrito, enemigo declarado de cuanto olía a *allendidades*, muy cómodamente acostado, como lo estaba por su buen pasar económico, a las *aquendidades* —“*maladie du siècle!*”—, hízole a Don Miguel, caballero andante de ultratumberías, salir a la liza, a romper lanzas con toda la gallardía de un castellano injertado en vasco.

Los capítulos que anteceden me eximen ahora de prolijas presentaciones y prenotandos. Cuanto en ellos he expuesto y, a mi entender, probado con la suficiente transparencia, puede reducirse a

los siguientes puntos, que le es indispensable al lector tenerlos a la vista si no quiere malinterpretar a Unamuno, recogiendo en las presentes cartas un sartal de ideas sobre el protestantismo, al que exalta, y sobre el catolicismo, que condena, ideas de las cuales rotundamente se desdijo años más tarde, cuando la vida, más que los libros, le hizo volver a la fe tradicional de sus padres, de su esposa y de sus hijos.

“Propendo cada vez más a lo que yo llamaría el catolicismo popular español, que no es el oficial de la Iglesia. Cuanto más estudio las últimas derivaciones protestantes más me convenzo de que riñen con las más entrañadas aspiraciones del alma de mi pueblo. En el IV de estos mis *Ensayos (Del sentimiento trágico de la vida, cap. IV)*, el que se publicó en el mes de marzo pasado bajo el título de *La esencia del catolicismo*, he intentado demostrarlo. El idealismo protestante de los pueblos germanos debilita y neutraliza nuestra aspiración casi semítica a la inmortalidad, nuestro anhelo de señales de otra vida, nuestro realismo religioso que se cifra en lo escatológico”<sup>17</sup>.

Estas palabras escritas en 1912 a un amigo entrañable traducen con toda exactitud el pensamiento de Unamuno a los cincuenta años, cuando le habían desencantado ya todos los abalorios con los que la teología protestante alemana y el modernismo francés le ilusionaran quince años antes, al tiempo que escribía estas cartas, haciéndole desear para su pueblo un protestantismo teórico, como medio eficaz para arrancarle del indiferentismo y remozarle el pensamiento del más allá.

Para la recta interpretación de los documentos unamunianos, dados ahora a luz, me parece preciso tener ante los ojos los siguientes puntos, que resumen nuestro estudio sobre la angustia religiosa del trágico sentimentalista:

<sup>17</sup> PEDRO BADANELLI: *Trece cartas inéditas del muy vascongado Don Miguel de Unamuno*. Carta XIII a Alberto Nin Frías, sin fecha pero ciertamente escrita en 1912.

## RASGOS ESENCIALES

1. — Desde su infancia hasta su ancianidad Unamuno fué ejemplo de honestidad y de rigor de vida, a tenor de las más estrictas exigencias de la ascética católica. Nacido y educado en hogar archicristiano, si muchas veces y durante largos años se apartó de las doctrinas del catolicismo, jamás claudicó ni en los hábitos ni en las costumbres que informaron su niñez y fueron timbre de honor de su hogar auténticamente católico. Fué hombre de vida ejemplar, de los que sólo muy de tarde en tarde la vida suscita uno que otro para arquetipo de los demás.

2. — En los años de sus estudios filosóficos, primero en Madrid, luego en Bilbao y finalmente en Salamanca, deplorablemente no pudo asimilar una ciencia filosófico-teológica —¡padecía entonces honda crisis la teología española, soberana tres siglos antes del pensamiento europeo!—, lo suficientemente sólida como para contrarrestar el pernicioso influjo de la heterodoxia protestante, la cual, a fines del pasado siglo, logró deslumbrar a los estudiosos desplegando un aparato científico, una erudición patristica y un conocimiento de la historia de los dogmas y de las religiones que no estaba preparada a arrostrar la teología católica, demasiado encastillada entonces en la silogística, ayuna de ciencia positiva y de documentación histórica.

3. — Los teólogos protestantes alemanes, los modernistas franceses y los moralistas ingleses desde que a los veinte años comenzó Unamuno a leer en ellos hasta el mediodía de su vida, más allá de los cuarenta, hicieronle creer que la Iglesia Católica había adulterado el cristianismo todo vida, predicado por Jesucristo, volviéndolo intelectualismo seco, frío, razonador, que odia el ideal y el ensueño, se encierra en casuística y verbalismo, disimula su superficialidad alardeando de claridad dialéctica y ejerce un dominio despótico en las conciencias con sus excomuniones e intolerancias. Por contraposición, el protestantismo exhibiósele una búsqueda del ideal, del

más allá, de la vida verdadera, mediante intuiciones cordiales y no raciocinios fríos. El protestantismo le habló del Dios —¡Padre de Jesucristo!— que alienta dentro del hombre y, como la Gracia, elabora en lo hondo del alma la vida sobrenatural; Dios vivificador, muy próximo a los hombres, quien nada tiene que ver con el Dios relojero de Voltaire ni con el matemático *Ens a se* de la escolástica.

4. — Vió en la Francia parisina, blasonadora de catolicismo esquemático, que cultiva la *joie de vivre*, ríe de las bufonadas superficiales de Voltaire, “el ultracatólico”, se ufana de su confort, de su civilización, de su Descartes, una sociedad nacida para ser católico-escolástica, esto es, fría, razonadora, esquematizadora, esencialmente enemiga de ultratumberías y esencialmente amiga del *Carpe diem!* ¡Goza ahora, que después quién sabe!

En vez, España, la sentimental España, la que alza en Gredos su gesto místico enseñando a despreciar esta vida para vivir con los ojos puestos en el más allá, la cuna de San Juan de la Cruz (no “el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática”, sino el inquieto vivificador), España, la tan poco civilizada como tan mucho culturizada, España, su hija (“Me dicen que yo soy mal hijo de España. ¿Que soy yo mal hijo de España? ¡Pero si yo no soy hijo de España! ¡Si yo soy su padre!”), esta España, protestantizada, como Unamuno la soñaba, sería un pueblo de inquietudes superiores, capaz de consolarse de haber nacido, y despierto día y noche a una misión trascendente, la más noble a que puede aspirar, esto es, la de enderezar a los hombres hacia derroteros eternos. Cuando fracase la civilización mecánica de hoy y triunfe la cultura espiritual de mañana —pensaba Unamuno— España, ahora a la zaga, pasará a la vanguardia, capitaneando los demás pueblos de Europa.

5. — Harnack, Holtzmann, Ritschl, lograron desgraciadamente ganar durante veinte largos años para el protestantismo el corazón del sentimentalista, del despreciador de la razón raciocinante... Entonces creyó de su deber arrojarse a protestantizar a España, con campañas de predicación por pueblos y villorrios, con poemas en



ateneos y clubes culturalistas y con artículos volanderos en casi toda la prensa española y latinoamericana.

6. — Pero el hombre de carne y hueso, amarrado con lazos de sangre a raciales tradiciones, había nacido en hogar católico, tenía esposa e hijos católicos, y no podía menos de reconocer que España y principalmente su Vasconia estaban amasadas de Catolicismo. Cuando despertó del encantamiento protestante todo esto volvió a sacudirle los núcleos más vitales de su espíritu; y entonces dió marcha atrás, y comenzó a reandar los caminos de su infancia reconquistando su espíritu para el catolicismo.

Desde los veinte hasta los cuarenta y cinco y acaso hasta los cincuenta años fué su corazón el cruce de dos corrientes afectivas contrarias. ¡Imposible coordinar el formidable ímpetu psíquico de ambas corrientes! ¡Imposible sofrenar la una, la católica, para que corriera suelta la otra, la protestante, pues ambas parecían nacer de las profundidades abismales de su ser! Fué ésta su angustia, su tormento, su agonía.

7. — Pero los años, los vaivenes políticos, el destierro, la soledad, gran domadora del coraje, le llamaron —¡un poco tardíamente!— a la realidad. En 1910 comenzaba a borrar con el codo cuanto con la mano había escrito durante un cuarto de siglo, confesándole a un amigo que acababa de dejar el protestantismo por el catolicismo, abjurando públicamente de sus errores: “Era de esperar que saliera usted del protestantismo histórico. Todo lo histórico pasa, es decir, se transforma. Y ese protestantismo no es para nosotros los que pensamos en lengua latina. ¡La esencia eterna del catolicismo romano está aún por dar sus últimos frutos!” Con estas palabras terminantes y magníficas el Unamuno de la madurez refuta al Unamuno de los años mozos, al autor de los comentarios a la *Vida de Don Quijote* y de las cartas a Jiménez Ilundain.

8. — Errónea e injustamente se afirma, por consiguiente, que fué ganado el pensador vasco ya en su mocedad, definitiva e irrevocablemente, para la heterodoxia. ¡Nada definitivo, nada irrevocable se produjo jamás en su corazón siempre agonizante y esencialmente



mudable! Dijo y se desdijo, afirmó y negó, dudó y aseguró, “cortó muchas veces la seguida de sus misas regulares” y pegó otras tantas la hebra. Sólo una cosa hizo siempre, sin hiatos, sin vacilaciones, y esa cosa fué orar. Las agitaciones políticas, las disputas y polémicas, el destierro, los ataques implacables de que se le hizo objeto, en otro que no fuera él, hubieran ahogado ciertamente su vida íntima espiritual sumiéndole en el indiferentismo.

CARTAS AL MUNDO,  
DESDE EL MÁS ALLÁ

Unamuno fué constante en buscar siempre a Dios, a través de las congojas de su espíritu, y en golpear, a veces furibundamente, a quienes se anquilosaban en el ateísmo y la indiferencia. De ello son testimonio de excepción estas cartas. Vaciló en sus creencias católicas y le probó el gusto a la heterodoxia; pero, tras largas perplejidades, desde el cenit de su vida volvió a caminar hacia el catolicismo. Implícitamente fué abjurando de sus errores protestantes y de sus veleidades modernistas en los poemas de su diario inédito y en las confesiones a sus amigos.

Muchos habrían deseado la retractación solemne y pomposa del “fanático revolucionario”, del “enardecido luterano”, del “implacable antivaticanista”. No sin razón exige la Iglesia abjuración pública de sus errores a quienes vienen a ella de la herejía o del cisma. Es la única manera de evitar el escándalo, tomada la palabra con todo rigor. Ni puede honrosamente acogerse un escritor al seno de la Iglesia Católica dejando su obra impresa que siga apartando las almas de esa misma Iglesia. Ello pertenece al más elemental sentido común.

Por otra parte, tampoco cabe exigirle talante católico y solera ortodoxa a quien impregnó de heterodoxia veinticinco años de su vida, llegando al cabo a la verdad, como no puede menos de llegar, con el peso muerto de enormes inercias acatólicas. Dios no manda

imposibles. Cierta saborcillo protestante y panteísta se percibe hasta en los poemas del *Cancionero*, su confesonario de los últimos años. Pero esos resabios sólo pueden escandalizar a los gedeones del puritanismo superortodoxo.

No puede aprobarse el procedimiento de quienes se complacen en apuntar, con masorético empeño, textos heréticos del escritor, contrastándolos *tête-à-tête* con definiciones eclesiásticas, sin advertir que el Unamuno de la madurez fué el primero en corregir de sus errores al Unamuno inmaturo. No puede justificarse en forma alguna se califique de “mistificador”, de “pornográfico”, de “demoníaco”, ni siquiera en nombre de la religión católica ni con el propósito apologético de alejar a los jóvenes católicos de su lectura, a un hombre de ejemplar honradez y de indiscutida sinceridad en toda su vida. Contra esto alzamos la voz. Unamuno no necesita insultos, sino claridades para que quien busca la verdad, revolviendo sus obras, antes se afiance en su fe católica que se aleje de ella.

En sus *Memorias* Pío Baroja estampó esta frase: “Unamuno era el aldeano que sale del terruño, se hace rabiosamente ciudadano y adopta todos sus hábitos y sus procedimientos. Quiso primero ser un escritor español ilustre y después un escritor universal. Escribió miles de cartas y tuvo su política, política unamunesca, y llegó a ser conocido en el mundo entero. Ya, después de muerto, sin el brazo poderoso que sostenía el armazón de su obra, ésta se desmorona.”

¡Ocurre exactamente al revés! Cuando otros escritores de su generación no han muerto todavía y ya está su obra disipándose, como nube disuelta por el viento, pareciera que Unamuno, luego de trece años de su fallecimiento, como Juan Jacobo en su tumba del Panteón de París, saca la mano desde el más allá —*¡su más allá!*— donde descansa, para escribirle cartas al mundo exhortándolo a pensar un poco más en la eternidad.



*EPISTOLARIO UNAMUNO-ILUNDAIN*

II



## CARTA I DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

*"Un poema o una música exquisita nos hace saltar las lágrimas. Se nos ha dicho que esas lágrimas brotan de exceso de gozo. ¡Mentira! Brotan de exceso de dolor, dolor de no poseer ya en este mundo el imperio de armonía y de belleza, que más allá de esta vida la poesía y la música nos dejan vislumbrar.*

*"Y las veces que hemos disfrutado con pureza de la delicia de vivir —¡en aquella ocasión, en la montaña, o en aquella otra, cuando por primera vez nos asomamos al mar!— nuestro corazón adentro se nos puso a llorar; porque nos acometió un ansia ardiente de otra vida, ensoñada a través de la hermosura de esta vida.*

*"Pues sí. Estos días locos que ahora en este mundo Dios nos da, para eso nos los da, para que nos abran el apetito de la eternidad. El inmortal instinto de inmortalidad, que llevamos dentro y que tantas veces nos hace llorar de emoción, es la prueba más palpitante de nuestro destino inmortal." E. A. POE.*

### OBSERVACIONES SOBRE PAZ EN LA GUERRA

Sr. D. Miguel de Unamuno. (Salamanca).

La he leído en dos sentadas y sin perder una palabra. Hacía mucho tiempo que no sentía una novela con tan *hondo* sentimiento<sup>1</sup>.

Yo soy también hijo de un chocolatero, carlista furibundo; y

<sup>1</sup> Para la cabal intelección de este diálogo, en el que revive el pasado de hace medio siglo, creo necesario tener a la vista las cartas de J. Ilundain; por lo menos las imprescindibles para que las de Unamuno adquieran pleno sentido. A Ilundain le distancian de Unamuno fundamentales diferencias de estilo literario y de concepción de



carlista a mi vez hasta los 15 años. Me reconozco en Ignacio y algo en Pachico, sin esa filosofía honda, ¡ay!, demasiado honda de éste. Son amigos míos, compañeros de escuela o amigos de mi padre, todos los personajes de la novela. Figúrese si me habrá interesado y gustado.

¿Ha leído usted una novelita de los hermanos Goncourt, titulada *La señora Gervaisais*, (*España Moderna*, 15, mayo y junio de 1894)? Una señora, nacida y educada en un ateísmo sincero y sentido y que recorre el largo camino que hay desde tal punto de partida hasta

la vida. Pero le hermana un empeño parejo por dar sentido trascendente a su existencia, no conformándose con el programa rutinario de nacer, crecer, engendrar y morir.

Mas, al tiempo que Unamuno trataba de aliviar su corazón ahondando en los misterios del hombre y de Dios y ocupando su inteligencia en una forja febril de libros, Iundain llenaba los pulmones de su espíritu con los vientos neovitalistas y culturalistas que soplaban de Francia y Alemania, despreocupándose deliberadamente del misterio que esconde la vertiente de allende la muerte.

En los cenáculos del librepensamiento europeo alcanzaba por entonces su cenit el neokantismo marburgense, del que eran paladines Hermann Cohen, Richl, Natorp, Windelband, Rickert, con cuyos nombres se llenaban la boca los contentulios liberales de los *simposios provincianos*; algo así como, al presente, se coquetea hasta las lindes de la indecencia con Heidegger, Jaspers y Klages, con Leroy, Sartre y Marcel; y los que ni siquiera leen francés con Spengler, Spranger y Max Scheler, penosamente alcanzados, por supuesto, a través de Ortega y Gasset, o de las traducciones que este gran rui señor de la filosofía áulica prohibiera venciendo el miedo de dejar al descubierto su filosófica inautenticidad.

A fines del XIX en la geográfica piel de toro iba de capa caída el krausismo, importado de Heidelberg, en 1845, por Sanz del Río y entronizado en el Ateneo, primero, y, después, en la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, templos de la inquietud cultural española, en los que pontificaron durante medio siglo Giner de los Ríos, Federico de Castro, Salmerón, Serrano, Azcárate y la magna caterva de sus acólitos y turiferarios.

"Pocos movimientos espirituales —escribió Unamuno en 1903— han sido más fecundos y beneficiosos en España que el que provocó y fomentó aquel bienhadado krausismo, tachado de bárbaro y maldecido por quienes, sin conocerlo, se han dejado invadir y vivificar de no poco de su espíritu.

"Hay un sinnúmero de giros, de matices de expresión, de modismos, hasta de vocablos, que debidos a aquel movimiento han entrado en el curso general y se repiten a diario en la prensa misma.

"Estuvo de moda algún tiempo entre cierta gente el hacer burla y chacota de escritores como don Julián Sanz del Río, y citar párrafos de su *Análisis* para hacer con ellos reír a los tontos. «Y sin embargo —añadían—, cuando este hombre quería escribir claro, lo hacía, y bien; ¿por qué no escribe todo así; y no, sino que se empeña en envolverse en brumas para velarse a los no iniciados en los misterios mistagógicos?» Aquí

convertirse, no ya en católica, sino en una beata furiosa y fanática. Pues no sé por qué diablos se me había puesto en la cabeza que en *Paz en la guerra* iba a encontrar en Pachico una señora Gervaisais invertida, y me he llevado chasco, y lo siento.

Con quitar de *Paz en la guerra* algunas de las páginas de filosofía Zabalbidesca, que no es precisamente Urraburesca, y aumentar el libro con media docena de páginas, ¿cuántos no nos hubiéramos reconocido en el Pachico de hoy, ateo y anárquico-socialista, católico-

no cabe contestar sino aquello del Cristo: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos», o que traten de resucitarlos.

"Cuando tuvo don Julián sus discípulos, y discípulos que le rinden piadosa memoria, era porque le entendían y comprendían. La única oscuridad verdadera, la del loco o la del mentecato que repite por boca de ganso lo que ha cogido al vuelo por ahí, lleva en el pecado la penitencia.

"Lo que hay es que muchos se creen, sin darse cuenta clara de la tal creencia, que la filosofía no es otra cosa que el conocimiento vulgar sistematizado, la organización, puramente esquemática por lo común, de los conceptos casi en bruto, y no una síntesis de un análisis. Redúcenla a principios como aquel de que el alma siente porque tiene sensibilidad. Sus filósofos son Sancho Panza, el refranero, y Pero Grullo mal entendido; buen provecho les haga. ¡Qué inspirada es esta frase de tan castiza envidia que por ahí corre: hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad! Por todo pasan menos por tener que esforzarse en pensar, por pensar activamente, con intelecto agente; hay que darles las cosas hechas, y sobre todo claras."

Los que a fines del XIX tachaban de bárbaro y maldecían al krausismo, los que burlaban y chacoteaban a Sanz del Río trataban en el fondo de disimular el fracaso de una filosofía con la que habían creído justificar la apostasía de sus creencias religiosas. La misma adhesión fervorosa, prestada entonces al neovitalismo de Marburgo, no era nada más que un velo de Noé con el que aquellos hombres pretendían encubrir piadosamente las vergüenzas del krausismo.

Goethe, Renan, Nietzsche conservaban todavía entero su prestigio; y —¿quién iba a creerlo?— habían de influir poderosamente en los pensadores de primera línea de comienzos del XX, tales: Simmel, Spengler, Max Scheler, Croce, Keyserling, Ortega, d'Ors, Bergson.

Unamuno, desde sus primeras andadas, supo independizarse tanto del krausismo, que su profesor Morayta le brindara en el Ateneo (1880-1884), como del culturalismo, que amanecía con un halo de esplendor en Alemania. Y, llevado por su buena estrella, se arrojó por derroteros inéditos (*insuetum per iter*), anticipándose en varias décadas al existencialismo de Heidegger y de Jaspers.

De ello son prueba palmaria las páginas de filosofía zabalbidesca que Ilundain le aconsejaba raer de *Paz en la guerra*. Francisco Zabalbide es el primer gran doble de Unamuno. Sus ideas revelan a las claras cómo, desde la más temprana edad (poco después de los veinte años comenzó a elaborar *Paz en la guerra*), en los senos íntimos de su espíritu dolía ya el misterio de la muerte.

carlista antaño? El Pachico, tal y como usted nos lo presenta, sólo nos dice a los iniciados quién se encubre en tal personaje, pero apenas por dos o tres rasgos generales. ¿Qué serie de ratiocinios, de desarrollo de ideas, de estudios, de circunstancias le han hecho cambiar tanto? ¿Y cómo? ¡Qué asunto para otra novelita, eh!

#### PRIMEROS ATAQUES A LA RELIGIOSIDAD DE UNAMUNO

Y ya que me meto a crítico por primera vez, no quiero quedarme a mitad del camino. En *Paz en la guerra* (y llueve sobre mojado, pues es usted lo mismo en casi todos sus escritos) hay una atmósfera de misticismo que denota en usted un alma profundamente religiosa en su irreligiosidad. Es, o demuestra serlo, un ateo-místico, un escéptico-creyente, una cosa rara, en fin, que me explico, pero que no comprendo bien <sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Jiménez Ilundain tuvo buen cuidado de conservar las cartas que le llegaban de Unamuno. Y previendo, sin duda, la nombradía futura del escritor y el interés que esas cartas despertarían, guardó también las principales de las que él mismo dirigía al solitario salmantino.

El lector observará, desde estos primeros renglones del epistolario, el empeño de los amigos de Unamuno por socavar su fe religiosa. Ilundain "ataca" el pensamiento de Dios y del más allá impreso en *Paz en la guerra*, el primer libro de Unamuno.

Igual guerra antirreligiosa y nihilista le llevaban ya por esta época (1897) sus otros amigos, los contertulios de la peña de Gallarta. De ello es prueba esta carta de Enrique Areilza, fechada en este mismo año, que han conservado los familiares de Ilundain. Voy a transcribirla íntegra porque documenta el celo, digno de mejor causa, con que aquellos hombres trabajaron infatigablemente por demoler la religiosidad del autor de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Durante ese mismo año de 1897 padecía Unamuno una de las fuertes oscilaciones en su fe religiosa que le llevaron a practicar los sacramentos de la Iglesia, venciendo los prejuicios depositados insensiblemente en su espíritu por sus lecturas en la heterodoxia racionalista protestante. Tomando un poco a guasa las prácticas sacramentales del pensador, le escribe Areilza con el siguiente tono:

"Amigo Unamuno: Si tiene usted libre el librito *En route* mándemelo porque me lo han pedido algunos amigos de aquí.

"Ya se ha hecho pública su nueva evolución hacia Damasco (el catolicismo), y se lo recuerdo porque el periódico *La Avanzada* se ha ocupado del asunto. Por lo visto no ha podido usted sustraerse a la epidemia reinante en el mundo civilizado y ha preferido petrificar su protoplasma de una vez, saltando desde el período de la movilidad indife-

Créame a mí; debe usted ponerse en cura. Tal vez unas cuantas duchas frías por dentro en lo hondo del alma le librarán de esa debilidad religiosa que padece de nacimiento. ¡Diablo! ¡Bueno que el ambiente influya en nosotros, los pobres de espíritu y de mollera, con influencia tiránica y aplastante, y que por consiguiente seamos hoy más o menos aparentemente religiosos y místicos, porque lo es todo el mundo, porque está de moda, porque viste y, si no da pan, cuando menos no lo quita, como lo otro, es decir, como el no ser religioso! Pero usted, que piensa, vive y anda por esas alturas, reales o figuradas, usted, todo un filósofo valiente y casi consecuente, ¿dejarse dominar por el medio? ¡Al cuerno con el tolstoísmo! Estamos hartos de esa literatura que quiere hacer remover en nosotros, los semi-emancipados, el poso religioso.

¿Quiere usted que se conserve lo que tiene de arte y poesía la religión? Pues ¡mucho ojo!, porque la mayoría, que no sabemos elevarnos cuatro dedos más arriba de un pesebre, confundiremos los extremos; y, en vez de lo que se propone, conseguirá que nos con-

rente, sin atravesar el estadio vital de la diferenciación, a la época final de la estabilidad, frontera del reposo, o de lo absoluto si usted quiere.

"Yo no he vislumbrado en su cambio los móviles interesados que muchos le atribuyen; porque, si es verdad que su conducta humana anterior carecía de base sensible (muchas veces), nunca le he tenido por malo socialmente. Su afán de vivir dentro de la razón le ha conducido, es verdad, a acomodar sus acciones a una lógica seca y algo egoísta; pero era de esperar que alguna vez se desbordase el dique contenedor de sus sentimientos para que éstos regaran y vivificaran su alma e hicieran brotar en ella la semilla latente de la más hermosa y consoladora de las religiones, depositada en sus primeros años a una hondura tal, que jamás la han podido remover sus oleadas intelectuales; por más que éstas han sido bien violentas y profundas.

"Todo eso lo encuentro muy bien y me alegra con la mayor sinceridad porque supongo la felicidad que le trae aparejada. Yo sólo sentiría que ahora exagere usted la nota y caiga en la intransigencia de un genízaro, emperrándose en creer que sólo en la religión católica está contenida toda la verdad.

"Sería de lamentar que acometiese a sangre y fuego contra todos los no creyentes; y que cayendo en el extremo opuesto desconociera el valor de la inteligencia humana en la comprensión del Universo. Yo estoy convencido que se trata de una facultad esencialmente material con la cual es imposible darse cuenta de la armonía y sobre todo de la bondad infinita que preside lo existente. Pero con ella se afina el alma, se hacen más delicados y puros los sentimientos y aun se llega por exclusión a vislumbrar la grandeza de lo que está fuera de sus alcances.

"¿Que hay otros medios de alcanzar lo absoluto fuera de la razón? Casi estoy dis-

virtamos en masculladores de palabras, en rezadores de rosarios, que no es precisamente lo mismo. Eche a un lado ese panteísmo de nuevo cuño que se desprende de las tres últimas páginas de *Paz en la guerra* y (se lo diré en secreto), si hace una nueva edición de la obra, convierta usted esas malhadadas tres páginas en tres líneas y ganaremos todos con ello: la novela, el editor y el lector paciente.

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
Gallarta, 1897

## CARTA II DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

SEA EL QUE  
DEBE SER

Sr. D. Miguel de Unamuno, (Salamanca).

Al contestar en carta dirigida a mi amigo Areilza a nuestras observaciones acerca de su obra *Paz en la guerra* tuvo usted la amabilidad de tomar en cuenta algo de lo que yo dije, y hasta me dirigió

puesto a creerlo, aunque no lo afirmaría rotundamente; mas tenga usted seguridad de que esos medios no son patrimonio exclusivo del catolicismo, ni aun siquiera del cristianismo. Si a usted le hubiera cogido este chaparrón místico en el Tibet sería hoy un lamaísta convencido; y si hubiera usted nacido en Fez hoy estaba en camino de santón musulmán. Y eso aunque admitiéramos que su cultura intelectual fuera tan extensa como lo es actualmente.

"Lo cual quiere decir que las intuiciones supraintelectuales, llámense gracia, Espíritu Santo, karma, fe musulmana, etc., etc., son idénticas y universales; pese que al exteriorizarse o tomar realidad positiva, cristalizan en la forma determinada por el germen religioso inculcado y por el medio ambiente intelectual.

"Ahora que se encuentra en el seno donde se rinde culto a la mansedumbre, soporte un consejo de un amigo que algo le aprecia. Nunca lleve usted al público los pensamientos íntimos que le asaltan y le mortifican, si duda usted de ellos y los produce únicamente para satisfacerse. Es buena la *autoconsolación* pero es poco caritativo inocular a los demás el virus de la paradoja. Le digo esto porque es usted casi responsable de unas cuantas dislocaciones cerebrales de algunos amigos que vivían con luz refleja y ahora están a oscuras con el cambio de alumbrado cerebral. Supongo que acabarán por surtirse de la nueva instalación, pero entretanto viven sumidos en confusiones. Mande cuanto guste a su amigo

ENRIQUE AREILZA  
Bilbao, 20 de mayo de 1897.



algunos piropos que, para ser sincero como intento, debo decir que no creí los había merecido, pero que me hicieron mucho bien y los agradecí con toda mi alma<sup>3</sup>.

También a mí me gusta la discusión entre personas sinceras y que de buena fe buscan la verdad o la felicidad, y, engraido algún tanto con la opinión que ha formado usted de mí y entendiendo que no será para usted gran molestia leer esta carta mía, y, si encuentra en ella alguna idea, el contestarla, aquí me tiene a mí, Jiménez Ilundain, y joven de los que viven en el porvenir y en el ideal todo el tiempo que le deja libre la lucha por el garbanzo, que no es mucho.

Con afición casi exagerada a toda clase de lectura, desde el *Chaperzuri*, *La Lucha de Clases* y el Padre Urráburu<sup>4</sup> hasta las últimas producciones de Ibsen, Tolstoi, Spencer, etc., me encanta muy particularmente cierta clase de filosofía y literatura con tendencias anarquistas, y todo lo que hace relación a la sociología.

También yo carezco de fe dogmática y de ideas políticas concretas. Creo, pues, que concordamos en algo. Pero debido sin duda a que me falta la facultad de elevarme a las grandes síntesis (no sé si me explico bien), veo las cosas más a la menuda; y de aquí dimanar sin duda nuestras diferencias.

“Nada de direcciones determinadas, dice usted. He llegado a la cátedra y me basta. Ahora sólo me resta dejarme llevar de mi modo

<sup>3</sup> No se ha conservado la respuesta de Unamuno a Arcilza, en la que hacía referencias al juicio sobre *Paz en la guerra* emitido por Jiménez Ilundain. Sin embargo, como se desprende de esta carta, Unamuno debió estimar en mucho su talento y sagacidad literaria.

Ello dió pretexto a la II epístola de Ilundain, en la que arremete otra vez contra el misticismo *sui generis* de Unamuno. Queda patente el espíritu escéptico y descreído, típico de los hombres de fin de siglo, que privaba en la Peña de Gallarta y en general en los ambientes filosóficos y literarios de toda Europa. Contra ese descreimiento combatirá Unamuno explicando el recóndito origen de sus preocupaciones religiosas.

“Si la vida del hombre —escribió diez años después, combatiendo con sus mismas armas al positivismo de Comte, de que evidentemente adolecía Ilundain— es trasunto y resumen del linaje humano, no puede tenerse por verdadero hombre quien no haya por lo menos pasado por un período sinceramente religioso, que aun cuando pierda su perfume su oculta savia lo vivificará.” (*Recuerdos de niñez y mocedad*, cap. VI.)

<sup>4</sup> Véase la nota 34 de pág. 53.



de ser. Es decir, ¿que mi característica es la paradoja, pongo por caso? Pues, nada, escribiré y sostendré paradojas. ¿Que tiendo a la nebulosidad o a cierto romanticismo *sui generis*? Mi obligación es trasladar mi personalidad a mis escritos, y por consiguiente ser nebuloso y romántico, o lo que sea”<sup>5</sup>.

Como diría el Padre Urráburu, niego la consecuencia. Yo creo que en el sentido en que vengo hablando no hay que ser lo que se es sino lo que se debe ser. Y a ser lo que se debe, y no lo que se es, llamo yo dirección determinada.

Ha escrito usted un artículo titulado *Pistis y no Gnosis*, que no sabría cómo alabarlo bastante<sup>6</sup>. Lo encuentro archisuperior. En él

<sup>5</sup> En estos primeros años de intercambio epistolar Unamuno escribió a Areizla un buen número de cartas, desgraciadamente no conservadas. Pero las genialidades y la causticidad en el ataque del médico vasco refrieron la amistad. Como hemos de verlo más adelante, Areizla llegó a ser un poco cruel con Unamuno, no trepidando en clasificarle de ególatra, paranoico y, en suma, de neurótico. Y, lo que es peor, no fué este parecer tan sólo de uno sino de la mayor parte de los amigos de Unamuno exasperados por sus tendencias religiosas.

<sup>6</sup> *Revista Política* de Madrid en su número de enero de 1897, en página 29 a 32, publicó este admirable ensayo de Don Miguel. No lo recogió su autor en los tomos de *Ensayos*, aunque casi todas sus ideas fueron glosadas abundantemente en *La crisis del patriotismo* y en el último capítulo *Sobre el marasmo actual de España*, que cierra el libro *En torno al casticismo*. *Pistis y no Gnosis* fué una de las primeras sacudidas de solapas que dió Unamuno a su España, tratando de removerla de su acidia mental y de su encanallamiento en fórmulas sin vida. “El temor al pasado —escribe— les impide amar el porvenir en el presente, y esperarlo; no ven en el hoy más que la herencia del ayer, y no el patrimonio del mañana. Como el legado de la historia está constituido en formas definidas y concretas, creen en él con fe de *gnosis*, con adhesión del conocimiento, y le temen. Y no alcanzan a cobrar confianza en el porvenir indefinido y nebuloso, encapullado en misterio; no logran fecunda *pistis*, fe verdadera. Necesitan realidades concretas, netamente definidas, precisas y claras, tangibles a poder ser, de bulto; nada sienten en el ideal inconcreto, indefinido, flotante, en el ideal que encierra las posibilidades todas, en el ideal que repele toda fórmula. Viven esclavos de la ley que mata, de la que hace el pecado, de la ley que no justifica.

”Hablando yo en cierta ocasión delante de un joven, en edad corporal, del ideal de una sociedad futura, de vivas esperanzas en la redención del hombre, púsose a asatearme a preguntas de cómo habría de ser esto y lo otro y lo de más allá, cada una de las minucias administrativas que constituyen nuestro derecho constituido. Quería el pobre un programa detallado... ¡un programa! Era de los que parecen creer que el dogma hace la fe, cuando en realidad de verdad la mata. Me dió lástima de aquel desgraciado infiel. Una juventud que pide eso que se suele llamar soluciones concretas y que jura sobre un credo cualquiera, no es tal juventud. No es juventud porque no es fiel, aunque

veo despuntar algo de esa dirección determinada. Dice: "Luego se coge *un camino*, y no cabe ya desandarlos; el inflexible tiempo no se revierte". ¡Muy bien!

*Pistis* es el ideal, en que de la nebulosa de hoy brotará o podrá brotar un mundo. Éste es el camino que usted ha cogido. Pues bien: a remover todos los obstáculos que se opongan a su marcha.

Y estos obstáculos se remueven y hacia esos ideales se camina y hace caminar a los pobres de espíritu, pero de buena voluntad (que somos muchos), dejándose de paradojas aparentes o reales, de nebulosidades y romanticismos y demás excesos. Entiendo que es infinitamente más fácil que usted mejore sus explicaderas que no mejorar nosotros las entendederas.

Se ha encaprichado con exceso de los juegos de palabras, y los que no estamos en el secreto (los no filólogos) nos quedamos con un palmo de boca abierta ante ciertas asociaciones de ideas y palabras que usted se permite y que nosotros creemos que habian de verse juntas. (¡Se equivocó usted al juzgarme no prosaico!)

sea creyente (sabe ser creyente infiel, y fiel incrédulo), porque no tiene fe verdadera, *pistis*, fecunda confianza que se dirige siempre al ideal, radicante siempre en el porvenir, único reino de todo lo posible que no ha de realizarse nunca. La creencia, la *gnosis*, sólo se adhiere a lo hecho y constituido, a los mundos formados ya; la fe, la *pistis*, es confianza de que la nebulosa se resolverá en futuros mundos desconocidos hoy. Sólo viviendo con la fe en el ideal inasequible y nebuloso, cabe obrar obras de vida eterna en el presente concrecionado y necesario..."

Este bravo ensayo *Pistis y no Gnosis*, a quien estudia la evolución religiosa de Unamuno, le deja entrever claramente la impresión profunda que en estos años iba causando en su espíritu la lectura de los protestantes alemanes. Como Unamuno entraba en ella sin preparación teológica ninguna, las primeras impresiones eran despistadas. La heterodoxia no pegaba en un bastión compacto de ortodoxia, ausente en el espíritu del profesor salmantino, sino que entraba mansamente inundando toda la llanada de su alma, abierta a todos los vientos.

Los primeros artículos, brotados al calor de esas lecturas, no acusaban todavía definidas tintas de heterodoxia, antes bien abundaban en pensamientos exóticos, en argumentos rebuscados y retorcidos y destilaban unas moralinas, no diré una prédica moral, mitad protestantes mitad católicas, que despistaban a los críticos, como *Clarín* y *Fray Candil*, y encandilaban a los profanos con pujos de literatos, como Areilza, Barco, Ilundain, quienes las hallaban sumamente originales y talentosas. Fué viveza de Unamuno acudir a una cantera, la literatura protestante racionalista, absolutamente desconocida de los españoles, en la que se surtió de originalidades, exotismos y novelorías que el salmantino volcaba en prosa caliente y nervosa.

Religiosidad, misticismo, etc., gramatical, histórica y filosóficamente indican, para nosotros los prosaicos, estados de conciencia o modos de ser que hacen relación a eso que otros más prosaicos llaman Dios; usted me entenderá.

¿Qué significa entonces *ateo-misticismo*? Algo, aunque poco; más explicable encuentro lo de *mística racionalista* y *misticismo anarquista*. Pero insisto en que hay paradoja en *ateísmo místico*.

No soy *motinesco*, en el sentido que da usted a esa palabra. Pero *El Motín*, las *Dominicales* y hasta Büchner, aunque no solos, han contribuido a que yo consuma mi fe y haya llegado a un ateísmo limpio de polvo y paja. Es decir, sin misticismos ni intrarreligiosismo, que no sé lo que significa. Hace ya mucho tiempo que dejé de leer *El Motín*, a Büchner, etc.; pero no por eso me desagrada que vivan y se lean; y aun creo que esa especie de reforma que pide usted para España hubiera podido venir traída por ellos, si ciertos hechos, como la aparición en la forma actual de los partidos obreros, socialista y anarquista, los procedimientos de algunos de éstos, y, como consecuencia y dada la cobardía humana y la gran pereza intelectual que a todos nos domina, la furiosa reacción religioso-dogmático-mecánica, entronizada, y en moda entre las clases "superiores", no hubieran hecho que se mire la campaña de aquellos periódicos y congéneres como cosa ridícula y cursi. Y en la cursilería de considerar cursi toda campaña antirreligiosa han caído muchos.

Para llegar al ateísmo hay muchos caminos. Lutero, para atraerse a los campesinos alemanes, seguramente que no empleó un lenguaje ni muy filosófico ni trataría de remachar la superstición católica; al menos no fué ése el resultado, ni indudablemente fué aquél el medio. Muy poco me dice el alma de las religiones ni las entiendo muy claro, y aun menos su "seriedad".

¿Que no hay que violentar el carácter de un escritor? Pienso de muy distinto modo y repito lo dicho: que el escritor debe ser lo que debe y no precisamente lo que es.

Supongamos que tiene usted una "misión" que cumplir en este mundo y que para ello sean necesarias tales o cuales cualidades, la

claridad en las ideas y la sencillez y concisión en el lenguaje, pongo por caso; y supongamos también que usted carece de esas cualidades pero que puede adquirirlas; ¿no tendríamos derecho a censurarle si se negara a ello pretextando que eso era violentar su carácter o que dejaba así de ser sincero? Creo que algo de esto le pasa a usted; y dispense la “indirecta”.

VERDAD, SINCERIDAD,  
DISCRECIÓN

Lo de “misión” puede sustituirlo por otra cosa, por ejemplo “deseo de gloria” o altruísmo que le impele a escribir por el bien de la humanidad. Y uno de estos dos debe ser el móvil que le impulsa a publicar sus libros, artículos, etc. En cualquiera de los dos casos y no olvidando que el fin del hombre es (para nosotros) la felicidad, y que ésta, a despecho de todos los altruísmos, se la debe procurar para usted y los suyos con preferencia a los demás, opino que le falta un poco más de sentido práctico o de gramática parda, si quiere mejor.

¡Sinceridad, sinceridad! Santos anhelos de desnudarse el alma (puede usted desnudar la suya sin ningún inconveniente), de decir la verdad siempre y en todo lugar (pero con mucho ojo), y mejor cuando más indiscreta e intempestiva la crean los prudentes según la ley (aquí ni aun el ojo basta para librarse uno de un descalabro o un molimiento de huesos). Santa y buena es la verdad y puede decirla cualquiera y donde quiera, cuando no perjudica ni molesta a nadie. Si se trata de “defectos” o “sobras” de la humanidad, de un estado, de una colectividad, etc., venga la verdad clara y limpia, y duro con ellos. Pero en lo que no sea esto, cuidado con la tal verdad, que puede traer tan malas consecuencias para el que la dice como para el que resulte objeto de ella.

Y digo esto porque no sé si he leído en algún escrito suyo, o me lo han referido, ello es que tengo entendido que es usted partidario de la verdad hasta el extremo de creer que se debe decirla

siempre y cuanto más clara mejor. ¡Poco a poco! Mucho más importantes que la verdad considero yo para la felicidad de los hombres (que a la postre éste es el fin nuestro en el mundo) ciertas *ilusiones*. Cuando éstas sean con perjuicio de tercero, venga la verdad a destruirlas. Cuando son inofensivas, bellas y hermosas, es un crimen destruirlas.

Y cuando la verdad tiene por fin poner de manifiesto defectos personales que no admiten corrección, el que dice la verdad merece que se le conteste con un garrote, y me quedo corto. En esta carta le llamo romántico, nebuloso, etc., y le echo en cara, por decirlo así, ciertos, a mi parecer, defectos. Ésa es la verdad y no creo hacer mal en decirla, porque todo eso puede corregirlo o modificarlo. Hasta podía hacer un bien y no pequeño si son efectivamente ciertos los tales defectos y se corrigiera. Pero la verdad no debe traspasar estos límites.

Mucho más pensaba haber escrito; pero la lucha por el pan me llama a otras ocupaciones mucho menos agradables; y dejo en esta carta unos cuantos extremos sin atar y tal vez algún disparáte que corregir, pero no tengo tiempo para más.

A pesar de todo lo escrito y dicho, sin pizca de intención de adular, leo cuanto cae en mis manos firmado por usted con verdadero deleite y hasta entusiasmo. Como consecuencia agradezco mucho su ofrecimiento de *El Reino del hombre*, y sería para mí honra singular cuanto inmerecida y no poco provecho para usted que hiciera uso en tal obra de alguna de estas advertencias, si es que en ella hay páginas como las dos últimas de *Paz en la guerra*, con las cuales (y con alguna otra) no me reconcilio. Claridad de ideas y claridad de expresión; lo demás en un hombre de talento indica enfermedad, degeneración, aberración o algo peor todavía.

Esto nada tiene que ver con las estrellas polares y, sin faltar a esa tres veces santa claridad, se puede muy bien ser espíritu inquieto y errabundo.

Hará usted muy bien si supone que la falta de claridad en algunos pasajes de sus obras y escritos puede depender en gran parte



de que muchos de nosotros carezcamos de entendederas suficientes, pero pudiera también suceder que no dependiera exclusivamente de esto.

Y basta de lata. Salud y felicidad.

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
Gallarta, 1897

## CARTA I DE MIGUEL DE UNAMUNO

LÓGICA, NO.  
CARDÍACA, SÍ

Señor D. Pedro Jiménez Ilundain. (París).

Mi querido amigo:

¡Cuánto me he alegrado de recibir su carta! Con ella tengo presente, aquí sobre la mesa, la que desde Gallarta me escribió usted <sup>7</sup>.

Por el estado de mi propio espíritu comprendo el del suyo. ¡Que

<sup>7</sup> Jiménez Ilundain, antes de abandonar Gallarta para trasladarse definitivamente a París, debió escribir nuevamente a Unamuno anunciándole su viaje. A esta carta, no conservada, refiérese ahora Unamuno. Como es fácil advertir, vivía Ilundain, como tantos otros en aquella época, el drama del ateísmo positivista. Comte, en su ley de los tres estados evolutivos, había jerarquizado el sindiosismo, colocándolo en el ápice de la evolución humana. En todos los tonos sus amigos hacíanle sentir a Unamuno lo vergonzoso de su estado espiritual, aconsejándole embanderarse en un franco ateísmo "limpio de polvo y paja".

Unamuno recalca la necesidad de la fe. Aconseja la lectura del Evangelio, "el libro eterno", y entre otros conceptos profundísimos, tan espirituales como pudiera escribirlos un Santo Padre, asegura contundentemente: "El más grande milagro es llegar a creer en la posibilidad del Evangelio después de haber pasado por el racionalismo agnóstico."

El iniciado en la literatura unamuniana hallará en esta carta, escrita en 1898, los grandes temas que había de modular su autor en años posteriores, a lo largo de toda su obra escrita. Hállanse aquí virtualmente entrañadas las conclusiones de *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del Cristianismo*.

El afinamiento de Ilundain en París le separó de Areilza. Entre ambos amigos comenzaron a mutuarse cartas, sin intermisión, pues era muy estrecha la amistad que les unía. Más de un centenar de cartas del médico vasco, escritas de su puño y letra, conserva aún la familia de Ilundain. Ni en una sola de ellas se olvida de referir al amigo



lástima que no podamos charlar un rato, cara a cara y en libre y suelta plática!

El estado que usted me revela y el estado en que me hallo veo que es casi general hoy en la juventud que además de pensar siente. Es la fatiga del racionalismo agnóstico, es el postulado de la razón práctica que surge poderoso de las ruinas acumuladas por la razón pura (terminología kantiana), es la verdad que se sobrepone a la razón, es, en fin, que resuena en las almas la voz de San Pablo cuando, dirigiéndose a los atenienses ante el altar que éstos elevaron:

de París las últimas noticias que le llegan de Salamanca o que vierten los periódicos españoles sobre Unamuno. En este mismo año de 1898 escribía Areilza a Ilundain:

"No sé una palabra de Unamuno; pero me figuro que continúa aún estancado en el protestantismo, en que el invierno pasado le sumió con sus fríos y sus tristezas.

"Yo tengo para mí que el cerebro de nuestro amigo es muy sensible a las influencias meteorológicas y que sus evoluciones se asemejan algo a un reumatismo mental. Todos los años se carga de bilis en Salamanca, durante la mala estación, y sabe endilgarla en forma de artículos mordaces en la *Lucha de clases*. Pero es cosa segura que el ataque se alivia en primavera y cede por completo durante el verano. Este año pasado adquirió otra forma su padecimiento. Vinole aquel misticismo terrorífico, que alcanzó el pináculo en la cuaresma, y que creo le hubiera llevado hasta el catolicismo ortodoxo si el sol y el calor de la buena estación no hubiesen ahuyentado las cucarachas de su entendimiento, dando al mismo tiempo bríos a su corazón y ganas de vivir a su voluntad.

"Mas este descanso será posiblemente sustituido por nuevos arrebatos, con las nieves y ventiscas de este invierno y con las panzadas de fruiciones religiosas que seguramente se dará en la Roma española (Salamanca), con sus cuarenta iglesias y cuarenta conventos. Realmente la tristeza es mala consejera, y nada hay más peligroso, para irse al abismo místico, que frecuentar las iglesias cuando el corazón duele.

"Yo he repetido la experiencia de ir a sermones y fiestas religiosas para distraerme de internos disgustos y, créame, el pobre cerebro se deja modelar fácilmente cuando el corazón flaquea. Los sermones, como la *Imitación de Cristo*, se parecen al oráculo de Napoleón, siempre dan una contestación adecuada. No ha muchos días me salieron tan mal todas las cosas, que me dije a mí mismo si Dios o el diablo, o ambos a la vez, se habían puesto de acuerdo para echar abajo mis alegrías; y oí tocar la campana en la iglesia próxima. Fui en seguida a ella y comenzaba a predicar el P. García Alcalde con las siguientes palabras: «El carácter diferencial entre el hombre y los animales consiste en que aquél no escarmenta del castigo y éstos se corrigen con la pena. El hombre está recibiendo constantemente desengaños, que son avisos de Dios, y a pesar de todo continúa en el pecado.» Pues bien, estas majaderías dichas en aquel lugar oscuro, con entonación patética y en medio del mayor silencio cayeron sobre mí, tristísimo y acobardado en aquel momento, como el augurio de una muerte próxima cae sobre el baturro cuando consulta un libro de echar las cartas con una adivinadora.

"Este ejemplo, que a usted también le habrá ocurrido más de una vez, es una prueba de que no se puede jugar con fuego; y que se debe evitar toda ocasión de aumentar

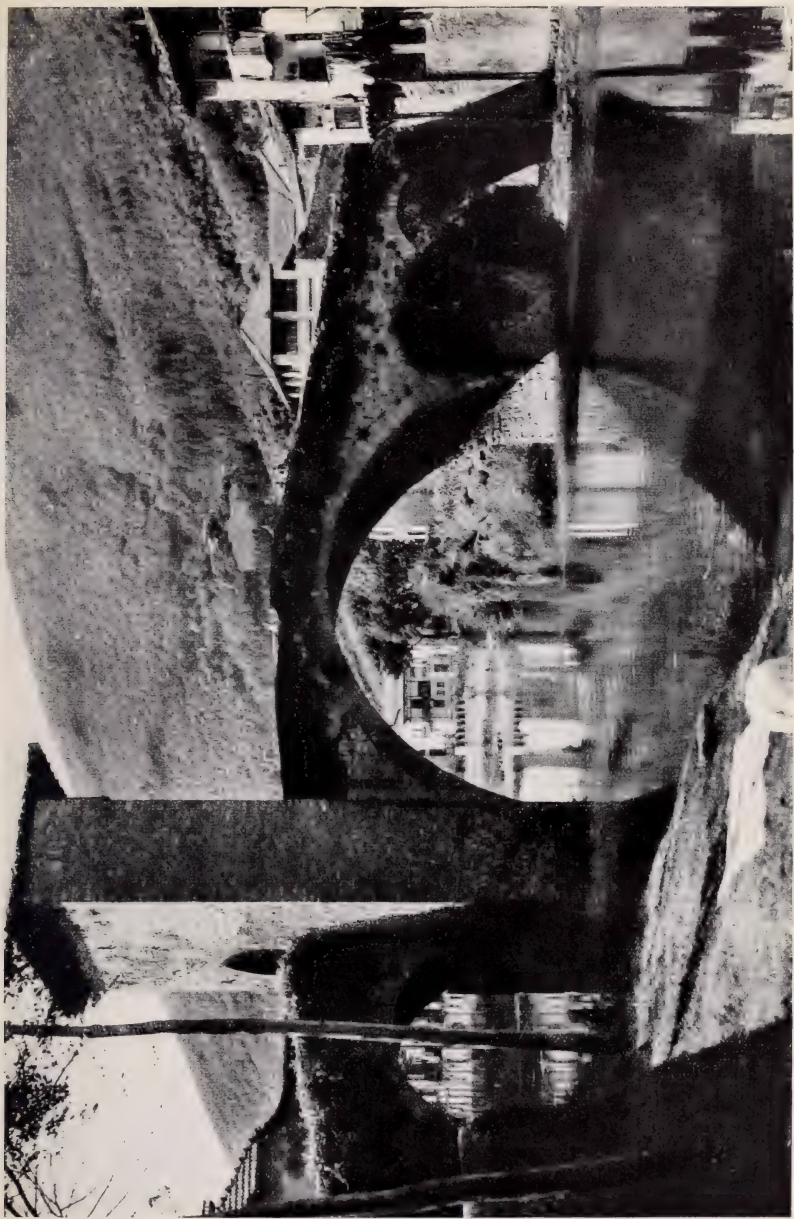


LÁMINA 13

Lám. 13.—Serranía (Vizcaya).

al dios desconocido (nuestro Incognoscible), les decía: "A aquel, pues, a quien honráis sin conocerle, es a quien os anuncio".

La generación pasada pudo vivir en positivismo intelectual, porque, educada en fe cristiana, llevaba ésta por debajo de aquél, como su inconsciente sostén. Pero una generación educada en positivismo ha de volver con fuerza a buscar el manantial oculto que sus padres le celaron<sup>8</sup>.

las aflicciones de la vida procurando combatir la tristeza con la alegría y no echando leña al fuego, que es lo que ha hecho nuestro buen amigo.

"Debía usted escribirle desde París ofreciéndole sus servicios para libros, etc., etc., y de paso le larga una banderilla para ver cómo respira. Yo no me atrevo a mandarle cuatro letras porque se figura que soy un guasón y que me río de sus cosas; lo cual no es cierto, puesto que sus cartas me proporcionan un placer intelectual de primer orden. A este sabio le ocurre lo que a casi todos: toman muy en serio la vida y sobre todo sus pensamientos y no toleran el buen humor sino cuando se trata de cosas fútiles; siendo así que a mí me parece que el buen humor hace más falta para los asuntos graves o tristes de esta puñetera existencia, que para los nimios o indiferentes."

No lleva fecha esta carta, pero debió ser escrita en 1898. Es típica de Areilza; azuza al amigo a que éste le clave las banderillas al toro, evitándose él todo compromiso, no fuera a perder la amistad de Unamuno. No fué ésta la única vez, como veremos en cartas posteriores, que el médico enardeció la jauría arrojándola contra Unamuno, ¡a ver si lograban sacar al lobezno de sus *ultratumbérias* entre todos juntos!

Inspirado por Areilza, Ilundain cargó la mano en sus cartas próximas predicando ateísmo crudo, en todos los tonos. Unamuno, aunque un poco niño como era, los caló a lo hondo. Vió claro que en el fondo, con todas sus alharacas, sus amigos ateizantes no lograban acallar tampoco ellos la obsesión del más allá, y se lo escribió así a Ilundain, como se verá en los renglones dedicados a Areilza, al término de su primera carta.

<sup>8</sup> No habían caído en mis manos estas cartas de Unamuno cuando, hace ya algunos años, escribí el *Palique preliminar*, que prologa el libro *Crítica literaria* de L. Castellani, en cuyo final hablo *del drama de dos generaciones*. Es el drama de nuestros padres, por una parte; y el nuestro, por otra. Era paradójal que nuestros mayores, blasonando liberalismo y ateísmo "limpio de polvo y paja", a la manera de Jiménez Ilundain y de Areilza, fueran tan intachables en su conducta, como pueden serlo ahora sólo los católicos más austeros. Y no menos paradójal es que nuestra generación, la nacida de los liberales y ateos del pasado, blasonando catolicismo, sea tan libre, por no decir licenciosa, en su conducta. Unamuno explica acá, con hondo análisis, la razón oculta de esta doble antinomia. Sin que ellos lo supieran, nuestros mayores, ateos de epidermis afuera, llevaban las raíces de su conducta moral alimentadas con los jugos soterraños con que les regó el alma, desde la inconsciencia infantil, el recio catolicismo hogareño. No así nosotros que fuimos mecidos en paganismo culturalista en nuestra niñez. Y, sin duda, porque llevamos sueltas al viento y enjutas las raíces de nuestra conducta moral buscamos el catolicismo con nuestras inteligencias, bien experimentados como estamos de que la cultura, la estética y todo eso en que se quiso fundamentar el imperativo moral,

Preparo unas *Meditaciones evangélicas*, y entre ellas hay una, “*El mal del siglo*”, en que desarrollo el hecho de que hoy entristece

todo eso con que se pretendió substituir la fe cristiana no sirve nada más que para ponerle los cuernos al más querido amigo, si podemos ponérselos.

Unamuno llevaba muy metido en el alma este convencimiento. Con unas o con otras palabras repitió innumerables veces que los llundain y los Areilza, ateos de piel afuera, estaban bien lastrados de catolicismo vasco de piel adentro, sin saberlo acaso, o sin quererlo ellos saber. “Quejásbase un día —escribe— el hijo de un gran profesor de ética de uno a quien apenas si se le caía de la boca el imperativo categórico (ese que inventó el solterón de Koenigsberg, quien si no fué santo mereció serlo), que vivía en una desolada sequedad de espíritu, en un vacío interior. Y hube de decirle: Es que su padre de usted, amigo mío, tenía un río soterráneo en el espíritu, una fresca corriente de antiguas creencias infantiles, de esperanzas de ultratumba; y cuando creía alimentar su alma con el imperativo categórico ese o con algo parecido lo estaba en realidad alimentando con aquellas aguas de la niñez. Y a usted le ha dado la flor acaso de su espíritu, sus doctrinas racionales de moral, pero no la raíz, no lo soterráneo, no lo irracional.” (*Del sentimiento trágico de la vida*; XI *El problema práctico*.)

Fué Unamuno, entre los escritores de la generación del 98, fervorosos predicadores todos ellos de la moral sin dogmas y de la cultura sin Dios, el único que sacó la cara en favor del cristianismo o, dicho más en concreto, del catolicismo tradicional español. Cuando escribía *Del sentimiento trágico de la vida* arreciaba la ola culturalista europea. Hermann Cohen, aquel judío ateo a quien Ortega llamó “el grande”, incensaba, como un pontífice, el altar de la diosa Cultura o Kultura, que era más culto escribirla con K mayúscula. “La cultura es la cúspide del desarrollo humano y la exposición de este desarrollo es la tarea magna de la psicología sistemática, la misión cumbre del filósofo”. se decía. Gritaban a todos los vientos los culturalistas que, dándoles a las masas alfabetos, baños calientes, vales de Chopin y un código ético asentado en un ideal estético, este mundo se convertiría en un Paraíso terrenal. “Me gusta doblarme de rodillas ante la Nada” exclamaba Renan predicando la moral sin dogmas. Cuando estaban en lo mejor de la borrachera culturalista, cuando “Dios”, “eternidad”, “alma inmortal” eran malas palabras, salió Unamuno gritando: “Los españoles somos católicos, sepámoslo o no lo sepamos, queriéndolo o sin quererlo. Y, aunque alguno de nosotros presuma de racionalista o de ateo, acaso nuestra más honda labor de cultura, de religiosidad (si es que no son lo mismo), es tratar de darnos clara cuenta de ese nuestro catolicismo subconsciente, social o popular. Y esto es lo que he tratado de hacer en esta obra.” (*Del sentimiento trágico de la vida*, lugar citado.)

Para esto escribió Unamuno, en efecto, su obra cumbre, para oponerse a los imperativos categóricos o culturalistas del ateísmo reinante y para decirles a sus paisanos, los españoles, que si eran honrados y vivían en medio de un pueblo moralmente sano era porque ese pueblo estaba regado de catolicismo, porque eran católicos, queriéndolo o no queriéndolo. Y lo escribió para desenmascarar a los señoritos estetas, a los idólatras de la Kultura, a los que no podían oír las malas palabras: “Dios”, “eternidad”, etc. Y los hechos le han dado la razón. Los hijos de los culturalistas buscan ahora cristianismo, aprenden a pronunciar: “Dios”, “eternidad” y todas las malas palabras del catecismo, porque están escarmentados con tanta guerra y tanta deshonestidad reinante. Y no me alargo para no convertir la nota en el cuento de nunca acabar.



a las almas el nihilismo, la perspectiva abrumadora de la nada ultramundana. Si todos estamos condenados a volver a la nada, si la humanidad es una procesión de espectros que de la nada salen para volver a ella, el aliviar miserias y mejorar la condición temporal de los hombres no es otra cosa que hacerles la vida más fácil y cómoda, y con ello más sombría la perspectiva de perderla; es la infelicidad de la felicidad. Nos hemos obsesionado de razón, como si la bondad íntima no fuese un órgano de relacionarnos con la verdad, más poderoso acaso que la razón, que de las meras relaciones de las cosas no pasa <sup>9</sup>.

<sup>9</sup> El periodismo fué la principal tarea de Don Miguel. Casi a diario escribía para los periódicos de Europa y de América. Entre los papeles que heredaron sus hijos hállanse recortes de diarios y notas de su padre que orientarían en la ingente labor de reunir en volúmenes, divididos por materias, los varios centenares de artículos cortos, desperdigados aquí y allá, cuya lectura nos es imposible. Algunos unamunistas han hecho meritorios esfuerzos por recoger en libros esos tesoros, prácticamente inéditos. Mi buen amigo Don Manuel García Blanco reunió en *Paisajes del alma*, Madrid, 1944, treinta y cuatro bellísimos artículos, de los que hago mención en otra parte. Dos esfuerzos plausibles representan los libros: *Temas argentinos*, que reúne catorce artículos sobre la literatura argentina, y *La ciudad de Henoc y Cuenca ibérica*, publicaciones realizadas en México, donde se han agrupado artículos pertenecientes a las últimas décadas de la incansable labor unamuniana.

Permanecen, pues, inéditos, *prácticamente inéditos*, innumerables trabajos de los últimos años del siglo pasado, entre ellos el que ahora menciona: *El mal del siglo*. Basta leer el resumen, escrito en esta carta, de ese estudio para advertir su importancia. Une él armónicamente los dos grandes temas: *el cordialismo*, órgano de la verdad, desarrollado siete años más tarde en *Vida de Don Quijote*, y *El hambre de inmortalidad*, el capítulo más ardiente de *Del sentimiento trágico de la vida*.

Julián Marías, en la lujosa edición *Obras selectas de Unamuno* (Editorial Pléyade, Madrid, 1946), incluyó el ensayo *Nicodemo el jariseo*, del que hace luego mención Unamuno en esta misma carta, ensayo destinado a las *Meditaciones evangélicas*, que por entonces trabajaba, las cuales no llegaron jamás a cuajar en libro. El ensayo *Nicodemo*, según me informa Don M. García Blanco, sirvióle de tema a Unamuno para una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 13 de noviembre de 1899, y publicada en *Revista Nueva* pocos días después. Una búsqueda, con un poco de amor y de prolijidad, en las revistas españolas, de los años de 1897 a 1900, facilitaría la reconstrucción y publicación de las *Meditaciones evangélicas*, escritas en período de honda crisis religiosa.

La colección de artículos bajo el título *Celajes y paisajes*, "refundición y ampliación de ciertas memorias de infancia y bachillerato que publiqué en *El Nervión*" (periódico bilbaíno), como escribe Don Miguel unos renglones más abajo, apareció años más tarde en el conocido libro *Recuerdos de niñez y mocedad*.



Procure usted mejorar moralmente, purificar sus intenciones, y sobre todo ser humilde. Pida usted a Dios luz y paz, y déjelo obrar. Pocas convicciones han sido más arraigadas y hondas en mí que la convicción del determinismo volitivo. Pero éste supone que toda realidad cabe racionalizarla, que nuestra ciencia puede determinarlo todo. Si en matemáticas, que pasa por lo más exacto, hay cantidades imaginarias y funciones indeterminables y relaciones inconmensurables para nuestro modo de contar, ¿por qué no ha de haber algo así en psicología? Si no hay fin en la creación, todo esto es un verdadero absurdo.

Los otros ensayos de mis *Meditaciones* son “*Jesús y la samaritana*” y “*Nicodemo*”, concluídos ya, y en telar “*San Pablo en el areópago*”, y otro. Le prestaré las cuartillas de lo hecho ya.

MI VIDA ES UNA CONSTAN-  
TE MEDITATIO MORTIS

¡Qué cosa más terrible es atravesar la estepa del intelectualismo, y encontrarse un día en que, como llamada y visita de advertencia, nos viene la imagen de la muerte y del total acabamiento! ¡Si supiera usted qué noches de angustia y qué días de inapetencia espiritual! Lo terrible en las úlceras del estómago es que empieza éste a digerirse a sí mismo destruyéndose. Así en la úlcera del intelectualismo la conciencia se devora a sí propia en puro análisis. Aconsejan dis traerse, lo cual quiere decir disiparse, enfangarse en la obsesión de la vida. Es inútil. Cuando nos llaman debemos responder, y cuando la imagen del morir nos sobrecoge, pensar en ella sin descanso hasta verlo todo a su través como quien lleva gafas de color.

Me cogió la crisis de un modo violento y repentino, si bien hoy veo en mis mismos escritos el desarrollo interior de ella. Lo que me sorprendió fué su explosión. Entonces me refugié en la niñez de mi alma, y comprendí la vida recogida, cuando al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación viniendo a mí: “¡Hijo mío!” Entonces me llamó hijo, hijo. Me refugié en prácticas que evocaran

los días de mi infancia, algo melancólica pero serena. Y hoy me encuentro en gran parte desorientado, pero cristiano y pidiendo a Dios fuerzas y luz para sentir que el consuelo es verdad<sup>10</sup>.

Lo que ante todo y sobre todo ansío es libertad, libertad, verdadera libertad. Libertad, que es ser dueño y no esclavo de sí mismo. Libertad, que consiste en ser como sea y no como los demás quieran hacerme. Porque la perdición de todo el que se muestra al público es que en torno a su sujeto íntimo, el que se desarrolla desde dentro a fuera a partir del eterno núcleo, nos forma el mundo otro sujeto depositándonos capas de acarreo, un sujeto constituido de fuera a dentro, un caparazón que acaba por enquistar el íntimo. ¡Qué admirablemente describió San Pablo la lucha de estos dos sujetos, de estos dos hombres que llevamos todos!

Como el desarrollo de todo esto, y el presentarle el tropel de cosas que en poco tiempo han acudido a mí, me llevaría pliegos y más pliegos, prefiero prestarle los originales (todos inéditos) de mis últimos trabajos, interesándole una la más pronta devolución.

Después de largo reposo he vuelto con más actividad que nunca a mis tareas. Además de esas *Meditaciones evangélicas*, preparo una

<sup>10</sup> La comparación de la úlcera con el racionalismo la repetí no pocas veces en publicaciones posteriores, inclusive al término del capítulo quinto *La disolución racional de Del sentimiento trágico de la vida*. Desde muy joven no solamente revolvió en su espíritu las ideas, o dicho más propiamente, los sentimientos que de mil modos estampó en sus libros, sino también las palabras y metáforas con las que logró darles cabal expresión.

En las terribles etapas de vaivén religioso, en lo más crudo de la pelea que —como he dicho en el capítulo segundo y tercero de este libro— le llevaba en las capas profundas de su espíritu su corazón católico contra su cabeza protesante o, como él mismo lo expresara, cuando víctima de abismáticas congojas le apresaba con sus garras el Ángel de la Nada, se acogía a su esposa, “a su madre, a su verdadera madre”. Y ella, desde lo hondo de sus entrañas maternas, arrojándose en sus brazos, solía decirle: “¡Hijo, hijo mío!” En el fondo Unamuno era un niño, un verdadero niño. Lo es todo genio.

El orden literario y el orden real o, en otros términos, el mundo de sus pensamientos y el mundo de su vida andaban tan soldados uno con otro que vivió novelando su vida y noveló viviendo sus novelas. Pero la única novela y la única vida que vivió y noveló fué la de sentir en lo vivo la novela del vivir. Fácil es de imaginar el intensísimo patetismo con que vivía estas escenas domésticas, que no tenía empacho en confesárselas a sus amigos ni en divulgarlas en sus libros. Y así fué; pues veinticinco años después, en *Cómo se hace una novela*, narró largo y tendido este episodio, en párrafos que he citado en el capítulo segundo de este libro, en página 96 y siguientes.

colección de artículos: *Celajes y paisajes*; una refundición y ampliación de ciertas memorias de mi infancia y bachillerato que publiqué en *El Nervión*; la publicación en todo de mis artículos *En torno al casticismo*; y, para más adelante, la *Vida del romance castellano* (Ensayo de biología lingüística). Tengo en *El Imparcial* un artículo esperando turno y me han invitado a colaborar en *La Campaña* que va a publicar ahí, en París, Bonafoux.

Recójase usted en sí mismo, cultive el grano de íntima bondad que llevamos todos, si le es posible métase, en la medida de sus fuerzas, en cualquier empresa o instituto benéfico. Procure aliviar dolores ajenos y lea usted con el corazón, una vez y otra, el libro eterno, el Evangelio. Créame que el más gran milagro es llegar a creer en la posibilidad de él, después de haber pasado por el racionalismo agnóstico.

La razón nos da las relaciones de las cosas, su exterior, pero en la esencia íntima, en su espíritu ¿podemos penetrar de otro modo que por el amor? Y el amor es fe. Y la fe es un *hecho*, un verdadero *hecho*, como tal irreductible. Querer racionalizar los hechos es querer demostrar los axiomas, es reducirlos a polvo de hechos y caer en el nihilismo. Un hecho es un axioma en concreto, un axioma un hecho en abstracto. Y la fe es un hecho. ¿Cómo es que los espíritus más lógicos, Stuart Mill, Claudio Bernard, Littré, acabaron en la fe de su infancia? No se ahoga la vida del espíritu con la razón abstracta, porque la vida es esencia, y la razón pura forma<sup>11</sup>.

Tenemos que aprender a ser buenos, sin que baste hacer el bien.

<sup>11</sup> Con implacable obstinación trató Unamuno, en todas sus obras, ya literarias ya filosóficas, de fundamentar cada una de sus ideas filosóficas, no sobre la base de raciocinios y métodos intelectuales, sino de las exigencias del corazón. Difícilmente se hallará un perseguidor: más tenaz e irreconciliable de todo intelectualismo. Su actitud agnóstica y cordialista la gritó en todos los tonos:

"No es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo. Y al viejo aforismo escolástico de *nihil volitum quin praecognitum* (nada se quiere sin haberlo antes conocido) hay que sustituirlo con un *nihil cognitum quin praevolitum* (nada se conoce sin haberlo antes querido)." *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Por eso muy lógico consigo mismo, o muy cardíaco —no sé qué deba decir con más propiedad—, cuando trata de fundamentar la existencia del Ser Supremo, descarta *a priori* los razonamientos de la filosofía tradicional, para aferrarse tercamente a su cor-

De la diferencia entre esto de ser bueno y hacer el bien le escribiría de largo, si no fuese porque lo desenvuelvo en mi *Nicodemo*, que verá usted.

Areilza, aunque otra cosa parezca, lucha y sufre, y, metiéndose de hoz y de coz en la vida activa y las diversiones, no logra acallar la obsesión del más allá que siempre le ha seguido. Observe cómo le preocupa todo lo religioso.

Lo que con el francés le sucede no tiene importancia alguna. Es lo natural. No debe preocuparle eso. Creo podré utilizar su estancia de usted ahí.

Esté seguro, amigo Ilundain, que desde su primera carta me fijé en usted y *le esperaba*. No me he engañado. Nuestra amistad será firme.

Le desea salud, luz y paz verdaderas su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 3 de enero de 1898.

dialismo, y no vacila en estampar estas frases: "Y es que al Dios vivo, al Dios humano, no se llega por camino de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento. La razón nos aparta más bien de Él. No es posible conocerle para luego amarle. Hay que empezar por amarle, por anhelarle y por tener hambre de Él, antes de conocerle. El conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de racional. Porque Dios es indefinible. Querer definir a Dios es pretender limitarlo en nuestra mente y matarlo. En cuanto tratamos de definirlo nos surge la nada." (*Del sentimiento trágico de la vida; VIII De Dios a Dios.*)

Con idéntico cordialismo fundamenta la inmortalidad del alma partiendo del hambre de inmortalidad, luego de haber desechado las pruebas tradicionales de la psicología escolástica. Fiel a sus principios y terco en su postura agnóstico clasificó a toda la teología y a la filosofía de la escuela de magnífica catedral de adobe, esto es, inconsistente y que flaquea por su base. He aquí un párrafo en el que contempla en su conjunto y califica despiadadamente toda la obra especulativa de la inteligencia aristotélico-escolástica:

"Y así se fraguó la teología escolástica, y saliendo de ella su criada, la *ancilla theologiae*, la filosofía escolástica también, y esta criada salió respondona. La escolástica, magnífica catedral con todos los problemas de mecánica arquitectónica resueltos por los siglos, pero catedral de adobe, llevó poco a poco a eso que llaman teología natural, y no es sino cristianismo despotencializado. Buscóse apoyar, hasta donde fuese posible, racionalmente los dogmas; mostrar por lo menos que, si bien soberracionales, no eran contrarracionales; y se les ha puesto un basamento filosófico de filosofía aristotélico-neoplatónico-estoica del siglo XIII; que tal es el tomismo recomendado por León XIII." (*Del sentimiento trágico de la vida; IV La esencia del catolicismo.*)

## CARTA II DE MIGUEL DE UNAMUNO

MEDITACIONES  
EVANGÉLICAS

Señor Don Pedro de Ilundain, (París).

Mi muy querido amigo:

Hace tiempo que nada sé de usted. Quedó usted en escribirme cuando me acusó recibo de mis *Meditaciones*, de cuya publicación trato ahora. De mí ¿qué he de decirle? Preocupaciones de índole más mundana y necesidades de mi familia han encalmado no poco mi estado interior. Esto es una ventaja, porque permite que se forme mi último fondo y que cuaje el fruto de mis últimas experiencias y amarguras protegido, como por una capa, por esas preocupaciones. Como le decía, ando en tratos para publicar la primera serie de mis *Meditaciones*, compuesta por las que usted ha leído: *El mal del siglo*, *Jesús y la samaritana* y *Nicodemo*. A ésta seguirán otras: *La oración de Dimas*, *S. Pablo en el areópago*, *El reinado social de Jesús*, etc.

*El reinado social de Jesús* quiero hacerlo con calma, con corazón y con vida. Es su tesis central la de que hay que aplicar a las relaciones entre los pueblos la misma moral que se preconiza para las relaciones entre los individuos. Es una condena de la guerra y del militarismo y de todos los bárbaros sentimientos que engendra el exclusivismo nacional. Aún no tenemos el cristianismo en la médula, y mientras no se haga espíritu de nuestro espíritu y sustancia de nuestra alma la verdad evangélica, no habrá verdadera paz. El sobre-hombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Hondamente impresionado por la indiferencia religiosa, mal común entre los hombres de fin de siglo, y de la que hacían gala Areilza e Ilundain, Unamuno deja correr su espíritu naturalmente cristiano aconsejando a sus amigos con las mismas palabras con que pudiera hacerlo un sacerdote. "El superhombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo." A este hacerse apellidará años después la agonía del cristiano, en uno de sus libros más divulgados.



Toda la labor de la civilización es proteger la evolución del alma cristiana, ayudarla a que se vaya desprendiendo de su impura liga pagana, y si no sirve para esto, para nada humano sirve. Los sentimientos de lucha, el heroísmo militar, el patriotismo estrecho, el apego a la tierra, todo ello tiene que desvanecerse en el alma cristiana. El heroísmo cederá a la santidad, a la caridad fraternal el patriotismo.

La patria del alma es Dios, y el hombre debe ser dueño y no esclavo de la tierra. Aquí tiene usted en apretadísimo extracto las ideas capitales de mi ensayo acerca de *El reinado social de Jesús*, ensayo que parecerá de utópico cristianismo a unos, anarquista a otros. Frente a la ley, la justicia; y en vez del derecho y del deber, la gracia y el sacrificio. Derecho, deber, ley, son categorías del Derecho Romano, de aquella ruda concepción que sigue siendo el verdadero evangelio de los pueblos que se llaman cristianos.

El *ita ius esto*, el *ius utendi et abutendi*, toda aquella concepción romana, nacida de la guerra y basada en la propiedad privada, toda aquella construcción jurídica de un pueblo de amos de esclavos se ha infiltrado en las almas modernas, en la misma doctrina cristiana. La Iglesia católica no es en gran parte más que un monstruoso compromiso entre dos cosas que se destruyen, el Derecho Romano y el Evangelio, la Ley de las doce tablas y el Sermón de la montaña. Toda la labor es que se vaya haciendo el alma humana más cristiana cada vez <sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Unamuno, no bien salido de la muchachez, sintió ya profunda aversión al Vaticano y al clero católico. Sus ataques a la Iglesia no los disparó precisamente contra ella, a la que secretamente amaba y de la que anhelaba sentirse hijo, como lo documentan estas mismas cartas, sino contra el clero católico, principalmente contra el clero español, cuya "intolerancia e incultura intelectual" era tema manido entre los hombres de la Generación del 98. Conocido es el libro *A. M. D. G.* de Ramón Pérez de Ayala que ataca sin miramiento alguno la enseñanza impartida en los colegios de una de las órdenes de religiosos educadores de mayor prestigio. Ese libro mereció un comentario de don José Ortega y Gasset, comentario que obtuvo enorme resonancia, en cuyo final se dice que sería deseable la supresión de los colegios de tales religiosos "por una razón meramente administrativa: la incapacidad intelectual de los RR. PP." (*Obras completas*, tomo I, pág. 524, Madrid, 1946). En el mismo tono, aunque cargando mucho más las tintas, escribía Unamuno a don Juan Arzadun la segunda de las cartas publicadas por la re-



## CARTA II DE MIGUEL DE UNAMUNO

MEDITACIONES  
EVANGÉLICAS

Señor Don Pedro de Ilundain, (París).

Mi muy querido amigo:

Hace tiempo que nada sé de usted. Quedó usted en escribirme cuando me acusó recibo de mis *Meditaciones*, de cuya publicación trato ahora. De mí ¿qué he de decirle? Preocupaciones de índole más mundana y necesidades de mi familia han encalmado no poco mi estado interior. Esto es una ventaja, porque permite que se forme mi último fondo y que cuaje el fruto de mis últimas experiencias y amarguras protegido, como por una capa, por esas preocupaciones. Como le decía, ando en tratos para publicar la primera serie de mis *Meditaciones*, compuesta por las que usted ha leído: *El mal del siglo*, *Jesús y la samaritana* y *Nicodemo*. A ésta seguirán otras: *La oración de Dimas*, *S. Pablo en el arcópagó*, *El reinado social de Jesús*, etc.

*El reinado social de Jesús* quiero hacerlo con calma, con corazón y con vida. Es su tesis central la de que hay que aplicar a las relaciones entre los pueblos la misma moral que se preconiza para las relaciones entre los individuos. Es una condena de la guerra y del militarismo y de todos los bárbaros sentimientos que engendra el exclusivismo nacional. Aún no tenemos el cristianismo en la médula, y mientras no se haga espíritu de nuestro espíritu y sustancia de nuestra alma la verdad evangélica, no habrá verdadera paz. El sobre-hombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo<sup>12</sup>.

<sup>12</sup> Hondamente impresionado por la indiferencia religiosa, mal común entre los hombres de fin de siglo, y de la que hacían gala Areilza e Ilundain, Unamuno deja correr su espíritu naturalmente cristiano aconsejando a sus amigos con las mismas palabras con que pudiera hacerlo un sacerdote. "El superhombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo." A este hacerse apellidará años después la agonía del cristiano, en uno de sus libros más divulgados.

Toda la labor de la civilización es proteger la evolución del alma cristiana, ayudarla a que se vaya desprendiendo de su impura liga pagana, y si no sirve para esto, para nada humano sirve. Los sentimientos de lucha, el heroísmo militar, el patriotismo estrecho, el apego a la tierra, todo ello tiene que desvanecerse en el alma cristiana. El heroísmo cederá a la santidad, a la caridad fraternal el patriotismo.

La patria del alma es Dios, y el hombre debe ser dueño y no esclavo de la tierra. Aquí tiene usted en apretadísimo extracto las ideas capitales de mi ensayo acerca de *El reinado social de Jesús*, ensayo que parecerá de utópico cristianismo a unos, anarquista a otros. Frente a la ley, la justicia; y en vez del derecho y del deber, la gracia y el sacrificio. Derecho, deber, ley, son categorías del Derecho Romano, de aquella ruda concepción que sigue siendo el verdadero evangelio de los pueblos que se llaman cristianos.

El *ita ius esto*, el *ius utendi et abutendi*, toda aquella concepción romana, nacida de la guerra y basada en la propiedad privada, toda aquella construcción jurídica de un pueblo de amos de esclavos se ha infiltrado en las almas modernas, en la misma doctrina cristiana. La Iglesia católica no es en gran parte más que un monstruoso compromiso entre dos cosas que se destruyen, el Derecho Romano y el Evangelio, la Ley de las doce tablas y el Sermón de la montaña. Toda la labor es que se vaya haciendo el alma humana más cristiana cada vez<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> Unamuno, no bien salido de la muchachez, sintió ya profunda aversión al Vaticano y al clero católico. Sus ataques a la Iglesia no los disparó precisamente contra ella, a la que secretamente amaba y de la que anhelaba sentirse hijo, como lo documentan estas mismas cartas, sino contra el clero católico, principalmente contra el clero español, cuya "intolerancia e incultura intelectual" era tema manido entre los hombres de la Generación del 98. Conocido es el libro *A. M. D. C.* de Ramón Pérez de Ayala que ataca sin miramiento alguno la enseñanza impartida en los colegios de una de las órdenes de religiosos educadores de mayor prestigio. Ese libro mereció un comentario de don José Ortega y Gasset, comentario que obtuvo enorme resonancia, en cuyo final se dice que sería deseable la supresión de los colegios de tales religiosos "por una razón meramente administrativa: la incapacidad intelectual de los RR. PP." (*Obras completas*, tomo I, pág. 524, Madrid, 1946). En el mismo tono, aunque cargando mucho más las tintas, escribía Unamuno a don Juan Arzadun la segunda de las cartas publicadas por la re-

Y si el cuadro ideal de una sociedad cristiana, honda y radicalmente cristiana, parece un sueño irrealizable, si la ciudad de Dios parece una utopía, a esto se contesta con aquellas palabras de Cristo: "Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos". Palabras que son la más solemne consagración de la utopía. La perfección

vista *Sar*, en su número de septiembre de 1944. De estas cartas hice larga mención en el capítulo segundo de este libro.

"La metafísica griega, el derecho romano y la religión de Israel (dejando de lado su origen y destino divinos) son los tres productos más gigantescos del espíritu humano. El haberlos absorbido en una unidad radical y trascendente constituye una de las manifestaciones históricas más espléndidas de la posibilidad interna del Cristianismo." (Zubiri).

Pero al absorber el derecho romano el Cristianismo lo expurgó de sus errores. Así, por ejemplo, jamás aceptó la forma *ius utendi et abutendi* para definir la propiedad privada, a menos que se la sometiera a una exégesis aceptable, oreando la voz *abutendi* de todo sentido de abuso irracional e injusto. Unamuno atribuye sin embargo al Cristianismo esta fórmula.

Por otra parte el Evangelio, en sus escuetas verdades, dictamina virtual e implícitamente no pocos preceptos del derecho romano.

Si, empero, se quiere llevar a fondo el análisis, arguyendo a la Iglesia porque en varios siglos pareció tolerar la esclavitud ("los que sois siervos obedeced a vuestros amos...", decía San Pablo), téngase presente lo que con tanto acierto ha observado Belloc, en *La crisis de la civilización*. El fin primordial del Cristianismo es brindar a los hombres la felicidad eterna, no precisamente la temporal; ésta es procurada en tanto en cuanto se convierte en medio necesario para la asecuración de aquélla.

Y si el Cristianismo no apuró el establecimiento de un orden social más equitativo fué por perseguir intereses eternos. Pero la libertad, la igualdad, la fraternidad, el respeto a la persona humana, la repartición equitativa de la propiedad, etc., son principios esenciales suyos, algunos tajantemente reclamados por el Evangelio.

Si se pretende hallar oposición dentro de la Iglesia entre la legislación canónica, que ha sufrido modificaciones notables en el decurso de las edades, y el Evangelio, que goza de eterna prestancia, téngase presente que toda ley de hombres, por su índole misma, es fruto de experiencias del pasado, sometida por tanto en el futuro a la evolución que rige todo lo humano. El Evangelio, empero, no precisa mirar al pasado, porque es principio de vida, que va a la cabeza de todas las revoluciones del espíritu.

Un análisis sagaz descubriría, acaso, en no pocas faces, cierta incompatibilidad y antagonismo entre la ley humana, principio fijativo de comportamiento y, por tanto, de estabilidad, y el Evangelio, manantial perenne de vida. Pero esta recóndita oposición surge de la esencia misma del hombre, ser por su índole social sujeto a leyes, y por su esencia espiritual capaz de constante superación.

El Cristianismo, lejos de ser "monstruoso compromiso entre dos cosas que se destruyen", ha sido y es la única sociedad, en la historia de las sociedades del mundo, que ha logrado resolver en la medida de lo posible esta paradoja ínsita en la entraña humana, uniendo en la forma más armónica la antinomia que pudiera existir entre legislación canónica y Evangelio.

divina es inasequible. Y, sin embargo, la perfección divina, lo inasequible, nos pone Cristo como término. Sólo aspirando a lo inasequible se alcanza lo asequible. Sólo proponiéndose lo imposible se logra todo lo posible. Sólo prosperarán y vivirán vida de paz los pueblos, lo mismo que los individuos, puesta la mirada en el pueblo ideal, en el reino de Dios y su justicia, en el reinado social de Jesús. Pero hoy, a nombre de religión, se exalta el heroísmo pagano, el pundonor mundano, el patriotismo bélico, el odio de razas, etc. He aquí, lo repito, en líneas muy generales y sin la carne que ha de nutrirlo, mi ensayo acerca de *El reinado social de Jesús*.

Los otros dos ensayos que preparo son *San Pablo en el areópago*, contra el diletantismo, literatismo, esteticismo, etc.; y *La oración de Dimas* acerca de la superioridad de la intención sobre las obras exteriores.

#### ¿A DÓNDE IRÉ A PARAR?

¿A dónde iré a parar? No lo sé. Sólo sé que creo haber hallado por ahora mi camino y que creo cumplir un deber y una necesidad íntima de mi espíritu a la vez. Hace muchos años ya, siendo yo casi un niño, en la época en que más imbuído estaba de espíritu religioso, se me ocurrió un día, al volver de comulgar, abrir al azar un Evangelio y poner el dedo sobre algún pasaje. Y me salió éste: “Id y predicad el Evangelio por todas las naciones”. Me produjo una impresión muy honda; lo interpreté como un mandato de que me hiciese sacerdote.

Mas, como ya por entonces, a mis quince o dieciséis años, estaba en relaciones con la que hoy es mi mujer, decidí tentar de nuevo y pedir aclaración. Cuando comulgué de nuevo, fuí a casa, abrí otra vez, y me salió este versillo, el 27 del capítulo IX de S. Juan: “Respondiéndoles: Ya os lo he dicho y no habéis atendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?” No puedo explicarle la impresión que esto me produjo.

Hoy todavía, después de 16 ó 18 años, recuerdo aquella mañana, solo, en mi gabinete. En mucho tiempo repercutió la sentencia en mi interior y el recuerdo de aquellas palabras me ha seguido siempre. Lo he contado varias veces a mis amigos, explicándolo de un modo o de otro, pero siempre he llevado grabado en el alma este suceso. Y cuando hace un año sentí como una súbita visita aquellos sobresaltos e inquietudes, resurgió con nueva fuerza en mi alma el recuerdo de esa extraña experiencia de mi juventud<sup>14</sup>.

Ahora que he entrado en relativa calma es cuando creo que voy rehaciéndome interiormente, merced a la *razón práctica*, al corazón, que edifica sobre las ruinas que la *razón teórica* acumuló.

¿Conoce usted la última obra de Huysmans *La Cathédrale*? Tal vez sepa algo de ella, pues ha resonado bastante ahí que es donde Huysmans, un belga, vive y escribe. Si la encuentra, adquiéramela, léala y me la remite en seguida. Tengo curiosidad por conocerla. Vea también si me encuentra la *Philosophie de la religion*, de Sabatier.

Aquí, en España, el movimiento literario sigue muy lento. Últimamente se han elogiado dos libros de versos, que no conozco. Lo que sí he leído, y me parece excelente, de lo mejor que en estos años se ha hecho aquí, es *Blancos y negros*, novela de Arturo Campián.

Como le decía, ando en trato con editores. Además de la primera

<sup>14</sup> "¿A dónde iré a parar? No lo sé. Sólo sé que creo haber hallado por ahora mi camino y que creo cumplir un deber y una necesidad íntima de mi espíritu..." Quien no se deje llevar de preconceptos reconocerá en estas palabras toda la sinceridad del ancho espíritu de Unamuno. Si sus cavilaciones y su lectura en la heterodoxia le llevaron muy lejos de la verdad católica, si malinterpretó los dogmas, la historia de la Iglesia y la filosofía de la Escuela, no fué ciertamente, como se le achaca, por perversión, sino por desconocimiento. Era Unamuno —lo repito y lo repetiré infinitas veces— incapaz de tergiversar su conciencia, incapaz de una acción innoble. Procedió siempre con suprema sinceridad intelectual, y con una honestidad que avala una vida irreprochable a tenor de las exigencias más estrictas de la ascética cristiana.

En nota 29 a la Carta XIII de Pedro Jiménez Ilundain voy a referirme al artículo *Unamuno, o la gracia resistida*, que publicó don José María Pemán en *ABC* de Madrid, el 29 de mayo de este año. Como allí digo, con toda razón ha llamado la atención del poeta el episodio juvenil que aquí relata don Miguel; y clasifica este pasaje de "verdadera joya autobiográfica de valor inestimable". (Véase pág. 384).

serie de mis *Meditaciones*, quiero publicar mis cinco ensayos *En torno al casticismo* (publicado en *La España moderna* en 1895), unos *Ensayos sociales*, unos *Cuentos y relatos*, y unas *Memorias de niñez y juventud*, cuya base son unos artículos que publiqué en *El Nervión*.

Voy a ver si encuentro algún ejemplar de mi estudio *El negocio de la guerra*, publicado en la revista financiera *La Estafeta*, para remitírselo a usted.

No deje de escribirme, que deseo saber de usted. Yo le prometo hacerlo otra vez más de largo. Ya sabe cuánto bien le deseo y qué votos hago porque alcance usted la paz, la luz y la vida que le desea su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 25 de mayo de 1898.

### CARTA III DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

SUS ESCRITOS A NA-  
DIE CONTENTARÁN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

En ese ensayo *El reinado social de Jesús* se ha quedado corto, a mi entender, al suponer que unos lo calificarán de “utópico cristianismo”, y de “anarquista” otros. Verá usted qué poco tardan ciertos elementos en tacharlo de *protestante*, de *heterodoxo*; y esto en España tiene un sentido, como sabe, que no es para deseado. Mucho me temo que sus voces se pierdan en el vacío.

Los católicos desconfían de usted, porque los que se llaman así en España, y aun fuera, no entienden razonamientos ni quieren entender. ¿No hubo Papas y obispos guerreros? Pues la guerra, cuando su fin es bueno, cuando es justa, no se opone al cristianismo, le dirán. Hablarles contra la idea de patria, ¡anatema, anatema! Lea usted la Pastoral de Cascajares, la del Arzobispo de Granada, etc., etc. Por



encima de las sencillas y terminantes máximas de Jesús está la teología que no dice *si o no*, como Cristo nos enseñó, sino que *distingue* siempre, están las Encíclicas, están las pastorales, están los mil sofismas que todo lo han enturbiado<sup>15</sup>.

¿Le escucharán los no católicos, los indiferentes? No lo espero. Tampoco querrán ver éstos si lo que dice es verdad o no, si es bueno o malo. Tratarán de averiguar si es usted católico, protestante, librepensador, espiritista, budista, etc., si sigue las teorías de Augusto Comte, de Renan, etc. En fin, pretenderán que presente su filiación religiosa, su credo o su cuerpo de doctrina completa; pero con un nombre que lo diferencie de las demás religiones. El resultado de esto ya lo puede suponer sin que yo se lo diga.

Si se afilia a una de las viejas religiones, en vez de detenerse demasiado a pensar en sus libros, argüirán contra esa religión, dirán que, a pesar de todas las reacciones más o menos aparentes, su fin está decretado, que en los siglos que llevan de existencia y con el poder de que han dispuesto, bien podían habernos llevado a donde ahora nos quiere usted conducir; que si nada de eso se ha conseguido hasta ahora, es porque tales religiones son concepciones humanas muy imperfectas, que llevan en su seno, juntamente con las más bellas y hermosas máximas, otras que les son completamente opuestas. Y en verdad que, tal y como hoy se encuentran las religiones conocidas en Europa, son como el ungüento de cerato, que todo lo cura y para nada sirve.

<sup>15</sup> ¡Sólo a cincuenta años, a redrotiempo, nos transporta esta correspondencia, y sin embargo nos parece penetrar en el siglo del filosofismo francés, que preparó el torbellino de 1789! Hemos andado tan de prisa que nos cuesta creer que, hace medio siglo nada más, estuviesen en boga entre hombres cultos prejuicios irreligiosos y bravatas clerófbas que recuerdan los alegatos sesquipedales de Monsieur Homais.

Eran tiempos aquéllos de fervor intelectualista y positivista. Avergonzábales a los intelectuales toda prueba espumada de la teología o del Evangelio. Estaba en pleno vigor el mito de las incompatibilidades entre la ciencia y la fe. Debatíase el *odium theologicum* contra el *antitheologicum*, ambos igualmente funestos.

Unamuno, parturiento siempre de criaturas graves, como de sí decía Ortega, daba a luz un libro tras otro, empeñado en perpetuarse en los hijos de su espíritu, sin parar su atención ni por un instante en queellas intrascendentes que el tiempo muy luego había de disipar.

Eso sin contar con que los mismos sacerdotes de esa religión, cualquiera que ésta sea, lo desautorizarán a usted tan pronto como se enteren que arremete contra los convencionalismos, contra las costumbres, las tradiciones, etc.

Los indiferentes de hoy son escépticos de una especie nueva. Están descontentos de su escepticismo, repugnan la lógica que los lleva al nihilismo, y están ansiosos de afirmaciones categóricas, pero no se conforman con que éstas se refieran a simples detalles, sino que quieren que lo abarque todo, la vida en general, su origen, su desenvolvimiento necesario y su fin; y todo al alcance de esta limitada razón, de la cual no se sabe, ni se quiere ni se puede prescindir. Si les presenta una vieja religión o teoría filosófica como solución a todo esto, no logrará jamás convencerlos; y si tiene alientos para concebir una nueva, aun suponiéndola más perfecta que las anteriores teorías o religiones, tardará tres siglos en salir de las catacumbas, y cuando ya salga no la conocerá ni el que la engendró. ¿Qué hacer? ¿Merece la pena derrochar talento, tiempo y dinero para tan problemáticos resultados?

#### CAMBIE DE SESCO Y HÁGASE UN NOMBRE

Insisto en una y otra carta en estas dudas y pesimismo, porque (¡valga la franqueza!) me gustaría verlo a usted en otra dirección y aún no sé ciertamente si es esto lo que quiero o, más bien que cambio de dirección, deseo cambio de modo, de forma. En fin, algo distinto a lo actual. Veamos si me explico.

Usted encuentra que el exclusivismo nacional, el militarismo, la guerra, el odio de razas, etc., son sentimientos bárbaros (y anticristianos), y para demostrarlo, o bien para ponerlo en evidencia, nos dice que esto es así *porque* son sentimientos que están en contradicción con las verdaderas doctrinas de Cristo, y que éste los condenó en tales o cuales máximas, etc., etc. Aquí repito lo que dije antes:

contestarán que hay otras máximas de Cristo que defienden esos sentimientos.

Pues bien, a mí me agradaría que la emprendiera contra todos esos restos de barbarie romana y contra todas las costumbres salvajes, contra todos los convencionalismos estúpidos y sin razón de ser en una serie de *obras*, sea en forma de novelas, sea en otra cualquiera, pero sin tomar como base única y argumento supremo el que tales cosas están condenadas por Cristo y su Evangelio o por cualquier otro, sino que haga resaltar y evidenciar que esas cosas son malas en sí. Y para conseguir esto, cabe que emplee usted medios ajustados a sus gustos, aficiones, idiosincrasia.

Otra cosa se me ocurre y esto tal vez aclarará mejor mi pensamiento, Spencer, Lombroso, Ferri, Tolstoi, Turguenef, Ibsen, y si quiere hasta Zola, Castelar, Max Nordau, Guesde, Reclus, Grove, Kropotkin, etc., son hombres que, por uno u otro concepto y con más o menos justicia, han sabido imponerse a todos los públicos del mundo. Los medios en cada uno de ellos han sido muy diferentes. Pues bien, cualquier cosa, y sobre o acerca de cualquier asunto, que se les ocurra hoy escribir a uno de estos señores citados, usted, y como usted todos los pensadores, y aun los que no son más que simples aficionados a la lectura como yo, la leeremos y buscaremos con afán; y su opinión pesará más o menos sobre nosotros, aun cuando digan una vulgaridad. Déme en parte un libro escrito con todo el talento, sabiduría y juicio, que quepa en lo posible, pero firmado por un *Juan Particular*, que no ha tenido cuidado de *hacerse un nombre*, y ese libro con todo su mérito lo leerán muy pocos y no saldrá de ciertos límites muy reducidos. Por consiguiente nada influirá en el mundo ni aun en una nación. Esto será todo lo estúpido que se quiera, pero es un *hecho*, y un *hecho* tan evidente que no necesita demostración.

Voy a permitirme un ejemplo demostrativo, aun a riesgo de ofender a usted, pero ¡valga la buena intención! Su obra *Paz en la guerra*, si hubiera estado firmada por Tolstoi, por Ibsen, por Zola, hubiera sido para esta fecha leída y comentada por todo el mundo culto. Todos (creo yo) la hubieran juzgado muy superior a la *Débaçle* y



Lám. 14.—La Alberca (Salamanca).



tan buena o mejor que *La guerra*. Si esto no ha sucedido sería una simpleza achacarlo exclusivamente a la conjuración del *silencio* que, con intención digna de ellos, han guardado para su obra los periodistas de Madrid. Cómo se reiría usted de esas y otras conjuraciones si antes hubiera hecho sonar su nombre en todas partes, ¡no importa cómo! Eso es difícil, bien lo sé, pero necesario. ¡Audacia, audacia y audacia, acompañada de talento, buen sentido y tal vez de originalidad, no puede menos de producir buen resultado!

Usted y todos escriben para que les lean, cuantos más mejor; porque en estos más se suponen incluídos los mejores; y esto, ya sea el móvil la gloria, el negocio o un deber de conciencia. ¿Y dejará de descorazonarse cuando vea que nadie o muy pocos le hacen caso?

No le aconsejaré yo que emplee medios reprobables, pero no faltan maneras de atraerse la atención, y esto es lo que importa, y creo que no será fácil conseguirlo por el camino que hasta ahora lleva usted.

Por lo que me dice en su última veo que alguna de mis cartas se ha debido extraviar. Cuando remití a Londres los originales que tuvo usted la bondad de mandarme, le escribí una larga carta dándole mi pobre opinión. ¿No la recibió? Difícil será que me acuerde de todo lo que le decía, pero no se me ha olvidado su *Mal del Siglo*, su *Nicodemo*, su *Jesús y la Samaritana*.

Sin entrar en detalles repetiré ahora que sus *Meditaciones* me encantaron. Hay en ellas párrafos magníficos: “No basta hacer el *bien*, es preciso ser *bueno*” y otros. En asunto tan trillado, como todo lo que se refiere a Jesús, su vida y hechos, ha sabido ser original; y algunos puntos de vista me parecen nuevos, exactos y bien sentidos.

Pudiera ser, sin embargo, que la obra en cuestión refleje en general impresiones o estados de espíritu demasiado personales, y tal vez excepcionales; y no sería extraño también que para entenderla, como yo la entiendo, sea necesario estar al corriente de esos estados; es decir, de las circunstancias que la han producido. Algo quiero decir que usted puede entender. Por de contado, en sus *Meditaciones*, y hasta me atrevería a decir que en la tendencia general de sus escritos,



hay algo con lo que no estoy conforme por completo, y esto por el cariño que le profeso y por el deseo que tengo de verle a la altura que creo se merece.

Entiendo que usted y cuantos en el mundo escriben y publican sus escritos quieren lectores, muchos lectores, y si puede ser los mejores, los cultos, los sabios, mejor; pero en definitiva lectores, que en el hecho de ser tales algo se les alcanzará.

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, abril de 1898.

*Nota.* En paquete aparte le envío la *Philosophie de la religion* y *La Cathédrale*. Es tanto el trabajo que tengo esta temporada que con mucho sentimiento me veo en la imposibilidad ni aun siquiera de hojear esas obras. Creo que muy pronto estaré más desocupado y volveré a mis lecturas favoritas.

*La Cathédrale*, de Huysmans, me la encargó ya Areilza, y hace ocho días que se la mandé, advirtiéndole que después de leerla, si no le hacía falta, me la devolviera para yo a mi vez leerla también. Todavía no me ha contestado, pero no tardará. Tengo algunas otras obras de Huysmans: *En Route*, *Là-bas*, etc. Pero creo que éstas ya las conocerá usted.

### CARTA III DE MIGUEL DE UNAMUNO

#### LA VIDA ES SUEÑO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo:

No crea que le tengo olvidado, aunque hace tanto tiempo que le debo carta. Mi tardanza ha obedecido a varios motivos, no siendo el menos poderoso las apremiantes preocupaciones que sobre mí han traído mi familia y el estado de mis asuntos, nada prósperos en

este año que está al morir. Ahora parece que se me aclara algo el horizonte, pero temo que, si los cuidados de orden temporal y familiar se me alivian, resurjan más potentes mis hondas preocupaciones, las de orden *inmaterial* y *eterno*. Ni un momento dejo de sentir en lo hondo de mi espíritu el rumor de estas aguas.

Todavía le adeudo a usted la *Philosophie de la religion* (7.50) y *La Cathédrale* (3.50), y quiero que me diga la manera de remitirle los 12 francos, a que con franqueo sube. Puede dárselos mi amigo D. Juan Barco (en *La Estafeta, Revue économique et financière*. Rue de Trévise, 8), a quien me agradecería visitase en mi nombre. Es uno de mis mejores amigos, hombre culto de verdad, de excelente trato, nobilísimos sentimientos y muy clara inteligencia. Para mi gusto es uno de nuestros más sentidos escritores. Conozco muy pocas cosas más íntimas, más recogidas y más profundamente expresadas que sus artículos sobre los campos de Castilla. Visítele en mi nombre; se lo agradeceré, y tal vez puedan serse útiles uno al otro.

No sé si habrá leído usted mi ensayo *La vida es sueño*, publicado en el número de noviembre de *La España Moderna*. Me brotó del corazón y es la expresión fiel de mi estado de ánimo a consecuencia de las desdichas patrias. Pero de nuevo me encuentro sumido en incertidumbres y vacilaciones, peloteado en el sonambulismo de la vida ordinaria<sup>16</sup>.

## EL PRIMER DRAMA

Mi aislamiento en esta ciudad me impide sacar de mi labor literaria todo el provecho que las necesidades de mi familia exigen, y por otra parte acusa de día en día las singularidades de mi carácter.

Fruto de las últimas vicisitudes por que ha pasado mi espíritu ha sido un drama, al que estoy dando la última mano, y en el que al

<sup>16</sup> *Ensayos*; tomo II, *La vida es sueño* (*Reflexiones sobre la regeneración de España*).

presente tengo puestos mis cinco sentidos. Abrigo cierta confianza de que si no es un éxito teatral, no será por lo menos un fracaso literario. Me parece obra más madura, más conexa, más una y más viva que mi novela; aunque también peque de cierto psicologismo. Estoy trabajando su forma, porque quiero darle la mayor transparencia compatible con la concentración necesaria en un drama.

Constituye el fondo de éste la lucha en un espíritu que ansía crecer sin lograrlo, entre la atracción de la gloria y el amor a la paz íntima. Impúlsale al protagonista a la acción pública y a la vida del mundo su mujer, que, no teniendo hijos, quiere dejar unido su nombre a un nombre imperecedero. Y él, obsesionado por el espectro de la muerte y de la nada de ultratumba, resiste. Escribe una carta renunciando su posición en el partido revolucionario, carta que es una quema de nave. Este acto le vale el reñir con sus amigos y que su mujer le abandone, dejándole solo. Refúgiase entonces en casa del único amigo que le queda. El día de la revolución, que fracasa, averigua una turba su paradero, y teniéndole por traidor y causante del fracaso, le matan. Cuando está muriendo acude su mujer, advertida del peligro que corría, y muere en sus brazos, siendo sus últimas palabras:

—“Cántame el canto de cuna para el sueño que no acaba... Arrulla mi agonía, que está cerca... Reza por mí, por ti, por todos... Reza, reza, a ver si cuajando nuestras oraciones crean una gloria, pero una gloria de sustancia, celestial y eterna, de las almas, no terrenal y pasajera, no de los nombres... ¡Sí, sí, llora, llora...! ¡Y reza...! Mira, mira cómo me abre sus brazos en la agonía mientras le sangra el pecho. Es el divino abrazo del amor y la muerte. El abrazo de paz en la agonía... ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!”

*Ella:* —“¡Ángel! ¡Ángel... hijo mío! ¡No quiero que te mueras!”

Como usted ve, lo que le cuento no es más que un bosquejo descarnado. Lo capital es el desarrollo y la serie de reflexiones y pensamientos a que el asunto me ha dado lugar. Es fácil que parezca a muchos el drama sombrío, y mi mayor temor en cuanto al éxito teatral consiste en que nuestro gran público no se interese por un

drama íntimo de conciencia, de índole religiosa. El gran poeta portugués Guerra Junqueiro, a quien leí pasajes de él, me recomendó que lo hiciese traducir al francés y trabajara porque se representase ahí, en París.

Fuera de esto me ocupo en labores de orden técnico, en una traducción *pro pane lucrando*, en preparar mi programa para las oposiciones a la cátedra de filología comparada del latín y castellano, y en los artículos que envío a *Vida nueva*, semanario del que le supongo conocedor.

De Bilbao y los amigos de allí (Areilza entre ellos) hace un siglo que nada sé. Del movimiento literario, científico y filosófico en Europa voy quedándome distanciado, porque leo poco y hace tiempo ya que no compro libros. Cada día que pasa me recojo más en mí mismo y me dedico a rumiar y digerir lo mucho que engullí del año 83 al 93, poco más o menos. Por esto me gustaría de usted cualquier noticia respecto a novedades ahí, o lo que juzgue acerca del movimiento literario, en cuanto se haya enterado de él. Oigo hablar mucho de renacimiento espiritualista y de renovación metafísica, pero tengo muy oscura idea de ello.

#### DERELICTUS

Aquí sigue todo mal, en el mismo empantanamiento y la misma postración. Es una modorra de muerte. Las últimas desdichas nacionales no nos han arrancado ningún grito de dolor sincero, ninguna queja que haya resonado vibrante y firme. El género chico crece de una manera alarmante, como la cizaña.

La moda ahora es lo de la regeneración, moda a que no he podido sustraerme. También yo he echado mi cuarto a espadas. Pero la verdad es que estos dramas nacionales me interesan mucho menos que los que se desarrollan en la conciencia de cada uno. Llevo en la sangre cierto incurable individualismo, que es el que me impulsa a ser socialista, por más que esto parezca paradoja. El destino individual de

cada hombre, por ser lo más importante para todos y cada uno de los hombres, es lo más universal que cabe. Sacrificar la felicidad de los españoles a la gloria de España me parece soberana inhumanidad. He vuelto, a la vez, a mis estudios económicos, sobre todo en *La Estafeta*, tanto en la edición española como en la francesa.

Pero en medio de tantas cosas siento cierta sensación extraña de soledad y de abandono. Hay momentos en que me parece estar solo y que los demás no son más que sombras, espectros que se mueven y hablan. Estoy convencido de estar pasando la verdadera crisis de mi vida, y ahora que es cuando más necesitaría pasar una temporada en Madrid, bañarme en gente, no puedo hacerlo<sup>17</sup>.

Usted sabe cuán de veras le estima y quiere su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 23 de diciembre de 1893.

*Nota.* ¡Cosa singular! No bien acabo de escribirle esta carta, me doy cuenta clara de que eran muchas más y muy otras cosas las que pensaba escribirle. Me encuentro con cierta imposibilidad de expresar y dar forma a multitud de ideas *inefables*.

“No, no quiero hacer nada, porque es siempre mucho mayor lo que me propongo que lo que hago. La acción, la expresión misma,

<sup>17</sup> “En medio de tantas cosas siento cierta sensación extraña de soledad y abandono. Hay momentos en que me parece estar solo y que los demás no son más que sombras, espectros que se mueven y hablan...” exclama Unamuno, en la carta III, abriendo las perspectivas sombrías de su espíritu en plena crisis.

Llama poderosamente la atención que este hombre pudiera nutrir su espíritu con ideas y sentimientos fecundos en medio tan hostil, como el de Salamanca, con la rutina de su Universidad, cris'alizada en viejas fórmulas.

Queda aquí documentado cómo en el alma del artista fueron cobrando contornos definidos y modelando su carácter los personajes de sus dramas.

Escribir era para Unamuno sentir y padecer, no tanto el fracaso en ciernes que le auguraba la conspiración de silencio a que sistemáticamente le condenaban los críticos y literatos de Madrid, cuanto la crisis de su espíritu, que le acompañó toda la vida, arrojándole a una de las más dramáticas *agonías*, sólo comparable a la de Kierkegaard y a la de Pascal, crisis a la que daba él desahogo en los personajes de sus dramas y novelas.

empequeñecen la idea. Me bullen en la cabeza mil cosas inefables, música pura, pero música silenciosa.

”¿Por qué no habíamos de entendernos directamente las almas, en íntimo toque, sin necesidad de signos? Apenas despierto se me desvanecen los ensueños más hermosos y creo que la divina sabiduría está tan dentro de nosotros que jamás llegaremos a ello.” Esto, que hago decir al protagonista de mi drama, lo repito aquí por propia cuenta.

#### CARTA IV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Debería yo escribir en todas mis cartas la postdata de la suya y diría la verdad. Me siento a escribirle con intención de hacerlo en tal o cual sentido, y o no lo hago o digo cosa muy distinta, si no contraria. La razón del tono de crítica contra Ud. de mis cartas es ésta: Yo veo algo en Ud. que no me satisface y que considero le es perjudicial. Pero hasta ahora no acierto a definir qué es ese algo. Unas veces me parece que es su religiosidad, su misticismo vago y con reflejos anarquistas, pero luego me doy cuenta que todo esto no me desagrada en Tolstoi. ¿Será tal vez su inclinación, dentro de esa religiosidad, hacia el catolicismo, la religión que, al modernizarse como lo está haciendo, pierde hasta el último vestigio de cristiana y de bella? No lo sé. Pero tampoco en Huysmans me desagrada el catolicismo; bien es verdad que Huysmans y también Ud. sienten y escriben sobre el catolicismo cristiano, el clásico, el severo y varonil, el que produjo en arquitectura las catedrales góticas, en música Palestrina, en la acción los trapenses, en filosofía un San Agustín, y en teología un Santo Tomás; no el que ha engendrado el beaterío con sus devociones supersticiosas, sus iglesias de biscuit, su músicaailable y ligera, sin armonía ni grandeza, y el feminismo y bizantinismo que hoy impera en él. Otras veces pienso que debía extirpar Ud. esos excesos, tan



suyos, de idealismo y espiritualismo, los que me temo no le dejen sacar todo el partido que se puede, ni tomar tan en serio como merece la vida y la realidad, con los mil detalles cotidianos que parecen pequeños y despreciables pero no lo son.

Un dolor de muelas es cosa nimia en sí, y en las dos terceras partes de la humanidad sólo tendrá por consecuencia unas horas o días pasados a disgusto. Pero ponga ese dolor de muelas en Cristo al predicar el *Sermón de la Montaña*, en Cervantes al escribir el *Quijote*, o en Napoleón al dirigir la batalla de Austerlitz, y dígame si no hubiera sido otro el resultado de la batalla, y piense cuánto menos regocijado y menos exquisitamente escrito hubiera sido el *Quijote* y cuán menos amoroso el *Sermón de la Montaña*. Y en casos análogos, cosas infinitamente más pequeñas que un dolor de muelas pueden producir iguales efectos. Ya sabe Ud. lo que se dijo de la nariz de Cleopatra.

#### EL CATOLICISMO, ASPIRACIÓN IRRACIONAL DE NUESTROS ENSUEÑOS

¿Por qué pues no descender de cuando en cuando de las alturas de ese idealismo suyo para ponerse en contacto y relación con este bajo mundo y los pobres de espíritu que lo habitamos? El espiritualismo y el materialismo, el idealismo y el positivismo, en filosofía y en literatura, tomados así en absoluto y como términos antitéticos o escuelas opuestas, me parecen un error garrafal. Si algo son, son partes de un todo. Forman un cuerpo tan compacto que sólo en teoría se los puede separar. En el actual estado de nuestros conocimientos le costará a la razón no pequeño trabajo suponer al espíritu como cosa aparte ni menos contraria a la materia.

Y en último término, ¿de qué nos sirve renegar de la materia, de la llamada grosera realidad, de las pasiones, miserias, tiquismiquis y demás pequeñeces que de ella se derivan, si a despecho de todos nuestros idealismos, de todas nuestras aspiraciones y de todos nues-

tros deseos estamos compuestos de materia y vivimos sujetos y dependiendo de ella?

En verdad, amigo Unamuno, que ya no sé a dónde iba a parar ni qué consecuencias pensaba sacar de estas premisas. Hago, pues, punto y dejo a su cuidado el hacerlo por mí, que así saldremos ambos ganando.

Ud. y yo que, salvada la distancia del talento y la cultura, coincidimos en muchas cosas y muy fundamentales, pues hemos sido educados en los mismos principios por padres de criterio igual, en el mismo país, abandonando ambos por el mismo procedimiento e idéntica evolución nuestras primeras creencias, y encontrándonos hoy igualmente perplejos, ¿qué pensaríamos y cómo obraríamos si nos dejáramos llevar del sentimiento, haciendo caso omiso de nuestra razón?

Por mi cuenta discurriría así: Mi estómago y toda mi materia si no harta está satisfecha, y no me será difícil dominarla. El mundo, pues, no me ofrece nada nuevo ni ahora ni después.

Cada hombre es, según probada experiencia, un enemigo, mientras no demuestre lo contrario. Aun los conocidos y llamados amigos, es decir, la parte de la humanidad con la que por necesidad estamos obligados a relacionarnos, son en general, y salvo raras y contadas excepciones, egoístas, envidiosos, injustos, crueles, necios, vanidosos y estúpidamente salvajes y groseros.

La vida es una y corta, muy corta. La muerte, cierta, y el olvido, inevitable. La humanidad no tiene memoria, por eso necesita escribir los hechos que cree conveniente tener en cuenta. No pudiendo, por otra parte, concebir a nuestro yo anulado, nuestro corazón nos inclina a confiar en la supervivencia de ultratumba. ¡Admitida, pues, la otra vida, y aceptado sea Dios! El peso de dos mil generaciones nos obliga a considerarlo justiciero. Engendrados, amamantados, educados en el catolicismo tradicionalista, el que tiene puestos los ojos en un mártir crucificado, el que está basado en los sentimientos y doctrinas de San Pablo, de San Jerónimo, San Anselmo, San Agustín, Orígenes, Kempis, Juan de la Cruz, el que, si no rechaza,

mira con prevención las novedades teatinas, las apariciones de Vírgenes a niños, lo que huele a mercantilismo y reclamo, el pan de San Antonio con milagros tasados a tanto uno con otro, (timo que en los presidios llaman el entierro), no podemos sustraernos a la atracción que sobre nosotros ejercen aquellos ascetas del desierto, un San Pablo, primer ermitaño, viviendo desde los quince a los ciento y pico de años en el desierto, en vida contemplativa e idílica. Actualmente lo sano que queda en el catolicismo, la Trapa, vendría a ser nuestro destino, si la razón no se interpusiera en el camino de nuestros sueños.

El bueno de Huysmans, que sin duda cuenta con medios para poder prescindir de la razón, es decir, que no tiene necesidad de luchar por el pan nuestro de cada día, está actualmente construyendo una casita en pleno campo, sin más vecinos que un convento, creo, de benedictinos. El próximo verano se retirará a vivir allí, lejos de las impertinencias, farsas y vanidades de las poblaciones. Tiene la esperanza de formar una pequeña comunidad de hombres de letras, escogidos y de buena voluntad. Él y los que lo sigan dependerán de la orden benedictina. Para conseguir lo cual, he leído no sé dónde, ha obtenido del Papa la creación de una especie de Orden Tercera, que les permita toda la posible libertad de acción para moverse, y sobre todo para escribir, compatible con la sujeción a la regla que voluntaria y temporalmente adoptan. ¡Un idilio, amigo mío, pero que no está al alcance de todos! Hace falta para ello tener fe, tener dinero y ser libre, es decir, no tener familia. Ni Ud. ni yo reunimos ninguna de estas tres condiciones, al menos en las proporciones necesarias.

EL ANSIA DE INMORTALIDAD  
ES UNA ILUSIÓN SIN FUNDAMENTO

Vea Ud. por dónde, hasta para poder soñar y sentirnos a gusto y en libertad, tropezamos con la grosería de la vida, con la dichosa razón a la que, si no de grado, por fuerza nos vemos encadenados. Esta

razón implacable nos dice que todos esos idilios son para nosotros juguetes de la fantasía; que ante todo debemos pensar en sostener y educar nuestras familias, que no hemos sabido o querido evitarlas. ¡Y si se conformara la razón con no exigirmos más! Según ella (¡la detestable razón!) todos los dioses y todas las religiones son una burda superchería, restos de tiempos bárbaros, que subsisten gracias a la herencia; que la supervivencia (que nació con los dioses y vive por la misma razón) es sólo un deseo, una ilusión sin pizca de fundamento; que nuestro yo acaba todo entero cuando deja de funcionar en determinada forma la materia de que se compone; que somos una variación animal; que, en vez de estar armados para la lucha con colmillos, garras, cuernos, lo estamos con eso... con la razón; que nuestro principio y nuestro fin están aquí, en este mundo; que todas las precedentes generaciones (y la actual) se han dado maña para que resulte —y así seguirá durante siglos!— un verdadero valle de lágrimas. Esto y muchísimo más que no digo, y todo igualmente grosero y desconsolador, nos enseña la razón, cuando no tiene por contrapeso el sentimiento. Ya observará Ud. que a muchas de las palabras que empleo, especialmente a “razón” y “sentimiento”, les doy una latitud que tal vez no tienen, pero es porque no encuentro otro medio mejor de explicarme y sé que me dirijo a buen entendedor.

El deseo de resarcirme de mi silencio de algunos meses y el gusto de hablar con Ud. me han hecho alargar esta carta, quizá más de lo conveniente, y decir muchas cosas que no sé si vienen a cuento; pero de seguro me han distraído de contestar concretamente a varios puntos de su carta. Y puesto que me doy cuenta de ello y le estoy a Ud. escribiendo a ratos, no diré perdidos sino bien empleados, pero cortos, voy a ver si encuentro los momentos necesarios para contestar a sus temas.

Poniéndolo en boca del protagonista de un drama, pero en realidad expresando una aspiración suya, me habla en su carta de “atracción a la gloria”, de “sustancia celestial y eterna”, donde mi sancho-pancismo sólo descubre una tendencia marcada a la gloria puramente

terrenal. Por mi parte temo que estas dos clases de gloria sean una misma, y ambas nada; una palabra, un ruido de la lengua, un *flatus vocis*.

A este propósito y por coincidir con mi modo de pensar, copio de un libro, cuyo autor no cito porque no le es a Ud. simpático: "Le génie caresse parfois l'idée de l'immortalité. Il a tort. L'idée de la survie du nom, l'effort pour s'assurer une gloire posthume jaillissent de la même source que la croyance superstitieuse à une survie individuelle après la mort. C'est toujours de nouveau la révolte de l'individu vivant contre la cessation de sa conscience, une forme de la lutte impuissante contre la loi universelle de la contingence du phénomène individuel, une preuve de l'incapacité du "moi" pensant, sentant sa propre existence, à s'imaginer soi-même non pensant et non existant."

¿Verdad que esto parece lastimosamente cierto y que nuestra desdichada razón no puede menos de estar de acuerdo, si bien cuando nos dejamos dominar del sentimiento nos dolemos de ello, nos sublevamos y no nos queremos dar a partido? Y al cabo ¿qué es el sentimiento? ¿No radicaré esta forma del querer y desear en alguna porción de nuestro cerebro predispuesta e impresionada desde nuestros primeros años por la herencia, por el medio, por la educación?

#### CARICATURA DE LA ESPAÑA DE 1898

¿Del estado actual de España? Ahí va mi primer cuarto a espadas: Puede Ud. creermé que era en mí un deseo muy arraigado el de que España, por una u otra causa, se quedará sin Cuba, ese inmenso cementerio español, sin Filipinas y demás colonias, verdaderos criaderos de ladrones de toda especie. La guerra con los Estados Unidos ha producido, entre otros, ese bien inmenso para España. Si, como leo en estos días, tienen nuestros políticos el buen sentido de vender las Carolinas, Palaos, Fernando Poo, Costa de Oro, y, si



me apura un poco, las Canarias y Baleares, quedándonos sólo con nuestro terruño, algo más que suficiente para triple número de españoles, habremos hecho obra de verdadera civilización. El día que hubiera exuberancia de vida, ahí están Portugal y Marruecos. Todos los que hablan de regeneración ¿qué ven hoy en España que no existiera hace un año, dos, ciento y mil? Yo veo los mismos vicios y las mismas virtudes, todo ello barnizado a la moderna. Bajo el punto de vista del patriotismo bárbaro, dirán que somos un pueblo deshonrado y vencido. Mejor dijeran que los deshonrados y vencidos son nuestros generales, de mar y tierra, por incapaces e imprevisores. Pero ¿la nación, el pueblo español?

Con los mismos medios y los mismos hombres que hoy cuenta España volverían a hacer, puestos en idénticas condiciones de tiempo y lugar, las mismas barrabasadas y estupendas barbaridades un Duque de Alba y Gonzalo de Córdoba, un Pizarro, un Hernán Cortés, es decir, aquellos que, según dicen, elevaron a España al pínaculo de la gloria.

Lo que no hicieron esos hombres, ni lo conseguirán fácilmente los regeneradores de ahora, será que los españoles en general dejen de ser holgazanes y aventureros. Por lo demás, tan mal gobernada está Francia como España, como los Estados Unidos. Los políticos, en todas partes, son necesariamente vividores sin pudor, más o menos hipócritas y listos.

Dentro y fuera de España hay una porción de periódicos que no cesan de hablar de la postración y marasmo de España. Quién dice que ha perdido la dignidad y la vergüenza; quién que es un pueblo en el último grado de descomposición, conquistable y repartible; algunos piensan que ha quedado aturdido por el exceso del golpe, pero que en cuanto se despeje sacudirá su legendaria melena y, zarpa aquí, mordisco allá, no dejará títere con cabeza. Y no falta quien afirma que la actitud de resignación y recogimiento ante la desgracia es digna de la admiración del mundo entero.

En el fondo todos vienen a quejarse de que España no haya obrado con arreglo a la fama que tenía de bravucona y perdonavi-



das. Deseaban o esperaban, sin duda, que, o hubiera rasgado sus vestiduras, cubiéndose de ceniza y con el ceño adusto se hubiera puesto a predicar el patriotismo, estilo francés y salvaje, esto es, el odio implacable y eterno al alemán, digo al yankee, o, echando por la calle de en medio, se hubiera defendido como gato tripa arriba, y valga la expresión, por los mil procedimientos que dicen emplearon nuestros abuelos para vencer a Napoleón. Y, ya que no esto, contaban siquiera con una revolución o con media docena de pronunciamientos. ¡Y ya ve Ud. qué desengaño! ¡Ni una cabeza cortada, ni un simple fusilamiento! Esto es desesperante.

Bromas aparte, voy creyendo que nuestro pueblo es o está demostrando ser actualmente más sensato y cuerdo y mucho más civilizado moralmente que cualquier otro pueblo europeo, de esos que tanto alardean de lo que carecen. Poco me importa que la causa sea ésta o aquélla; me basta con ver que no se notan los efectos de la patriotería y jingoísmo, y esto es un gran progreso moral. (Participo sobre éste y otros particulares de las ideas ácratas.)

Mucho más le dijera sobre el caso, pero ya creo suficiente lo escrito y no tengo por ahora tiempo para más. Supla lo que falta y suprima lo que sobre. Ni lo uno ni lo otro puedo hacer yo en este momento. Con mil felicidades para Ud. y su familia en el nuevo año se remite suyo, admirador y amigo sincero que le desea salud y tranquilidad.

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, diciembre de 1898

### CARTA V DE P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. D. Miguel de Unamuno.

He aquí las primeras impresiones que me produjo su drama *La muerte es paz*. Corte ibseniano, con alguna escena que recuerda otra similar de Ibsen. Quiere Ud. pintar un estado de alma y se pinta a sí mismo con toda exactitud. Supone con esto, sin duda, que ha

hecho una obra real y humana y es todo lo contrario. No hay en ella nada humano en el protagonista y menos en su mujer. Sólo crearán, tal vez, lo contrario los que conocen al Unamuno íntimo. Está fotografiado, pero la fotografía no suele ser siempre verdad y menos arte. Los demás dirán que el protagonista o es loco o está muy cerca de la locura.

Literariamente, irreprochable, matizado de pensamientos que dejan entrever un pensador de verdad. Teatralmente, es obra de quien jamás ha visto el teatro y que apenas lo ha leído. Será un fracaso como negocio y, desde luego, como obra literaria servirá algunos días de asunto de conversación a ciertos escritores sensatos, entre los cuales no le faltarán partidarios y enemigos. Tal vez con la tesis que hay en esa obra pudiera hacerse una bonita novela de sensación, que tampoco le haría célebre, ni le daría un céntimo.

CONSIGA PRIMERO PONERSE  
DE MODA, Y ESCRIBA DESPUÉS  
COMO LE VENGA EN GANA

Después de pensar y escribir esto volví a leer el drama otra vez, y aun cuando me gustó más que la primera, sigo pensando lo mismo en el fondo. Hace tiempo le escribí que ciertos atrevimientos sólo se los puede permitir impunemente uno de esos escritores que, a fuerza de hablar a su público en necio para darle gusto y tenerlo bien sujeto de la nariz, lo llevan al cabo por donde quieren. Su firma basta.

Los que quieren hacer su camino por el medio que Ud. elige suelen conseguir una estatua cincuenta años después de muertos, cuando tienen verdadero talento. Pero en vida ni una satisfacción, ni un mal ochavo moruno. Esa estatua, a los cien años de muerto Ud., sólo logrará que se pregunten las gentes si representa a algún general, o acaso a algún banquero, o al que hizo el paseo donde reposa. En un bonito parque de París vi, no ha mucho, un busto sobre hermoso pedestal. En letras de oro se leía: Guy de Maupassant. A mi lado

iban cuatro individuos que hablaban mucho de ciencia, de progreso, de literatura, de adelantos, de esos que leen *Le Temps*. Bien. Ninguno de ellos sabía quién era ese buen señor cuyas cenizas están aún calientes. ¡Fíese usted de la gloria y de las estatuas!

¿Que a qué viene esto? Pues a convencer a Ud. de que su drama está escrito cuando menos fuera de tiempo. Doy de barato que sea una obra genial, y esto mismo hará que sólo la comprendan los genios, que deben abundar poco y que generalmente son algo envidiosos. El gran público, que no conoce aún la firma Unamuno porque éste no ha sabido anunciarse ni meter ruido a su alrededor, irá quizá el primer día a ver la obra nueva, el estreno. Pero como no comprenderá al protagonista, ni le hará sentir nada la obra por estar fuera de su alcance, no se interesará por ella ni poco ni mucho.

Pero si el nombre del autor fuera conocido y de moda, ¡cuán distinto el resultado! ¿No ha visto Ud. acudir al teatro una y diez veces a gentes que se aburrían de lo lindo? ¿Qué es lo que iban a ver u oír? ¡Una ópera de Wagner! ¡Ah!, ¡oh!, ¡Wagner! ¡Magnífico!, ¡qué genio! Y nadie sabe ni cuándo debe aplaudir, y se aguarda a que los iniciados hagan la señal, para desbordarse de entusiasmo. Pero van uno y otro día y, créamelo, concluyen por saborear a Wagner. Es decir que hacen rico al autor (o a sus descendientes si ya se lo tragó la tierra), y llegan a entender lo que jamás hubieran entendido si el tal Wagner no estuviera de moda.

Pues bien. Consiga Ud. ponerse de moda, y después escriba Ud. aunque sea en griego, y cuanto más enrevesado mejor. Su primer drama no va a nada. No es teatral. No conseguirá tener al público pendiente del desenlace, ni siquiera sugestionado por un personaje que no entiende. El único carácter completo y bien comprensible es el de la tía Ramona y también el de la criada, es decir, los dos más secundarios, que no son ni dramáticos ni interesantes ni representan papel alguno decisivo.

Los amigos de Ángel, todos desdibujados, demasiado en número y sin personalidad alguna. La mujer de Ángel, ¿dónde diablos ha visto Ud semejante mujer? ¿Es que en estos últimos tiempos se ha

introducido en España el feminismo radical? Tal vez una mujer educada en él pensara y obrara como la que Ud. ha soñado, ¿pero una española contemporánea...?

Lo contrario sí que sería verdad y dramático y sugestivo, esto es, una mujer que a todas horas y con cualquier motivo busque pretexto para tirar del freno al marido, al soñador, para hacerle descender a la vida real, a las miserias, a las pequeñeces. “¡Más te valiera pensar en tus hijos! ¡Siempre entre libretos y papeles que sólo sirven para calentar la cabeza y para que con ellos te olvides de que hace año y medio llevas el mismo sombrero de copa ancha, cuando todo el mundo la lleva estrecha!” Pero ¿una mujer soñando en la gloria?, ¿en que su nombre suene en la posteridad?

Todavía si Ángel se concretara a ser un político, se comprendería que su mujer lo hubiera preferido a otro cualquiera, con la secreta esperanza de llegar a ser la *Diputada*, la *Señora Ministra*, y aun me explico su decepción y sus enojos al ver que el marido no le proporciona esa satisfacción a su vanidad. ¿Es eso lo que ha querido Ud. pintar? En tal caso, aclare ese personaje, porque no se le entiende; y hágale hablar como mujer, y no como filósofo. ¡Y busque un motivo más razonable para su escapatoria de casa de su marido!

EL PROTAGONISTA RESULTA  
INVEROSÍMIL POR SER  
EL MISMO UNAMUNO

¿Y Ángel? Repito que, a pesar de ser una fotografía de su autor y creador, y de que todo lo que dice, piensa y quiere es Miguel de Unamuno quien lo ha querido, pensado y dicho antes, no por eso deja de ser falso, o, mejor dicho, no es humano. El protagonista de *Un enemigo del pueblo* no es nada vulgar ni sencillo, antes bien es bastante complejo, así como sus otros personajes. Pero uno y otros, estudiándolos un poco, se ve que son humanos, en el sentido que sabe Ud. tiene esta palabra entre críticos y vulgo. El público los

comprende y halla en ellos algo común a todos. Pero en Ángel no es fácil se vea esto, sino una paradoja viviente, una incongruencia, un imposible.

En España es relativamente sencillo etiquetar al público. Se compone de católicos, indiferentes, que ordinariamente aparentan catolicismo, librepensadores y congéneres, y un pequeño grupo de pensadores indecisos. Los primeros dirán que Ángel es un blasfemo, y la obra inmoral. Los segundos, que Ángel es un chiflado, y la obra un disparate. Los terceros, que Ángel es un semibeato, un católico disfrazado, y que la obra no tiene pies ni cabeza. Sólo una parte de los últimos verá en Ángel personificada una fase de la incertidumbre con que luchan los pensadores, en este período de transformación, en que las antiguas creencias en agonía se defienden desesperadamente de los golpes terribles que de todas partes llueven sobre ellas. Pero aun éstos dirán que Ángel es un vencido, que no ha conseguido desprenderse del pesado fardo de su herencia.

No me considero capaz de descender a detalles ni menos de indicarle la manera de animar tal o cual determinada escena. Cumplo con mi deber de amigo leal, dándole francamente mi parecer en conjunto, aun exponiéndome a decir algún desatino.

Me atrevería a recomendarle que, ya que en Salamanca no le ha de ser fácil estudiar el teatro en el teatro, no desdeñe estudiar a unos cuantos "maestros" de candilejas adentro, de esos que, en cuatro personajes vulgares y gastados, y sin hacerles decir nada nuevo, saben forjar un drama o una comedia, que si no conmueve al mundo hace que el público docto e indocto acuda a verla. Dos de estos maestros de "efectismos teatrales", que saben preparar y desarrollar situaciones, son Echegaray y Sardou; y tal vez más grande creador de situaciones interesantes, Dennery, que acaba de morir en estos días. Estudie, estudie a éstos y aprenda de ellos lo que le falta. Ud. conseguirá hacer teatro "del que queda". Pero con la condición de conocer antes eso, esas pequeñeces grandes.

Algunas escenas entre Ángel y su mujer no me gustan y temo no gusten al público. Ese médico, que en la última escena llega con



ella, con su antigua novia, ¿son ya dos amantes? ¿Qué falta hace allí? Ciertas brutalidades de Ángel con su mujer dan la razón a ésta, y el público encontrará justificado se haya ido con otro.

El primer acto se parece demasiado a otro de Echegaray, creo que del *Estigma*. El último empieza de una manera deliciosa, pero concluye recordando mucho a *Un enemigo del pueblo*, que de propósito lo he leído estos días. Si no los cambia algo le llamarán plagario.

Y, antes de terminar, dos detalles. Hace Ud. tocar al vecino *La Stradella*, y el protagonista dice que aquello le recuerda tal y cual cosa, y le hace sentir hondo. Parece una insignificancia, pero de ello deducirán que Ud. no ha pasado aún de los rudimentos de la música. *La Stradella* tendrá una letra todo lo apropiada que quiera a las circunstancias, pero su música es de lo más cándidamente vulgar que se conoce. Es a la buena música lo que la guitarra a la orquesta; y, en otro orden de ideas, lo que Pérez Escrich a Tolstoi o a Balzac. Haga que ese vecino toque el *Dies irae*, si no prefiere algún trozo de ópera actual, que las hay archimagníficas. Pero esa melodía sin enjundia le acredita a Ud. de poco conocedor de música buena.

#### AL MUNDO NO LE PREOCUPA EL CRISTIANISMO, QUE ESTÁ EN SU OCASO

Otro detalle, que no es detalle. Sigue Ud. creyendo que el mundo actual se preocupa ante todo del problema religioso, y no es exacto. Del problema religioso, en lo que tiene relación con un credo, llámese católico o protestante, nadie se preocupa seriamente. Todo pensador sabe a qué atenerse en este particular. Las religiones actuales son una superchería y no han muerto ya porque, si quien vive 60 años suele necesitar una enfermedad a veces de años y una agonía a veces de días, las religiones, que tienen como minimum 6.000 años, necesitarán un par de siglos de enfermedad y otro de agonía. Ahora estamos entonces en lo más agudo de la enfermedad del cristianismo. En cuan-



to ese problema se relaciona con la tranquilidad, con la felicidad, con los deseos y aspiraciones del yo, eso es otra cosa.

En el fondo no hay más que la protesta del corazón, que quiere que las cosas sean a su gusto, y la de la razón que nos enseña que las cosas son como son, a despecho de nuestros caprichos, debilidades y deseos. El corazón se agarra a lo que desaparece irremisiblemente y cae en el vacío. La razón busca orientación; algo que sustituya esos vanos deseos de supervivencia. No quiera Ud. hacer entender que un pensador sano encuentra completa satisfacción en una religión y precisamente en la católica. Nadie podrá creerle. Tanto acudir a Dios no me agrada ni en Ud. ni en su Ángel. Mande a su amigo

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, enero de 1899

#### CARTA IV DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Acabo de recibir su carta a la que contestaré con calma. Mil gracias por su juicio leal y sincero, como de verdadero amigo. ¡Así me gusta! Aprovecharé no pocas de sus observaciones. Pero conste que no aspiro a un éxito teatral si para conseguirlo he de sacrificar lo a mi juicio insacrificable. Me importa poco que no lo entiendan. No me atrae tanto el provecho. Con una docena de lectores atentos me basta.

Más que hacer dramas para el público, quiero hacer público para los dramas. La representación servirá de anuncio al libro, o sea al drama impreso. Si volviese a escribir una novela la haría como *Paz en la guerra*, a pesar de no haber logrado popularidad<sup>2</sup>. Me pasa lo

<sup>2</sup> Volvió a escribirlas, pero nunca más como *Paz en la guerra*. "En esta novela —dirá don Miguel, veinticinco años más tarde, prologando una nueva edición—, hay pinturas de paisaje, y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Después abandoné este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinado, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes

que al Ángel de mi drama: la popularidad no me atrae. Creo que exageran ustedes al suponer que a nadie o casi a nadie preocupe el problema religioso. Y hay que vertirlo en la forma de una religión concreta, en cada país y tiempo, la de allí y la de entonces. Lo demás es fría filosofía, y esto sí que no me atrae.

COMIENZA UNOS DIÁLOGOS FILOSÓFICOS QUE "JUSTIFIQUEN SU PASO POR EL MUNDO"

Cuanto Ud. me dice es muy exacto y se lo agradezco. Creo también que he ganado en transparencia, si bien sospecho que no volveré a hacer nada de tanta intensidad de pensamiento como *En torno al casticismo* y *Paz en la guerra*. Ahora estoy metido en una obra de largo aliento, en que acaso emplee años. Son unos diálogos filosóficos de

y marinas. Así, en mis novelas *Amor y pedagogía*, *Niebla*, *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Tres novelas ejemplares*, y otras menores, no he querido distraer al lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas, mientras he reunido mis estudios artísticos del paisaje y el celaje en obras especiales, como *Paisajes*, *Por tierras de Portugal y de España* y *Andanzas y visiones españolas*. No sé si he acertado o no con esta diferenciación."

En 1935, dos años antes de su muerte, traza a rasgos gordos la historia de su fantasmagórica *Niebla*. Introduce dicha historia, a modo de postprólogo, en una reedición de *Niebla* hecha aquel año; lo que le da oportunidad de recordar la génesis de sus otras novelas y de echar un vistazo cronológico a todo el conjunto de su obra novelada. Es un vistazo a *lo ya hecho*, mientras que en estas cartas mira *lo por hacer*. Interesará acaso al lector tenerlo presente.

"Antes de haberme puesto a soñar a Augusto Pérez y su nivola (el protagonista de *Niebla*) había resoñado la guerra carlista de que fui, en parte, testigo en mi niñez, y escribí mi *Paz en la guerra*, una novela histórica, o mejor historia anovelada, conforme a los preceptos académicos del género, a lo que se le llama realismo. Lo que viví a mis diez años lo volví a vivir, lo reviví a mis treinta, al escribir esa novela. Y lo sigo reviviendo al vivir la historia actual, la que está de paso; de paso y de queda. Soñé después mi *Amor y pedagogía* —aparecida en 1902—, otra tragedia torturadora. A mí me torturó, por lo menos. Escribiéndola creí librarme de mi tortura y trasladársela al lector. En esta *Niebla* volvió a aparecer aquel tragicómico y nebuloso nivolesco don Avito Garrascal que le decía a Augusto que sólo se aprende a vivir viviendo, como a soñar soñando. Siguió, en 1905, *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada*. Pero no así, sino resoñada, revivida, rehecha

"En 1913, antes que mi *Niebla*, aparecieron las novelas cortas que reuní bajo el título de una de ellas: *El espejo de la muerte*. Después de *Niebla*, en 1917, mi *Abel*

plan vastísimo, en que vierto toda mi filosofía, con la mayor sinceridad posible. Quisiera fuese lo más intenso y hondo que de mi pluma salga. La forma de diálogo me permite mezclar con inducciones científicas fantasías poéticas. Lo más característico de ellos es que arranco de la sociología y la ética para elevarme al problema de la incognoscible finalidad del universo, y de él al concepto y sentimiento de la Divinidad. Acaba con la doctrina de la feliz incertidumbre, que nos permite vivir<sup>3</sup>. Algún día le daré a Ud. o a Barco un extracto, y tal vez les envíe fragmentos.

En esa obra se refundirán mis artículos más íntimos, entre ellos los que di a luz en *Ciencia Social*, y sobre todo el último: *Civilización y Cultura*. La tesis de éste: "un nuevo cuerpo simple permite un mundo más perfecto sobre la destrucción del actual" pasa a mis diálogos. Mi aspiración, ambiciosísima sin duda, es que esos diálogos basten a justificar mi paso por el mundo.

En tanto, trabajo en mil otras cosillas. Ahora me ha dado por la poesía. El próximo número de la *Revista Nueva* publicará *La flor tronchada*, parte de la cual conoce Barco. Después daré *La Cigarra*, luego *Alborada espiritual*, y más tarde *El Cristo de Cabrera*, cuyo pensamiento y algunos trozos he traído de una excursión que acabo de hacer a la ermita de ese Cristo y a Terrones. Es una imagen muy tosca, de expresión hierática e impasible, rodeada de ex-votos, y en una ermita que se alza en un campo solemne y austero, de reposadas encinas. Es un Cristo impasible, como la naturaleza que le rodea. Un Cristo sedante, que parece abrazar al campo en abrazo eterno y silencioso. Llevan a sus pies los campesinos el vaso del corazón hen-

*Sánchez: una historia de pasión*, el más doloroso experimento que haya yo llevado a cabo al hundir mi bisturí en el más terrible tumor comunal de nuestra casta española. En 1921 di a luz mi novela *La tía Tula*, que últimamente ha hallado acogida y eco, gracias a las traducciones alemana, holandesa y sueca, en los círculos freudianos de la Europa central. En 1927 apareció en Buenos Aires mi novela autobiográfica *Cómo se hace una novela*. Por fin, en 1933, se publicaron mi *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más*. Todo en la seguida del mismo sueño nebuloso."

<sup>3</sup> Vuelve a referirse a "la doctrina de la feliz incertidumbre" en la *Carta VI*, pág. 307. Es esta misma doctrina la que dará trágico y pesimista acabamiento a su *Del sentimiento trágico*, como él mismo lo reconocerá. (Véase el final de la *Carta XXIV*, pág. 426).

chido de penas, se lo dejan allí, en ofrenda, y mientras rezan en silencio va el pesar sedimentándose y les quedan las aguas serenas de la tristeza resignada, como la de aquel campo.

Mi propósito es publicar en un tomito mis poesías, con dos traducidas: una de Leopardi y otra de Coleridge. Tengo la pretensión de que mi poesía aporta algo a las letras españolas de hoy. En su forma es casi toda, no toda, al modo del verso libre italiano, y el resto en romance endecasílabo. En cuanto al fondo se parece a los *musings* ingleses, a la poesía meditativa inglesa, la de Wordsworth, Coleridge, Browning, etc. Debe cada cual dar su nota, sin empeñarse en gorgear el león ni en rugir el ruiseñor. Hay que dejar que se pierda nuestra voz en el coro universal en que cabe todo.

*“Canta, cigarra, canta sin descanso.  
 Une tu voz monótona y sencilla  
 al coro universal hondo y solemne.  
 Lleva tu pobre nota repetida  
 al concierto sinfónico del mundo.  
 Canta, cigarra, canta en la campiña,  
 de tu efímero paso por la tierra  
 el siempre vivo amor.  
 Vierte tu nota que, aunque pobre, es tuya  
 en el inmenso coro de los seres.  
 Déjala sin pensar que en él se pierda,  
 como en el mar inmenso gota leve.  
 Déjala porque es vida soberana.  
 Es más profundo ser el de esa muerte;  
 y así al amor universal y eterno  
 confluirá tu amor . . .”*

No crea Ud. que olvido a América. En contestación al artículo que en *Vida Nueva* me dirigía Rubén Darío le remití otro, que le envío a *La Nación* de Buenos Aires. *El Imparcial* publicará otro acerca de los pueblos de lengua española. Una carta que escribí a la Ar-

gentina, a Casimiro Muñoz, se ha publicado en tres o cuatro periódicos americanos, en uno de ellos, *El Sol del Domingo*, de Buenos Aires, precedida de veinte líneas en que se me dirigen unos elogios disparatados y ultra-excesivos, como sólo los he oído de algún amigo y en privado. Y, por último, la casa Peuser, de Buenos Aires, también me pidió algo para su próximo almanaque. Se lo di y me lo ha pagado en seguida por su representante. Empiezo, pues, a tener nombre y mercado en América y a sonar por allí.

“EMPIEZO A TENER NOMBRE, Y MI VOZ  
COMIENZA A OÍRSE CON ATENCIÓN”

De mi carrera literaria estoy satisfecho. Empieza para mí la época de la siega y la cosecha, y aparte del interés mundano que mis cinco hijos (desde hace ocho días tengo cinco) me obligan a abrigar, me complace el que mi voz se oiga con atención por mayor número de personas; porque así podré verter mi espíritu en más espíritus y unir mejor mi voz, “que aunque pobre es mía”, al coro universal. Tiene Ud. razón al decir que mi novela, publicada hoy, tendría más resonancia y éxito, pero del que tuvo no me quejo. Ahora empiezan a hablar de ella y a dedicarle críticas en América, ahora que mi nombre suena allí algo.

¿Qué quiere Ud. que le diga, amigo Jiménez? ¡Esas mis nebulosidades es lo que más amo! Sólo la niebla, el matiz, el nimbo que envuelve a las cosas da la vida profunda. Aborrezco la engañosa diafanidad latina. Entre mis poesías, claras todas, hay una: *Alborada espiritual*, la más íntima, la más mía, en que vierto lo más dulce de mis crisis cordiales en simbolismo tenue y nebuloso. Hay que aspirar a la poesía *nouménica* sin quedarse en la *fenoménica*; que ponga algo el lector, que se deje sugerir.

Un amigo mío, Pepe el gallego (esto para Barco, que le conoce y que leerá esta carta), cuando le leí mis poesías me dijo: “Ahora nos va a resultar que, así como Echegaray se salió por dramaturgo



pasados los 50, Ud. nos va a resultar lo que menos esperábamos: ¡poeta!” Yo me callé, porque ya lo esperaba. Estoy harto de que me llamen sabio, que es palabra fea, y que se empeñen en recluirme en la ciencia. Aspiro a la fusión de la ciencia y el arte, del pensar y del sentir, a pensar el sentimiento y a sentir el pensamiento, y esto en unidad. Y como luchador bregaré por imponer mi poesía, mi modo de entenderla y de hacerla.

Pasé en Madrid trece días aprovechados. Gracias a Dios este año ha empezado para mí muy bien, hasta económicamente. Me he repuesto del pasado. En mi viaje pude apreciar cuánto he ganado en el concepto del público que lee, en estos dos años. Voy a colaborar con asiduidad en *El Imparcial*. Herrero quedó en escribirme cuando emprendan la reforma de *El Heraldo*; *La Ilustración Española* me ha ofrecido sus páginas. Con *Las Noticias*, de Barcelona, tengo compromiso para tres artículos mensuales, etc. Ahora necesito editor para *En torno al casticismo*, mis *Meditaciones Evangélicas* (*Nicodemo*, etc.) y para mis *Poesías* y *Celajes y Poesías*. El drama está en Barcelona, donde mis amigos intentarán que lo represente Thuillier. Está muy reformado, y en la reforma aproveché *todas* las indicaciones del amigo Barco.

No sé si habrá publicado *Vida Nueva* mi artículo *Contra la tiranía de las ideas*. Lo hice con amor. No necesitaba usted haberme enviado las 25 pesetas. Yo hubiese satisfecho la suscripción y usted en cambio me serviría los libros que le pidiese, como *Sagesse* de Verlaine y *Les Trophées* de Heredia. ¿Qué tal es Remy de Gourmont? He oído hablar de él. Cuando quiera Ud. algo, pídamelo y estaremos al cambio.

¿Conoce usted *Hacia otra España* de nuestro paisano Maetzú? Le voy a mandar la última novela de Palacio Valdés. A Barco que me escriba. He sabido de él por Maldonado. Dígale que lo de Madariaga fué como una seda, y me tiene ya otro trabajo mío. Me gustó Madariaga. El actual trabajo es fácil que le escandalice a Ud. Responde al estado de ánimo de cuando lo escribí. Falta la *contre-partie*. Me cuesta proceder por síntesis. Soy como el péndulo; por oscilaciones



marco mi pensamiento. Algo como Proudhon. Como procedo mediante la afirmación de los contrarios reclamo el derecho a contradecirme <sup>4</sup>.

Barco ha recibido el borrador de mi drama, con encargo de que se lo deje o se lo lea. No dejen de darme parecer y consejos. Estoy dispuesto a transigir con las exigencias de candilejas en lo que no altere el fondo. Quiero el mejor éxito posible. Le enviaré lo que salga y me parezca digno de que Ud. lo vea. ¿Ha publicado Huysmans algo después de *La Cathédrale*? Si lo ha publicado envíemelo. Anunciaba la vida de Santa Liduvina.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 24 de mayo de 1899

De vuelta de una excursión a Medina me encuentro con las dos cartas en que me da usted tan tristes noticias de nuestro buen amigo. ¡Pobre Barco! y ¡pobre Bárbara! Es muy bueno, bueno de verdad, sencillo, cariñoso. Me dolería mucho un fatal desenlace. Espero tener noticias pronto, mañana si acaso.

Cada vez me alegro más de haber puesto a Uds. en relaciones, pues en estas difíciles circunstancias veo que tiene en Ud. un verdadero amigo y que hace con él lo que yo haría. Recibirá usted *La Barraca*, *Redenta* y *La alegría del Capitán Ribot* que es aquí lo nuevo.

<sup>4</sup> Cuatro años antes, al comienzo del primero de sus Ensayos, *En torno al casticismo*, había prevenido ya al lector sobre su despistante método de estudiar un tema. "Me conviene también prevenir a todo lector respecto a las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá, y a *las contradicciones* que le parecerá hallar.

"Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio*, por el método de remoción, *via remotionis*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios: es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha.

"Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza a un lado, y espere que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro. Bien comprendo que este proceso de vaivén de hipérbolos arranca de defecto mío, mejor dicho, de defecto humano; pero ello da ocasión a que el lector colabore conmigo, corrigiendo con su serenidad el mal que pueda encerrar tal procedimiento rítmico de contradicciones."

## CARTA V DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Muy querido amigo: Acabo de leer su hermosa carta. Muy sustanciosa y nutrida. Tiene Ud. mucha razón. Me doy cuenta clara de lo que en mí no acaba de gustarle: es que *no estoy hecho*. No he terminado mi evolución.

Respecto a su invitación de que vaya a pasar un mes con Ud., de buena gana lo haría, pero este verano no me es posible salir. No pienso ir ni aun a Bilbao unos días. Y a la vez tengo invitaciones para ir a Granada, a Barcelona y a Galicia. Todo esto he de diferirlo, así como el volver ahí, a París, como pienso hacerlo. Tengo mucho que trabajar y cinco hijos que atan.

Este año es el que mejor se me presenta. Parece ser el de la siega, después de años de siembra. En el aspecto económico luego de un año fatalísimo, como me fué el pasado, es éste de reposición. He logrado desembarazarme de mis atrasos y solventar mi deuda, que la tenía unificada en un pariente. El sueldo (unos doce mil reales con descuento) no me basta. Y hasta este año ha sido poco lo que la pluma me ha dado. Ahora empieza. Y es aún más lo que me promete.

Estoy, en efecto, bastante satisfecho de mi carrera. Desde que publiqué mi novela (cuando apenas era conocido fuera de mi país) mi firma ha ido en aumento. Hoy creo haberla asentado, y con la colaboración asidua (me lo han prometido) en *El Imparcial* y *La Ilustración Española y Americana* la asentaré aún más.

“SOBRE TODO ME VA BIEN MI  
CONQUISTA DE AMÉRICA”

Y lo que sobre todo me va bien es lo que yo llamo mi conquista de América. Casi todos mis últimos artículos se han reproducido en América, se citan frases o conceptos míos allí y apenas pasa correo

sin que reciba algún libro o folleto que su autor me envía. Me han pedido ya un trabajo para el Almanaque que anualmente publica la casa Peuser, de Buenos Aires, y por cierto me lo pagaron, por su representante en Madrid, a toca teja.

Todo esto me anima a trabajar. Porque así como dicen que el sacerdote vive del altar, de la pluma vivimos nosotros. Y mi mayor deseo es que el éxito de mi labor y la difusión de mi firma me permita publicar pronto los cinco o seis volúmenes que tengo dispuestos, aunque luego no me rindan beneficios pecuniarios. En los trabajos algo extensos, que guardo inéditos en su mayoría, en mis *Meditaciones* (el *Nicodemo* ante todo), es donde he puesto más de mi alma. No mi cerebro sólo, sino mi corazón. En ellos he pensado integralmente, con alma y cuerpo y sangre y meollo, no sólo con el cerebro.

Mi drama, bastante modificado de cuando Ud. lo leyó, está en poder de Thuillier quien me escribió a cuenta de él una larga y discretísima carta, diciéndome lo que era de suponer, a vuelta de muchos y acaso excesivos elogios, que si lo teatral por aquí, y el público (poco zahorí) por allá, y que patatín patatán. Añadía que cree tan difícil representarlo bien que, a su juicio, no hay actor español capaz de encarnar a mi Ángel. (¡Si pudiese hacerlo yo!) Pero ahora resulta que el empresario de la Comedia, en la próxima temporada, va a ser un tal Berriatúa, a quien conozco bastante, nieto de un alguacil de Guernica. Tengo esperanzas de conseguir que me lo presenten. Del éxito, en el sentido ordinario, se me da poco. Mi deseo es que lo discutan y que la representación ayude a la venta del drama publicado en libro.

EN FORJA INFATIGABLE DE  
DRAMAS, ARTÍCULOS Y LIBROS

Y ya me tiene Ud. haciendo otro: *La Ciega*. La principal escena es cuando la ciega de nacimiento, que conocía la ciudad toda y con su bastón la recorría toda yendo sola, a los dos días de curada sabe

que está muriendo su padre. Se lanza a la calle; pero no conoce el camino, porque le estorba la visión, y tiene que vendarse los ojos y coger un palo para poder ir derecha a la casa paterna. Su mundo es el de las tinieblas, en él ve y en él vive.

También recojo reflexiones para escribir *La muerte de Sancho*, de cómo Sancho murió loco, soñando ser verdad cuanto fantaseó Don Quijote. Pienso mostrar cómo vivifica para siempre al sencillo su contacto con el ideal.

Y ahora me acuerdo que estoy con Ud. en compromiso, pues le prometí enviarle la última novela de Palacio Valdés. Un día de éstos lo haré con otros libros. La culpa la tiene en parte mi desidia y en parte el cúmulo de ocupaciones y preocupaciones que sobre mí pesan. Las de orden exterior, familiar y mundano, contribuyen a dejar en segundo término las otras, las íntimas, cuyo rumor no cesa, aunque lo ahoguen los ruidos más superficiales.

Ruiz Contreras me ha escrito haber recibido dos artículos de usted para la *Revista Nueva*. Le excité a que los publicase. ¿Qué le parece a usted la Revista? Habrá visto que me he metido, con alguna rudeza, con la enseñanza en España. ¡Tiempo hacía que abrigaba ansias de decir algunas verdades a tal respecto!

Estoy trabajando en dos artículos, uno para *El Imparcial*, y otro para la *Ilustración Española y Americana*. En uno de ellos, que es el relato de una supuesta visita al viejo poeta encerrado en su ciudad nativa, una ciudad dormida, quiero poner alma y no sólo pensamiento.

Le agradecería mucho que si algún día disfrutase de un rato libre fuera a visitar de mi parte a D. Francisco Soto y Calvo (rue de Ranelagh, 117), argentino, un verdadero poeta, el autor del *Nastasio* (que le enviaré), de que me he ocupado en mi artículo de *La Ilustración Española y Americana*. Por sus cartas me parece un hombre noble, sencillo y leal, deseable para amigo, y por sus obras el escritor americano que me es más simpático y en quien veo más vida espontánea y menos artificio y tecniquerías y virtuosismos (como he

de decirlo). Creo casi un deber el ponerles a ustedes en relación mutua. Le escribiré también a él.

Con Areilza, que estuvo aquí un día de vuelta de su expedición a Portugal, hablé bastante de Ud. Ahora se ha metido a minero. Yo, como le digo, no salgo este verano. Hacia Bilbao, mi pueblo, siento cierto desvío desde que entre *bizkaitarras* y mineros tienen aquello echado a perder. Ya no he de ver el Bilbao de Pedro Antonio Iturriondo, el chocolatero, el Bilbao que vive en mis reminiscencias de niñez. Siento tanta mayor aversión al ensanche cuanto mejor comprendo su utilidad y su inevitabilidad. Sí; el progreso es inevitable, he aquí todo. Pero, para mí al menos, nada tiene de apetecible. Y cada día siento más desamor hacia él. Es mi pregunta: ¿para qué? Le quiere de veras su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 16 de agosto de 1899

CARTA DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN  
A DON ENRIQUE AREILZA

Sr. Don Enrique Areilza.

No recuerdo el tiempo, pero lo menos desde antes de la brillante guerra sostenida por España contra el infiel yankee, en la que:

*Vinieron los yanquilenos  
y nos molieron a palos,  
que Dios proteje a los buenos  
cuando son más que los malos,*

desde entonces, digo, no ha tenido Ud. un rato aburrido para dedicarlo a este amigo.

Por fin ahora me ha recordado en una carta en la que, tal vez con exceso de razón, se desata en improprios contra esa España que se deshace podrida, y de la cual por lo visto no podrán aprovecharse ni los residuos; por lo cual la raza que nos conquistó creo que tomará el acuerdo de hacer con los españoles lo que éstos hicieron con los moriscos y judíos: barrerlos hacia el África, si es que allí hay sitio para semejante escoria.

Pero... , hay un *pero*, y es que, sin quererlo o queriéndolo, también nosotros somos españoles. Y todo lo malo que se dice y piensa de éstos, nos coge de lleno. El hijo del ladrón, del presidiario, del ahorcado podrá ser muy honrado y decente, pero ni Dios le quita el sambenito de hijo de ladrón, de presidiario, de ahorcado; y éste es nuestro caso. La mancha que echamos o echan sobre España cae sobre todos y cada uno de los españoles. Monsieur *todo-el-mundo* tiene una lógica contundente, contra la cual se estrellan todos los distingos y sutilezas de los defensores de futuras patrias chicas.

POR QUÉ UNAMUNO RESULTA  
SIMPÁTICO, AUNQUE ES UN  
TORTURADO POR EL MÁS ALLÁ

Dentro de España se puede hasta cierto punto despotricar contra ella sin perjuicio. Porque podemos diferenciarnos unos de otros por provincias, y cada cual al hablar mal del conjunto hace tácita y expresamente una salvedad respecto a la suya. Fuera de España el asunto varía completamente. Si se reniega de España lo regular es que se lo haga en español o en francés-españolizado. Y a cualquiera se le ocurre preguntar:

—“¿Y usted de dónde es?

—Yo, navarro.

—¿Dónde está eso?

—Más allá de los Pirineos, formando por ahora parte de España.

—¿Luego Ud. es español?



—No, señor, yo soy navarro.

—¡Ah, ya! ¡Ud. reniega de su patria porque la ve caída y maltrecha! Eso hacen todos los cobardes y miserables!”

Esto y mucho más y cosa peor piensan los que escuchan a quienes hablan mal de su patria o de su familia.

Así es que, cuando uno se da cuenta de este resultado, no tiene más que dos caminos: o callarse o hacerse un patriotero rabioso y ciego, de esos que no consienten ni una observación por justa que sea y que todos los asuntos se los hacen personales.

Lo primero es casi imposible y de resultados dudosos, pues si uno calla no falta quien habla a su alrededor y le provoca. Lo segundo tiene sus quiebras, pero es más seguro y ordinariamente de efecto decisivo. Esto es, pues, lo que consciente o inconscientemente y obligados por las circunstancias hacen la mayor parte de los que se encuentran fuera de su patria. Así se explica que los españoles, fuera de España, sean tan patriotas y estén tan unidos, sean de las provincias que sean. (Y no lo digo por mí, que no me trato con ningún español.)

Para los españoles que ven a España sólo por su lado asqueroso, podría ser remedio en teoría el naturalizarse en otro país. En la práctica es un disparate. Es decir, un español todavía podría hacerlo, pues tiene veinte o treinta patrias suyas donde escoger, aunque todas ellas dejen bastante que desear. Digo patrias, porque yo entiendo por patria la lengua, y allá donde se habla y siente en español allí estoy en mi patria. De modo que desde Méjico a la Patagonia tenemos patrias. ¡Aunque todas ellas hijas de tal madre! Pero, naturalícese Ud. inglés, alemán o aun francés, y sólo conseguirá ser extranjero eterno. No queda más remedio, en resumen, que ser español. Y, puesto que lo somos y mientras lo seamos, decir, si nos gusta, la verdad entre nosotros y lo que conviene al extraño.

Por eso, visto desde aquí, ese Unamuno defensor del piojo y del pringue español me resulta simpático, porque sin poderlo evitar el piojo soy yo, y lo es Ud., y lo somos todos. Eso no quita que no esté conforme con Unamuno en muchas cosas. Y no sólo no estoy conforme

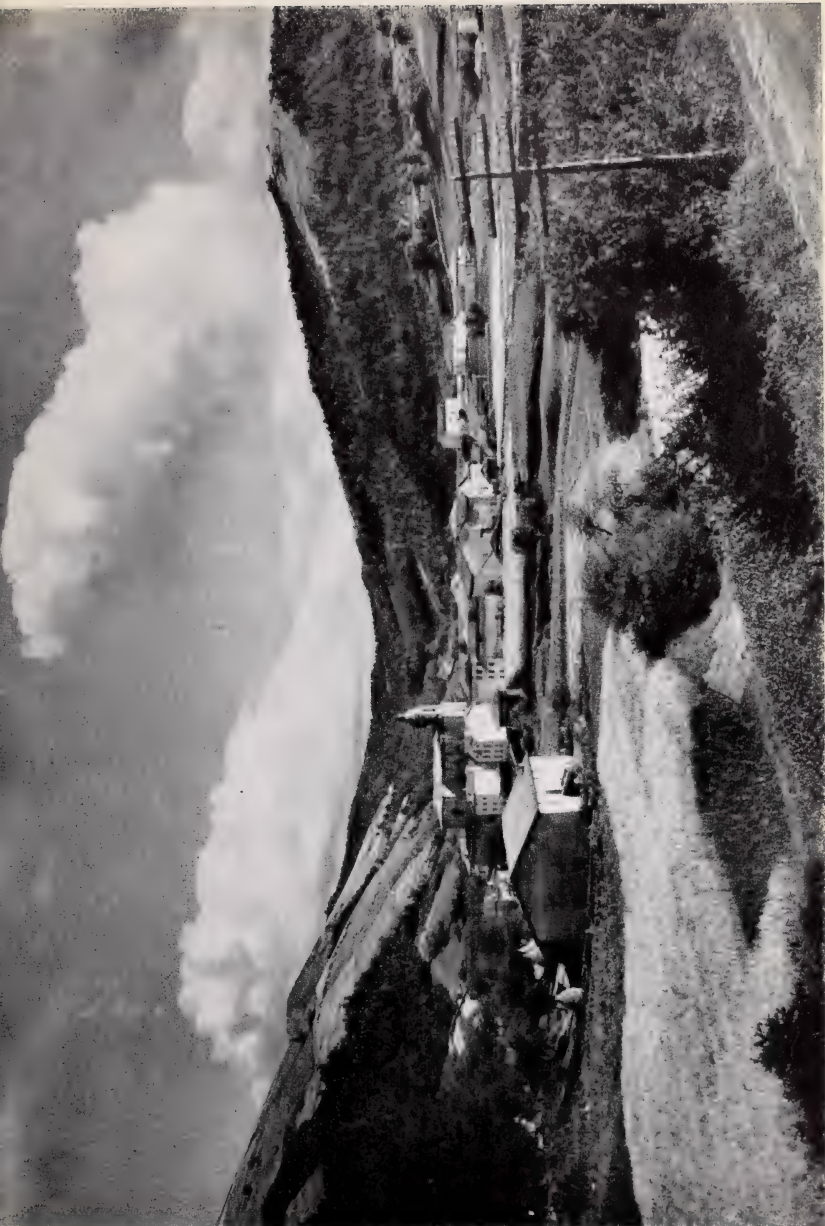


LÁMINA 15

Lám. 15.—Aldea vasca

sino que se las digo a él mismo, y probablemente con demasiada dureza. Algo de lo que le he dicho respecto a su nuevo drama, en publicación, lo podrá Ud. deducir de la contestación que le he dado y se la envío. Verá Ud. por ella, que, aunque me faltan alientos y cultura para ser un planeta, es lo cierto que no soy un satélite de Unamuno, como Ud. me ha llamado en alguna ocasión. En todo caso seré un satélite de otro planeta, de Tolstoi, por ejemplo.

Para mí Unamuno es un enfermo cerebral, atacado de manía religiosa y torturado por el más allá; pero simpático, y que, por lo menos, me causa lástima. Tengo fe en que se curará y que llegará a demostrar todo su valer. Por mi parte hago cuanto puedo para conseguirlo, pero con resultado casi nulo, por ser yo muy poco médico para tal enfermo.

*Revista Nueva* publicó el segundo artículo sobre *Separatismo en España*, perpetrado por este cura. Tentaciones me dan de creerme escritor de punta. ¿No le parece?

#### LA BUFONADA DEL FUERTE DE CHABROL. EPISODIO MUY PARIENSE

¿Pregunta Ud. por “los valientes” de la rue Chabrol? Jamás pude soñar que semejantes mojigangas se tomaran en serio. Hace sin embargo más de quince días que esta calle y sus adyacentes están ocupadas militar o municipalmente, no dejando pasar por ellas más que a los periodistas y vecinos, y éstos acompañados de un guardia. Actualmente ya la curiosidad parisién está harta, y, a excepción de sus compañeros políticos, nadie hace caso a los del llamado fuerte. Pero durante unos ocho días, a partir de las seis de la tarde, acudía medio París, y cada cinco minutos había gritos, vivas: “Vive la Patrie. Vive l’ Armée. Conspez les juifs.” Y carreras, y guardia republicana a caballo despejando las calles, recibida con vivas; y, en fin, todo lo necesario para pasar agradablemente la velada, en esta esta-

ción de verano con los teatros cerrados y con un calor arriba que sale fuego de la pared (*¡La Verbena de la Paloma!*).

Entre tanto Guérin y sus compañeros adoptan actitudes de bravos, se dejan retratar desde las casas de enfrente en posturas despampantes, armados hasta el cogote, enviando y recibiendo besos en el aire de estetas-hembras, que les arrojan *bouquets* desde la calle, y otras tantas lindezas por el estilo... Y para esto dos mil hombres con la bayoneta en el fusil, haciendo guardia día y noche. ¡Farsantes! No se puede presumir cuál será el desenlace de esta bufonada. Pero al extremo a que han llegado las cosas se van a ver casi obligados los sitiados a mostrarse lo que debían ser: hombres.

Conocerá Ud., sin duda, eso que llaman el fuerte de Chabrol. Una casita de dos pisos donde está instalado el gran Occidente de Francia, que es al gran Oriente (masonería) lo que media vuelta a la derecha a media vuelta a la izquierda, esto es, exactamente lo mismo, pero todo lo contrario. Pues es eso una masonería al revés, tan estúpida y majadera como la al derecho. Drumont, el Arana que aquí usamos, es el que tuvo la genial idea de crear tal sociedad, compuesta de unos cuantos imberbes, los cuales en Bilbao serían bizkaitarras, en Madrid sportistas, y en Cádiz estetas con cartilla o sin ella. Ésta es la historia del famoso fuerte y de sus heroicos defensores. Con medio millón de tales volverían los franceses a ir a Berlín... ¡atados codo con codo! Mande a su amigo

JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 1899

## CARTA VI DE MIGUEL DE UNAMUNO

Señor D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: ¡Gracias a Dios que puedo empezar con todo sosiego a despachar mi correspondencia! Quería calma para hacerlo con reposo.



He estado un mes largo en Madrid, como vocal de un tribunal de oposiciones, y he aprovechado mi tiempo para otros asuntos. Allí vi a Barco. He vuelto con ahinco a este mi refugio de Salamanca, convencido más que nunca de que Madrid no me conviene (ni me gusta). La corte me da tristeza. Me parece una charca infesta. Allí no se puede hacer cosa de provecho; falta quietud. Es un pueblo bullanguero.

De mi drama ya Barco le habrá dado noticias. La cosa está en un estado indefinible; aceptado en principio, pero temiendo Thuiller que sea un fracaso. Yo no le apuro, porque, a medida que pasa el tiempo y lo veo más a distancia, descubro mejor sus defectos. Ahora traigo entre manos otro, mucho más accesible y objetivo y universal (quiero decir menos individual); y pienso proponerle el cambio, que estoy seguro aceptará con gusto y como solución.

#### MI SALVACIÓN ES LA INCERTIDUMBRE Y EL MISTERIO DEL MÁS ALLÁ

Ahora que he vuelto a recogerme en este mi rinconcito de Salamanca, retorno a mis trabajos, sobre todo a los diálogos filosóficos. He tomado numerosas indicaciones de un trabajo, difuso pero sugestivo, de Jules de Gaultier, titulado *De Kant a Nietzsche*, que he leído en el *Mercure de France*. Ahora leo filosofía y estudios religiosos. Lo de Gaultier me ha gustado, así como el libro de Kidel sobre la evolución social. Plantean bien la esencia del espíritu religioso.

Quiero acabar mis diálogos, en que acaso me detenga años, como en mi novela me detuve, hablando de la doctrina de la incertidumbre. La incertidumbre es la salvación de la vida. Si tuviéramos una certeza absoluta, tan absoluta como la de que  $2 + 2$  son 4, sin sombra de duda ni aun subconsciente de que al morir se aniquila para siempre nuestra conciencia individual, sería tan imposible la vida como lo sería si tuviésemos absoluta certeza de lo contrario. El suicidio



en uno y otro caso; a buscar el todo (la vida inmortal) o la nada (la absoluta inconsciencia). ¡La incertidumbre y el misterio nos salvan! ¡La verdad entera nos perdería! El que ve a Jehová cara a cara muere, dicen las Escrituras. El más fervoroso creyente mantiene su sombra de duda, si no se encierra en una Tebaida. Y el más incrédulo la mantiene también, si no se suicida. El “o todo o nada” de la tentación luciferina haría imposible la vida. Hay que renunciar al todo y a la nada. El instinto vital sabe que son una misma cosa <sup>5</sup>.

¡Portentoso poema el *Brand* de Ibsen! Lo estoy traduciendo del noruego. Brand es el héroe del “o todo o nada”, el que pide que la vida y la verdad se fundan en uno (“liv og tro skal smelte sammen”). Permítame la puerilidad de que me dé pisto con mi noruego), el místico en acción.

Y a todo esto se añade el pavoroso problema de la verdad. ¿Qué es la verdad?, preguntó Pilato a Cristo; y sin esperar respuesta le

<sup>5</sup> En el capítulo 6º de su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, publicado por primera vez en Madrid, en 1913, dió amplias sonoridades a estas ideas, rumiadas durante catorce años:

“Nada es seguro; todo está al aire.” Y exclama, henchido de pasión, Lammenais (*Essai sur l'indifférence en matière de religion*. III partie, chap. 67): ‘¡Y qué! ¿Iremos a hundirnos, perdida toda esperanza y a ojos ciegas, en las mudas honduras de un escepticismo universal? ¿Dudaremos si pensamos, si sentimos, si somos? No nos lo deja la naturaleza; obliganos a creer hasta cuando nuestra razón no está convencida. La certeza absoluta y la duda absoluta nos están igualmente vedadas. Flotamos en un medio vago entre dos extremos, como entre el ser y la nada, porque el escepticismo completo sería la extinción de la inteligencia y la muerte total del hombre. Pero no le es dado anonadarse; hay en él algo que resiste invenciblemente a la destrucción, yo no sé qué fe vital, indomable hasta para su voluntad misma. Quiéralo o no, es menester que crea, porque tiene que obrar, porque tiene que conservarse. Su razón, si no escuchase más que a ella, enseñándole a dudar de todo y de sí misma, le reduciría a un estado de inacción absoluta; perecería aun antes de haberse podido probar a sí mismo que existe.’

“No es, en rigor, que la razón nos lleve al escepticismo absoluto, ¡no! La razón no me lleva ni puede llevarme a dudar de que exista. Adonde la razón me lleva es al escepticismo vital; mejor aún, a la negación vital; no ya a dudar; sino a negar que mi conciencia sobreviva a mi muerte. El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo. Y de este choque, de este abrazo entre la desesperación y el escepticismo, nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo.

“La certeza absoluta, completa, de que la muerte es un completo y definitivo e irrevocable anonadamiento de la conciencia personal, una certeza de ello, como estamos ciertos de que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos; o la certeza absoluta, completa,

dió la espalda. La verdad ¿es lo mismo que la realidad? ¿Podemos hacer la verdad? ¿Es obra de voluntad, o don que la mente recibe? ¿Puedo hacer verdadero lo irreal? ¿La humanidad puede crear a Dios, sacándolo de sus entrañas? Esto sí que es abismático. Porque hay muchas cosas, como decía Hamlet, que no ve nuestra filosofía, y yo no sé si nos equivocamos nosotros los cuerdos al tomar por molinos de viento los gigantes, o se equivocaba el ingenioso hidalgo, el loco. ¿Es el mundo una proyección de nuestra mente o es ésta una concentración del mundo?

Todos estos problemas, confinantes al misterio, agito en mis días. Quisiera dejar en ellos mi alma, el impulso negador y nihilista de mi inteligencia ultra-lógica, post-kantiana, y el impulso afirmador de mi voluntad, que quiere forzar a mi mente a que crea. Es el combate entre el instinto vital, que pide todo, y el instinto cognoscitivo, que responde: "¡nada!" Es el mismo drama de mi drama.

de que nuestra conciencia personal se prolonga más allá de la muerte, en estas o las otras condiciones, haciendo sobre todo entrar en ello la extraña y adventicia añadidura del premio o del castigo eternos, ambas certezas nos harían igualmente imposible la vida. En un escondrijo, el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal, su memoria, en aquel escondrijo le queda una sombra, una vaga sombra, una sombra de sombra de incertidumbre. Y mientras él se dice: "¡Ea, a vivir esta vida pasajera, que no hay otra!", el silencio de aquel escondrijo le dice: "¡quién sabe!..." Cree acaso no oírlo, pero lo oye. Y en un repliegue también del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura hay una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espiritual: "¡quién sabe!..." Son estas voces acaso como el zumbir de un mosquito cuando el vendaval brama entre los árboles del bosque; no nos damos cuenta de ese zumbido y, sin embargo, junto con el fragor de la tormenta, nos llega al oído. ¿Cómo podríamos vivir, si no, sin esa incertidumbre?

"El "¿y si hay?" y el "¿y si no hay?" son las bases de nuestra vida íntima. Acaso haya racionalista que nunca haya vacilado en su convicción de la mortalidad del alma, y vitalista que no haya vacilado en su fe en la inmortalidad; pero eso sólo querrá decir a lo sumo que así como hay monstruos, hay también estúpidos afectivos o de sentimiento, por mucha inteligencia que tengan, y estúpidos intelectuales, por mucha que su virtud sea. Mas en lo normal no puedo creer a los que me aseguren que nunca, ni en un parpadeo el más fugaz, ni en las horas de mayor soledad y tribulación, se les ha aflorado a la conciencia ese rumor de la incertidumbre. No comprendo a los hombres que me dicen que nunca les atormentó la perspectiva del allende la muerte, ni el anonadamiento propio les inquieta. Y por mi parte no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero más bien que se peleen entre sí..."

EMPIEZA A ESCRIBIR EN "LA NACIÓN".  
RUBÉN DARÍO COLABORA A SU RENOMBRE

Me han pedido un artículo para *La Nación*, de Buenos Aires; y hace unos días recibí 150 pesetas como pago; triple de lo que *El Imparcial* me retribuye. Es una recompensa regular; si bien quisiera emanciparme de tener que hacer artículos de periódico para dedicarme tan sólo a mis obras de empeño. Envié un breve Ensayo acerca de la raza vasca, titulado *Mi raza*. Si consigo colaboración asidua de ese diario habré adelantado mucho <sup>6</sup>.

Rubén Darío y Grandmontagne me han hecho tal atmósfera en la Argentina que ahora es cuando se vende allí mi novela. Se agotó lo que había y han hecho nuevos pedidos. He visto en una revista de allí el anuncio de que iba a recibir nueva remesa de ella. Además *El Sol* y algunos diarios reproducen casi todo lo que publico aquí, y son varios los escritores que citan frases mías. Esto, como Ud. comprende, me anima a trabajar. Creo que difundíendome por América lograré mejor llegar a entrar en Europa que encerrándome en España. Se da el caso curioso de que sea la América española nuestro canal para entrar en Europa, debido al gran número de extranjeros que allí hay.

Se han publicado en un folleto mis artículos acerca de la enseñanza. No se lo envió a Ud. porque son los editados por *La Revista Nueva*. Pero si Ud. quiere haré que le remitan un ejemplar. Ahora voy a ver si publico un tomito de poesías.

No crea Ud. que haya dejado de pensar en la conveniencia de un viaje a América. A pesar de los inconvenientes (resultantes en su mayor parte de ser padre de cinco hijos), creo que ese viaje habría de reportarme ventajas. He de pensarlo y prepararlo.

Y a todo esto: *Ars longa, vita brevis!* Falta tiempo para todo lo que tenemos que hacer. Y aún nos dedicamos a *hacer tiempo*, para matarlo, para *matar el tiempo*, y a pasar las horas *muertas*. Eso del

<sup>6</sup> *Mi raza* fué publicado el 1º de enero de 1900 en "La Nación" de Buenos Aires.

tiempo me preocupa mucho. El tiempo es para mí el misterio de los misterios:

*De cómo todo pasa y nada queda.  
En el cristal de las fluyentes linfas  
se retratan los álamos del margen  
que en ellas tiemblan;  
y ni un momento a la temblona imagen  
la misma agua sustenta.*

De Barco nada sé. Dígaselo, haciendo esta carta para él lo mismo que para Ud. He estado con su hermano Ramón, que ahora se ha venido acá. Tampoco sé nada del Sr. Soto y Calvo. ¿Le vió Ud. al cabo? Una frase de Bernardo Rodríguez: "Todo americano, por mucho talento que tenga, es por dentro un imbécil" no me la recuerda el citado, que es hombre que me agrada mucho, y a quien creo nada americano en ese respecto. (Me la dijo, al separarnos de Icaza, el Secretario de la Legación de Méjico en Madrid).

ELABORA SU ENSAYO "¡ADENTRO!",  
EN EL QUE VUELCA TODA SU PASIÓN

Hace una temporada que no paseo con los amigos. A la mañana, a la clase. A la tarde, viene a buscarme, a eso de las 2, M. Larra-bure, un vasco-francés con quien tengo un asunto pendiente, y paseo con él de 2 a 4, hora en que me meto en casa para no volver a salir. Ni tresillo, ni casino. Jamás he trabajado tanto como ahora, ni con tanta intensidad, a mi juicio. Además de mi *Vida del romance castellano*, que avanza lentamente, trabajo en mis *Diálogos filosóficos*, obra que quiero sea de absoluta sinceridad. En ella entra casi todo lo que hice en *Ciencia social*, en tres dramas (uno de ellos *La Venda*), y en un ensayo, *¡Adentro!*, que creo sea lo más denso de cuanto haya hasta hoy escrito. Así que lo tenga más adelantado, en su segunda redacción, se lo enviaré a Barco y a Ud. Ha de parecerles algo arro-

gante. Es una denudación de alma, como el *Nicodemo*, si bien señalando otra etapa de mi vida interior. Porque voy saliendo de aquélla y sacudiéndome de todo el resto de catolicismo y religión ritual, a medida que ahondo en el cristianismo, *en la fe de Cristo*, más bien que *en la fe en Cristo*. Leo el *Jesús de Nazareth* de Réville, obra hermosa, concebida en la dirección de Renan, con más solidez aunque con menos poesía que éste. Esos pensadores cristianos independientes, salidos del protestantismo francés, me son muy simpáticos. Creo que habrá de satisfacerles mi *¡Adentro!*<sup>7</sup>

Sólo aquí, sólo en este hermoso retiro, ha podido ocurrírseme ese Ensayo, nuevo sermón, si bien mucho más laico. Hay que predicar ambición, porque la sobra de codicia unida a la falta de ambición es lo que nos trae a peor traer en España. Otro gallo nos cantara si pusiéramos en subir más alto la mitad del esfuerzo que en no caer ponemos. Yo al menos, cuando escribo, pongo mi mira muy alto. Pienso en el público universal y no en el español tan sólo. Y por eso busco hasta en el estilo lo íntimo, sus entrañas, lo *traductible* de él, y no nada más que lo que a oídos españoles halaga; como esos escritores de cotarro que aspiran a cabezas de ratón. Y me aíso, pues prefiero que se pierdan mis palabras en el cielo inmenso a no que se ganen resonando entre las cuatro paredes de un corral de vecindad, sobre la cháchara de las comadres.

Estas ideas constituyen parte de mi ensayo. Son la prédica de un individualismo sano. Y va en ellas la recomendación de tener las ideas dentro, como los huesos (veladas y cubiertas con la carne espiritual, sirviendo de palancas a los músculos del pensar), y no fuera (ahogándonos y aprisionándonos), como las tienen las almas cangrejos de los dogmáticos, abroquelados contra la realidad. Y no sigo porque voy a darle casi todo el ensayo. Sólo añadiré su final para que comprendan ustedes su título:

<sup>7</sup> Hállase este notable sermón laico en el segundo tomo de *Ensayos*. Colección Austral lo reeditó bajo el título: *El caballero de la triste figura*. Le acompañan, formando trilogía: *La ideocracia* y *La fe*.



PRIMERA REDACCIÓN DEL  
EPÍLOGO DE “¡ADENTRO!”

“Me dices que si hasta ahora ha sido tu divisa ¡adelante!, de hoy en más será ¡arriba! Deja eso de adelante y atrás, arriba y abajo a progresistas y retrógrados, ascendentes y descendentes, que se mueven en el espacio exterior tan sólo. Y busca el otro, tu espacio interior, el ideal, el de tu alma. Procura meter en ella el universo entero, que es la mejor manera de derramarte en él. Considera que no hay dentro de Dios más que tú y el mundo; y que si formas parte de éste, porque te mantiene, también forma él parte de ti, porque le conoces. En vez de decir, pues, ¡adelante! o ¡arriba!, di ¡adentro! Reconócete para irradiar, recógete en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso. ¡Adentro!” Tal es el final. En concentración de pensamiento, en selección de imágenes, en precisión y sobriedad de frases, creo que no he hecho nada como este ensayo. Su extensión, la del *Nicodemo*.

”¿Que así no vas a ninguna parte? A donde quiera que vayas a dar, serás tú todo, y no la parte que ellos te señalen. ¿Que no te entienden? Pues que te estudien o te dejen. No has de rebajar tu alma a sus entendederas. Si alguna vez les apaga la sed el agua que de ti mana, ¿por qué han de empeñarse en tragar también el manantial? Si la fórmula de tu individualidad es complicada no vayas a simplificarla para que entre en su álgebra. Más te vale ser cantidad irracional que guarismo de su cuenta.

”No te creas más ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible. En serlo a conciencia pon tu principal empeño.

”No te importe el número de los que te rodeen, que todo verdadero beneficio que hagas a un solo hombre, a todos se lo haces, se lo haces al Hombre. Las buenas obras jamás descansan. Pasan de unos espíritus a otros, reposando un momento en ellos para restau-



rarse y cobrar nuevas fuerzas. Saca de tus recuerdos esperanzas, si no quieres que se te conviertan pronto éstas en aquéllos. . .”

Dirán que el fondo respira petulancia y arrogancia, porque no oculto mis ambiciones y mis ensueños, y que la forma peca de sentenciosa y parabólica.

Para perfeccionarme en el dano-noruego, o norso-danés, pedí la obra de Brandes acerca de Ibsen. Me ha levantado el corazón. ¡Qué hombre! Desde 1850, en que se presentó en Cristianía su primera obra (el drama en un acto *Kjaempehjen*), ¡qué lucha!; y siempre sólo, retirado, terco. Creo que el vizcaíno lo es tanto como el noruego. Hasta eso de 1880 (¡30 años después!) no empezó a sonar en Europa, de donde volvió de rechazo a su patria, donde al fin han hecho justicia a su obra <sup>8</sup>.

¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adentro! Y, en tanto, resignación activa, “que no consiste en sufrir sin luchar sino en no acongojarse por lo irremediable. Sólo el porvenir es reino de libertad; pues, así que algo se vierte al tiempo, a su ceñidor queda sujeto. La libertad es ideal y nada más que ideal, y en serlo está su fuerza.”

“EL ESCRITOR ARGENTINO  
QUE MÁS ME GUSTA. . .”

Una noticia: Habiendo encargado a Rodríguez que adquiriese por mi cuenta tres ejemplares de mi *Paz en la guerra* he sabido que se ha agotado ya. Los últimos ejemplares que quedaban los pidieron de América. Pero yo no me he agotado. ¡Y me siento cambiar aún! ¡Y así como cambio quiero que cambie el ideal que de mí mismo me formo! No quiero encadenar mi fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, a los fugitivos reflejos de él. Mi vida es una continua auto-revelación. ¡Y no sigo!

<sup>8</sup> Téngase presente el fervoroso estudio que dedicó a Ibsen, en marzo de 1907. Va inserto en *Mi religión y otros ensayos*; titúlase: *Ibsen y Kierkegaard*. Toda la voluminosa obra unamuniana está salpicada de citas de ambos escritores.

¿Noticias de la ciudad? ¿Cómo, si estoy más aislado que nunca? Tendré el discurso de apertura del curso próximo, un discurso muy breve, para leerlo entero, muy condensado, y probablemente contra el dogmatismo y el sectarismo.

A Ramón le veo de tarde en tarde, porque no voy a la plaza. Me han dicho que ha llegado hoy Maldonado, de Madrid. No lo he visto. De salud como nunca, si no fuese el que se anuncia, y una molestia, no dolor, al corazón. Esta carta sirve también para Barco, a quien escribiré otro día. También tengo que hacerlo a Soto y Calvo. Su *Nastasio* tiene páginas muy hermosas, y en los *Cuentos de mi padre* los hay deliciosos. Es acaso el escritor argentino que más me gusta. Tiene más instinto que los otros y tendencia mucho más sana. Les supera.

¿Anda por ahí todavía Galdós? Espero carta de Éphrem Vincent, a quien remití mi novela y mi folleto, escribiéndole a la vez. Es quien en el *Mercur* se ocupa de lo de España. De Italia piden mis obras. Ibsen empezó en 1850. Y harto me he descubierto aquí ya. ¡Adentro! ¡adentro! ¡adentro! ¡Barrurá! Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 26 de enero de 1900

## CARTA VII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: ¡Cuánto tiempo hace que espero carta de Ud! ¡Son meses los días! En cada correo me digo: "Mañana será." Ya comprendo que todo el tiempo de que dispone será poco para el que necesita emplear en lo necesario. Pero el deseo de respirar un poco de la atmósfera que a Ud. le rodea, el interés por saber algo que a Ud. personalmente se refiera, el mismo sincero y desinteresado ca-

riño que le profeso me hacen ser egoísta y doy de mano a todas las consideraciones que le disculpan y a mis quejas me atengo.

Bien se me alcanza que todo esto podría Ud. devolverme, quejándose a su vez de mi silencio. Pero el caso no sería el mismo. Prescindiendo de que probablemente dispongo de mucho menos tiempo que Ud., y de lo trabajoso que resulta para mí el escribir una mala carta, hay una poderosa razón para que mi queja sea más fundada que la de Ud., y es que lo que yo le diga no pasará de ser una vulgaridad, que nada beneficiará ni influirá en sus ideas; mientras que lo que Ud. me escriba será todo lo contrario. No tome lo dicho como un cumplido embozado, sino como lo que es, un rasgo de sinceridad sincera.

#### SU NOMBRE EMPIEZA A IMPONERSE.

#### HA TRIUNFADO DE SUS CRÍTICOS

A su debido tiempo recibí los tres ejemplares de sus *Ensayos*. Desde luego, me sonaron a cosa conocida. Y cuando acabé de leerlos y otra vez los releí, fuí recordando trozos de cartas suyas, artículos, como *Pistis* y *Gnosis*, en los que había visto todo o parte de su precioso librito.

Ahora caigo en la cuenta de que no debía haber escrito el principio de esta carta, pues sus *Ensayos* bien valen una carta. Créame que le agradezco su atención con toda mi alma. Veo con gran satisfacción que su nombre se está haciendo sitio en España. Va Ud. por buen camino.

Areilza me mandó ayer un recorte de *El Imparcial* con una crítica de Clarín acerca de sus *Ensayos*. Al tal Clarín lo he tenido siempre por un buen escritor, buen crítico y hombre de mucha cultura, pero antipático, malo e injusto; de los que toman por oficio la crítica, no en la acepción de juzgar, sino en la de censurar, morder y ridiculizar. Ayer casi me reconcilié por completo con él, pues vi que había sido justo con Ud.

La verdad es que, prescindiendo del concepto que pueda mere-

cerme ese señor, no existe en España crítico alguno que ejerza más influencia que él en todos los países de lengua castellana. ¿Menéndez Pelayo? También; pero es otra cosa, y el gran público no le lee tanto como a Clarín.

Ello es que Ud. se ha empezado a imponer, y muy pronto acabará por imponerse por completo. Ya no son de temer aquellos silencios de los críticos sobre Ud., que tan crueles y mortificantes eran, más que por ser tales por ser injustos. Gentecilla ruin que daña más cuando calla que cuando insulta o vocifera. Todo eso ya pasó y bien pasado está. ¡Aurera! ¡El hielo está roto! Ahora ¡Adentro! para mejor espaciarse. ¡Vengan toda clase de atrevimientos o como quieran llamarles!

¡Vengan dramas teatrales o no (que ya esto importa menos)! ¡Vengan nuevos *Ensayos*, con aquellas hermosas y valientes ideas que en *Ciencia social* esparció!

¡Vengan versos, nuevos en su fondo y en su forma, sin ese requintín melódico de copla callejera, pero con la magnífica armonía orquestal de una *Cena de los Apóstoles*!

¡Ahora, ahora sí, que los que quieran leerle apliquen sus entendaderas, más bien que Ud. rebajar sus explicaderas al nivel de la turba! ¡Y, a escribir para España, para América, para Francia, para el mundo!

El *Mercure* de este mes, en su carta de España, habla de Ud., prometiendo ocuparse más adelante con mayor detenimiento. Dice: "El autor de la notable novela *Paz en la guerra*, etc." Sí, señor, notabilísima, tanto como *La Guerra* o *El sitio de Sebastopol*, de Tolstoi; y más, muchísimo más que *La Débâcle*.

Cuando cuente Ud. con medios, pruebe a hacerse traducir en francés, aunque no sea más que para regalar un par de miles de ejemplares a escritores y pensadores de Europa. No me refiero a *Paz en la guerra*, sino a cualquiera de sus producciones, la que considere más a propósito para su fin.

Me decía Areilza que en el viaje último para Chávarri, que hizo poco ha, fué desde Roma a Florencia con una baronesa rusa de ex-

traordinaria cultura y de ideas semejantes a las de Ud. Dicha señora demostró gran deseo de conocer a los actuales pensadores españoles. Y me pregunta Areilza si no hay algo suyo traducido al francés, para poder enviárselo, agregando que la amistad de la tal baronesa había de serle agradable y útil. ¿Qué contesto?

Su amistad con Areilza me parece que se ha enfriado bastante. Y si es así le habrá sobrado a Ud. razón para ello. Pero créame, porque le conozco mucho y le he estudiado bajo mil aspectos, en el fondo es bueno y la hiel de su lengua no pasa más adentro. Yo sé que le quiere a Ud. mucho y de verdad, aunque alguna vez lo dude él mismo. También hay que perdonar algo.

EL ESCRITOR ARGENTINO SOTO Y CALVO,  
SINCERO ADMIRADOR DE UNAMUNO

¿Qué sabe de Ruiz Contreras? Hemos cruzado entre ambos unas cuantas cartas, y un día, no hace mucho, me envió dos ejemplares de su *Semi-teatro*, diciéndome que me lo había dedicado, como en efecto lo vi, aun cuando yo creí que sólo se trataba de los dos números que me remitía. ¿Por qué poner un nombre absolutamente oscuro al frente del libro? ¿Qué habré dicho o hecho para engañar así a ese amigo? Ha creído sin duda que también yo soy un escritor o siquiera un personaje; y juro que, voluntariamente al menos, nada he hecho para inducirle a tal error. Hace días que nada sé de él; y tan escaso de tiempo ando, que no encuentro el suficiente para escribirle.

La tarde de uno de estos pasados domingos la pasé con el Sr. Soto y Calvo, a quien fuí a dar las gracias por un ejemplar de *Genio de la Raza* que me había enviado, y llevé al mismo tiempo su *Ensayo*. Ésta es la segunda vez que nos hemos visto, y no le extrañe no sea más a menudo, pues vivimos en barrios tan distantes que es casi necesaria una hora de coche para llegar desde mi casa a la suya.

He aquí el juicio que de él he sacado en las pocas horas de charla pasadas en su compañía. Casado, sin hijos, y con medios suficientes



para vivir sin sujeción a nada ni a nadie, y haciendo lo que más le place. ¡Ella pinta y él escribe! Viven solos en un lindo hotelito, retirado del mundo y sus pompas. No diré que también de sus vanidades porque nadie está libre de esta necesidad humana, que en cada uno sólo difiere en cantidad y calidad. Como pintor ella es más que una aficionada. Y él como escritor Ud. lo sabe. En su trato y conversación es muy culto, muy amable y muy bueno, amigo a quien ver o escribir de cuando en cuando. Tal vez para amigo de todos los días y momentos, demasiado americano y distanciado de nosotros en la manera de apreciar ciertas cuestiones. Es un sincero admirador suyo, dispuesto a hacer cuanto pueda en su obsequio y ayuda. Hemos quedado buenos amigos.

Tengo una obra, publicada en Madrid el año 1686, titulada *La Verdad en el potro y el Cid resucitado*. Su autor: Francisco Santos, natural de Madrid. ¿La conoce o ha oído hablar de ella? Encuentro algunas cosas interesantes, pero no he acabado de leerla. Agradecería me diera, si la tiene, alguna noticia.

Acabo de leer que "Dios está de moda"; de donde deduzco que no tardarán en salir luego unos pantalones con flecos o unas boinas con visera que lo sustituyan. Siempre me han apestado las modas, y tengo la satisfacción de que pronto las veo en ridículo. ¿Sabe Ud. cómo llaman en Buenos Aires a las flemas? ¡Esgarras! No todo allí es afrancesamiento.

JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, 1º de mayo de 1900

## CARTA VII DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: No le extrañe que no le escriba con más frecuencia, pues cada día son mayores mis ocupaciones y preocupaciones. Respecto a estas últimas las prácticas van expulsando a las teóricas.



Envié a Barco tres ejemplares de mi discurso de apertura, uno de ellos dedicado a Ud. Si no lo ha recibido, avísemelo en una tarjeta y le enviaré otro. El tal discurso ha alcanzado cierta resonancia no por su valor intrínseco —es de lo más flojo que he hecho— sino por la ocasión y el sitio. Les sorprende a muchos que me decidiera a predicar tales cosas en una solemne apertura de un curso oficial ante un claustro y revestido de toga, muceta y borla.

SE AGITA EL RECTORADO DE  
LA UNIVERSIDAD. SU CANDIDATURA CAE COMO BOMBA

¡Y ahora viene lo gordo! Hoy se firmará en Madrid la jubilación de todos los catedráticos que pasan de 70 años. Entre ellos está el Rector de esta Universidad, quedando el rectorado vacante. Escribíéronme de Madrid si lo aceptaría. Contesté, después de pensada la cosa, que sí; y el Ministro ha ofrecido nombrarme. Aun así y todo no cuento todavía con ello. La cosa se ha sabido aquí, habiendo caído como una bomba. Figúrese Ud. eso de nombrar un gobierno conservador a un socialista, heterodoxo, propagador de ideas disolventes, que no pasa de 36 años, que no es de la ciudad, que sólo lleva nueve años en el profesorado; y nombrarlo después de haber leído un discurso como el que leí.

Muévense los que se habían constituido en candidatos, porque en mí jamás se pensó. La cosa tiene más de dura que de madura; pero ¡qué caramba!, una vez metido en ella me gustaría salir bien. Y sobre todo lo quisiera para impedir que lo fuese el señor Peña, cuyo nombramiento me parecería escandaloso. Es cuñado de leche de la Infanta, que le ha hecho catedrático y decano. ¡La mayor calamidad que podría caer encima! Con este lío llevo ya tres o cuatro días en tensión de ánimo, durmiendo mal e impaciente. Ya sé que no debía ser así, pero no puedo evitarlo.



LÁMINA 16

LÁMINA 17



Lám. 16.—Iglesia de Santa María (Guernica).

Lám. 17. Teatro Arriaga (Bilbao).  
(Bay-Sala).

EN TELAR LA NOVELA TRAGI-  
GROTESCA "AMOR Y PEDAGOGÍA"

Respecto a trabajos literarios, la colaboración a *La Nación* me da quehacer. Como es de donde mejor me pagan, donde puedo escribir con más extensión y libertad, y desde donde me conquisto público en América, pongo en ella mucho cuidado. Habrá publicado ya lo último que les remití, *Arte y cosmopolitismo*, y me ocupo en lo que me han pedido para el número del 1º de Enero, un artículo acerca del movimiento social en el siglo XIX. Aparte de esa colaboración, la de *El Imparcial* y la de *La Ilustración Española y Americana*, he dado de mano a casi todos mis demás trabajos, dejándolos reposar, para entregarme a una novela de asunto pedagógico titulada *Todo un hombre*.

Voy a ensayar el género humorístico. Es una novela entre trágica y grotesca, en que casi todos los personajes son caricaturescos. Uno suelta aforismos absurdos. Trátase de un hombre que se casa *deductivamente* para poder tener un hijo y educarlo para genio, por amor a la pedagogía. Pone en práctica su sistema. Ensombrece la vida del hijo y acaba éste por pegarse un tiro. Espero que tenga más contenido que mi *Paz en la guerra*, no más extensión. Me esfuerzo por decirlo todo con sordina y que salga todo subrayado.

La concepción fundamental es que el mundo es un teatro, y que en él cada cual no piensa más que en la galería; que mientras cree obrar por su cuenta es que recita el papel que en la eternidad le enseñaron. (Tal es la interpretación que un grotesco filósofo que allí aparece da a la doctrina platónica de la reminiscencia.) Cuando el joven héroe va a pegarse el tiro, sólo piensa en lo que dirán, y estudia largamente las cortas líneas que dejará escritas.

En esta novela me salgo bastante de mis procedimientos usuales, volviendo a lo primero que hice, a la zumba con propósitos trascendentales. Quiero hacer una rechifla amarga y fundir, no yuxtaponer meramente, lo trágico, lo grotesco y lo sentimental. No sé cómo me saldrá. "El universo se ha hecho para ser explicado", tal es el afo-

rismo fundamental de mi filósofo, quien también dice que “si no hubiera hombres habría que inventarlos”. Una y otra son las fórmulas agudas del intelectualismo y el antropomorfismo<sup>9</sup>.

“PARÉCEME LA RELIGIÓN MÁS  
INMORTAL QUE LA CIENCIA...”

La lectura del estudio *De Kant a Nietzsche* (en el *Mercure*) ha acrecentado mi horror al intelectualismo. A la vez, lo otro me parece inconsistente hoy. ¿Para qué sirve el Universo? “Para catalogarlo mediante la ciencia”(¡!).

No puedo opinar con usted respecto a la religión. Parécese ésta más inmortal aún que la ciencia, y hasta tal punto es así, que para muchos va convirtiéndose la ciencia en religión, con todo lo bueno y lo malo de ésta. Me gustaría que habláramos de largo acerca de religión, porque sospecho que llamamos así a cosas muy diversas. A mi juicio nada más miserable que no ocuparse de la ultra-vida. El que vuelva a preocupar el problema religioso no es más que una fase del ritmo del progreso espiritual, en que la escueta inteligencia y la voluntad de vivir y sobrevivir entran sucesivamente en juego. Es pre-

<sup>9</sup> *Amor y Pedagogía*, novela tragicómica, es una feroz rechifla contra la pedagogía, sociología y las morondangas todas con las que el rusioniano siglo XIX creyó alcanzar el famoso progreso indefinido y la no menos famosa indefinida prosperidad. Don Avito Carrascal, el protagonista, se propone hacer de su hijo Apolodoro un auténtico genio. Para ello le aplica todas las reglas de su saber pedagógico y antropológico. Le hace andar por mecánica, digerir por química, y cortarse la camisa por geometría proyectiva. El pobre Apolodoro, quien cuando mayor acaba por pegarse un tiro, es el conejillo de las experiencias científico-pedagógicas de su padre. Cuando éste se halla perplejo y no sabe qué hacerse en los pasos difíciles de la educación pedagógica de su hijo, engendrado por vía inductiva y deductiva a la vez, acude a tomar consejo del filósofo y científico Don Fulgencio Entrambosmares. Es éste una ingeniosa caricatura del sabihondo del siglo del progreso, del positivismo y de las glándulas de Voronoff. Es el prototipo de aquellos quienes, a fines del XIX, tenían la cabeza hecha un guirigay con las tonterías del transformismo, del cientificismo y de las incompatibilidades entre la ciencia y la fe, para no hacer mención de otras mojigangas tomadas en serio en aquel siglo de Le Dantec el ateo, y de Berthelot el infatuado.

Con estos párrafos presenta Unamuno al inclito Don Fulgencio Entrambosmares: “Es

ciso para la vida espiritual del linaje humano que resurjan esas preocupaciones.

El triunfo definitivo del elemento científico es imposible, pero si no fuera sería una gran desgracia; acabaría la humanidad por tedio. Igualmente imposible es el triunfo definitivo del elemento religioso. El industrialismo y la preocupación exclusiva de esta vida sería tan fatal como el ascetismo. ¡El prototipo del sabio es algo tan inhumano como el monje! El hombre que no se entrega al juego de las contradicciones se osifica.

No, amigo Ilundain, no, no me preocupa más de lo conveniente lo religioso, sino mucho menos de lo conveniente. El rehuirlo lleva al diletantismo intelectualista, de que conozco un acabado ejemplar, ejemplar que con un poco de disfraz meto en mi novela *Todo un hombre*. Es Verdes Montenegro, el médico, cuya muletilla es: "à quoi bon?" Especie de Petronio de Sienkiewicz. Yo fuerzo sus doctrinas a la paradoja, y a paradojas a veces ridículas (no olvide que quiero hacer una obra humorística).

Hace meses leí, en italiano, el *Quo Vadis?* Es un libro esceno-gráfico, de valor y viveza y todo lo movido y ameno que se necesita para éxito explosivo. Si fuera más profundo no tendría tanto éxito; si más pedantesco, tampoco. Debe su difusión además a la gente de iglesia. Es una segunda edición, mejorada, de *Fabiola*. Todo es claro, todo neto, todo a la superficie, todo de teatro, todo línea y color

Don Fulgencio Entrambosmares, hombre entrado de años y de ilusiones salido, de mirar vago que parece perderse en lo infinito, a causa de su cortedad de vista sobre todo, de reposado ademán y de palabra en que subraya tanto todo, que dicen sus admiradores que habla en bastardilla. Jamás presenta a su mujer por avergonzarse de estar casado y sobre todo de tener que estarlo con mujer. El traje lo lleva de retazos hábilmente cosidos, intercambiables, diciendo: "Esto es un traje orgánico; siempre conserva las caderas y rodilleras, signo de mi personalidad, *mis* caderas, *mis* rodilleras."

"Tiene en su despacho, junto a un piano, un esqueleto de hombre con chistera, corbata, frac, sortija en los huesos de los dedos y un paraguas en una mano y sobre él esta inscripción: *Homo insipiens*. Y al lado desnudo esqueleto de gorila con esta otra: *Simia sapiens*, y encima de una y de otra un tercera inscripción que dice: *Quantum mutatus ab illo!* Y por todas partes carteles con aforismos de este jaez: "La verdad es un lujo, cuesta cara." "Si no hubiera hombres habría que inventarlos." "Pensar la vida es vivir el pensamiento." "El fin del hombre es la ciencia..."



más que substancia. Como factura, bien hecho. Merece el éxito que ha alcanzado, aunque dentro de una docena de años apenas le queden lectores. También obtuvo gran éxito Julio Verne y aquí Pérez Escrich.

¡Que Dios le dé a Ud. salud (traduzca como quiera esta fórmula) para sacar adelante a sus tres hijos, y que al último le pueda criar bien su madre! Yo tengo cinco y voy a los seis. Les debo, entre otras muchas cosas, el que me arrancan en gran parte de preocupaciones de orden trascendente para traerme a la prosa de la vida, como Ud. dice. El tener que chapotear en esta prosa es lo que me ha sugerido la idea de traducir a lo grotesco lo trascendente, porque es el papel que hace al bajar a la vida diaria. “Si los dioses tuviesen que vivir con los hombres resultarían los seres más grotescos. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, paso hacia arriba, el que da lo sublime al sublimarse más aún.” Tal es la idea que de lo cómico tiene mi filósofo, el autor del *Ars magna combinatoria*; ensayo de filosofía rítmica super-hominal. Sabe cuán de veras le quiere su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 19 de octubre de 1900

*Un mes después, nombrado ya Rector de la Universidad, saludaba a su amigo en París con estas líneas:*

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, VATICANA LA INVASIÓN DE ESPAÑA POR “BÁRBAROS” VENIDOS DE DENTRO

Muy querido amigo: De buena gana le endilgaría a Ud. no una carta, sino todo un folleto si no fuera porque esto del rectorado me ha traído, hasta que entre en carriles, un pesado aumento de correspondencia. Acabo de llegar de Madrid, donde he pasado once días,

aprovechando en parte el tiempo, pero en mayor parte aún perdiéndolo lastimosamente.

Del rectorado no sé qué decirle. Quiero hacer algo desde él, y como el querer es mucho, algo creo que haré. Sobre todo en la Junta de Colegios, de que le enterará Barco. Lo único que siento es que me roba horas de mis trabajos. Sorprendiome cuando más enfrascado me hallaba en una novela pedagógico-humorística, fusión de grotesco, trágico y sentimental, de que le hablaré. Es ahora lo que me preocupa más. Balart me entregó el cuadernillo en que está mi drama para que haciéndole "someros" retoques se lo devuelva y lo lleve a escena. Tengo curiosidad por ver cómo cae.

¡España no morirá! No muere así como así toda una nación, ni se encuentra tan mal como por ahí y por aquí se dice. Hay "bárbaros" que mediante una invasión pueden salvarla, y esos "bárbaros" están dentro, vendrán de dentro, surgirán de las profundidades. No se sabe de lo que es capaz el pueblo bajo castellano, rudo, tosco y nada espiritual. Lo único que necesita es la invasión del dinero, que de la periferia puede venir.

Y espero aquí mucho del movimiento puramente económico. Dígase lo que se quiera, hay gente que empieza a preocuparse de cosas de que antes nadie hacía caso. Anhele una temporada de reposo para poder ponerme a la obra y proseguir la de predicación, a mi manera. Apostolado es lo que aquí hace falta.

Del Congreso hispanoamericano ¿qué he de decirle? Nada de orden, mucha logorrea, mucha retórica, y algún resultado, aunque poco y pequeño. Más vale poco que nada.

¿Yo? Proyectando y ahogando a las veces las labores en telar bajo los proyectos. Para un cuadro que termino bosquejo veinte. Veré si encuentro calma para echar fuera mucho de lo que archivado conservo dentro. Hasta otra.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 21 de noviembre de 1900

## CARTA VIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Tarde, y casi al mismo tiempo, he conocido su discurso de Bilbao y su vuelta a Salamanca. ¡Tienen tan poco eco aquí los gritos de España, y llegan, cuando llegan, tan lentamente!

Al enterarme del efecto que sus palabras produjeron, sentí no haberlas conocido antes. En medio de aquellas protestas de poseídos hubiera querido haberle procurado un poco de ese consuelo de amigo, que aun los fuertes deben echar de menos cuando todo alrededor se torna hostil. Contra la injusta gritería rebañesca de esa turba que gritaba y protestaba porque la regresión no es posible, creo que algo me hubiera dictado mi amistad.

¡NO VAYA A MEDIAS,  
VAYA A ENTERAS!

Pasado ya ese momento de fiebre puedo hablar en otro tono. Su discurso, que bien sacadas las cuentas más le ha favorecido que perjudicado, tiene tanto de antivascongado como el famoso *Electra* de notable y anticlerical<sup>1</sup>. Ciertos católicos necios dieron al drama ese

<sup>1</sup> A principios de 1901 se estrenó en Madrid este resonante drama de Pérez Galdós. El público español vió en *Electra* un fuerte ataque al clericalismo y a la religiosidad de los españoles. No pocos obispos, gran parte del clero y algunos católicos representativos reaccionaron violentamente, condenando al drama y a su autor. Puestos a buscar segundas intenciones, y a leer interlineados, que acaso jamás soñó Galdós, otros más perspicaces encontraron en *Electra* un ataque a la misma España, en la que comenzaban a aparecer los europeizantes, fogueados por los escritores de la generación del 98. Unamuno —como lo escribió, el 5 de enero de 1920, en *El Liberal*— jamás sintió ni admiración ni siquiera mediano entusiasmo por la obra de Pérez Galdós. “Los personajes de Galdós, como sus modelos reales, son muy pobres de doctrina; viven al día; y la de él, la de Galdós, se reduce al progresismo generoso y romántico, pero cándido de sobra... Apenas hay en la obra novelesca y dramática de Galdós una robusta y poderosa personalidad individual, uno de esos héroes que luchan contra el trágico destino y se crean un mundo

doble carácter, que en sí no tenía. Y las bajas y malas pasiones de algunos paisanos nuestros, que por sí y ante sí se han erigido en definidores del dogma vasco, concediendo y quitando patentes de raza, han dado a sus palabras un sentido que convenía a sus fines. Conozco la mayor parte de lo que éstos han dicho de usted y no me ha sorprendido poco ni mucho, porque de antiguo sé el espíritu ruin y estrecho que les anima.

También yo tengo algún reparo que poner a su discurso<sup>2</sup>. ¡No faltaba más, eh! Pues sí, ha adulado usted a ese pueblo, al que directa o indirectamente dijo que había sido grande, casi universal, y que estaba en potencia propincua para volver a serlo. Puesto a decir verdades duras, sin mirar el riesgo, o completas o nada; a no ser que crea realmente que eso es una verdad; lo que podría significar que a veces habla en usted más alto la sangre que el cerebro.

¿Qué pueblo, grande o chico, antiguo o moderno, de Europa o de Asia, no ha tenido por lo menos tantos grandes hombres, hechos notables de toda especie, virtudes especiales, caracteres, usos y costumbres

para sí mismos, un Hamlet, un Segismundo, un Don Quijote, un Fausto, un Brand, un Juan José. Galdós no los encontró en el mundo en que el destino le hizo vivir."

Efectivamente, al novelista español le caracterizó un escepticismo descolorido. Más que anticristiano por convicciones filosóficas lo fué por postura política y por conveniencia propia. Si su creación literaria adolece de falta de caracteres robustos es porque empezó él mismo por poseer un carácter connivente, calculador y vacío de convicciones personales.

En el homenaje necrológico celebrado en el Ateneo de Salamanca, en marzo de 1920, dos meses después de su muerte, Unamuno expresó: "Las obras de Galdós carecen de elemento cívico; recogió en ellas mucha tristeza y poca realidad. De tantas cosas como trata en sus obras no dedica ni el más remoto recuerdo a su país, a la Gran Canaria. En Galdós no hay problemas obreros, nada de cuestión social, nada del problema agrario; sólo habla de la cuestión religiosa y de la maldita clase media, que ni es clase ni es media. También abundan los personajes maniáticos. El teatro galdosiano no ha sido más que un campo de experimentación para la propaganda política, mejor aún que la novela. *Electra*, por ejemplo, llegó a ser el mejor anuncio político del año en que se estrenó. Hay quien ha querido comparar a Galdós con Tolstoi. La comparación está bien, con la única diferencia de que el primero estaba con Sagasta y el segundo con Dios. Laborioso sí fué, y éste es el mejor ejemplo que deja para la juventud. Trabajó mucho, como un jornalero; pero no por ideas, sino por cuestiones económicas. La lectura de las obras de Galdós es monótona, como el espectáculo de un río tranquilo que sólo refleja en su corriente la silueta de los árboles de la orilla. No encierran nada: no se reveló nunca."

<sup>2</sup> Consúltese la nota 3, de pág. 330.

propias de que alabarse? Los pueblos, como las religiones, no se creen inferiores ni peores que los otros pueblos, y generalmente no lo son. La gran característica de nuestra raza vasca ha sido, a mi ver, su misonéismo, demostrado, entre otras cosas, por la conservación hasta nuestros días de una lengua primitiva e insuficiente que justamente va desapareciendo al compás de aquél.

Hoy ¿qué vicios y defectos no son comunes a españoles y vascos? ¿Que no hay tantos de los segundos que embozados en su manta se tienden a la bartola a tomar el sol? Algo habría que hablar de eso, pero démoslo de barato, y de aquí no podrá deducirse otra cosa sino que no hay en Vasconia la costumbre de dormir al sol. Y se comprende, pues, siendo el país tan húmedo como es, resultaría poco cómodo y nada saludable echarse en la tierra mojada, por buena que fuera la manta.

En fin, que en el pecado ha llevado usted la penitencia; pues las adulaciones no se las han agradecido y las verdades no se las han perdonado; como usted, sin duda, me perdonará esta pequeña *boutade*. ¿Cómo iba yo a desear que usted dijera todas esas cosas en aquel sitio y ocasión? A no ser que tuviera vocación de redentor, en cuyo caso diga, diga verdades, cuanto más crudas y amargas mejor, que bien las necesita esa España, que no demuestra vitalidad sino para todo lo negativo. Un día lo crucificarán. Pero, tal vez a la larga, recogerán los crucificadores los beneficios que sembró. Habrá creado el bien aunque no para usted. *Sic vos non vobis...*!

#### CANTARLE A LA GENTE LAS CUARENTA NO LE DARÁ GLORIA

Pero si carece de esa vocación, deje las verdades secas a un lado, o a lo más cuéntelas a los amigos y no a todos. "Me refiero a las verdades que pueden herir directamente a pueblos, corporaciones o individuos." Diga pocas y bien embozadas en libros y periódicos, pero en conversaciones o discursos huya de ellas como de la peste.

¿Que esto es pura mundología sanchopancesca y barata? En todo caso me lo dicta mi amistad, que le desea el mayor número de felicidades mezcladas con el menor número posible de disgustos. Y, después de todo, ¿quién sabe? Aun mirada la cosa desde un punto de vista tan alto como se quiera, ¿quiénes son los hombres que se han hecho universales cruzando despiadada y directamente la cara de la humanidad con el látigo de la verdad escueta?

Cuente, por el contrario, y no acabará, el número de hombres que han llenado el universo con su nombre por haber tenido cuidado de no decir jamás una verdad clara, sino bien veladas y de tal manera que, prestándose a interpretaciones diversas y aun contrarias, dejan mucho margen a la mentira, y con su elasticidad no hieren en realidad el amor propio de nadie.

Si mal no recuerdo, en alguna otra carta mía le dije, hace ya mucho tiempo, una cosa análoga, con lo cual le pruebo que no son los resultados de su discurso los que me hacen pensar así.

¿Vale tanto la humanidad para que uno se sacrifique por ella? Y ¿acaso España y Vasconia son la humanidad? Nada de eso, sino una tan ínfima parte que su desaparición significaría a lo más lo que la extirpación de un callo. ¿Que se hunde España como tal? ¿Y qué? Lo sentiré yo y usted y nuestros hijos tal vez. Pero ¿y nuestros nietos lo sentirán? Por lo menos es dudoso. Si Castilla es ancha, la tierra es un poquito más, y la tierra será de todos, con o sin latigazos a los rezagados.

Creo que para sermón de cajero parisién lo que acabo de decirle es bastante y aun demasiado. Usted pretende modificar a los hombres y yo a un filósofo y maestro. ¿Quién se equivoca más? ¡Pardon! Sabe que por encima de todo le quiere de veras su sincero amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, septiembre de 1901.



## CARTA VIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Don Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: Se conoce que las cosas resultan abultadas desde lejos o que tiene usted una falsa idea de nuestro país y de España en general. En Bilbao me fué muy bien y no tuve el menor disgusto ni he necesitado de consuelo alguno. El discurso no me ha perjudicado absolutamente nada, y en cambio me ha favorecido mucho<sup>3</sup>. No he leído las protestas —ninguna de ellas— ni pienso leerlas. ¿Para qué?

<sup>3</sup> Es conocido el episodio. (Cfr. cap. I, pág. 62). El mismo Unamuno, en diferentes escritos, narró con pelos y señales lo acaecido en esa ocasión. Véase, por ejemplo, en *Ramplonería*, en el 6º tomo de sus *Ensayos*, y en *La crisis actual del patriotismo español*, en ese mismo tomo.

En el verano de 1901 fué invitado por las autoridades de Bilbao, su ciudad de origen, a pronunciar un solemne discurso, con ocasión de unos juegos florales. La nombradía de Don Miguel, Rector ya entonces de la Universidad salmantina, crecía en España, en Europa entera y particularmente en América Latina, sostenida y aumentada por una incesante prédica en los principales periódicos. Eran años aquellos para Bilbao y Vasconia entera de intenso fervor separatista, al que echaba pábulo el esplendor económico cada día mayor de la ciudad minera y pesquera del Cantábrico.

Es sabido lo que ocurrió en el famoso discurso. Habían acariciado la ilusión los bilbaínos de que Don Miguel, llevado de su genio indómito y no medido en la audacia, arrojaría el grito de libertad. ¡Nada de eso! Dió zurriagazos a diestro y siniestro, empuñándola, primero, contra el idioma vascuence; luego, contra los empeños separatistas, la altanería montañesa, el catolicismo vasco, que pretendían algunos paisanos suyos imponerlo a sangre y fuego; y en suma arremetió contra todos los flancos del bizcaitarrismo. ¡Ni la sangre logró hacerle hombre de partidos! “Un partido es una necesidad”, había escrito de una vez por todas en *Paz en la guerra*.

Como era previsible, su “sermón” disgustó profundamente a los separatistas y a sus caporales. Al siguiente día la prensa de toda España lo comentaba en primera plana elogiando o vituperando al orador a tenor de las filias y fobias. Y, como acaece en estos casos, el hecho fué magnificado. Las voces llegadas a París convirtieron el teatro Arriaga de Bilbao, en el que Don Miguel se despachó a su gusto, poco menos que en un campo de Agramante. Respondiendo a Ilundain, Unamuno trata de poner las cosas en su punto, manifestando que en nada le habían perjudicado las protestas y pataleos de sus paisanos.

Fué ésta una de las tantas excentricidades que jalaron la vida de Don Miguel. Le gustaba —como he notado ya— salir de tono y escandalizar al fariseo. Le gustaba no sólo vestir sino, lo que importa más, pensar y sentir con singularidad. Siendo como era hombre

Tampoco creo haber adulado a mi pueblo, sino cumplido con un deber, el de mostrarle lo mejor que tiene, para que lo aproveche. Creo en el porvenir de nuestra raza, como creo en el porvenir de España (más que en el de Francia), y sobre todo se debe infundir esperanza y no desaliento. En fuerza de repetirle a un pueblo que llegará a ser grande se le hace tal. Ni creo en el misonéismo del vasco, porque no llamo misonéismo a la tardanza en aceptar las cosas. Los pueblos o los individuos que aceptan pronto y fácilmente lo nuevo es que no aceptan su sustancia sino su accidente; todo proceso seguro es lento.

afable, conversador incansable y espíritu solidario con el dolor ajeno, poseía, y muy afinado, el sentido de la amistad, de la cordialidad y de la convivencia social. Desentonaba, pues, no por necesidad sino con premeditación. Era perfectamente consciente de sus excentricidades y del tinte de histrionismo que a ciencia y conciencia daba a su comportamiento público. Y téngase presente que era la encarnación misma del buen sentido, del tino y de la cordura en su vida de padre de familia, de maestro y de amigo, es decir, en su comportamiento privado.

Ante ello se pregunta uno: ¿qué oscuro impulso subconsciente podía inspirarle un odio tan implacable al sentido común social, de suerte que se gozara en conculcarlo? Acaso no ande errado quien los trancazos sociales de Don Miguel los atribuya a una necesidad incoercible de su espíritu de mostrar al mundo el metafísico descontento interior. Brotaban sus displicencias no de atrabilis sino de insatisfacción trascendente. Erán réplicas exteriores de la atonía interior.

Llevaba de día y de noche, en la soledad oscura y en la oscuridad soledosa de su alma, a flor de piel, pero de la piel de su espíritu, un miedo patológico a dejar un día de ser y un ansia loca de serlo todo, de "adentrarse la totalidad del universo". Ser, ser todas las cosas y serlo para siempre, pero sin dejar de ser el que era. Muy joven aún había trazado esta espectrografía de su alma: "Me ha atormentado siempre el terrible misterio del tiempo. ¿Qué soy yo cada día más que el día anterior? ¡Tener que pasar del ayer al mañana sin poder vivir a la vez en toda la serie del tiempo! Estas reflexiones traíanme en la oscuridad solitaria de la noche la emoción de la muerte, emoción viva que me hacía temblar de terror al momento en que me cogiera el sueño, estremecido ante el pensamiento de que un día *había* de dormirme para no despertar jamás. Sentía un terror loco a la nada, a hallarme solo en el tiempo vacío, terror loco que, sacudiéndome el corazón en palpitaciones, me hacía soñar que falto de aire y ahogado caía continuamente y sin descanso en el vacío eterno, con terrible caída. Aterrábame menos que la nada el infierno, el cual se me representaba como algo muerto y frío, pero representación de vida al fin y al cabo" (*Paz en la guerra*).

Y a Arzadun escribía, a 30 de octubre de 1897: "¡Tengo tantas cosas que decirte! ¡He pasado por tantas angustias íntimas! Me han revuelto hasta lo hondo los eternos problemas, el de la propia salvación eterna sobre todo. Me he sentido al borde de la Nada inacabable, y he acabado por sentir que hay más medios de relacionarse con la

## LIBERTAD DE PENSAMIENTO EN ESPAÑA

Veo por su carta que, acaso por vivir en ese ambiente, abriga respecto a España ideas equivocadísimas. España dejará de ser católica, que es lo que más importa, antes que Francia. Afortunadamente no prende aquí la lepra volteriana, gran preservadora del catolicismo. Los pueblos más ardientemente católicos, en el siglo XVI, fueron los que antes siguieron a Lutero. Este pueblo será dogmático y fanático, pero es austero, serio, y sin ese condenado *esprit* ni esa infecunda *joie de vivre*<sup>4</sup>.

realidad que la razón, que hay gracia y que hay fe, fe que al cabo se logra queriendo de veras creer. ¿Si yo en realidad creo o es que tan sólo quiero creer? No lo sé. Ando desorientado, pero con mayor paz interior.”

En sus constantes destemplanzas sociales y en sus no menos constantes gestos histriónicos, con los que le agradaba escandalizar al burgués, aprovechando para ello los entarimados de los teatros y las tribunas universitarias, trataba de dar expresión a su descontento íntimo por el fracaso de no poder vivir un ideal, ambicionado e imposible, de vida auténtica. Lo he dicho ya en otra ocasión: el auténtico vivir existencialista, es decir, humanista, lleva ineludiblemente al agonismo, a la desesperación unamuniana, cuando no al satanismo nietzscheniano. Si Unamuno hubiera logrado convertir la fe del carbonero (o para decirlo más atildadamente, del panadero vasco, que tal fué el oficio de su progenitor en Bilbao) en consciente fe teológica, habría comprendido que sólo a la luz de la vida sobrenatural puede vivir el cristiano, con plenitud y autenticidad, la vida natural. Si la Teología de la Gracia hubiera bañado de luz su alma, habría aprendido a gozar del misterio cristiano y a enorgullecerse de los enigmas de Dios, del hombre y del cosmos, de los que es eterno tributario nuestro entendimiento. La vida natural sólo se la vive con plenitud desde la vida sobrenatural; y ésta para alimentarse necesita irremediamente morder en el misterio. He tratado este tema con amplitud en el capítulo IV, *La existencia auténtica*. (Véase particularmente la nota 2 de pág. 165).

Desgraciadamente buscó en los teólogos protestantes, como lo patentiza este mismo epistolario, orientaciones teológicas para encauzar la torrentada de sus insatisfacciones y reconcomios interiores. Pero Harnack, Herrmann, Ristchl, Weizsäcker, Tyrrell, Holtzmann, Schleiermacher, Renan, Sabatier, Réville, lograron tan sólo llenarle de resentimientos contra el catolicismo, sin filtrar ni una sola raza de luz en su noche interior. Por eso, luego de haber pedido respuesta, durante un cuarto de siglo, a sus enigmas en toda la heterodoxia europea, la abandonó decepcionado.

<sup>4</sup> En el admirable ensayo *El Cristo español* (en *Mi religión y otros ensayos*) escribió esta caracterización del pueblo hispano:

“—Pero ustedes no tienen verdadero amor a la vida, aunque tengan apego a ella”;

Respecto a mí mismo me propongo seguir diciendo verdades secas, que es el mejor modo de adquirir prestigio en este país y de poder servirle. En el fondo hay aquí mucha más tolerancia que en otras partes en que se blasona de ella. ¡La verdad, la verdad siempre y en

me dijo una vez, como quien hace un descubrimiento, un francés. Y le respondí:

"—¡Acaso! —Y volvió a exclamar:

"—¡Pero esto es un verdadero culto a la muerte! —Y le repliqué:

"—¡No!, a la muerte ¡no!, ¡a la inmortalidad! El temor de si morimos morirnos del todo nos hace apegarnos a la vida; y la esperanza de vivir otra vida nos hace aborrecer ésta.

"La *joie de vivre*. Algunos han traducido esto: La alegría de vivir. Pero no es más que una traducción. Eso de la alegría de vivir es, digan lo que quieran, un galicismo. Ésa no es una expresión castiza. No recuerdo haberla leído en ninguno de nuestros clásicos. Porque el delito mayor del hombre es haber nacido. ¡Ya lo creo!

"Y esa misma ferocidad literaria con que los hombres de letras se desuellan y descuartizan unos a otros, a mordiscos y arañazos, tiene su acre voluptuosidad para el que es testigo de ella. Y en esa lucha es donde se templan nuestros ingenios. Muchas de las más jugosas producciones de éstos salieron de un cotarro de difamación. Y llevan, es natural, el acre sabor de su origen. Huelen a odio. Y el público, como olfatea odio, se revuelve conmovido y aplaude. Sangre del cuerpo o sangre del alma, ¿qué más da? ¿Es esto culto, es civilizado, es europeo? No lo sé. Pero es nuestro. ¿Y no será acaso verdad aquello de: genio y figura hasta la sepultura?"

El catolicismo español frente al francés es indiscutiblemente más austero; lo que ni afirma ni niega que sea más auténtico. Es éste otro cantar. Lo que se puede asegurar es que el catolicismo español resulta muy apto para salvar el alma, al menos el alma de los españoles, como me parece haberlo dicho ya en otra ocasión. Lo que tampoco quiere decir que el espiritualismo francés no sea el mejor para que los franceses escapen al infierno. ¡A cada uno lo suyo!

A volver austero el catolicismo español han contribuido muchos factores. Es tontez atribuir a la pobreza, ahora casi miseria, de la península la bronquedad y adustez de las costumbres y la tonalidad de la fe española, como también es estupidez decir que el catolicismo francés adolece de blanducherías y *manotendidos*, con perdón de la palabra, porque es platudo y vive en la abundancia. Las órdenes religiosas, desparramadas en toda la haz de la tierra, no se puede decir que modelen sus fisonomías ascéticas ni por pobreza ni por riqueza, ni por sierra ni por llanada, ni por meteorologías ni geografías ningunas. Se diferencian unas de otras con características peculiares a ojos vistas, en virtud de los principios que informan su ascetismo; porque así como se piensa se vive.

Cuando oigo decir que el español tiene áspera la piel del alma —¡y vaya si la tiene!— por influencias geobiológicas de los secanos de La Rioja o del paramero salmantino o de las cerrillidades litorales, me digo: "¡ni que fueran camaleones!" Tampoco creo en eso tan manoseado de los complejos étnicos. La lucha contra los mahometanos configuró, es cierto, el alma española con religiosidad resabiada de aquello mismo que el español perseguía: la ferocidad de los alfanges, el exclusivismo del Corán, y el "todo o nada" de la media luna. Pero desde el Renacimiento acá demasiado han abierto las puertas y ventanas los países del mundo como para que pudiera España haberse refres-

todas partes, la verdad a toda costa! Lo terrible es que hemos dado en mentirnos hasta a nosotros mismos. Y aquí, aunque al pronto gruñan, agradecen al cabo la verdad. Llevamos años en que cada cual dice lo que le parece, sin que se le irroge perjuicio por ello. Aquí

cado el corazón y la cabeza de la calentura que la secular gresca le produjo. No se mantiene, ni puede mantenerse, país ninguno cerrado en sí mismo, aunque huya de las corrientes.

En el rostro del cincelador —dicen— va dejando la piedra, la misma piedra que con implacable ardor golpea, visibles reflejos de su dureza. Puede que así sea; puede que la piedra se tome la represalia de modelar insensiblemente a su modelador. Pero, indiscutiblemente, no tanto las geografías ni las historias cuanto los principios y sentimientos son los que inspiran características definidas a la religiosidad y cultura de los pueblos, aunque estén todos ellos montados sobre el mismo y común denominador de la unidad de la Iglesia.

Lleva aún ahora el español, y ha llevado siempre, a flor de piel cierta intolerancia religiosa. La expulsión de los sefardíes, la conquista de América (todo mansedumbre, blandura y pureza en los legajos del Archivo de Indias, pero no exenta de fiera, de fanatismo y salacidad en los villorrios indianos), los eternos disidios intestinos, tantas veces sangrientos, entre liberales y carlistas, separatistas y antiseparatistas, krausistas y tradicionalistas, europeizantes e hispanizantes, bizcaitarras y maketos, nacionalistas y rojos, monárquicos y republicanos, castellanizantes y catalanizantes, etc., etc., todo esto prueba que ese pueblo precisa pelear para sentir que vive. Peleo, luego soy; quemó un hereje, luego creo; está aquél en el infierno, luego yo en el cielo.

Al francés su historia, su geografía, su fe, no le interesan ni poco ni mucho para gozar la vida. ¡La *joie de vivre* ante todo y sobre todo!, con esta fe o aquella, esta geografía o la otra, esta historia o la del vecino. Al español su fe católica, la tradición y la tierra se le convierte en sangre, y le martillea las sienas y los pulsos, lo mismo antaño cuando alzaba hogueras contra los heterodoxos, empeñado ardientemente en mantener incólume la fe nacional, como hogaño cuando sacrifica un millón de vidas para ahogar el ateísmo marxista.

Ningún desvenave de armas nacionales, ningún derrocamiento político, nada que conmueva a la comunidad española deja de tener contenido religioso. Por eso es España tan culta (religiosidad, sabiduría, trascendencia) con ser tan escasamente civilizada (mantendimiento, ciencia, confort, *joie de vivre*). No son los españoles hombres de “dejar hacer”. Y es esto lo mejor que en su obsequio puede decirse.

Es preciso tener a la vista por una parte este estilo del catolicismo español, con tan acusados rasgos sociales, y por otra el estado espiritual en que se hallaba Unamuno, al tiempo que escribía estas cartas, para compaginar su incompaginable odio al catolicismo con su amor a España, y su no menos incompaginable odio a Francia con la admiración por el protestantismo. En gran parte estos afectos encontrados dan la clave de sus paradojas y contradicciones. Ello precisamente nos indujo a clasificarle, cuando trazamos su etopeya, de “católico por español y a la vez de antiespañol por anticatólico”.

Por la permeabilidad que caracteriza al catolicismo francés, acostumbrado a convivir con las otras confesiones protestantes, parecía a Unamuno muy apto para informar una sociedad capaz de alternar las lecturas místicas en la *Introducción a la vida devota*



hay una grandísima libertad de pensamiento, lo que falta es pensamiento que sea libre. Se gozaría de amplia libertad de conciencia si hubiera conciencia. De cuantas leyendas padecemos la más estúpida es la de nuestro espíritu inquisitorial. Dudo mucho que hubiese podido darse aquí un *affaire Dreyfus*. Han tenido que inventar eso de Montjuich, de que alguna vez le hablaré <sup>5</sup>.

de San Francisco de Sales (a quien Unamuno agredió despiadadamente; *Ensayos*, tomo 7º, *Sobre la europeización*) con las lecturas literarias en el soez histrionismo de Voltaire. De aquí la terrible frase: "Afortunadamente no prende en España la lepra volteriana, gran preservadora del catolicismo." Pero del catolicismo francés, según entiende Unamuno, no ciertamente del catolicismo español.

Si España —razona de esta suerte Unamuno— llega alguna vez a protestantizarse, dejará automáticamente de ser católica; pues no pueden hacer paces en ella el protestantismo con el catolicismo, como tampoco hacen paces el catolicismo con el volterianismo. España es o no es. ¡Marcha a enteras y no a medias!

Revolvíale a Don Miguel "la lepra volteriana", la cual no contamina ni puede contaminar a pueblos de catolicismo austero. Pero es preciso notar que su odio a lo francés no era odio a Francia (no tenía tan vulgar el alma ni le movían patriotismos), sino odio a la frivolidad, al mundanismo, al coso de vanidades, snobismos y veleidades en que han convertido a París, menos quizás los propios que los extraños.

"España dejará de ser católica, que es lo que más importa..."", escribe ahora Unamuno. Años más tarde comprenderá que antes dejará España de ser España que de ser católica; porque es más católica que española, con ser tan terriblemente española. Y bien ufana puede andar de ello. "Cuanto más estudio las últimas derivaciones protestantes, más me convengo de que riñen con las más entrañadas aspiraciones del alma de mi pueblo", escribirá catorce años después.

"¡Libertad, libertad de conciencia, pero primero conciencia a la que se le pueda dar la libertad!" Este pensamiento lo ha vertido Unamuno repetidas veces. Por este mismo tiempo le escribía a Arzadun (*Carta VI*, 12 de diciembre de 1900 —*Sur*, nº 129, octubre de 1944, pág. 57—): "En mis seis conferencias de ética social (probablemente se refiere a las conferencias cuyo cañamazo esboza en la *Carta IX* de este epistolario) he de plantear un programa que hace tiempo maduro, y es el de que los españoles europeos no debemos enarbolar la bandera de la libertad, sino la de la cultura. ¿Libertad? ¡No! La libertad es algo abstracto, una mera condición negativa. ¿Libertad de conciencia, donde no hemos hecho la conciencia que ha de ser libre? Eso es dar a los peces libertad para que vuelen. ¡No, libertad no! Nuestro pueblo ni la merece, ni la necesita, ni le conviene. Cultura, cultura, cultura. Cultura impuesta, y tal como la entendemos nosotros, los europeos, los que nos debemos constituir en directores por santo derecho divino."

<sup>5</sup> Cuando se trataba de defender a España Don Miguel no titubeaba, si era preciso, en borrar con el codo cuanto había escrito con la mano. Podría transcribir a dos columnas rosarios de afirmaciones contradictorias. "Aquí hay una grandísima libertad de pensamiento..."", afirma ahora. Hace muy poco había escrito: "Aquí hay menos libertad íntima que en las épocas de nuestro fanatismo proverbial; definidores y familiares del Santo Oficio se escandalizarían de la barbarie de nuestros obispos de levita y censores



España es pobre y nada más; y por ser pobres nos acumulan a los españoles otras cosas. El espíritu es ramplón, pero es por pobreza de conocimientos, no por otra cosa. Así y todo no sé si nuestra ramplonería es peor que toda esa corticalidad de los mercuriales (los del *Mercur*) y ese indecente sensualismo. Lamentables son, por ejemplo, las caídas de Galdós. Pero ¿y ese deplorable *Travail* del pobre Zola, quien no escribe ya más que ramplonadas manidas? No se concreta la humanidad a España; pero mi deber es servirla en España. Fuera de cada país y cada época no hay más que una humanidad abstracta. Y basta.

Recibí la respuesta de Tolstoi al Santo Sínodo, respuesta que me ha gustado mucho. Es lo mejor acaso que de Tolstoi conozco. El otro recorte que me envió usted sobre el movimiento religioso en los Estados Unidos me ha sido utilísimo. Estoy de nuevo metido en estudios religiosos, que cada día me interesan más. Leo la obra de Weizsäcker sobre la época apostólica y las hermosas conferencias de Hatch acerca

laicos. Hacen melindres y se tapan los ojos con los dedos abiertos, gritando: ¡profanación!, gentes que en su vida han sentido en el alma una chispa de fervor religioso. ¡Ah!, es que en aquella edad de expansión e irradiación vivía nuestra vieja casta abierta a todos los vientos, asentando por todo el mundo sus tiendas." *Sobre el marasmo actual de España (En torno al casticismo)*. Este famoso y conocidísimo ensayo es la contrapartida del no menos famoso *Sobre la europeización (Ensayos, tomo VIII)*. Ejemplo típico del método unamunesco de afirmar cosas contrarias y de cargar en ambas la mano para que el lector corte por el justo medio (Véase la *Carta IV*, nota 4, pág. 298).

En *La patria y el ejército (Ensayos, tomo VI)* escribe sobre el *affaire* del Montjuich: "Se ha dicho y se ha repetido, incluso en el Parlamento, que todos esos relatos referentes al proceso de Montjuich que han circulado por Europa no son más que una leyenda epitizada de infame. Pero es el caso que nada se ha hecho para desvanecer la tal leyenda por los medios por que se desvanecen las leyendas, y no con epítetos. Lo que sí recuerdo es que, cuando en un principio se empezó a hablar de tormentos y otras atrocidades parecidas, oí a muchas personas —algunas de ellas diputados a Cortes— no negar que tal cosa pudiese haber sucedido, sino expresar que, si así era, estaba bien; que a los anarquistas había que cazarlos como a bestias feroces, descuartizarlos y hacerlos picadillo, y otros tristísimos desvaríos por el estilo. Y tal atmósfera se formó entonces y tal fué el concepto que las gentes, con razón o sin ella, se hicieron de la policía, que al ocurrir ahora, hace poco, la muerte en la prisión del autor del atentado contra el cardenal Casañas, se ha fraguado y ha corrido de boca en oído y de oído en boca, sin llegar a la prensa, el rumor de que el desdichado ese había muerto de una paliza policíaca. Y recuerdo que al oír yo el rumor, estaba conmigo un sujeto que exclamó al punto: «¡Claro está!, ¡y que no se me hubiese ocurrido antes...!»"

de la influencia de la filosofía y los usos griegos en la iglesia cristiana. Este género de estudios, casi desconocidos aquí, es lo que mejor puede libertarnos del dogmatismo católico<sup>6</sup>.

Todo eso de *Electra* no va a ninguna parte. Apenas ver la ignorancia de nuestros librepensadores, que no ven más allá de Zola, Max Nordau y otros simplistas por el estilo. La ciencia de las religiones es una ciencia histórica específica, y no sirve hablar de esas cosas a tontas y a locas como aquí se hace.

Yo cada día siento más repugnancia hacia el espíritu francés. Su literatura me apesta. ¡Björnson les ha dicho ahora unas cuantas verdades! Lo que me gusta en lengua francesa son los suizos y los belgas: Vinet, Amiel, Secretan, Maeterlinck, etc.

“SERÉ EL ESCRITOR ESPA-  
ÑOL DE MÁS AUTORIDAD”

Me siento entrar en la madurez. Físicamente se me van llenando de canas cabeza y barba y voy cobrando más carnes de lo que qui-

<sup>6</sup> Las obras de Weizsäcker, pastor y teólogo protestante alemán del siglo pasado, fueron citadas muchas veces por Unamuno. En *Del sentimiento trágico de la vida* hallanse aquí y allí pensamientos espigados en *Untersuchungen über die evangelische Geschichte*, y en *Das apostolische Zeitalter der christlichen Kirche*. Muchas ideas teológicas de este autor encuéntrase en Unamuno traducidas al pie de la letra. Menor importancia tiene el teólogo inglés Edwing Hatch, cuya obra *The influence of Greek ideas and usages upon the Christian Church* leía Unamuno por entonces. Es pasmoso cómo, en su retiro de Salamanca, lograba rodearse de los principales libros y revistas publicados en todo el mundo, consiguiendo estar al tanto, con una información minuciosa, de las ideas que iban a la vanguardia del pensamiento teológico universal. Los dos autores citados y los numerosos más, cuyos pensamientos aprovecha en sus libros, eran, en los días en que Unamuno elaboraba sus obras capitales, los escritores de mayor modernidad. La crítica teológica actual ha superado ya no pocas concepciones de aquellos *pioneers* protestantes de la historia de los dogmas, de la liturgia y de las religiones.

En las cartas a *Clarín*, largamente citadas en el capítulo III, *Mente protestante* (pág. 113 y siguientes), había Unamuno, no mucho tiempo antes, estampado frases casi idénticas a ésta. La etapa del epistolario a *Clarín* coincidente con la de esta serie de cartas a Ilundain (1895-1907) es la de mayor deslumbramiento protestante y, por contraste, de más acre hostilidad contra “el dogmatismo católico”. Por este tiempo se entregaba apasionado a leer a los teólogos y racionalistas protestantes, parte porque le abrían un mundo nuevo por él jamás soñado, parte precisamente por ser desconocidos en España.

siera (¡peso 78 kilos!). Tengo ya seis hijos. Espiritualmente entro en un período de calma navegación, dispuesto a llevar a cabo mis proyectos, todos literarios. Tengo interrumpida una novela, preparo *Nuevos Ensayos* y otras cosas. Lo que ha venido a trastornarme algo es esto de la rectoría. Y no me ha venido del todo mal, porque pongo en juego mi voluntad y mi energía, necesaria compensación del exceso de la vida intelectual a que me había entregado. Sírveme además el rectorado de atalaya desde donde puedo inspeccionar no pocas miserias humanas. Es mucho lo que estoy aprendiendo. Si alguna vez nos vemos podré contarle cosas muy divertidas, entre ellas una larga cuestión que traigo con el obispo de Coria, y en que quiero ver quién es más terco: si un obispo o un vizcaíno. Y como éste otros asuntos en que voy descubriendo que tengo más aguante y más carácter de lo que yo creía. ¡Y sobre todo paciencia! En lo que no pienso es en dimitir. Me destituirán si a ello se atreven, pero no me hacen dimitir. Cuando el asunto de las Facultades Libres me despaché a mi gusto y canté las verdades. Desde entonces me he creado no pocos enemigos. La misma burocracia no deja de enseñar cuando se quiere aprender. Cuando deje esto (de aquí tres o cuatro años, si no voy a Madrid antes), escribiré unas memorias con lo que he aprendido en el cargo.

Este verano quisiera ir a Bilbao, de donde falto hace ya tres años, pero no sé si podré hacerlo. Estoy por una parte muy atado y por otra el verano suele ser la época que aprovecho para mis trabajos, descansando en el otoño.

De Barco hace tiempo que nada sé. Su hermano, el que vive aquí, anda mal, muy mal, en situación lastimosísima. Es una víctima de nuestra educación. Habrá día en que no encienda fuego en su hogar, pero no han de dejar de pasearse sus hijas con sus trapitos y no hacen nada (el coser desdora), y él, aunque no coma, no dejará ni un solo día de ir al café, a tomarse su taza y fumarse su puro. Preveo un desenlace funesto, y algún día voy a escribir a Juan indicándole algo. Se me ha metido en la cabeza que en la de su hermano germina la manía suicida.

Creo que le escribí de la novela pedagógico-humorística que tengo en telar. Es una mezcla de elementos trágicos, cómicos y grotescos. No se parece a nada de lo que hasta ahora he hecho <sup>7</sup>. También pulo y refino mis versos para darlos a luz el mejor día. Lo que cuido con interés es mi colaboración en *La Nación* de Buenos Aires, que, además de serme la más fructífera pecuniariamente, me gana aquel público. ¿Conoce usted *La Lectura* <sup>8</sup>, revista que lleva publicados varios números? En ella colaboro regularmente. Tiene el defecto de ser demasiado lujosa. *Clarín* acaba de publicar en ella una crítica de *Tra-*

<sup>7</sup> En la *Carta VII*, de 19 de octubre de 1900 (pág. 321), expuso ya con lujo de detalles el plan de *Amor y pedagogía*. Como escribía cartas a porrillo, dedicando a eso un par de horas diarias, después de despachar los asuntos de la Rectoría y una vez dictadas las clases de la mañana, olvidaba lo escrito en la anterior cayendo a menudo en repeticiones. Más de una vez volvióle a repetir a un amigo casi con las mismas palabras, dos y tres veces, el argumento de sus obras.

Sus grandes preocupaciones, las espirituales principalmente, describías en carta circular a sus amigos, no, por cierto, mimeografiada sino escrita ejemplar por ejemplar de su puño y letra. Procedía en esto como acostumbran los frailes en sus correspondencias *ad usum nostrorum tantum*, las cuales con harta edificación, entre plato y plato, leen los cofrades en sus refectorios, a la hora de la colación.

Y así como los frailes acostumbran escribirle al superior el itinerario de las misiones que dan, de los sermones que "sueltan" y del fruto de ellos seguido, matizando la relación con algún ejemplillo que suele pasarle rozando al milagro, lo cual *in obliquo*, claro está, y sin ellos pretenderlo, revela las muchas partes *gratis datas* con que el Cielo los dotó, de la misma manera Don Miguel, con igual devoción e ingenuidad, relataba a los suyos sus andadas de misionero por la viña del Señor. Acaso por esto Enrique Areilza le hallaba facha de fraile dominico, y, como el mismo Don Miguel lo recordó, Doña Emilia Pardo Bazán le encontró un parecido con San Ignacio su paisano. Cuando muchacho, el pintor Lecuona le tomó de modelo, en un cuadro conservado en Loyola, no para la testa de San Ignacio (contra lo que asegura José María de Areilza, hijo de Enrique Areilza y Embajador ahora en la Argentina, en su artículo *Iñigo de Loyola y Miguel de Unamuno. Una anécdota histórica; La Estafeta Literaria*, Madrid, 15 de diciembre de 1944), sino para la del cirujano que vanda la herida del santo, derribado en Pamplona. ¡Y ahí se está el bueno de don Miguel asistiendo al santo fundador!

<sup>8</sup> Germán Bleiberg firma un trabajo en la revista *Arbor* de Madrid, inspirado, evidentemente, en el de Guillermo de Torre: *La generación española del 98 en las revistas del tiempo*, publicado en *Nosotros* de Buenos Aires, (nº 67, octubre de 1941). En sendos trabajos se recuerdan las principales revistas de fines del siglo pasado y principios de éste, mencionadas por Unamuno en sus cartas. *La Lectura* fué un "excelente muestrario" de la cultura española, según palabras de Unamuno a Arzadun (*Sur*, nº 120, pág. 60). Según me informa Guillermo de Torre esta revista logró pervivir hasta 1920 más o menos. Colaboraba en ella *Clarín*, quien era de ordinario combatido en las otras revistas de entonces en donde hacían sus primeras armas los escritores del 98.

*bajo* de Zola, que me ha gustado mucho y que suscribiría casi por completo.

Sus cartas me vienen muy bien siempre; su franqueza me es grátísima; es usted un verdadero amigo, de los que dicen la verdad. Y, aunque a las veces me revuelva, siempre queda algo. Pero, créame, sigo mi sendero y hasta ahora no voy tan mal. Estoy satisfecho de mi carrera y llegaré pronto a ser en los pueblos de lengua española el escritor, si no de más público, de más autoridad. Y no desespero de trascender a los pueblos de otras lenguas. ¡Como lo siento lo digo!

Sabe cuán de veras le quiere su amigo de verdad

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, octubre de 1901.

#### CARTA IX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: De su carta deduzco que en el fondo estamos conformes, aun cuando a primera vista parece que debía deducir lo contrario. Y después, ¿qué ganaríamos usted y yo con enfrascarnos en discusiones quintaesencias acerca de los mil detalles en que estamos en desacuerdo, más en la forma, en la cantidad, en el modo, es decir, en lo accidental, que en la cosa en sí, en lo esencial?

“LA VERDAD ES VARIABLE”.  
¿QUÉ ES VOLTERIANISMO?

Si no hubiera olvidado tan absolutamente hasta el color del latín, le recordaría una proposición de nuestro Liberatore, (¡el Urráburu martirizador en mis tiempos de mozo!), que la aplicaba a otra cosa, pero yo la veo aquí a pelo. Decía (ortografía aparte): “*Veritas propria et perfecta non nisi in iudicio inest*”, que en romance de mi pueblo



podría traducirse: "Cada cual tiene su verdad para sí, es decir, a tono con su temperamento, su ambiente, su situación pecuniaria y física, su edad, etc., etc." <sup>9</sup>. Y esta verdad es tan poco susceptible de ser explicada por el que la posee y tan difícil de ser comprendida por los demás que, como tal *verdad*, es siempre y constantemente variable; y hoy distinta de lo que era ayer, y mañana diferente de lo que hoy es, sin dejar de ser verdad ayer ni hoy ni mañana. ¡Y con estas teorías que me echen a mí a Bossuet, que dicen que dijo que sólo el error varía!

Siendo, pues, la verdad puramente subjetiva y por lo tanto distinta en cada y para cada individuo, y aun dentro de éste para cada relación de sujeto a objeto, sólo podría vanagloriarse de predicar y difundir la verdad aquel que acierta a expresar lo que él siente en forma tal que coincida con la de los más, o siquiera con la de los inteligentes de cierto orden y en el mayor número posible de relaciones <sup>10</sup>.

Así pues, *nego minorem*, como diría mi Urráburu o mi Liberatore, el que sólo logró librarme de tener la cabeza fría y la memoria con telarañas. Y, como ve, también a mí me correspondió mi parte de *Barbara celarent darii ferio baraliptom...* No necesito decirle que soy de los tocados de manía lógica cuando se trata del *no yo*.

Y antes que se me olvide: ¿me quiere decir qué es lo que la moda del día entiende por volterianismo? En su carta última me encuentro por primera vez con que se habla de un veneno volteriano que sirve para preservar el podrido catolicismo. La cosa me llama la atención porque va a chocar con mis vulgares ideas. Por de pronto sólo hallé una paradoja en tal afirmación. Pensando en esto estaba aún cuando da la pícara casualidad que, dos días más tarde, leyendo en *Le Matin* un artículo, en que un espiritualista hablaba de toda

<sup>9</sup> La frase correcta es: *Veritas proprie et perfecte non nisi in iudicio inest*: la verdad propia y cabalmente no se da sino en el juicio.

<sup>10</sup> El relativismo componendero, en cuyo favor alega Ilundain, desesperaba a Don Miguel. Conocidas son sus feroces invectivas al sentido común y a los que pretenden introducir en la filosofía politiquerías bastardas, conculcando la autonomía de la inteligencia.



clase de manifestaciones y fenómenos del *au-delà*, hallé exactamente la misma idea y en términos casi idénticos: "El espíritu francés saturado del veneno volteriano no admite ni sabe admitir más que dos grandes y trillados caminos, el catolicismo o el positivismo. Y pobre del que no encaje en uno u otro, etc." Por lo menos en el fondo decía esto.

Ni *Le Matin* a usted ni usted a *Le Matin* se han copiado. Y como para coincidencia es un poco mucho. Me la explico por lo de moda más o menos reciente. Moda o no, confieso mi torpeza, no acabo de entender ese veneno, o he leído muy mal o muy incompletamente a Voltaire.

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, octubre de 1901.

#### CARTA IX DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Don Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: A ver si al cabo tengo unos ratos para escribirle, aunque sea en varias tandas, con alguna extensión.

Recibí *Histoire de la Littérature Française* de Gustavo Lanson, que me envió. Mil gracias. Como libro, admirable, positivamente admirable, de una riqueza de contenido y una firmeza de juicio notabilísima. Desde ha tiempo deseaba una edición manual de las obras de Molière. La que me hizo llegar no es la edición que más me gusta ni mucho menos, pero venga. Como no tenía en ello prisa alguna debí hacerle decir que lo dejara para cuando, dando una vuelta por los *boutiquiers* del Odeon, del Palais Royal o de los muelles, encontrase de lance alguna edición de más cuerpo y menos molesta lectura. Pero es igual.

Le envío todos los números de *Juventud*. Pronto le enviaré algunos libros, entre ellos *La mala vida en Madrid* de Llamas Aguilaniedo y Bernaldo de Quirós, o alguna de las obras de Don Joaquín

Costa. También el número de *Nuestro tiempo*, que trae mi ensayo sobre la lengua española.

### VOLTERIANISMO ES. . .

El veneno volteriano consiste en querer resolver los más arduos problemas a mero sentido común, es decir, intelectualísticamente, y en no tratar las cuestiones religiosas religiosamente, en desconocer la lógica del corazón, y sobre todo en imaginarse que basta no querer pensar en el problema de ultratumba o negarlo de ligero para vivir en paz. Voltaire me es odioso; la exégesis religiosa contemporánea, aun la más francamente racionalista y atea, tiene por principal labor destruir la obra funesta de ese genio de la superficialidad y del más bajo y tosco sentido común<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> Debo esclarecer una vez más, para la intelección cabal de este párrafo, que Unamuno no podía conciliar el catolicismo español, austero y, como él lo llamaba, "semitico", es decir, esencialmente preocupado de la *attendidad* y esencialmente distraído de la *aquendidad*, con la frivolidad volteriana, frivolidad que, al sentir de Unamuno, casaba admirablemente con el catolicismo francés. Podría aducir no pocos pasajes espumados de toda la obra unamuniana en prueba de esta exégesis. Voy a concretarme a uno solo. En *Leyendo a Flaubert (Contra esto y aquello)* escribe: "Fué acaso Cervantes quien lo llevó (a Flaubert) a contraer aquella *enfermedad de España*, de que en una de sus cartas habla: "Je suis malade de la maladie de l'Espagne." No acabó nunca, en cambio, de sentir bien al Dante, a este formidable florentino, que es una de mis debilidades. Pero me lo explico por lo mismo que sentía él hacia Voltaire una admiración de que no puedo yo participar aun reconociendo toda su grandeza. Es cuestión de sentimiento o, mejor dicho, de educación, y la de Flaubert no fué muy católica. Pero sentía la fuerza del catolicismo. En 1858 escribía a la señorita Leroyer de Chantepie, una mujer trabajada por inquietudes religiosas —*rara avis!*— diciéndole: «De aquí a cien años Europa no contendrá más que dos pueblos: los católicos de un lado y los filósofos del otro». Y él, el pobre Flaubert, no podía irse ni de un lado ni del otro. Le faltaba la fe religiosa, pero no era tampoco uno de esos espíritus simples que pueden entusiasmarse con la filosofía, la ciencia, el progreso o la ingeniería. ¡Comprendo su posición!, ¡no la he de comprender! Mejor aún, la siento, ¡no he de sentirla!"

En el ensayo *El Rousseau de Lemaitre (Contra esto y aquello)* vuelve con más calor a la misma idea: "Pero si el dogmatismo racionalista, la ridícula fe en que la Ciencia y la Razón bastan, y la falta de espiritualidad del jacobinismo me son poco simpáticos, no me lo es más el conservadorismo archidiscreto y el escepticismo elegante del neocatolicismo literario francés. Me repugnan esos católicos volterianos y nacionalistas que defienden el catolicismo porque va ligado a las grandes figuras de la literatura francesa;

Leo la *Leben Jesu* (Vida de Jesús) de Holtzmann. He vuelto a mis estudios religiosos. Sin pasar por la inquietud religiosa creo que no puede llegarse a calma alguna fecunda, ni aun a la irreligiosa.

Hace mucho tiempo que no trabajaba como ahora trabajo. Estoy poniendo en redacción definitiva mi novela *Amor y Pedagogía* que quiero que aparezca pronto. Me parece haberle hablado de ella exponiéndole su argumento, la desgraciada historia de un hombre enamorado de la pedagogía que se casa para tener un hijo a quien hacer genio mediante ella. Mi esfuerzo capital en esta novela es fundir (fundir, no mezclar) lo trágico con lo grotesco; es un libro humorístico.

A la vez trabajo en un libro sobre el erostratismo, pienso recoger en tomos mis trabajos sueltos, y preparo un drama que me estrenaré en Buenos Aires, este verano (invierno allí), la Compañía Mendoza-Guerrero. En cuanto al otro drama, al que usted conoce, ahora sale Thuiller con que me lo estrenaré.

y sobre todo, porque el protestantismo les parece germánico. No creo posible mayor mezquindad de punto de vista.

"He querido siempre a Rousseau; le he querido tanto como me ha sido odioso Voltaire. He querido siempre al padre del romanticismo y le he querido por sus virtudes evidentes y hasta por sus más evidentes flaquezas. He querido siempre a esa pobre alma atormentada, que a pesar de profesar, por defensa propia, el optimismo, es el padre del pesimismo."

Y unas páginas más adelante añade: "Siempre en el seno del catolicismo ha habido dos tendencias: una, la genuinamente religiosa, la cristiana, la mística si se quiere, la no pervertida por el moralismo mundano, la que floreció en los jansenistas, en Francia —en aquellos nobles, profundos y santos jansenistas—, la que muestra el lado por donde el catolicismo puede entenderse y concordarse con las demás confesiones cristianas; y, de otra parte, la tendencia política, la específicamente católica, la escéptica. Los católicos de la primera tendencia (catolicismo español) han sentido simpatía por Rousseau, (aun deplorando los que estiman sus errores) y aversión a Voltaire; mientras que los católicos de la segunda tendencia (catolicismo francés) han temido a Rousseau y se han recreado con las "polissonneries" de Voltaire.

"M. Lemaître parece acercarse a este segundo y horrendo catolicismo volteriano, resucitado por motivos políticos y sobre todo por francesismo, a este catolicismo nacionalista, que es la ruina de toda verdadera piedad. Y este catolicismo se está poniendo de moda en Francia..."

"Esto que sucede en Francia, en que unos cuantos señores que se han declarado católicos —católicos volterianos que no creen en Dios ni el diablo— por "chauvinisme" o patriotería, por francesismo, por estimar que lo protestante es germánico y antilatino,

PLAN DE SEIS  
CONFERENCIAS

Pero lo que más me ocupa, con la novela, son seis conferencias que voy a leer y cuyo plan voy a exponerle. La primera, de introducción, será un cuadro del estado actual de España y de los anhelos a otra vida que en ella se experimentan, una excitación a la absoluta sinceridad y a la prodigalidad de espíritu y una exposición sobre todo de cómo debemos ver y juzgar los problemas todos que a la Humanidad preocupan, concretados en nuestro país, y tal cual en éste se nos presentan, ya que es el único medio de verlos en vivo.

En efecto, fuera del país y el tiempo en que cada uno vive, apenas hay más que un espacio geométrico y un tiempo matemático; nada más opuesto a la universalización que el cosmopolitismo; al Hombre, al Hombre eterno y universal hay que buscarlo en el seno de cada uno de nosotros, y no en un ser obtenido *per viam remotionis*, que resultaría el bípodo implume o el contratante social de Juan Jacobo. Jesús, que ni escribió ni salió de su patria, ha hecho la obra humana más universal y duradera hasta hoy. Hay que ver, pues, los proble-

esto mismo sucede, aunque en menor escala, también en España. Pues en España también hay quienes maldicen del protestantismo, no por lo que tenga de heterodoxo, desde el punto de vista de la Iglesia Católica Romana, sino por lo que dicen que tiene de no español, de exótico, de extranjerizante. Y si en Francia el protestantismo tiene una tradición nobilísima —recuérdese a Calvino, a Coligny, a Guizot, a tantos otros—, no deja de tenerla también en España. Yo creo que nuestros místicos españoles del siglo XVI preludivieron una verdadera Reforma española, indígena y propia, que fué ahogada en germen luego por la Inquisición.

"Claro está que, al hablar así del protestantismo, no me refiero a ese protestantismo de secta y de capilla abierta, con sus pastores a sueldo de cualquier sociedad más o menos bíblica. Los adherentes de este protestantismo suelen ser, entre nosotros, más fanáticos y más estrechos de criterio que los católicos. Acostumbran negar el dictado de cristianos a los que, como los unitarios, no admiten la divinidad de Jesucristo, y en punto a la autenticidad de los libros sagrados llegan a extremos verdaderamente ridículos. Están tan cerrados como los católicos, si es que no más, a las consecuencias obtenidas por la exégesis verdaderamente científica y por los trabajos bíblicos que han ilustrado hombres como Baur, Strauss, Harnack, Holtzmann, etc."

mas todos en concreto, en lo que nos rodea, y para llegar a hacer Humanidad lo primero es hacer patria. ¿Cómo se hace patria?

La segunda conferencia versará sobre el problema de la patria (de que ya en la *Ciencia Social* escribí algo) y relacionado con él el del regionalismo. Me fijaré en la mezquindad del regionalismo que dice: "Hemos de salvarnos, con España si quiere, y si no sin ella", en vez de decir: "Hemos de salvar a España, quiéralo o no." Nadie, ni individuo ni pueblo, puede salvarse sin salvar a los demás. Un país necesita concebir la idea de para qué existe, tener su ideal, adquirir conciencia de sí; y esta conciencia encarna en una organización política <sup>12</sup>.

La tercera conferencia sobre el problema político (visto siempre, aunque *sub specie universalitatis*, en España), que es el problema de la libertad y la cultura y de su oposición. Su oposición, sí. El liberalismo debe agruparse en torno a la bandera de la cultura, no a la de la libertad. La libertad es algo jacobino y abstracto. Para que pueda haber libertad de conciencia es preciso que haya antes conciencia que pueda ser libre y conciencia de la libertad. La conciencia hace libertad y la libertad no hace conciencia. La selección natural, libre, no modifica una especie sino en siglos, si antes no perece ésta, mientras que la selección del ganadero la modifica en generaciones. Hay que considerar al pueblo como especie animal doméstica y en beneficio suyo impo-

<sup>12</sup> En una de las cartas a Arzadun (*Carta VI*, 12 de diciembre de 1900; *Sur*, nº 120, octubre de 1944, pág. 59) había escrito: "Eso del catalanismo me parece mezquino, pequeño, bajo, de un pueblo de egoístas: «Nos salvaremos con España o sin ella.» ¡No, no y no! ¡Salvaremos a España, quiéralo o no! Los vascos debemos decir otra cosa; no que nos dejen gobernarnos, sino que queremos gobernar a los demás, por ser los más capaces de hacerlo. Hay que hacer de aquí lo de Italia, en que el Norte solo se ha declarado contra el Sur, y ha declarado a los napolitanos indignos de gobernarse. Sí, hay que proclamar la inferioridad de los andaluces y análogos, y nuestro deber fraternal de gobernarlos. Málaga debe ser colonia, y hay que barrer el beduinismo, o sea el Romero-Robledismo. Yo lo proclamaré, y si quedo solo, solo quedaré. ¿No lo piensan miles de españoles? Pues habrá alguno de los que tienen oídos que lo oigan. Todo esto sonará en Vigo con santa sinceridad. El castellano le lleva de ventaja al catalán su alma de inquisidor."

Aunque fechada un año antes, la carta a Arzadun, cuyo párrafo acabamos de transcribir, pareciera melliza con ésta. En ambas se refiere Unamuno a las seis conferencias que tenía en telar, aunque en la carta a Arzadun no se expone el plan de ellas.



nerle la cultura, no darle libertad de que siga siendo bruto. Basta ver que son los neos los que piden libertades. Y con el problema de la libertad se enlaza el de la democracia, cultura y aristocracia, entendiéndose bien esto. Y la cultura pide y exige política pedagógica.

Sobre el problema pedagógico, pues, será la cuarta conferencia, en la que resumiré cuanto acerca de él he escrito, tratando sobre todo del valor social de la ciencia y de los límites de ésta; y de cómo no culmina en la ciencia la cultura. El fin de la ciencia es doble: de un lado, mejorar nuestra suerte material, nuestro estado económico, amenazar el hambre; y, de otro, elevar el espíritu y acercarle a la serena visión del universo, a la paz interior. Confina, pues, con el problema económico de un lado y con el religioso de otro.

El problema económico constituirá la materia de mi quinta conferencia, resumiendo también cuanto sobre él he escrito y fijándome sobre todo en estos dos puntos: "Lo que redima de su pobreza al pobre redimirá de su riqueza al rico." Y "hay que acallar el hambre del cuerpo para despertar el del espíritu." Aquí tronaré contra la barbarie de querer hacer materialista al socialismo. El problema económico nos lleva al problema religioso.

#### CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO; RACIONALISMO Y CORDIALISMO

Usted comprenderá que, en el fondo, las cinco primeras conferencias son una preparación de la sexta y última, la más importante, la que las corona, que versará sobre el problema religioso. *Por primera vez* manifestaré todo mi pensamiento a este respecto, máxime ahora en que parece que se corre acá algo de la barbarie anti-cristiana, nacida de la profunda ignorancia de lo que el cristianismo es y significa. Me apena ver cómo se disparata a este respecto y cómo se culpa al cristianismo del elemento pagano que a él se mezcló para producir este híbrido monstruoso que llamamos catolicismo.

Pocas cosas más profundas que el primer capítulo de la obra de



Herrmann *El comercio del cristianismo con Dios*. (La tengo en alemán). Es la obra fundamental del luteranismo. El capítulo primero se titula: *De la oposición entre la mística y el cristianismo*. La barbarie volteriana nos envuelve. Sin embargo la frase de *Le Matin* que usted me copia no me parece exacta, pues no veo la disyuntiva entre los dos grandes y trillados caminos: el catolicismo y el positivismo, que el espíritu francés, saturado de veneno volteriano, se ve forzado a seguir. Son caminos paralelos y puede seguir ambos. Voltaire es un ultracatólico<sup>13</sup>.

Los caminos son: o el de un intelectualismo seco, sin corazón, de razón racionante, que rechaza lo que no se explica, que quiere confinarnos a esta tierra y que en el fondo odia el ideal; y un racionalismo (o cordialismo), que vive en otro mundo, que busca motivos de vivir, que sabe ignorar y respetar, y que tiende a comprenderlo y justificarlo todo. Aquél está en el fondo saturado de espíritu matemático. Para él no hay más que operaciones matemáticas, reduciéndose todo, en

<sup>13</sup> En páginas anteriores (153-154) he estudiado con detención este esquema. Deja él al descubierto la hendedura por la que penetró el ideario protestante demoliendo el catolicismo hogareño de Unamuno. He subrayado también la importancia capital para, en lo posible, unificar y coordinar la heterodoxia unamuniana. En numerosos ensayos glosó Unamuno ampliamente este esquema. Véanse, por ejemplo, *La patria y el ejército* y *¿Qué es verdad?* (*Ensayos*, tomo VI). En el último hállase este párrafo: "Un día me reprendía un celoso católico lo que él llamaba subjetivismo, y me decía que confundo a la fe con la imaginación. Y se empeñaba en hacerme comprender —repitiéndome argumentos de la más crasa vulgaridad y que estoy harto de sabérmelos de memoria— la diferencia que hay entre eso que él llamaba —apartándose en tal nomenclatura de los cánones de su escuela— fe subjetiva y la fe objetiva. Y yo le dije con calma:

"No se canse usted, amigo, en repetirme todas esas cosas; sé muy bien lo que usted quiere decirme. Y no se canse en argumentarme con silogismos y racionios formales. La fe de ustedes está muriendo ahogada en silogismos. El cáncer de su Iglesia de usted es el racionalismo, ese racionalismo contra el que no cesan ustedes de clamar. Han querido hacer de la religión una filosofía. Cada uno de esos horribles y áridos sermones en que un ... (aquí el patronímico de un religioso) la emprende con los corifeos de la impiedad moderna, empedrando su conferencia de "es-así-ques" y "luegos" y "queda, pues, evidentemente demostrado", y otras figuras lógicas por el estilo, cada uno de esos desdichados sermones es un nuevo golpe asestado a la verdadera fe. Y en ellas, en esas antirreligiosas conferencias, acostumbran a mentir descaradamente, atribuyendo a esos que llaman impíos cosas que nunca sostuvieron, o hablando de sus doctrinas, teniendo conciencia de no conocerlas sino por vagas referencias. Y esto último es mentir." Del mismo tenor es la *Carta II* a Arzadun.

última instancia, a mecánica. Éste está saturado de espíritu histórico y es el único que comprende y siente el gran principio de la evolución.

El materialismo francés (Lametrie, Holbach, aunque alemán, Littré, y hasta los mismos espiritualistas franceses) representa a aquél. El panteísmo alemán a éste. Para el intelectualismo, radicalmente irreligioso, todo se da en serie y en combinaciones y permutaciones, como los números (aquí entra la escolástica, católica, ortodoxa, intelectualista y materialista en el fondo, buscando a Dios, al Dios relojero, fuera del hombre y del mundo). Para el racionalismo (o cordialismo) radicalmente religioso, todo se da en proceso, en flujo continuo, en unidad profunda, como la vida, y busca a Dios dentro del hombre, un Dios inmanente, no trascendente.

De aquí que las concepciones intelectuales parezcan más claras por ser más superficiales. Y de aquí que sólo el racionalismo, sobre todo el racionalismo alemán, haya comprendido y sentido el cristianismo, que no les entra a esos monos de Europa, como a los franceses llamó Schopenhauer, a ese pueblo dañino, al que debe España cien males por cada bien, a ese pueblo pagano y vividor que alienta la más estúpida vanidad, la de la ignorancia; pues, por ignorancia de lo que los demás son, se cree él superior mentalmente<sup>14</sup>.

Dispense este desahogo de mi *misogalismo*, pero aborrezco a ese pueblo, entre que usted vive, al pueblo de Robespierre, de Montaigne, de Voltaire, donde cayeron en mala tierra las semillas de Rousseau,

<sup>14</sup> El misogalismo unamuniano se localizó, entre otras cosas, en el catolicismo francés, el cual, como expresé en páginas más arriba, difiere no poco, en lo que puede diferir, del catolicismo español. Contra los católicos franceses en repetidas ocasiones disparó Unamuno enconados calificativos, lo cual no obstó a que le uniera estrecha amistad con católicos y literatos franceses, como J. Chevallier, M. Legendre y otros. En *Rousseau, Voltaire y Nietzsche (Contra esto y aquello)* escribe: "Lo horrible, lo verdaderamente horrible es el escepticismo volteriano, el que han hecho esos convertidos franceses a los que tan justamente fustigaba Gourmont en el *Epílogo* del número de 1º de este mes de junio del *Mercur de France*. Son convertidos que se convierten para vender un libro. Eso no es más que literatura y cristianismo a lo Chateaubriand, es decir, comedia." Palabras francamente exageradas e injustas. La pléyade de escritores franceses convertidos al catolicismo constituye una prueba indiscutible de la vitalidad espiritual de la Iglesia Católica.

Herrmann *El comercio del cristianismo con Dios*. (La tengo en alemán). Es la obra fundamental del luteranismo. El capítulo primero se titula: *De la oposición entre la mística y el cristianismo*. La barbarie volteriana nos envuelve. Sin embargo la frase de *Le Matin* que usted me copia no me parece exacta, pues no veo la disyuntiva entre los dos grandes y trillados caminos: el catolicismo y el positivismo, que el espíritu francés, saturado de veneno volteriano, se ve forzado a seguir. Son caminos paralelos y puede seguir ambos. Voltaire es un ultracatólico<sup>13</sup>.

Los caminos son: o el de un intelectualismo seco, sin corazón, de razón racionante, que rechaza lo que no se explica, que quiere confinarnos a esta tierra y que en el fondo odia el ideal; y un racionalismo (o cordialismo), que vive en otro mundo, que busca motivos de vivir, que sabe ignorar y respetar, y que tiende a comprenderlo y justificarlo todo. Aquél está en el fondo saturado de espíritu matemático. Para él no hay más que operaciones matemáticas, reduciéndose todo, en

<sup>13</sup> En páginas anteriores (153-154) he estudiado con detención este esquema. Deja él al descubierto la hendedura por la que penetró el ideario protestante demoliendo el catolicismo hogareño de Unamuno. He subrayado también la importancia capital para, en lo posible, unificar y coordinar la heterodoxia unamuniana. En numerosos ensayos glosó Unamuno ampliamente este esquema. Véanse, por ejemplo, *La patria y el ejército* y *¿Qué es verdad?* (*Ensayos*, tomo VI). En el último hállase este párrafo: "Un día me reprendía un celoso católico lo que él llamaba subjetivismo, y me decía que confundo a la fe con la imaginación. Y se empeñaba en hacerme comprender —repetiéndome argumentos de la más crasa vulgaridad y que estoy harto de sabérmelos de memoria— la diferencia que hay entre eso que él llamaba —apartándose en tal nomenclatura de los cánones de su escuela— fe subjetiva y la fe objetiva. Y yo le dije con calma:

"No se canse usted, amigo, en repetirme todas esas cosas; sé muy bien lo que usted quiere decirme. Y no se canse en argumentarme con silogismos y racionios formales. La fe de ustedes está muriendo ahogada en silogismos. El cáncer de su Iglesia de usted es el racionalismo, ese racionalismo contra el que no cesan ustedes de clamar. Han querido hacer de la religión una filosofía. Cada uno de esos hórridos y áridos sermones en que un ... (aquí el patronímico de un religioso) la emprende con los corifeos de la impiedad moderna, empedrando su conferencia de "es-así-ques" y "luegos" y "queda, pues, evidentemente demostrado", y otras figuras lógicas por el estilo, cada uno de esos desdichados sermones es un nuevo golpe asestado a la verdadera fe. Y en ellas, en esas antirreligiosas conferencias, acostumbran a mentir descaradamente, atribuyendo a esos que llaman impíos cosas que nunca sostuvieron, o hablando de sus doctrinas, teniendo conciencia de no conocerlas sino por vagas referencias. Y esto último es mentir." Del mismo tenor es la *Carta II* a Arzadun.

última instancia, a mecánica. Éste está saturado de espíritu histórico y es el único que comprende y siente el gran principio de la evolución.

El materialismo francés (Lametrie, Holbach, aunque alemán, Littré, y hasta los mismos espiritualistas franceses) representa a aquél. El panteísmo alemán a éste. Para el intelectualismo, radicalmente irreligioso, todo se da en serie y en combinaciones y permutaciones, como los números (aquí entra la escolástica, católica, ortodoxa, intelectualista y materialista en el fondo, buscando a Dios, al Dios relojero, fuera del hombre y del mundo). Para el racionalismo (o cordialismo) radicalmente religioso, todo se da en proceso, en flujo continuo, en unidad profunda, como la vida, y busca a Dios dentro del hombre, un Dios inmanente, no trascendente.

De aquí que las concepciones intelectuales parezcan más claras por ser más superficiales. Y de aquí que sólo el racionalismo, sobre todo el racionalismo alemán, haya comprendido y sentido el cristianismo, que no les entra a esos monos de Europa, como a los franceses llamó Schopenhauer, a ese pueblo dañino, al que debe España cien males por cada bien, a ese pueblo pagano y vividor que alienta la más estúpida vanidad, la de la ignorancia; pues, por ignorancia de lo que los demás son, se cree él superior mentalmente<sup>14</sup>.

Dispense este desahogo de mi *misogalismo*, pero aborrezco a ese pueblo, entre que usted vive, al pueblo de Robespierre, de Montaigne, de Voltaire, donde cayeron en mala tierra las semillas de Rousseau,

<sup>14</sup> El *misogalismo* unamuniano se localizó, entre otras cosas, en el catolicismo francés, el cual, como expresé en páginas más arriba, difiere no poco, en lo que puede diferir, del catolicismo español. Contra los católicos franceses en repetidas ocasiones disparó Unamuno enconados calificativos, lo cual no obstó a que le uniera estrecha amistad con católicos y literatos franceses, como J. Chevallier, M. Legendre y otros. En *Rousseau, Voltaire y Nietzsche (Contra esto y aquello)* escribe: "Lo horrible, lo verdaderamente horrible es el escepticismo volteriano, el que han hecho esos convertidos franceses a los que tan justamente fustigaba Gourmont en el *Epilogo* del número de 1º de este mes de junio del *Mercur de France*. Son convertidos que se convierten para vender un libro. Eso no es más que literatura y cristianismo a lo Chateaubriand, es decir, comedia." Palabras francamente exageradas e injustas. La pléyade de escritores franceses convertidos al catolicismo constituye una prueba indiscutible de la vitalidad espiritual de la Iglesia Católica.

aquel suizo protestante perdido entre franceses católicos. Ahora barbotan espíritu francés Brunetière, Lemaître y compañía.

Tal es, quitando esta arremetida al odioso espíritu francés, el plan de mis conferencias. Y por hoy creo que basta. Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 4 de diciembre de 1901.

### CARTA X DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno,

Mi muy querido amigo: El esquema de sus seis conferencias en proyecto me parece magnífico, y seguramente que las conferencias me han de parecer aún mejor. Conoce mi manía de hablar a los amigos preferentemente de aquello que no encuentro bien en ellos (claro es que, en esta ocasión, apenas puedo decir nada malo de una cosa que sólo en proyecto existe). Y para que vea hasta qué punto está desarrollado en mí el carácter crítico-pedante le confieso que se me han ocurrido varios reparos; y si no los expongo todos aquí es porque, aunque nadie me lo llama y con razón, soy un sabio (por lo menos a ratos) de esos que no sólo saben que no saben, sino que saben también que aquello que creen no ignorar tiene tan poco valor que no vale la pena sacarlo a lucir <sup>15</sup>.

Partiendo, pues, de este principio dejo a un lado las cinco primeras conferencias, que ojalá fueran (¡y la sexta también!) tan provechosas para nuestra raza, como diz que lo fueron para los alemanes las dadas,

<sup>15</sup> El lector de estas cartas ha podido admirar, desde un comienzo, el desenfado con que Ilundain critica las obras literarias de Unamuno. Si esto sucedía entre amigos, puede colegirse lo que ocurriría entre enemigos. Con verdadera ferocidad se destrozaban mutuamente en España, en el primer cuarto de este siglo, los hombres de letras. El mismo Unamuno calificó de tauromáquica la violencia en la crítica, y pretendió explicarla por la índole del alma española que goza de la austera hermosura del páramo, del trágico drama taurino, y del Cristo ensangrentado. (*El Cristo español en Mi religión y otros ensayos*).



cien años hace, por Richter. Y allá va algo de lo que se me ocurre acerca de la última, que será seguramente la que más dará lugar a discusiones, por tratarse de un asunto en el que se creen maestros hasta los niños de teta. Y es el caso que, si mal no recuerdo, no voy a decirle nada nuevo, sino repetir lo que en alguna o algunas de mis anteriores, y no recuerdo a propósito de qué, le he dicho.

¡DÉJESE DE TRIQUÍNELAS,  
PROFESE ATEÍSMO LIMPIO!

No sé si le he entendido bien, pero me ha parecido que usted al querer descubrir todo su pensamiento en esta materia trata de mostrarse cristiano, mas no católico. ¡Paños calientes y nada más! Habrá muy pocos que le entiendan y menos que le sigan; y sus razones serán semillas arrojadas en un cascajo.

Es indudable que en el cristianismo (y en todas las otras religiones y sectas también) hay algo de más grande y profundo que lo que pudiera figurarse cualquier pazguato de esos que sólo conocen media docena de argumentos de Voltaire, o *El Motín*, o que han leído a Wolney, Nordau, etc. Se disparata y se seguirá disparatando contra el cristianismo como contra todas las religiones existentes, por la sencilla razón de que todas lo merecen, no por lo que de hermoso ideal tienen en su punto de partida, ni por lo que de grandioso guardan en su fondo, sino por lo que, una vez cristalizadas, son hoy de hecho todas ellas, todas sin excepción.

A pesar de las apariencias en contrario, los días de las religiones actuales, tal como son, están contados. ¿Rehacerlas? Imposible, aunque muchos Tolstoís se han de estrellar aún en tal empresa. ¿Crearlas nuevas? Más imposible aún, si en lo imposible cupiera un más. ¿Conservar los viejos nombres de Dios, alma, inmortalidad, etc.? ¿Para qué, si no es para inducir al error, puesto que tales palabras no pueden ya significar ni remotamente la primitiva idea a que se las aplicó?



Mal que pese a nuestras tendencias atávicas, sólo el ateísmo (que si es una negación como palabra no lo es de hecho), que no es seco y estéril, sino todo lo contrario, puesto que haría que el amor a una quimera (Dios) y nuestra tendencia, no innata sino sugerida, a la continuación indefinida de nuestro yo fueran substituídos por el amor a la vida, a la humanidad y a la perpetuación de nuestro yo en la especie; sólo el ateísmo, repito, unido a la hermosa moral que de él puede hacerse desprender, es por ahora una solución y lo seguirá siendo tal vez para siempre.

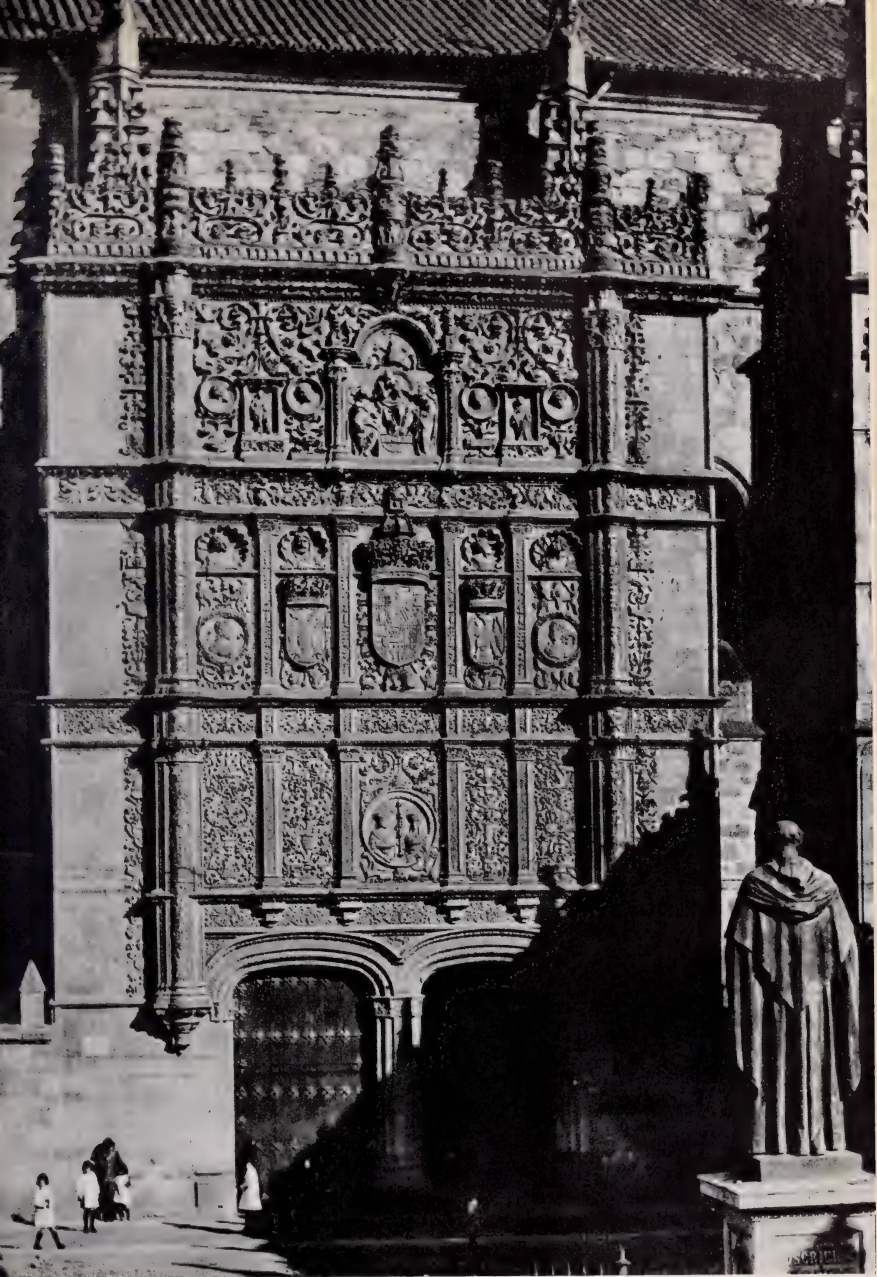
Y, por lo que respecta a España y sus razas, es la única solución, la sola que puede producir un cambio, es decir, un movimiento en su larga quietud.

¿Cómo quiere usted, o lo pretende, redondear el anguloso carácter español, haciéndole susceptible y apto para apreciar los matices? ¡Trabajo le mando! ¿Catolicismo, término antitético de Cristianismo? ¡Protestante! ¿Buscar a Dios dentro de sí mismo? ¡Panteísta!

Y ojalá me equivoque, pero no conseguirá usted que se apeen, nunca o casi nunca, sus oyentes de estas clasificaciones cerradas. Déles, pues, soluciones cerradas.

¿Recibió usted la última *Revue* que le envié, la que traía un capítulo de una de las obra póstumas de Nietzsche? No soy partidario *sine conditione* de este filósofo, en parte por lo que me parece tiene de insincero; pero me subyuga, cuando le leo, por lo que en él hay de grande, atrevido y valiente. ¿Hice bien en enviarle ese capítulo? Fué, en todo caso, creyendo que de algo podía servirle si no lo había leído antes.

Me figuro que entre Herrmann y Nietzsche debe haber, cuando menos, una ligera diferencia al apreciar el cristianismo; y, aunque no conozco a Herrmann, casi estoy por asegurar que me había de inclinar a Nietzsche. Y esto es todo cuanto tenía que decirle, por ahora, a este respecto.



Lám. 18.—La Universidad (Salamanca).

FRANCIA NO ES PARÍS.  
 CATOLICISMO DE ANCHAS  
 TRAGADERAS ES EL FRANCÉS

¡Pasemos a Francia! Inducen a error las cosas miradas a distancia, y por mirar así a los franceses se muestra usted tan severo con ellos. París no es Francia, y apenas si pertenece a Francia. París es París. Entre el francés que vive en París y el que vive en Francia hay por lo menos la misma diferencia que entre el español que vive en Buenos Aires y el de Vitigudino, pongo por caso<sup>16</sup>.

Juzgar a los franceses dóciles y mansos por lo que se escribe, piensa y hace en París es un error y una injusticia. ¿Que París influye con influencia nociva no sólo en Francia sino también en otras muchas naciones? Es gran verdad. Pero ni a éstas ni a aquélla pueden ni deben achacarse, y menos en globo, los vicios, errores y defectos de París. Eso hace o hacía Aranaetagoiri con los españoles; no veía en todos ellos más que *madrileños-chulos* de la más baja estofa. Y no quiero equiparar a usted con este señor que obraba de mala fe por sistema o perversión.

Estoy cada vez más lejos de ser afrancesado a pesar de tener dos hijos nacidos aquí. Pero, como usted predica: "¡La verdad ante todo", siga la verdad<sup>17</sup>. Entre el provinciano francés y el ídem español no he encontrado otra diferencia que la que ahí mismo puede existir

<sup>16</sup> Indudablemente París no es Francia o, dicho mejor, Francia no es París. Era perfectamente justa la advertencia de Ilundain. Unamuno la tomó en cuenta y trató de distinguir lo uno de lo otro en sus escritos posteriores. "En los dos ataques de crítica agresiva, según el señor Montenegro la llama, que he dirigido a dos chilenos, fué que ambos me tocaron en dos de mis puntos doloridos, en dos que estimo dos fatales errores de no pocos hispanoamericanos, y no sólo chilenos. Es el uno la fascinación que sobre ellos ejerce París, como si no hubiese otra cosa en el mundo y fuera el foco, no digo ya más esplendente, sino único de civilización. Es manía que he combatido muchas veces, encontrando para ello fuerza en la manía contraria de que acaso estoy aquejado. Pues no he de ocultar que padezco de cierto misoparisienismo, que reconociendo lo mucho que todos debemos en el orden de la cultura a Francia, estimo que lo parisienne ha sido, en general, fatal para nosotros." *Algo sobre la crítica (Contra esto y aquello)*.

<sup>17</sup> Recoge las afirmaciones de Unamuno, en *Carta VIII*, pág. 333 y siguiente.

entre las gentes de buena posición y las pobres de remate. En general, y para los efectos del conjunto, puede decirse que todos los franceses son ricos y todos los españoles pobres. ¿Diferencias morales entre franceses y españoles? Pues nada más que las que crea la posición y el bienestar. ¿Ligero el espíritu francés? Según y conforme. Menos serio que el castellano, tal vez; pero más pesado y rudo.

No son sólo las ideas de Rousseau las que no han hecho mella alguna en este pueblo, pero ni siquiera las revoluciones por que ha pasado. El fondo francés, no parisién, sigue siendo (a pesar de todo, Voltaires inclusive, y por encima de todo) católico por excelencia, con moral de anchas tragaderas, eso sí. Porque su Dios, el Dios de los franceses, (*le bon Dieu!*) no es el Dios padraastro de nuestros curas españoles, sino todo lo contrario. Es el francés antiigualitario por esencia; patriota o, si se quiere, patriotero, quizás por necesidad; apegado al metal, como ningún otro, mientras no se trate de satisfacer su vanidad; bueno y dulce y malo y cruel, como rebaño que aún conserva las marcas del esclavo; y, en fin, refractario como el que más a toda novedad a pesar de las apariencias en contrario.

Por lo demás, París es para los franceses lo que sería para una aldea un palacio habitado por madrileños que no fueran a misa. Ante los extraños, se mostrarían los aldeanos orgullosos de que en su pueblo hubiera tal palacio, y contarían de él montes y maravillas. Pero, entre ellos, se pasarían la vida murmurando y renegando de todo lo que allí se hacía y se dejaba de hacer; y atribuirían a su nefasta influencia todos sus contratiempos. Les harían culpables de los truenos y granizadas y hasta del burro que se les muriera...

Fuera de esto, cuanto malo dice usted de los franceses y lo mucho más que podría amontonarles, sin ser injusto, cuadra perfectamente a los de París y a los que viven la vida refleja del mismo, sean franceses, españoles o americanos. Me figuro que sólo a éstos ha querido usted referirse.

Nuestro amigo Soto y Calvo, a quien hace muchos meses que no veo, tuvo la amabilidad de enviarme su último libro *Nostalgia*, que supongo habrá usted recibido también, y esto me excusa hablarle de



su contenido. ¡Lo he leído! De su contenido se me ocurre que, como extensión, nada tiene que envidiar a las dos Américas juntas. ¡Una novela de seiscientas páginas, en *verso*, en tiempos tan prosaicos, y destinada a un pueblo al que en cuestión de libros sólo le interesan seriamente los de *Debe* y *Haber*! ¡Cuántos, cuántos se guardarán el libro sin cortarlo siquiera; y de los que a tanto se atrevan, cuán pocos los que lo leerán del principio al fin! Esto sucederá irremediamente, y lo siento de veras, porque su simpático autor merece otra cosa, y el libro, salvo sus proporciones, también.

Por las últimas noticias de los periódicos, parece que el movimiento de Barcelona está ya ahogado. ¿Conoce usted algún detalle íntimo de lo que allí ha pasado? ¿La anarquía, los anarquistas? ¡Horror de los horrores! Excremos y maldigamos a tales hombres y a tales ideas, porque... ¡son los vencidos de hoy! Mañana, cuando sean los vencedores, quizás encontremos que por ahí se vislumbraba algo de lo que será el mundo cuando la civilización deje de ser una palabra vacía de sentido.

Y en esto que queda acá para usted escrito he pasado casi entera la tarde del domingo 23 de febrero del año de gracia de 1902. ¡Único tiempo libre de un esclavo moderno, que a veces sueña que no lo es, y que cree que no sólo de pan vive el hombre! Le abraza su muy amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

Noisy-le Sec, 23 de febrero de 1902.

## CARTA X DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Don Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: He pasado cinco días con Areilza y otros dos amigos de Bilbao, de excursión por los *arribes* del Duero. ¡Hermoso país! Es una inmensa quebradura de terreno por donde va despeñado el río, entre España y Portugal. Inmensas *fayas*, cuchillos o tajos hasta de 500 metros, cascadas, rompientes, etc. ¡Cinco días de solearnos y airearnos!



ACREDE AL INTELEC-  
TUALISMO CATÓLICO

Cuando tenga esta carta en manos habrá ya recibido mi *Amor y Pedagogía*; ¡un desahogo! Cada día aborrezco más al intelectualismo. Para mi libro *Religión y Ciencia*<sup>18</sup> dejo el embestirlo. Allí la contestación a su última carta, *con cuyo sentido estoy en absoluta discrepancia*.

Conozco *De Kant a Nietzsche* de Gaultier, y me parece, además de superficialísimo, detestable. Se respira un francesismo repulsivo<sup>19</sup>. Ese desgraciado cree pertenecer a una casta superior, porque caminan al estado de los pueblos búdicos, en quienes ha triunfado ese mortífero *instinct de la connaissance* que es el instinto del engaño. El Nietzsche es un gran poeta, pero un pensador de una debilidad extrema. El infeliz Gaultier no siente la crítica de la razón práctica. Es en el fondo —y él mismo lo vislumbra— un católico. Si Francia quiere salvarse tiene que protestantizarse. No se puede pasar al racionalismo vivífico sino por el protestantismo. Todo lo demás es caer en Voltaire.

Cada día toma mi fe un carácter más concreto y más histórico, y me aparto más de vaguedades. Estoy restableciendo a Dios en mi conciencia, al Dios personal y evangélico (que surge de entre las ruinas

<sup>18</sup> Uno de tantos libros prometidos pero no escritos, pues, como es razón, no podía cumplir todas sus promesas. Cien años no le hubieran bastado para dar redacción a cuanto prometió. Los muchos materiales allegados para una proyectada *Vida de San Ignacio de Loyola*, los aprovechó en su *Vida de Don Quijote*. Cuanto dato tomó para su *Tratado del amor de Dios*, que muy luego sacará a relucir y cuyo solo anuncio levantó espesa polvareda, lo aprovechó en *Del sentimiento trágico de la vida*. Así se lo dirá a Ilundain en carta posterior. Los apuntes para *Religión y Ciencia* sin duda ninguna sirvieron de material a los ensayos *Religión y ciencia* (*Ensayos*, tomo III), *Los naturales y espirituales* (*Ensayos*, tomo V), *Intelectualidad y espiritualidad* (*Ensayos*, tomo IV).

<sup>19</sup> No sentía tan desfavorablemente sobre este libro dos años antes. (Véase en págs. 307 y 322; y más abajo en 376). Más que por su obra *De Kant a Nietzsche*, en la que toma partido por un monismo idealista y un culturalismo nietzscheniano, es conocido Jules Gaultier por sus estudios literarios. Algún renombre logró conquistar con su doctrina sobre el bovarismo, según la cual el hombre mediante autohipnosis puede alcanzar cierta dualidad del yo. Por supuesto, esta peregrina tesis hizo las delicias del dilettantismo parisino y de las *demimondesas*. Las veleidades gaulterianas tuvieron vida efímera. Era muy lógico que Unamuno arreciase contra Gaultier, quien aun en sus libros filosóficos mostrábase resabiado de bovarismo, es decir, de filoparisienismo.

del Ente realísimo de la escolástica), al Padre de Cristo. No hay para los pueblos modernos salud fuera del cristianismo. Las diatribas de Nietzsche contra éste son inocentes, porque provienen de una profunda ignorancia. Nietzsche o no sabía lo que es el cristianismo o fingía no saberlo. Se muestra casi tan ignorante como ese animalote de Haeckel, quien, cuando se lo saca de sus zoologías, divierte por las tonterías que dice.

Lo que de los franceses me dice usted confirma mi antipatía hacia ellos. Ese pueblo avaro, *bon vivant*, lleno de *bon sens*, me apesta. Me han enseñado a repugnarlo sus clásicos, su Zola (que es la cabeza más antifilosófica y el pensador más ramplón), su Loti, su Bourget, su Rostand y sobre todo esos Barrés, Brunetière, Lemaître, y demás *chauvins* y los *chroniqueurs*. Acaso sea Hanotaux quien mejor pinta al pueblo francés y sus virtudes, y estas virtudes mismas me disgustan<sup>20</sup>.

#### SUBSTRACCIÓN DE FONDOS EN LA UNIVERSIDAD

He pasado una temporada de disgustos, sinsabores y algo más. Se descubrió en esta Secretaría una filtración de fondos de las Facultades Libres que iban a parar al bolsillo del Oficial 1°. Filtración que arranca de quince años. ¡Cosa de doce mil duros! Todos teníamos puesta en él confianza absoluta y ni el Ayuntamiento, que es el principal perjudicado, lo sospechaba. Quise arreglarlo; le llamé, le di un plazo; fué a Madrid; mandé prenderle allí; se le soltó; vino,

<sup>20</sup> Albert Hanotaux fué indiscutiblemente uno de los políticos franceses que, por su condición de diplomático y su notable versación en la literatura y en la historia de Francia, han colaborado más a la hegemonía de su país en la cultura universal. Es autor de numerosos escritos. Visitó muchas veces España, llegando a cobrar aprecio a este país. Propició la armonía entre las naciones continentales para contrarrestar el auge cada vez mayor de Inglaterra. Adquirió justa resonancia su libro *La paz latina*, publicado en 1903. Al citarle, Unamuno tiene presente, sin duda alguna, sus notables estudios históricos sobre el XVI y el XVII francés, en los que analiza con suma agudeza las modalidades étnicas de sus compatriotas.

y está en la cárcel. A todo ello conferencias, intervención intempestiva del Juzgado, liquidación, sesiones municipales, etc., y lo peor de todo que me coge el daño. Era tal, en efecto, el engaño en que vivíamos que, para cubrir atrasos justificados del material, autoricé un adelanto de cinco mil pesetas de los fondos universitarios; y ahora me encuentro con que tendré que responder de ellas. Ese pellizco de mil duros me ha partido y me atrasa lo menos en un par de años. Me ha caído cuando empezaba a nivelar mi presupuesto familiar, a arreglar mis asuntos (satisfechas unas deuditas), y cuando me ha venido el séptimo retoño, una hija.

Voy a Madrid a ver si arreglo en parte el asunto con el Ministro y evito que sea el quebranto tan grande; pero lo dudo, a pesar de los deseos de Romanones. Sin un buen pellizco no me escapo, y esto me obliga a trabajar más y activar la publicación de mis obras en proyecto. Voy a recoger lo que anda disperso y darlo en volúmenes. Y es triste cosa que sea para pagar culpas y excesos ajenos.

Por lo demás el sustractor es un desgraciado, y su historia muy sugestiva, aunque muy vulgar. Al caer se ha desencadenado sobre él la maldad de las gentes honradas que, temiendo que el cielo sea demasiado chico para contenernos a todos, han ideado el infierno, para poder estar en aquél más anchos. No aprecian el premio si no hay castigo para el prójimo.

Tengo que escribir a Soto y Calvo, a quien no supongo muy satisfecho de mi crítica. He querido ser justo y advertirle para que cambie de rumbo; *Nostalgia* es una equivocación, y él debe hacer otra cosa. Y lo siento, porque me es muy simpático. Lo de la crítica de libros americanos me pesa cada vez más, pues me cuesta mucho ser severo y hay que serlo. En general valen poco.

Tengo gran curiosidad por ver cómo cae mi *Amor y Pedagogía* y qué dicen de ella. Aquí, en España, sorprenderá a muchos que creían tenerme ya encasillado.

Sabe que le quiere su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 13 de mayo de 1902.

## CARTA XI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: A un mismo tiempo recibo su carta del 13 y su libro *Amor y Pedagogía*. Creí llegado para mí el momento de llenarle a usted de elogios, ya que tantas veces, por haber sentado plaza de sincero, le he dicho cosas más bien desagradables. Y héteme aquí disgustado de mi papel de aguafiestas y forzado a serlo de nuevo, si no prefiero decir lo que no siento, que en mi pueblo llaman mentir.

## “AMOR Y PEDAGOGÍA”

## NOVELA EQUIVOCADA

Me puse a leer *Amor y Pedagogía*, una noche después de cenar; y cuando apenas iban pasadas veinte páginas, lo dejé, porque la impresión que me producía era mala; y, sospechando que la digestión pudiera ser en parte la causa, preferí concluirlo al siguiente día (domingo), como lo hice. La mala impresión persistió y tuve tentaciones de agarrarme al santo anhelo de desnudar el alma, tomar la pluma en el acto y decirle crudamente lo que en aquel instante sentía y creía la verdad. Pero pensé: ¿Y esto que hoy creo verdad me lo parecerá mañana? ¿No me habré colocado en un punto de vista desde el cual resulte el libro una equivocación? ¿No podría suceder que cambiando de postura o rumiándolo mejor acabara por ver blanco lo que creí negro?

He dejado pasar unos días; he digerido el libro; lo he releído; hoy pienso que hay en él cosas con las que bien hubiera podido hacerse hasta una obra de arte *ad usum anglicanorum*, y aun para éstos me parece que sobra trama, sobran esos personajes, sobra esa forma novelesca, y sobran otras muchas cosas. Escribir álgebra en verso es echar a perder el álgebra y el verso.

¡Hacer pensar, hacer pensar! ¿Para qué? ¿Y por qué eso y no otra cosa? Yo creo más bien que a lo hecho por usted le llamarían por aquí afán de *épater le bourgeois*. Verdad que de estos aborrecibles no se puede esperar otra cosa.

No quiero meterme en detalles que me llevarían muy lejos y me harían decir cosas que no quiero. Con mi *Paz en la guerra* y mis *Meditaciones* me quedo, esperando *Ciencia y religión* y sus *Conferencias*.

Después de todo *Amor y Pedagogía* puede no ser una equivocación más que para mí. Cuestión de que sea sólo yo quien tal diga (y en carta particular); pues aunque hubiera muchos que piensen igual que yo, si, en vez de contarle al público pagano y único para quien debía escribirse lo que realmente sienten, dicen lo que la amistad, el hoy por ti . . . , la conveniencia, la insinceridad, los compromisos, etc., etc., les aconsejan, es muy probable que el único equivocado resulte yo, de lo que me alegraría con toda el alma.

Malo es sin embargo que los críticos digan una cosa y el público crea ver otra, porque las consecuencias las pagaría su próxima obra. ¿Que esto le importa a usted muy poco?, ¿que se le da una higa del público? Pues no he dicho nada.

¡ME PREOCUPAN SUS  
MANÍAS RELIGIOSAS!

Hay en usted algo que me preocupa, y es su estado moral, idéntico al en que se encontraba cuando publicó *Paz en la guerra*. Todo se le vuelve hablar de eso que llama cristianismo, de su fe más o menos purificada, del restablecimiento de Dios en su conciencia, de teología . . . escolástica y todo, de mortíferos libros de mística, y de guiringainas por el estilo. Si yo tuviera un hijo en esas circunstancias, le obligaría a leer, aunque le repugnara, toda la Biblioteca del antiguo *Motín*, Voltaire inclusive, y a meditar en la *Pluralidad de mun-*



dos, habitados o no, *Dios ante el sentido común*, etc. Tontería por tontería, me quedo con ésta como más inofensiva.

Búrlese lo que quiera de mi consejo; pero tenga muy presente que en el fondo de usted hay un fraile dominico. Si no domina usted pronto y bien su temperamento místico-religioso, acabará éste por extravíarle por completo. En las circunstancias actuales, una desgracia o un gran revés bastarían para echarle nuevamente en brazos de cualquier zafio confesor que por única medicina le obligaría a rezar el rosario, a empuñar un cirio en las procesiones, y a renegar de todo liberalismo. “¡Caíste y caerás!”

¿Protestante? O se cuelga usted su etiquetita (y entonces me río yo del libre albedrío y tanto me da ser católico), o se convierte en su propio pontífice (y esto resultará tan seco como ser simplemente ateo). ¡Ya me lo dirá usted al primer contratiempo! Puede reírse de todo esto cuanto le venga en gana. Acabe de convencerse de una vez que no soy más que un mentecato, sin suficiente altura de miras para saber discurrir prescindiendo de la estúpida lógica y ni siquiera del aborrecido sentido común. Con tal bagaje no se va a la gloria, ni aun tomada en el sentido de cielo, pero se consigue hacer llevadera esta vida, y a eso estamos.

¿He dicho otra necedad? No importa. Repito que *cayó usted una vez*, y que pronto *caerá la segunda*. Lo sé y lo veo, como supe, vi y le anuncié su famosa conversión, que sorprendió a muchos y a mí me pareció la cosa más lógica y natural del mundo. “¡Caíste y caerás...!” Pero no para siempre, porque las religiones son impotentes para consolar de una manera duradera las enfermedades de un espíritu el cual cuenta a su servicio una gran inteligencia que comió la manzana <sup>21</sup>.

<sup>21</sup> No sin ingenio Ilundain le vuelve la pelota a Unamuno aplicándole la frase y machacándosela puesta por éste en boca del protagonista de *Amor y pedagogía*. Desde hacía tiempo venía preocupando a los amigos de Don Miguel el sesgo, equivocado para ellos, y además peligroso y rayano en lo patológico, que iba tomando su religiosidad. Para peor por este tiempo (según se echa de ver por esta carta concordante con lo que me dijeron en Salamanca viejos amigos del pensador) Unamuno había vuelto a sus misas y comuniones. Iba a cumplir los treinta y nueve años. Las conversiones opera-



¿Qué otra cosa es sino una autosugestión, con vistas al Nirvana, el dejarse dominar y ocuparse constantemente del más allá, de Dios, del cristianismo místico, o teológico si quiere, de la muerte, etc., etc.? ¿Y por qué la miserable partícula que es el hombre ha de creer con insano orgullo que hay para él un más allá (con todas sus consecuencias) que no concede al perro o al sapo? Y demos que tal más allá fuera una cosa segura y cierta, ¿por qué habré de sacar como consecuencia que debo sacrificar mis gustos y necesidades presentes a ese futuro desconocido? ¡Siempre inventando ídolos!

**¡DESPREOCÚPESE DEL MÁS ALLÁ  
Y DÉSE AL “BONVIVANTISMO”!**

La *joie de vivre*, sí, señor, sí, debe usted procurársela si no la tiene y aunque le repugne. Alegrarse, alegrarse, alegrarse, sentirse contento de vivir, amar la vida, le es más necesario que el pan que come. ¿No lo entiende así?, ¿no quiere o no lo procura? Piense que en tal caso podría llegar a ser, aun sin quererlo, su propio verdugo y aun el de los que le rodean y de su sustancia viven.

Demuestra usted mucho odio a los franceses, y esto me tranquiliza un poco. El que odia no está lejos de amar. Siga odiándolos, que tal vez de ese modo llegue a empaparse en su *bonvivantismo*, que

das en Bilbao, en el septenio 1884-1891, no pudo Ilundain preverlas ni anunciarlas, pues no tenía por aquel entonces la menor idea acerca de Don Miguel.

De consuno convinieron los amigos en curar a Don Miguel aplicándole cada uno sus métodos propios. Areilza, como médico, atacaría por el flanco de la salud. Le persuadiría que se trataba de una neurastenia maligna, la cual podía tener desenlace fatal. Muy luego había de encontrarse con Unamuno. Dejaba para entonces irle a la carga al maniático, hasta conseguir sacarlo de sus ultratumberrías. Ya veremos el resultado de esta ofensiva.

Por su parte Jiménez Ilundain se propuso escribirle una de esas cartas desenfadadas que eran de su especialidad. No tenía el navarro pelos en la lengua, ni en la pluma, y sabía cantarle al lucero del alba las verdades del barquero. ¿Qué mella iba a hacer en el espíritu de Unamuno esta andanada antirreligiosa? Por supuesto, ninguna. Toda la prédica *bonvivantista* y *bonsensista* de Ilundain ni le rozó siquiera al sentimentalista trágico. ¡Era hombre muy duro de pelar! ¡Las ultratumberrías las llevaba en lo hondo del alma! ¡Eran su esencia!

tanto bien haría a uno como usted. La alegría es sana, es joven, es simpática y es agradable. La tristeza es senectud, enfermedad, antipatía. Pero no sé a dónde diablos voy a parar, ni para qué digo todo esto, sabiendo, como sé, que aconsejar es a menudo sugerir a otros las propias necesidades; y que, aunque así no fuera, en este caso mis consideraciones todas no le harán inclinarse ni detenerse un ápice en el camino que sigue.

Se me olvidaba darle las gracias (y por aquí debí haber empezado) por la atención del envío de *Amor y Pedagogía*, y decirle que hay una cosa que me ha gustado de veras en este volumen y es su Cocotología. (¿No la llama usted así?)

Siento mucho lo de la filtración y espero y deseo que no tenga usted las consecuencias que teme. ¡Alegría que es salud, alegría que es paz, alegría que es tranquilidad le desea su siempre buen amigo que le quiere!

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 22 de mayo de 1902.

## CARTA XI DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Don Pedro Jiménez Ilundain.

Mi querido amigo: Habrá ya recibido, aunque acribillado a erratas, mi discurso de Cartagena. Como el efecto de éste es lento, aún no ha empezado a sentirse. Además en este país, en que subsiste la superstición de la bicha, pudiendo hablarse de la culebra, sin nombrarla, puede decirse cualquier cosa con tal de evitar ciertos nombres. Cuanto de religión dije pasó como una seda, y si llego a decir que hay que protestantizar a España se me escandalizan.

Hacía bien Spinoza en escribir en latín para que le entendiesen pocos. Los que no entienden las cosas si no se les ponen brutalmente claras, no merecen entenderlas. Una vez me preguntó uno si creo en Dios. Le respondí que no, porque de haberle dicho que sí se habría

formado de mi estado de ánimo a tal respecto una idea más falsa que diciéndole que sí. Pues yo no creo ni en su Dios ni como él cree. Para claridades en bruto ahí está el insoportable y grosero *fumiste* Laurent Tailhade.

“¡TENGO SED DE ETERNIDAD!”

“Y ¿por qué la miserable partícula que es el hombre ha de creer, en su insano orgullo, que hay para él un más allá, etc.?”

No veo el orgullo, ni sano ni insano. Yo no digo que merecemos un más allá, ni que la lógica nos lo muestre; digo que lo necesito, merézcalo o no, y nada más. Digo que lo que pasa no me satisface, que tengo sed de eternidad, y que sin ella me es todo igual. Yo necesito eso, ¡*lo ne-ce-si-to!* Y sin ello ni hay alegría de vivir ni la alegría de vivir quiere decir nada. Es muy cómodo eso de decir: “¡Hay que vivir, hay que contentarse con la vida!” ¿Y los que no nos contentamos con ella? Después de todo no soy triste<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Estas palabras estupendas sintetizan el capítulo tercero, *El hambre de inmortalidad*, de *Del sentimiento trágico de la vida*. Acaso pensando en Ilundain, y dando amplísimas sonoridades a los párrafos de esta carta, escribiré doce años después en el libro citado: “¿Que es arregosto de vivir la *joie de vivre* de que ahora nos hablan? El hambre de Dios, la sed de eternidad, de sobrevivir nos ahogará siempre ese pobre goce de la vida que pasa y no queda. Es el desenfrenado amor a la vida, el amor que la quiere inacabable, lo que más suele empujar al ansia de la muerte. Anonadado yo, si es que del todo me muero —nos decimos—, se me acabó el mundo, acabóse. Y ¿por qué no ha de acabarse cuanto antes, para que no vengan nuevas conciencias a padecer el pesadumbroso engaño de una existencia pasajera y aparential? Si deshecha la ilusión del vivir, el vivir por el vivir mismo, o para otros que han de morir, tampoco nos llena el alma, ¿para qué vivir? La muerte es nuestro remedio. Y así es como se endecha al reposo inacabable por miedo a él, y se le llama liberadora a la muerte...”

“Y vuelven los sensatos, los que no están a dejarse engañar, y nos machacan los oídos con el sononete de que no sirve entregarse a la locura y dar coces contra el aguijón, pues lo que no puede ser es imposible. Lo viril —dicen— es resignarse a la suerte, y pues no somos inmortales, no queramos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebreciendo y entristeciendo la vida. Esa obsesión —añaden— es una enfermedad. ¡Enfermedad, locura, razón... el estribillo de siempre! Pues bien, ¡no! ¡No me someto a la razón y me rebelo contra ella, y tiro a crear, en fuerza de fe, a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los

No sacrifico mis gustos y necesidades presentes a un futuro desconocido, ya que mi mayor gusto y mi mayor necesidad presente es pensar en el más allá. San Simeón Estilita hallaba su gusto y necesidad presente en su columna; y no sé por qué había de sacrificarlos a una *joie de vivre*, que no sentía. No me explico que el que prefiere el placer de cierta clase (comer o beber bien) censure al que prefiere otro (masturbarse la mollera con teología o darse de zurriagos). ¿Quién entiende mejor la vida? ¡Cada uno la suya! Y, en el fondo, los sensuales son más tristes que los místicos. Yo vivo contento con mis místicas.

No odio a los franceses; me molesta que les concedan importancia. Un abrazo de su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 10 de agosto de 1902.

## CARTA XII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: No con ánimo de dar satisfacciones a quien ni me las pide ni creo que las necesita, y menos por darme el gusto de censurar a un amigo que aprecio, sino pura y simplemente por dejar las cosas en su lugar, empiezo por lo que sigue<sup>23</sup>:

astros, porque si tuviéramos fe como un grano de mostaza, diríamos a ese monte: pásate de ahí, y se pasaría, y nada nos sería imposible! (Mat., XVII, 19)."

Este párrafo genuinamente unamuniano, con el grito *¡lo ne-ce-si-to!*, deja ver el fondo del alma del hambriento de eternidad.

<sup>23</sup> Fué un fracaso rotundo la campaña emprendida por sus amigos para *desallendizar* a Don Miguel, para sacarlo de sus pensamientos sobre la muerte, la eternidad y Dios, incitándolo a hartar con pan de goce terrenal su insaciable hambre de inmortalidad. En el verano de 1902, como era su costumbre, Don Miguel trasladóse a Bilbao buscando el fresco de la costa para adelantar en sus publicaciones. Reservaba de ordinario, para tomarse descanso, el otoño, la mejor época en Salamanca.

El veraneo en Bilbao le puso a tiro de Areilza, quien adolecía de un materialismo en nada inferior al de Ilundain. En el grupo de amigos descollaba Areilza por su ingenio chispeante, y eran temidas sus pullas y sus humoradas. Como médico logró no poca notoriedad. Ilundain había cifrado en él mayores esperanzas que en el mismo Unamuno.

GRAVE INCIDENCIA A RAÍZ  
DE UN MALENTENDIDO

Parece que nuestro buen Barco, en su último viaje a Salamanca, se mostró algún tanto duro y un si es no es agresivo con usted. Atribuyo por mi parte tal acometividad en tan pacífico ciudadano a una

vaticinando un gran escritor. No resultó así. Sobróle ciertamente talento pero careció del tesón y la constancia que son para el escritor el fundamento de su grandeza.

Fracasó rotundamente en todos sus conatos de sacar a Unamuno de sus ideas y de convertirlo en uno de tantos aquejados del mal del siglo, el materialismo, y entregados a "coronarse de rosas antes que se marchiten", como dice el Eclesiastés. La feroz oposición de ideas y las repetidas cargas que mutuamente se llevaron ambos hombres enconó sus espíritus, poniéndolos a pique de romper la amistad.

En una larga carta de Areilza a Ilundain, fechada el 13 de junio de 1902, traza el médico una sangrienta etopeya del Rector de Salamanca. Voy a transcribirla, porque expresa, mejor que todo un volumen, la ferocidad con que aquellos hombres se clasificaban. Unamuno en esos años había publicado ya tres o cuatro libros. Estaba amaneciendo su sol en España, sol que había de iluminar a toda Europa. Areilza ciertamente no imaginaba la notoriedad que muy luego conseguiría su contrincante; de haberla sospechado hubiera sido más parco y prudente en su juicio.

"Me pide detalles de la vida interior de nuestro amigo Unamuno, para darse cuenta de muchas cosas que escribe; y hoy, que estoy de temple y dispongo de tiempo, voy a emborronar unos pliegos para que los lea el domingo, si sus quehaceres se lo permiten.

"El hombre acaba sus dudas creyendo lo que más le conviene. Así se forma la fe interna. Había un loco que, en Madrid, presenciaba siempre el sorteo de la lotería nacional, y, al anunciarse el número premiado, decía: "¡Caramba, mi número!" Daba un par de volteretas, marchando a su casa alegre como unas pascuas, persuadido que le había caído el premio gordo. Éste es el fondo de la psicología de nuestro amigo. Su fe novísima, su odio a la ciencia positiva y su apego al funcionarismo del Estado arranca de ese hondón. No le creo insincero; al contrario. Dice siempre lo que cree. Pero es que termina por creer aquello que más le satisface obedeciendo al proceso inconsciente que inculca y graba en el cerebro la mayor parte de nuestras ideas madres.

"Se manifiesta ese proceso preparador de sus nuevas creencias por la inquietud y angustia filosófica ante los problemas pavorosos de la existencia y de la no existencia. En sus primeros tiempos de positivismo *enragé* le sonreía la vida en forma de un tío sevillano muy rico, sin herederos; pero aquél murió sin dejarle nada y tuvo que buscar nuevos horizontes, puesto que su familia tampoco andaba bien, después de un negocio de panadería en que se hallaban metidos. Hizo oposición cinco veces antes de obtener plaza; y, por entonces, se casó a disgusto de la familia con una novia de la niñez, más buena que lista, más graciosa que guapa y más económica que rica. Su ensayo de padre le dió el hidrocéfalo, y su ensayo de novelista pérdidas de dinero, nublándosele esta vida mientras permanecía cerrada la otra por sus convicciones positivistas.

"El tiempo corrió y las necesidades aumentaron al punto de contraer deudas, sur-



francesitis aguda que ha tiempo padece, y que sin duda el tufillo del terruño la exacerbó. Sea de ello lo que quiera y viniendo a lo que me atañe, resulta, por confesión del mismo Barco, que me hizo intervenir en la discusión (o lo que fuere) y por lo visto no acertó a ser exacto en algún dicho que me atribuyó y que se me antoja rectificar por aquello de que cada santo debe aguantar su vela.

Supóngase usted, y supondrá bien, que yo haya dicho, por ejem-

giendo entonces la espantosa crisis que le puso a las puertas de la Santa Eucaristía, con carácter casi patológico. Pero aquella inquietud tumultuosa había removido, como él dice, el hondón primitivo religioso, sacándolo a la superficie, y así sus ansias fueron serenadas. Desde el momento que la fe era la única capaz de templarlas es muy natural que la buscara o la hiciera reaparecer. El alma humana tiene derecho a encontrar donde pueda lo que necesita.

"Ha consumido la vida en conocer ciencia positiva, que es fría e inexorable; y como no le ha proporcionado gloria ni tranquilidad de espíritu, la odia a muerte; la odia tanto más cuanto la tiene dentro; es la espina dolorosa que mortifica su fe, pero de la cual no podrá desprenderse porque constituye el fondo de su gran saber y de su valía. Achaque es éste muy humano; odia el comerciante, que adquirió nombre y dinero, al comercio que lo engendró; el artista dramático al teatro; el médico su carrera. Y cuando más grande es el dominio del terreno que cultiva, más pobre le parece su ideal y sueña en buscar otros más lejanos y nebulosos.

"Su último libro (*Amor y Pedagogía*) es una prueba de cuanto digo. Pese a la incoherencia y ocultación de pensamiento, late allí el asco a la ciencia de los hechos, a la *hechología*, que prescinde por completo de paradojas y vanas palabras. Búrlase de la ciencia hechológica como el jorobado podría reírse de su propia joroba o el rey de la corona que le engrandece. En ese onanismo macabro ha encontrado consuelo a sus sufrimientos, vislumbrando alguna manera de calmar la sed de originalidad que le atormenta y alcanza su ideal de inclasificabilidad; pero, como dice nuestro gran relojero y volatinero, a expensas de servir su nombre para clasificar a los demás; por eso se dirá en adelante: "¡Es más estrafalario que Unamuno!"

"Como Tolstoi, presume haber llegado a Dios por la reflexión interior, por la cordialidad, negando a la razón capacidad de percibirlo. Para eso inventan una facultad nueva, el conocimiento interior, situado en otro plano del alma humana, anterior y superior a la razón. Olvidan que todas esas emergencias del interno inconsciente son, en los carboneros, resultados de sugestiones de la niñez, y en los sabios, del poder ideógeno de todo anhelo. Es verdad que también sostienen que allí donde surge un anhelo, una tendencia, hay un esfuerzo espiritual interior que supone la existencia de una fuerza, misteriosa sí, pero tan positiva como la idea racional o el hecho material. Llegando a estos confines se siente uno Voltaire; y entran ganas de tomar a guasa tales monsergas, atacando con el ridículo semejantes castillos de naipes.

"Esta gente odia a Voltaire porque Voltaire sigue viviendo y representando el buen sentido, el sentido común, alegre y despierto. Ellos, los *hondistas*, caminan mirando con el microscopio el hondón del alma, y con el telescopio el hondón infinito de Dios; y



plo: "Hay algo de sadismo en Unamuno cuando hace, escribe o le gusta tal o cual cosa." Pues bien, yo pretendo y quiero hacer constar que eso no es lo mismo que decir: "Unamuno es un sádico." Por consiguiente, si algo parecido a esto último colgaron a mi cuenta, protesto; pero si fué lo primero lo que me hicieron decir, verdad dijeron.

En todo caso, no hay ofensa donde no hay intención de ofender,

entretanto Voltaire pone pedruscos en su camino para hacerles tropezar y romperse las narices, enseñándoles que los pasos de la vida han de ser dirigidos por los ojos de la cara.

"Es notable que estos caballeros de la reflexión interior necesitan, más que nadie, concretar y redondear sus pensamientos por la reflexión exterior. Son de los que *piensan alto*, es decir, de los que no piensan sino cuando hablan o escriben; de ahí su afán de predicar y monologar y de ahí su lógica descoyuntada. Quien saca conceptos del choque en la expresión de las ideas, como quien saca chispas con el eslabón, cae irremisiblemente en la paradoja y en la imagen. Así se llega a la poesía y si se quiere a la religión poética, pero no a la verdad ni a la creación de otra cosa que fantasmas. La verdad, la creación, es producto de la observación y meditación, y debe y puede concebirse antes de expresarse.

"La religión, en cambio, no pasa de un anhelo inexpressable, personal, íntimo, que en algunas circunstancias subyuga y abisma todo el ser. Hay momentos religiosos, pero no hay vida religiosa; hay emoción religiosa, pero no puede haber creencia religiosa; se debe buscar el ambiente que vibre al unísono de sus armonías religiosas cuando llegue el momento de sus anhelos; pero es una majadería hacerse el apóstol y predicador de ellos. Es tan ridículo como pretender que todo el mundo goce o sufra porque yo haga bien la digestión o que me pisen un callo. Y no hablemos de la finalidad moral de la religión; la experiencia ha puesto fuera de duda que las religiones no hacen a los pueblos mejores ni peores.

"Lo del *pensar alto* es un artículo de fe para nuestro amigo, que ha contribuido no poco a su carencia de espíritu lógico, dándole en revancha rapidez en la formación y expresión de sus juicios. Por eso su conversación es tan amena e ingeniosa que dudó mucho haya nadie en España que lo supere. Le conviene muchísimo ir a Madrid, a fin de que le conozcan personalmente y no se formen juicios erróneos de su valer, como podría ocurrir a los que sólo se fiaran de obras tan raras como *Amor y Pedagogía*. Aparte de que el problema económico, siempre importante, tendría más fácil solución."

Esta carta dice clamorosamente cuán enconados habían quedado los espíritus y la crueldad con que sus amigos trataban a Unamuno. En la infancia habían acudido juntos a las escuelas, vestidos casi como aldeanos, al decir de Baroja. Les emparejaba una misma condición social. Pero Unamuno, tesonera y pacientemente, iba imponiendo su nombre en Europa y en América, al tiempo que ellos, Areilza, Barco, Fidalgo y demás compañeros de juventud quedaban sepultados en el anonimato. ¿Una secreta envidia no sería la causa inconfesada de la causticidad empleada en el ataque contra Don Miguel? ¡Y nadie puede desconocer en los párrafos de Areilza observaciones sutiles y certeras! Entrañan una caricatura de mano maestra. Pero la pasión evidentemente ha cargado las tintas.

En la carta de Ilundain a Areilza (pág. 302 y siguientes) de rechazo pudo verse



LÁMINA 19

Lám. 19.—Don Miguel en el claustro que da acceso a la biblioteca  
de la Universidad salmantina.

y yo no la tuve jamás con usted. Si me equivoco, confesaré mi pecado y haré hasta penitencia. Pero en cuanto a enmendarme ya lo veo un poco más difícilillo.

—“Yo soy como soy y él es como es; y tal vez sea mejor que yo sea como soy y él sea como es.” (Respuesta de Unamuno a Barco, para que se la haga saber al interesado: *moi!*)

cómo éste se expresaba despectivamente sobre Don Miguel y ponía en ridículo la admiración que por él sentía el pamplonés.

Su animosidad lejos de serenarse fué enconándose más en los siguientes encuentros. Ilundain, deslumbrado por el ingenio de Areilza, por idénticas aficiones y una misma manera de enfocar la vida —eran ambos *bonvivantistas* declarados—, tomó el partido de Areilza contra Don Miguel. La etopeya parecióle perfectísima y la llenó de elogios en sus conversaciones epistolares con los viejos amigos de la peña de Callarta.

Escribiéndole en aquellos días a Fidalgo, uno de los antiguos contertulios, le decía: “Observará que en esta hermosa y exacta biografía faltan algunas pinceladas muy necesarias para poder darse bien cuenta del tipo Unamuno y de todos sus congéneres. Nada nos dice del yoísmo agudo que padecen. ¡Cartas y escritos donde el noventa por ciento de verbos está en presente de indicativo y donde la primera persona se repite constante e implacablemente a todo propósito y fuera de él! ¿Y la monomanía de la sinceridad? Parece ser para ellos la cualidad madre, y tanto la nombran y encarecen que me hacen pensar sin quererlo en las cocottes que son las que más hablan de virgos; cuando las que lo tienen lo ignoran. ¿Y el lenguaje conceptuoso y el estilo retorcido, no espontáneo, sino creado de piezas rebuscadas y a fuerza de machaques asimilados hasta parecer naturales? Y otros y otros brochazos que pudieran agregarse y que resultarían de maestro si fuera Areilza y no yo quien los diera. Guárdeme el Dios de los Unamunos de emplear mi pecadora mano, no sea que en cuatro líneas vengamos a estropear una biografía que merece publicarse pero sin la coda!”

Los comentarios oprobiosos para Unamuno que entre sí hacían Areilza, Ilundain, Fidalgo, Zuloaga (el pintor) y otros llegaron a Don Miguel, por medio de Barco, común amigo de todos ellos. Éste, conocido y no menos notable escritor español, en el otoño de aquel mismo año trasladóse a Salamanca. Abrigaba el propósito, como sus amigos, de atacar las manías religiosas de Don Miguel desde su flanco, colaborando con sus armas a zapar los fundamentos de aquel inexpugnable baluarte berroqueño. Pero le ocurrió lo que a Areilza. Fué por lana y volvió trasquilado. También este podenco de la jauría *bonvivantista* fué despanzurrado por el mañoso lobezno salmantino, debiendo muy luego renunciar a sus propósitos a fin de no perder para siempre la amistad de Don Miguel. En algunos de sus altercados, y en un momento acaso en que Unamuno pretendió hacer pie en su amistad con Ilundain, soltóle Barco a la cara, con grave imprudencia, que no se hiciera ilusiones, que también Ilundain estaba contra él y hacía buenas migas con ellos en la causa común de sacarlo de sus manías; también Ilundain cargaba duro... Si hasta lo clasificaba de sádico... A Unamuno le dolió aquello en lo vivo. No bien Barco le escribió a Ilundain lo ocurrido, apresuróse éste a poner las cosas en su punto, sincerándose con Don Miguel y presentándole sus excusas. Tal es el tenor de los primeros párrafos de esta carta, a la que contesta Unamuno de inmediato con una altura de miras y un señorío que dicen muy alto de su grandeza de espíritu.

—¡De acuerdo, amigo Unamuno! Es mejor que ambos seamos lo que somos, y hasta me figuro que conviene que no nos lo ocultemos. A los poquísimos a quienes puedo con verdad llamar amigos, porque al menos lo soy yo de ellos, les quiero tanto por sus buenas cualidades como por sus defectos; y aun los hay en quienes me agradan más los segundos que las primeras. ¿Qué quiere usted? Cuestión de gustos.

No sé si es o no de sentirlo, pero es una verdad el que usted y yo nos conocemos poco y casi de un solo lado. Usted a mí apenas me ha visto más que a través de mis cartas. Y, como una carta es siempre un disfraz más o menos completo, resulta que no conoce de mí otra cosa que lo que las caretas dejan ver.

Probablemente soy mejor y peor de lo que se figura, más inteligente y más ignorante de lo que me muestran, atrevido y tímido, rebelde y servil, sincero y embustero, cobarde y valiente, etc., cada una de estas cosas según los momentos y circunstancias, y no que voluntariamente sea de uno u otro modo a mi conveniencia (*malheureusement pour moi!*), sino que soy lo que soy en un momento dado, a pesar de mi voluntad. Y no me creo una excepción, sino todo lo contrario.

Yo a usted podría conocerle mejor, pues le he visto con varios disfraces: a través de sus cartas (a mí y a otros dirigidas), de sus libros, del concepto que de usted tienen algunos que le conocen y hasta del que me he podido yo formar escuchándole. Probablemente no lo recuerda. Pero, allá en Gallarta, aunque le hablé poco, le oí bastante. Y una tarde puedo decir que me la dedicó a mí solo, aunque muy otra cosa que entretenerme o que le entretuviera iba usted buscando.

Juntos fuimos a un saliente de una escombrera de la mina San Miguel, desde donde se dominaba perfectamente los valles de Abanto y Somorrostro, que a tantos imbéciles y desgraciados sirvieron de cementerio en nuestras magníficas guerras civiles o inciviles. Hizo usted un croquis que me pareció muy exacto, disertó sobre la guerra carlista, y me hizo una corta conferencia sobre colores y matices tomando pretexto del sol que iba desapareciendo por el lado de San

Julián de Musquez. Otros varios asuntos desfloró y de todos me acuerdo perfectamente, con lo cual demuestro, no mi buena memoria que no la tengo, sino el interés que en escucharle y conocerle puse.

Pero, repito, a pesar de esto, ni yo a usted ni menos usted a mí nos conocemos más que a través de nuestras respectivas cartas o caretas; y tentado estoy de creer que esto pueda acaso constituir una ventaja para ambos. La careta hace más atrevido al que la lleva. Y, como a éste le acompañe un poco de noble sinceridad, tal atrevimiento podría producirnos gran bien a uno y a otro. ¿Cuántas verdades no podemos decirnos así? ¡Y qué conveniente es saber de cuando en cuando la verdad, viviendo como se vive rodeado de perpetua mentira! Porque la mentira sistemática puede y suele descarriarnos del camino que nos conviene seguir. Y llega a ser peligrosa para los que, por exceder algunos codos de la talla media, son obligado punto de mira de muchos. Y el peligro se agrava de veras cuando, por el puesto que en la sociedad se ocupa, se está en condiciones de hacer favores o desfavores, que es como decir que forzosa y necesariamente se está condenado a engendrar aduladores, insinceros o enemigos.

¿USTED TIENE SED DE ETERNIDAD?

¡YO TENGO SED DE DÓLARES!

Y antes de terminar, dos palabras acerca de su última carta. No creo que Simeón el Estilista encontrara placer alguno en vivir encastrado en su columna, ni el sinnúmero de individuos que aparecen en el santoral romano en las barbaridades que con su cuerpo hacían. Por el contrario, era y lo tenían en general por un suplicio, mediante el cual pretendían evitar otro mayor, el infierno, o ganar la felicidad, sea en forma de cielo, sea satisfaciendo su vanidad de ser considerados por algo extraordinario por sus semejantes.

Y luego ¿qué diablos de relación tiene esto con mi *joie de vivre*, ni por qué trata usted de confundir ésta con la sensualidad? Además, no existen hombres sensuales ni hombres místicos; sino que hay mo-



mentos de sensualidad y de misticismo en todos los hombres. Aún más. Se concibe un sensual que no haya tenido jamás ni un momento de misticismo; pero un místico que no sea sensual, imposible.

Siente usted sed de eternidad, la *ne-ce-si-ta*, la quiere... , etc. ¡Conozco esa teoría! ¿Qué se le ocurriría contestarme si yo le dijera que tengo sed de muchísimos millones de dólares, que los *ne-ce-si-to*, y sin ellos ni hay alegría de vivir, ni la alegría de vivir quiere decir nada? Aplique usted su contestación a esto a su necesidad de eternidad, no más necesaria que la mía de millones, ni más deseada y ardentemente querida. ¡Y la una y la otra pueden perfectamente no llegar a ser, a pesar del querer!

Unamuno (me decía hace poco un amigo) acaba siempre sus dudas creyendo lo que más le conviene<sup>24</sup>. No sé por qué (pero, sí, sí lo sé) demuestra usted gran empeño en renegar de la ciencia positiva, de la pelada hechología. Pero mal que le pese está saturado de ella, la tiene bien metida *dentro*; y en buena hora para usted. Sin la ciencia positiva que (decía el amigo citado) constituye el fondo de su gran saber, no serían excusables sus paradojas y juegos de palabras.

Ahí le envío un recorte de periódico que habla acerca de un libro titulado *La philosophie de la longévité*. No recuerdo dónde he leído hace poco, a propósito de un libro, lo siguiente: "... le vif succes du livre de M. Andreieff offre, avant tout, cet intérêt tres réel, et je puis dire dramatique, qu'il est l'image (une image non directe mais reflétée) d'une société qui commence à se complaire à des sujets macabres, et qui, démoralisée par une longue servitude, a fini par perdre la sensation de la vie, par ne plus savoir ce que c'est que la *joie de vivre*." Tableau.

Su discurso de Cartagena (¿se lo dije ya?) me parece magnífico.

- 24 Fué Areilza, a quien no nombra aquí Ilundain, el autor de la frase; pero Don Miguel se la atribuyó a Barco. Y como le cayó muy mal y le escoció en las entrañas estuvo a punto de revolverse contra éste; y lo hubiera hecho si no se apresura Ilundain a descubrir al verdadero padre de la creatura, al jefe del movimiento despiritualizante o desultratumbizante de Unamuno. Por otra parte, toda esta carta está resabiada de *areilzismo*, lo que revela a las claras cuán estrechamente se habían unido esos hombres para llevar el ataque a Don Miguel.

Y, salvo lo de la Reforma (que ya sabe no lo considero como una solución ni aun como un puente, y que seguramente no es la solución posible ni eficaz en España), con todo lo demás estoy de acuerdo; no sólo con su manera exacta y hermosa de entender el anarquismo y el espíritu español, sino hasta cierto punto también con lo de los sotohistóricos.

¡Qué hermosos materiales para un artículo destinado, por ejemplo, a una revista francesa! Será triste para nosotros, pero es verdad que el francés lo leen aún hoy gentes que ignoran hacia qué lado cae España. ¿Por qué, pues, no intenta o insiste usted en darse a conocer aquí? Tal vez no sea tan difícil como parece, sobre todo queriéndolo con empeño.

¡Y vé la pena quererlo, créamelo! Sigue siendo su sincero amigo de siempre que le quiere

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, 22 de noviembre de 1902.

## CARTA XII DE MIGUEL DE UNAMUNO

SE SUBSANA EL  
MALENTENDIDO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: Ahora que dispongo de un buen rato voy a escribirle. Y ante todo conste que huelga en rigor la mayor parte de su carta; pues ni yo di a lo del sadismo otro sentido que el que usted le da, ni he dudado un solo punto de los sentimientos e ideas que hacia mí abriga usted. Es más; creo que nos conviene a ambos, para nuestra mutua amistad, ser diferentes, oponernos en muchas cosas, y no empeñarnos en hacernos de otra manera. La primera y radical condición de la verdadera amistad es tomarse los amigos como son.

Cierto es que el amigo Barco se mostró, como usted dice, algún

tanto duro y agresivo conmigo. Pero no estuve yo menos duro y agresivo con él. ¡Y váyase lo uno por lo otro! Además sospecho que aquella dureza y agresividad eran, en mucha parte, influidas; obraba por delegación; y tengo recibidas de él tantas y tantas pruebas de estimación y aprecio que como muestra de amistad tomé su actitud. Barco quisiera, me parece, que fuese yo de otro modo que como soy, porque no creo que me haga la ofensa de suponer que hay en mí *pose*, ni mistificación, ni que encubro mi verdadero fondo. Él menos que nadie podría suponer esto, porque ha visto más al vivo que otros cuán de veras me agitan ciertas cosas. Obraré bien o mal, será o no será una enfermedad el erotatismo de que estoy lleno, y esta ansia loca e inextinguible de perpetuidad individual. pero así es <sup>25</sup>.

¡SOY UN SENTIDOR! ODIO  
EL INTELECTUALISMO

Aunque sé bastante y bastante bien de ciencias positivas (todo fingimiento a un lado), y aunque pienso por cuenta propia, no soy un sabio ni un pensador. Soy un sentidor. Me parece útil la ciencia positiva y creo que conviene adquirirla, pero como un medio y nada más. Medio ¿para qué? No lo sé bien, tal vez para destruirla <sup>26</sup>. ¿Co-

<sup>25</sup> Atribuyó a Barco la acerba crítica de Areilza. Pero su buen sentido le hizo entender de inmediato que no abrigaba el amigo Barco hostiles propósitos contra él, antes obraba con rectitud. Estas admirables palabras, en las que atestigua su buena fe, entrañan una confesión llena de humildad (¿humildad en el superhombre?), pues no deja de reconocer que es acaso morbosa su ansia inextinguible de eternidad.

<sup>26</sup> Estas frases, hoy de cajón, entrañaban a principio de siglo un verdadero desafío a la ciencia positiva. ¡Quién se animaba con ella entonces, cuando el mundo yacía de rodillas ante sus altares! Y estos ramalazos contra el enfatuamiento cientificista y el crudo positivismo los propina, no un ignorante despechado, sino un hombre de ciencia, reconocido universalmente por tal, y que posee vastísimos conocimientos de física, de matemáticas, de historia natural, materias descuidadas de ordinario por los filósofos y literatos.

Paul Stapfer fué pastor protestante y ardiente defensor de las sectas novadoras. Trabajó con afán, de palabra y por escrito, en las universidades de Grenoble y de Burdeos, logrando despertar interés. En 1893 publicó *Des réputations littéraires. Essais de morale et d'histoire*. Realzan sus escritos un agudo humorismo y una no común informa-

noce usted el preciosísimo libro de Paul Stapfer *Des réputations littéraires* (Première série)? ¿No? Pues adquiéralo, y en su primera parte verá, como en espejo, el estado de mi alma.

Spinoza, en la proposición VII de la parte III de su *Ética*, dice: *Conatus, quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam*. Sí, el esfuerzo con que cada cosa se esfuerza en perseverar en existir es su esencia misma. Si estuviese yo convencido, como lo estoy de una proposición matemática, de que el día de mi muerte es el de la cesación de mi conciencia individual, si bajo las ruinas amontonadas por mi razón no me quedase un rescoldo de fe en la inmortalidad del alma, mi vida espiritual habría muerto<sup>27</sup>.

ción literaria. Agredió el catolicismo interpretando a su guisa los hechos históricos y forzando la exégesis de los Santos Padres.

<sup>27</sup> Con esta definición de Spinoza comenzará nueve años después, en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, a tejer la sencilla urdimbre filosófica sobre la cual bordará sus teologías o "mitologías" relativas a la supervivencia del hombre, del hombre de carne y hueso, acuciado por el deseo de pervivir. Como lo digo en mi estudio acerca de *La angustia filosófica de Unamuno*, el citado libro no es filosófico, y mal se lo tiene por tal, sino teológico. Suda teología protestante por todas sus páginas, la teología allegada por su autor, desde 1891, en los luteranos alemanes. En este libro hallaron ubicación definitiva los apuntes pacientemente tomados en Harnack, en Schleiermacher, en Ristchl, en tantos; apuntes aprovechados sólo a medias en los comentarios a *Don Quijote*.

La filosofía del sentimiento trágico es de lo más simple. Una verdadera *ancilla theologiae* inventada para salir del paso. No la maduró su autor ni la rumió de largo. Tampoco ocupó su corazón. Precisóla para asentar sobre bases racionales sus pensamientos teológicos, y darle arquitectura a su libro, y la fué improvisando a medida que le era menester. Sin embargo ya está en esta carta, muchos años antes, expuesto con idénticas palabras el punto de partida filosófico del sentimiento trágico. El discurso de Unamuno es asaz simple. La esencia del hombre es esfuerzo por ser eterno, por no morir del todo. ¿Cómo? ¿La esencia es conato o esfuerzo? ¡Sí, lo dijo Spinoza! *Conatus, quo unaquaque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam*, en romance: el esfuerzo puesto por cada ser para seguir siendo lo que es es su esencia actual.

Y si alguien pregunta: ¿Dicho conato es eterno?, al punto se le responde: Por supuesto; *nullum tempus finitum sed infinitum involvit*: no implica tiempo finito sino indefinido. De donde la esencia del hombre es anhelo de jamás morir.

¿Dice Spinoza lo que Unamuno le hace decir? ¡Éste es otro cantar! Aquel pobre judío portugués, desterrado en las nieblas holandesas, quien no pudo llegar a creer nunca en su propia inmortalidad personal y se inventó toda una filosofía para calmar esa su falta de fe, aquel hombre de carne y hueso a quien le dolía Dios como le duele a otro una mano o un pie, el corazón o la cabeza, aquel Baruch Spinoza no dice eso,

Y de los que no quieren pensar en esto pienso con Pascal: "Cette négligence en une affaire où il s'agit d'eux mêmes, de leur éternité, de leur tout, m'irrite plus qu'elle ne m'attendrit; elle m'étonne et m'épouvante: c'est un monstre pour moi." Y todas las razones que se den huelgan, porque me las he dado yo antes. Me cago en las razones.

Odio el racionalismo. Y he de proclamar lo que Kierkegaard llama el irracionalismo. Hay que fortificar el instinto de vida contra lo que llama "el instinto del conocimiento" ese repugnante Gaultier, autor del indecente, repulsivo e inhumano estudio *De Kant a Nietzsche*.

claro está, ni hubiera pedido decirlo en el desesperado poema elegíaco de su *Ética*, lógico corolario de su metafísica panteísta.

Para el holandés Spinoza la única sustancia que de verdad lo es es Dios, porque *in se est et per se concipitur*. Y como es Dios infinito, no existe otra sustancia fuera de él. ¿Los seres que pueblan el universo no son entonces sustanciales? Como tales los ve la inteligencia del hombre por su imperfección; pero son en sí tan sólo reverberos de Dios, atributos y coloraciones suyas. El ansia humana de pervivir proviene, sí, de la esencia del hombre; pero esta esencia es sólo un *modo*, una *expresión* de los infinitos atributos de Dios, esencia y sustancia, la única auténtica y no de abalorio.

Unamuno simplifica la espinosa doctrina de Spinoza. Corta por lo sano con las sutilezas, y concluye de un tajo su tesis agonista partiendo de tres definiciones del judío, interpretadas a su antojo. El hambre de eternidad es mi esencia, la mía, la de Miguel de Unamuno, y la del bendito Spinoza, o Benito, o Baruch (quien no es tal Spinoza, sino de Espinosa, que así se llamaba y se llama todavía el poblado luso-gallego de sus abuelos, los que alzaron vuelo a Holanda cuando los peninsulares la emprendieron contra judíos y sefarditas, en los tiempos de Cisneros, la eminencia roja).

Para Unamuno la esencia y la sustancia del hombre concreto son la existencia actual del yo, existencia actual, o actualidad existencial, sentida en el hambre de pervivir, hambre servida por dos instintos: el de conservación y el de perpetuación. Este último es ansia loca de serlo todo, de adentrarse la totalidad del universo sin dejar uno de ser él mismo. Luego vendrá Heidegger; para él la esencia del hombre será su existencia actual, la existencia del *Dasein*, pero percibida en la angustia.

La filosofía de Unamuno (mezcla de Spinoza y Kant, vueltos al revés) sigue después por sus pasos al hilo de un finalismo panantropista (rebote del panteísmo spinoziano) y de un cordialismo creacionista (rebote del categorismo kantiano). El mejor esbozo y la vertebración más sagaz de la filosofía unamuniana sigue siendo todavía el libro de Miguel de Oromi, *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno* (Madrid, 1943).

Las palabras de Pascal, citadas a renglón seguido por el autor, le eran archifamiliares. Las cuela acá y allá en sus escritos. Faltan todavía tres años para la publicación de sus comentarios al *Quijote*; pero desde ya viene insistiendo —¡y que protesten Arellano, Barco, Ilundain y la cáfila de intelectuales que hincen el universo!— en la excelencia del cordialismo, como el mejor sentido de la verdad. Se prevén futuras acometidas feroces contra la "cochina lógica" y las apoteósicas al cordialismo.



No sólo acaba uno por creer lo que le conviene, según usted dice, sino que así debe ser, y sólo los pueblos de fe persisten. ¿Quién nos ha dicho que no hay más medio que la razón para comunicarnos con la realidad?

¡Y éstas no son paradojas, no! Esto es resistir noblemente a la estrechez de espíritu y a la cortedad de vista de los hombres de mero sentido común, a los que creen que no existe lo que escapa a su pesar, medir y contar, o lo que les contradice.

“¡SÍ, TEMO MUCHO, MUCHÍSIMO, MORIRME; TIEMBLO ANTE LA IMAGEN DE LA MUERTE!”

Recibí el número de la *Revue* con la *Encuesta sobre la muerte*. ¡Es deplorable! Ninguno contesta a lo que se le pregunta. Porque allí se les pregunta: “Regretteriez-vous de mourir, pourquoi? Se les pregunta *vous, usted*. Y, en vez de contestar derechamente: “Sí, sentiría morirme”, o “No, no sentiría morirme, por esto, por lo otro, o no sé por qué”, todos esos incorregibles franceses contestan en abstracto un sinfín de tonterías ilustradas como aquello de Jean Bertheroy: “Chacun doit faire de sa vie une oeuvre d’art...”, etc., y otras simplezas por el estilo. En vez de poner por delante *el hecho*, y el hecho es *si yo sentiría o no morirme*, ponen por delante razones abstractas, y de su convicción de que no hay razones para temerla *deducen* que no la temen.

Yo respondería así: “¡Sí, temo mucho, muchísimo morirme; tiemblo ante la imagen de la muerte! El porqué no lo sé.” El fantoche de Laurent Tailhade bate, como de costumbre, el *record* de las necedades y las inepticias demostrando su profunda ignorancia. Acaba uno de leer la desdichada *Enquête* y se dice: “Estos buenos señores saben mucho, no les falta ingenio, son muy discretos; pero tienen corazón de corcho. ¿Es que no sienten?” Sus racionios me parecen tan pedestres como los estúpidos consuelos que los amigos officiosos prodigan



a quien acaba de morirle su mujer. Y ¿quiere usted que no desprecie a esta casta de *raisonneurs* secos y fríos? ¡Que se dediquen a matemáticos (como Descartes, Lefrange, Laplace, Monge, Cauchy), a químicos (como Dumas, Lavoisier, Berthelot), a todo género de cosas positivas, útiles y de raciocinio! Pero que no hablen, ¡por Dios!, de lo hondo, de lo íntimo, ya que el alma de un Pascal, de un Sénancour (y no digo de un Rousseau, porque éste fué siempre suizo y protestante) se les ha agotado, al parecer.

#### EL PROTESTANTISMO ACASO NOS SALVE DEL INDIFERENTISMO

Lo del protestantismo no le parece a usted solución eficaz y posible en España. Yo creo que es acaso la única que pueda salvarnos del irreligionismo o de la indiferencia o del olvido de la otra vida. Y esto lo dice uno que no usa *disfraz*, que reza todas las noches, que resiste con todo su corazón y todas sus fuerzas la invasión del positivismo y que no quiere caer en (a falta de otro nombre) la *joie de vivre*, porque se alimenta de *l'espérance de survivre*, que se opone a aquélla. E insisto en lo que del Estilita le dije. Cuando se sometía, sea por lo que fuere, a aquel tormento y lo hacía de propia voluntad, es que hallaba algún gusto en ello, pues la esperanza de recompensa es gusto. ¿Qué mal hay en ello? ¿Que sufre? Déjelo usted si quiere sufrir y si pudiéndolo evitar no lo evita.

Lo de Finot en su *Philosophie de la longévité* es mentira. La obsesión de la muerte viene de plenitud de vida; la tenemos los que sentimos que la vida nos desborda, y porque nos desborda la queremos inacabable. Se aferran a la vida los débiles. Lo que hay que inocular a los hombres es la fe en otra vida personal. Es tanto lo que amo la vida que el perderla me parece el peor de los males. Los que gozan al día, sin cuidarse de si han de perderla o no *del todo*, es que no la quieren.

¿MI MISIÓN? ¡SACUDIR LAS ALMAS!

Hay en su carta un párrafo de que protesto, y protesto con toda mi alma, sin disfraz, tal cual soy, no tal cual otros se imaginan que yo sea. El párrafo es éste: “Sin la ciencia positiva que (decía el amigo citado) constituye el fondo de su gran saber, no serían excusables sus paradojas y juegos de palabras.” No hay tales paradojas en este sentido. Además, si la ciencia positiva constituye el fondo de mi saber, grande o chico, mi saber no soy yo ni soy un mero receptáculo de ese saber. Por debajo de ese saber, que como todo saber es siempre pegadizo, por debajo de esa ciencia, en que me cago, estoy yo, yo, yo, yo, mi alma, mis anhelos, mis pasiones, mis amores.

El autor de ese juicio, nuestro amigo Barco, es un hombre y le conozco como a tal, un hombre con corazón y alma, y en cuanto tal hombre le aprecio y quiero. Lo que él sepa me tiene sin cuidado y no lo aprecio en un ochavo. Lo mejor de su alma no lo ha dado en miserables *raciocinios* sobre el estado económico de España, sino en generosos *sentimientos* sobre esta su tierra. No, no hay en mí tales paradojas ni por qué excusarlas. ¿Qué culpa tengo de que alguien se haya podido imaginar —y no él, no Barco— que soy un sabio encargado de enseñar conocimientos útiles a mis compatriotas y no un . . . (diré lo que siento) y no un apóstol, o un poeta, o un sentidor cuya misión es sacudir las almas, despertarlas, meterles la vivificadora inquietud religiosa del más allá, consolarlas de haber nacido, o persuadir a mi pueblo a que sea él y no otro? <sup>28</sup>

<sup>28</sup> Habría sido torpeza retocar o suprimir, por estúpido esteticismo literario, una sola palabra de esta carta excepcional, la más unamunista de cuantas hasta hoy día se conocen. Posee todo el acento de los comentarios al *Quijote*. Resuenan a órgano pleno las baterías de su alma, en su empeño por remover de la pigría y marasmo las conciencias de sus hermanos los hombres. Por este tiempo el vendaval protestante le envolvía en sombras la inteligencia. Ardía en ansias de protestantizar a España para ponerla a salvo —creía— de la irreligiosidad y de la indiferencia. Como he notado ya en otra parte, años más tarde descubrirá que el protestantismo histórico, lejos de remejer las

En el discurso de Cartagena puse mi alma, y no en aquella soflama de Bilbao, en que hay más odios y reconcomios que amor, y más soberbia que otra cosa. En Bilbao quise castigar la infatuación de mis paisanos; pero en Cartagena dije lo que vengo diciendo hace tiempo, lo que dije en mis ensayos *En torno al casticismo*, en 1895, y dije en mi ensayo *La vida es sueño*. Yo no hago juego de palabras ni paradojas en el sentido que a esto se presta. Yo vierto mi alma. Y si parecen paradojas es porque no soy un hombre moderno, porque la civilización y la ciencia actuales me repugnan, porque prefiero a los *savants* los *sages*, y a toda la ciencia de los especialistas la sabiduría del *Eclesiastés*, de la *Imitación de Cristo*, de los hondos sentidores.

“¡ME ATERRA  
LA SOFOLATRÍA!”

Ahora estudio a uno de ellos, al gran danés Kierkegaard, muerto en 1855. Estudio ciencia positiva, sí, pero en gran parte la estudio, como Renan y Strauss estudiaban teología (¡otra miseria, como que es querer cientificar el sentimiento, lo que hace la tal teología), para combatirla. Porque me aterra la sofolatría, porque la idolatría a la ciencia me parece la más vergonzosa y la más miserable de todas. ¡Y cómo se transforma la tal ciencia en este pobre país! Tengo aquí, a la vista, el libro que sobre *El Instituto del Trabajo* han hecho entre Canalejas, Buylla, Posada, Morote y Uña, y no puede usted imaginarse bazofia más indigesta. A la prosa buena, invertebrada, declamatoria y latosa del *confusionario* Canalejas siguen las ineptias de

conciencias, de sacudir las almas y de despertarles el ansia de la eternidad, las induce a acostarse cómodamente a esta vida, y a entregarse a la *joie de vivre*.

No se ha refutado todavía —pese a la polvareda que levantó— la obra de Max Weber, quien achaca al protestantismo y, en concreto, al calvinismo el haber introducido en el mundo el supercapitalismo, ese hijo legítimo de la barbarie individualista. No he de demostrar aquí tal tesis, de la que hablé en mi ensayo *La decadencia de la Iglesia*. Sólo me limito a llamar la atención del lector sobre el parecido entre la misión que se atribuye aquí Unamuno: consolar a las almas de haber nacido, y la que atribuirá, treinta y un años después, a su San Manuel Bueno, mártir, el peregrino doble de Unamuno.

Posada (¡una lumbrera!) y compañeros. Morote está sublime de estupidéz. ¡Y este Morote nos ha traído el anticristianismo nietzschiano y otras novedades de última moda y corbatas! ¡Uf, apesta!

Ciencia, sí, ciencia, es inevitable. Pero quiero ser dueño y no esclavo de ella. Y ahora le repetiré otra paradoja: El progreso es un mal necesario. Acepto en toda su fuerza el símbolo del Génesis. Adán perdió su inocencia, probó de la fruta del árbol de la ciencia y se vió sujeto al trabajo y al progreso. Es inevitable el progreso. El que no le sigue perece. Pero ¿he de proclamarle un bien por eso? ¡No, sino que suspiro por el paraíso terrenal perdido e irrecobrabable!

Y todo esto dígaselo a nuestro amigo Barco. Todo esto se lo dice a usted, con el corazón en la mano, un hombre franco y sin disfraz que sufre y lucha, que anhela y reza, que no se resigna ni quiere resignarse a una supuesta sensatez de vida íntima (en la vida social me tengo por sensato) y que, si alguna vez reviste de aparentes paradojas sus dolores, es para que pasen mejor. Y esto se lo dice a usted un hombre que no aspira para su patria a que ésta sea una nación civilizada al modo de Francia, no, sino un pueblo de hombres que se consuelen de haber nacido y que sepan pasar como se debe el sueño de la vida. Y digo y repito y lo diré y repetiré que acaso nos llegue el turno, que acaso lo que nos hace a los españoles menos aptos para el tipo de civilización que hoy en día priva en el mundo, eso mismo nos hará mañana más aptos para un tipo de civilización futura. Así lo creo y lo proclamo. ¿Que mañana no lo creeré así? ¡Quién sabe!

¡NO ME REBAJO MENDI-  
GANDO A LOS FRANCESES!

A otra cosa. Al final de su carta me dice usted, hablándome de mi discurso de Cartagena: “¡Qué hermosos materiales para un artículo destinado, por ejemplo, a una revista francesa! ¿Por qué no intenta o insiste usted en darse a conocer aquí?” En efecto, en aquel discurso hay materiales para un artículo sobre el estado actual de España, y

En el discurso de Cartagena puse mi alma, y no en aquella soflama de Bilbao, en que hay más odios y reconcomios que amor, y más soberbia que otra cosa. En Bilbao quise castigar la infatuación de mis paisanos; pero en Cartagena dije lo que vengo diciendo hace tiempo, lo que dije en mis ensayos *En torno al casticismo*, en 1895, y dije en mi ensayo *La vida es sueño*. Yo no hago juego de palabras ni paradojas en el sentido que a esto se presta. Yo vierto mi alma. Y si parecen paradojas es porque no soy un hombre moderno, porque la civilización y la ciencia actuales me repugnan, porque prefiero a los *savants* los *sages*, y a toda la ciencia de los especialistas la sabiduría del *Eclesiastés*, de la *Imitación de Cristo*, de los hondos sentidores.

“¡ME ATERRA  
LA SOFOLATRÍA!”

Ahora estudio a uno de ellos, al gran danés Kierkegaard, muerto en 1855. Estudio ciencia positiva, sí, pero en gran parte la estudio, como Renan y Strauss estudiaban teología (¡otra miseria, como que es querer científicar el sentimiento, lo que hace la tal teología), para combatirla. Porque me aterra la sofolatría, porque la idolatría a la ciencia me parece la más vergonzosa y la más miserable de todas. ¡Y cómo se transforma la tal ciencia en este pobre país! Tengo aquí, a la vista, el libro que sobre *El Instituto del Trabajo* han hecho entre Canalejas, Buylla, Posada, Morote y Uña, y no puede usted imaginarse bazofia más indigesta. A la prosa buena, invertebrada, declamatoria y latosa del *confusionario* Canalejas siguen las ineptias de

conciencias, de sacudir las almas y de despertarles el ansia de la eternidad, las induce a acostarse cómodamente a esta vida, y a entregarse a la *joie de vivre*.

No se ha refutado todavía —pese a la polvareda que levantó— la obra de Max Weber, quien achaca al protestantismo y, en concreto, al calvinismo el haber introducido en el mundo el supercapitalismo, ese hijo legítimo de la barbarie individualista. No he de demostrar aquí tal tesis, de la que hablé en mi ensayo *La decadencia de la Iglesia*. Sólo me limito a llamar la atención del lector sobre el parecido entre la misión que se atribuye aquí Unamuno: consolar a las almas de haber nacido, y la que atribuirá, treinta y un años después, a su San Manuel Bueno, mártir, el peregrino doble de Unamuno.



Posada (¡una lumbrera!) y compañeros. Morote está sublime de estupidez. ¡Y este Morote nos ha traído el anticristianismo nietzschiano y otras novedades de última moda y corbatas! ¡Uf, apesta!

Ciencia, sí, ciencia, es inevitable. Pero quiero ser dueño y no esclavo de ella. Y ahora le repetiré otra paradoja: El progreso es un mal necesario. Acepto en toda su fuerza el símbolo del Génesis. Adán perdió su inocencia, probó de la fruta del árbol de la ciencia y se vió sujeto al trabajo y al progreso. Es inevitable el progreso. El que no le sigue perece. Pero ¿he de proclamarle un bien por eso? ¡No, sino que suspiro por el paraíso terrenal perdido e irrecobrabable!

Y todo esto dígaselo a nuestro amigo Barco. Todo esto se lo dice a usted, con el corazón en la mano, un hombre franco y sin disfraz que sufre y lucha, que anhela y reza, que no se resigna ni quiere resignarse a una supuesta sensatez de vida íntima (en la vida social me tengo por sensato) y que, si alguna vez reviste de aparentes paradojas sus dolores, es para que pasen mejor. Y esto se lo dice a usted un hombre que no aspira para su patria a que ésta sea una nación civilizada al modo de Francia, no, sino un pueblo de hombres que se consuelen de haber nacido y que sepan pasar como se debe el sueño de la vida. Y digo y repito y lo diré y repetiré que acaso nos llegue el turno, que acaso lo que nos hace a los españoles menos aptos para el tipo de civilización que hoy en día priva en el mundo, eso mismo nos hará mañana más aptos para un tipo de civilización futura. Así lo creo y lo proclamo. ¿Que mañana no lo creeré así? ¡Quién sabe!

**¡NO ME REBAJO MENDI-  
CANDO A LOS FRANCESES!**

A otra cosa. Al final de su carta me dice usted, hablándome de mi discurso de Cartagena: “¡Qué hermosos materiales para un artículo destinado, por ejemplo, a una revista francesa! ¿Por qué no intenta o insiste usted en darse a conocer aquí?” En efecto, en aquel discurso hay materiales para un artículo sobre el estado actual de España, y



ese artículo lo estoy haciendo para una revista, pero... italiana. Me lo han pedido. Y es fácil que aparezca al cabo mi *Amor y Pedagogía* en italiano (traducido por Enrique Galli) y en inglés. En ello trabajo. En francés, ¡no! ¡A soberbia, soberbia! Y no conozco como la de ese pueblo, que se cree estúpidamente el primero del mundo.

¡Hay que leer los elogios que memos, como un Éphrem Vincent, hacen de los españoles! Parece que dicen: "Para ser español no lo hace mal." Siguen prefiriendo, en el fondo, a Racine a Shakespeare, y creyendo que Molière, el ramplón de Molière, saco del más abotado sentido común, es un genio.

No, no me tomaré el trabajo de darme a conocer allí. No haré el triste papel de otros españoles, Galdós, Doña Emilia entre ellos, que van a mendigar traducciones y a sufrir desaires. Si algún francés que sepa castellano se fija en mi labor mañana, pasado mañana, dentro de diez, de veinte, de cincuenta, de cien años, y cree que puede divertir o enseñar o conmover a sus paisanos algo de lo que yo haga, bien está. Pero yo no me rebajo, ésta es la palabra, *no me rebajo* a esa taifa de presuntuosos. Y los más presuntuosos y los más soberbios son entre ellos los que se muestran más afables, más condescendientes, los que más nos alaban, en apariencia. Alaban a los demás como los adultos las gracias y precocidades de los niños. Ahora se les ha ocurrido que la literatura rusa arranca de ellos. Y de ellos arranca todo y todos han aprendido de ellos y ellos son la luz del mundo.

Crea usted que la soberbia francesa es más fina y honda que la inglesa. El inglés llega a admirar de veras al de afuera y a ponerlo al igual y por encima de lo propio; el francés jamás. ¡No! Trabajaré y trabajo por darme a conocer del público italiano, del inglés, del alemán. En cuanto a los franceses que me cojan o que me dejen. Siento por ellos lo mismo que sienten Ibsen y Björnson y Kipling. Sé dónde está su fuerte y cuáles son sus méritos, y no los puedo tragar, no sólo por sus faltas sino también por sus sobras, no sólo por sus defectos sino también por sus cualidades tenidas comúnmente por buenas.

Gaultier, el de esa cosa *De Kant a Nietzsche*, al querer hacer el elogio de su casta ha hecho su condenación. Un pueblo que carece de ciertas inquietudes o que logra ahogarlas u ocultarlas me parece un pueblo de cochinos. Que se enriquezcan, que se ilustren, que coman, que beban, que jodan, que se diviertan, que hagan ciencia... me parece bien. Pero no les arriendo la ganancia. Ahora tienen como hombre representativo, entre otros, a ese sensatísimo Hanotaux, a quien Dios confunda. *L'épargne*, oh, *l'épargne*! Cochons, cochons, cochons, et cochons! Y basta de desahogo.

Así como en las nobles expresiones de su carta vi claro el positivo afecto que me profesa usted, en sus censuras a ciertos sentimientos míos es donde más veo su amistad. Pues yo me encojo de hombros ante las debilidades o errores de los que me son indiferentes y sólo ataco a los que me son queridos. Vea usted también en esta carta, escrita de un tirón y con el alma, la expresión del más profundo cariño. Aquí no hay disfraz, aquí voy desnudo con mis jibas y mataduras si son tales.

Al amigo Barco, a quien quiero lea usted ésta, mi saludo. También le escribiré, pero otras desnudeces, no éstas. Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 7 de diciembre de 1902.

Ayer escribí esta carta que quedó, no sé cómo, sin echar. Hoy leo el relato de la tumultuosa sesión de la Cámara de Diputados, la expulsión de Syveton, etc. Siempre he creído que los mayores salvajes son los que se disfrazan de buena educación. Ha sido un espectáculo edificante. Aquí no estamos tan civilizados aún.

### CARTA XIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Absorbido por un trabajo aplastante y sin tiempo, desde hace ocho meses, ni aun para escribir a mi familia y amigos, vivo en París

en un completo aislamiento, que se me está haciendo demasiado duro. La depresión física y moral, que causa a la larga este continuo y permanente bregar con cifras e intereses, sin contrapeso alguno que venga a quitarles la aridez que en sí llevan para quien apenas considera el dinero como un medio, pero jamás como un fin, me hace acudir a usted, como antaño en ocasión análoga, pidiendo consuelo y ánimo para poder sobrellevar una vida estéril para todo lo espiritual, a fuerza de ser fecunda para lo material. Y aun en este punto vendría bien el “*Sic vos non vobis...*” del eglógista. Su bondad le hará comprender lo que deseo y lo que me conviene, y no le permitirá negármelo<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> Desde la última carta de Don Miguel, diciembre de 1902, hasta ahora, febrero de 1904, han corrido catorce meses. ¿La indiscreción de Barco resfrió acaso la amistad de entrambos hombres, pese a las disculpas pedidas por Ilundain y a la generosa respuesta de Unamuno? Poco más de un año ha pasado, y en tan escaso tiempo las cosas han cambiado fundamentalmente. El apolígista de la *joie de vivre* padece honda crisis moral, le domina el desánimo, le desespera la esterilidad de su vida. ¿Éxitos económicos? Los tiene. Pero no le resarcen de la aridez de su espíritu. Tampoco le distrae la ciudad turbulenta. Y empieza a ganarle el *taedium vitae*, el hastío de vivir, la clásica enfermedad de los corazones sin asiento espiritual.

Ilundain se nos ha mostrado un crítico, a ratos atropellador, amigo de decir verdades de a puño, y ateo ciento por ciento. Sin embargo no se nos ha vuelto antipático. ¿Por qué? Porque es humilde. Es de verdad humilde —*rara virtus!*— Y su virtud le torna simpático. Cantando la palinodia recurre ahora a Unamuno como a su padre espiritual. Le abre de par en par la conciencia. Le pide remedio contra el *taedium vitae* que le trae a mal traer. Si hubiéramos planeado una novela no acertábamos con un desenlace tan catártico, tan preñado de enseñanzas. El hombre de las manías religiosas, el caballero de las ultratumbérras va a obtener su segundo resonante triunfo. No sólo no lograron los amigos hacer mella en su fe religiosa, atrayéndole al ateísmo, sino que ahora ataca él. Va a empujarlos a Dios. Comenzará un largo proceso de teización, hasta lograr doblegarlos y reducirlos. Ya le oiremos en la carta próxima dar consejos de vida eterna, no sin antes relamerse un poco por su triunfo...

En el momento en que escribo estos renglones Don José María Pemán me envía su artículo: *Unamuno, o la gracia resistida*, publicado en *A B C* de Madrid, el 29 de mayo de este año. Le ha llamado la atención al poeta aquel episodio juvenil relatado por Don Miguel en la *Carta II* de este epistolario, “verdadera joya autobiográfica —dice Pemán— de valor inestimable”. Siendo Unamuno casi un niño, al volver cierta vez de comulgar, decidióse a abrir el Evangelio al azar, a ver qué le decía la sagrada letra. Salióle el versículo de San Mateo: “Id y predicad el Evangelio por todas las naciones.” Era claro: ¡el Cielo lo quería sacerdote y acaso misionero entre infieles! Pero Conchita Lizárraga le tenía ya flechado el corazón, y no iba a dejarla así no más. Pasan unos días. Vuelve a comulgar y pregunta de nuevo en los Evangelios. Le contesta ahora San Juan: “Ya os lo he dicho y no habéis entendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?” La res-

¿Conoce las teorías del Abbé Loisy, cuyos dos últimos libros han sido el pretexto para obtener su condenación en Roma? En exégesis y crítica histórica creo que está considerado muy por encima de Renan y, a mi modo de ver, con razón. Diez años por lo menos lleva el Arzobispo de París trabajando para obtener esta condenación. Y hay que confesar en honor de León XIII que jamás cedió ni a súplicas ni a ame-

puesta le escalofrió. Dieciocho años después todavía le repercutían en el corazón aquellas palabras y le perseguía el recuerdo.

Tiene toda la razón Pemán; Don Miguel daba la impresión de un cura vestido de paisano, como dicen los españoles. Era lo de menos las rodilleras de sus pantalones y el juboncillo cerrado en el pescuezo, como un alzacuello de "clergyman". La pobreza blasonada en todo su atuendo, el ascetismo de su vida y la honestidad a toda prueba le daban un inconfundible tinte de misionero. Para mejor arrogábase el oficio de sermonear por los pueblos. (Véase el comienzo de la *Carta XIV*, pág. 391.) ¿No sería quizá todo esto con el propósito de tomarse represalias por haber desoído la vocación de lo alto? ¿No sería en definitiva el haber resistido a la gracia de la vocación la causa de la tristeza agónica que le acompañó siempre? Al pronto —lo confieso— también yo pensé así, cuando hace años leí por primera vez esa confesión de Unamuno. Más aún, el episodio parecióme contener la clave del secreto unamuniano y del misterio de sus congojas; y estuve a punto de dar voces denunciando el hallazgo. Pero, aunque indudablemente el doble aviso del cielo le recomendó mucho tiempo las entrañas, sabía muy bien Unamuno, y caso de no saberlo se lo hubiera dicho cualquier confesor, que, cuando no media mandato expreso de Dios, la vocación sacerdotal y religiosa es *invitatio, non iussio*, invitación, no mandato, invitación que se acepta o no se acepta, de libre albedrío. Y quien desoye el llamado no aceptando la invitación no debe temer le sean negadas por Dios gracias especiales para vivir y morir santamente en medio del mundo. No menos señal de vocación al matrimonio era, mi querido poeta, para Unamuno el sano amor de su alma a la rubiecita de Guernica. Estaba, pues, en libertad de seguir uno u otro llamado.

Quiero destacar unas frases admirables de Pemán, y no por pagarle la generosidad de su artículo y las palabras de elogio que me dedica, sino por creerlas acertadísimas y dichas además con la sal de su gracia gaditana. Unamuno vió (el protestantismo racionalista alemán se lo hizo ver) en el Evangelio una construcción de amor, no de leyes; de gracia, no de castigo; y en el catolicismo una armadura romanista de hierro, en la que la buena nueva de Jesús padece torturas, como en un potro. Por eso odió hasta más allá de sus cincuenta años al catolicismo romano vaticanista, el cual, según él, hacía muy buenas migas, pese a las apariencias en contrario, con el volterrianismo francés, maquiavélico, politiquero, superficial.

Añoró un Evangelio puro, metido en una sociedad de hombres hermanados por idéntica hambre de eternidad y trascendencia. Fué ésta su ansia inacallable. "Postura deshumanizada de místico puro, de puritano angélico, que exige un Evangelio total, sin hombres que lo vayan realizando poco a poco, sin historicidad impura. Religión toda vencida del lado de la Divinidad, con olvido de la Humanidad y de la Encarnación." ¡Egregias palabras, y qué profundamente calan en el alma de Unamuno!

nazas que no faltaron por lo visto. ¡Pío X se ha dejado convencer a la primera!

¿Habr  un cisma en Francia? Es muy probable. ¡Con un gobierno a la altura de las circunstancias qué gran partido podr  sacarse de esa condenación para echar las bases de una “Religión Nacional Francesa”, análoga a la que podrá y deberá establecerse en España!

¡Hace meses que no leo ningún escrito suyo, yo que tanto los deseo! Areilza suele mandarme todos los números de *La Lectura*,  nica revista española que leo, y en ella suele haber poco de usted.   Tiene entre manos alguna obra próxima a publicarse?

Si llega a decidirse su marcha a Buenos Aires ya hablaremos antes de la partida. Mi opinión es que las ventajas de tal cambio de residencia han de ser para usted y los suyos mayores que los inconvenientes, sin que éstos sean pequeños. Si algún porvenir hay para nuestra raza, y hasta para nuestra cultura, está all , en Sud América. Creo que orientará a mis hijos hacia ese lado.

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, febrero de 1904.

### CARTA XIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: Deseaba escribirle —pues hace tiempo le tengo desatendido— cuando recibo su carta. Al leerla, perd nemelo, mi primer movimiento fué de cierta egoísta y pecaminosa complacencia. Al decirme que el trabajo a que está adscripto le tiene deprimido física y moralmente, cierto bajo consuelo me hizo volver los ojos a mí y decirme:

“Mira, Miguel, tu trabajo apenas basta para sostener con algún decoro a los tuyos. Vives hasta con estrechez; y, si te murieras, se quedarían tu mujer y tus hijos sin más amparo que el de tu madre, una miserabilísima viudedad y una mezquina renta de tu póliza de seguro. Eres pobre, Miguel, muy pobre, pero tu trabajo lo haces alegremente, y te brota espontáneamente.”



“MI CONSTANTE PRE-  
OCUPACIÓN POR EL MÁS  
ALLÁ SERENA MI VIDA”

Porque, sí, amigo Ilundain, a las veces me arrepiento de lo poco que me he cuidado siempre de cosas de intereses, de mi prodigalidad de espíritu; pero nunca he tenido ni mejor salud ni mejor humor y ánimo. ¡Estoy contento, muy contento, lleno de vida, y por dentro muy alegre! ¿Cómo podría yo comunicarle algo de esto? Y, créame, tengo fuertes motivos para creer que mi constante preocupación por las *ultratumberías*, por el problema de la muerte y del más allá y por lo religioso es lo que serena y alegra mi vida. No comprendo que pueda llevarse la vida con alegría no queriendo ver más allá de ella. ¿Por qué no intenta usted sugerirse el “¡quién sabe...!” ¿Por qué no intenta abrirle puertas a la esperanza?

El año pasado ha sido para mí fatal; se me ha cerrado con déficit, habiendo tenido que recurrir a oficios de un buen amigo por no deshacer mi seguro. Mis excursiones a Galicia y Andalucía, aunque me pagaron viaje y estancia, me costaron bastante. Pero este año se me presenta mejor. Tengo más sueldo y mis trabajos aumentan. Sin embargo, he observado que la serenidad y alegría de mi espíritu coinciden con los períodos de apuros pecuniarios. Luego está mi mujer, que por nada se acongoja, que guarda su niñez perdurable, que me alegra la casa y el corazón con su inalterable alegría, que es mi mayor sostén y el alba perfecta de mi vida. ¡Un alba, sí, que es lo más hermoso; no sale el sol que agosta y quema, pero nunca es noche! ¡Bendito el día en que me casé!

Siento cada vez mejor aquello de Cristo, de que no nos acongojemos por el día de mañana e imitemos a los lirios y a los pájaros. Es de lo más terrible de la vida moderna esa esclavitud a ganarse el pan de mañana. “El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.” ¡Hoy, hoy, hoy...! ¿Mañana? ¡Dios dirá! Hay que vivir, y no trabajar estérilmente. ¿No tiene modo de aflojar algún tanto las cadenas de ese



trabajo abrumador?, ¿de buscar alguien que le ayude a llevar la carga, aunque le cueste? Mire bien no sea que le oprima una codicia, aunque fuese la noble codicia de asegurar el pan de mañana para sus hijos. Y le habla uno que predica con el ejemplo, uno que puede probar que ha rechazado trabajos con que fraguar un capital a sus hijos abrumándole su espíritu y cortándole las alas. Prefiero esta inquietud del mañana.

Del Abbé Loisy no conocía ni el nombre, e ignoraba totalmente cuanto de él me cuenta, y que es interesante<sup>30</sup>. Lo de la “Religión Nacional Francesa” ya es otra cosa.

<sup>30</sup> Nadie ignora hoy la triste suerte de Loisy. En los comienzos de su sacerdocio (1879) actuó de párroco, entregándose poco después a la enseñanza de la exégesis bíblica en el Instituto Católico de París y a la Historia de la Iglesia en el Colegio de Francia. En 1893 el Arzobispo de París le depuso de su cátedra en el Instituto. Entre-góse entonces con pasión a los estudios bíblico-históricos, balanceando entre el catolicismo y la crítica histórica protestante. En 1902 dió el campanazo con su libro *L'Évangile et l'Église*, en el que polemiza con Harnack, llevando las tesis desarrolladas por éste en *Das Wesen des Christentums* a extremos tales que no trepida en negar las bases históricas de la fundación de la Iglesia. Un año después fueron incluidos en el *Index* sus libros *L'Évangile et l'Église; Autour d'un petit livre y Le quatrième Évangile*.

León XIII, efectivamente, no se decidió a condenarle, pese a la carga que le llevó el Arzobispo de París. Pero, como el mismo Loisy lo confesó, ya aquel pontífice le había aconsejado abstenerse de los estudios bíblicos, como medida radical para evitar ulteriores tropiezos. Pío X le excolmugó. Y, en 1907, el decreto *Lamentabili* y la encíclica *Pascendi* tomaron en cuenta sus principales doctrinas para censurarlas. Su producción es vastísima, habiendo logrado, junto con Réville y Sabatier, el triste privilegio de ser uno de los más grandes paladines del modernismo. La heterodoxia de Loisy habría obtenido mayores resonancias de no haber ocupado el primer plano de la opinión la cuestión francesa, es decir, el empeño galicano de formar una iglesia nacional de Francia; lo que toca de paso Ilundain en su carta anterior. El prestigio obtenido por Loisy, al principio, en el ánimo de Unamuno lo revelan estos párrafos. En otra parte (pág. 137) he citado ya su carta a Nin Frías, de 13 de noviembre de 1906, en la que expresa sin rebozo sus esperanzas de un cristianismo nuevo, en el que se fundan el catolicismo y todas las sectas protestantes, y al que confluya la tendencia de Loisy de una parte, y la de Harnack de la otra. Así pensaba por aquellos años de furor protestante. Sin embargo, en 1911, cuando redactó los capítulos de *Del sentimiento trágico de la vida*, se indignó contra Loisy. “¿Puede acaso la vida, la vida que busca seguridad de la supervivencia, tolerar que un Loisy, sacerdote católico, afirme que la resurrección del Salvador no es un hecho de orden histórico, demostrable y demostrado por el solo testimonio de la historia?... Esa nueva apologética psicológica apela al milagro moral, y nosotros, como los judíos, queremos señales, algo que se pueda agarrar con todas las potencias del alma y con todos los sentidos del cuerpo; y con las manos y los pies y la boca, si es posible.”

Yo no creo en ella, sino en el cristianismo, entendido por cada cual a su manera, directamente. Claro está que, pareciéndonos los españoles unos a otros más que a los franceses, ingleses, etc., y teniendo tradiciones, lengua y usos comunes, nuestro cristianismo acabaría por tomar un tinte español, y sería un Evangelio traducido a la española.

Y si eso es "Religión Nacional" no sólo estoy por ella sino que la predicaré. Lo que se me echa hacia atrás es lo que algunos llaman la *Iglesia Nacional*.

Como le digo antes, he entrado en este año lleno de salud, de alegría y de ánimo. No sé por qué se me ha metido en la cabeza que este año —en que hago los cuarenta— ha de ser singularmente fecundo para mí, y que en él he de iniciar mi verdadera carrera. Porque mientras hay muchos que me dicen que *he llegado*, yo me digo a mí mismo que *no he partido* aún, y que cuanto llevo escrito, dicho y hecho no es sino prólogo de lo que me queda por escribir, decir y hacer.

#### EN PLENA PRODUCCIÓN LITERARIA. INCIDENCIA CON EL OBISPO

Ahora, además de los artículos que remito a *El Imparcial*, bajo el título común de "*Glosas a la vida*" —¿los conoce usted?— y que es de lo más claro, neto y resolutivo que hago, trabajo en dos libros: una nueva novela, *La tía*, y un libro de *Ensayos*. Además, a partir de este mes, he de colaborar en los números todos de *La España moderna* con trabajos que me brotan de muy dentro. En el número de este mes me han publicado un relato que se llama *La locura del Dr. Montarco*, y tienen ya otros dos ensayos largos: uno *Sobre la filosofía española* (diálogo), otro titulado *Intelectualidad y espiritualidad*<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> La novela, *La tía*, que trabajó por entonces, dejéla descansar muchos años para entregarse a los ensayos y a los comentarios al *Quijote*. En 1921 apareció, por fin, en Madrid, *La tía Tula*, novela verdaderamente ejemplar, sobre la que calqué —y lejos

Si no conoce mis *Glosas a la vida* en *El Imparcial* —por las que he recibido varias felicitaciones— se las remitiré aunque sea a título de devolución, ya que no tengo duplicados. Lo que hago en *La Lectura* es lo menos mío, aunque me sea lo más útil. Merced a ello ensancho mis “dominios” en América. ¿Tampoco conoce usted lo que he hecho para *Nuestro Tiempo*, titulado *Religión y Patria*? Y sigo preparándome a publicar dos obras: una de *Comentarios al Quijote* y otra de cosas de religión.

Haré que le remitan *La España moderna*. . . Como acabo de escribir —interrumpiendo esta carta— que se la remitan por mi cuenta, le ruego me diga dentro de unos días si la ha recibido. Yo recibo de cuando en cuando —hoy la última vez— revistas que usted me manda.

A fines del pasado año agitó el Obispo de ésta la idea de condenar mis escritos para lograr así mi destitución. Pero como vió en Madrid verdes las uvas, lo dejó. Se cruzaron entre él y yo cartas; y, previniendo que si él cumplía la amenaza que me hizo se armaría aquí una *Electra* —¡con lo que ganaría!— me había preparado el libro de batalla con que entrar en la liza.

Ahora espero nueva ocasión; pero sé que he de acabar por ahí. Después de aquellas amenazas y reproches, originados en lo que dije aquí en un banquete, han sido mis *Glosas a la vida*, en *El Imparcial*, las que al bueno del Obispo han debido de hacerle muy poca gracia.

Yo mismo dudaba de que el seudo e incoloro *El Imparcial* me las admitiera. Por una de esas cosas de *El Imparcial* pedía *El Siglo Futuro* poco menos que el que me fusilaran, y Nocedal en el Congreso se ha lamentado de que siga yo de Rector, “siendo un mal español”. Continuaré mi labor.

Y usted levante el ánimo. Y si la consideración del porvenir de sus hijos no basta a hacerle llevadero el trabajo vea si tiene medio de sacudirse en parte de él. Cuando, dejando de atenernos al hoy, el considerar el mañana nos angustia y esclaviza, hay un remedio y es

de tener empacho me vanaglorio en decirlo— mi trabajo: *Un infinito amor*. Los escritos mencionados aquí por Don Miguel los hallará el lector en los tomos IV y V de sus *Ensayos*.

mirar al pasado mañana, al más allá del mañana, a lo último. Usted no puede ni debe morir sin haber vivido. Si se sacrifica por entero a sus hijos, y éstos a los suyos y así sucesivamente, es un sacrificio estéril en todos. Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 8 de febrero de 1904.

#### CARTA XIV DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: Por fin, después de no pocas andanzas, ires y venires, hallo un rato de relativo sosiego para escribirle.

“LO CAPITAL ES EL PROBLEMA  
RELIGIOSO, NO HAY SALVACIÓN  
FUERA DEL CRISTIANISMO”

Este verano ha sido el más espeso de mi apostolado. Primero a Galicia, con discurso en Orense y Coruña; luego a Andalucía, con dos discursos en Almería y tres en Granada (uno a los maestros en el Paraninfo de la Universidad, otro en una sociedad obrera y otro en Ganivet); y hace poco a inaugurar el curso de la Escuela de Industrias de Béjar, con discurso de inauguración, y en el mismo día otro a obreros y patrones. Y con tanta suerte estos dos últimos que provocaron la primera entrevista cara a cara de unos y otros, después de mes y medio de ni aun querer tratar, deponiendo piques de amor propio y empezando a tratar el asunto como lo que es, como un negocio de regateo. Total siete discursos, e infinitas conversaciones con éste y aquél y el otro, porque fío más en la acción personal. Y así me voy prodigando y derramando. Y así pienso recogerme, porque me siembro. Sólo el que se da se posee. Y vivo alegre. Este

otoño publicaré en un tomo mis discursos escritos bajo el título de *Sermones laicos* o simplemente *Sermones*. Aunque el título se preste a tontos comentarios. Habrá recibido ya mi discurso de Almería. Es un desahogo.

Emilio Izar, discípulo de Fidalgo, a quien usted recomendó, vino a examinarse. Se fué satisfecho con el resultado, porque no perdió curso y aprobó las que más le convenía. Sospecho que haya salido ya de ahí Leopoldo. Si aún continúa, saludéle. Es uno de los amigos a quienes más quiero, uno de los que quiero de veras. Es de los pocos, poquísimos, con quienes me permito todo género de confianzas, y con esto queda dicho todo.

En los altos y bajos de mi vida, en los vaivenes espirituales de mi vida interior parece que he llegado, coincidiendo con una perfecta salud corpórea, a un período de plenitud, de reposo y de serenidad. Reposo interior, que es la mejor base del combate exterior. Es que veo mi obra y la cumplo. Y así me dedico a remover espíritus, a despertar conciencias. Voy matando el egotismo o egocentrismo, y busco mi perpetuidad derramándome en los demás. Todo lo demás se me da de añadidura.

Por supuesto, sigo creyendo que lo capital es el problema religioso y que para el pueblo todo, tomado en conjunto, no hay salvación fuera del cristianismo, que sólo éste da motivo y consuelo para vivir. Estamos amasados con él. Ya hablaremos de esto.

Lejos de haber renunciado a mi partida a América sigo en ello cada vez más resuelto. No depende ya de mí. Las elecciones presidenciales lo tienen todo en suspenso.

**"ME ACUSAN DE PERVER-  
TIR A CURAS JÓVENES"**

Los ejemplares de Loisy, que tuvo la bondad de enviarme, están corriendo aquí de mano en mano de curas jóvenes, entre los que tengo algunos amigos. De esto le escribiré otro día y de la revolución que dicen he venido a traer a los espíritus de buena parte de la ju-



ventud de este, hasta hace poco, dormido ciudadón castellano. A tal punto que hasta me acusan de haber pervertido incluso a curas. Empezó por uno que vino a mi casa a verme, cuando se hallaba en las garras de Nietzsche, nietzschenizado por completo. Le metí a leer a Sabatier, Harnack, Hatch, etc. (él sabe francés, alemán e inglés, que los ha aprendido solo y los traduce bien) y en estudios religiosos. Ofrece un caso típico y trágico de lucha entre su corazón y su cabeza, un ejemplar de cura sin fe. Y empezando por él he venido a dar en director espiritual de algunos curas jóvenes que sienten que se les va la fe católica.

El Loisy es interesantísimo, y su doctrina la única exposición racional del catolicismo, hasta para los que menos católicos nos sintamos. Lo de considerar a la Iglesia como una institución social en que se desarrolla el germen evangélico y se aúnan y conciertan las distintas corrientes, admitiendo mística alejandrina, filosofía aristotélica, etc., es realmente lo más hondamente católico. La Iglesia no lo quiere entender así y se suicida. El fecundísimo principio de la evolución entra con Loisy en la Teología católica, cerrada a él, cuando ya la protestante lo aplicaba. La estúpida pretensión de que el Evangelio encierra la actual dogmática matará a la Iglesia. Lo de Loisy es un chispazo de la Reforma francesa latinizada. Porque yo creo que, una vez que se sacudan de la superstición católica, volverán al cristianismo, y que esos pujos anticristianos son pasajeros. La civilización europea ha tomado forma cristiana.

Tengo terminados cinco ensayos para *La España Moderna*. En uno de ellos, titulado *Plenitud de plenitudes y todo plenitud* he puesto mi alma toda y mi credo sentimental<sup>32</sup>. Ahora preparo otro sobre el perdón, sosteniendo que lo único justo es el perdón. Si todos los hombres se convencieran de que hay otra vida y de que todos nos salvaremos y gozaremos dicha eterna, sea cual fuere nuestra vida, seríamos mejores. La certidumbre del perdón final nos aparta del mal más que el temor al castigo. La creencia en el infierno ha hecho muchos pecadores. Y basta de teologías.

<sup>32</sup> En *Ensayos*, t. V.



Este pueblo me conviene al espíritu, en contra de lo que usted parece suponer, porque así luchó y luchó fuertemente. Todo el elemento católico se ha desencadenado contra mí, y el ver que hoy en la ciudad soy el gozne de la agitación espiritual —que la hay— me anima. Ya los estudiantes se han dividido en bandos. Este ambiente me conforta y enardece, y esta calma exterior, esta pobreza de vida social de mero cumplimiento y etiqueta, me es muy provechosa.

En breve volverá a escribirle su amigo, que le quiere,

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, 18 de abril de 1904.

### CARTA XV DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain,

Mi muy querido amigo: Gracias a Dios que disfruto de un rato para poder dedicarlo a amigos como usted. Y ¡si usted supiera lo mucho y mucho que de usted hablé con Leopoldo en Gijón, donde me acompañó! Por cierto, no sé si le he dicho que mi dichoso discurso de Gijón me valió, entre otras felicitaciones, una, en tarjeta postal... ¿de quién creerá usted? Pues ¡del mismísimo... Fray Candil! Es la primera y última vez que se ha dirigido a mí. Claro es que se lo agradecí<sup>33</sup>.

Iturrino va a ir a Bilbao a pasar las navidades con su padre. En Villavieja no es que se aburra, es algo peor, no trabaja apenas. El

<sup>33</sup> Fué enorme el influjo de Emilio Bobadilla, conocido por el seudónimo de *Fray Candil*. Bien se echa de ver en estos renglones. *Fray Candil* era impertérrito enemigo de *Clarín*, con quien polemizó ruidosamente. Eran apreciadísimas sus críticas literarias, publicadas en los principales periódicos de Madrid. Sus libros: *Triquitraques*, *Capirotazos*, *Al través de mis nervios* hicieron verdadero furor en España. El genio chispeante del cubano, su estilo conciso, pero preñado de ideas, y su causticidad le colocaron al frente de los críticos de su país. Hoy apenas se le recuerda; y escritores hay en España y más en América que no le conocen ni de nombre. ¡Es el destino de los censores de libros! Y acaso por el hambre de perennidad, tan común a los hombres de nuestra generación, anda de capa caída el menester de los críticos literarios.

buen Iturrino, niño grande, necesita de un ambiente alentador, necesita quien le azuce al trabajo y le guíe en él. Añada la pesadumbre de un hogar debido a un tropezón casual. A mí me es profundamente simpático; debajo de sus defectos todos, más aparentes que reales, hay un corazón de oro puro.

El puesto oficial no me perjudica en el sentido que usted cree, sino al contrario. Y desde hace medio año apenas publico nada, fuera de mis ensayos en *La España moderna*, que usted conocerá; es porque me encuentro absorbido por completo en una obra que he de dar a luz a principios del año que viene. Jamás me ha embargado tan por entero trabajo alguno, ni creo haber puesto en nada de lo mío tanta pasión, tanta vehemencia y tanto de mis entrañas como estoy poniendo en mi nueva obra *La vida de Don Quijote y Sancho, según M. de C. S., explicada y comentada por M. de U.* Creo que he acertado a hacer mi obra más personal comentando una obra ajena. Por supuesto, el texto cervantino me da pie para todo género de revoloteos, y no es sino un pretexto para verter mi pensamiento y mi sentimiento todo. No sé si me equivocaré, pero de todos modos me equivocaré con los que conocen en algo mi nueva obra; ésta es lo mejor que he hecho. Leopoldo la conoce en muy buena parte, aunque no en la mejor (lo mejor lo he escrito luego que volví de Gijón), y le podrá decir a usted.

Lo de mi viaje a Buenos Aires está en suspenso. Lo deseo pero temo aquello. Me figuro que, si bien se encuentra en plena prosperidad económica, se masca allí la memez. Allí no hay roca viva, aquello es todo tierra de aluvión, allí se admira a Ferri, a Max Nordau, a Le Bon... Allí se nutren los intelectuales de la Biblioteca Alcan<sup>84</sup>.

<sup>84</sup> ¡Ni tiene que decirse el desprecio de Unamuno hacia Max Simón Nordau! Éste era un calculista. Sus prédicas democráticas y sus ditirambos a la libertad se enderezaban a perpetuar el estado servil, como dice Belloc, en el que Simón Nordau estaba bien acomodado. A Nietzsche, por ejemplo, Unamuno lo combatió. Se midió con él. Lo tomó en cuenta. A Simón Nordau lo despreció. No le halló dimensiones espirituales ni quiso tener trato alguno con él. "¡Me estomaga!"

Para difundir sus ideas tuvo Max Nordau grandes diarios a su servicio, por ejemplo *La Nación* de Buenos Aires. Desde ellos predicó pomposamente logrando renombre, merced a que halagaba la opinión pública, aun cuando parecía denostarla con sus in-

Lo de la proyectada Universidad hispano-americana en esta vieja ciudad es una papa que no merece tomarse en serio. ¡Buenos estamos en España para llamar a nadie a que venga a aprender nada! Los que podemos enseñar o sugerir algo lo hacemos muy bien a través de las fronteras, yendo en una u otra forma a ellos y no pretendiendo que vengan ellos a nosotros.

Lo peor aquí es que los neos se exacerban y dan en hacer todo género de disparates. Yo cada día me envuelvo más en mi soledad íntima, y amo este castillo roquero en que vivo solo entre tantas gentes. Un abrazo de su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 11 de diciembre de 1904.

#### CARTA XIV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: ¡Cuánto tiempo sin escribirnos! Preten-  
sión, y no pequeña, puede parecer esta mi demanda, y lo será sin  
duda, pero yo no puedo avenirme a perder aquello que quiero y a  
no pedir aquello que necesito. Y necesito conservar la amistad de los

sultos. Es el inventor de los "fronterizos" y de otras paparruchas. El hombre sincero  
difícilmente alcanza popularidad; pero quien canta al tono del común sentir es en se-  
guida idolatrado por las masas.

No andaba desacertado Unamuno al afirmar que en Buenos Aires se mascaba memez.  
Todavía se la masca, y a dos carrillos. Cumplirás muy pronto el centenario del natalicio  
de Max Nordau. Ya veremos los funerales solemnes que van a hacerle los grandes diarios.  
¡Como si los oyéramos! ¡Ensalzarán al demócrata, al vidente, al conductor, al ciudadano  
del universo, al inquieto, al apóstol, y al qué sé yo! Alabando a los muertos tratan de  
pegar a los vivos. ¡Pobres muertos, *laudantur ubi non sunt!* ¡Y aún seguiremos mas-  
cando memez por mucho tiempo e hipando Ferris, y Nordaus, y Frances y Le Danteces!

"Ahí, en América, civilización significa cristianización, digan lo que dijeren los  
espíritus ligeros enamorados de Nietzsche y, lo que es peor, de Max Nordau (¡qué ho-  
rror, Dios mío!). Es menester que aprendan a meditar los hombres que corren todo el  
día tras el negocio pasajero." Así se expresaba Unamuno en carta a Frías, tres años des-  
pués. ¡Pues sí, los hombres de negocios y los que trasnochaban leyendo: *En el país de  
los billones*, siguen todavía y seguirán masticando la memez de Simón Nordau!

pocos hombres buenos que en mi camino se han cruzado. ¡Son éstos tan pocos y tantos los otros!

¿Qué puede ocurrir o saberse en París que usted no conozca como yo, aun sin vivir aquí? ¿Hablarle de lo que se chismorrea hasta en los cafés del último villorrio: guerra ruso-japonesa, separación de la Iglesia y el Estado, complot militar... , en esta Francia que quiere imitar nuestros pronunciamientos, pero que sobrándole deseos le falta coraje para ello? En filosofía, arte y literatura, ni una idea ni un hombre nuevo. Sólo merece citarse el hermoso movimiento religioso que, iniciado no hace mucho en el país de Gales, de aldea en ciudad se extiende por la Inglaterra toda. Es un nuevo brote del cristianismo, nacido de su misma raíz: del amor a todo y a todos. Sus preceptos: el amor y el perdón. En las reuniones de los iniciados juega el *canto* papel tan principal como el verbo, como manera más sencilla de llegar al corazón de los humildes y pobres de espíritu. Es un movimiento que hará hablar de él. Inglaterra, la patria de los santos (como se la llamará algún día) la sigue siendo y merece sin duda ser lo que es.

Sus *Comentarios a la Vida de Don Quijote y Sancho*, su nuevo libro, que me acaba de llegar —¡y mil gracias por él y por su recuerdo!— encierran, a mi vez, toda una filosofía místico-unamunista, atinadísima, original, profunda a menudo, pero a ratos pasándose de sutil. Es una manera, a lo Nietzsche, de presentar ideas en perfecto orden desordenado y de sentar principios con meras afirmaciones. Me hace el efecto de esos libros que, conteniendo una nueva concepción de la vida o de sus relaciones, necesitan un nuevo comentarista que acierte a exponer una y otras.

#### ¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA DIOS?

En la página 333 creo ver un resumen de la filosofía que encierra, cuando dice: “Frente a todas las negaciones de la *lógica*, que rige las relaciones aparentiales de las cosas, se alza la afirmación

de la *cardíaca*, que rige los toques sustanciales de ellas.” Y en la página 149: “No es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo.” Y en otra parte: “La verdad es lo que hace vivir, no lo que hace pensar.”

Pues bien, yo, pecador de mí e irremediable Sancho, que creo que la mentira es todo aquello que se dice sin sentir, mentiría si le dijera a usted que me basta ver esas afirmaciones en un libro que lleva su firma para asentir en ellas.

Seguramente que no debe ser la propia inteligencia la que nos hace el mundo, pero tampoco creo que sea la sola voluntad. Y no veo por qué una y otra deban ser términos irreductibles. Ni me parece el razonar despreciable ni el querer cosa de poca monta.

Si el obrar obras de vida es la prueba de las afirmaciones del querer, obrar obras de muerte será negar esas afirmaciones; y de aquí resultará que, siendo función de la voluntad inducir simplemente a obrar, necesitaremos algo distinto a ella que nos enseñe cuándo las obras son de vida o de muerte, buenas o malas. Y esto, creo, es función de la inteligencia. Así, pues, hacerse su mundo, ver y considerar las cosas y sus relaciones, con todas las facultades, afecciones, sentidos, querer y sentirse paréceme un punto de vista más íntegramente humano. Y la verdad, entonces, quizá fuera no sólo lo que hace vivir sino lo que al mismo tiempo hace pensar. Entienda, por lo que digo, lo que quiero decir, supliendo con su inteligencia lo que, si no está en la mía, está en mi intención. Y si yerro aun así, dígame en qué, seguro de que sin gran esfuerzo confesaré y reconoceré mi error.

Leo en su libro que no todos queremos decir con las mismas palabras las mismas cosas. Yo, que quisiera entender lo que usted quiere decir, desearía saber con grande y verdadero interés qué es lo que para usted significa la palabra Dios, que tan frecuentemente la saca a colación en su libro y en todas las cosas que lleva escritas. Con toda verdad le digo que, sólo de una manera aproximada, alcanzo a darme idea de lo que tal palabra significa en sus escritos, y eso me los hace un tanto ininteligibles. Cuando no le escasee el



tiempo le agradecería se tomara el trabajo de ejercer conmigo la obra de misericordia de enseñar al que no sabe y desea saber. Aunque sea cursi y de mal gusto hacer esta confesión, no quiero ocultarle que, en sí y por sí sola, la palabra Dios es para mí una de esas palabras que no encierran dentro de sí más que las letras de que se compone.

Y dicho lo dicho, réstame sólo añadir que he leído su libro con verdadero deleite y sin poder dejarlo de la mano. ¡Bien traído, exacto y justo su parangón entre nuestros dos caballeros andantes, Don Quijote e Íñigo de Loyola! Hermosas y nobilísimas las dos grandes figuras, Don Quijote y Sancho, tal como usted nos las presenta. En fin, necesitaría repetir las dos terceras partes del libro si quisiera decir todo lo que en él me agrada y satisface, así como me ha bastado entresacar una docena de líneas para presentar lo que en él no encontraba claro. Y que nos escriba usted muchos libros que se asemenen a éste desea su amigo que le quiere y abraza

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 25 de abril de 1905.

#### CARTA XVI DE MIGUEL DE UNAMUNO

“POR DIOS ENTIENDO...”

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi querido amigo: Lo más cómodo para mí sería remitirle a mi *Tratado del amor de Dios*, que estoy escribiendo ahora; pero prefiero decirle lisa y llanamente que por Dios entiendo lo mismo que entienden la mayoría de los cristianos: un Ser personal, consciente, infinito y eterno, que rige el Universo. Es la Conciencia de éste. Y me extraña que me lo pregunte. Usted podrá sorprenderse de que yo crea en Dios, en el Dios personal de la Teología cristiana, pero no debe preguntar qué se quiere decir con eso. Dios en mis escritos quiere



decir lo mismo que en los escritos de los escritores cristianos. No soy ni ateo ni panteísta. Me parecen superficialidades las cosas de un Büchner o de un Haeckel. Creo que el universo tiene una finalidad y una finalidad espiritual y ética.

Lo que sí le diré, y por ahí empieza mi *Tratado del amor de Dios*<sup>35</sup>, es que con argumentos lógicos no se llega más que a la idea de Dios, no a Dios mismo. Y esa idea es una hipótesis, y como tal hipótesis muy mediana, pues lo que no se explica sin Él tampoco con Él se explica. Ni en ciencia ni en metafísica hace falta Dios. Pero creo en Él porque tengo de Él *experiencia* personal, porque lo siento obrar y vivir en mí. Y no me pregunte más de esto que ni es cuestión de razonar ni me gustan las polémicas. Me quedo con mi Dios y le pido se manifieste a los demás.

Mi *Comentarios a la Vida de Don Quijote* va abriéndose camino poco a poco en medio de la hostilidad, más o menos silenciosa, de los escritores del antiguo régimen. Y no son los católicos los más escandalizados, sino los otros, los de la Ciencia (con mayúscula), los de esa infame bazofia que se nos da ahora en tomos de cuatro reales.

<sup>35</sup> En numerosas cartas de este tiempo hace Unamuno alusión a su *Tratado del amor de Dios*. ¡El tema de Dios era su tema! A 8 de diciembre de 1905 Areilza escribía a Ilundain: "No sé si le dije que Don Miguel se ocupa en estos momentos de escribir una obra sobre el amor de Dios, que supongo será sobre su amor propio. También ha anunciado, en carta circular, que va a echar su cuarto a espadas contra el catalanismo, vizcainismo, etc." El solo anuncio del libro sobre un tema tan sugestivo era un desafío en aquellos tiempos de ateísmo. Areilza, Barco, Ilundain estaban picados de curiosidad. ¿Qué iba a decir Don Miguel acerca de Dios? El nuevo libro se esperaba con impaciencia.

Poco tiempo después volvía Areilza a comunicarle a su amigo de París las últimas noticias sobre el *Tratado del amor de Dios*: "Al tiempo que recibía su carta, contándome su correspondencia con Don Miguel, vinieron algunos amigos de Salamanca trayéndome saludos del "Elegido". Le llamo el "Elegido" sin duda con impropiedad. Sería más justo llamarle el "Beneficiado" de la tierra prometida. En Salamanca se dan casos como el de Unamuno. Ahí está Santa Teresa, por ejemplo, que no me dejará mentir. Unamuno es un producto de Salamanca. Se dan allí "Elegidos" de la misma manera que en Fuente-sauco se dan garbanzos y nabitos en Navarniz. ¿O será, acaso, efectos de un monopolio el que haya Don Miguel instalado allí un teléfono para comunicarse con el Padre Celestial? ¡Ya lo sabremos algún día! Don Miguel no se muere sin contarnos sus intimidades con Dios. Es posible que por ahora no se atreva, para no faltar al secreto que el



Lám. 20.—Pasajes de San Juan. (Guipúzcoa).

¡Están *alcanizando* a España y hay que acabar con esa ralea! La salvación está en volver, con saber moderno (con verdadero saber moderno, no con ciencia de la *Bibliothèque Alcan*), a nuestros místicos. Y enterrar a Spencer y a todos los fisiólogos, médicos e ingenieros metidos a filósofos. Usted lo verá en mi *Tratado*.

Y, ¡a luchar! Otros, a europeizar a España. Yo, a ver si un día españolizo a Europa. Dios me dé fuerzas. Pero ¿estará loco este hombre? se preguntará usted... Le abraza con efusión

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 9 de mayo de 1905.

### CARTA XV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Usted también ha sido ateo y no debe extrañarle y menos ofenderle el que yo, de buena fe y sin la menor intención de polémica, le pregunte: ¿qué es lo que en sus escritos

Supremo le ha impuesto; pero el trueno ha de venir cuando riñan ambos. Y es seguro que reñirán. Riñe Don Miguel con todo el mundo. A medida que vaya tratando al Supremo le encontrará más imbécil; y entonces oiremos que Don Miguel exclama: «Dios es un majadero; soy yo más que él.» Prepárese usted a presenciar la aparición del *Super-Dios*."

Con el mismo tono de zumba, poco tiempo después, decía: "Esperamos pronto a Don Miguel por estos lugares (en Bilbao). Hace muchísimo tiempo que no le oigo ni le siento por España. Su alma se ha ido al otro mundo..."

Pasaban los años y el *Tratado del amor de Dios* no aparecía. En 1907 dió a luz Unamuno un libro de versos, con extraordinaria aceptación. Le veremos paladear su triunfo en las próximas cartas. Más tarde apareció *Recuerdos de niñez y mocedad*. Nuevo éxito, a pesar de reproducir viejos artículos publicados a los comienzos de su carrera literaria. A los amigos seguía diciendo Don Miguel que "el mayor escándalo lo iba a producir su *Tratado del amor de Dios*". Y para entonces los comentarios a la vida de *Don Quijote* habían levantado ya tempestades de polémicas.

Como veremos en cartas posteriores, a comienzos de 1911 *La España moderna* empezó la publicación de su esperadísimo *Tratado del amor de Dios*. ¡Pero bajo el título de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*! "En él he refundido mi *Tratado del amor de Dios* —le escribiré a Ilundain—, el cual en la forma en que lo planee primero me iba resultando irrealizable."

significa la palabra Dios? Necesitaba saberlo para entender debidamente su libro; me lo ha explicado, se lo agradezco y ¡Cristo con todos! No soy suficientemente necio para pretender, con razonamientos, convencerle de lo que yo, a pesar mío, no puedo menos que creer un error o una flaqueza de su espíritu. Confieso que carezco de pruebas personales de la existencia de Dios, que mi razón me lo rechaza y que mi cordialismo no me lo exige. Así pues, por buena voluntad que pudiéramos ambos, creo que resultaría difícilillo convencernos uno al otro. Y, después de todo, ¿para qué? Usted en su teísmo encuentra consuelos, que por lo visto le son necesarios. Hace bien en creer.

A mí ni me consuela ni me desconsuela mi ateísmo. Con él y hasta *por él* tengo yo anhelos, ideales, afán de gloria, sed de arte y belleza, tendencias al bien... También yo quisiera dejar nombre y recuerdo eterno en el mundo; sueño en grandezas fantásticas para mí, para los míos, para mi patria, para mi raza, para la humanidad.

No creo en ningún Dios y menos en el sentido que usted da a esa palabra, pero tampoco creo que mi yo haya de aniquilarse algún día en absoluto, volviendo a la nada. ¡La nada! La nada es una palabra que carece por completo de sentido. ¿Qué es eso? Creo en la inmortalidad del mundo y de la humanidad; y claro está que también, después de mi muerte, quedaré no sé dónde ni cómo, (aquí o allá, en esta o la otra forma, con más o menos conciencia de mí mismo), pero quedaré y perduraré, como quedará y perdurará la materia toda y el espíritu que la anima, porque la nada, que es una invención cristiana, no existe ni ha existido para mí <sup>36</sup>.

<sup>36</sup> Toda esta "filosofía" —el término pertenece a Unamuno— la toma muy en cuenta Don Miguel en el primer capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida* cuando dice: "Todo eso de que uno vive en sus hijos o en sus obras o en el universo son vagas elucubraciones con que sólo se satisfacen los que padecen de estupidez afectiva, que pueden ser, por lo demás, personas de una cierta eminencia cerebral. Porque puede uno tener un gran talento, lo que llamamos un gran talento, y ser un estúpido del sentimiento y hasta un imbécil moral. Se han dado casos.

"Estos estúpidos afectivos con talento suelen decir que no sirve querer zahondar en lo incognoscible ni dar coces contra el aguijón. Es como si se le dijera a uno a quien le han tenido que amputar una pierna que de nada le sirve pensar en ello. Y a todos



¿ESPAÑOLIZAR A EUROPA? ¡MAGNÍFICO, PERO ANTES A ESPAÑA!

¡Magnífico eso de españolizar a Europa! Pero ¡empezando por España! Y no sólo magnífico sino posible y deseable. Españolizarla, sí; cristianizarla, no, ni posible ni deseable. Además el alma española no fué jamás verdaderamente cristiana ni lo será ya. Veo, amigo Unamuno, que una vez más estamos en desacuerdo, pero no creo que por ello sufra nuestra amistad. Cualidad muy española y hermosa es la intolerancia, pero sólo en cuanto significa intransigencia con el error manifiesto y voluntario. Pero, por encima del hombre que piensa, está el hombre que obra; y no deja de ser frecuente el caso de hombres que pensando bien obran mal, ni es raro el caso contrario. ¿Por qué no podría ser yo de estos últimos?

Le supongo ya de vuelta de su visita a Bilbao y satisfecho de sus paisanos. Más lo debían estar ellos de usted, pues les ha predicado con palabras y actos la tolerancia de que tan necesitados se hallan. Alguien me ha enviado unos cuantos periódicos de Bilbao, en los que

nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no; o hacen como que no lo sienten, y entonces son unos hipócritas."

Como se verá, renglones más abajo, en esta misma carta de Ilundain, Unamuno pasó la temporada veraniega de aquel año de 1905 en su pueblo natal. Felizmente una carta conservada de Areilza nos dice la impresión que en el espíritu de Unamuno produjeron estas epístolas ateizantes de Ilundain. "Le mandé unos periódicos —escribe en septiembre de 1905— comentando el discurso pronunciado por Don Miguel en el banquete que le dieron sus admiradores. Yo no pude asistir porque vivo en Portugalete y la comida fué de noche. Anoche debió hablar en Eibar, en otro convite que le prepararon. Como en esta temporada vivo entre mis enfermos, apenas he tenido tiempo para encontrarme con Don Miguel. Por cierto que, hablando por incidencia de usted, me dijo: «¡Hombre, me escribió unas cosas...!» Y siguió por otros rumbos. Yo no sé la impresión que Don Miguel sacará de su venida a Bilbao, pero me figuro que le será algo amarga, porque la conspiración de silencio que trae la prensa contra él debe mortificarle. En Madrid pronunció un discurso ante periodistas tratándolos espantosamente. Y, como todos ellos forman una cofradía masónica, le hacen el vacío y no dan cuenta de sus proezas. Ése es el motivo de que sus cosas de este verano apenas tengan eco en España. De su último libro del *Quijote* hablaron sólo los periódicos de Bilbao."



he visto lo que en bien y mal decían de usted. Por cierto, a uno de ellos, para humillarle y achicarle, no se le ha ocurrido cosa mejor que ponerle en parangón conmigo, aunque sin saber quién soy. Ni yo puedo pretender a más ni usted a menos.

He leído en otro periódico noticias de su discurso en el “Centro Republicano”, y las palabras de presentación que pronunció Don Federico Solaegui. No he podido menos que recordar que a este señor, a quien le conocí aquí en París durante la última Exposición, le hablé de usted, a propósito del discurso que en aquellos días pronunció ante el Claustro de Salamanca, acerca de la juventud española. El buen Solaegui confesó humildemente que ignoraba su nombre y cuanto llevaba usted dicho y escrito. Le presenté su discurso, que no le satisfizo mucho, pero me prometió comprar y leer, en cuanto volviera a Bilbao, su *Paz en la guerra*. Supongo lo haría así. Mucho han cambiado las cosas de entonces acá, y largo es el camino que ha recorrido usted. ¡Adelante!

Tengo la suerte de ser de los que gozan con toda el alma viendo a los amigos, grandes, fuertes o ricos. A pocos deseo más sinceramente que a usted esas tres cosas. Le quiere de veras su amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, 20 de septiembre de 1905.

## CARTA XVII DE MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. Don Pedro Jiménez Ilundain.

Mi muy querido amigo: Apenas llevo aquí ocho días y me encuentro con forasteros a quienes acompañar, exámenes de septiembre y una porción de cartas atrasadas. Pues el mes y medio largo que he pasado en Bilbao no he hecho sino charlar con amigos, pasear y sermonear. He vuelto de mi pueblo satisfechísimo; mucho de mis paisanos, pero más de mí mismo. Esto marcha, amigo Ilundain, y mar-

cha como yo quiero que marche, poco a poco y con resistencias. ¡Dios me libre de eso que llaman llegar y vencer! Llegar es pararse. Vencer es ser vencido. Cada día se me discute más, y es lo que necesito. Empiezan a leerse mis libros, sobre todo en mi propio pueblo, en Bilbao, donde era un desconocido casi. Lo de los Juegos Florales de hace cuatro años no ha dado fruto hasta este verano.

A su carta última contestará mi próximo libro, el *Tratado del amor de Dios*. Cada día me siento más cristiano, más creyente en la otra vida y menos positivista, o como usted quiera llamarlo. ¡Y no quiero decirle lo que me parece eso de juzgar como una flaqueza de mi espíritu el creer en el Dios personal del cristianismo, y en la otra vida!

De buena gana me extendería yo ahora, haciendo gala del estado de animación y plenitud de fe y esperanza en que me hallo; pero todo vendrá.

Una de las cosas que proyecto es un trabajo sobre la nefasta influencia de las letras francesas en las españolas, donde daré suelta a todo lo que me bulle, y cada vez más, contra el infecto espíritu francés.

Hace tres o cuatro días recibí el libro *Matière et Mémoire* de Bergson, que me mandaba usted. Lo siento, porque ese libro lo tenía ya entre los míos, con otros del mismo autor, y lo tengo muy leído y meditado. Esto me pasa con frecuencia con mi amigo Pedro Múgica, de Berlín.

Y por eso yo no envío otros libros que los que me piden. Pídame usted, pues, si desea alguno. Y para que vea que predico con el ejemplo, le diré que hubiese deseado que después de leer usted el librito *De la contingence des lois de la nature*, del gran pensador Boutroux (que es, con Renouvier y algún otro, de los más grandes y menos ruidosos pensadores franceses), me lo hubiese enviado. La indirecta es clara.

¿Le sirve a usted la suscripción de *La España Moderna*? Yo sigo muy bien, lleno de salud y de ánimo, henchido de indignación por

las cosas que aquí pasan y el fangal de cobardía y de mentira en que han caído las gentes. He corregido las pruebas de un trabajo enviado a *Nuestro Tiempo* sobre el vergonzoso motín oficialesco de Barcelona, y diciendo la cruda verdad respecto al catalanismo y al bizkaitarrismo y la necesidad de descastellanizar a España. Yo no sé si escandalizará la cosa, porque ya me voy acostumbrando a decirlo todo impunemente. Pero sé que, en fuerza de predicar en desierto, se le abren a éste los oídos.

He terminado también un ensayo *¿Qué es la verdad?*, que es un ataque durísimo al catolicismo, y nombrando a la bicha<sup>37</sup>. Y luego volveré a mi *Tratado del amor de Dios*, del que he de darle minucioso extracto. Allí verá usted lo que siento por Dios, un Dios más personal, más humano (o antropomórfico) y más vivo que el de la teología católica, que está aristotelizado. ¡Cada día soy más teísta!

Mi *Vida de Don Quijote y Sancho* va vendiéndose poco a poco. Ahora está haciendo su campaña en América, con más eficacia que aquí. Llevo echados fuera unos 1.200 ejemplares; me quedan 800. Gano ya con ello, aunque no sea mucho. Hace diez días me han pedido los cien últimos y espero pedidos nuevos.

Ahora voy a editar en tomo los ensayos que he ido publicando en *La España moderna*. Puesto que ya los libros, si no me dan mucho, nada me cuestan y aun me producen algo, no quiero entregarme a editores. En caso de tratar con alguno trataría con Garnier. Los de aquí son imposibles. Y además mi negocio está en América.

Buenas Pascuas. Sabe cuán de veras es su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, diciembre de 1905.

<sup>37</sup> En el t. VI de sus *Ensayos*.

## CARTA XVIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

Mi querido amigo: Supongo le habrán enviado, como encargué, todos los números de *La España Moderna* del año pasado, y recibirá también los de este. También le envié mi artículo sobre la crisis del patriotismo<sup>38</sup>, que ha sido reproducido varias veces, llegó hasta el Congreso, donde hablaron de él Junoy y Moret, y me ha valido no pocas cartas. Después, en el mismo *Nuestro Tiempo*, he publicado otro, *La Patria y el ejército*<sup>39</sup>, que es una requisitoria contra el militarismo, y pronto me publicará otro: *Más sobre la crisis del patriotismo*<sup>40</sup>. ¡Soy vizcaíno y no cejo!

Y esto marcha. Estoy satisfecho de mi obra. Cierto es que para meterme en estas bregas he tenido que descuidar un poco mi *Tratado del amor de Dios*; pero de cuando en cuando vuelvo a él y vuelvo retemplado. Y en él se reflejarán depuradas y sublimadas estas luchas. Cada día creo más en un Dios personal, conciencia del Universo, ordenador de todo. Y cada día creo menos en la validez de las pruebas tradicionales y lógicas de su existencia<sup>41</sup>.

¿El librito de Boutroux? Interesantísimo, aunque algo difuso y abstruso. Pero muy profundo. Y ahora le voy a pedir otra cosa, que usted leerá antes, y es el *Jesús de Nazareth* de Giran (creo que se llama Paul). Es un pastor protestante francés, que vive en Amsterdam.

Mis cosas de América van bien. Y ahora me ha salido en la *Nuova Antologia*, de Roma, un desconocido lector, que da cuenta de mis trabajos, me los bombea y me pone *fra Anatole France e Maurizio Maeterlinck*. En mi vida pensé en tales aproximaciones.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 14 de febrero de 1906.

<sup>38</sup> En el mismo t. VI de sus *Ensayos*.

<sup>39</sup> *Ibidem*.

<sup>40</sup> *Ensayos*, t. VII.

<sup>41</sup> Las objeciones a las pruebas tradicionales de la existencia de Dios las hemos considerado en la *Introducción* (págs. 199 a 210. Véase también la n. 2 de pág. 412).

## CARTA XVI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

HA LLEGADO EL MOMENTO  
DE HACER SU OBRA MAGNA

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Por una feliz casualidad me he enterado de su discurso de Madrid y de algo (muy poco) de lo que le precedió y siguió. ¿En qué casilla está catalogado y qué clase de bicho es ese tal Junoy que le presentó al público diciendo: “¡Señores! ¡Va a hablar la Ciencia...!”? ¡Qué tino para aplicar motes! ¡Llamarle *Ciencia* a usted que aspira a redentor de almas! ¿Dónde estuvo en aquel momento su sinceridad que no estalló indignada ante tamaña grosería? *Tempus tacendi*? Cierto que, si fuéramos a protestar de todos los desafueros que nos salen al paso, nos desparramaríamos demasiado y quizá inútilmente <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Eran años éstos para Unamuno de tesonero e infatigable sermoneo laico. Recorría las ciudades y los pueblos en campañas políticas y religiosas. La prensa de Madrid acogía con silencio, es verdad, todos sus trabajos; pero él le replicaba a la prensa con nuevas prédicas e innumerables cartas enviadas a todos los confines. Como era su costumbre, pasó el verano de 1905 entre los bilbaínos sus paisanos. Y aprovechando la temporada sermoneó primero a los vizcaítarras, luego a los socialistas y por último a los republicanos. Pretendió luego reunirlos para una plática en común, haciéndose la ilusión de conquistarlos a su parecer y de traerlos a la concordia. Intento vano, pues los socialistas y los vizcaítarras le abandonaron, y no sólo esto sino que le atacaron acerbamente en los diarios locales. De lo cual dan cuenta los siguientes párrafos de Areilza a Ilundain:

“Procura adular a sus oyentes —escribe Areilza— de modo indirecto, esto es, atacando a los contrarios. Pero como siempre ha lanzado prédicas mortificantes que envolvían a todos por igual, no ha logrado suscitar grandes entusiasmos entre los microcéfalos sectarios que forman la masa de los partidos políticos. En cambio, consigue siempre fabricarse odios leoninos en todos los bandos, pero singularmente entre los socialistas. En realidad la mayor parte de sus conceptos políticos se han neutralizado mutuamente de un discurso a otro, quedando, eso sí, vivos y enteros sus ataques a la vanidad de los neos (los socialistas), a sus procederés hipócritas y a sus odios venenosos. He ahí, pues, el sedimento valioso de sus predicaciones que yo le aplaudo, sobre todo por ser dichas en este pueblo hueco de sentimientos y talado de inteligencia. Por lo demás, le conocemos ya bastante como para saber hasta dónde llega su espíritu independiente, su sinceridad y su espontaneidad. Yo no sé si alguna vez llegará a conseguir la suficiente



¡Bravo, amigo Unamuno, le felicito con toda mi alma, pues ha franqueado ya la primera y más difícil etapa! Se ha creado nombre y autoridad. Ya sus palabras o escritos no caerán, como hubiera podido suceder hace pocos años, en el vacío. Tiene popularidad, es decir, multitud de gentes que le admiran u odian sin conocerle más que de una manera refleja.

Éstos y aquéllos, para quienes es usted un espectáculo, un objeto de análisis, o simplemente una distracción, le dirán tal vez que ha llegado a la cima de su nombradía; pero los que le queremos de veras y le hablamos la verdad no podemos menos de advertirle que éste es el momento de hacer obra duradera y sólida. Está obligado a

tranquilidad interior, acompañada de una independencia exterior, que le permita *evangelizar cordialmente*, es decir, *con paz y amor*.

"Ya lo voy dudando, puesto que a esa altura no podrá subir mientras no se desprenda de la envidia y de la egolatría que le tienen consumido. Deseo que adquiera la firme convicción de su prioridad indiscutible ante Dios y ante los hombres y que el resto de su vida lo pase predicando. Es hombre decididamente perdido para la ciencia. Pero tiene condiciones excepcionales para el púlpito. Bien lo caló doña Emilia Pardo Bazán cuando de él dijo que era un ser *moral*. Y ya sabe usted lo que en términos literarios y psicológicos quiere decir esto: un ser en quien sus actos cerebrales van empujados o dominados, no por el concepto racional, sino por el moral, es decir, por el bien o por el mal. Ya que no nos ha de traer la verdad, porque ésa no es ni de su misión ni de sus facultades, que nos traiga unas ráfagas, sermones, o como quiera usted llamarlas, emanadas de su ser, pero desprovistas de esas bajas pasiones. En una palabra, que se nos presente un ser moral con moral, y no un ente moral inflamado de inmoralidad. Y basta por hoy de moralerías o morrallerías." (*Carta de Areilza a Ilundain*, de 15 de septiembre de 1905.)

Su campaña oral política la reforzaba con una serie de artículos en diarios de toda España. La mayoría de esos artículos permanecen desperdigados todavía. Han pasado a los tomos de *Ensayos* tan sólo los principales: *La patria y el ejército*, *Más sobre la crisis del patriotismo* (trabajos que le anunciara Unamuno a Ilundain en la carta de 14 de febrero de 1906), *Sobre la europeización: Arbitrariedades*, etc.

Cada día acentuábase más en la Península la agitación política, provocada por la decadencia de la monarquía. Aunque en un primer momento pudo creerse que Unamuno simpatizaba con el monarca, contándose en las filas democrático-liberales-monárquicas, acaudilladas por Canalejas (lo que hizo pensar a Areilza que andaba ambicionando una cartera ministerial), muy poco tiempo le duró la veleidat dinástica; porque ni en su predicación ni en sus cartas particulares se cuidó de ocultar su enemiga irreconciliable con el Rey. Ansiaba, como lo confesaba sin ambages, que el monarca le hiciera proceso y le encarcelara, pues contribuiría ello a aumentar su reputación y a levantar la juventud en su favor.

Aunque desde joven repudió los separatismos y atacó violentamente a catalanes y



vertirse todo entero, y no meramente en palabras que no se retienen o se retienen mal, sino en escritos que queden y merezcan quedar.

Sus tres ensayos pudieron acaso servir de pauta para su obra futura, por ser quizás ésa la manera que encaja mejor a su modo de sentir y forma de exteriorizarse. Pero el cómo es lo de menos. Lo que importa es cumplir el compromiso moral que tiene usted contraído, y que los que somos amigos, no del sabio Rector de Salamanca, sino de Unamuno, o simplemente de Don Miguel, pero amigos de *antes*, de *en* y de *después* de haber llegado a la fama mundial (y aun caído de ella, si cayera), esperamos y pedimos como maná deseado.

Lo hecho por usted hasta ahora ha llenado sus fines, preparando y poniendo a punto un terreno árido y gastado. ¡Venga, pues, la obra

vizcainarras, logró sin embargo atraerse la opinión pública barcelonesa, rompiendo el bloqueo de hielo con que le envolvía la prensa. En el verano de 1905 se había entrevistado con Alfonso XIII en Portugalete; pero muy poco conspiró este encuentro para traerlo al partido del monarca, consiguiendo tan sólo henchir su anecdotario con una serie de referencias de las que años más tarde supo sacar partido contra el rey.

Fué en este verano de 1906 cuando el pintor vasco Losada hizo su retrato, logrando traspasar a la tela con bastante acierto "su mirada de inquisidor y su ceño adusto", como dice Areilza.

A Madrid solía bajar varias veces cada año. En el de 1906, a los comienzos, pronunció un discurso en la Zarzuela. Pocos meses después se produjo la simpática escena recordada por Azorín en *Los clásicos redivivos, los clásicos futuros*. Habíase anunciado otra conferencia suya en el Congreso. El Rector de Salamanca era esperado en las primeras horas de la mañana por diez o doce amigos. Nota Azorín que fué inútil, a la llegada del convoy, buscar al renombrado Rector ni en los coches de primera ni en los de segunda. Él viajaba entre los labriegos castellanos, en un humilde coche de tercera, destacando su redondo sombrero entre los anchos sombreros de los labriegos. Era una mañana muy fría. Del Guadarrama soplaban vientos helados. Pero —como nota Azorín— allí venía don Miguel, luciendo los redondos espejuelos de sus gafas, de cuerpo gentil, pues jamás usó gabán en el invierno, a pesar de vivir en una de las regiones más frías de España. Y era uno mismo su traje tanto en invierno como en verano, una lanilla ligera de azul oscuro de esas que suelen usarse a media estación. "Bajó del tren con su terno de verano. Nos tendió sencillamente sus manos enfundadas en recios guantes de gamuza, y comenzamos a caminar cuesta arriba hacia Madrid."

Y refiriendo la expectativa creada en Madrid por la conferencia advierte Azorín: "No creo que mañana ocurra nada en la conferencia. Pero creo, sí, que Unamuno es hombre sincero, con personalidad original, fuerte, honda, y que su discurso no será vulgar. Los que estamos acostumbrados a la oratoria parlamentaria nos encontraremos despistados y desorientados. Veremos que aquello es otra cosa totalmente diversa de lo que oímos todos los días. Pero iremos a oírle. Iremos todos."

fecundadora, o tema, si no la da o si la da mal, que muera con usted su recuerdo, sin dejar atrás nada, nada, nada!

En este momento en que su nombre es traído y llevado por gentes que, alabando o censurando, ensalzan y dan como grande y tal vez definitiva la obra hecha, quizás sea la mía la única nota discordante. Y en verdad que es poco amable, y demasiado atrevido y hasta pedante (por ser cosa mía) creer que apenas está esbozada la obra de un hombre que, mediante ella, está considerado como una gloria nacional.

Pero siendo usted el que es, el que tengo el convencimiento que es, ni puede satisfacerle ni engañarle ni desviarle el brillo puramente superficial de esas popularidades tornadizas y medio inconscientes. Y, a solas consigo mismo, lejos del mundanal ruido, no tengo duda que se confiesa a sí mismo que lo hecho hasta ahora no responde ni con mucho a lo que le queda dentro todavía por hacer.

#### DÉME MOTIVOS PARA CREER EN DIOS

Venga pronto su *Tratado del amor de Dios*, y venga acompañado de alguna prueba, no precisamente tradicional ni siquiera lógica, sino simplemente *cardíaca*, o como usted la entienda. Pero que sea, o pueda cuando menos ser, causa de que aquellos a quienes nos repugna el concepto de un Dios personal hallemos motivo de inclinarnos a él. Ciertamente, las pruebas tradicionales y lógicas de la existencia de Dios, en cuanto son precisamente lógicas, no pueden obrar directamente sobre el corazón y el sentimiento, sino simplemente sobre el raciocinio; y ha de ser éste demasiado endeble para encontrarlas satisfactorias. Boutroux y cuantos de cerca o de lejos (usted entre ellos) tocan este punto de la existencia de Dios hacen de él un postulado, y empiezan o acaban por hablarnos de Dios como de una cosa admitida, y se agotan acumulando pruebas *à côté*; pero rara vez o nunca atacan al sujeto de frente. ¿Impotencia o insinceridad, en unos?.

¿confusión entre *el querer* y *el ser*, en otros? Y no me detengo a aclarar más esto, que me llevaría muy lejos <sup>2</sup>.

Lo triste es que constituyen legión los que, esparcidos por el mundo y tan llenos de buena voluntad como faltos de prevenciones y pre-

<sup>2</sup> En la *Carta XVI*, de 9 de mayo del año anterior, habíale escrito Unamuno a Ilundain que su *Tratado del amor de Dios* comenzaba asentando que con argumentos lógicos no se llega más que a la idea de Dios, no a Dios mismo (pág. 400). Su cordialismo agnóstico no podía aceptar las pruebas tradicionales de Aristóteles y de la escolástica. Por ello, tras de refutarlas, por cierto con notable endeblez, como lo he dejado dicho en la Introducción a estas cartas, apela a la *experiencia personal* para sentar la creencia en el Ser Supremo.

Notable ensalada rusa la que se hace Unamuno en la cabeza. Dase maña para combinar kantismo spinoziano, o mejor dicho, spinozismo kantiano (pág. 375, nota 27), con teología protestante. Como filósofo manda las pruebas tradiconales a todos los diablos. Pero una vez yugulado el filósofo aparece el teólogo calmándonos con un: ¡Bueno, yo no puedo creer en Dios, no se me alcanza el Ser Supremo por vías de razón... Pero creo en el Padre de Jesucristo, creo en el Dios del Evangelio!

—Y ¿por qué cree usted, don Miguel, vamos a ver?

—Porque sí, por experiencia personal, porque lo siento a Dios obrar y vivir en mí. Y en las razones, ya les he dicho que en las razones me...

—¡Calle usted, don Miguel! ¡Bien sabemos lo que es capaz de hacer en las razones...! (pág. 379).

—Las corazonadas no se razonan; no es cuestión de razonar con el corazón, ni me gustan las polémicas. Me quedo con mi Dios y le pido se manifieste a los demás.

Este *pastiche*, esta detonante mezcla de spinozismo kantiano con kierkegaardismo ritschliano preside en toda la obra del pensador. Su lógica es demasiado simple. Siente hambre de eternidad, y, sin más, apela a un Eternizador, afirmando con su corazón al Ser Supremo negado con la inteligencia. Y no sólo en el capítulo VIII de *Del sentimiento trágico de la vida*, donde trató el tema de asiento, sino en todos sus escritos, aun en los de los primeros tiempos, abunda en ideas de éstas.

En noviembre de 1907 escribió su renombrado ensayo *Mi religión*, en el que se lee lo siguiente: "Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales —la ontológica, la cosmológica, la ética, etc., etc.— de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios me parecen razones basadas en paradojismos y peticiones de principio. En esto estoy con Kant. Y siento, al tratar de esto, no poder hablar a los zapateros en términos de zapatería.

"Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia. Los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y sí creo en Dios, o por lo menos creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista (*Voluntarismo*), y después, porque se me revela por vía cordial en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón (*Cordialismo*).

"Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: Ni sé ni puedo

juicios, no piden otra cosa que motivos para tener fe; y se abandonarían pasivamente a que la gracia obrara en ellos, sin importárseles que les entrara por el corazón o por la cabeza. Pero, por lo visto, es cada día menor el número de los escogidos.

saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca. Pero *quiero saber*. Lo quiero y basta."

Estos renglones sintetizan clarísimamente el *voluntarismo* y el *cordialismo*, dotes de una misma potencia, la voluntad, con la que asentaba Unamuno la existencia de Dios. Es el esquema del largo razonamiento del capítulo VIII, *De Dios a Dios*, en su obra capital. Unas páginas más abajo, en la carta XXV, nos dirá sin ambages la repugnancia que le causaba el ateísmo de ciertos escritores fanfarrones del tipo de Le Dantec, Simón Nordaux, Remy de Gourmont, Anatole France, etc. Y aunque alargo un poco esta nota voy a transcribir unos párrafos del artículo *Materialismo popular*, inserto en su libro *Mi religión y otros ensayos breves*; conviene lo tenga presente el lector:

"En mis frecuentes correrías por ciudades y pueblos, cuando voy de sermoneo laico, suelo tomar a los públicos que me escuchan como materia de experimentos; hago pruebas en ellos y observo cómo responden y reaccionan a mis palabras. Y tengo observado que cada vez que me oyen algo que estiman, aunque equivocadamente, que implica una especie de negación de la inmortalidad del alma y de la existencia de otra vida transcendente a este mundo, rompen a aplaudir. Y estos aplausos me contristan y alguna vez me he revuelto contra ellos.

"Si esos aplausos quisieran decir: «¡Bien! ¡Bravo! ¡Éste es un hombre entero! Éste antepone el amor a la verdad, por dolorosa que nos sea, al amor al consuelo»; si quisiera decir esto el aplauso, aún lo aceptaría, aunque con tristeza. Pero no, ese aplauso quiere decir esto otro: «¡Bien! ¡Muy bien! ¡No queremos otra vida; nos basta con ésta!» Y esto me apena, porque es explosión del más envilecedor de los materialismos.

"El que uno no crea que haya Dios, ni que el alma sea inmortal, o el que crea que ni hay Dios ni es inmortal el alma —y creer que no la hay no es lo mismo que no creer que la hay—, me parece respetable; pero el que no quiera que los haya me repugna profundamente.

"Y precisamente a mí, que llevo esa espina en lo más profundo del corazón; a mí, que no puedo resignarme a volver un día a la inconsciencia; a mí, que tengo sed de eternidad, esos aplausos me trillan el corazón. Que un hombre no crea en otra vida, lo comprendo, ya que yo mismo no encuentro prueba alguna de que así sea; pero que se resigna a ello y, sobre todo, que hasta no desee más que ésta, eso sí que no lo comprendo.

"Y luego esas groseras calumnias contra Cristo y el cristianismo; esas ineptias de que van contra la naturaleza y de que han deprimido el espíritu humano, y todo ese aluvión de vulgaridades que tantos pobres hombres se tragan."

Dije en otra parte que don Miguel borraba por la noche con el codo cuanto por la mañana había escrito con la mano. Dije también que se acostaba a dormir católico el que cada mañana se levantaba hereje, y que, aun en su peor período de borrachera heterodoxa, le bastaba emocionarse un poco y sentarse a componer unas rimas para que de lo hondo del alma le saliera a la sobrehoz el sentimiento católico. Desde su *Vida de Don Quijote* (1905) hasta la aparición de *Del sentimiento trágico* (1911) corren seis años de furor irracionalista y de fervor cordialista. Pero el mismo Unamuno que escribía por

Si su amigo, Mr. Royall Tyler, viene por aquí, tendré un grande y verdadero placer en ponerme a su completa disposición. ¿Cuál es la dirección de Maeztu en Londres? Le abraza su amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 8 de marzo de 1906.

### CARTA XIX DE MIGUEL DE UNAMUNO

SOY UN ESPÍRITU ILÓGICO.  
¿MI VOCACIÓN? ¡LA POESÍA!

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi querido amigo: Le escribo desde mi Bilbao a donde he venido a pasar Semana Santa y Pascuas, y a distraerme un poco. Lo de mi ida a Madrid y el discurso de la Zarzuela no fué para mí más que una distracción de preocupaciones más íntimas.

Todas las consideraciones que me hace usted en su última carta ya me las he hecho yo. Sólo por lo que hace a si he producido o no mi obra definitiva ni usted ni yo ni nadie lo sabe. La labor de un escritor sólo se aprecia cuando ha concluído, esto es, en conjunto.

la mañana el capítulo VIII, *De Dios a Dios*, componía por la noche la *Oración del ateo*, cuyo último terceto es una admirable poetización de la prueba ontológica de Santo Tomás, refutada en el mencionado capítulo:

...Sufro yo a tu costa,  
Dios no existente, pues si Tú existieras  
existiría yo también de veras.

Étienne Boutroux, polígrafo francés y profesor en la Sorbona, escribió numerosos trabajos sobre temas de moral y educación. Entre sus obras principales figuran sus ensayos sobre Leibniz, *De l'idée de la loi naturelle dans la science et la philosophie, Science et religion dans la philosophie contemporaine*, etc. A pesar de haber seguido a Kant, Boutroux supo reaccionar contra el criticismo idealista reclamando una metafísica objetiva. Bregó también durante mucho tiempo por deshacer el mito de las incompatibilidades entre la ciencia y la fe.

Y ocurre mil veces que su obra capital se la estima a través de las que le siguen. Yo sigo y seguiré trabajando. Ahora ando en mi *Tratado del amor de Dios*. Pienso recoger en tomos mis ensayos de *La España moderna* —que es, acaso, lo definitivo mío— y llevar a cabo otras cosas que proyecto, y dar un tomo de versos.

¿Cuál será mi obra? No lo sé. Desde luego, he de decirle que, sea la que fuere, no habrá de satisfacerle a usted. Yo soy ante todo y sobre todo un espíritu ilógico e inconcreto. No busco ni pruebas ni precisión en nada. Y lo que hago con más gusto es la poesía.

Aquí me reúno estos días con Areilza, Leopoldo, etc. A Areilza le encuentro mejor que nunca y ahora me gusta más. Creo que el matrimonio le ha mejorado<sup>3</sup>. Leopoldo como siempre. Está Bilbao caótico y aplanado. Como la juventud no traiga otro espíritu, hay que desesperar de este pueblo corrompido por la riqueza y el sport. Los señoritos son su peste.

Tengo prisa. Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO  
Bilbao, 15 de abril de 1906.

<sup>3</sup> Efectivamente, a tenor de las cartas de estos años, cambiadas entre Areilza e Ilundain, contrajo matrimonio el primero durante la semana de Pascua de 1905. Era por entonces Areilza director del Hospital Minero de Triano, pero sus inquietudes espirituales le llevaban a hurgar en diversos órdenes artísticos y científicos. Era lector incansable y cirujano de los más distinguidos de España. El Hospital Minero de su dirección ofrecíale cada día nuevos problemas de cirugía, los que el joven médico resolvía con atrevimiento y buen suceso, logrando notable reputación de cirujano.

Como observé en otro lugar, la vigorosa inteligencia de Areilza y su chispeante ingenio permitían presagiar de él un escritor acaso superior a Unamuno. Pero los frecuentes viajes, la bohemia y la atención profesional le llevaron por sendas muy distintas. Por estos años Areilza leía con pasión cuanto libro sobre religión budista y sobre ocultismo caía en sus manos. No ignoraba Unamuno los esoterismos de su amigo. Pero sobre este particular no quería don Miguel ni siquiera entablar controversia. Le repugnaba y le montaba en cólera cuanto olera a espiritismo, ocultismo, mediumnismo y otras garrambainas.



## CARTA XX DE MIGUEL DE UNAMUNO

¡VERSOS! ES LO ÚNICO  
QUE ME SALE DEL ALMA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

¡Buen año, mi buen amigo, buen año! No sé cómo lo tendré yo. He cerrado 1906 con salud, yo y los míos, con un balance mejor que hasta ahora, con mi crédito acrecentado, mi fama literaria en auge... ¡y más triste que nunca! Esto que llamamos la dicha es la sombra de la angustia, ¡cosa terrible! Como a Bolívar, el libertador, el decaimiento me gana en la prosperidad.

Y luego esto de España me apena cada vez más. La avenida de la ramplonería y la cuquería sube. Voy creyendo que no nos queda sino emigrar en masa a América. Barcelona fué mi último desencanto. Volví de allí triste. Aquello es Tarascón, fachada, fachada y fachada. Tienen bandera e himno, sólo les falta un aniversario y desfilar en él con sus banderas, cantando *Els Segadors* y lanzando vivas que no resucitan a nadie, en correcta formación, como bomberos.

Hago versos. Es casi lo único que hago desde dentro. Y largo artículos para *La Nación* de Buenos Aires, donde me los pagan tres veces mejor que aquí. Sólo eso me da, con poco trabajo, 240 pesetas al mes. Y mi *Quijote* se vende. Pero mi España se hunde en la ñoñez. Si supiéramos que somos africanos y quisiéramos serlo, nos haríamos europeos. Tronar contra la cultura europea moderna es un modo de entrar en ella, y como beligerante, no de mozo de mulas.

¿Quiere enviarme *Les Grands Initiés* y *Vie Mystique* de Edouard Schuré? <sup>4</sup> Pídame algo español. Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, 4 de enero de 1907.

<sup>4</sup> *Les grands initiés* y *La vie mystique* de Edouard Schuré, pedidos por Unamuno, son dos obras —la primera en prosa, la segunda en verso— representativas de su autor. Schuré poseía una extraordinaria cultura artística. Dos años de permanencia en Alema-



Lám. 21.—Puerta de San Vicente (Ávila).

## CARTA XXI DE MIGUEL DE UNAMUNO

POESÍAS. TRADUCCIONES.  
 SOY ANTIPÁTICO. NO ME  
 JUBILARÁN A APLAUSOS.

Sr. P. Jiménez Ilundain.

Gracias, querido amigo Jiménez, muchas gracias por su carta. También yo creo que mis *Poesías* son lo más mío que he hecho, y aun cuando aquí en España han sido recibidas con la desconfianza de la extrañeza, por ahí fuera y en América se hacen su camino<sup>5</sup>. Menos aún que mi *Vida de D. Quijote*, pero si no tengo tanta cantidad de sufragios son de más calidad y más entusiastas. Me las están traduciendo al alemán así como están traduciendo al francés (un Mr. Johannot) mi *Vida de D. Quijote*.

Sólo esto esperaba yo, ser traducido. Y cada día recibo nuevas ofertas. Pasan de veinte los literatos italianos que, en lo que va del

nia le pusieron en contacto con Ricardo Wagner, convirtiéndose en fervoroso wagnerista. Perteneció a la redacción de la *Revue de Deux Mondes*, desde cuya alta tribuna abogó en favor del músico alemán. Tocó casi todos los géneros literarios, alcanzando justo renombre como novelista, dramaturgo y poeta. No pocos poemas de Unamuno tienen un visible dejo de la poesía de Schuré, a pesar de una franca diferencia lírica en la concepción y en la forma.

<sup>5</sup> El primer tomo de versos de Unamuno fué publicado en Bilbao, en 1907, con el sencillo título de *Poesías*. Fué recibido en España con un poco de desconfianza y un mucho de extrañeza, pues era tenido su autor por un enjuto profesor de griego y un ensayista prosaico hasta por demás. Por otra parte, ¡quién había de esperar que se saliera poeta don Miguel, a los cuarenta y tres años de su edad! Enjuiciando esta obra, Luis Felipe Vivanco ha escrito: "Es ante todo un libro de poesía densa y desnuda, religiosa y castellana, poco musical y nada modernista."

No se ha conservado la carta de Ilundain, de la que hace ahora mención Unamuno, en la que el navarro debió agradecerle el libro *Poesías*. Sin duda ninguna lo elogiaba con ardor, contra su usanza, pues era harto lerdo en alabar. En ese primer libro de poemas, presididos por el famoso *Id con Dios, hijos de mi alma, pobres cantos míos*, revive Castilla, Cataluña y Vizcaya. Es poetizada la vida casera en todos sus pormenores, entre los que no faltan incidentes domésticos madrigalescos, muy del gusto de don Miguel. El libro luce, a su término, unos sonetos místicos de exquisita pureza, que preludian el próximo volumen.

año, se han dirigido a mí; y eso aumentará cuando la *Nuova Antologia* publique, como me ha anunciado, un estudio sobre mi labor literaria. A usted le hablo así, lealmente.

Y es la Argentina la que me redime. Con sólo lo que *La Nación* me da reúno el necesario suplemento a mi sueldo y puedo prescindir de estos necios diarios españoles, en los que jamás encajé. Mi prestigio es una cosa que traga la prensa española madrileña, pero no de buena gana. Les soy antipático.

Pasaré fines de agosto y casi todo septiembre en Bilbao, con aquellos buenos amigos entre quienes remozo no pocas cosas<sup>6</sup>. Ahora que empiezo a mejorar económicamente y veo en perspectiva un desahogo de que no estaba sobrado (este año saldré por seis o siete mil pesetas más que los pasados, y esto aumentará) empiezo a pensar en viajar un poco por Europa. Lo de América no me apura; espero que me llamen, seguro de que así ha de suceder.

Y ahora que preveo cierto relativo descanso, invento nuevas luchas. Le tiemblo a la consagración. La consagración es la vejez. Y a mí nadie me jubila a aplausos. ¡Creo en la muerte, pero en la vejez no!

A ver cuándo le visito. Un librero de ésa, Mr. Paul Rousier, me pidió ejemplares de mis obras para venderlos ahí. No sé lo que haré. Vaya un abrazo de su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 29 de julio de 1907.

<sup>6</sup> Efectivamente, como casi todos los años, también en ése de 1907 pasó los meses de verano en su Bilbao. Fué en este veraneo cuando escribió aquella notable alegoría *La sima del secreto*, inserta en su libro *Soliloquios y conversaciones*, en cuyo final se lee: "Ayer, 8 de este mes de septiembre, de este mes tan dulce entre mis montañas vascas, fuí bordeando el castillo de Butrón, por las orillas del río de este mismo nombre, y ví luego al mar tenderse agradable entre las peñas, con que se cierra la playa de Gorlif..." Y todo lo demás que allí se sigue, de harta importancia para la exégesis unamuniana.

## CARTA XXII DE MIGUEL DE UNAMUNO

SEGÚN ENTRO EN AÑOS  
ME HAGO MÁS BRAVÍO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi querido amigo: No pensaba escribirle hasta enviarle, de aquí un mes, mis *Recuerdos de niñez y mocedad*, cuyas últimas pruebas corregiré mañana. No creo que es mi mejor libro, pero me figuro que será el de más éxito. Es el más claro y el más ameno y tiene su punto de gracia <sup>7</sup>.

Lo que sigo vendiendo, y muy bien, es mi *Quijote*. Ahora me lo traduce al francés Mr. René Johannet, de quien le daré la dirección por si quiere conocerlo. Me ha enviado ya un capítulo, el último. Ha traducido también algunas de mis poesías, que no sé dónde va a publicar. Éstas, las poesías, las traducen asimismo al alemán.

Fuera de esto, de los libros, no hago sino leer —más que nunca— y artículos para América. Sólo *La Nación*, donde en el año pasado me han publicado cuarenta, me da muy cerca de 5.000 pesetas. Y ahora tengo además *Caras y Caretas*; y en breve un diario chileno. Gracias a esto y a que he ascendido en mi escalafón del año pasado, 1907, ha sido el primero que salvé con algún superávit. Este año se me presenta aún mejor. Espero sacar de tres a cuatro mil duros. Dada la modestia de mi vida, aun teniendo siete hijos, me basta. Lo que

<sup>7</sup> *Recuerdos de niñez y mocedad* apareció por primera vez en forma de libro en Madrid y en 1908. Entraña los artículos que, muchos años antes, publicara en *El Nervión* de Bilbao. "Nunca se preocupó Unamuno —dice con acierto mi amigo don Guillermo de Torre— de entender a la juventud como tal. Ajeno al concepto de las generaciones, aunque le importase influir sobre las conciencias, vivía fuera de las cronologías juveniles. La actitud de un André Gide en este punto y aquella frase de *Les nouvelles nourritures*, donde viene a decir que en puridad sólo escribe para los jóvenes, habríale parecido a Unamuno una cortesanía escandalosa. Nuestro don Miguel se curó poco de psicologías juveniles, empezando por la suya. *Recuerdos de infancia y mocedad*, a diferencia de casi todos sus demás libros, defrauda más que satisface o incita". (*Triptico del sacrificio; Unamuno y Ortega*; Editorial Losada, Buenos Aires, 1948, pág. 31.)



no me pasa, afortunadamente, es lo que usted indica. Como le ocurría al Greco me ocurre a mí, y es que, según entro en años, me hago más bravío, más intransigente, más personal; según voy dominando al público, me voy atreviendo con él. La publicación de mis *Poesías* ha sido hasta hoy mi mayor escándalo, pero lo será mayor acaso el de mi *Tratado del amor de Dios*.

Estoy en general contento con mi carrera. Si económicamente he mejorado, en autoridad y prestigio he ganado aún más. Ya aquí se me teme, y apenas se me discute (lo cual no es bueno); y fuera de España —que es lo que hoy me importa más— gano terreno de día en día. En América soy acaso el español de más autoridad. En Italia crecen mis corresponsales; y así en otras partes. Ahora sólo espero la labor de las traducciones que se hagan de mis obras <sup>8</sup>.

Y a todo esto crece de día en día mi exaltado cariño a Bilbao

<sup>8</sup> El 14 de septiembre de este mismo año de 1907 Arcilza escribía a Ilundain: "Unamuno nos invitó a ir a Gijón, pero no he podido abandonar el trabajo para complacerle. Fué, sin embargo, Leopoldo, quien nos ha contado las famosas aventuras del Rector. Parece que anda ahora muy bien con la monarquía y que le debe a ella el haberle parado el golpe de la excomunión con que lo amenazó el Obispo de Salamanca. Ha estado terriblemente agresivo con todo el mundo, pero especialmente con los republicanos y las mujeres. Durante el *meeting* varias señoras se levantaron y abandonaron el salón. Se tiene por un misionero en toda regla, y no vacila en tratar a las gentes como suelen hacerlo los curas desde el púlpito..." Como se recordará, en su Carta XIII, de 8 de febrero de 1904, el mismo Unamuno había dejado dicha la gresca que le traía el Obispo empeñado en condenar sus escritos para lograr su destitución de Rector. Desde principios de siglo hasta 1914 casi sin intermisión guerrearon ambos, Obispo y Rector, consiguiendo al cabo el primero la destitución del segundo, aunque no la inclusión de sus libros en el *Index*.

Y a 12 de noviembre del mismo año le decía: "Tuvimos aquí (en Bilbao) al ilustre Rector de la Universidad de Salamanca en comisión de servicio para inspeccionar la Universidad de Deusto. Aquella es ahora la matriz de ésta y según las nuevas leyes de Romanones está sujeta a la inspección de Salamanca. El hombre vino muy contento y guapo y hasta simpático. Al marcharse fué despedido por dos amigos y cuatro Padres de Deusto, incluso el Superior. Parece que han quedado muy satisfechos de su gestión. No deje de mandarme el número próximo de la *Humanité nouvelle* con el artículo de Baroja sobre los vascos. Este Baroja es muy discutido, y forma, con Unamuno y Maeztu, el triunvirato de escritores vascongados con más viento en la cabeza que Martínez Rivas y Chavarri reunidos. Se figuran haber creado un estilo que llaman vascongado y tienen la pretensión de modificar hasta la lengua castellana. Tratan ahora de hacer la conquista de España".

y la fe que pongo en ella, si logra sacudirse el espíritu...<sup>o</sup> y domina la beocia bizkaitarresca. Sobre esto he enviado un artículo a un periódico que se publicará en Bilbao en breve, *El Coitao*. Allí lo que hace falta es levantar el ánimo del elemento liberal que está algo deprimido...

He interrumpido esta carta para recibir la visita de dos argentinos, hermano y hermana. Hemos hablado mucho de la Argentina. Yo sigo acariciando la esperanza de hacer un viaje a la América española.

Y voy a acabar para que salga hoy la carta. ¿Me dice que si no le pido libros? Pronto se los pediré. Ahora tengo mucho que leer, principalmente inglés. Es fácil que por Semana Santa vaya a Bilbao. Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 16 de enero de 1908.

## CARTA XVII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

### LOS ESPAÑOLES EN LA ARGENTINA INDIGNADOS CONTRA "LA NACIÓN"

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Si viera usted lo bien que se prestan negocios como los míos a crear siempre nuevos deseos, nuevas esperanzas y nuevas aspiraciones; sin contar que nunca faltan dificultades que ven-

<sup>o</sup> Aquí el patronímico de los miembros de una orden religiosa, de origen español, por quienes no tuvo Unamuno nada más que aversión e indisimulado repudio, a pesar del alto aprecio que sintió siempre hacia el fundador de ella. En la segunda de las cartas a Arzadun expresó el juicio que le merecía la capacidad de esos religiosos como educadores. Evidentemente Unamuno respiraba por la herida al calificarlos duramente y al señalarlos como los causantes de la decadencia cultural española. Pero en gran parte es explicable su reacción pues dichos religiosos no titubeaban en presentarle desde el púlpito como "demoníaco, pornográfico, satánico, etc."

cer y disgustos que soportar<sup>10</sup>. Todo esto ocupa la vida y la hace llevara. Solamente que suele ocuparla más de la cuenta y en detrimento de otros negocios, los del espíritu. Ahora estamos terminando la reconstitución de que formo parte, y en cuanto quede libre de este cuidado (un mes apenas) le escribiré. Envieme la carta para ese librero, con quien trataré de entendérmelas.

Hace un siglo que no leo nada suyo, ni siquiera lo de *La Nación*, que ya no me la envían desde Buenos Aires. No sé si estará usted enterado: hace unos seis meses se dieron de baja todos o la mayor parte

<sup>10</sup> Un hiato de tres años separa la carta anterior de ésta. Tres años que los dedicó don Miguel a su *Tratado del amor de Dios* y a su segundo tomo de poesías, para no mencionar, por sobreentendidos, los numerosos trabajos recogidos en los tomos VI y VII de sus *Ensayos*.

El 10 de enero de 1909 escribía Areilza a Ilundain: "Don Miguel escribe alguna vez dándonos cuenta de sus obras y trabajos, así como del aumento de su comercio literario con las repúblicas americanas a donde tiene puesta la puntería. Ahora ha hecho blanco en Chile, pues ha conseguido un periódico que le paga bien sus colaboraciones. Sigue en la intimidad de Canalejas esperando la cartera de Instrucción Pública cuando le llame Dios al poder, lo que ha de tardar un rato porque tenemos Maura para largo".

En estos años de intensísima y acrisolada publicación literaria cedió en su fervor epistolgrafista, impedido también en gran parte por las campañas políticas y los ajetres de sermoneador. En 1911 el *Mercure* de París dedicóle un largo estudio, que le presentaba como el escritor más genial de España. Ilundain alborozado distribuyó el periódico entre los amigos españoles. Por supuesto, fué el primero en recibirlo el mismo interesado. En respuesta Unamuno le envió estos renglones:

"Mi querido amigo: Ahí va parte de mi labor del año pasado, aunque a título de devolución. Cuando colecciono en tomos, como lo haré, estos trabajos sueltos tendrá usted un ejemplar.

"¿Le han enviado ya *La España moderna*? He enviado a ella trabajos para otros cuatro meses, es decir, cuatro largos ensayos de los que estoy muy contento, aparte de lo que aparece en el número de febrero. Ahora voy a hacer una cosa para *The Independent*, que me lo paga bien y en dollars oro. He recibido el *Mercure*. Trabajo mucho. ¡Ánimo!" (Tarjeta sin fecha.)

El artículo del *Mercure* lo hizo traducir Areilza, no bien lo recibió, en *El Nervio* de Bilbao. Y en esta ocasión escribióle a Ilundain:

"Buena falta le hacía a don Miguel que de fuera viniese la voz de la justicia. Los plumíferos de Madrid le hacen la guerra del silencio. Le afectan tanto esos desvíos de la opinión que en sus últimas cartas no ocultaba su tristeza y desesperación." (Carta de 9 de julio de 1911.)

En este mismo año de 1911 comenzaron a aparecer en tomo, en Buenos Aires, los artículos publicados en periódicos, principalmente en *La Nación*. Y, como se recordará, *La España moderna* de Madrid inició la publicación de *Del sentimiento trágico de la vida*.

de los españoles que estaban suscritos a *La Nación*. La causa fué un artículo (que yo no he leído), en el que parece se lamentaba ese periódico del aumento de la inmigración española; la cual, según decía, era la menos conveniente para la Argentina, por ser los españoles refractarios a los trabajos del campo; y justamente lo que hace allí falta es trabajadores para el campo, ya que los criollos (¡descendientes de españoles al fin!) huyen de él como de la peste (esto último lo digo yo, no el periódico criollo).

Resultado: que nuestros compatriotas (que se pasan la vida diciendo perrerías, las más de ellas injustas, contra España) se han considerado ofendidos porque un periódico se ha permitido hacer constar un hecho que, además de cierto, no es ni siquiera ofensivo. Valdría la pena saber si se debe considerar superior al hombre que trabaja para que le exploten o al que procura o pretende explotar el trabajo de los otros. Los españoles de Buenos Aires seguramente considerarán superior a este segundo, cuando no son ellos los explotados.

*La Nación* ha perdido muchos abonados y yo el placer de leer de cuando en cuando algo de usted. *La Prensa* aprovechó las circunstancias soltando dos o tres artículos en defensa de la honorable colonia española y dobló el número de suscritores. ¿Sabía usted algo de esto?

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 20 de enero de 1911.

### CARTA XXIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

¡QUÉ TROPA LA DE LOS LIBREROS!  
VANIDAD RASTACUERIL DE LOS  
ESCRITORES LATINO - AMERICANOS

Sr. D. P. Jiménez Ilundain.

Querido Ilundain: La adjunta carta le indicará el objeto de la presente. Es un engorro. En mayo de 1907 envié a Mr. P. Rosier, librero de la rue Richelieu 26, que me dijeron vendía libros españo-

les, veinte ejemplares de cada una de mis obras: *De mi país, Poesías*, y *Vida de D. Quijote y Sancho*; total sesenta ejemplares. El año pasado le pregunté si había vendido alguno y me contestó que no, cosa que no puedo comprobar. Como mis *Don Quijote* se me están acabando, usted me hará el favor de recogerlos. Y, así, si ha vendido alguno no tendrá más remedio que declararlo y pagármelo. ¡Qué tropa la de los librereros!

Mi *Quijote* lo voy vendiendo y aun en alza. El año que apareció, 1905, vendí más de mil. El siguiente, 1906, noventa. En 1907, ochenta. En 1908, setenta. En 1909, sesenta. El año pasado más de cien. Note la proporción. Y así en lo demás. El año último acusa un aumento sobre los anteriores y pronto necesitaré ejemplares. Hágame, pues, el favor de personarse en casa de ese librero y recoger los sesenta ejemplares, que guarda usted en su casa hasta que yo los necesite, que será pronto. Si hubiese vendido algún ejemplar líquidelo con el descuento ahí corriente; y el dinero servirá para los gastos de envío de los restantes, y, si fuese más, para algún libro que le pediré.

No me va mal con los libros, pues, si no gano mucho, no pierdo. El *Quijote* me da ya cerca de dos mil pesetas. Y aunque en cinco años esto no es nada, constituye una rentita. Ahora voy a publicar un tomo de *Sonetos*, que recibirá usted. Por otra parte, la Biblioteca Renacimiento me compra mis correspondencias a *La Nación* para ir las publicando en tomos. Me da por cada uno 400 pesetas (¡bien poco!). Pero yo me desentiendo de todo y no pido ni un ejemplar más. ¡Me dan uno solo!

La casa Ollendorff me hizo proposiciones, pero eran más descaradamente leoninas y más judaicas que las de los editores españoles. Se conoce que están acostumbrados a tratar con esos desgraciados escritores hispano-americanos, quienes, con tal de verse publicados, dan dinero encima. ¡Tal es su vanidad rastacueril! Son los que nos tienen ahí todo estropeado. Buscan editor, no ya gratis, sino pagando ellos. Buscan crítico parisiense —que ni sabe español— que hable de su libro, pagándole. Buscan traductor a quien le pagan. ¡Conozco casos!



Es, en fin, una pena. ¡No se puede saber hasta dónde llega la explosiva tontería criolla y su infatuación de *parvenus!*

Yo cada vez más irreductible español y más antieuropeo. Ahora padecemos aquí un nublado granífero de pedantes que no dejan a Kant de la boca, con Maeztu a la cabeza. Hasta otra. Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 26 de enero de 1911.

### CARTA XXIV DE MIGUEL DE UNAMUNO

EL "TRATADO DEL AMOR DE DIOS" REFUNDIDO EN "DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA"

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Mi querido amigo: Gracias por su gestión. Hace cosa de un año escribí a Mr. Rosier y aún no había vendido ejemplar alguno. Los dieciocho que ha vendido ha sido, pues, de un año acá. Ya le dije que desde hace un año crece la venta de mis obras. Veo por la nota que se ha cobrado el cuarenta por ciento. No es poco. Pero así son los libreros, ahí y aquí. Y además, resultando neto a mi favor 31.80, deduce 1.80, no sé por qué, como no sea para redondear. Pero, en fin, dejemos, bien están los treinta francos. Guárdelos hasta que le envíe una nota de libros franceses por ese valor para que haga me los remitan. Respecto al empleado ese de su casa que quiere un ejemplar de cada obra al precio neto déjeselo usted. Haré de cuenta que se los compró al librero y que los obtiene al *precio de fábrica*.

Si yo envíe esos ejemplares a Mr. Rosier es porque preguntándole a *Fray Candil*, que vivía ahí, con qué librero me podía entender, me indicó ése, diciéndome que es el que vende libros españoles y a cuya casa acuden en busca de ellos los hispanoamericanos residentes ahí. Me atuve, pues, a sus informes. Ahora, si usted cree que puede



hallarse otra librería mejor que los venda, le agradeceré sus gestiones en tal sentido. Pero no corre prisa. Hágame el favor de retener los cuarenta y dos volúmenes; acaso llegue a necesitarlos aquí —sobre todo los de la *Vida de D. Quijote* que van camino de agotárseme. Pero si usted puede ahí de cualquier manera colocarlos es igual. Todo, claro es, con las menores molestias para usted.

Si ese empleado suyo toma tres ejemplares, uno de cada obra, al precio del librero, son 5 francos más, lo que hace 35 francos. Ya le digo que le escribiré pronto su empleo. Todo menos girármelos, pues siempre he de necesitar ahí esa cantidad.

Estoy en tratos, como le dije, para publicar por mi cuenta un *Rosario de sonetos líricos* (más de 120) que le enviaré. Creo que es una de mis obras más personales, y así lo creen también nuestros amigos de Bilbao.

A la vez he enviado ya a *La España moderna* el primero de mis ensayos, bajo el título común de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Serán siete u ocho ensayos que luego constituirán un libro. En ellos he refundido mi *Tratado del amor de Dios* que, en la forma que lo planeé primero, me iba resultando irrealizable. Hay un ensayo dedicado a la lucha del Papado contra el sillonismo, el modernismo, etc., justificándola en cierto modo. Y todo ello acaba estableciendo la filosofía de la incertidumbre y la desesperación. En el fondo algo pesimista.

Fuera de esto no hago sino mi contribución quincenal a *La Nación*, que luego me publica en volúmenes la Biblioteca Renacimiento (la que me ha publicado *Mi Religión*) desentendiéndome yo de todo. Entrego el original, lo cobro, lo avío.

Hasta pronto. Y gracias por todo. Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 4 de febrero de 1911.

## CARTA XXV DE MIGUEL DE UNAMUNO

SPINOZA, ATEO SERENO Y TRISTE.

LE DANTEC, ATEO REPUGNANTE.

Señor D. Pedro Jiménez Ilundain.

Como le anuncié, mi querido amigo, voy a decirle cómo ha de emplear los treinta o treinta y cinco francos míos que tiene en su poder. Haga que me envíen:

Joseph de Maistre: *Du Pape y Considérations sur la France*. Son dos volúmenes, a un franco cada uno, de la colección Bons Livres, publiée par M. Pagés, R. Roger et F. Chernoviz, Boulevard Raspail, 99. Tengo otros dos volúmenes de De Maistre, un arrogante gran señor cuyas paradojas antirracionalistas me encantan, aunque casi nunca me convenza.

Además: Lamennais: *Essais sur l'indifférence; Paroles d'un croyant etc.; Affaires de Rome*. Son seis volúmenes (a 1.75 cada uno), de la Bibliothèque Choisie de la casa Hachette.

Además: Félix Le Dantec: *L'Athéisme* (3.50). Éste le quiero para irritarme; porque Le Dantec me irrita, y no por lo que niega, sino porque afirma quedarse tan tranquilo después de sus negaciones. Y yo comprendo —¡no he de comprenderlo!— que uno sostenga que ni hay Dios ni otra vida; pero que, sin Dios ni otra vida, pueda uno hallar consuelo y fin a esta vida, me parece es padecer de estupidez afectiva, por mucha inteligencia que se tenga.

Nada me choca la impresión que Le Dantec le causa. Como a usted, me estomaga Max Nordau. Y la razón la doy en uno de los ensayos que voy a publicar en *La España moderna* y haré se los remitan. Que no se crea en Dios, puede ser. Nadie ha probado racionalmente su existencia. Pero que se diga que sin Él ni otra vida hay consuelo para ésta, yo no lo soporto.

No creer en Dios es respetable (yo mismo no sé hasta qué punto creo); no querer que lo haya me es odioso. Y hay señores que como

ese Le Dantec y ese Nordau y el repulsivo Rémy de Gourmont parecen poner una especie de malignidad en sus negaciones, como quien dice: "¿No tengo yo esa ilusión consoladora? Pues ¡fastídate y no la tengas tú tampoco!" Se complacen con mala intención en desengañar al prójimo. ¡Son mejores los rugidos de desesperación mal encubierta de Nietzsche! Y precisamente quiero leer ese libro de Le Dantec para eso, para desenmascarar esa intención. No es el ateísmo sereno y triste de Spinoza, es algo repugnante<sup>11</sup>.

MI CONCEPCIÓN TRÁGICA DE LA VIDA  
CAERÍA MUY MAL EN LA ARGENTINA,  
TIERRA DE CAZADORES DE PESOS

Las obras indicadas importan poco más de veinte francos. Vea luego si hay traducción francesa, que la habrá, del libro de Ostwald sobre la energía (en alemán se llama *La energética*) y de su *Química*.

<sup>11</sup> En 1907 apareció en París *L'athéisme* de Félix Le Dantec, embriólogo y fisiólogo francés, quien se entrometió más de una vez en cosas de filosofía con bastante desacierto. Como investigador Le Dantec es autor de numerosos libros sobre la vida, el determinismo biológico, la unidad del ser viviente, etc., de no menguado valor. Pero profesó un crudo materialismo, adhiriendo a las teorías de Maudsley y Huxley. Era lógico, pues, que completase su doctrina antropológica con un ateísmo no menos crudo. Don Miguel le atacó en el famoso artículo *La vertical de Le Dantec*, incluido en el libro *Contra esto y aquello*. Su escrito apareció en *La Nación* de Buenos Aires. Acaso nunca fué objeto el grosero ateísmo del profesor de la Sorbona de una arremetida tan feroz.

"No creer en Dios —acaba de decirnos Unamuno— es respetable (yo mismo no sé hasta qué punto creo)...". Como le preguntaran cierta vez —y era el que le preguntaba un destripaterrones del paramero salmantino y, como castellano viejo, fanático en sus creencias— si creía en Dios, titubeó un momento, y al fin soltó: "¡Pues... no, no creo!" Y refiriendo luego lo acaecido, en no me acuerdo qué ensayo, dió la siguiente explicación: "Porque, efectivamente, no creo yo en el Dios que él cree." ¡Y cómo le entiendo! Tantas veces me ha ocurrido casi igual.

Recuerdo acá —y voy a permitirme una distracción para matizar un poco estas notas— recuerdo acá —decía— que preguntándome Susana, mi sobrinilla de ocho años, si era cierto lo del Padre Eterno, vacilé; y aunque le contesté un sí, fué un sí tan titubeante que lo tomó ella por un no, y con toda razón. Y es que para ella el Padre Eterno es ese viejo de melena suelta a los vientos del Génesis y de barbas nevadas, que ve todos los días, allá arriba, en la Capilla de las Hermanas, nadando entre las nubes. Y ese venerable anciano, por cierto, nada tiene que ver con la relación de paternidad que la teología enseña, nada tiene que ver con el *id quo* formalísimo, que eternamente

Aunque sé alemán, prefiero leerlo en francés. Los libros de literatura y de filosofía los leo en alemán, pero los de ciencia los prefiero traducidos. Ostwald es de lo más serio que conozco. Lea usted su *Energética* —y después de leída me la manda— y lo verá. Excuso decirle que con los otros puede hacer lo mismo. Tal vez De Maistre le agrade. Es un católico formidable, padre de los integristas. Con lo de Ostwald espero se complete la suma, y si algo pasase de ella ya veremos de hacer cuentas.

Lo de mi viaje a América no acaba de arreglarse. Cada vez me siento más lejos de aquello. A medida que les conozco mejor, aprecio mejor el abismo que me separa de su espíritu. Soy demasiado español para aquello. Ellos son, en un cierto sentido, demasiado europeizantes. Y estoy hasta la coronilla, no de Europa, pero sí de lo que

comunica con la Filiación y la Aspiración Pasiva una idéntica esencia y naturaleza divina. Y yo, que lo que es por el Padre Eterno me dejo pegar un tiro, no supe qué hacerme con la pregunta de la chiquilla y flaqueé. ¡Y por supuesto que no hace mal la Iglesia al revestir de sensible lo supersensible y al ponerle barbas al *id quo*, a la sacrosanta Relación de Paternidad de la teología!

La liturgia es una colosal ilustración del dogma. Y es preciso ilustrar litúrgicamente la teología para que el pueblo, y como él los sabios, incluso los teólogos, no se queden en Babia. Porque si todos los seres —como dicen los psicólogos— son objeto *adecuado* de la inteligencia, no todos lo son *proporcionado*. Para *proporcionarle* a la mente lo supersensible es preciso sensorializárselo, encarnárselo y materializárselo. Y como la verdad así también el amor supersensible es menester encarnarlo, no para amarlo en su encarnadura sino por medio de ella, en sí mismo, en lo supersensible. De la misma suerte, por lo sensible capta la inteligencia lo inteligible y conoce las esencias en sí mismas, aunque no por sí mismas, como machaca Maritain en *Los grados del saber*.

Que esta desgracia humana de vernos precisados a carnalizar lo espiritual tiene sus bemoles, que buscando la esencia y el espíritu nos quedamos con el accidente y lo sensible es la triste, la tristísima suerte de nuestro espíritu en su condición carnal. Jesucristo mismo encarnó en parábolas numerosas verdades intelectuales y morales de su Evangelio. Los ritos sacramentales son materialización plástica de la gracia inmaterial y misteriosa.

No me hago, pues, el escandalizado porque el jayán de la huerta salmantina y la chiquilla de Buenos Aires tomen el símbolo por la realidad, la ilustración litúrgica por la verdad misma, cayendo en superstición, en inculpable superstición. Todo tiene su peligro. No pocas metáforas evangélicas han servido de escándalo a pesar de su transparencia y nitidez. Cuando algún día mi Susana acuda al Instituto de Cultura Religiosa Superior, sabrá por qué vaciló mi fe, aquella vez, cuando ella era chiquita, ante su Padre Eterno, el anciano de los ojos azules y las barbas blancas. Y mi duda de hoy robustecerá su fe de mañana, y, como yo, se dejará matar en defensa del sacrosanto Símbolo de Atanasio.

llaman europeísmo y es para mí una de las cosas más abominables. Mi íntimo pesimismo y mi concepción y sentimiento trágico de la vida caerían mal en aquella tierra de cazadores de pesos y gozadores de la vida que pasa. En breve empezará la impresión de mi *Rosario de sonetos*.

Adiós. Sabe le quiere su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO  
20 de febrero de 1911.

### CARTA XXVI DE MIGUEL DE UNAMUNO

¿ESPAÑA? CAMPO DE EXPERIMENTACIÓN  
DEL ANARQUISMO INTERNACIONAL

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Una vez más muchas gracias, amigo Ilundain. Con el dinero que le queda hágame el favor de buscar el *Journal Intime* de Fred. Amiel. Lo leí hace años, pero quiero volverlo a leer y tenerlo. Creo que son dos tomos.

Estoy leyendo, en el tomo IV de las *Oeuvres choisies* de Joseph De Maistre, una carta, la primera de *Cinq lettres sur l'éducation publique en Russie*, que voy a traducir. Es un asombro, parece escrita para nuestra España de hoy, ¡un verdadero asombro!

Y leo el segundo y último tomo —aún no puesto a la venta— del libro de Salvador Canals, *Los sucesos de España en 1909*. Apenas el ánimo leer estas cosas. Me siento cada vez menos europeo. Se fusiló con perfecta justicia al mamarracho de Ferrer <sup>12</sup>, mezcla de loco, tonto y criminal cobarde, a aquel monomaniaco con delirios de grandezas y erostratismo, y se armó una campaña indecente de mentiras, em-

<sup>12</sup> El 13 de octubre de 1909 fué fusilado en Barcelona Francisco G. Ferrer, el revolucionario español, cuya ejecución conmovió a todas las camarillas del anarquismo mundial. Alcanzó altos grados en la masonería francesa y española, habiendo residido en París durante no pocos años. En 1901 había fundado la Escuela Moderna de Racionalismo en Barcelona merced a la herencia que recibiera de Mme. Meunier, fallecida aquel mismo año. Dicha escuela fué asiento de una editorial dedicada enteramente a



bustes y calumnias. Todos los anarquistas y anarquizantes se juntaron; se les unieron los *snoobs*; y estuvieron durante meses repitiendo los eternos disparates respecto a la inquisitorial España, que es el país más libre del mundo. ¡El judío fanático Naquet, el *snob* Anatole France, el hinchado Paul Adam, el monstruoso Rémy de Gourmont. . . toda la golfería —así, sí, como suena—, toda la golfería intelectual! Y dale con la canción de que se fusiló por racionalista al anarquista Ferrer. ¡Como si el Estado no tuviera derecho de propia defensa! Y la leyenda del clericalismo y del Vaticano. . . Y luego ese otro marracho de Lerroux que fué ahí, cuando el atentado de la calle Rohan, a decir que había visto, *¡vis-to!* él, *¡él!* (!!!) castrar en Montjuich.

Han tomado a este país como campo de experimentación del anarquismo internacionalista. Y cae el imbécil de Moret, y le sucede este charlatán y atropellado Canalejas. Toda esta etapa *liberal* es una bacanal indecorosa, con ese Burell que debería ya estar en presidio. Antes de un año verá usted a todas las personas honradas, simplemente honradas, desde ultrarradicales abajo, pidiendo la vuelta de Maura. Es una desgracia tal vez, pero es el único político honrado, y todos nos vamos convenciendo de que eso de su clericalismo es una fábula. Si usted viviera aquí y viera las cosas de cerca y por sí mismo sé que sentiría así.

¿LOS EUROPEIZANTES ESPAÑOLES  
Y LOS FRANCESES: FRANCE, GOUR-  
MONT Y LE DANTEC? ¡PUFF!

Levanta el estómago la labor de esta indecentísima prensa y de todos estos pedantes *européizantes* (como ellos se llaman) que hacen coro a las calumnias. Se miente con un descaro increíble.

publicaciones soliviantadoras de la muchedumbre. Hubo de desterrarse de España cuando en 1907 se le creyó comprometido en el famoso atentado contra los reyes perpetrado el 12 de abril del año anterior por Mateo Morral. Fuera de España dedicóse con pasión a la prédica del ateísmo y del laicismo escolar consiguiendo polarizar la atención de todo el anarquismo europeo. Fué el principal autor de la semana trágica ocurrida en Barcelona en 1909, por lo cual se le condenó a muerte en consejo de guerra.



Yo de mí le sé decir que mientras mandaron los conservadores no se logró hacer cerrar una sola escuela protestante o laica en mi distrito (tengo a mi cargo cuatro provincias), y eso que el Obispo de Plasencia apretaba; y apenas subieron los liberales se cerró una, aunque para abrirla pronto.

¡Y luego ver a unos *respectables* sabios, que entenderán más o menos de química, de matemáticas, de histología o de asiriología, disparando contra España, de la que nada saben y donde nunca estuvieron, por informes que les han dado o anarquistas o carteristas fugados, o catalanes o sudamericanos! Así Anatole France, el ironista de profesión, así Rémy de Gourmont, así otros. ¿Cómo va uno a creer lo que dicen de Rusia, *verbi gratia*? Todo lo cual, créame, me tiene exacerbado.

Nunca hubiera creído que *L'Athéisme* de Le Dantec fuera lo que es. Lo más malo de aquí es mejor que eso. No recuerdo haber leído jamás tantos desatinos. Empieza por ignorar qué entienden por Dios los deístas ilustrados, y luego barbariza a propósito de la vertical. Ignora que vertical, horizontal, arriba, abajo, delante, detrás, derecha, izquierda, etc., no son conceptos geométricos.

He escrito para *La Nación* de Buenos Aires una feroz requisitoria titulada: *La vertical de Le Dantec* en que me meto con este ilustre (!!!) majadero que, aunque parezca mentira, tiene admiradores en Sudamérica.

¡Créame, no es superior a Morote! Jamás he leído nada de un cientificismo tan horrible. ¡Un hombre que habla de asíntotas horizontales! Usted verá mi artículo. Indigna tal desvergüenza de ignorancia petulante, y que se ponga a escribir de Dios sin tomarse la molestia de enterarse de lo que por Dios entienden los que creen en Él y no son aldeanos bretones.

Mándeme: Xavier de Maistre, *Oeuvres*, un volumen. Lo tiene la misma colección *Bons livres*, de A. Roger et F. Chernovicz, rue des Grands Augustins, 7.

Le escribiré de largo. Del todo conforme con su carta recibida hoy. Le mando mis dos últimos libros <sup>13</sup>.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 28 de marzo de 1911.

## CARTA XXVII DE MIGUEL DE UNAMUNO

QUERER CREER EN DIOS, AUN SIN LO-  
CRARLO, ES MEJOR QUE UNA FE MUERTA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Tenía ya olvidados, mi querido amigo, esos libros que entregó usted a Mr. H. Floury. Con ese dinero adquiríame el *Joseph Delorme* de Saint Beuve y las obras poéticas de Verhaeren que acaba de publicar, creo que en un tomo, el *Mercure*. No sobrará dinero, mas si sobrare me manda el François Villon, *Oeuvres publiées par un ancien archiviste*.

Se me ha publicado en Italia, en dos pequeños volúmenes, la traducción italiana, mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, y la está traduciendo al francés un profesor del liceo de Chateauroux. La editorial *Renacimiento*, de Madrid, que es hoy la que más trabaja y mejor paga, me va a editar en un volumen mis doce ensayos *Del sentimiento trágico de la vida*. La traducción italiana de los seis primeros apare-

<sup>13</sup> Dos años separan esta carta de la siguiente. En este tiempo el epistolario sólo registra una breve nota de Unamuno, escrita acaso en 1912, en la ocasión de enviarle a París su segundo tomo de poesías titulado *Rosario de sonetos líricos*:

“Le ruego, amigo Ilundain, haga distribuir los otros seis ejemplares a aquellos a quienes van dedicados y cuya dirección consta. El único que no sé dónde vive es Bobadilla, *Fray Candil*. ¿No podrá usted averiguarlo? Y a ver qué le parece este mi nuevo y, a pesar de lo viejo del soneto, personalísimo libro. Y si sabe el modo de darme aire, dígamelo. Y cualquier persona de ahí a quien usted creyere *reproductivo* enviárselo indíquelo.” (Tarjeta sin fecha.)

Los ejemplares iban dedicados a: Francisco García Calderón, Rubén Darío, Emilio Bobadilla, Paul Reboux, René Johannet, Maurice Legendre.

cerá muy pronto, tal vez antes que el texto original. Realmente en esos ensayos he puesto lo más íntimo de mí mismo.

No le angustie demasiado vivir en ese estado de contradicción íntima, ahora creyendo y ahora no; o más bien queriendo creer sin lograrlo. Es mejor eso que la estúpida paz de una fe muerta o de una incredulidad muerta. No cambiaría yo esta situación tormentosa de mi espíritu ni por las inepticias del catolicismo ortodoxo rutinario ni por las inepticias de la libre pensadura racionalista. Hay cosas que por su estupidez me crisan los nervios, como me sucede con el anarquismo —que está al alcance de las inteligencias más pobres— y con la enorme necesidad de *il faut vivre sa vie*.

Realmente todo eso de los europeos que se las dan de *malins* y sonrían ante nosotros, los pobrecitos españoles víctimas del clericalismo, me parece infantil. El español, por ignorante y torpe que sea, me hace el efecto de un hombre, de todo un hombre; y esos avisados parisienses, por agudos y listos que sean, me parecen niños. ¡No conozco nada más infantil que todo lo que de ahí nos viene! Su ironía es lo más infantil de todo. Se pasan de irónicos, como ese pobre Anatole France. Lo único serio parecen los apaches y hasta en éstos hay un elemento de espectacularidad y exhibicionería completamente infantil.

Tiene usted razón, el peligro aquí no es la europeización sino la americanización. ¡Terrible castigo por haber descubierto, conquistado, poblado y españolizado América! ¡Terrible expiación!

Estoy en un período de gran actividad. Tengo presentados dos dramas, uno al Español, *Fedra*, que es una modernización de la tragedia de Eurípides, y otro en Barcelona. Y medito otra tragedia, una modernización de *Tristán e Iseo*, el mismo argumento en época actual, con personajes y costumbres modernos. Y he reanudado una novela que dejé interrumpida hace cuatro años. Y luego mis colaboraciones, que voy a tener que restringir.

El año pasado no fué para mí malo económicamente, y éste empieza mejor. Pero todo hace falta con ocho hijos, el mayor en Madrid estudiando arquitectura y a quien este año he tenido que

redimir en la quinta. Pero me siento con fuerzas y aún me quedan lo menos 10 ó 12 años de labor eficaz. Luego, pasados los 60, uno no hace sino plagiarse a sí mismo y vivir de lo que hizo.

Adiós. Le abraza

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 11 de febrero de 1913.

### CARTA XVIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

¿QUÉ OPINA SOBRE “LA GLORIA  
DE DON RAMIRO” DE LARRETA?

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi muy querido amigo: Decididamente el *Joseph Delorme* de Saint Beuve está agotado desde hace mucho tiempo, pues creo haber hecho lo humanamente posible por dar con él, sin conseguirlo. He dejado encargado a varios librereros para que me lo compren si aparece algún ejemplar.

Conocerá *La gloria de Don Ramiro*, obra escrita por el Ministro de la Argentina en París, Sr. Rodríguez Larreta; y quizás haya llegado también a sus manos un folleto, o lo que sea, publicado recientemente, en el que se pone a nuestro Larreta y a la obra como no digan dueñas. El tal folleto es anónimo, sin pie de imprenta, hecho por un tal Toro (¡de Miura seguramente!), y sugerido y pagado por un argentino amigo del Sr. Larreta. ¡Ruindad y felonía de intelectual! Lo malo de esto es que el librejo, a mi juicio, no está mal escrito, y se dicen en él cosas que hacía falta decir, y merecía estar firmado; aunque, bien que anónimo y todo, puede que produzca el efecto necesario.

Yo no sé lo que ustedes piensan y dicen en España, los que lo hayan leído, de *La gloria de Don Ramiro*; pero sí sé lo que hasta ahora han pensado y dicho en América y los americanos de París, algunos de los cuales se hacen pasar por españoles de España: “Desde Cervantes, es el mejor libro que se ha escrito en lengua española.”

Éste es el estribillo que (a pelo y contrapelo) he leído y releído en mil ocasiones, y era todavía ayer un artículo de fe para todo buen americano un poco leído. Y tengo para mí que el autor era el primer creyente de semejante dogma. ¿No le parece a usted humillante para España y para los escritores españoles que se dejen correr tales despropósitos? ¿Conoce al autor? Me han dicho que es un buen sujeto, y lo será sin duda. Creo, sin embargo, que es de aquellos que se les sube fácilmente la gloria a la cabeza. ¡Cuestión de temperamento!

¿CUÁNDO LOS ESPAÑOLES TENDREMOS DIGNIDAD NACIONAL?

Aquí siguen ocupándose de la alianza que “notre petite soeur latine cherche” en este momento. ¿Cuándo tendremos los españoles dignidad colectiva y sentido común? Conozco mucha gente por aquí que trabaja por la alianza con Francia. Ante todo, porque conviene a sus intereses particulares; después, porque creen que Francia nos daría no sé cuantos miles de millones (supongo que a buen interés); y, además, para que el comercio llegue a tener importancia mucho mayor que la actual.

Y todo esto, más que pedirlo, lo mendigan. Y como Francia es una cocotte que se vende al primero que pasa por la calle, pero que sólo se da al buen macho que se impone a ella, que la amenaza y la abofetea si es preciso, ¡vaya usted con jерemíadas a tal conquista!

Hace mucho tiempo que no leo periódicos españoles. He oído decir que la mayor parte de ellos preconiza una alianza con Inglaterra y Francia, algunos pocos con Alemania y no sé cuál con América.

Si la cosa estuviera en mi mano, yo haría con Inglaterra y Francia lo que ellas han hecho entre sí, eso que llaman una “entente cordiale”, y hasta fraternal si quieren, pero ni chicha ni limoná, y a continuación procuraría hacer una alianza con el Japón o con los Estados Unidos, dándoles si es preciso un *piéd-à-terre* en el Mediterráneo y otro en el Atlántico, es decir, la alternativa en Europa, y pidiéndoles a su vez que ellos nos la dieran a nosotros.

Esto podrá ser un desatino, pero a mi juicio nunca tan grande como el de entregarnos a Inglaterra y Francia, que nos han despreciado, nos desprecian y nos despreciarán.

JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, 20 de mayo de 1913

### CARTA XXVIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

“LA GLORIA DE DON RAMIRO NO ESTÁ  
MAL, PERO HUELE A SUDOR Y ACEITE”

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

No se moleste más, mi querido amigo, en buscar las poesías de *Joseph Delorme*, de Saint Beuve. Es fácil que no las hayan reeditado. Conozco alguna y me gusta mucho, pero no están en el actual gusto francés. Parecen más poesía inglesa que no francesa. En cambio le agradeceré me envíe una edición de Corneille que acaba de publicar creo que la casa Hachette, en un volumen encuadernado, y a un franco. Quiero ver esa maravilla de baratura editorial. En Inglaterra hay tomos así, encuadernados, a chelín (1,25 francos), pero eso es más.

¿Que si conozco *La gloria de Don Ramiro*? Hasta me sirvió de pretexto ese libro para unos artículos en *La Nación*, que andan por ahí en libros míos. La verdad está en el medio: entre esos elogios despanpanantes y desatinados de gentes, o que deben algo a la munificencia de Larreta, o que (como yo, y eso que yo le elogí con medida) creen de su deber el alentar a un argentino, que se vuelve a lo español clásico y trata de ser castizo, y lo que dice ese Sr. Toro, que en su mayor parte son triquiñuelas.

El Sr. Larreta, a quien no conozco personalmente, parece que es un fatuado insoportable, un señorito rico lleno de vanidad. El libro le debió costar un esfuerzo enorme y se ve en él por todas partes el



esfuerzo. No está mal, ni mucho menos; está hasta bien. Pero lo que no hay en él es espontaneidad y soltura. Huele a sudor y aceite. Pero lo del Sr. Toro es mucho peor. Este Sr. Toro es un Valbuena. Carece de sentido estético y anda a la caza de minucias insignificantes. *La Gloria de Don Ramiro* es de alabar como intento y tendencia, pero está escrito en una lengua falsa, como le digo. Larreta, como Lugones, carece de espontaneidad. Aquí se dan por docenas los que escriben mejor que él<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> Tome el lector *cum mica salis*, es decir, a beneficio de inventario, esta andanada contra *La gloria de Don Ramiro*. Hundain le cargó la pluma azuzándolo con eso de que un argentino escribía en castellano de mejor ley que todos los españoles juntos. Y, claro está, don Miguel se sintió herido en lo más vivo de su amor propio español. Y soltó la cuchufleta, como no podía menos de soltarla. Pero cuando con serenidad y sin que le chumbearan estudió el libro de Larreta, abundó en su elogio. No tengo recuerdo de novela ni de obra literaria ninguna que le impresionara tanto, arrancándole páginas de más caluroso aplauso. Basta leer los dos artículos que le dedicó en su libro *Por tierras de Portugal y de España*, y las no pocas veces que le citó —siempre con elogio— en otros escritos suyos.

En *De cepa criolla* (inserto en el volumen *Contra esto y aquello*) escribe: “Y, por cierto, ya que he citado a Rojas he de decir que este intensísimo escritor, con Lugones, con Larreta —el autor de *La gloria de Don Ramiro*, admirabilísima pintura de la España de Felipe II, y de la que os hablaré— y con otros, al marcar una tendencia hacia el casticismo castellano, no sólo no renuncian a lo castizo criollo, sino que lo realzan y ahondan.”

Lo cual no quiere decir, por supuesto, que le pluguiese el estilo de *La gloria de Don Ramiro*. Le enfurruñaba el párrafo relamido, escoplado y reglado. Gustábale la prosa suelta, casi hablada, aunque abundara en consonancias, repeticiones y seguidillas de esdrújulas. “Usted tiene, señor mío, ahí, cerca de sí, en su derredor —escribe en *Soliloquios y conversaciones, Al Sr. A. Z., autor de un libro—*, no pocos de esos ícaros que vuelan con las contorsiones de la afanosa grandiosidad española. Unas veces se dice: «Ahora vais a ver lo que es un hombre escribiendo el más castizo castellano clásico, con dejo de siglo XVII.» Y traza páginas que alguna vez llegan, en efecto, a maravilloso dechado y casi calco, pero siempre entre contorsiones de afán...” Creo no pecar de suspicaz al asegurar que Unamuno está pensando en Larreta al escribir estos renglones. No era remilguero en sus escritos, antes le gustaba sentar plaza de natural y de espontáneo. Era, pues, muy lógico que se despachara contra la prosa alambicada.

Lo que más a mí me sorprendió cuando de muchacho leí *La gloria de Don Ramiro* no fué el conocimiento idiomático ni el histórico ni el artístico ni siquiera el localista o del terruño de que hace derroche ese libro, sino el conocimiento de las reconditeces e intrínquilis de la vida de los seminarios españoles y de los clérigos. No habría escrito con mayor picardía ni con más sutileza y diablura sugestiva el hombre educado en seminarios españoles y afinado de por vida en un villorrio como Ávila o Salamanca, henchido de historia y perhenchido de cabildos levíticos.

No se precisa ciertamente ser canónico para forjar la figura de Vargas Orozco, ni

DA ASCO EL HISPANO-  
FILISMO DE PEGA

De eso de la alianza no hablemos. Da asco ese hispanofilismo de pega que de repente ha brotado ahí en algunos. Lo mismo nos da que nos desdeñen sin conocernos como que nos acaricien y adulen sin

la señalo como lo más entrañado de la novela. Pero pienso, sí, que sólo quien ha vivido con el fondo del alma el mundillo o trasmundillo de las sacristías puede captar las filigranas del *ethos* o de la intrahistoruela clerical con tanta viveza sugerida en ese libro.

Esto ha sido causa de que desde la aparición de la obra hasta ahora los críticos literarios, en sus corrillos, se permitieran ciertas dudas sobre la genuinidad del escrito. ¿Larreta ha podido escribir esto? Hay más conocimiento de lo que acabo de llamar el *ethos* clerical, o sea de los entretelones de las sacristías, en *La gloria de Don Ramiro* que del *ethos* criollo en *Zogoibi*. Y dista más la gran novela de toda la restante producción larretana que el *Quijote* de la cervantina. Y con esto no presumo despertar sospechas sobre la genuinidad de la novela. Yo no la niego ni la afirmo. Anoto el hecho para hacer resaltar que, si se ha discutido y si se seguirá discutiendo la paternidad del libro, es porque es éste de primer orden, porque se trata de una obra escrita en idioma formidable, con inspiración sin desmayo y un vuelo lírico comparable con lo mejor de la literatura de todos los tiempos. Carece de *pathos* dramático. No tiene acción; es verdad. Pero el argumento es en la obra pretexo, puro pretexo, para que revoloteen en su derredor bandadas líricas con profusión wagneriana.

Por lo que atañe al libro adjudicado por Ilundain a un tal señor Toro, trátase del volumen de Martín Aldao *El caso de "La gloria de Don Ramiro"*, volumen que ha tenido en 1943 una cuarta o quinta reedición corregida y aumentada. En la nota primera de la primera página de este libro léese: "La primera edición data de 1913. Adopté en ella un seudónimo —Luis Vila y Chaves— no por eludir responsabilidades, pues sabido es que los seudónimos no encubren indefinidamente el nombre del autor, sino con el propósito de que el juicio público se expresara con absoluta espontaneidad. Mas, en vista del absurdo calificativo de "libelo" que se aplicó a esta crítica en un telegrama fechado en París y estampado en un diario argentino, me apresuré a dar mi nombre y, con la debida autorización, el del señor Miguel de Toro Gisbert, quien colaboró en las condiciones por él establecidas en carta del 26 de abril de 1913: "Este trabajo, ejecutado entre nosotros dos, en el que el tono, la factura y hasta el estilo pertenecen a usted, y la labor de indagación a usted y a mí..."

El mencionado libro de Toro Gisbert en comandita con Martín Aldao ha sido reeditado muchas veces y lo será muchas más. Es una persecución furiosa de pleonasmos, rípos, barbarismos, anfibologías, solecismos, comas y tildes, digna del Maestro Ciruelo. Lo ha dicho exactamente Unamuno, el mencionado volumen es una cacería de minucias sin sustancia; pero ha servido y seguirá sirviendo admirablemente bien para excitar el apetito de leer a Larreta. Y no faltan quienes se pasan el mamotreto de mano en mano, creyendo pegarle con él el tiro de gracia al libro inmortal.

conocernos tampoco. Usted sabe mi posición al respecto y cuanto escribí en el último de mis artículos sobre el sentimiento trágico.

Desde hace algún tiempo recibo de cuando en cuando cartas de esa tierra y de franceses, pidiéndome libros o datos o hablándome de mis trabajos, y hasta se ha emprendido la traducción de mi *Quijote* (la italiana salió ya hace tres meses); pero eso no me rinde. Sé a qué atenerme.

No, no recibimos aquí el *Mercur*. Lo que recibo es *La Revue bleue* y la *des Deux Mondes* y algunas inglesas. Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 30 de mayo de 1913.

## CARTA XXIX DE MIGUEL DE UNAMUNO

EN ARGENTINA ME REGATEAN QUE  
SEA YO UN POETA, NO ASÍ EN ESPAÑA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Ahí van, mi querido amigo, esas cuatro cartas. Dígame si quiere más. Rojas es el más interesante, a mi juicio, y de lo que hoy allí vale más. Ciertamente que en Sudamérica intelectualmente valen muy poco. A Salaverría le conoce usted, creo. Le doy la carta para que riñan ustedes dos<sup>15</sup>. Es un *raté* que no perdona a España no sé qué. El Sr. Roldán es hombre relacionado entre gentes de letras. Es librero. Y estimo que acaso a mí me convenga el que conozca usted allí un

<sup>15</sup> M. Legendre recuerda lo generoso que era don Miguel en escribir cartas de recomendación en favor de sus amigos. (*Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno; M. de Unamuno, hombre de carne y hueso*). Hizo, pues, honor a su costumbre cuando Ilundain se dispuso a trasladarse a la Argentina. Le entregó al navarro cuatro cartas de presentación para otros tantos amigos residentes en Buenos Aires. Los tiempos económicamente calamitosos, por los que pasaba nuestra capital, le obligaron a Ilundain, luego de una brevísima estadía, a restituirse a París, sin haberse servido de las cartas de presentación. Retuvo las dirigidas a Ricardo Rojas y a José María Salaverría, que transcribo a continuación. Y no deja de tener su pizca de cosa curiosa que don Ricardo

librero. Mas y Pi está en un grupo de jóvenes escritores en el que quiero se introduzca usted, aunque sospecho que no gozo entre ellos de gran predicamento. En Sudamérica se respeta mi nombre; pero a los literatos les desconcierto un poco. Y sobre todo me regatean lo que yo tomo más a pechos, lo de poeta.

Aquí en España empieza eso a cambiar. Y es que por allá están dominados por ridículos tecnicismos de rítmica y *no saben leer*. La verdadera poesía se les escapa. Puede usted, pues, decirles, para escandalizarles, que preparo la publicación de un nuevo volumen de poesías y un largo poema en endecasílabos libre (llevo escritas más de mil) sobre *El Cristo de Velázquez*. Y me chiflo en las poesías requintadas y archiartificiosas de Lugones. Y desde luego que D. José Zorrilla me hace daño *a los oídos* con el insoportable sonsonete de sus versos de tantán congolés.

Rojas, el único supérstite de los cuatro amigos, se venga a encontrar ahora, después de doce años de muerto don Miguel, con esta escuela para él, que le llega a las manos luego de largas peripicias.

Sr. D. Ricardo Rojas.

Mi querido amigo: El que lo es mío, y muy amigo y muy querido, don Pedro Jiménez Ilundain, va a ese Buenos Aires por negocios de su casa. Como además de negociante es hombre de ciertas aficiones y conocimientos desea, en ratos que le queden libres, alternar con otras gentes que no sean negociantes. No le pido, pues, para él sino su trato y amistad y que le indemnice de otros tratos de más provecho pero de menos agrado. Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, noviembre de 1913.

Sr. D. José María Salaverría. (En la redacción de *Caras y Caretas*).

Ahí va un paisano nuestro, mi querido amigo, el navarro D. Pedro Jiménez, que sólo busca con quien conversar ahí en los ratos que le dejen libres los negocios de su casa.

Él le dirá a usted, mi querido amigo, por mí. Ya habrá visto que tomo en cuenta sus escritos, aunque sea para discutir del espíritu que los informa. ¿Por qué esa amargura contra nuestras cosas? No es usted justo con España.

Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO  
Salamanca, noviembre de 1913.

En general, lo que falta en América es lo que creen tener: el sentido de la forma. La verdadera forma, la recia, la firme, la precisa se les escapa. ¡Escandalíceles usted!

CREO SER EL MÁS ESPAÑOL Y EL  
MÁS EUROPEO DE LOS ESCRITORES

No tengo más noticia del artículo del *Journal des Débats* sobre mi *Quijote* que lo que usted me dice. Ya sabrá que anda, hace medio año, traducido al italiano y que me lo está traduciendo al francés un profesor del Liceo de Chateauroux. Y tengo cobrada la segunda edición, corregida y aumentada con un nuevo ensayo, que no sé cuándo me publicará la empresa *Renacimiento*. Y me lo traduce al alemán un austríaco de Trieste.

Ahora lo que me interesa es mi obra *Del sentimiento trágico* —lo más mío hasta hoy—, que ya anda en volumen corriendo mundo. Su *primera parte* —los seis primeros ensayos— está en prensa en italiano, y todo ello me lo traduce al francés un profesor de Pau. Otro alemán me lo pidió.

Lo de España y los países de lengua española no me interesa apenas. Ahora mi interés está en ser traducido. Porque, a usted se lo puedo decir, creo ser yo el más español de los escritores españoles, y el más europeo; y por lo mismo tengo fe en mi buen éxito en Europa, así que se me traduzca. Y ello refluirá y se reflejará aquí. Mi petulancia es tal que creo tener algo que decirle a Europa, poniéndome frente a ella, algo que no le han dicho otros o no se lo han dicho como se lo diré yo. No me creo un escritor para andar por casa, como son aquí casi todos.

Allí, en Buenos Aires, ¿qué puedo pedirle que haga usted? Nada. Diga lo que quiera; pero ante todo, que no soy ningún ogro ni tampoco un señor puramente libresco que no sale de su biblioteca; que trato con las gentes y recorro tierras; y, si tuviese usted ocasión de informarse de cómo podría yo mejor despachar allí las obras mías



que son de mi propiedad (*Poesías, Sonetos, Recuerdos de niñez, De mi país*), me lo dijese. Ahora, para en adelante, voy a dárselo todo a la casa *Renacimiento*.

Aparte de ese poema sobre el Cristo velazqueño, que es una cristología poética, me ocupo en preparar materiales para una *Lógica*, pero una lógica estricta, un libro de pura metafísica, sin sentimentalidades ni misticismos, rigurosamente racional. ¡No una lógica escolástica y formal, no! Mejor se titularía: *Deducción proyectiva de las categorías lógicas*<sup>16</sup>. Para ello vuelvo a mis estudios de geometría proyectiva pura o de posición, pues será una aplicación del método proyectivo, o sea, el de la geometría intuitiva y no métrica. Lógica, es claro, en que no entran ni Dios, ni el alma, ni la inmortalidad, ni nada de eso, sino como puros conceptos. Va a ser mi profesión racionalista, en cuanto ésta vale y en su propio terreno.

Dígame si quiere más cartas para allá. Le abraza su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 6 de noviembre de 1913.

<sup>16</sup> "¿Se ha pensado alguna vez —pregunta ingeniosamente Guillermo de Torre— en el glorioso panteón de obras bosquejadas o no natas que muchos escritores, y no de los menos fecundos, proyectaron alguna vez y que nunca llegaron a ver la luz? *Clarín* anunció durante mucho tiempo una novela jamás publicada: *Esperaindeo*. Y, sin rebasar la órbita de los contemporáneos de Unamuno, recordaremos asimismo que Valle-Inclán prometió durante largos años un *Hernán Cortés*, sólo existente en su imaginación. Ortega, en la página frontera a la página portadilla de su primer libro *Personas, obras, cosas*, apilaba no menos de una docena de títulos, ninguno de los cuales vió aún la estampa, al menos con tal nombre. Gabriel Miró anunció inútilmente una novela, *La hija de aquel hombre*, etc. Completando esta copiosa epigrafía bien pudiera redactarse algún curioso capítulo de una imaginaria *Historia de la literatura inédita*." Y esto lo escribe de Torre a propósito de tres prometidos libros de Unamuno que jamás llegaron a cuajar: *Vida del romance castellano*, *Vida de Íñigo de Loyola* y *El reino del hombre*. A estos tres podrían añadirse varios más mencionados en estas cartas. Pero ninguno despierta tanta curiosidad como el prometido ahora: *Deducción proyectiva de las categorías lógicas*. Cosa curiosa, el sentimentalista trágico se nos sale ahora con una "lógica estricta, pura metafísica, sin sentimentalidades ni misticismo" Pero ¿en qué quedamos? Toda su vida ¿no había detestado la lógica y panegirizado el cordialismo? Ni que decirlo: quedó este libro en el panteón no ya de los nonatos, como dice de Torre, sino de los no concebidos. Por otra parte no casaba con el espíritu de don Miguel un libro orgánico de largo aliento. Los filósofos de la generación del 98, por un imperativo de los tiempos que será preciso estudiar algún día, han sido ensayistas de corto, aunque intenso, aliento.



## CARTA XIX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

A LOS ARGENTINOS NADA SE LES IMPOR-  
TA DE LOS PROBLEMAS DEL ESPÍRITU

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Muy querido amigo: Aquí me tiene de nuevo y siempre suyo. He pasado en Buenos Aires dos meses en pleno verano y archiplena crisis. Los amigos posibles, o no estaban en la Capital, o como si no lo hubieran estado. La preocupación única, constante y machacante de todos es la espantosa crisis financiera y comercial. Inútil querer hablar con nadie de otra cosa (incluso con los que allí pueden llamarse intelectuales o artistas) que de la paralización completa de los negocios y de la falta de dinero más completa aún. Yo que, aunque no desprecio el dinero, no puedo soportar el que se hable siempre de él y que eso sea la exclusiva preocupación de un hombre y de todo un pueblo (por no decir de un continente), tan pronto como firmé la renovación de mi Sociedad, tomé el primer barco y me vine. ¡Qué liberación! Tan grande es la satisfacción que se siente al dejar aquella admirada América que sólo por ello vale la pena hacer el viaje.

No tuve tiempo ni oportunidad para poder utilizar las cartas de presentación que su amabilidad me proporcionó ni era ocasión para ello. ¡Buenos estaban allí para pensar en cosas del espíritu! Ni creo que seriamente haya nadie sentido eso nunca en aquellas tierras. Cuando más algunos lo habrán pensado y traducido en sus escritos, pero sólo en cuanto tales espiritualerías fueran susceptibles de convertirse en materia monetizable o en vanidad.

Dinero y vanidad, vanidad y dinero es allí el primer renglón de la tabla de valores, y quizás el único. De las gentes de allí conoce la crema, pero los trata usted sólo cuando van ellos a visitarle a su pueblo de usted, y sólo los que van. ¡Qué desencanto si se cambiaran los papeles! Y digo desencanto en el supuesto de que hubiera en usted encanto. Y a otra cosa.

En París me encuentro con que el *Mercure* traduce *Romance de Lobos*, de Valle-Inclán, después de decir de él que es un escritor con quien en Europa hoy no hay dos que se hombreen. *Le Correspondant*, por su parte, traduce *Sur les pas de Don Quichotte*, de Azorín, de quien también hace grandes elogios. Empezamos a salir de casa con trapos limpios. Primer resultado de la guerra en participación de Marruecos; y tras de éstos vendrán otros.

Oigo hablar de una nueva escuela de pintura, poesía, literatura, etc.: “el simultaneísmo”. Consiste, a lo que entiendo, en pintar o hablar simultáneamente de varios asuntos que pueden y creo que deben no tener ninguna relación entre sí. Por ejemplo, dar en un cuadro o en cuatro versos la sensación de “Moisés en el Sinaí”, “Los ojos de mi morena”, “Una corrida de toros”, “Chicago y sus alrededores”.

¿Qué tal? El nombre tal vez sea nuevo, pero la escuela esa creo haberla conocido en una visita que hice a un manicomio. A él seguramente iríamos a parar si tomáramos en serio cuanto inventan o pretenden inventar los que, llamándose artistas, y aun algunos habiéndolo sido, viven en este eunuquizante París, capaz de despersonalizar al propio Rinconete y convertirlo en *modisto*.

¿Qué obras tiene entre manos? ¿Cuándo le traducen en Francia? Sabe usted que le quiere bien su muy amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN  
París, 18 de abril de 1914.

### CARTA XXX DE MIGUEL DE UNAMUNO

ME QUEDAN DIEZ AÑOS  
DE VIDA LITERARIA

Sr. D. P. Jiménez Ilundain.

Gracias a Dios, mi querido amigo, que hallo un rato para escribirle, aunque no tanto como quisiera. ¡Y no crea que es sólo exceso de quehaceres, no! Es que alterno mis períodos de estudio, lectura y

escritura con otros de desidia. Me dan ataques de holganza en que me paso las horas echado sobre la cama pensando en las musarañas<sup>17</sup>. Ya no escribo ni tantas cartas como antes ni tan largas. Reservo la actividad mental que me queda para mis escritos públicos. Y quisiera poder retirarme del publicismo a tiempo. Dentro de diez años haré los sesenta y para entonces me temo que no escribiré ya sino vaciedades o habré entrado en el autoplagio, en la repetición. Me quedan, pues, apenas diez años de vida literaria y he de aprovecharlos. ¡No espero hacer lo de Meredith que a los ochenta y dos años todavía escribía versos!

Lo que me dice de su estancia en Buenos Aires es lo que me esperaba. Ya sé que hay allí una crisis grande, debida en parte al abuso del crédito. A mí, aunque vivo, en parte, de América —entre Buenos Aires y La Habana me envían unas 500 pesetas al mes— cada vez me interesa menos aquello. Ahora cultivo Italia donde, además de haberse traducido mis dos obras capitales: *Del sentimiento trágico* y la *Vida de Don Quijote y Sancho*, se han publicado en revistas y diarios varios ensayos míos y otros sobre mí. Y empiezo a tener lectores en Francia, si bien todavía no va muy seguro lo de las traducciones, aunque me han pedido permiso.

Deseo volver a Italia, donde estuve hace veinticinco años. Pero lo de mi viaje a América se dilata. Es decir, es fácil que vaya, sí, pero antes a la del Norte, a los Estados Unidos. Adiós. Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 4 de julio de 1914.

<sup>17</sup> ¡Qué consuelo, vive Dios, no traerán estos renglones a los escritores, condenados Dios sabe por qué, a pasarse gran parte de la vida abandonados de las musas y condenados a pensar en las musarañas! También don Miguel, este trabajador sin par, este escritor titánico que hacía literalmente sudar las prensas, padecía momentos de inapetencia espiritual y se pasaba perezosas horas supino rostro arriba. En *Soliloquios y conversaciones* escribió unas deliciosas paginillas, que llevan por título *Divagaciones de estio*, en las que va exponiendo las ideas que le venían a las mientes al tiempo que revolvió sus huesos dilatados por el calor y su alma dilatada por el fastidio entre las perezosas eábanas. En *Cómo se hace una novela* no tuvo tampoco reparos en confesar las muchas horas de acidia que se pasó tendido en el lecho y mirando las telarañas, durante los largos años del destierro.

## CARTA XXXI DE MIGUEL DE UNAMUNO

ESCRIBIRÉ CONTRA LA  
PEDANTERÍA GERMANA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.  
San Sebastián.

Tengo a la vista, mi querido amigo, sus dos cartas, la que me escribió al llegar a España, y que recibí en Portugal, donde he pasado este verano cuarenta días con mi familia, y la a propósito de la bergaminada de que he sido objeto y que me va a beneficiar más de lo que yo creía en un principio; e irán saliendo muchas cosas de la beocia caciquil, que ha hecho de los claustros universitarios abyectos colegios electorales al servicio de los matriculados en la política picaresca.

Ayer cumplí cincuenta años; me quedan, pues, diez de vida activa y de remoción, pues abrigo la aprensión de que aunque viva más de cien, y en regular salud física, después de los sesenta seré un jubilado espectador de la tragicomedia del mundo.

Ahora lo que me tiene preocupado es la guerra. Sobre ella haré un libro —contra la pedantería germánica (hasta su brutalidad es pedantesca y no natural)— que será de texto en Alemania de aquí a diez o veinte años.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 30 de septiembre de 1914.

## CARTA XX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

¿UN LIBRO SOBRE LOS QUE  
VEN LA MUERTE CARA A CA-  
RA? ¡PEOR QUE HISTRIONISMO!

Sr. Don Miguel de Unamuno.

Mi querido amigo: Aquí me tiene con toda mi familia, pasando a tragos todo este pedazo de historia que estamos viviendo. Me he

dedicado hasta estos días a ir pagando nuestras deudas en toda Europa, y ya casi he terminado el único trabajo que me quedaba, pues ni se vende ni se compra.

Si la guerra dura un año más y las dos futuras cosechas de la Argentina son buenas, volveremos a los tiempos bonancibles, pero mientras tanto no. Aquí puede ser que enajenara aquello de deber perdonar el bollo por el coscorrón o viceversa.

Pero, en fin, ello es así y el próximo invierno volverá a morir mucha gente de hambre en aquel *granero del mundo*, como ya ha sucedido en el pasado.

Por cierto que en una o dos quiebras, de las innumerables que hay todos los días, al lado del de mi Casa he visto el nombre de usted con \$ 500. ¿Algún homónimo tal vez?

Hay actualmente en Francia una confianza extraordinaria en el éxito de la guerra y nadie sabe dar razones que justifiquen esa confianza. Es pura fe, y los pueblos en estos momentos engendran Napoleones o Juanas de Arcos, o caen en escepticismos de muerte. Los alemanes que me escriben, no es confianza la que tienen, sino certeza absoluta de ser ellos los vencedores. Entre tanto se está operando la providencial sangría que descongestionará quizás al mundo o cuando menos a Europa.

Y nosotros que hasta ahora hemos escapado de formar parte de esa sangría ¿tenemos derecho de ser germanófilos o anglófilos o francófilos o lo contrario? Los hombres de fe harán quizás bien en concretarse al "Hágase tu voluntad así en la tierra . . .", y los otros callándose o empuñando un fusil. Hacer literatura alrededor de gentes que ven la muerte cara a cara es peor que histrionismo.

Le abraza su siempre amigo

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

San Sebastián, 12 de marzo de 1915.





LÁMINA 22



Lám. 22.—Don Ramiro. (Elías Salaverría).

## CARTA XXXII DE MIGUEL DE UNAMUNO

SI LA GUERRA ABATE LA SOBER-  
BIA EUROPEA, BIENVENIDA SEA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.  
(San Sebastián).

Mi querido amigo: A todos, más o menos, nos tocan salpicaduras de la guerra. Pero lo que me tiene remejido todo el poso del alma es la perspectiva de lo que esto ha de sacudir el pensamiento humano.

Se puede y se debe ser anglófilo o germanófilo o francófilo o fobo de uno de ellos cuando eso se refiere a un ideal de vida, de pensamiento, de sentimiento y de acción. Y yo no le oculto que hago votos por la derrota de la técnica y hasta de la ciencia, de todo ideal que se contraiga al enriquecimiento, la prosperidad terrenal y el engrandecimiento territorial y mercantil.

Si la guerra abate la soberbia mundana europea y nos vuelve a una especie de nueva edad romántica, bien venida sea. El tedio habría acabado matándonos en una Europa de ingenieros, drogueros, catedráticos, eruditos, viajeros de comercio, soldados, pedantes, filósofos monistas, cantadores de la vida, apaches . . . , etc., etc. ¡Y si, como alguien teme, vuelven supersticiones que se daban por muertas, no importa!

Mejor la superstición que esa hórrida Europa tecnicista y especialista y cientifista de fines del XIX.

Le abraza

UNAMUNO

Salamanca, 26 de agosto de 1915.

## CARTA XXXIII DE MIGUEL DE UNAMUNO

SOY TRADUCIDO

EN FRANCIA

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

San Sebastián.

Sigo, mi buen amigo, metido aquí y cada vez más asqueado del mundo madrileño. Hay, luego, grandes historias que contar de la cola que ha traído aquella brutalidad de mi destitución del rectorado<sup>18</sup>.

Leo bastante y escribo algo, casi todo sobre la guerra, especialmente para la Argentina, en *La Nación* y en *La Nota* (¿conoce usted este semanario?) Fuera de eso, poco, repaso mi poema sobre el Cristo de Velázquez y medito nuevas obras. Pero mientras dure la guerra

<sup>18</sup> En el capítulo segundo recordé, a la larga, la deposición de don Miguel de Rector de la Universidad, notando la repercusión inmediata del hecho no sólo en España sino en toda Europa. Por supuesto, el hombre, que no tenía muy buenas pulgas, montó en cólera y se arrojó a una intensísima campaña contra Alfonso XIII, campaña de la que no cesó hasta 1930 cuando, luego de un largo destierro, volvió a los suyos en Salamanca. De su encono contra el monarca brotaron varios libros, en prosa y en verso, los cuales no logran encubrir un verdadero malogro del escritor.

Dejé dicho anteriormente que Unamuno no combatía la monarquía sino al monarca; y aun a éste en el fondo le quería y por eso le llevaba tanta guerra. Y en prueba de esto voy a recordar la anécdota que trae Mathilde Pomés en su escrito *Unamuno y Valéry*, inserto en los *Cuadernos de la Cátedra de Miguel de Unamuno* tantas veces mencionados.

En la primavera de 1936, sucedió que, hallándose don Miguel en París, camino a Oxford, donde iban a nombrarle Doctor honoris causa, concurrió a casa de la señorita Pomés, su amiga, en ocasión de celebrar ella una reunión de gentes de letras. Desde mucho tiempo, sobre la chimenea del *living* tenía ésta en su casa una foto de Alfonso XIII. Sabiendo los amigos de Mathilde la fuerte inquina de Unamuno contra el Rey aconsejaronla que sacase eso de allí para evitarle un sofocón a don Miguel. Pero la joven pensó en su adentro: "Si él se entera de esto de cierto va a despreciarme". Y dejó el retrato en su sitio.

Por supuesto fué lo primero que vió don Miguel tan pronto como entró. Pero, contra lo que podría presumirse y en medio del estupor general, tomó el cartón en sus manos y dijo: "A éste (a quien tantas veces había llamado *ése*) si le he dado guerra es porque en el fondo le he querido".

y su repercusión en España no puedo hacer más que atacar a la *Kultur* y a nuestros trogloditas.

Sí, espero aquí por primavera a Zuloaga. Y espero también para mediados de mayo a los señores Bergson, Edmond Perrier (el gran naturalista) e Imbart de la Tour, que vienen en excursión por España, dando conferencias, y pasarán por aquí. A ver si empiezan los franceses a darse cuenta de que España merece mejor atención y dejan de tomar aires de maestros y vienen . . . , a enseñar algo, ¡sí! pero, ¡a aprender también!<sup>19</sup>

Comprendo lo que me dice de la Ville-Lumière y de la Francia de los derechos del Hombre. Precisamente no hace tres días escribí el prólogo para la traducción francesa, hecha por un médico de Montpellier, de mi *Sentimiento trágico de la vida* —que editará la *Nouvelle Revue Française*—, y en ese prólogo digo cómo es menester se conozca la Francia de los franceses de Francia, de los no desarraigados del suelo y del cielo patrios, de los creyentes de cualquier fe, católicos como Bossuet, hugonotes como Calvino, jansenistas como Pascal, jacobinos como Danton; pero nada de los fríos negadores e ironistas profesionales —tipo Anatole France o aquel monstruoso Rémy de Gourmont—. La Francia cosmopolita y de moda es la menos universal y la menos eterna. Y ahora la guerra les enseñará que hay que vivir la vida eterna, la de todos; y no hay que vivir *su vida*. *Il faut vivre sa vie* es la mayor blasfemia.

No, no recibo el *Mercur de France*. Aunque interesante, siempre

<sup>19</sup> M. Legendre ha recordado detenidamente la misión francesa enviada a España en esta ocasión. La integraban Étienne Lamy, Henri Bergson, Imbart de la Tour, Edmond Perrier, Pierre Paris y Widor. Y nota Legendre: "Salamanca fué incluida en el itinerario, porque decir Salamanca era decir Unamuno". Desgraciadamente Bergson, en el momento mismo en que la misión francesa se dirigía a Salamanca, tuvo que volverse rápidamente a París por hallarse un poco delicado de salud. Unamuno se adelantó varias estaciones a recibir a los enviados, y lo primero que preguntó fué por Bergson, no ocultando su decepción al saber lo ocurrido. Fué en esta ocasión cuando Widor dió un resonante concierto en el templo de las Agustinas, cuyo testero preside la Inmaculada de Rivera. Y añade Legendre: "Huelga decir que esta breve estadia se pasó en un abrir y cerrar de ojos, engolosinados los viajeros con los encantos de Salamanca y los comentarios de Unamuno".

me repugnó esa Gaceta corrosiva de todo lo delicuescente y negador. No conozco a Julien Benda ni sus *Feuillets*.

Libro nuevo por ahora no preparo. Acaso haga uno sobre el qui-jotismo, acaso una *Lógica*, acaso una novela, acaso una biografía... no lo sé. Lo seguro es que coleccionaré en tomo mis correspondencias, alrededor de la guerra, a *La Nación* de Buenos Aires.

Tengo ganas de charlar con usted. Ya sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 20 de marzo de 1916.

### CARTA XXXIV DE MIGUEL DE UNAMUNO

#### CAÓTICA SITUACIÓN EN ESPAÑA

Sr. D. Pedro Jiménez Iñundain,

No sé de dónde ha podido sacar, amigo mío, que ya no siga siéndolo suyo. Ni por pienso. Y no se deje usted ganar por esa susceptibilidad tan española. Que no haya contestado a alguna carta suya no le extrañe. Mi labor —en gran parte *pro pane lucrando*— de publicista me impide cada vez más atender mi correspondencia privada. ¡Y ésta crece! Crece ella, mengua el tiempo que puedo dedicarle y no quiero ni puedo permitirme el lujo de un secretario, que para los amigos como usted es, además, excusado e impertinente.

Lo de aquí cada vez peor. Vivimos bajo un compacto y enorme nubarrón negro, preñado de pedrisco, que nos cubre todo el cielo, nos quita el sol, nos amaga con apedrearnos cualquier día. Yo me consumo en una expectativa incesante. El sentimiento de incertidumbre e inseguridad es general y continuo. Nadie sabe lo que va a pasar aquí. Y lo más terrible sería que no pasase nada.

Que tenga un 1920 soportable. Le es muy amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 16 de enero de 1920.

## CARTA XXXV DE MIGUEL DE UNAMUNO

CONTRA EL REY Y SU MADRE

Sr. D. P. Jiménez Ilundain.

¡Ah, qué más quisiera yo, mi querido amigo, que poder aceptar su invitación! ¡Me vendría de perillas! Unos días de descanso y sólo de descanso. ¡Cómo haría en ellos personales relaciones, hoy de correspondencia epistolar! ¡Qué caminos no me abriría! ¡Y lo que aprendería! ¡Y no que París no me atraiga como a otros, no! Iría a corroborar no pocas aprensiones. Y más que a aprender de esa gente, a que me conociesen mejor; a decir: “¡Aquí está el español!” Y hasta para mis proyectos editoriales. Mi ida a ésa aceleraría el propósito de *La Nouvelle Revue Française* de seguir traduciendo mis obras, como lo hizo con el *Sentimiento trágico*. Y me metería antes en *La Revue des Deux Mondes* —donde espero algo sobre mi (prometido) y algo mío— o en otra.

Pero... no puedo salir de aquí. Estoy sometido desde hace año y medio a tres procesos. Los tres en Valencia y los tres por supuestas injurias por escrito a S. M.; y estoy en libertad provisional, con obligación de presentarme al Juzgado los días 1 y 15, con retención de la séptima parte del sueldo. Alcanzó el indulto; mas, para obtenerlo, he de someterme al juicio, y no quiero. No paso por esa farsa de que no retire el Fiscal la acusación, o más bien que retire en dos y acaso me condenen en el tercero y me indulten.

La historia es larga de contar. Me tiene indignado que me dejaran pasar en Madrid los más fieros ataques y me enredaran en Valencia por... ¡la señora madre de S. M., la Habsburgo, la perniciosísima austríaca! Romanones ha querido arreglar la cosa, y aun los Gobiernos se prestan a ello, pero es ya un pleito —¡y de vizcaíno!— personalísimo entre el rey —y su madre— y yo. Nunca, como hasta ahora, se concedió el indulto a condición de ser condenado; siempre se sobre-



seyeron los procesos pendientes. Pero saben que yo protestaría y diría en público que ese canallita de Alfonso no tiene nada que perdonarme, y yo a él sí.

ESTOY AQUÍ PRESO DE  
MI DIGNIDAD HOLLADA

Estoy, pues, sujeto a Salamanca. Claro que si me fuese yo a ésa, y me estuviese ahí cuanto tiempo se me antojara, no me dirían nada y hasta se alegrarían de ello, como de hecho ya no me exigen la presentación en el juzgado. Pero no falta de Salamanca ni un 1º ni un 15. Mi fuerza está ahí. Y en no pedir merced, que es lo que esperan. Por cosas análogas no he podido ir a la Argentina ni a Nueva York, y... necesito una reparación de justicia y la obtendré. ¿Cuándo? No lo sé. De aquí a un mes, o a un año, o a diez, o a veinte o a cincuenta. Viviré para ellos lo que haga falta. Estoy dispuesto a que conmigo no rece lo de echar tierra a injusticias. Y que hagan los demás lo mismo. En esto Marcelino Domingo y los de la huelga de agosto del 17 han estado flojos. Soy dreyfusista. Importa, más que eso que llaman un pleito colectivo, el no tolerar el menor atropello al último de los ciudadanos. Usted conoce lo radical de mi individualismo. Y como todos somos individuos la individualidad es lo más universal que hay. Odio toda dictadura de masa. ¡No puedo, pues, no puedo! Y no sabe con qué dolor se lo digo. Estoy aquí preso de mi dignidad hollada.

Recibí, sí, los periódicos y revistas que me envió. Bueno es ver de todo, pero esa literatura sindicalista, bolchevista, nacionalista, ¡qué pobre es! A la guerra ha sucedido un cataclismo de ramplonería. Y ahí, en Francia, más que en otra parte. Ahora se ve la terrible limitación mental que ahí hay sobre un positivo heroísmo conservador. Los que más heroicamente lucharon por lo suyo —su Francia— no dicen sino tonterías. ¿Ha leído usted, v. gr., más vaciedades que las de Barbusse en su manifiesto de *Clarté*? Todos son burgueses de espíritu. Todos creen en la *joie de vivre*.

En este momento termino la lectura del libro de Ludovic Nadeau, *En prison sous la terreur russe*, que me ha enviado. ¡Gracias! Lo he leído de pocos tirones. ¡Muy interesante! ¡Muy sugestivo, y para mí muy útil! Lo he de explotar. ¡Gracias! A la vez he aprendido en él una docena de palabras francesas que desconocía. Yo que he leído tanto en francés.

De todos modos, Lenin es un hombre para siempre; como Marat y Nerón y Diocleciano y Cromwell y Lutero y... y... y...

Hace unos días he enviado a *La Nación* dos artículos titulados: *Progresismo e Historia* que encierran la quintaesencia histórica de la historia. Histórica, otro dirá que estética, otro que trágica, otro que pesimista. Es acaso de lo más denso y a la vez de lo más ligero que hasta hoy he hecho. No tiene sentido preguntar si progresamos o no. Hacemos historia —escribirla es otro modo, acaso el más hondo de hacerla— ¡y basta! Y no es tanto el hambre como la vanidad lo que mueve al hombre.

Ardo en publicar *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Novelas de pasión. Veremos. Estoy en relaciones con Elie Faure, que me manda sus libros. ¡Si pudiera irme con usted unos días! Pero, ya se lo dije.

Adiós. Muy, muy, muy agradecido y con mucha pena de no poder acceder. Su viejo amigo, que le quiere siempre,

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 6 de junio de 1920.

## CARTA XXI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

¿LOS ARGENTINOS? SERES INCAPACES DE VIDA ESPIRITUAL

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Vuelvo de un corto viaje que me ha entretenido unos días, y me encuentro con su carta y postal, viendo con verdadero sentimiento que

no puede usted venir. Me había propuesto tomar unas semanas de descanso antes de mi vuelta a Buenos Aires, y me hice la ilusión de que podría pasarlas con usted, lo que para mí ya no hubiera sido sólo descanso sino fiesta.

Habría que resignarse y volver por aquellas tierras americanas antes de lo que pensaba. ¿Nos veremos por allí antes que vuelva de nuevo a París? Yo, por mí, bien lo quisiera, pero ¿valdría verdaderamente la pena de que hiciera usted ese viaje? Sólo aprecian aquellas gentes al que se les da en espectáculo y nada más que como espectáculo. “No habla mal, sabe mucho, sí, pero ¿os acordáis de un tal...?”

Luego, son almas inconquistables con armas espirituales. Les interesa más una estadística que el mejor tratado sobre la inmortalidad. Y si no se va a conquistar almas, ¿a qué? El Dios que destruyó a Gomorra tendría que perdonarles, porque seguramente hay más de diez justos. Debo confesar, sin embargo, que yo, por haber llegado sin duda a la edad en que es difícil hacer amigos, no he dado con ellos. Pero los debe haber. A usted le sería más fácil encontrarlos, pero aunque así fuera me parece que no compensa eso un viaje tan largo, a donde hay tan poco que ver, y menos que admirar.

En otros tiempos y otras circunstancias yo le he aconsejado hacer ese viaje, pero hoy no me atrevo a dar tal consejo. Pero ojalá venga usted, y allí tendrá mi casa, que será la suya mientras quiera. ¿Se le ofrece a usted algo, entretanto, para allá? Cualquier cosa que sea y que yo pueda, mándeme como mandaría a un buen hermano.

#### ¿AMÉRICA CONTENDRÁ A ASIA?

Llevo la impresión, por lo que he visto aquí, en Alemania y en Inglaterra, que no hemos acabado de hacer historia. No se ve amor ni piedad por ningún lado. Odio, odio; allí, aquí y más allá; y nada más que odio y envidia. ¿Qué va a ser esto? ¿Hemos terminado la guerra, o es un simple prólogo lo que acabamos de pasar? Lo cierto es que moriremos de viejos sin esperanza de llegar a entrever la paz entre los hombres ni aun entre los de buena voluntad.

Y no hablo de la inevitable experiencia bolchevique, a la que estamos condenados más o menos pronto y con mayor o menor intensidad. ¿Ha leído usted uno de los últimos discursos de Lenin, en el que dice que la libertad y el individualismo son invenciones burguesas para encubrir su dominación económica y que hay que destruirlas de cuajo? ¿Es eso lo que nos espera? ¿Un número en un rebaño? ¡Volver veinte siglos atrás! ¡La serpiente mordiéndose la cola, viejo símbolo del progreso que va a realizarse!

Y detrás está siempre Asia, la eterna esfinge, con sus millones de nómadas de presa, que caerán sobre nosotros y no dejarán piedra sobre piedra, a no ser que aparezca antes un Napoleón que salve la Europa a latigazos. ¿Será América el nuevo Napoleón?

Lo peor es que no nos van a quedar bastantes años de vida para ver el desarrollo íntegro de la tragicomedia. Emociones no nos han de faltar. Quizás convenga vivir cuanto se pueda, pues el espectáculo es soberbio y vale la pena. Un abrazo de

P. JIMÉNEZ ILUNDAIN

París, julio de 1920.

## CARTA XXXVI DE MIGUEL DE UNAMUNO

### LAS VÍSPERAS DEL DESTIERRO

Sr. D. Pedro Jiménez Ilundain.

Buenos Aires.

Mi querido y nunca olvidado amigo: Al querer hoy, aprovechando estas relativas vacaciones, intentar liquidar parte siquiera de mi correspondencia en retraso me encuentro con una carta suya de hace más de dos años. ¡Lo que en este tiempo ha corrido! Y ahora corremos aquí una brava tormenta, en estas postrimerías de la hedionda dinastía borbónica-habsburgiana.

Mi deseo y proyecto es embarcarme para ésa en mayo próximo. Pero no podré ausentarme de esta nuestra convulsionada patria, ni por cuatro o cinco meses.

    ¿Qué es de usted? Un abrazo de

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 12 de diciembre de 1922.

*EPÍLOGO*

III





## EPÍLOGO

*Eres Tú de los muertos primogénito,  
Tú el fruto, por la muerte ya maduro,  
del árbol de la vida que no acaba,  
del que hemos de comer si es que quisiéramos  
de la segunda muerte vernos libres.*

*Pues Tú a la muerte, que es el fin, has hecho  
principio y soberana de la vida,  
la Muerte blanca envuelta en negro manto  
y en caballo amarillo caballera,  
la Muerte, Emperadora de la Historia,  
que segados los hombres nos ensilla  
con avaricia de conquistadora.*

*Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del Hombre  
hijo, ¡tú, Cristo con tu muerte has dado  
finalidad humana al Universo  
y fuiste muerte de la Muerte al fin!*

M. DE UNAMUNO

(El Cristo de Velázquez. *IV parte, Muerte.*)

### DE CARA A DIOS

Y terminó este duelo epistolar exabrupto, como no podía menos de terminar. A lo largo de estas cartas, ricas en peripecias y forcejeos, hemos visto chocar dos pedernales: Unamuno enclavado en su fe en Dios, en su fe ardiente y terrible, capaz de inflamar un mundo. Ilundain terco en un sindiosismo belicoso y bilioso a veces.

Y como en las novelas, si no se dice al cabo la suerte que corrieron los personajes queda el lector defraudado, voy a referir en cuatro palabras el resultado que le dió a don Miguel su prédica espiritualista, cuando les llegó la última hora a sus amigos Ilundain y Areilza, ya que no consiguió removerlos de su empaque durante la vida. Y por cierto si nos hubiéramos puesto a fantasear un desenlace, no acertá-

bamos a imaginarlo tan a pedir de boca, tan catártico y tan aleccionador cual resultó en la realidad. Vale la pena, pues, no echarlo en olvido.

Pasó así: los dos ateos, cuando les tocó el turno, se murieron como mueren de ordinario los ateos españoles, confesados, comulgados, ungidos con la Santa Extremaunción, de cara a Dios, con visibles señales de predestinación, teniendo en la derecha a la usanza castiza la vela de los agonizantes y alargada la izquierda a sus deudos en apretado adiós final. Éstos, enjugando piadosas lágrimas, les acompañaron en el duro trance rezando con el fondo del alma aquellos intensísimos *ora pro eo* de la *Recomendación del alma*, capaces de remejer la conciencia del más empedernido.

Enrique Areilza, quien se consagró con verdadera pasión a la medicina quirúrgica, conquistando merecida reputación en toda España por sus audaces y exitosas operaciones en su clínica de Bilbao, falleció en su ciudad natal el 14 de junio de 1926, cuando don Miguel se hallaba en el destierro componiendo *La agonía del Cristianismo*.

Pedro Jiménez Ilundain se radicó definitivamente en la Argentina en 1929, acompañado de su esposa y de cinco de sus siete hijos. Tras una vida de incansable laboriosidad, sintió el primer llamado de atención sobre su minada salud dos años antes de su muerte. Falleció en Buenos Aires, el 19 de abril de 1943, a los setenta y siete años de su edad.

Ambos hombres salieron del mundo católicos a macha martillo, como a él habían venido, habiéndose sacudido del alma bastante a tiempo, con una buena y sincera confesión, las tonterías que dijeron en vida; no por malos, pues ambos eran irreprochables, sino por "hacer del tonto", como allá dicen; y ya sabemos lo que esto quiere decir. Y nada era de extrañar les concediera el Cielo tan buena muerte, porque negaron a Dios de dientes afuera, pero le afirmaron en sus adentros, con sus costumbres ejemplares y su honestidad a toda prueba, como lo he dicho tantas veces a lo largo de este libro. Como se vive se muere, dice el refrán; y, si por desgracia, muchos

no piensan como viven, otros, por suerte, no viven como piensan; y de estos otros eran Areilza e Ilundain.

¿Y don Miguel? Su última carta a Ilundain la fechó dos años antes de ser condenado al destierro por la dictadura, aquella dictadura de similar encargada de velar a la pobre monarquía borbónica en sus largos y penosos años de agonía.

Las peripecias del destierro, tan apasionado y a la vez tan lírico, según noté en otra parte, las dejó él narradas en varios de sus libros en prosa y en verso. Restituído a la patria, en febrero de 1930, tras la caída de la dictadura, consagró afanosamente los siete últimos años de su vida a escribir casi a diario, artículo tras artículo, en los periódicos de Madrid, sugeridos la mayoría de ellos por los graves acontecimientos por que atravesó la Península durante la república, la caótica república que siguió a la monarquía; y, luego, durante la guerra civil, durante aquella tenebrosa guerra civil que costó a España un millón de muertos y diez años de impecunidad —y los que le quedan todavía por sufrir!—<sup>1</sup>

Además de sus correspondencias periódicas publicó algunas obras literarias y fué hinchendo y perhinchendo, día a día, las arcas de su *Cancionero* con nuevos tesoros.

—Y ¿cómo murió?, ¿cómo murió el hombre cuya vida fué sin descanso una espeluznante *meditatio mortis*?

—Tal cual él mismo lo había previsto mucho tiempo antes en ensoñaciones líricas. En la tarde del 31 de diciembre de 1936, fría tarde salmantina, recogióse en su cuarto no bien el día comenzó a ponerse. Su escritorio ocupaba la pieza, ahora desmantelada y muda, que abre a la calle de Bordadores, en el primer piso, a la izquierda

<sup>1</sup> Merced a la paciente labor de José María Quiroga, yerno de don Miguel, el Centro de Estudios Históricos de Madrid catalogó los innumerables artículos del polígrafo, publicados en los diarios de España.

En los momentos en que esto escribo, aprovechando ese trabajo y bajo la dirección de Manuel García Blanco, Editorial Sudamericana de Buenos Aires prepara una obra en tres tomos, que llevará por título *De esto y de aquello*, en la que se recogerán unos seiscientos artículos no reunidos todavía en volumen.

de la anecdótica "Casa de las Muertes". Protegió sus piernas con una manta; acercó los pies al brasero; se acodó a la mesa y se dispuso a oír la lectura, un poco larga, de un trabajo del profesor Bartolomé Aragón. Leyó éste un buen rato; y, como Unamuno siguiera inmóvil, la cabeza apoyada en las manos, prosiguió aquél la lectura sin imaginarse que el gran agonista había rendido su espíritu al Creador al pie del cañón, sus libros y sus papeles, sin gemidos ni estremecimientos ni ayes, literalmente como lo describiera él mismo, en ese mismo sitio, y en esa misma mesa, el 31 de diciembre de 1906, hacía exactamente treinta años:

"Es de noche en mi estudio. Profunda soledad; oigo el latido de mi pecho agitado —es que se siente solo y es que se siente blanco de mi mente— y oigo la sangre cuyo leve susurro llena el silencio. Diríase que cae el hilo líquido de la clepsidra al fondo. Aquí, de noche, solo. Éste es mi estudio; los libros callan, como si en torno me rondase cautelosa la muerte. Me vuelvo a ratos para ver si acecha. Escudriño lo oscuro. Trato de descubrir entre las sombras su sombra vaga.

"Y digo: cuando pronto vengán a anunciarme que me espera la cena encontrarán aquí tan sólo un cuerpo pálido y frío —la cosa que yo fuí, éste que espera—, como esos libros, silencioso y yerto, parada ya la sangre, yeldándose en las venas, el pecho silencioso, bajo una dulce y blanca lámpara funeraria"<sup>2</sup>.

Pues así terminó de morir su larga muerte, más que vida, de setenta y dos años, tal cual se lo dijeron treinta años cabales antes, al fin de un año nuevo, sus misteriosos presentimientos del allende sombrío, dictados por sus ansias de vida eterna.

¿Dónde cabría esperar que España iba a dar reposo a ese corazón que como pocos amó hasta el delirio a su tierra, a su lengua, a su historia, a su Dios, al Dios de España, "cuyo Verbo es el verbo español"?

¡Él lo quiso! En Gredos, en la cima de Gredos, teniendo de pedes-

<sup>2</sup> *Poesías; Es de noche, en mi estudio.*



LÁMINA 23



Lám. 23.--Unamuno en su mesa de trabajo.

tal y mausoleo la montaña, para quedar a solas con su tierra, la de sus ensueños, cara al rocoso y gigantesco Ameal, para que mientras se toma un largo huelgo Clavileño, mire él de faz a faz el rostro de la España inmortal.

¡Él lo pidió! En Gredos, altar de España, de la eterna España que busca el sol. En Gredos, corazón desnudo de viva roca del granito más rudo, que con sus crestas en el cielo toca. En Gredos, donde baja a consolar sus soledades el rayo del Señor.

¡Él lo soñó! En Gredos, para que le vistan de sudario los ríos de sangre soterraña que desde esa cresta, corazón español, bajan tempestuosos a regar de coraje y de fe la carne de Castilla y de Iberia entera. En Gredos, porque dijo:

*Para mi corazón, que angustia suda  
bajo el yugo sin fin del infinito,  
eres tú solo propio pedestal.  
Que aquí en tu cima, donde al fin me encuentro,  
siéntome soberano,  
y en mi España me adentro,  
tocándome persona,  
hijo de siglos de pasión, cristiano,  
y cristiano español;  
aquí, en la vasta soledad serrana,  
renaciendo al romper de la mañana  
cuando renace solitario el sol.  
Aquí me trago a Dios, soy Dios, mi roca;  
sorbo aquí de su boca con mi boca  
la sangre de este sol, su corazón,  
de rodillas aquí, sobre la cima,  
¡mientras mi frente con su lumbre anima,  
al cielo abierto, en santa comunión!  
Aquí le siento palpitar a mi alma  
de noche frente a Sirio,  
que palpita en la negra inmensidad.*

*y aquí, al tocarme así, siento la palma  
de este largo martirio  
de no morir de sed de eternidad.  
¡Alma de mi carne, sol de mi tierra,  
Dios de mi España, que sois lo único que hay, lo que pasó,  
no la eterna mentira del mañana,  
aquí, en el regazo de la sierra,  
aquí entre vosotros, aquí me siento yo!*<sup>3</sup>

¡Pobre iluso y pobre soñador y encima ciego! No imaginó —¡cómo hubiera imaginado!— que tanto habrían de sofisticarle y malentenderle, que España, su España, una vez muerto él, avergonzada escondería sus huesos en un nicho, y les pondría, con un resto de piedad, un número, *su número*, el 340; y los dejaría allá, en la hilera alta del paredón de un cementerio de pueblo. No pensó —¡cómo hubiera pensado!— que se le mezquinaría un palmo de tierra, porque pecó, contra España y contra el Dios de España, al alimentar un loco amor al Infinito y al decirle al mundo su insanable cuita. No soñó —¡cómo hubiera soñado!— que unos le culparían de hereje formal y otros le exaltarían por creerle corifeo del anticristianismo español. ¡Misera- bles sofistas los unos, pero más, mucho más miserables sofistas los otros!

Él no fué nada más que un limosnero, hambriento de Dios, a quien su hambre enloquecedora, mientras peregrinó por los caminos del mundo buscando al Absoluto, le hizo decir muchas cosas febriscientes, muchas cosas escandalosas para los que no sienten pareja hambre y sed de Dios.

Yo sufrí escalofríos en el corazón, escalofríos de amor a Dios, en mi corazón dispuesto al amor y a la comprensión por el dolor del destierro, cuando leí en aquella tumba, en aquella miserable tumba, en aquel lóculo 340 que él comparte con su hija Salomé, muy próximo

<sup>3</sup> *Andanzas y visiones españolas; En Gredos.*



LÁMINA 24

Lám. 24.--Gredos.

a Concha, "su costumbre", estas palabras recogidas de un salmo suyo, de uno de esos salmos en los que dijo había entrañado toda su religión:

*Méteme, Padre Eterno, en tu pecho,  
misterioso hogar,  
dormiré allí, pues vengo deshecho  
del duro bregar.*





*ÍNDICES*



## ÍNDICE DE LÁMINAS

LÁM. 1.	Don Miguel en <i>La Flecha</i> .....	8
„ 2.	Sören Kierkegaard (1813-1855) .....	32
„ 3.	Friedrich Nietzsche (1844-1900) .....	48
„ 4.	“Salamanca contemplada desde el Puente Romano tendido sobre el Tormes...” .....	64
„ 5.	Puente del Arenal (Bilbao) .....	80
„ 6.	Un rincón (Guernica) .....	80
„ 7.	Arthur Schopenhauer (1788-1860) .....	112
„ 8.	San Agustín (354-430) .....	128
„ 9.	Alcázar y Catedral (Segovia) .....	144
„ 10.	Blas Pascal (1623-1662) .....	160

LÁM. 11.	San Francisco de Asís (1182-1226) .....	176
„ 12.	Ignacio de Loyola (1491-1556) .....	192
„ 13.	Serranía (Vizcaya) .....	256
„ 14.	La Alberca (Salamanca) .....	272
„ 15.	Aldea vasca .....	304
„ 16.	Iglesia de Santa María (Guernica) .....	320
„ 17.	Teatro Arriaga (Bilbao) .....	320
„ 18.	La Universidad (Salamanca) .....	352
„ 19.	Don Miguel en el claustro que da acceso a la biblioteca de la Universidad salmantina .....	368
„ 20.	Pasajes de San Juan (Guipúzcoa) .....	400
„ 21.	Puerta de San Vicente (Ávila) .....	416
„ 22.	Don Ramiro .....	448
„ 23.	Unamuno en su mesa de trabajo .....	464
„ 24.	Gredos .....	464

## ÍNDICE CRONOLÓGICO DEL EPISTOLARIO

### CARTAS DE MIGUEL DE UNAMUNO

CARTA	ESCRITA EN	FECHA	PÁGINA
I	Salamanca	3, enero, 1898	255
II	„	25, mayo, 1898	264
III	„	23, diciembre, 1898	274
IV	„	24, mayo, 1899	292
V	„	16, agosto, 1899	299
VI	„	26, enero, 1900	306
VII	„	19, octubre, 1900	319
VII (P. S.)	„	21, noviembre 1900	324
VIII	„	(?) octubre, 1901	330



CARTA	ESCRITA EN	FECHA	PÁGINA
IX	Salamanca	4, diciembre, 1901	342
X	„	13, mayo, 1902	355
XI	„	10, agosto, 1902	363
XII	„	7, diciembre, 1902	373
XIII	„	8, febrero, 1904	386
XIV	„	18, abril, 1904	391
XV	„	11, diciembre, 1904	394
XVI	„	9, mayo, 1905	399
XVII	„	(?) diciembre, 1905	404
XVIII	„	14, febrero, 1906	407
XIX	Bilbao	15, abril, 1906	414
XX	Salamanca	4, enero, 1907	416
XXI	„	29, julio, 1907	417
XXII	„	16, enero, 1908	419
XXIII	„	26, enero, 1911	423
XXIV	„	4, febrero, 1911	425
XXV	(?)	20, febrero, 1911	427
XXVI	Salamanca	28, marzo, 1911	430
XXVII	„	11, febrero, 1913	433
XXVIII	„	30, mayo, 1913	437
XXIX	„	6, noviembre, 1913	440
XXX	„	4, julio, 1914	445
XXXI	„	30, septiembre, 1914	447
XXXII	„	26, agosto, 1915	449
XXXIII	„	20, marzo, 1916	450
XXXIV	„	16, enero, 1920	452
XXXV	„	6, junio, 1920	453
XXXVI	„	12, diciembre, 1922	457

## CARTAS DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN

CARTA	ESCRITA EN	FECHA	PÁGINA
I	Gallarta	(?) (?) 1897	243
II	„	(?) (?) 1897	248
III	París	(?) abril, 1898	269
IV	„	(?) diciembre, 1898	279
V	„	(?) enero, 1899	286
VI	„	(?) (?) 1899	302
VII	„	1º, mayo, 1900	315
VIII	„	(?) septiembre, 1901	326
IX	„	(?) octubre, 1901	340
X	Noisy-le-Sec	23, febrero, 1902	350
XI	París	22, mayo, 1902	359
XII	„	22, noviembre, 1902	365
XIII	„	(?) febrero, 1904	383
XIV	„	25, abril, 1905	396
XV	„	20 septiembre, 1905	401
XVI	„	8, marzo, 1906	408
XVII	„	20, enero, 1911	421
XVIII	„	20, mayo, 1913	435
XIX	„	18, abril, 1914	444
XX	San Sebastián	12, marzo, 1915	447
XXI	París	(?) julio, 1920	455



# ÍNDICE

## PALABRAS LIMINARES

Los dos odios .....	9
Mis conclusiones .....	15

## PRIMERA PARTE

### EL DRAMA RELIGIOSO DE UNAMUNO

#### I. EL HOMBRE DE CARNE Y HUESO

Tras las huellas de su corazón .....	23
Unamunófilos y unamunófobos .....	25
Amigo de dar trancazos .....	31
Remejedor de conciencias .....	35
Católico por español, antiespañol por anticatólico .....	39
Me duele España como me duele el corazón .....	42
Más allá del bien y del mal, como perfecto nietzscheniano ....	45

Chorreando hombre .....	48
¿Filósofo o pensador? .....	51
Su atalaje filosófico .....	57
Acósmico en el corazón del cosmos .....	60
El Cristo de Unamuno .....	64

## II. CORAZÓN CATÓLICO

Los Unamunos y los Jugos, católicos a macha martillo .....	71
Va a Madrid y quiebra “la seguida de sus misas regulares” ....	73
Renace un amor juvenil .....	76
La domesticadora del oso .....	80
“Mi mayor sostén y el alba perfecta de mi vida” .....	83
Sonetos de amor, sonetos de odio .....	88
Paréntesis sobre el destierro .....	91
En el filo de la locura .....	94
Post nubila phœbus .....	98
Una hora de firme paso .....	100

## III. MENTE PROTESTANTE

Hacia la crisis de sus ideas religiosas .....	107
Que pone en peligro por pretender algebraizarlas .....	109
Mente protestante y corazón católico .....	111
Lógica versus cardíaca .....	113
Busca sucedáneos de la religión católica .....	117
Unamuno y la tercera posición .....	119
Engulle teología protestante .....	122
Excursus sobre Unamuno orador .....	125
El catolicismo vuélvese intelectualismo sin corazón .....	129
Es exacerbado por invectivas inconsultas .....	131
¿Abandonó definitivamente el catolicismo? .....	134
El gran pecado de Don Miguel .....	141
¿Qué nos hacemos con Unamuno? .....	143
Clima de lobos .....	145

Y hechizo de amartelados .....	147
Unanidad y unanimidad .....	149
Su cañamazo teológico .....	152
Y fué ésta su angustia .....	154

## IV. LA EXISTENCIA AUTÉNTICA

Una noche en el empíreo .....	159
Sub specie monstruositatis .....	163
Conciencia de la monstruosidad humana en el hombre primitivo	165
AB <sup>3</sup> .....	169
El hombre es: menos hombre .....	172
Pero su vida es más densa cuanto es más trágica .....	175
Paréntesis para epidérmicos .....	177
La raíz de la insatisfacción .....	179
El auténtico vivir existencialista .....	184
El hombre es objeto de fe para el hombre .....	189
¡Agranda la puerta, Padre! .....	190

## SEGUNDA PARTE

## CARTAS A JIMÉNEZ ILUNDAIN

## INTRODUCCIÓN

I. HAMBRIENTO DE DIOS .....	199
Junto a la médula del alma .....	199
Kantismo trasnochado .....	202
Cordialismo apasionado .....	207
II. UNA INCÓGNITA MORAL .....	210
De occultis non iudicat Ecclesia .....	211
Hombre de un sentimiento .....	213
Vivió vida trascendente .....	214
Sub specie mortis .....	217
Sentimiento trágico en ebullición constante .....	219



III. ESCRIBE CLARO PORQUE PIENSA CLARO .....	220
Causeur sin par .....	220
Modelo de lenguaje filosófico .....	223
Excursus para argentinos .....	224
¡Que nos conquisten! .....	226
IV. ORIGEN E IMPORTANCIA DE ESTE EPISTOLARIO .....	227
Unamuno epistológrafo .....	227
Origen de estas nuevas cartas .....	230
V. DESDE EL MÁS ALLÁ .....	233
Rasgos esenciales .....	235
Cartas al mundo, desde el más allá .....	238

## EPISTOLARIO UNAMUNO-ILUNDAIN

CARTA I DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	243
Observaciones sobre <i>Paz en la guerra</i> .....	243
Primeros ataques a la religiosidad de Unamuno .....	246
CARTA II DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	248
Sea el que debe ser .....	248
Verdad, sinceridad, discreción .....	253
CARTA I DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	255
Lógica, no. Cardíaca, sí .....	255
Mi vida es una constante meditatio mortis .....	260
CARTA II DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	264
Meditaciones evangélicas .....	264
¿A dónde iré a parar? .....	267
CARTA III DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	269
Sus escritos a nadie contentarán .....	269
Cambio de sesgo y hágase un nombre .....	271

CARTA III DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	274
La vida es sueño .....	274
El primer drama .....	275
Derelictus .....	277
 CARTA IV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	 279
El catolicismo, aspiración irracional de nuestros ensueños ....	280
El ansia de inmortalidad es una ilusión sin fundamento .....	282
Caricatura de la España de 1898 .....	284
 CARTA V DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	 286
Consiga primero ponerse de moda, y escriba después como le venga en gana .....	287
El protagonista resulta inverosímil por ser el mismo Unamuno .	289
Al mundo no le preocupa el cristianismo, que está en su ocaso	291
 CARTA IV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 292
Comienza unos diálogos filosóficos que “juzguen su paso por el mundo” .....	293
“Empiezo a tener nombre, y mi voz comienza a oírse con atención” .....	296
 CARTA V DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 299
“Sobre todo me va bien mi conquista de América” .....	299
En forja infatigable de dramas, artículos y libros .....	300
 CARTA DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN A ENRIQUE AREILZA ....	 302
Por qué Unamuno resulta simpático, aunque es un torturado por el más allá .....	303
La bufonada del fuerte de Chabrol. Episodio muy parisiense ..	305
 CARTA VI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 306
Mi salvación es la incertidumbre y el misterio del más allá ..	307
Empieza a escribir en <i>La Nación</i> . Rubén Darío colabora a su renombre .....	310

Elabora su ensayo <i>¡Adentro!</i> , en el que vuelca toda su pasión	311
Primera redacción del epílogo de <i>¡Adentro!</i> .....	313
“El escritor argentino que más me gusta...” .....	314
 CARTA VII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	 315
Su nombre empieza a imponerse. Ha triunfado de sus críticos ..	316
El escritor argentino Soto y Calvo, sincero admirador de Unamuno .....	318
 CARTA VII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 319
Se agita el rectorado de la Universidad. Su candidatura cae como una bomba .....	320
En telar la novela tragicótesca <i>Amor y pedagogía</i> .....	321
“Páreceme la religión más inmortal que la ciencia...” .....	322
Rector de la Universidad, vaticina la invasión de España por “bárbaros” venidos de dentro .....	324
 CARTA VIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	 326
¡No vaya a medias, vaya a enteras! .....	326
Cantarle a la gente las cuarenta no le dará gloria .....	328
 CARTA VIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 330
Libertad de pensamiento en España .....	332
“Seré el escritor español de más autoridad” .....	337
 CARTA IX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	 340
“La verdad es variable”. ¿Qué es volterianismo? .....	340
 CARTA IX DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	 342
Volterianismo es... .....	343
Plan de seis conferencias .....	345
Catolicismo y protestantismo; racionalismo y cordialismo.....	347

CARTA X DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	350
¡Déjese de triquiñuelas, profese ateísmo limpio! .....	351
Francia no es París, Catolicismo de anchas tragaderas es el francés .....	353
CARTA X DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	355
Agrede al intelectualismo católico .....	356
Substracción de fondos en la Universidad .....	357
CARTA XI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	359
<i>Amor y pedagogía</i> novela equivocada .....	359
¡Me preocupan sus manías religiosas! .....	360
¡Despreocúpese del más allá y dése al “bonvivantismo”! ....	362
CARTA XI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	363
“¡Tengo sed de eternidad!” .....	364
CARTA XII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	365
Grave incidencia a raíz de un malentendido .....	366
¿Usted tiene sed de eternidad? ¡Yo tengo sed de dólares! ....	371
CARTA XII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	373
Se subsana el malentendido .....	373
¡Soy un sentidor! Odio el intelectualismo .....	374
“¡Sí, temo mucho, muchísimo, morirme; tiemblo ante la imagen de la muerte!” .....	377
El protestantismo acaso nos salve del indiferentismo .....	378
¿Mi misión? ¡Sacudir las almas! .....	379
“¡Me aterra la sofolatría!” .....	380
¡No me rebajo mendigando a los franceses! .....	381
CARTA XIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	383
CARTA XIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	386
“Mi constante preocupación por el más allá serena mi vida” ..	387
En plena producción literaria. Incidencia con el Obispo .....	389

CARTA XIV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	391
“Lo capital es el problema religioso, no hay salvación fuera del cristianismo” .....	391
“Me acusan de pervertir a curas jóvenes” .....	392
CARTA XV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	394
CARTA XIV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	396
¿Qué significa la palabra Dios? .....	397
CARTA XVI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	399
“Por Dios entiendo...” .....	399
CARTA XV DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	401
¿Españolizar a Europa? ¡Magnífico, pero antes a España! ..	403
CARTA XVII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	404
CARTA XVIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	407
CARTA XVI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	408
Ha llegado el momento de hacer su obra magna .....	408
Déme motivos para creer en Dios .....	411
CARTA XIX DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	414
Soy un espíritu ilógico. ¿Mi vocación? ¡La poesía! .....	414
CARTA XX DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	416
¡Versos! Es lo único que me sale del alma .....	416
CARTA XXI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	417
Poesías. Traducciones. Soy antipático. No me jubilarán a aplausos .....	417
CARTA XXII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	419
Según entro en años me hago más bravío .....	419

CARTA XVII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	421
Los españoles en la Argentina indignados contra <i>La Nación</i> ..	421
CARTA XXIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	423
¡Qué tropa la de los libreros! Vanidad rastacuerial de los escritores latino-americanos .....	423
CARTA XXIV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	425
El <i>Tratado del amor de Dios</i> refundido en <i>Del sentimiento trágico de la vida</i> .....	425
CARTA XXV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	427
Spinoza, ateo sereno y triste. Le Dantec, ateo repugnante ....	427
Mi concepción trágica de la vida caería muy mal en la Argentina, tierra de cazadores de pesos .....	428
CARTA XXVI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	430
¿España? Campo de experimentación del anarquismo internacional .....	430
¿Los europeizantes españoles y los franceses: France, Gourmont y Le Dantec? ¡Puff! .....	431
CARTA XXVII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	433
Querer creer en Dios, aun sin lograrlo, es mejor que una fe muerta .....	433
CARTA XVIII DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	435
¿Qué opina sobre <i>La gloria de Don Ramiro</i> de Larreta? ....	435
¿Cuándo los españoles tendremos dignidad nacional? .....	436
CARTA XXVIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	437
“ <i>La gloria de Don Ramiro</i> no está mal, pero huele a sudor y aceite” .....	437
Da asco el hispanofilismo de pega .....	439



CARTA XXIX DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	440
En Argentina me regatean que sea yo un poeta, no así en España	440
Creo ser el más español y el más europeo de los escritores ..	442
CARTA XIX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	444
A los argentinos nada se les importa de los problemas del espíritu .....	444
CARTA XXX DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	445
Me quedan diez años de vida literaria .....	445
CARTA XXXI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	447
Escribiré contra la pedantería germana .....	447
CARTA XX DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	447
¿Un libro sobre los que ven la muerte cara a cara? ¡Peor que histrionismo! .....	447
CARTA XXXII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	449
Si la guerra bate la soberbia europea, bienvenida sea .....	449
CARTA XXXIII DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	450
Soy traducido en Francia .....	450
CARTA XXXIV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	452
Caótica situación en España .....	452
CARTA XXXV DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	453
Contra el Rey y su madre .....	453
Estoy aquí preso de mi dignidad hollada .....	454
CARTA XXI DE PEDRO JIMÉNEZ ILUNDAIN .....	455
¿Los argentinos? Seres incapaces de vida espiritual .....	455
¿América contendrá a Asia? .....	456

ÍNDICE

487

CARTA XXXVI DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	457
Las vísperas del destierro .....	457

EPILOGO

De cara a Dios .....	461
ÍNDICE DE LÁMINAS .....	471
ÍNDICE CRONOLÓGICO DEL EPISTOLARIO .....	473





EL DRAMA RELIGIOSO DE UNAMUNO  
SE ACAPÓ DE IMPRIMIR,  
PARA EL INSTITUTO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,  
EL DÍA CINCO DE JUNIO  
DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE,  
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA  
IMPRESA LÓPEZ, PERÚ 666,  
BUENOS AIRES.















